3 1761 08166253 8

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO III MÚM. XXXI

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO.

JULIO—1891

MADRID
IMPRENTA DE EVARISTO SÁNCHEZ MARTÍNEZ
Calle de Atocha, 114,
1891.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 3
no. 31-33

Sección Española.

BUEN TIEMPO FIJO

CUENTO

I

LOS DE LAMPAYA

Voy á proporcionarte una grata sorpresa, Anita.

—¿Qué milagro es ese, señor don Manolo?

—Oye, mujercita mía; mujer aburridísima oye. Aquí tienes un telegrama de tu tío el general Avila, en el que nos participa que le han dado el mando de las Islas Filipinas, y que, antes de ponerse en camino, vendrá á pasar ocho días con nosotros.

Vamos á tener pues, ocho días de fiesta, por lo menos. Con tan agradable motivo voy á realizar el pensamiento, que hace tiempo acaricio, de que venga á estar también un par de días en nuestra casa el ingeniero de quien te he hablado con elogio varias veces: el simpático Marcelo Uria, hijo de este concejo, que yo no sé por qué, no quiere volver á él; y que es, en la junta de Agricultura mi mano derecha, mi ayudante y mi salvador. No te imagines que mi propósito es desinteresado al traerle aquí: nada de eso; porque, sabrás que he pensado muy detenidamente que ese es el hombre que conviene á nuestra pupila Rosa. Ella es rica, he dicho, y el es sabio, ¿qué les

faltará para que puedan ser felices? Quererse. Pues ya se querrán. No veo, sin embargo, más que un inconveniente.....

—¿Cuál?

—Uno muy grave, esposa mía; yo he hablado largamente en nuestros paseos por Oviedo con Marcelo, y claro es que hemos tratado de muchas y muy diferentes cosas. Pues bien, ese joven es uno de tantos descreídos naturalistas ó positivistas, ó como se llamen, que asegura muy formal, por ejemplo, que el alma es así como una música producida por el organillo del cerebro vivo; que la mujer es un complemento material nuestro, incapaz de discurrir, y que el amor no resulta ser otra cosa, que así como una palabreja sinónima de otras, que no he de decir. Parece que no le gustan las faldas ni pintadas; pero ¡qué diablo! torres mas altas han caído. Nuestra Rosa no es una Venus, ni cosa semejante, es una boliviana un tanto subida de color, pero con un talento y un atractivo finos y sútiles como los de una verdadera chuquisaqueña. ¿Qué te parece de ese plan, Anita?

—Que eso no es un plan, sino un verdadero escopetazo. Dicen las gentes, aquí en el concejo de Rodeces, que Marcelo no ha querido regresar á su pueblo porque se ha vuelto muy orgulloso, como lo fué su padre el minero de Grandota, que aquí murió tronado. Tú, no sólo te propones traerlo, sino que quieres casarlo; y no sólo te propones esto, sino que dispones á tu antojo de la voluntad y del corazón de Rosa.

—Cosas más difíciles se han realizado, mujer.

—Es cierto.

—Y por intentarlo ¿qué perdemos? ¿No podrían contribuir esas tentativas á distraer tu perpetuo aburrimiento y á remediar tu spleen? Marcelo es todo un tipo curioso.

Seguramente que ya no le conoces, porque dista mucho de ser aquel chico descolorido y romántico que iba con vosotras á la escuela, según me has contado algunas veces.

—¿Y dices que no se acuerda de su pueblo, ni de sus antiguos amigos?

—Habla de ello con absoluta indiferencia. Jamás le he oído recordar que fuerais condiscípulos en vuestra niñez. Yo creo no haberle escuchado tu nombre nunca. Pero vamos, todos estos detalles nada significan; el es un joven que vale mucho y que me ayuda maravillosamente en los graves trabajos agrícolas de la junta, y yo le estoy muy agradecido y deseo demostrárselo. Ya sabes, pues, mi plan y conoces también la gratísima nueva de la venida de tu tío. Ahora te dejo, porque voy hasta la villa, dando un paseo, á contestar á su telegrama y á ver qué se miente por allá.

Los que así hablaron eran y son los señores de Lampaya, con cuyo nombre se les conoce en el concejo asturiano de Rodeces, vecino á la costa de Gijón. La posesión de Lampaya es una hermosa casa de campo, restaurada á la moderna, con todos los refinamientos del buen gusto, sobre el antiguo caserón ó palacio solariego de aquel nombre. Hace cosa de unos diez años el caserón se hundía, por sobra de años y por falta de reparos, y con él iban camino de la ruina, su dueña la señora viuda de Lampaya y su hija Anita. Contribuyeron á reducir á poco más que á la nada el antiguo poderío de la familia, las deudas del señor, muerto de pesadumbre; las calaveradas y despilfarros de sus dos hijos varones, consumidos y enterrados en la corte por los vicios; y en fin, las malas cosechas y la impiedad de los usureros. Anita se educó en Vergara y en Burdeos, en los últimos años del

esplendor de su casa, y al volver á ella sólo encontró la desolación y el ahogo, en vez de la distinción y comodidades que había soñado. Su madre viuda, presentó ante su consideración el triste cuadro de la realidad que les rodeaba, y le hizo comprender que ya no debía contar con otros recursos que con su educación esmerada, con su vivo ingenio, con sus pocos años y con su belleza, que era á la verdad, de primer orden; . . . lo demás, «era preciso confiarlo todo á la suerte.»

Murmurábase mucho en todos aquellos concejos sobre el triste estado de la casa de Lampaya, y ya se les hacía agua la boca á los picapleitos, tinterillos, rascafirmas, agentes de ventas y demás alimañas de la justicia, pensando en la repartición, á menos precio, de aquella que fué envidiada posesión, de aquel palacio, huertas, campos y montes, todo hipotecado y corroído por los gusanos de la usura. Así vivieron madre é hija tres años, pensando en que si hoy ó mañana franquearían las puertas de su casa á los logreros y alguaciles, y disponiéndose á salir de ella antes, para nunca más volver. Y, en esto, cuando se les había concedido un nuevo plazo para que acabaran de hundirse, llegó á aquel concejo un hijo del mismo, que venía de América, y al cual hacía treinta años que todos daban por muerto.

Era Manolo Perlora, antiguo aprendiz de sastre en Rodeces, que cansado de echar remiendos á su necesidad con pedazos de borona y con grandes raciones de esperanza, se fué al otro mundo, formando parte de un montón de asturianos, que la miseria hacinó á bordo de un barco viejo. Anduvo el muchacho en América rodando por pueblos, ríos, pampas y cordilleras, hasta que hizo asiento en Bolivia, estableciendo en Chitapata un tienducho, que pronto tuvo sucursales en Cochabamba, en Po-

tosí y en Porco. Luego que reunió algunos pesos se internó en las tierras de Santa Cruz, y allí vivió treinta años, comerciando con las gentes indígenas y enviando sus ahorros á la casa de un paisano suyo de Cobija, quien á su vez le surtía de géneros de Europa, con los que cada uno de ellos ganaba un mil y pico por ciento. Al llegar Perlora á la edad de cuarenta años sintió renacer en su pecho la nostalgia de la tierra asturiana, y acogiéndola con todo entusiasmo, liquidó y realizó en cuatro años sus negocios y sus fundos, y un día se plantó en Rodeces como caído del cielo, después de haber depositado en la Banca nacional de New-York algunos millones de pesetas.

Él, que había conocido á la señora de Lampaya, y á toda su familia, menos á Anita, en los tiempos de aparente prosperidad, se sorprendió de veras al saber que aquella casa se derrumbaba por momentos; pero, considerando el caso «cual una de tantas vueltas como da el mundo» se encogió de hombros, y no dió gran importancia á la noticia. Puso en práctica su plan de afincarse con esplendidez en el concejo, en el cual aunque no quedaban ya más que uno ó dos individuos de su familia, se vió muy pronto rodeado de parientes por todas partes. Alzó en el pueblo su magnífica posesión de indiano y compró la gran finca de El Caldón, que linda con el mar, y varios montes y tierras en sus alrededores.

Un domingo al salir de misa vió á la señora de Lampaya y á su hija Anita. Saludó á aquella con toda cortesía de antiguo conocido y de nuevo hombre fino, y prometió visitarla, como en breve lo hizo, oyendo entonces, de labios de la viuda la gráfica descripción de sus desventuras y apuros, á cuya conferencia asistió también la joven, más muerta que viva, abrasada por la vergüenza

y sin atreverse á levantar los ojos del suelo. Manolo la escuchó tranquilo, y se separó de ellas, sin soltar otra prenda que la de los ofrecimientos de puro cumplido. No pudo borrar de su pecho, sin embargo, la impresión que le causara Anita, y por más que se dió á olvidarla, entregándose de lleno á pensar en sus negocios y adquisiciones, y á requebrar á otras muchachas del concejo, siguió abrumándole, cada día con más fiebre, la idea de la posesión y cariño de aquella preciosa criatura.

Huyendo dc Lampaya volvió allí de cabeza dos ó tres veces, y propuso á la señora el casamiento con su heredera, declarando no su amor, sino que poseía más de millón y medio de pesos. Cuando Anita supo por su madre tal propósito se creyó, ante aquel sarcasmo de la suerte, la más desgraciada de las mujeres. Negóse redondamente á «tan absurda idea,» y afirmó que estaba dispuesta á ser monja, en cuanto su madre faltara. Muchos y muy diversos y hondos razonamientos hizo para convencerla la altiva y ya humillada señora, á los cuales contestó su hija con el más absoluto silencio.

—Si te casas, evitarás el que nadie se goce en nuestra desgracia—añadió al fin aquella;—y no nos mirarán con desprecio, como nos miran, los Fayedos, Ules, Veguines, Pumarinos, Valdericas, Cotopiles, Logigos, Follerones y todos los demás nobles de pega y piojos resucitados, que ayer nos tuvieron tanta envidia y hoy nos tienen tanta lástima.

Anita enardecida por la variedad, contestó:

—No añada usted una palabra más. Acepto, madre. Lo primero es que nadie tenga compasión de nosotros.

Y un mes después se casaba con Perlora, verdadero restaurador de la dinastía de los Lampayas,

Durante dos años los esposos recorrieron toda la Eu-

ropa elegante, mientras que hábiles artistas franceses convertían el caserón viejo en un soberbio hotel, del cual no pudo disfrutar su antigua dueña, porque la satisfacción tomó en ella la forma de un derrame seroso, que la llevó á aquel otro mundo del cual no se vuelve.

Anita comprendió bien pronto, que su marido, casado por una fiebre repentina de hombre veterano, se enamoraba de ella más y más cada día; y Perlora notó en cambio que su mujer no simpatizaba con el. Ella no disimulaba su aburrimiento, y él, en tanto, no perdía ocasión de hacerse simpático y de complacerla. Él, contra su natural rudeza y sus costumbres de semi-indígena boliviano, procuraba observar, instruirse, recoger caudal de palabras distinguidas y de pensamientos ingeniosos, y perfeccionar y afinar su espíritu, empresa difícil por todo extremo, porque treinta años de existencia nómada le habían endurecido el cerebro y la lengua. Contra su físico aldeano, anguloso, fuerte y recio, nada valían los alimentos especiales, ni los vestidos finos, ni la vida de salón; ni contra el tono cobrizo de su tez, curtida por el sol del trópico y surcada y coloreada por las ramificaciones y manchas de su brava y encendida sangre, nada valían tampoco las habilidades, bien pagadas, del arte de la barbería, ni las virtudes de las «aguas de los Médicis,» de la «pâte des Prélats,» de la «crema Laferriere,» del «Fluide Iatif,» del «Opoponax,» del «eau del Lys de Lohse,» ni de todos los tesoros de la perfumería moderna.

«¡Nada!—como decía su mujer, cuando le contemplaba—aquel era un D. Favila, ingerto en Atahualpa, blindado y acorazado en la piel por los aires de la pampa.»

Y mientras ella, tan delicada, tan espiritual, tan viva y tan hermosa se consumía en su mal humor, por estar condenada «á gaucho perpetuo,» él, procuraba hacerse

hombre de viso en la provincia, y figurar en todas las juntas, y presidir el partido de hombres de orden del distrito, y afinarse y perfilarse con el continuo roce de las gentes distinguidas. Pero, pasaba el tiempo, y, con harto dolor de su corazón, continuaba escribiendo todas las noches en la casilla de observaciones de su libro de cuentas: «La atmósfera lo mismo; tan insoportable.» La atmósfera era Anita.

Cuando, terminada la conversación anterior, salió su marido á poner el telegrama al general, quedóse un rato pensativa Anita, y al cabo de él, dándose una palmada en la frente, se levantó de la butaca que ocupaba, oprimió el botón de un timbre eléctrico y dijo á una criada, que al punto apareció en la puerta del gabinete:—Busca á Rosa y dí que la espero.

Algunos minutos después entraba en la habitación una joven alta, esbelta, muy morena, de oscurísimos ojos y cabellos, distinguida en su elegante y aristocrático conjunto, sonriendo como una niña y mostrando al sonreir doble fila de hermosos, nacarados dientes y dos lindos hoyuelos en las mejillas. Rosa Toriello era hija de un paisano y compañero de Perlora, que casó en Megillones con una rica criolla de aquella tierra. Educada en un colegio inglés de Valparaiso, perdió á sus padres cuando ya el indiano de Rodeces había vuelto á Asturias; quien un día recibió, con la copia del testamento de su amigo, la misión de hacerse cargo de aquella joven y de cuidarla como hija, y, acompañando al recado y á la pupila, la noticia de que ésta tenía en el Banco de Londres una dote de bastantes miles de duros, amén de otros pocos que Rosa trajo en su cartera de viaje, acompañados de ricas joyas de legítimo oro peruano. Recibióla Anita como un regalo providencial, ya que el matrimo-

nio no tenía sucesión, ni esperanzas siquiera; y, pues que sólo la llevaba ocho años de edad, fué á un tiempo para ella hermana, compañera y madre.

—¿Qué ocurre, Anita, que con tanta urgencia me llamas?—preguntó la joven al entrar.

—Dime, Rosa,—contestó la de Perlora—tú, que á causa sin duda de tu sangre americana, de tu genio y de tus lecturas, sueñas siempre en horizontes esplendorosos, en el mundo distinguido y futuras grandezas, dime: ¿quisieras ser virreina de las Indias?

Detúvose la boliviana sorprendida ante pregunta semejante, y mirando con extrañeza á Anita, exclamó:

—¡Tú no estas buena! ¿A qué viene esa broma tan inesperada?

—¡Ah, amiga mía! no se trata de una broma. Te lo pregunto de veras. Siéntate y escucha.

—Pero Anita mía, ¿estás en tu juicio?

—Escúchame y lo verás. Dentro de dos ó tres días va á llegar á esta casa un caballero, á quien han nombrado una cosa así como virrey de las Islas Filipinas, ó Capitán general gobernador, que es lo mismo. Ese caballero es mi tío el general Avila, del cual hemos hablado muchas veces. Es viejo; asistió de capitán al convenio de Vergara y tiene hoy sesenta y pico de años, pero se conserva tan bueno como si lo hubieran embalsamado, estucado y pintado hace diez. En su carácter parece un niño; y, la verdad es, que no le falta mucho para entrar en la segunda niñez. Figúrate la crueldad que cometen con él, siendo un hombre solo y sin familia alguna, al enviarle á aquellas islas. ¡Qué va á hacer allí, huérfano de todo amparo, entre las fiebres perniciosas, los igorrotes y los terremotos! Pues bien, Rosa, un hombre como él, rico, distinguido, inteligente y amabilísimo, á quien el gobier-

no concederá tal vez muy pronto, ¡nada, en cuanto lo pida! un título de Castilla, bien necesita un angel tutelar que le ame y que le cuide. Ya sabes, Rosa, cómo está el mundo; ya sabes cuán difícil es hoy el encontrar una colocación aceptable, en proporción, por ejemplo, con *lo que* tú tienes y..... francamente, eso de poder ser virreina y condesa ó marquesa creo que no es cosa que debe desperdiciarse. ¿No te parece bien que debiéramos pensar en esto seriamente?

Rosa, que reía como una loca, mientras Anita hablaba con toda gravedad, contestó, al sentirse cansada de reir:

—Decididamente has perdido la cabeza. Supongamos que fuera hacedero por mi parte todo eso que dices, pero aun así y todo, ¿entiendes tú que el general querrá casarse?

—Estoy segurísima de ello.

—¿Por qué?

—Porque siendo él un viejo y teniendo tú veinte años, jamás, en caso semejante, hay hombre que no se enamore con más ardor y vehemencia que un muchacho.

—¿Y si él no tiene atractivo bastante para que yo le ame?

—Le sobran los atractivos incomparables de poderte ofrecer un gran puesto en el mundo y una corona.

—Esos matrimonios acaban mal.

—Es verdad, pero acaban pronto; y después, continuarás tú siendo la condesa de Arlabán ó de cualquiera otro vericueto. En cambio, ¿á quién puedes aspirar aquí, ó en Oviedo ó en la corte? á algún otro indiano como el mío, de los cuales caen pocos en libra; ó á algún registrador de tercera, ó á algún ingeniero loco, ó á algún comerciante usurero ó á algún funcionario con descuento;

en fin, á alguno que, á la postre, venga á vivir con lo que tú tienes. Piénsalo bien, Rosa, y encarámate de un salto en el trono de las Filipinas. Mira y recuerda que á la ocasión la pintan calva. Yo prepararé al general.

—Te prohibo que le hables de semejante cosa.

—¡Ah, señorita! yo soy, como quien dice, tu tutora y curadora, y es un deber sagrado para mí el ocuparme de tu porvenir.

—Tu tio no es un porvenir, sino un pasado, muy pasado, con excelencia y todo.

—Sin embargo, pasado y todo, creo que te agradará porque es un caballero como los de la Tabla Redonda ¡ya lo verás!

La conversación se prolongó, en broma ó en serio largo rato, hasta que un criado avisó que Perlora había vuelto y que la comida estaba servida.

II

¡SOLITO!

Pocos días después llegó el general á Lampaya. Rosa lo contempló y analizó de una sola mirada. Era un hombre alto, derecho «como un huso,» acartonado, canoso, con largas, exageradas guías en el bigote, retorcidas y pulimentadas por el cosmético; de colorados y salientes pómulos, de nariz aguileña, de ojos pequeños, azules, velados por diminutas cejas, y de solemne calva, oculta á trechos, con cuidado, por algunos cenicientos y largos mechones, que subían desde detrás de sus amplias y encendidas orejas, á hacer como que disfrazaban la desnuda y reluciente área de la coronilla. Vestía con extremada pulcritud y elegancia y exhalaba de su persona aristocrático perfume.

Era el general oriundo de Asturias y primo segundo ó quinto de la madre de Anita; pariente casi olvidado antes, y tío reconocido en la casa desde que ascendió á brigadier, y mucho más desde que Anita fué millonaria. Su historia de hombre galante y calavera sobrepujaba con mucho, en interés, á la de su meritoria hoja de servicios, y no era posible averiguar quién había dejado más huellas y cicatrices en su físico, si el amor ó las armas de los moros, de los carlistas y de los cubanos. Nunca se cuidó de estudiar, ni de saber otra cosa que lo que el trato del mundo enseña; y por eso, cuando al ascender de coronel á brigadier se vió convertido en hombre importante, y arrastrado hacia la política, y cuando comprendió que tenía que hacer el papel de estadista, economista y sostenedor de determinadas ideas y principios, aprendió á ocultar el vacío que sentía dentro de su cerebro, con frases altisonantes y redichas, y con cortesana palabrería, en la que acertaba á disolver una docena de fórmulas de la sabiduría corriente. Era tan decidor, alegre y chascarrillero en la conversación íntima, como aparatoso, reservado y rebuscador de frases en sus discusiones de sociedad; y llegó á alcanzar, con su estudiada prosopopeya, especial fama de hombre de cuenta, entre los que sabían, poco más ó menos, tanto como él.

Al entrar en la posesión de Rodeces se asombró ante el cambio operado en la vieja vivienda de sus parientes, por la riqueza del indiano. Le parecieron transportados desde las cercanías de Niza ó de Viena, con sus lujosos encantos y atractivos el hotel, las dependencias, el jardín y la huerta. Encontró á Anita y á Manolo tan obsequiosos y tan entusiastas de su persona «como siempre,» y al parecer, tan contentos y dichosos. Rosa, á quien conoció entonces, le pareció una criatura angelical, por lo sumi-

sa, callada, ruborosa y sencilla; que así con tan estudiada gazmoñería se presentó ante el recién llegado, la diabólica chuquisaqueña. Enseñáronle con todo detenimento las dos amigas el hotel, la gran sala de recepción, el saloncito árabe, el gabinete pompeyano, la capilla gótica, la biblioteca, el billar, los comedores de verano y de invierno, el gabinete de labor y de tertulia, el invernadero, la terraza y la estensa galería de cristales, cubierta y decorada por redes de jazmines triunfantes, de trepadores celastros y de madreselvas siempre floridas. Manolo, por su parte le hizo dar múltiples paseos por la huerta, para que contemplara, en las espalderas y armaduras de las paredes y linderos, los perales de invierno: bergamotas, donguindo, colmar y angevinos; los que dan deliciosa fruta en el otoño: angulema, pan y vino, reina Busterier, óura y duquesa; los manzanos Donclaer, Augers, ranetas doradas, Apis y candoles; los cerezos, mirabeles y brignotes; las mil variedades de caprichosos injertos, debidos á su maestría de arboricultor. Pero fué en los establos «donde estaba su fuerte,» en la crianza y cuidado de las hermosas razas de toros y vacas de Shundedsley, Hongthon y Zimerwald; y allí hizo Perlora especial alarde de sus vastos conocimientos y de sus notables trabajos de aclimatación, mejora y propaganda de la ganadería, para dar ejemplo á sus paisanos..... «como modesto é indigno individuo de la junta de Agricultura de la provincia.»

Al día siguiente de la llegada del general ordenó Anita que Manolo y Rosa fueran á Oviedo á hacer algunos encargos especiales de confitería, para que les surtiesen durante la temporada «y al mismo tiempo—añadió su marido—á ver si Uria aceptaba la idea de pasar en Lampaya algunas horas siquiera.»

Entretanto la dueña de la casa no perdió ocasión de continuar la tarea, que ya había comenzado, de pintar á su tío los grandes inconvenientes y peligros que iba á tener para él un viaje á países tan apartados, su estancia en ellos, lejos de todo amparo y cariño, y la grave responsabilidad que contraería, ante Dios y los hombres, si «lo que no tendría nada de particular» le sorprendía en Filipinas alguna grave dolencia ó accidente.»

—Piénselo usted bien, tiito,—le decía;—piénselo usted bien y créame que, ó debe renunciar á ese destino antes de encontrarse completamente solito en aquellas tierras, ó debe usted prepararse bien antes de aceptarlo. Si yo fuera soltera me impondría gustosa el sacrificio de acompañarle; y así tendría usted una hija que le cuidara, pero, con harto dolor para mí esto no es posible. Ha llegado usted á una época crítica de la vida sin haber conseguido encontrar el dulce apoyo de una compañera, y.... no es prudente, ni mucho menos, el aventurarse á andar por el mundo sin amparo. Con una hermana, con una hija, con una esposa sobre todo, el viaje es plausible; pero, solo, solito, sin más cuidados que los que le presten á usted esa legión de egoistas compañeros y servidores, que llevará como secretarios, ayudantes, criados y asistentes, cada uno de los cuales tendrá, con razón, á quien atender antes que á usted, créame que sería una calaverada el realizarlo. La fortuna, tío, pone á usted en la mano el remedio.

—¿Cuál es? hija mía,—exclamó el veterano.

—¡Ah! sin duda alguna; y ello, si se realizara parecería cosa providencial. Aquí ha encontrado usted una joven incomparable, una mujer inteligente y rica, que es para nosotros como una hija; que será para usted tiernísima compañera y angel tutelar. Me refiero á Rosa.

El general se extremeció de pies á cabeza y preguntó admirado:

—¿Rosa?

—Sí, Rosa; á ninguna otra mujer del mundo podemos confiar su cuidado de usted, me lo dice el corazón.

—Pero tú ¿la has oído algo, así, de donde puedas deducir....?

—Yo, no; nada; esta es una inspiración mía, basada en el cariño que á usted le profesamos. No hemos hablado de esto, ni Rosa, ni Perlora; sólo sé que le es usted muy simpático á ella, y deduzco que ante la perspectiva de su alta posición de usted en el mundo, ambiciosilla como es Rosa, seguramente aceptará el ser mi tía, al ser la señora generala, casándose con usted. ¿Quién ha dicho que no pueden ustedes congeniar, entenderse y quererse al fin?

—De veras te digo, sobrina mía, que me preocupan y me ponen en cuidado tus advertencias y tus remedios. Francamente, yo jamás me había parado á considerar que, como tú dices, voy á encontrarme «solito» en Filipinas, y lo cierto es, que así sucederá si no llevo conmigo una amante compañera. El asunto merece pensarse en serio. Si, como yo supongo, Rosa no me quiere..... ¡qué me ha de querer! ni es posible ¡cómo ha de serlo! realizar tu plan, buscaré entre mis relaciones, entre mis muchas familias amigas, alguna mujer ya madura y más fácil de convencer que vuestra pupila, y me acompañará, hecha toda una capitana generala.

Anita se extremeció á su vez, ante la posibilidad de que el general se casará con otra que no fuera Rosa; y casi se arrepintió de haber planteado semejante cuestión, pero dominándose súbitamente, dijo á su tío, con aire de inocente complacencia:

—Es decir, que mis consideraciones no le parecen á usted del todo mal ¿eh?

—Ya lo ves—contestó el veterano—y en prueba de que es así, te aseguro que no he de entrar en Manila solito. No por cierto; decidido estoy á hacer la última calaverada, buscando una compañera que me cuide, y que me haga gustar las delicias del hogar, que hasta ahora no ha tenido para mí atractivo alguno.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

(Se concluirá.)

HUMORADAS

¡Dichosa la mujer que no conoce
Que, en los goces tranquilos, falta el goce!

En el álbum de Delia Vergara.

Pareces, Delia, de la aurora hermana,
Y creo firmemente
Que al nacer tú, dejó sobre tu frente
Sus rayos más hermosos la mañana.

En el álbum de Fanny Vergara.

Fanny, guardando de tu edad primera
Recuerdos halagüeños,
te he de dejar por mi única heredera
Cuando haga el testamento de mis sueños.

CAMPOAMOR.

LOS ANTIGUOS MONUMENTOS AMERICANOS

Y LAS ARTES DEL EXTREMO ORIENTE

I

Es evidente que la arqueología americana está en un período de formación. Buena prueba de ello son los *Congresos internacionales de americanistas,* que por iniciativa de la Sociedad Americana de Francia se vienen celebrando periódicamente desde 1874, para discutir cuanto se refiere á la historia de la América precolombina y al descubrimiento y conquista de aquel continente. Las deliberaciones de estos Congresos, que cada vez se reunen en una ciudad distinta de Europa, los trabajos que en ellos presentan los americanistas ó publican separadamente, van poco á poco esclareciendo los problemas más trascendentales y difíciles del americanismo. Pero aunque el catálogo de los trabajos es ya extenso, y en el terreno de la investigación se ha adelantado mucho, aún no se ha llegado á constituir un cuerpo de doctrina, un verdadero organismo científico, como el que hoy rige á la Egiptología y á la Arqueología oriental.

Dos cuestiones hay en el americanismo que con sobrada razón se miran como capitales, pues son los ejes,

por decirlo así, de todo el sistema que se trata de establecer. Estos dos puntos, objetos ambos de difíciles y prolijos estudios, de graves y empeñadas controversias entre los sabios, son el origen de los pobladores de la América precolombina, y la interpretación de la escritura geroglífica de los códices y bajo-relieves monumentales. Cuestiones son estas que, aunque de índole diversa, una etnográfica y antropológica, otra paleográfica y arqueológica, guardan estrecha relación y tienden á resolver el gran problema que abraza y resume todas las cuestiones del americanismo, á saber: la relación del mundo antiguo con el impropiamente calificado de *Nuevo*. Casi resuelto puede decirse que está hoy este problema, en favor de las inmigraciones de gente asiática en América, y que sólo aguarda un trabajo definitivo de síntesis que asegure y confirme los hechos y deduzca de ellos las oportunas conclusiones. En provecho de este mismo fin entendemos que ha de redundar el conocimiento de los textos geroglíficos, aunque tal vez de ellos esperan los americanistas un resultado distinto del que apetecieran. Desearían los sabios encontrar en la escritura figurativa de los antiguos americanos revelaciones históricas, datos cronológicos del mismo género é importancia que las revelaciones y datos arrancados de los gleroglíficos egipcios y de la escritura cuneiforme de los monumentos ninivitas y babilonios. ¿Se hallará algo de esto en la escritura monumental americana? Por el pronto, los códices mayas no parecen ser otra cosa que textos litúrgicos (1). Pero

(1) El distinguido arqueólogo y numísmata D. Carlos Castrobeza, cuya reciente pérdida ha venido á dejar un vacío en la ciencia y otro en los corazones de sus amigos que tanto admirábamos las bondades del suyo, encontró hace pocos años una clave ó sistema para interpretar los geroglícos mayas, y por medio de ella hizo

tal vez la luz que arrojen, así que su interpretación sea de todos conocida, sirva para encontrar el origen de las tradiciones religiosas de los americanos.

Entretanto se resuelven de un modo definitivo las dos cuestiones indicadas, parecen estar como en suspenso otras que pudiéramos llamar secundarias, si algo hubiese de valor secundario en las ciencias históricas cuando se trata de penetrar en el misterio de lo pasado para apreciar de un modo positivo y real la procedencia, el grado de cultura, la condición social, las creencias, el sentimiento estético y el modo de ser y de vivir de los hombres de los tiempos antiguos. Todo eso, que constituye el fondo característico de cada pueblo, no cabe duda de que hoy nos es dable reconocerlo en la fisonomía harto expresiva de los monumentos artísticos. Y sin embargo, el arte es quizá de lo que menos se han ocupado hasta ahora los americanistas. No se dice esto en són de censura. Preocupada y empeñada la atención de los americanistas en aquellos graves problemas, no es de extrañar que se hayan ocupado poco del arte.

Por otra parte, los monumentos americanos apenas han sido objeto de un examen directo. El hermoso album de fotografías sacadas por M. Charnay y las litografías

y casi ha dejado concluído, un curioso estudio de lectura traducción del famoso códice, compuesto de los dos conocidos con los nombres de *Cortesiano* y *Troano,* que se conservan en nuestro Museo Arqueológico Nacional, de cuyo Gabinete Numimático era digno jefe el Sr. Castrobeza. Este, al poco tiempo de comenzar su importantísimo trabajo, explicó una conferencia en dicho Museo, en la cual expuso su sistema, ajustado á la noticia de Diego de Landa sobre el alfabeto maya y demostró que, lejos de ser esos códices textos históricos, como algunos han supuesto, son textos litúrgicos de suma importancia para esclarecer el conocimiento de la mitología maya. Esperamos que el trabajo del Sr. Castrobeza vea pronto la luz pública.

dibujadas por Waldeck de los monumentos de Palenque y del Yucatán, son casi las únicas fuentes á que pueden acudir los europeos para conocer el gran arte de la América precolombina (1). A esas dos fuentes hemos acudido nosotros y á ellas habremos de referirnos en el curso de este trabajo, que por consiguiente no puede tener la pretensión (que en caso más favorable tampoco podría tener, siendo nuestro) de conseguir un resultado definitivo. No se crea por esto que pecan de infieles ó de imperfectas las fotografías directas de Charnay y los dibujos de Waldeck; por el contrario, reunen todas las ventajas que pueden apetecerse y exigirse en esa clase de trabajos. El estudio más serio que hasta ahora se ha hecho del arte americano, debido á Viollet-le-Duc ha tenido por base las fotografías de Charnay.

Basta hojear esas dos colecciones para que acudan á la mente múltiples recuerdos de no pocos monumentos de otras civilizaciones antiguas. Aquellas láminas inducen á pensar que probablemente los monumentos han debido ser la causa primera de que se sospechara en la existencia de una relación entre las gentes del antiguo mundo y del nuevo. Esta sospecha ha debido influir en los historiadores del arte para colocar los monumentos americanos en la parte de sus obras dedicada á tratar de los monumentos del Egipto y del Asia, de la India y de la China; pero ningún autor ha establecido todavía la filiación del arte americano ni le ha marcado su oportuno sitio en

(1) Después de escrito este artículo, hemos visto la reciente y lujosa obra titulada *Arte Mexicano Antiguo*, por D. Antonio Peñafiel, cuyas láminas, no sólo reproducen los monumentos ya dados á conocer por las obras citadas, sino otros muchos nuevos, productos cerámicos, motivos ornamentales, etc., que han venido á robustecer la tesis que exponemos.

el proceso histórico del arte; lo cual se explica, porque no habiéndose pronunciado la última palabra respecto de las relaciones del antiguo mundo con el nuevo en los tiempos precolombinos, todavía no han podido llevarse conclusiones fundadas á los conocimientos generales. M. Viollet-le-Duc, en el citado estudio que hizo de los monumentos americanos para que sirviese de prólogo á las fotografías y apuntes de viaje de Charnay (1), acaba diciendo: «Á nuestro modo de ver, la arquitectura antigua de Méjico se aproxima en muchos puntos á la de la India septentrional; pero ¿cómo se han establecido estas aproximaciones? ¿Ha sido por el noreste? ¿ha sido por el noroeste? Esta es una cuestión diferida hasta el momento en que el conocimiento de los monumentos ido-septemtrionales esté completo.»

No vamos nosotros á intentar por medio de los monumentos el estudio etnográfico que los americanistas discuten y estudian con preferencia. Vamos no más á señalar algunas singulares analogías que hemos observado entre los monumentos americanos y los del Asia septentrional; vamos modestamente á allegar nuevos materiales en apoyo de aquella tesis.

Abundando en ella, D. Mariano Eduardo de Rivera y D. Juan Diego de Tschudi, dijeron en su obra *Antigüedades Peruanas* (2), apoyándose en Humboldt, que no admite duda que Quetzalcoalt, Bochica, Manco-Capac y demás reformadores de la América central, eran sacerdotes budistas, cuya presencia en aquel país se explica por la lucha prolongada mantenida en Asia entre la secta

(1) *Cités et Ruines Americaines*, París: 1863. Album y volumen de texto, p. 104 del último.

(2) Viena, 1851, p. 17.

de los bramanes y de los budistas, que acabó por la inmigración de los Chamanos al Tibet en la Mongolia, á la China y al Japón, y después probablemente á la América. Así se explican los antedichos autores los puntos de semejanza que encuentran al comparar la religión de Buda y la de Brama con la mejicana, y en igual sentido parece que quieren explicarse (aunque textualmente no lo declaran) las analogías que se advierten en otro orden de ideas y de hechos.

Con las anteriores observaciones creemos dejar suficientemente expuestos la tesis de que partimos y el fin á que nos encaminamos.

II

Todo el mundo ha reconocido en las comarcas americanas las huellas de diferentes y sucesivos pobladores. Una simple ojeada retrospectiva basta, por otra parte, para comprender que los vestigios y monumentos americanos corresponden, no sólo á distintas épocas, sino á gentes distintas también. De primera impresión se establecen desde luego tres grandes períodos en la cultura de aquellos antiguos pobladores: el período prehistórico ó salvaje con iguales caractéres esenciales que le reconocemos en las formaciones geológicas y en el proceso sociológico de las razas que poblaron primitivamente los demás continentes; el período de barbarie en que el hombre de América levantó montículos y terraplenes para defenderse, para rendir culto á sus dioses y para dar sepultura á sus seres queridos, ó bien hizo construcciones

de carácter ciclópeo que le sirvieran de morada, y el período civilizado, con sus palacios y sus templos, con sus bajo-relieves decorativos y su escritura monumental y documental, como en los demás pueblos de la antigüedad histórica.

No han faltado, sin embargo, escritores americanistas que hagan al término *prehistórico* sinónimo de *precolombino*.

Pero si aquel no ha de ser un término vago y acomodaticio, sino que ha de significar la ausencia de los caractéres distintivos de toda civilización, comenzando por el más importante y expresivo, que es la manifestación del pensamiento humano por medio de signos, es decir, de la escritura, á nuestro modo de ver, los monumentos de piedra labrada del Yucatán de Palenque, de Méjico, del Perú, y las afines que subsistan en otras localidades americanas; esos monumentos en que el arte se manifiesta formado y viril, y no pocas veces sirviendo de fórmula al pensamiento por medio del geroglífico y el símbolo, no cabe dudar que corresponden á un período, cuya historia existe, aunque velada y obscura para nosotros. No hay que olvidar tampoco que cuanto hoy sabemos acerca de las costumbres é instituciones de las gentes que poblaban la América, lo debemos á los misioneros españoles (á quienes nunca agradeceremos bastante sus investigaciones y curiosos escritos), testigos del ocaso y ruina de aquellas antiguas civilizaciones.

Tomada la cuestión desde el punto de vista y en el sentido con que nosotros la planteamos, ocurre una objeción seria que oponer. Los pueblos bárbaros de América se reconocen y diferencian hoy por dos clases de monumentos, y los nombres dados á éstos por los anglo-americanos sirven también para designar á aquellos,

pues su filiación étnica se desconoce. *Mund-Builders* llaman los sabios anglo-americanos á los constructores de unos terraplenes y montículos artificiales de tierra, casi siempre construídos con regularidad matemática, redondos, ovales, triangulares, cuadrados ó poligonales, de una altura de pocos centímetros á treinta metros y un diámetro de uno á trescientos metros, en cuyo interior se han encontrado restos humanos y algunos utensilios; montículos que ocupan los valles del Misisipí, del Ohío y del Misurí. *Cliff Dwellers* ó habitantes de las rocas llaman, y hombres de los *pueblos* llamaron los colonizadores españoles á los que tenían por viviendas los senos de las rocas ó que hacían en ellas unas construccio nes en piedra, viviendas que aparecen escalonadas ó superpuestas, y á veces están defendidas por un muro (sin más medio de comunicación ó ascensión, por lo visto, que escaleras de mano) que ocupan una extensión de doscientas mil millas cuadradas en los valles del San Juan, del río Grande del Norte, del Colorado Chiquito y sus tributarios. La cuestión que aún debaten los americanistas está en si los *Mund-Builders* son antecesores ó contemporáneos de los *Cliff Dwellers*. La opinión más general parece resolver el caso en favor de la mayor antigüedad de los primeros.

En cuanto al fin que nosotros perseguimos, conviene dejar sentado que, tanto los terraplenes y montículos como los *pueblos*, son unos monumentos tan originales y extraños, que no tienen nada de común con los de otras comarcas del globo. Los montículos, por alguien comparados con los *túmulos* del mundo antiguo, no responden á la misma idea, ni al mismo fin constante, ni en su forma hay otra semejanza que accidental y en muchos casos ninguna. Respecto de las viviendas en rocas y de los *pue-*

blos, que bueno será advertir están, generalmente, á alturas casi inaccesibles, debemos decir que el trogloditismo no puede darse por característica de raza, sino por resultado de la necesidad que la Naturaleza ha impuesto al hombre en algunas comarcas. Haríamos sobrado larga esta digresión si fuéramos á examinar las circunstancias geológicas por las cuales el hombre prehistórico de Europa fué troglodita antes de construir la cabaña ó el palafito y de levantar el dolmen y el *túmulus*. Por lo demás, aparte de los hipojeos egipcios y de los templos indios cavados en la roca, hay otros monumentos que, aunque de remota antigüedad, corresponden á una época perfectamente histórica, como son los hipojeos griegos de Felos, Antifelos, Jantos, Telmisos y Myra, en el Asia Menor, que en su disposición escalonada recuerdan los *pueblos* ó viviendas de las rocas americanas.

Hay todavía otra cuestión, que es la de las *pictografías* ó pinturas parlantes, signos ideográficos groseramente trazados en las rocas, que en algunas regiones, como en la llamada por esta misma circunstancia de las *piedras pintadas* en la América del Sur, abundan mucho. A estas figuras, que no siempre están pintadas, sino también grabadas ó esculpidas, se les asigna remota antigüedad.

El marqués de Nadaillac dice que ni los *pah-utes*, habitantes de las vertientes californianas, ni los *shawnees*, que campean cerca de Colombia, pretenden que tales figuras sean obra de sus antepasados, sino que las miran como anteriores á su arribo á aquellas comarcas. Pero la circunstancia de que algunos indios que aún habitan en otras comarcas americanas, todavía trazan de estas pinturas ó grabados, y otras de ellas se sabe que están trazadas en tiempos pasados, cercanos á nosotros, induce á

creer que no son exclusivamente una manifestación del arte primitivo de América, sino del arte rudimentario de las tribus que desde remota antigüedad han poblado algunas comarcas de aquel continente en todos los tiempos. En una palabra, nosotros nos inclinamos á creer que las *pictografías* han sido coetáneas de todos los grados y manifestaciones de la cultura que en aquel país se reconocen y diferencian: han sido siempre ó casi siempre las obras de los indígenas que vivían, como viven aún, apartados del gran proceso histórico. Y nos inclinamos á creerlo, no sólo por las razones apuntadas, sino más principalmente porque los caracteres artísticos de las *pictografías* no tienen nada de común con los que distinguen á los monumentos de que pronto vamos á ocuparnos: son las figuras que han trazado y trazan el niño y el hombre inculto, por una misma manera, en todos los pueblos y en todos los tiempos.

Por las razones expuestas, nosotros entendemos que los tiempos *prehistóricos* de América son los tiempos representados por los vestigios de la humana existencia hallados en yacimientos geológicos y por los *restos de población* (permítasenos traducir así la voz danesa *Kjökkenmödings*, traducida ya en el Plata por paraderos y en el Brasil por *sambaquis)*, en que se han recogido característicos é interesantes restos de la primaria existencia: Los montículos y terraplenes, las cuevas y *pueblos*, corresponden respectivamente á dos manifestaciones distintas de una cultura de transición, por decirlo así, que se desarrolló en la América del Norte y en la Central; pero de ningún modo deben comprenderse en el prehistorismo, pues los hallazgos de puntas de flecha de pedernal y de obsidiana en tales monumentos no puede significar

nada en un país que más tarde se defendió de los conquistadores españoles con armas de la misma materia.

Creemos con Lubke (1) que las primeras manifestaciones del arte han sido las mismas en todas las localidades y en todos los tiempos, pues el arte no tuvo un lugar de nacimiento, ni hasta que se manifestó dueño de los procedimientos y con fisonomía propia y tendencia definida, merced á la inspiración que le prestaran las creencias, las instituciones, las aspiraciones de raza y las condiciones locales, pudo ejercer influencia en países vecinos y ser objeto de imitación y de estudio. Por consiguiente, fuera cual fuese la procedencia de las gentes que construyeron los montículos, la idea del montículo debió nacer en ellos espontánea y desenvolverse de un modo peculiar y característico. En cuanto á los *pueblos*, claramente se comprende después de lo ya dicho que pensamos lo mismo, pues responde á la idea natural de defensa y á un género de monumentos de que hay repetidos ejemplos en países que no han tenido relación alguna. Y sea ó no remota la antigüedad de tales monumentos, si, como fundadamente se cree, los monumentos del gran arte precolombino corresponden á nuestra Edad Media, lo mismo que los monumentos de la India, puede pensarse que el origen y desenvolvimiento primario de las artes en América corresponde á la Edad Antigua del viejo Mundo. Es decir, que probablemente mientras en este viejo Mundo se alcanzaba aquel grado de civilización de que hoy dan patentes testimonios los monumentos egipcios, los asirios, los persas, los griegos, los etruscos y los romanos, en el Nuevo Mundo alboreaba una nueva cultura; y durante

(1) *Essai d'Histoire de l'Art,* traducido por Koello, París. 1886, t. I, p. 1.

nuestros siglos medios, en aquel continente se desenvolvía una civilización análoga ó equivalente á la que ya se había extinguido en el mundo oriental de la antigüedad. En una palabra, la civilización ha caminado retrasada en el NuevoMundo con respecto del viejo.

José Ramón Mélida.

TRADICIÓN [1]

I

Doña María, la Santa,
nació con nublada estrella;
repudiada vió á su madre,
tan infeliz como buena.

Los hijos de su madrastra
le arrebataron la herencia;
nególe el amor su padre,
Dios le negó la belleza.

¡Desdichada fué de niña,
desdichada de doncella;
para aumentar su infortunio,
sin duda, la hicieron Reina!

El de Aragón se casó
con la dote, y no con ella.
¿Por qué le dió la corona
Cuando el corazón le niega?

(1) Publicamos esta poesía, primera del Romancero de D. Jaime el Conquistador, como muestra de la inspiración de su autora la señorita doña Blanca de los Ríos, á quien conocen nuestros lectores por el hermoso artículo que acerca del Tenorio dimos á luz tiempo atrás.

Esperamos el estudio biográfico crítico de Tirso de Molina, premiado por la Real Academia Española, para dedicar á su autora el espacio que merecen su laboriosidad y su talento, que la hacen digna de figurar al lado de nuestras más ilustres escritoras de este siglo.

Don Pedro, *flor de los Reyes*
y *espejo de gentileza,*
el católico y el noble,
el valeroso, el poeta,

por no ser de Reyes hija
diz que á su esposa desdeña;
pero los pueblos murmuran
que por otro amor la deja.

¡Rey galante, mal escoges,
por vidrio cambias las perlas,
lo propio por lo robado,
la virtud por la belleza!

¡Ay, desde aquella mañana
de florida primavera,
en que en la santa capilla
del Temple, de luces llena,

la unió con Pedro segundo
la bendición de la Iglesia,
tres años hace que sufre
la infortunada Princesa!

Tres años que no sonríe,
ni sus tristes ojos seca;
llorando pasa los días,
llorando las noches vela;

mientras que el infiel esposo,
sin cuidarse de sus penas,
de una principal señora
ronda, galante, las rejas.

Haciendo suya la causa
de la infortunada Reina,
de Montpellier los varones
en secreto se congregan,

quejosos del Rey don Pedro
que á la de Guillén desprecia;
que quien á su dueña ofende,
también á la villa afrenta.

Quieren que Pedro á los brazos
de su digna esposa vuelva,
porque renueve sus bodas
con Montpellier y con ella;

que arraigue en la Señoría
de Aragón la estirpe regia,
y el arbol de sus amores
produzca flores eternas.

Los cónsules de la Villa,
en secreta conferencia
con su noble Soberana,
algo muy grave conciertan.

Lo que de grado no pueden,
por el engaño lo intentan.
¡Ay, que para ser creída
la verdad augusta mienta,

y que á veces, por sarcasmo,
de la vida en la comedia,
con el vestido del vicio
se disfrace la inocencia!

*
* *

Cauteloso, un pajecillo
del Rey á sus plantas llega;
un pergamino doblado,
que exhala oriental esencia,

pone en su mano, y, discreto,
sale de la estancia regia:
la faz de Pedro retrata
de su emoción la violencia.

De su adorada señora
es una cita secreta,
y el Rey imprime al mensaje
más besos que tiene letras.

La noche espera don Pedro,
y con tanto afán la espera,
que, ansioso, se bebería
las horas de luz que quedan.

Tan de prisa van sus ansias,
que hallan las horas eternas;
acusa al sol de indiscreto,
de torpes á las estrellas,

y en su demente delirio,
teme que, por vez primera,
falte la constante Noche
á su cita con la Tierra.

Pero no faltó: el alcázar,
del Rey por orden expresa,
yace en sombras. ¡Las traiciones
bien están en las tinieblas!

Súbito se alza el Monarca,
la mano al pecho se lleva,
leve murmullo se escucha,
como de agua que se acerca;

y era, en verdad, una ola
de encajes, de oro y de seda:
entra velada una dama;
loco el Rey, prorrumpe:
—¡Es ella!

Y asiéndola de una mano
con ambas las suyas trémulas,
la conduce ante una ojiva,
que inunda la luna llena.

Bajo nubes del tocado
soles de joyas flamean,
álzase el velo la dama,
y el Rey exclama:
—¡La Reina!

Y corrido, mudo, atónito,
suspenso, inmovil se queda;
mientras que en el fondo obscuro
de la ancha cámara regia,

como por arte de encanto
el grueso tapiz se pliega,
y en el hueco que descubre
de Pedro al asombro muestra,

de nobles figuras hecho
un grupo de tal grandeza,
que es de un pueblo poderoso
conjunto, cifra y emblema:

cónsules y ciudadanos,
que á Montpellier representan;
damas, caballeros, frailes,
soldados, pajes, doncellas,

todos como al templo, vienen
con blancas hachas de cera,
todos ante el Rey se postran
para alcanzar su clemencia:

perdón de su engaño piden
y gracia para su Dueña.
Ante su esposa que llora,
y ante su pueblo que ruega,

conmovido Pedro el Noble:
—¡Pues que lo quisísteis, sea!—
dice, y se arroja á los brazos
de la enamorada Reina.

BLANCA DE LOS RÍOS.

EL FAUSTO EN LA MÚSICA

Faust, ópera de Ch. Gounod.—*Mefistofele*, ópera de Arrigo Boito.—*La Damnation de Faust*, leyenda dramática de Hector Berlioz.—*Scenen aus Goethe's Faust*, de Robert Schumann.

El arte, por excelencia, propio de la época moderna, es la música. Somos, por él, realmente soberanos, y ninguna obra maestra de lo pasado nos hace sombra, como acontece en las demás artes bellas, las cuales tampoco se redujeron siempre á dejarnos modelos insuperables, sino que, á las veces, agotaron de golpe la virtud creadora de su idea inspiratriz. Sirva de ejemplo la escultura, que, naciendo y desarrollándose espontáneamente en Grecia, produjo un ciclo artístico completo y sin segundo, y no consintió á los artistas venideros otro arbitrio sino ser fríos imitadores, ó hallar vida y novedad mediante la violación sistemática de los principios de su arte, destinado por íntima naturaleza á manifestar serenamente la belleza corporal humana.

Las formas del arte corresponden á las modificaciones y mudanzas emocionales é intelectuales que experimenta la sociedad. Entre la florescencia de la música y el estado del alma moderna existe esa correspondencia, cuya determinación no es para tratada incidentalmente. El hecho irreductible y primario es cierta afición música derivada de las necesidades estéticas, de que el hombre, ni aun entre los misérrimos salvajes, está privado completamente. Esas necesidades, de creciente imperio y

complexidad, buscan, necesariamente, la satisfacción de su apetito apropiándose el mayor número posible de elementos susceptibles de recibir forma artística. No maravilla que el hombre aprovechase los sonidos con ánimo de aumentar el acervo de sus goces estéticos, pero sí pasma y suspende que la impresión, por medio de ellos obtenida, fuese tan profunda, varia y rica, que el arte musical llegara á competir con las demás bellas artes, y aun en la expresión de determinados afectos á todas las venciese y dominase.

Pero este fenómeno, en apariencia extraño, lo explica la naturaleza de la música. Toma ésta su elemento propio directamente de las emociones humanas; entre éstas y la creación artístico-musical que las encarna y enfoca no se interpone, como en las demás artes, la idea que previamente ha de concebir el artista del objeto á que ha de dar forma. La arquitectura, la escultura, la pintura, la poesía, reproducen ideas, más ó menos adecuadas, de la realidad que las inspira; la música reproduce las pasiones y emociones que inmediatamente percibe el compositor, con separación absoluta del mundo fenomenal, del que es independiente aquélla. Por esta razón ha dicho profundísimamente Schopenhauer que las cuatro bellas artes mencionadas expresan la sombra, mientras que la música habla del ser mismo y ve los corazones, manifestando, en vez de tal ó cual aflicción, alegría, dolor, espanto ó calma del espíritu, la alegría misma, la aflicción misma, *in abstracto,* en su esencia, sin que se refracte ni quiebre al objetivarse en la idea.

Un ademán, una mirada, un grito, como inmediatas manifestaciones del afecto interior, dicen más que la palabra: la música tiene la elocuencia de la mirada, la significación del ademán, la pasión del grito. Sin llamar á

las puertas, á menudo cerradas, de la inteligencia, penetra directamente por la sensibilidad, hiriendo la entraña recóndita de la vida, que vibra y ondula con las misteriosas resonancias de la simpatía. Entonces prestamos nuestro verbo interior á la emoción inarticulada y anónima que percibíamos, y son ya nuestros ensueños y esperanzas, nuestro júbilo y entusiasmo, nuestra melancolía y tristeza, nuestras penas, nuestra angustia y nuestra desesperación personales, los afectos que, cantando ó gimiendo, evocados por el genio, aletean dentro de nosotros mismos.

De esta tendencia que nos incita á concretar y particularizar las emociones impersonales de la música nació su unión con la poesía, la cual vino á condensar y prender en un punto la pasión undívaga, revistiéndola de forma definida, de tal suerte, que en la nueva obra de arte y con relación á la naturaleza, el elemento musical representa la *especie*, y el elemento poético el *individuo*, ora considerado en sí mismo, ora en su comercio, con el mundo exterior.

La intensidad de emoción que la música y la poesía mutuamente se comunican puede figurársela cualquiera, si compara el efecto que le causó una pieza, primero ignorando y después sabiendo su nombre. Oye una persona cierta marcha fúnebre: el dolor expresado le subyuga; adivina que palpita un sentimiento sobrehumano portentoso; luego la vuelve á oir, pero con el conocimiento de que es la marcha fúnebre de Siegfredo en el *Gotterdammerung*, y este simple rótulo explica, á la vez que concentra, la grandiosidad prometeana de la elegía, poniéndonos delante de la imaginación las colosales figuras de la epopeya cosmogónica de Wagner. Las hermosas sinfonías de Mendelssohn *La Gruta de Fingal, El Regreso*

á la patria, La Calma del mar, toman de su título mismo buena parte de las emociones é imágenes que suscitan. Volviendo á mi símil anterior, diré que la unión de la poesía y la música es la elocuentísima palabra combinada con la mirada elocuentísima.

Deposita, por tanto, la música en las creaciones poéticas la mayor suma posible de *humanidad* que cabe dentro de una forma individuada, causando impresión que equivale á la suma de las fuerzas convergentes. Léase la admirable balada de Goethe *Erlkönig,* y óigase luego la no menos admirable melodía de Schubert de este título, y por último únanse la poesía y la música; entonces se percibe más claramente el galope del caballo, palidecen más las nieblas, revolotean más tristemente las hojas secas, tíñense de más vivos colores las visiones seductoras que el rey evoca para llevarse el niño, y resuenan con mayor aspereza los acentos de su cólera, y el padre recela, tiembla y se acongoja y el niño moribundo se angustia más que no antes. Toda la emoción que puede producir un drama la agotan esas pocas estrofas y compases combinados, que á muchas óperas famosísimas superan.

Puesto que la música revela la esencia impersonal de las pasiones humanas, los músicos, instintivamente, eligen para asunto de sus composiciones los personajes que los poetas excelsos crearon, personajes que en la conciencia artística representan el papel de *tipos* ó *ejemplares* característicos y manifiestan la *especie* por medio del *individuo*. Desde este punto de vista, los personajes de Shakespeare aventajan, acaso, á todos los de los demás poetas, pues no conviene que sean abstracciones ni copias serviles de la realidad individuada. Un personaje puramente abstracto, ó, lo que es igual, un discurso elo-

cuente y lógico acerca de cierta pasión, como son la mayor parte de los héroes y protagonistas del teatro clásico francés, y aun muchos del teatro castellano, es incapaz de suministrar al músico esa nota personal que busca cuando solicita el auxilio de la poesía, y un personaje estrictamente concreto tampoco puede elevarse á la categoría de lo general, única en que, por naturaleza, se desarrolla la concepción música. En ambos casos faltará la compenetración de los elementos estéticos elegidos, y aunque la música, por su inspiración, sea buena, tendremos derecho de censurar á su autor por no haberla escrito en forma exclusivamente sinfónica.

*
* *

El personaje músico perfecto ha de experimentar una pasión capital y ponerse en postura de manifestarla plenamente, mediante la oposición ó la connivencia de los sucesos. Su carácter ha de ser grandioso, imponente, de temple trágico, de gesto épico; ha de superar, en bondad ó maldad, al común de los humanos, participar de sucesos ó sufrir vicisitudes extraordinarias. Ha de herir, de consuno y violentamente, la imaginación y la sensibilidad. Nada tienen que ver aquí los ruines, los mezquinos, los que se arrastran sobre la prosa de la vida cotidiana. La música, de suyo, es perfecta aristócrata; llorará ante la fosa común, pero cuando entierren á un monarca en ella. Lo que acaece y sucede diariamente, las penas y alegrías de todo el mundo, poco la conmueven. Pasa de largo delante del trasero de la Mouquette, y se detiene delante de la cara de Quasimodo.

Los *pianos* y *fuertes*, las modulaciones, las variaciones del tema, las imitaciones de instrumento á instrumento, las alteraciones rítmicas, las combinaciones de

timbre por cuya gracia son colores los sonidos, los cambios de movimiento, en una palabra, los recursos técnicos que logran variar el significado de una frase, que ora se apaga como el ruido moribundo de la ola en la orilla, ora se prolonga con ondulante resonancia, y luego muge en los contrabajos y gime en las violas, y dibuja gallardos arabescos en los violines, y corre por ellos desbocada y se esparce en las tenues notas de un *pizzicatto* como un vuelo de chispas en noche oscura, y es canto rústico en el fagot y de guerra en los clarines, y amorosa caricia en el oboe, y serena estrofa en el clarinete, y misteriosa llamada en la trompa, y rodar de avalancha en la orquesta entera: estos recursos, digo, piden que la acción del poema esté llena de contrastes, de luz y sombra, de palpitaciones del corazón y de ensueños de la fantasía, ya que la música es la sublime evocadora y pintora de lo invisible que vive en los mundos de la humanidad, de la imaginación y de la naturaleza.

*
* *

Todos los pormenores y circunstancias capaces de cautivar la inspiración de un músico se encuentran reunidos en esa portentosa síntesis poética que se llama el *Fausto* de Goethe. «Encerrad en este angosto edificio de madera el círculo de la creación, y con vuelo rápido, bajad, desde el cielo, pasando por el mundo, al infierno (1).» ¿Cómo hemos de maravillarnos de que la música haya acudido á apoderarse de la obra, esforzándose por levantar un reino propio dentro de las fronteras de tan vasto imperio? Porque en cuanto á conquistar la obra entera, ningún compositor lo ha intentado. Es sobradamente frondosa, como decía Magín del *Ahasverus* de

(1) *Faust*, prólogo en el Teatro.

Quinet, y su complexidad y magnitud imposibilitan materialmente la adaptación musical directa y completa, aparte de que muchos trozos de ella, puramente intelectuales, sin átomo de pasión, á la fuerza lo vedan. Pero ni aun descartando episodios y eliminando escenas, de suerte que se conservaran únicamente las capitales de la existencia del doctor alemán, se atrevieron los compositores á mostrarla en toda su riqueza y variedad, tomando el poema desde que se anuda con la apuesta entre el Señor y Mefistófeles hasta que se suelta con la atracción irresistible de lo eterno femenino, desarrollándolo en el gabinete gótico, en el jardín de Marta, en las calles de Francfort, en la Catedral, en las cumbres del Brocken, en la cárcel de Margarita, en los pensiles de Ariel, en la corte del emperador teutónico, en los campos de Farsalia, en el palacio de Menelao, en el castillo á orillas del mar, elemento cuya conquista fué la empresa suprema de la incalmable actividad de Fausto. La labor de los músicos ha sido más modesta; se ciñeron, en puridad, á escribir *ilustraciones* del poema, á la medida de su genio y gusto personales, tratando al texto con la mayor llaneza y libertad.

Examinemos las principales.

I

«FAUST», ÓPERA DE CH. GOUNOD

Comenzaré por la ópera de Gounod, que es la más popular y exquisita, á la vez que superficial, de las interpretaciones musicales del *Fausto*.

Toda ella está reducida á una aventura amorosa, con intervención del diablo por añadidura. Gounod ha conservado las escenas principales de la primera parte del

poema, modificando algunas, disfrazando los episodios y hasta los personajes, como sucede con el enamorado de Margarita, Siebel, cuya impertinente inutilidad no se compensa con unos cuantos compases deliciosos del acto cuarto; Siebel, que en el poema es uno de los alegres y groseros compadres que se emborrachan en la taberna de Auerbach (1).

Dije «superficial» porque el Fausto de Gounod es un mozo enamorado, de gentil talante, buenos puños y nerviosa pantorrilla, que únicamente piensa en seducir á Margarita. Recordemos, ahora, el retrato que de él traza Mefistófeles en el poema: «El muy mentecato no gusta de alimentos terrestres; la angustia que le atormenta lo lanza por los espacios y está semisabedor de su demencia: desea del cielo las más fúlgidas estrellas, y de la tierra toda sublime voluptuosidad, sin que nada consiga aplacar la insaciable aspiración de su pecho (2)». ¿Qué ha quedado de este tipo, en cierta manera sobrehumano? Levísima cosa: un Tenorio de menor cuantía, que se acompaña del diablo por puro amor á los malos compañeros.

El primer acto, que pudiera ser sublime, es insignificante; no hay ni trasunto siquiera de aquel inmortal monólogo que arranca las tormentas del alma de Fausto, su desengaño de la ciencia humana, su hastío de la vida de sabio, su confianza momentánea en la magia, el espanto que le produce la aparición del *Espíritu de la Tierra* provocada por sus conjuros, su desesperación desbor-

(1) Gounod no es el autor del *libretto*, pero bien se le pueden achacar todas las responsabilidades que de él se deriven, ya que el imperio de los compositores sobre los poetas suele ser, en estos casos, absoluto.

(2) *Prólogo en el cielo.*

dada y el designio de suicidarse, último anillo de esta cadena de dolores. No obstante de que son asuntos principales de la escena de la ópera el conato de suicidio y parte de la tremenda letanía de maldiciones que Fausto lanza en otro pasaje del poema, la música carece de pasión. En lugar de las voces del cielo, ángeles, santas mujeres y discípulos del Salvador, que, acompañados por el toque de las campanas, cantan la resurrección de Cristo, deteniendo la copa envenenada en los labios del Doctor, suben las voces de la tierra en forma de lindo corito que convida á una muchacha á madrugar y gozar de las bellezas del paisaje. El corito causa el efecto apetecido en Fausto, puesto al nivel de una *griseta* que oye cantar á los estudiantes del Barrio Latino, y se decide á correr la *juerga* con ellos. Luego se aparece el diablo con el empaque que suele tener en las comedias de magia, escamotea la vejez del protagonista, y se van juntos en busca de Margarita y Margaritas, exclamando concertadamente: «*En route, en route.*»

El acto segundo compendia varias escenas del original, más ó menos desfiguradas algunas. La fiesta del domingo de Pascuas convirtióse, no sé por qué, en *kermesse* flamenca: estudiantes, soldados, burgueses, doncellas y matronas juegan, ríen, pasean, beben y bailan. Valentín habla de la medalla de su hermana, detalle sensible que se guardó Goethe, y el tontuelo de Siebel anda por allí mezclado con los soldados y echando roncas para lo por venir. Mefistófeles y su protegido acuden á divertirse, y Fausto conoce á Margarita. Hay en este acto varias páginas de mérito y justamente celebradas: el coro de viejos, las alegres frases de las muchachas, la animada canción del Becerro de Oro (que sustituye á la de la pulga del poema, más propia de Mefistófeles, demo-

nio cínico y guasón, de pocos cumplidos y menos aparato), el grave y religioso coral de las espadas (sugerido por un esbozo de los Paralipómenos), y, sobre todo, la joya del acto, el breve diálogo de Fausto y Margarita *Ne permettrez-vous pas,* tratado con toda la sencillez y delicadeza del original.

El tercer acto, consagrado casi exclusivamente á los amores de Fausto y Margarita, es el mejor de la partitura, y acaso la obra maestra de Gounod en música profana; para que fuese una maravilla completa, bastaría suprimir los *couplets* de Siebel y el aria de las joyas, bonita, pero nada más, con la que se lucen las tiples, negocio ajeno á la finalidad de las óperas escritas como Dios manda, que son muy pocas. Y aunque también he de atenuar luego mis alabanzas con algunas restricciones, éstas no recaerán sobre la música misma, sino en cuanto quiere cubrir plaza de los amores de Fausto y Margarita descritos por Goethe.

La cavatina de Fausto *Salut, demeure chaste et pure,* expresa fidelísimamente la emoción y el embeleso que se apoderan de su alma al penetrar en el cuarto de Margarita. En el poema viene pronto á mezclarse la hiel del análisis psicológico con la miel del primitivo arrobamiento (1). El efecto de la cavatina es más intenso, gracias á la simplificación de los afectos, que si hubiera intentado descubrir los repliegues del carácter del protagonista, rompiendo en súbito contraste dramático que no se compone con el genio de Gounod. La melodía purísima, al desvanecerse lentamente en las notas de un *adagio,* parece como que deja cierta estela de luz azulada, la luz

(1) «¿Y á tí, quién te trae? ¡Cuán profunda emoción reina en mi ser! ¿Qué buscas en este sitio? ¿Por qué pesa tanto tu corazón? Desdichado Fausto, no te conozco,» etc. (Primera parte.)

de los cantos celestiales. La balada del *Rey de Thulé*, superior á la de Schubert, interrumpida por las reflexiones que el recuerdo de Fausto le sugiere, además de ternura, tiene sencillez de relato infantil, realmente encantadora. El *cuartetto* del jardín es obra acabada de arte; el carácter de los personajes y la contraposición de las situaciones, viven en las notas; la orquesta comenta y subraya con travesura y emoción, según los casos, el diálago musical, donde se combinan, en harmoniosos contrastes, los afanes casamenteros de Marta, las insinuaciones burlonas de Mefistófeles, la pasión emprendedora de Fausto, la ternura pasiva y las penas domésticas de Margarita. ¡Cuánta zumba en la exclamación «*La voisine est un peu mûre!*» ¡Cuánta vis cómica en las preguntas y respuestas «*Ainsi, vous voyagez toujours!*« ¡Cuánta dulce tristeza en la relación «*Mon frère est soldat, j'ai perdu ma mère!*» ¡Cuánto fuego en las palabras «*Si le ciel avec un sourire!*» ¡Cuánta languidez de resistencia vencida en la frase «*Je ne vous crois pas!*» El texto de Goethe se ha encarnado en la música de Gounod, y pocas veces habrá conseguido un artista ser tan fiel y tan original al mismo tiempo. Termina el acto con un dúo de amor, inspirado, parcialmente, en el episodio de las margaritas de la escena del jardín, amplificado á gusto de los libretistas. Frases melódicas de incomparable dulzura se suceden, á cada momento más apasionadas; acarician, embelesan, embriagan, enervan las energías resistentes de la voluntad y levantan los sentidos á una especie de erotismo místico. La orquesta realza la expresión del canto, sosteniendo con aterciopelados acordes la extasiada melodía de Fausto «*Laisse-moi contempler ton visage,*» meciendo con rítmico movimiento de ola la arrebatadora exclamación «*¡Aimer! Porter en nous une ar-*

deur toujours nouvelle!, prolongando con cristalinas vibraciones la íntima sensación de ventura «*O nuit d'amour, ciel radieux!*», diluyendo, con tremolante palpitación, todas las seducciones de la naturaleza cómplice en el alma abierta de Margarita que, como el perfume de una flor, se esparce, repitiendo «*Il m'aime*».

Con otros protagonistas, este dúo sería irreprochable, y si nos olvidamos de que los amantes se llaman Fausto y Margarita, por la belleza de las melodías y la pericia de la instrumentación, merecerá el calificativo de obra maestra. Pero adolece de grave defecto: la expresión del amor de Fausto y Margarita está escrito, como quien dice, el *unísono* y no resulta el *dúo* del poema que, entre la pasión del sutil y sabio doctor y la de la ingenua é ignorante hija del pueblo, puso muchas diferencias, que tocan y miran á la calidad de ella. Fausto aspira á lo eterno, aun sumergido en los placeres más perecederos y fugaces (1); se exalta disertando acerca de las prendas de su amada (2), y analiza elocuentemente su menguado concepto escéptico de Dios (3). Mientras Margarita procura llamar sobre sí la atención inquieta del doctor (4); le pregunta si tiene creencias religiosas, y sobre todo si las practica (5); enumera los quehaceres de casa en que se ocupa, sin omitir los más prosaicos, como son los del ba-

(1) ¡Oh! ¡No tiembles; que esta mirada y este abrazo te digan lo que, de suyo, es indecible; entregarse sin condición, embriagarse con voluptuosidad que ha de ser eterna! (*Faust*, primera parte.)

(2) Acaso conviene que la sencillez y la inocencia jamás se conozcan á sí mismas, etc. (*Faust*, primera parte.)

(3) ¿Quién se atreverá á nombrarlo? y decir: «¿Creo en él?», etc. (Idem, íd.)

(4) Pensad en mí un poquito, etc. (Idem, íd.)

(5) Pues bien: dime cómo te portas con la religión, etc. (Idem, dem.)

rrido y lavadero (6), y siempre se declara subyugada por la voluntad de su amante (7). En suma, el amor de Fausto es un sentimiento complejo, el de Margarita sim ple, elemental. La música del dúo se porta con ellos como si fuesen homogéneos. Por eso he dicho que está escrita al unísono, refiriéndome, claro es, á la expresión, y de ninguna manera á las voces. La pasión de Margarita sale de su humilde clase, se aristocratiza y entona, poniéndose al mismo nivel de la de Fausto, y revistiéndose de una solemnidad que de ninguna suerte le conviene.

Los actos cuarto y quinto desenvuelven la acción dramática del poema. Margarita, sola en su cuarto, presa de mortal melancolía, piensa en las consecuencias de su falta; la orquesta preludia tristemente, imitando el monótono ruido del torno; una frase dulce y quejumbrosa se levanta, con desmayado vuelo, sobre el trémolo del acompañamiento; por la abierta ventana penetran las carcajadas de las mozas que se burlan de la seducida; acude Siebel á consolarla, y cruzan unas cuantas frases, modelo de declamación musical. Cambia la decoración; aparecen los soldados, y Valentín con ellos, y entonan un coro vigorosamente ritmado, cuya melodía, algo vulgar, realza *crescendos* y *diminuendos* de mucho efecto. Siebel insinúa á Valentín la deshonra de su hermana. Cae la noche: Fausto y Mefistófeles se aproximan á la vivienda de Margarita; el diablo pulsa su mandolina, y canta la famosa serenata, poco irónica y menos diabólica, con sus carcajadas simétricas y á compás, pero de agradable melodía. Interviene Valentín, reta al seductor,

(6) Reducida es nuestra familia, pero es preciso atender á sus menesteres; además, no tenemos criada, etc. (Idem, íd.)

(7) Cuando te veo, no sé qué me obliga á querer lo lo que tú quieres, etc. (Idem, íd.)

y en el desafío cae herido mortalmente. El *tercetto* del duelo está escrito demasiado aparatosamente, según los cánones de esta clase de acontecimientos en las óperas, y además con poco cuidado de la expresión dramática. En las frases á tres voces lleva el canto el tenor (Fausto), cuya melodía harmonizan el barítono (Valentín) y el bajo (Mefistófeles). Á la vez que Fausto exclama: «*Terrible et fremissant—Il glace mon courage.—Dois-je verser le sang—Du frêre que j'outrage?*», Valentín y Mefistófeles) dicen respectivamente: «*Redouble, ó dieu puissant —Ma force et mon-courage; — Permets que dans son sang—Je lave mon outrage.—De son air menaçant,— De son aveugle rage.—Moi je ris,—Mon bras puissant —Va détourner l'orage.*» Por tanto, tres afectos completamente distintos vienen á estar representados por la misma idea melódica, la cual, con su resuelta y altiva traza, únicamente conviene á la furia de Valentín, y de ningún modo á las zozobras de Fausto y á las burlas de Mefistófeles. El episodio allegadizo de la medalla está desenvuelto en una inspirada frase. La escena de la muerte de Valentín es hermosa; los compases en que el pueblo va rodeando al moribundo son muy patéticos, y las exhortaciones con que procura aplacar la saña del soldado, grandiosas; el final es admirable, tanto los cuatro compases del coro, henchidos de fervor religioso, como los nueve de la orquesta, solemnemente tristes, que parece como que recogen el ruido opaco de las pisadas de los que se llevan el cuerpo muerto tendido sobre unas parihuelas. La parte menos laudable es la de Valentín; se expresa con solemne melopea, digna de un buen padre de familia que al morir recomienda á sus hijos la práctica de la virtud. En vez de esta emoliente dilución, debió de entonar áspera y desabrida melodía,

como le cuadra á quien en el poema arroja sobre la atribulada Margarita denuestos é invectivas vehementes, sacados en parte del repertorio de que se valió el ventero contra Maritornes, y esboza, con pintoresco pincel, el cuadro supremo de la prostitución callejera. La escena de la Catedral (á pesar de algunas frases ó rasgos inspirados de Margarita), con su demonio que canta como un salmista, el órgano que acompasadamente le responde, y el coro, que entona un cachazudo y descolorido *Dies iræ,* carece por completo de la potencia trágica del original (1).

El acto quinto nos lleva al aquelarre. La noche de Walpürgis se está celebrando en las montañas del Harz: pasemos por alto sus tres cuadros, exhornados con lindos bailables; la lira de Gounod carece de cuerda fantástica. Lleguemos, cuanto antes, á la gran escena de la cárcel, solemnemente anunciada por tres redobles de tambor y otros tantos acordes del metal. Preludia la orquesta; su melodía, gemido en los tres primeros compases, progresivamente se anima y eleva á la altura de la pasión, para bajar, después de lanzar su grito, con elegante cadencia, seguida de un *fortissimo,* cuya llamada, cuatro veces repetida con vigor decreciente, se disipa en las notas bajas de la orquesta. Cambian el ritmo y tiempo y la medida; volvemos á oir la frase que señaló la llegada de Fausto y Mefistófeles al aquelarre. Aparecen éstos; hablan algunas palabras, y Fausto inicia su recitado con la admirable frase: *Mon cœur est pénétré d'épouvante,* que termina con una declamación fría, pu-

(1) He seguido el orden de escenas del poema; la partitura francesa las coloca como siguen: Margarita al torno; escena de la Catedral; coro de soldados; serenata; trío del desafío; muerte de Valentín.

ramente teatral. Despierta Margarita, y los amantes revelan su transportamiento con una misma frase sucesivamente dicha, llena de vida. Aquí incide un episodio muy patético; la orquesta repite *pianissimo* la frase más suave del wals de la kermesse, y Margarita, loca, recuerda las primeras palabras que le dirigió Fausto y las que ella pronunció durante el dúo del jardín confesando su amor, por medio de una reminiscencia musical tan delicadísimamente alterada que la tierna melodía rebosa inefable dulzura. Fausto pugna por llevarse á Margarita, que no entiende ni atiende sus razones; Mefistófeles penetra dando prisa; ella se aterra y prorrumpe en la soberbia deprecación *Chasse-le du saint lieu!* La frase de Mefistófeles *Quittons ce lieu sombre, le jour est levé;—de leur pied sonore,—j'entends nos chevaux frapper le pavé,* resuena como una animosa invitación á veloces cabalgadas; Margarita se hinca de rodillas, y de sus labios sale la plegaria magnífica: *Anges pures, anges radieux—Portez mon âme au sein des cieux*, desarrollándose como una espiral, modulando en tonos cada vez más sonoros y brillantes, dominando las congojas terrenales de Fausto y las sugestiones demoníacas de Mefistófeles, tratada sinfónicamente con mucha habilidad, pero con agravio manifiesto de la acción dramática, rápida de suyo. ¡Lástima grande que no sea esta la última impresión, y que los arpegios insignificantes de un corito de ángeles, la reminiscencia inoportuna de la escena de la ventana y las pálidas harmonías del coro final que cantan, tardíamente y con aire de entierro, *Christ est ressuscité*, atenúen, desvirtúen y aun borren las bellezas precedentes!

Arturo Campión.

LA GRAN NOTICIA

CUENTO

A un viejo que pasaba por la calle,
Una niña bonita
Y de arrogante talle,
Detuvo del faldón de la levita
Diciéndole: «Señor, por vida suya,
Quiero que usted me instruya
En las nuevas que aquí me participa
Una tía que tengo en Arequipa;»
Y sin más requilorio
Alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó el buen señor sobre los ojos
Un grave par de anteojos;
El sobre contempló, rompió la oblea,
La arenilla quitó de los borrones,
Examinó la firma, linda ó fea,
Y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
—«¿Qué me dicen, séñor?»—dijo la bella;
Y el viejo echó á llorar diciendo:—«Nada:
Has nacido, mi bien, con mala estrella.»—
Asustada la joven del exceso
Del llanto del anciano,
Le preguntó:—«¿Quizás murió mi hermano?»
Y el viejo respondióle:—«¡Ay! es peor que eso.»
—¿Está enferma mi madre?—Todavía
Es peor cosa, hija mía,
¡No puedes resistir á esta desgracia.....!
¡Yo viejo y todo me volviera loco!
—«¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?»
Que tú no sabes leer..... ni yo tampoco.

RICARDO PALMA.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Complicaciones intercontinentales.—Estado de Portugal.—Conflictos inevitables por sus posesiones africanas con Inglaterra.—Necesidad en que Portugal se halla de seguir una política determinada y concreta.—El conde de Casal Ribeiro y el obispo de Bethsaida.—El principio monárquico en Europa y la República en Francia.—Necesidad que esta nación tiene de una política conservadora.—Proyectos socialistas del gobierno.—Daños interiores que traen y sofismas económicos que contienen.—Sombras en la política exterior.—Ingreso patente de Inglaterra en el pacto de las potencias centrales.—Prórroga de este pacto.—Sendas oposiciones de los jóvenes tcheques y de los radicales italianos.—Viaje del emperador alemán á Inglaterra.—Visita de la escuadra francesa en el Báltico á las costas rusas.—Conclusión.

I

Inútil querer explicarse las fases por que pasan los hechos cuando desatendéis ó descuidáis las fases por que pasan los espíritus. A toda línea de sucesos varios en una edad, línea material, corresponde otra línea de pensamientos varios en la misma edad, línea espiritual, como esas rayas de fuego que se dilatan á las horas de los crepúsculos sobre las oscuridades terrestres. Así, muchos extrañan los hechos usuales y corrientes, porque no han visto y estudiado sus lógicas correspondencias con el curso y dirección de las ideas. Un rompimiento entre Inglaterra y Portugal parece incomprensible al que no viera sus prodromos en ciertos conceptos de colonización, seguidos

de sus tentativas correspondientes á realizarlos como se sigue de la premisa lógica su consecuencia indeclinable y de la simiente arrojada en el surco su tallo respectivo. La serie de los hechos acaecidos ahora está preparada por otra serie de anteriores hechos. Una expedición, como aquella de Abisinia, en que llegó el rey Teodoros á suicidarse por los triunfos británicos; una guerra como la famosa y última en Egipto, comenzada por el bombardeo de Alejandría y concluída por la expussión de los que pretendieran fundar á orillas del Nilo un imperio indígena, convertido en protectorado inglés; las luchas con los boers en el Transvaal y las dificultades con los franceses en la célebre isla de Madagascar; aquellos recelos de Australia por la inmixtión de los alemanes en el frágil vizirato de Zanzibar; la presencia del presidente de la Colonia del Cabo en Londres, el cual presidente suele habérselas con el gobierno como un rey aliado, por motivo y razón de las muchas complicaciones sometidas en sus manos; el convenio de Lourenzo Marques, á cuyos renglones clamaban heridos los portugueses, cual si les arrancaran del cuerpo con tenazas incandescentes las colonias vivas; el paseo épico de Stanley coincidiendo con los esfuerzos de un Ives y de un Pinto, así como con las correrías del aturdido Emin Bajá y del audaz doctor Peters; el establecimiento de una colonia regia belga en el Congo á guisa de predio del monarca; todo este cúmulo de complicaciones extendidas por el continente africano, parecido ahora, en las gentes que lo asaltan y cruzan, á lo que fuera en la décimasexta centuria para los europeos el continente americano, traen por necesidad consigo separación entre los intereses británicos y los intereses lusitanos en tal territorio, separación ya definitiva y suprema. El astuto y voraz leopardo háse co-

locado arriba, muy arriba, en la corriente de los ríos portugueses, con la resolución premeditada de acusar al borrego, aunque bebe abajo, de enturbiarle su agua. Esos territorios, á que llaman, en la reeiente gerga colonial dictada por los ingleses, al convenir el tratado último de Berlín, Interlands, acusa el propósito firme de descolgarse desde las altas corrientes del Zambeze á su desembocadura en los océanos australes. So pretexto de no estar bien cuidada y atendida la colonia de Mozambique, volverán á pedirla para su Compañía real inglesa en la primer coyuntura propicia, como piden y necesitan el punto de Lourenzo Marques para verter en él otra parte de su población africana. La inquietud que sienten las razas indias bajo su nativa indiferencia; las reincorporaciones de Persia, tendida, inerte antes sobre las ruinas del Eufrates y los encendidos desiertos caldeos; la constante aproximación de los rusos por Oriente al Indo y por Occidente al Bósforo; los recelos de perder Australia y el Canadá y la India, teniendo que sustituir todo ello con el Africa inmensa, no obstante los desdenes de las escuelas economistas á las extensiones territoriales; esa insurrección periódica del Yemen que retumba en las tierras de toda el Asia menor; esos conflictos entre los griegos representados por la santa Rusia y los latinos representados por la católica Francia en las escaleras del Templo de Belén, manchado con sangre vertida por viejas rivalidades; la triste agonía del califato bizantino y la neurosis del Japón, casado en agraz con la cultura europea; tantos proyectos de líneas férreas colosales, por Francia soñados á través del Africa y parecidos á empresas, en lo difíciles, como su proyecto de Panamá; el amor de las razas anglo-sajonas, hijas del mar, á los espacios inmensos; tantas y tantas múltiples concausas hacen que Inglate-

rra, la titánica metrópoli de mil colonias, apriete los anillos con que al planeta está enroscada por el suelo de Africa y estruje hasta descoyuntarlo á Portugal. Así podría notar el menor competente observador cómo, desembarazada nuestra nación vecina del afanoso cuidado que la disidencia con Inglaterra le daba, no ha readquirido la calma, sólo asequible por una solución definitiva y completa. En las últimas sesiones de sus Cámaras han resonado ya dos voces elocuentes requiriendo cada cual otra política, tanto interior como exterior, la voz del conde de Casal Ribeiro y la voz del obispo de Bethsaida. El primero, á quien todos amamos en España, no solamente por su luminosa inteligencia y elocuentísima palabra, por su amor á los dos pueblos hermanos, ha pretendido una orientación hacia fraternal amistad estrechísima de los portugueses con nosotros; y el segundo, menos conocido en verdad, ha clamado por una orientación de la política interior hacia la democracia y la libertad, con perdón y olvido de los errores y de los atentados, semejantes al de Oporto, cuya perpetración proviniera, no del propio albedrío en aquellos que los cometieron, del impulso dado por la justa y fundada inquietud nacional. Cuando un diplomático de suma experiencia impele hoy la política internacional de su patria en semejante dirección, y un prelado la política nacional en otra dirección al par grave y nueva, no hay que ocultarse cuanto eso ahora significa: un estado político de tal novedad que acabe á de suyo por también renovar aquella sociedad. Los pueblos atribuyen muchas veces las faltas cometidas por ellos á quienes les dirigen y gobiernan, según lo cual, no debe maravillarnos la especie de irremediable desavenencia sobrevenida entre la corona y la opinión en Portugal, por la secular amistad con Inglaterra y por

la irremediable disminución en Africa. Los gobiernos, en sentir mío, no deben hacer lo hecho por el ministerio portugués en sus respuestas al obispo lusitano, sulfurarse y ponerlo como no digan dueñas; deben, por lo contrario, comprender la fuerza de tal corriente, de la corriente democrática, y encauzándola con arte ó dirigiéndola con prudencia conseguir que riegue, y no inunde, pues al penetrar la democracia moderna con sus derechos naturales y su libertad absoluta en el seno de la iglesia, cuyas puertas tuvo tanto tiempo cerradas, harto dice cómo no hay en el mundo moderno fuerzas que puedan en lo sucesivo, no ya vencerla, ni aun contrastarla.

II

Así comprendo yo que la desesperación de los reaccionarios llegue hasta el suicidio moral célebre de su alianza con Boulanger para derrocar la República francesa. En vano la muerte de Jerónimo unió los Bonapartes, y en vano la muerte de Chambord unió los Borbones: sus respectivos partidarios desfilan hacia la República. El intento de ciertos monárquicos moderados, á la contínua conspuídos por los impacientes é irreconciliables, de acercarse á la República, prevalece, mientras marran todas cuantas combinaciones se manipulan por la derecha para sustituir la República con sus varias restauraciones monárquicas. Achacábase á indolencias del jefe orleanista, de M. Bocher, la dispersión universal; y ahora que tienen á su frente los partidarios del rey Orleans un jefe tan atildado y académico y conspicuo como el buen Haussonville, no hace cosas, con ser mi hombre vizconde y noble, como cualquier Chateaubrian

este ó Arlincourt de pega. La poesía del principio monárquico pasó de moda, y sus representantes bajan una grada por día en el favor y en el concepto públicos. Al rey D. Carlos de Portugal, más infeliz que culpado, le atribuyen los portugueses todas las desgracias seculares que ha recibido en herencia con el vínculo de su corona. La juventud francesa no ve más reyes que los aparecidos en sus calles, cual esos nubios ó esos pieles rojas contratados en el jardín de aclimatación para entretenimiento y recreo del numeroso público. En Inglaterra se han levantado los púlpitos, como en tiempo de María Estuardo, á cátedras de maldiciones y anatemas sobre los reyes por sus desórdenes. Leyendo las oraciones dichas por los pastores anglicanos, en días de oficios divinos, contrá el príncipe de Gales, creeríais leer las estancias puritanas puestas por Milton en labios de los oradores subvertidos contra Carlos I de Inglaterra á la víspera de su inmolación y su destronamiento. La repulsión del Brasil al conde Eu explica el destronamiento de don Pedro, solidario del fatal destino de los Orleanes. No digamos nada del espectáculo general ofrecido por las dinastías en Europa. Al ver entre nosotros un pobre niño y una pobre niña en Holanda; la Bélgica, muy separada de su dinastía por la incapacidad nativa y los dispendios coloniales del rey; entregada por violenta muerte del archiduque Maximiliano ó del archiduque Rodolfo Austria hoy á la fracción más reaccionaria de aquella imperial familia; el emperador de Alemania desacatando al canciller general en las postrimerías de este gran hombre y desconociendo cuánta formalidad y reserva pide su espinoso cargo de César; escandalizadores del orbe la reina de Servia y su marido Milano y su hijo Alejandro; á merced y arbitrio de sus súbditos los reyes de

Grecia; encerrados en su retiro de Gatchina como águilas en jaulas los emperadores de Rusia; temeroso de que lo despierte para supremo final juicio la trompeta del ángel exterminador el califa y sultán de Constantinopla; muy decaídos los antes populares y amados reyes de Italia, porque sostienen sus alianzas personales y dinásticas contra la voluntad manifiesta del pueblo, diríais que un anatema divino pesa hoy sobre la frente de los reyes, marcados todos con el Inri de un universal desprecio, y todos próximos á su irreparable ruina. Por eso no podemos sino desear á Francia un gran tacto en el gobierno de sí, al objeto y fin de mostrar cómo logran los pueblos prescindir de los antiguos tutores sin detrimento de la propia grandeza. Y la República no tiene para qué demostrar que es un progreso; por lo contrario, la República tiene que demostrar que es un gobierno. Mucho hemos adelantado en este camino durante los últimos tiempos. Mas no basta. La inteligencia entre los oportunistas y los radicales enflaquece la República. Los discursos de Pelletan y de Clemenceau, que nadie oiría dichos desde una oposición abierta, influyen por modo muy deletéreo, dada la inteligencia con el ministerio de aquellos que los pronuncian desde la tribuna en el Congreso. Este gobierno de ahora es gubernamental; pero no es conservador. Para llegar á este último carácter necesitaría menos violencia y más liberalismo.

III

Todos los hechos, que acaecen á cada paso en Francia, demuestran con cual dificultad nuestros pueblos latinos dejan los fantaseos antiguos y su constitutivo tempera-

mento revolucionario. Se inventa, por ejemplo, un cualquier artefacto industrial, aplicable á la guerra; y no quieren que á parte alguna trascienda, ni que lo trasluzca ningún otro pueblo. Mientras tienen el invento en casa, lo desdeñan; así que ha traspuesto la frontera por una irradiación de la ciencia, llaman traiciones al fruto de los descuidos. Recuérdanme con sus materias explosibles aquel empeño de los pueblos atrasados en poseer objetos singulares para ellos solos. Un día que yo miraba cierta hermosa capilla en la catedral de Muresa, se me acercó un campesino á contarme cómo le habían arrancado los ojos al arquitecto de tal milagro para que no hiciese otro. En las vías de recelo tomadas hoy por los franceses, tendrán que cortar las manos á todos cuantos manipulen cualquier producto químico aprovechable para fusiles y cañones. Daba compasión un buen ingeniero, como Freycinet, obligado á explicar ante las inquietudes públicas manifestadas en la tribuna, por qué no se han quedado las materias explosibles inventadas por los franceses en Francia. La razón es idéntica de suyo á la que hubiera en otra edad para que la pólvora no se quedara en manos de Roger Bacon, el aguardiente en manos de Arnaldo de Villa nueva, la imprenta en manos de Gutemberg, el telescopio en manos de Galileo. El proceso abierto contra los inventores de materias explosibles, en que andan metidos los generales franceses, apena porque dice con cuál dificultad se vencen los pueblos á sí mismos, y á sí mismo se gobiernan. Algo de lo sucedido en este asunto sucedió en la triste catástrofe de Fourmies. Poco menos que perdón pedían los ministros desde su banco á los radicales, porque las tropas, insultadas, apedreadas, heridas, restablecieron el orden social con los medios únicos que tienen las tropas á su alcance, con la fuerza

puesta en sus manos para defensa y salvaguardia de las leyes.

Pero lo peor del caso está en que, por obra de tales emociones, suelen determinarse, no ya parciales actos, sistemas enteros de política y economía social. ¿Qué decir de las leyes presentadas últimamente á favor de los jornaleros? Parecen imposibles, y á no verlas inscritas en los periódicos oficiales, creeríamoslas inventadas por los enemigos del gobierno republicano. Nada tan contradictorio con el Estado.—Razón que producen las democracias en todas partes, como el Estado-Providencia producido por el socialismo á la moda. Y á pesar de tal contradicción, un estadista como Constans, presenta incomprensible proyecto de ley trocando en verdaderos inválidos de la burocracia y del gobierno á los trabajadores franceses de cierta edad. Una ley así rige hoy en Alemania, y su procedencia imperial no ha valido para demostrar á los franceses que por semejante camino se corre á las instituciones cesaristas y los tristes resultados de ella tampoco han valido para una enseñanza experimental ó práctica. Todo lo contrario; las disposiciones germánicas son tortas y pan pintado en comparación de las propuestas por el ministerio francés. Economista como Beaulieu ha colocado una frente á otra en diario como *Los Debates*. Mientras en sus leyes de retiros á los jornaleros el imperio alemán les promete apenas una pensión, que oscila entre noventa y doscientos diez francos, la República francesa ofrece á los suyos una pensión que oscila entre la suma considerable de trescientos á seiscientos francos; y mientras el gobierno alemán señala para opción á estos premios la edad avanzadísima de sesenta y nueve años, el gobierno francés la edad juvenil de cincuenta y cinco. Leo estas cosas y apenas me atrevo á creerlas. Hoy, en

que todo el pueblo clama bajo la pesadumbre de tributos onerosísimos, el ministro de Hacienda consiente que un compañero suyo grave las columnas del presupuesto con una obligación permanente de cien millones anuales. Hoy, en que sus medidas acerca de inválidos del trabajo traen tan apurado al imperio alemán, que se tira de una oreja y no se alcanza de modo alguno á la otra, un gobierno, menos poderoso por su misma complexión intrínseca, se derrumba por las pendientes socialistas á enfrascamientos económicos y políticos de salida por todo extremo dificultosa. Mas, ni en propia cabeza el gobierno republicano aprende la ciencia social práctica. Hubo en Francia ya su caja de retiros á la vejez, institución socialista, y por institución socialista, obra natural del imperio. Y aunque sólo había de atender á ochocientos mil jornaleros numerados en sus libros de los diez millones que Francia cuenta, hubo necesidad imprescindible de liquidarla, y ocurrir á la triste ruina de la caja con treinta y dos millones de francos. Digámoslo sin rebozo; aquellos que toda la vida hemos tenido absoluta confianza en el principio de libertad; las ideas liberales hoy sufren un gravísimo descenso, especialmente por las zonas y esferas económicas. Pero este pasajero eclipse no podrá nunca obstar á que continuemos profesándolas y queriéndolas todos cuantos, merced á su virtud, hemos asociado nuestros nombres á obras tan colosales como aquella increible abolición de toda esclavitud intelectual y material que trajo nuestra gloriosa revolución de Septiembre, generada por el Verbo divino de la democracia moderna. En el desmayo, que ahora sufre la libertad, se reconoce, mucho más que en el zénit antiguo, su incomparable virtud, pues bajo el proteccionismo y el socialismo imperantes hoy, las relaciones mercantiles y los progresos políticos

se perturban todos á una tan en detrimento del trabajo y en daño de los trabajadores, que aguardamos los individualistas, con una incontrastable confianza en el derecho, la reproclamación por los pueblos cultos de los antiguos sencillos y naturales principios. Un hecho, á primera vista de la superficie y externo, hubiérame bastado á mí para ponerme contra semejante proyecto en guardia, si alguna vez me aquejaran, que no me aquejarán de seguro, las propensiones comunistas. Leía Constans el proyecto, y propuso Deroulede, boulangista impenitente, su inmediata urgencia y su definitiva votación por posta, de golpe y porrazo, atropellando todas las ritualidades y todas las largas parlamentarias, con el fin de poner al Senado francés en calzas prietas y obligarlo con impulso maquiavélico, bien á desechar el proyecto y captarse así la malevolencia de los jornaleros, bien á votar el proyecto y perder su carácter ya histórico de compensación á las reformas excesivas, freno á los descarrilamientos terribles, lastre á los gobiernos impacientísimos, supremo tribunal donde se casan los contradictorios acuerdos parlamentarios y se sienta la jurisprudencia de la estabilidad indispensable á una duradera República.

Y se necesita la estabilidad interior tanto más cuanto que los vislumbres entrevistos de política extranjera no pueden calmar mucho los espíritus un tanto perturbados. Si hemos de creer cien varios prodomos y síntomas, á cual más grave, acaba Inglaterra de ingresar en la triple alianza, que bien podría llamarse cuádruple; después de tal ingreso. Ya sabemos todos la imposibilidad manifiesta de una declaración oficial á este respecto allí donde jamás el Parlamento consentirá en perder ninguno de sus fueros. Mas las propensiones conocidas bastan á las naturales alarmas. Desde que Francia se desunió en

Egipto de Inglaterra, un impulso de fuerza mayor la echaba sobre Rusia; y desde que Rusia y Francia se acercaban, tenía que acercarse Inglaterra por su parte á la triple alianza. Gambetta, sobrado radical en política interior, y por lo mismo un tanto peligroso con sus escrutinios de listas, sus impuestos sobre la renta, sus reformas constitucionales, su persecución á la Iglesia, no marraba en política exterior cuando proponía una inteligencia con el pueblo inglés en las orillas del Nilo para luego extenderla por las cinco partes del globo. Con esto hubiera tenido Italia en sus combinaciones; y teniendo Italia en sus combinaciones, tenido también el costado izquierdo de sus enemigos fllanqueadísimo siempre, y la Rusia retenida por la imposibilidad absoluta de que tal potencia se acerque más á Germania, ni mucho menos al Austria. Tal como vamos poniendo los asuntos internacionales, me decía en una ocasión Gambetta, los franceses correrán al socorro de Rusia en cuanto Rusia tope con cualquier dificultad con Alemania ó Inglaterra, mientras Rusia no acogerá jamás á Francia en sus dificultades probables con estas dos potencias poderosas. El elefante, Rusia, y la ballena, Britania, á pesar del contrario elemento en que vive cada cual, como están esquinadas una con otra, en todas partes tropiezan y por todos sus costados chocan. Asia Menor, Bósforo de Traisa, llanuras de Mongolia, valle paradisiaco de Cabul, desembocadura del Tigris y del Ganges y del Nilo mismo, ¡cuántas causas de sendos conflictos entre ambas potencias! Así, no hay que maravillarse del empeño puesto por el gobierno inglés para que Italia le sirva en los desiertos líbicos de la caldeada é inexpugnable Abisinia contra Rusia y en los codiciados azules mares mediterráneos contra Francia. Este secreto á voces háse divulgado por muy extraña

manera. El príncipe Jerónimo Napoleón refería lo suyo y lo ajeno á todo el mundo. Muy orador, ignoraba lo primero que debe saber un orador, y es lo que necesita callar. Así refirió á uno de sus confidentes cómo el rey Humberto le había dicho en una expansión íntima de familia la promesa oficial dada por Inglaterra de cubrir en caso necesario con sus armadas las costas de Italia contra un ataque de Francia. Muerto Bonaparte, no se creyó su amigo en el caso de guardar tal secreto, y lo divulgó en la prensa. Divulgado en la prensa, lo recogió la opinión europea. Recogido por la opinión europea, el radical inglés Labouchere lo llevó á la Cámara de los Comunes donde infligió á la noticia el gobierno un mentís que fué bastante á confirmarla. Y en estas expiraba nada menos que el plazo convenido para sostener la triple alianza y había por ende necesidad completa de reurdirla con urgencia. Es cosa tan opuesta de suyo á la esencia misma de política internacional una inteligencia entre Rusia y Francia, que nadie quiere creerla. Susúrrase, por ejemplo, un día que si Portugal se declara en República, é Inglaterra, impelida por Alemania, obedece á la sugestión de intervenir allí, Francia tomará esta intervención por un *casus belli* manifiesto; y nadie imagina probable la suma del ejército ruso con el ejército francés para sustentar la causa de los gobiernos republicanos en Occidente. Celebrase una Exposición francesa en Moscou; y como tarde en visitarla el czar, todos atribuyen la tardanza inexplicable á desabrimientos con Francia. Celébrase la visita; y como se prohibiera tocar la Marsellesa en tal acto, aunque la orden se fundara en el carácter cosmopolita del himno revolucionario, la opinión atribuye la defensa del czar al carácter francés de lo prohibido. Se van á las manos los guardianes griegos del templo de

Belén y los guardianes latinos, como si dijéramos Francia con Rusia, y los rusos le recuerdan al embajador francés en Constantinopla, conde de Montebello, que lleva la cuestión de los Santos Lugares, como la llevara en vísperas de Crimea el representante de Napoleón III, frente al férreo y terrible Nicolás. No debe, pues, maravillarnos mucho que un mutuo convenio, un concierto como el supuesto entre Francia y Rusia, tenga mallas por las cuales entren á su sabor las potencias con ánimo de romperlas ó desanudarlas.

Pero la inteligencia de Austria é Italia con Alemania también tiene muchos enemigos en aquellos dos Estados. Los jóvenes tcheques en Austria y los radicales extremos en Italia no dan para la consecución de tal fin paz á sus manos en la prensa, y á sus lenguas en el Parlamento. Unidos los primeros con el partido antisemita de Austria, combaten por todos los medios imaginables la inteligencia imperial con Alemania. Vasaty, uno de los jóvenes bohemios más exaltados, acaba de pronunciar terrible discurso, conmemorando fechas célebres de la historia patria en alegato parlamentario á favor de un estatuto autonómico para Bohemia, y con tal motivo ha roto en cólera contra los alemanes y Alemania, encareciendo un principio bien opuesto de política, el principio de una inteligencia entre Austria y Prusia, cuyos principales resultados habrían de ser por fuerza el predominio del elemento eslavo en la Europa oriental. Pues no menor empeño ponen contra Germania los republicanos itálicos identificándose con el Papa en este punto de política internacional. Cavallotti pone vehemencias de tribuno y aires de revolucionario en tal empeño. Así ha propuesto una especie de plebíscito universal contra la triple alianza, que recogieran los comités radicales en

todo el territorio itálico un día dado; ha hecho levantar una sesión de la Cámara de diputados con sus ataques violentísimos á la monarquía y al gobierno; ha concluído por pegarse de bofetadas en pleno hemiciclo del templo de las leyes con sus enemigos; trayendo así una grande agitación en el seno de las muchedumbres, que presagia muchos y muy trascendentales sucesos. Mientras tanto Rudini encarece con las palabras más copiosas de su diccionario el acuerdo entre las potencias centrales é Italia y recibe una condecoración germánica de primer orden, como en prueba de haberse ya firmado por manera solemne y oficial este acuerdo. Y el emperador alemán recorre la gran Bretaña en requerimiento de la escuadra británica, mientras arriba la escuadra francesa también á las costas de Rusia para que la visite á su vez el czar de Rusia, festejando la vuelta del gran duque heredero y la fiesta del natalicio de la emperatriz Alexandrowna. Fiestas en la gran Bretaña y en la gran Moscovia; iluminaciones del Volga y del Támesis; salvas por los estrechos del Báltico y salvas por los estrechos del Canal de la Mancha; cenas en Petheroff y cenas en Guidhall; músicas y aromas en el aire; luces en competencia con las del cielo; danzas maravillosas en jardines dignos de Semiramis; discursos y solemnidades interminables; todo para decirnos que vamos á la guerra. ¡Siempre la misma esta misérrima humanidad en su planeta!

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 7 de Julio de 1891.

REVISTA ECONÓMICA

Cuando este número de La España Moderna llegue á manos de nuestros lectores, estará ya en vigor la nueva ley por que ha de regirse el Banco de España.

Mientras tuvimos alguna esperanza de que nuestras observaciones, juntamente con las manifestadas por la mayoría de la prensa, las Cámaras de Comercio y las minorías parlamentarias, pudieran ser parte á conseguir alguna mejora en el proyecto, no hemos dado paz á la pluma para conseguirlo.

Hoy la situación ha cambiado. Hemos salido del período que pudiéramos llamar constituyente y entramos en él constituído. Mala ó buena, la obra se ha consumado; y si el amor patrio nos impuso deberes de oposición y de crítica algún tanto viva, hoy nos impone también la obligación de ayudar al Banco con todas nuestras fuerzas y con sinceridad absoluta, porque todas las dificultades que pudiera encontrar en su marcha, habrían de traducirse en pérdidas y crisis para la nación, de la cual es este establecimiento la principal institución económica.

Era ya el Banco de España, antes de ser aprobada la nueva ley, la organización financiera más poderosa de nuestra patria. Con el desarrollo que ha dado á sus su-

cursales, con el uso de las transferencias y sobre todo con el privilegio de la emisión, había logrado concentrar en sus manos el comercio de banca del país. Todos los años son baja en la contribución industrial buen número de banqueros particulares, y únicamente se defienden antiguas y prestigiosas casas que viven más de su pasado que de su presente.

Lo propio que con la banca de la nación ocurre con la banca del Tesoro. Por muchos años el Tesoro ha sido el cliente más útil y más solicitado de nuestros banqueros. Rara vez faltaban giros, pignoraciones y anticipos que hacer; pero el Banco de España ha tendido su red también por este lado, principalmente por este lado, y de este modo ha concentrado en sus cajas todos los ahorros de la nación y en su cartera todos los valores de crédito del Tesoro y del comercio.

La nueva ley pone á su disposición más poderosos recursos aún: treinta años de existencia, mil quinientos millones de billetes y la estimación del amortizable que tiene en cartera como valor á noventa días, medios y concesiones con que llenar la medida y calmar la centralización del crédito y de los negocios en proporciones jamás vistas ni oídas en ninguna parte del mundo.

Este aumento de derechos y prerrogativas naturalmente trae aparejadas grandes obligaciones, y no son pequeñas, en efecto, las que el Banco ha contraído ante la nación y ante el Estado.

Estuviese nuestra Hacienda desahogada, la nación próspera y el crédito público firme y bien estimado, la obra del Banco sería fácil, y pocos los peligros con que tuviera que luchar. En períodos normales el crédito responde á leyes invariables que la ciencia y el arte de la banca han logrado descubrir. La emisión de bille-

tes, principal operación de estos establecimientos, la determina y regula la demanda. Si son escasos los billetes, el pedido de ellos sirve de aviso. Si son excesivos, al Banco vuelven los sobrantes. No hay regulador más seguro que este simplicísimo fenómeno.

Pero aquí, en adelante, sobre todo, ha de ser dificultosa tarea la de distinguir lo que puede haber de natural y de artificioso en este juego de la demanda y la oferta. Falta la única moneda que reune todas las cualidades exigidas en los cambios, el oro; y entre la plata y el billete de Banco, mientras el crédito de este establecimiento no se quebrante, todo el mundo había de preferir el segundo, y adquirirá la circulación fiduciaria sumas jamás soñadas y que en un momento de pánico pudieran acarrear males gravísimos.

De la prudencia del Consejo de Administración nos prometemos nosotros que habrá de vigilar con mucho cuidado esta operación principalísima y que no echará tan poco en el olvido las advertencias que se le han hecho relativas á la movilización, siquiera sea parcial, de su carteraje, porque de este modo da mayores facilidades al cambio de los billetes, ya también porque podrá atender con más extensión las necesidades de la industria y del comercio.

*
* *

Continúa mejorando nuestro comercio exterior.

El valor de las importaciones en los cinco primeros meses del año importa pesetas 308.564.931; ¡siete millones de aumento sobre igual período del año anterior. Afecta el alza al grupo de tierras, piedras, minerales, etc., etc. (cerca de seis millones); al algodón y sus manufacturas, primeras materias sobre todo; á las lanas, pieles y sus

manufacturas, también en primeras materias, y los animales y sus despojos (de cerda, grasas y guano). Figuran en baja los metales y sus manufacturas, el papel y sus aplicaciones, las maderas, la maquinaria y especialmente las substancias alimenticias, que tienen, en globo, un descenso de diez y medio millones de pesetas.

La importación de trigo ha disminuído en el mes de Mayo. De todas procedencias entraron en España en dicho mes del año 1890, 17.236.356 kilos, y en Mayo 1891, 12.861.529; pero tomando los cinco meses, el resultado es inverso: se importaron de Enero á Mayo, en 1890, 54.570.357 kilos, y de Enero á Mayo 1891, 72.777.954; diferencia en más, 18.207.597 kilogramos. Su valor en pesetas y distribución por países de procedencia es el siguiente:

	1889	1890	1891
	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.
Estados Unidos.	84.766	3.692	3.672
Francia.	436.291	1.914.504	1.374.252
Rusia.	6.523.492	6.160.126	8.638.737
Turquía.	1.068.579	1.349.485	1.851.691
Otros países.	1.322.133	404.854	941.630
TOTAL. . . .	9.435.261	9.832.661	12.809.982

que representa un aumento en pesetas para los cinco meses de tres millones. Las procedencias de Rusia son las únicas que se mantienen y aun aumentan en Mayo último.

La importación de harinas decrece rápida y constantemente. (¿Serán ciertas las denuncias sobre el contrabando?) Véanse los valores y procedencias de este artículo:

	1889	1890	1891
	Pesetas	Pesetas.	Pesetas.
Alemania.	26.112	7.126	»
Austria.	48.548	23.226	11.365
Bélgica.	170.025	45.836	8.019
Francia.	2.927.228	3.620.416	984.418
Otros países.	615.289	74.526	78.266
TOTAL. . . .	3.787.202	3.771.130	1.082.068

Baja, 2,6 millones de pesetas, que es el valor de nueve millones de kilogramos en especie.

El gran descenso del grupo «substancias alimenticias» está en los azúcares (producción de las colonias), en los cacaos, en los vinos y en los aguardientes.

Mayores aumentos que las importaciones presentan las exportaciones. Asciende el valor de estas á 340.207.337 para los cinco meses de Enero á Mayo: alza, 20,3 millones de pesetas.

Ganan las drogas y productos químicos, el papel y sus aplicaciones, las maderas, y sobre todo las substancias alimenticias (32 millones). De este grupo, el trigo no presenta suma de importancia; pero sus harinas en cambio figuran con buena alza; exportamos de Enero á Mayo 1890, 11.240.813 kilos, que valieron tres y medio millones de pesetas, y en igual período del año corriente 19.887.639 kilos, que valen seis y un cuarto millones. El aceite de olivas cada vez peor; baja de dos millones de pesetas. Los vinos comunes con una mejora de treinta millones de pesetas; los vinos de Jerez con otra de uno y medio millones; los vinos generosos con baja de un millón.

Pierden mucho los minerales: el de hierro, ocho millones de pesetas; los carbones, la galena argentífera y la

calamina, cantidades pequeñas. Pierden también los metales y sus manufacturas, principalmente los de plata, hierro colado, y en proporción menor pierden también las manufacturas de algodón y lanas.

*
* *

La Intervención general del Estado ha dado á conocer la recaudación de las principales rentas é impuestos durante los once primeros meses del ejercicio corriente.

Comparada la recaudación de los dos últimos ejercicios, aparece un aumento en favor del corriente de pesetas 2.315.474; pero como esta suma, y aun quizá otra más crecida, ha de figurar de menos en la renta de tabacos, que está eliminada del adjunto estado, resulta en definitiva que los ingresos de los años 1889-90 y 1890-91 serán poco más ó menos los mismos.

A esto han venido á reducirse las alabanzas que á manos llenas prodigaba la prensa conservadora al celo de la actual administración y las censuras que dirigió á la pasada.

En los resultados definitivos ya vamos viendo que tanto monta la una como la otra.

En baja continúan—y muy acentuada—la contribución territorial y la industrial, el impuesto de consumos y el especial de aguardientes y alcoholes; la única renta de importancia que figura en alza es la de aduanas y la de derechos reales, y ambas por cierto han decrecido también en el último mes.

Dos revistas financieras muy importantes, *The Statist*, de Londres, y *L'Economiste Français*, se ocupan en sus últimos números de la Hacienda española.

El mismo juicio severísimo les merece á ambas, y, por

desdicha nuestra, no están lejos sus opiniones de conformar en todas sus partes con la realidad de las cosas.

Qué aquí gastamos sin medida ni cuenta; que consumimos como ricos y producimos como pobres; que en cada año el déficit de los presupuestos oscila entre 80 y 100 millones; que nuestra moneda es mala y carecemos de oro para los pagos internacionales, y que, en suma, los déficits y la carencia de metal amarillo nos pueden llevar al curso forzoso en breve plazo, son otros tantos asertos que dichas revistas estampan, y que á nosotros es dificilísimo refutar ni negar siquiera, por mucho que el amor patrio sufra y padezca.

En 60 millones venía calculándose el déficit probable del presupuesto vigente. Comenzamos á creer, en vista del descenso de las rentas en los últimos meses, que pasará de esta cifra.

*
* *

Los ferrocarriles del Norte, del Mediodía y Andaluces han publicado ya sus Memorias correspondientes al último ejercicio.

Los primeros han salido, con corta diferencia, igual que en el ejercicio anterior, si bien los productos líquidos han tenido una baja de 450.792 pesetas, producida por la mala cosecha de vinos, y el aumento del precio del combustible.

Los ingresos del Mediodía han ascendido á 54.561.910 pesetas; y aun cuando los gastos de explotación propiamente dicha sólo son 21.393.627,77, los intereses y amortización de las obligaciones absorben tan fuerte parte de las ganancias, que sólo hay de producto líquido para los accionistas la suma relativamente insignificante de pesetas 5.225.514,77, la cual sólo permite dar un dividendo á

cada acción de 12 pesetas por el ejercicio de 1890; esto es, sólo 2 y medio por 100 ó poco más, mientras que los obligacionistas reciben, cuando menos, 5 y 6 por 100 sobre el precio de emisión.

Los Andaluces han salido mucho mejor librados; se construyeron con más economía; el servicio de obligaciones es bastante más reducido, y de este modo los accionistas han podido sacar á su capital un interés de 5 por 100, tipo poco común en España en estos negocios de ferrocarriles.

***

El mercado bursátil muy poco movido, como acontece todos los años en esta temporada. Sus principales especuladores preparan sus maletas para las puertos cantábricos, y algunos han emprendido ya las excursiones.

Hay quien aguarda, sin embargo, que en este mismo verano nuestros valores alcancen buenos ascensos. Nosotros no lo esperamos, á pesar de que es preciso convenir en que nuestro crédito es susceptible de grandes mejoras.

De las naciones principales de Europa, no es España la que, proporcionalmente á sus gastos generales de presupuestos, invierte más con el pago de sus deudas.

Próximamente el 32 por 100 de la cifra que representan las obligaciones del Estado nos cuestan aquí los intereses y amortización del pasivo; el 30 por 100 gasta también Inglaterra por igual concepto; el 31 por 100 Bélgica; Rusia igual tipo que Bélgica; Italia el 34 por 100; Francia el 35; Austria-Hungría el 38. Estados hay como el de Grecia, el de Rumanía y el de Portugal, que consumen en esta obligación hasta el 50 y 55 por 100.

En el último quinquenio los valores de los Estados de

más movimiento en los mercados han alcanzado las siguientes ventajas, justipreciados al 4 por 100:

	Precio en Enero 1885.	Precio en Mayo 1891.	Alza ó baja.
Austria	86	94	— 8
Egipto	63 1/2	94	— 30 1/2
España	60	70	— 10
Francia	104	122	— 16
Grecia	56	61	— 5
Hungría	79 1/2	89	+ 9 1/2
Italia	90	85	— 5
Portugal	64	57	— 7
Rusia	76	96	+ 20
Suecia y Noruega	101	104	+ 3
Turquía	64 1/2	89	+ 24 1/2

De aquí resulta que, colocadas estas naciones según el orden del crédito que disfrutan, se forman las siguientes listas para 1885 y 1891:

1885	1891
1.° Francia.	1.° Francia.
2.° Suecia y Noruega.	2.° Suecia y Noruega.
3.° Italia.	3.° Rusia.
4.° Austria.	4.° Egipto.
5.° Hungría.	5.° Austria.
6.° Rusia.	6.° Turquía.
7.° Turquía.	7.° Hungría.
8.° Portugal.	8.° Italia.
9.° Egipto.	9.° España.
10.° España.	10.° Grecia.
11.° Grecia.	11.° Portugal.

Rusia ha ganado tres puestos, Egipto cinco, y Turquía y España uno solo. Italia ha descendido cinco y tres Portugal.

En 1885 estaba colocada España la penúltima, por bajo de Egipto, y sólo por encima de la pequeña Grecia. En 1891 hemos ganado un lugar, pero todavía tenemos por compañera á la misma Grecia y á Portugal, que en esta fecha estaba atravesando por una crisis política y

financiera que ha puesto en peligro hasta su existencia misma como nación independiente.

De todo esto deducimos en buena lógica que si nuestros ministros de Hacienda se preocuparan algo más de ponerlo en orden y acomodar el gasto al ingreso, es posible que nuestros *cuatros* lograran buenas ventajas en tiempo brevísimo. Como la condición falta y cada día aumenta más y más el desequilibrio y la falta de salvadores planes, no esperamos por ahora las mejoras que algunos predican.

Por lo demás, los mercados españoles quedan firmes y en buena tendencia, siendo los siguientes los últimos tipos:

4 por 100 interior, 76,25.

4 por 100 exterior, 77,45.

4 por 100 amortizable, 89,25.

Billetes de Cuba 1886, 104,20.

Acciones Banco de España, 418.

Acciones de la Compañía de Tabacos, 89.

Los cambios sobre el extranjero muy altos: París, ocho días vista, 5,60; Londres, 26,50.

UN EXMINISTRO.

Sección Extranjera.

LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendabal. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un arbol corpulento. Por ahora el nido está vacío. No se encuentra allí el amo de la casa, pero se adivina que va á entrar al instante, y todo parece esperarlo. Sobre un buen fuego cubierto descansa tranquilamente una olla, murmurando de satisfacción. Para una olla es mucho trasnochar; y así, aunque ésta parece hecha al oficio, á juzgar por lo tostado de su vientre lamido de la llama, de vez en cuando se impacienta, y la tapadera se levanta agitada por el vapor.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

También el fuego tapado se desahoga un poco á veces. Parte de las cenizas se desmoronan, hundiéndose por entre los leños, y corre por el suelo una llamilla alumbrando por lo bajo la pieza como para hacer su inspec-

ción y cerciorarse de que todo está en orden. ¡Sí, á fe mía! Todo está en orden completo; el amo puede venir cuando quiera. Corridas están las cortinas de argelina de las ventanas, y muellemente circundado el lecho por las suyas. Ved allá el gran sillón, repantigado junto á la chimenea; en un rincón, la mesa puesta ya, con la lámpara aviada, con un solo cubierto, y al lado del cubierto el libro, compañero de la comida solitaria... Y así como la olla aparece deslustrada por el fuego, el agua ha puesto pálidas las flores de la vajilla, y el libro tiene desgastados los cantos. Todo aquello respira el aire suave, algo fatigado, de una costumbre. Se ve que el amo de la casa debe volver muy tarde todas las noches, y que, al entrar, le gusta encontrarse esa cenita que se hace á fuego lento y conserva la habitación caliente y perfumada hasta su vuelta.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

Al ver la pulcritud de ese cuarto de célibe, me figuro un empleado, uno de esos seres minuciosos, que transportan á toda su existencia la puntualidad de las horas de oficina y el orden de los legajos marcados con etiquetas. Para volver tan tarde, debe tener una ocupación nocturna en correos ó telégrafos. Lo veo desde aquí detrás de una rejilla, con manguitos de lustrina y gorro de terciopelo, haciendo apartados, sellando cartas, desarrollando la cinta azul de los despachos, preparando á París, mientras duerme ó se divierte, sus negocios de mañana... Pues bien: no; no hay tal cosa. Repárese que la llamilla del hogar, husmeando por el cuarto, acierta á iluminar unos retratos grandes colgados en la pared. Al punto se ve salir de la sombra, dentro de marcos dorados y envueltos en majestuosos pliegues, al emperador Augusto, á Mahoma, á Félix, caballero romano, gobernador de Armenia;

se ven coronas, cascos, tiaras, turbantes, pero cubriendo siempre esos diversos adminículos la misma cabeza rígida y solemne, la cabeza del amo de la casa, del afortunado señor para quien cuece con sosiego y reposa blandamente sobre la cálida ceniza esa sopa embalsamada...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

¡No en verdad! No es aquél un empleado de correos. Es un emperador, un señor del mundo, uno de esos seres providenciales que todas las noches de su repertorio hacen temblar las bóvedas del Odeón, y no tienen más que decir: «¡Guardias, prendedlo!» para que los guardias obedezcan. En este instante está allá, en su palacio, á la otra parte del río. Con sus altos coturnos y su clámide sobre los hombres, yerra bajo los pórticos, declama, frunce el ceño, masculla aburrido sus parlamentos trágicos. ¡Es tan triste, á la verdad, representar para los asientos! ¡Y es tan grande la sala del Odeón, y está tan fría las noches de tragedia!... De pronto el emperador, semihelado dentro de su púrpura, siente una corriente de calor por todo el cuerpo. Se le encandilan los ojos, se le dilatan las narices... Piensa que, al volver, va á encontrar aún calentito su cuarto, puesta la mesa, lista la lámpara y arreglado todo su modesto ajuar con ese esmero burgués de los cómicos que se vengan en la vida privada del porte algo desordenado de la escena... Ya se ve destapando la olla, llenando su plato floreado...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

A partir de ese instante no es ya el mismo hombre. Ni en los pliegues rectos de su clámide, ni en las escaleras de marmol, ni en la rigidez de los pórticos, hay ya nada que lo turbe y ate. Se anima, lleva de prisa su papel, precipita la acción. ¡Haceos cargo! Si llegara á apagarse la lumbre... A medida que avanza la noche su visión se

acerca y le hace entrar en calor. ¡Milagro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

ALFONSO DAUDET.

DUELO DE MONSTRUOS

DURANTE el viaje que Balzac hizo á Grecia y Asia Mayor en 1836, en compañía de Laurent-Jan y del barón Taylor, el gran novelista se detuvo algunos días en la isla de Scarpanto, una de las Espóradas, que es la antigua Cárpatos, situada entre Rodas y Creta. Paraba allí con sus amigos, á orillas del mar, en casa de un viejo pescador llamado Xabras. Una mañana, mientras sus dos compañeros andaban muy afanados en investigaciones arqueológicas, Balzac, que se había quedado solo en la casa, estaba echado en su cobertor, y aparentaba dormir. Lo que hacía realmente era engolfarse en sus reflexiones, pensando en la increible cantidad de dioses que había tropezado durante su viaje. Así, al trepar por los caminos pedregosos del Parnaso, ¿no había visto distintamente á Diana y á sus ninfas pasar corriendo bajo los pinos marítimos que sombrean el monte Iemeno? Pero lo más asombroso era que Laurent-Jan y el barón Taylor, que habían debido divisarlas lo mismo que él, no habían pestañeado ni dicho una sola palabra de tal acontecimiento.

Cuando estaba dando vueltas á estos pensamientos el futuro autor de *La Comedia Humana,* entró en la casa Xabras, empapado de agua del mar; y creyendo á Balzac dormido, se puso á hablar muy animadamente con su

hija Criseis. El viejo pescador estaba como loco, porque, según refirió atropelladamente, acababa de ver una serie de prodigios, que hubiesen bastado para trastornar una razón más firme que la suya. Al tiempo de montar en su lancha para hacerse al mar y echar las redes, vió primero, á algunas brazas de él, una lamprea medio fuera del agua é iluminada de lleno por el sol; luego, sin que se hubiese rebullido la lamprea ni movido la ola, divisó Xabras, en vez de la lamprea, una raya gigantesca de vientre blanco, después una zorra marina de viso azulado, luego una dorada con el cuerpo plateado y azul, en seguida un escombro de dorso azul y vientre acorazado de plata, el cual, á su vez, se transformó en un enorme sollo que agitaba con su potente cola las olas azuladas orladas de espuma. El viejo pescador, visiblemente trastornado, no salía de su asombro al ver que los peces se habían vuelto tan versátiles; pero Criseis, soltando la risa, se limitó á decir á su padre que había bebido un poquito más de lo justo de lo añejo, y, sin volver á acordarse de ese incidente, se puso á la mira del cuarto de cabrito que tenía asándose en el hogar, porque, en efecto, los peces maravillosos no eran para ella ni más ni menos que una visión de borracho.

Pero Balzac, que no había perdido una sola de las palabras de Xabras, no era dél mismo parecer; se acordaba bastante del cuarto libro de las *Geórgicas* para saber lo que pasa en el mar de Cárpatos, y no dudó un instante que el pez de múltiples apariencias debía ser el dios Proteo en persona. En su consecuencia, recapitulando los preceptos de la diosa Cirene ,como si se los hubiesen dictado á él mismo, no bien terminó el almuerzo (en cuyo punto el sol se hallaba en la mitad de su carrera y achicharraba la escasa hierba que había), se plantó una bue-

na blusa de marinero, y armándose de un rollo de cuerdas fuertes, y procurando alejarse de sus amigos, se dirigió al sitio indicado por Xabras. No vió nada en el mar; pero reparando en una caverna próxima, donde el agua se abismaba gimiendo, allá se fué, y entonces sí que no quedaron defraudadas sus esperanzas.

El dios estaba en pie, bajo su forma propia de dios, contando los horribles monstruos de su rebaño. Balzac, lanzando un grito tremendo, se avalanzó á él, lo derribó, y lo ató con más fuerza que atan sus suculentos embutidos los choriceros de Tours. El viejo del mar recurrió á sus mañas ordinarias, y, como un histrión divino, imitó sucesivamente el jabalí, el tigre, el dragón cubierto de escamas, la leona de pálida melena, la llama roja, bermeja y sonrosada y color de carbunclo, y el arroyuelo que se desliza con paso retozón; pero le valió lo mismo que si hubiese imitado las vocalizaciones de Giula Grisi; cuanto más concienzudamente representaba el dios su papel de varios tipos, más apretaba la cuerda el buen turenés, hijo de Rabelais; tanto, que los músculos de sus brazos desnudos se habían puesto como cables de rígidos, y las mejillas las tenía tan hinchadas y coloradas como las de una Fama tocando la trompeta; pero, por más que le chorrease el sudor del pelo espeso y corto, cayéndole por la frente, él aprieta que aprieta, hasta que Proteo se convenció de que lo más breve era ceder, si no quería resignarse á tener el vientre lleno de cicatrices como los surcos de las ruedas de un carro. Recobró, pues, su forma natural, como un actor que se desnuda acabada la tragedia.

—¿Qué quieres?—preguntó tristemente á Honorato de Balzac.

—Vaya, bien lo sabes tú que lees en las almas—dijo

vivamente el novelista.—No perdamos tiempo en bromas y dejémonos de comedias.

—Bueno—dijo el espantoso pastor, enseñando los dientes y clavando los glaucos ojos en el que bien pronto había de pintar á madame d'Espard y á madame de Maufrigneuse.—¿Tú quieres, como decís en vuestra lengua, saber la solución del enigma y conocer á las mujeres? Pues sabe por el pronto que no hay más que una mujer. Vuestro pretendido enigma no existe, y el sér que crees tú misterioso no es más difícil de comprender que la tórtola de la enramada ó la corza de los bosques. No hay más que una mujer, y ora sea reina sentada en trono de marfil, ora una pescadora de mariscos cuyos robustos brazos curte el mar y cuya suelta cabellera seca el viento, siempre quiere lo mismo, es decir: ¡todo! Quiere que su marido la ame de veras, con la ferocidad del fauno que se apodera de una ninfa en las selvas, sin perjuicio de dirigirle á la vez la más pura y delicada lisonja, porque no hay para ella incienso bastante refinado. La hija de los reyes, que parece beber la brisa y saciarse con el perfume de las rosas, exige en amor, lo mismo que en todo, una alimentación tan sólida como la campesina que va á vender hierbas al mercado; y es gran error creer que agradarás á la mendiga que anda con los pies descalzos sobre las piedras, si no sabes decirle en un lenguaje á sus alcances que es más vistosa que las flores y más hermosa que los astros. Quiere saciarse como el abismo que se bebe las aguas del cielo; quiere ser cantada al són de la lira como las Energías divinas; quiere, sobre todo, verse adornada de cosas brillantes, sean collares de flores de oro y crisolitas ó plumas de ave y ruines conchas recogidas en el camino, con tal que esos objetos exciten la envidia de sus compañeras y pasen á sus ojos por adornos.

—Comprendo—interrumpió Balzac.—En cuanto al dinero.....

—Nada más sencillo—dijo el dios.—Cuando has dado á la mujer todas las joyas y vestidos que podrían bastarle para mil años, y cofres pintados de varios colores para guardarlos, y bastante plata y oro acuñados para comprar cuatro veces otras tantas joyas y vestidos como tú le diste, la mujer de carnes tersas como el mármol, hermosa de pies á cabeza, y que nada tiene que ocultar, necesita todavía algún objeto de adorno que ha de adquirir sin que lo sepas tú; por consiguiente, has de hacer de modo que posea, sin astucias ni engaños, otro dinero que tú no conozcas.....

—¡Diablo!—murmuró Balzac, pareciéndole arduo el problema.

—Y no esperes defraudar—prosiguió el dios—uno solo de los apetitos ó instintos de la mujer, porque es tan obstinada como el mar tumultuoso que roe y devora las rocas, y no razona más que la flecha cuando, disparada por el arco, va en derechura á su objeto y se hunde estremecida en sus entrañas.

—Pero ¿hay mujeres fieles?—preguntó el poeta.

Á esa pregunta Proteo soltó una carcajada franca y sonora que hizo huir á las águilas y conmovió toda la caverna.

—¡Insensato!—gritó á Balzac.—No hay mujeres infieles. Son fieles todas.

—¡Ah!—exclamó el turenés, que no se asombraba fácilmente.—¡Todas! Pero—continuó después de reflexionar un instante—fieles..... ¿á quién?

—¡Vamos, hombre!—respondió el dios.—La mujer es fiel á su apetito y á su deseo, como la loba, como la osa, como la tórtola, como la mariposa, como todas las cria-

turas. Sé guapo, sé bastante fuerte para desgajar una peña, sé sabio en los consejos, sé un guerrero valiente y cruel y un hábil domador de caballos, sé algo inteligente en la flauta y la lira, sé deseado por todas las mujeres y no mires más que á la tuya, dale lo que justamente desee, es decir, ¡todo! y, si te ama, te será fiel, á menos que su instinto barrunte en tí los signos de la raza que no está hecha para ser amada de las mujeres.....

—Enhorabuena—dijo Balzac.—Pero en cuanto á las astucias de las mujeres.....

—Calla la boca, y no hables como un niño—interrumpió Proteo.—No hay tales astucias de mujeres, no existe mujer astuta. Las palabras de las mujeres no engañarían á un guijarro ó á un leño. Si engañan siempre al hombre, es porque el hombre es sensible á la pureza de las líneas y al brillo de los colores; lo que triufa de él son los brazos torneados y los labios sonrosados de la mujer, no, ni mucho menos, lo que dice. La mujer, al contrario, no es sensible más que á la valentía, y el hombre no la deslumbra sino en el campo de batalla en el momento de tajar en dos mitades á un héroe con su armadura y su caballo.

—¡Vaya!—exclamó Balzac.—Scribe tenía razón: ¡los húsares! Ahora sé todo lo que deseaba.

Y, desatando al pastor de Poseidón, se alejó con paso rápido, viendo alinearse ya las pilas de escudos de Eugenio Renduel, y sintiendo brotar de su frente los capítulos de novelas como las hojas de los bosques. Una risa zumbona le obligó á volver la cabeza.

—¡Pobre loco!—le gritó Proteo, que se alejaba por el mar, sentado sobre una foca vieja.—¡Te creerás que ahora estás tan adelantado! Pues sabe, para tu gobierno, que la novela es un género absolutamente quimérico, porque tú no tienes el derecho de escribir un poema tan

largo como la *Iliada* sobre algún vago Durand cuyos pies jamás han pisado la tierra negra, y en cuya existencia no creerán nunca los mortales, puesto que ponen en duda hasta la de Zeus tonante y de la venerable Argiva, que anda con sandalias doradas!

Teodoro de Banville.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

TRÉGUIER

Tréguier, mi pueblo natal, es un antiguo monasterio, fundado en los últimos años del siglo V por San Tudwal ó Tual, uno de los jefes religiosos de aquellas grandes emigraciones que llevaron á la península armoricana el nombre, la raza y las instituciones religiosas de la isla de Bretaña. Era carácter dominante de ese cristianismo británico un subido color monacal. No había obispos, al menos entre los emigrados. Su primera preocupación, una vez en el suelo de la hospitalaria península, cuya costa septentrional debía estar entonces muy poco poblada, fué establecer grandes conventos cuyos abades ejercían la cura pastoral sobre los pueblos de los alrededores. Rodeaba al monasterio un círculo sagrado de una ó dos leguas, que se llamaba el *minihi*, y gozaba de las más preciosas inmunidades.

Los monasterios se llamaban en lengua bretona *pabu,* á causa del nombre de los monjes *(papæ)*. Así, el monasterio de Tréguier se distinguía con la denominación de *Pabu-Tual*. Fué el centro religioso de toda la parte de la península que avanza hacia el Norte. Los monasterios análogos de Saint-Pol-de-Léon, de Saint-Brieuc, de Saint-Malo y de Saint-Samson, cerca de Dol, desempeñaban un papel de la misma índole en toda la costa. Tenían, si cabe decirlo así, su diócesis; en aquellas comarcas, separa-

das del resto de la cristiandad, se ignoraba completamente el poder de Roma y las instituciones religiosas que reinaban en el mundo latino, especialmente en las ciudades galo-romanas de Rennes y de Nantes, situadas muy cerca de allí.

Cuando, en el siglo IX, Noménoé organizó por primera vez algo regularmente aquella sociedad de emigrados semisalvajes, y creó el ducado de Bretaña, uniendo al país que hablaba bretón la *marca de Bretaña* establecida por los Carlovingios para contener á los saqueadores del Oeste, sintió la necesidad de extender á su ducado la organización religiosa del resto del mundo. Quiso que la costa del Norte tuviese obispos, como los países de Rennes, de Nantes y de Vannes. Al efecto erigió en obispados los grandes monasterios de Saint-Pol-de-Léon, de Tréguier, de Saint-Brieuc, de Saint-Malo y de Dol. Bien hubiese querido también tener un arzobispo, y formar así una provincia eclesiástica aparte. Se echó mano de toda clase de fraudes piadosos para probar que Saint-Samson había sido metropolitano; pero estaban ya demasiado cerrados los cuadros de la Iglesia universal para que fuese posible tal intrusión; y así, los obispados nuevos tuvieron que agregarse á la provincia galo-romana más próxima: la de Tours.

Con el tiempo borráronse de la memoria estos oscuros orígenes. Del nombre *pabu Tual, Papa Tual,* descubierto, según se dice, en antiguas vidrieras, se infirió que San Tudwal había sido papa. Pareció la cosa más sencilla. San Tudwal fué á Roma, y era un eclesiástico tan ejemplar, que, naturalmente, en cuanto lo conocieron los cardenales, lo eligieron para la Sede vacante. ¡Son cosas que pasan todos los días..... Las piadosas gentes de Tréguier estaban muy orgullosas con el pontificado de su

santo patrón. Los eclesiásticos discretos confesaban, no obstante, que era difícil descubrir en las listas papales el pontífice que llevó el nombre de Tudwal antes de su elección.

En torno del obispado formóse naturalmente una pequeña ciudad; pero, como la ciudad laica no tenía otra razón de ser que la iglesia, apenas se desenvolvió. El puerto siguió siendo insignificante, y no llegó á constituirse una clase media acomodada. Hacia fines del siglo XIII se elevó una catedral admirable; á partir del XVII pulularon los conventos: había calles enteras formadas por altos y prolongados muros de esas mansiones claustrales. El palacio episcopal, hermosa construcción del siglo XVII, y algunas casas de canónigos, eran los únicos edificios civilmente habitables. En la parte baja de la ciudad, á la entrada de la calle Mayor, flanqueada de construcciones en forma de torrecillas, se agrupaban algunas posadas destinadas á la gente de mar.

Hasta poco antes de la Revolución no hubo una pequeña nobleza al lado del obispado; procedía en gran parte de los campos vecinos. La Bretaña ha tenido dos noblezas muy distintas: una debió sus títulos al rey de Francia, y demostró en el más alto grado los defectos y los méritos comunes de la nobleza francesa; la otra era de origen céltico y verdaderamente bretona. Esta última comprendía, desde la época de la invasión, los jefes de parroquia, los primeros del pueblo, poseedores del derecho hereditario de figurar á su cabeza y llevar su representación. Nada más respetable que ese noble rural cuando seguía siendo campesino y permanecía extraño á las intrigas y al afán de enriquecerse; pero cuando se iba á la ciudad, perdía casi todas sus buenas prendas, y no contribuía ya grandemente á la educación intelectual y moral del país.

La Revolución fué, al parecer, una sentencia de muerte para ese nido de sacerdotes y de monjas. El último obispo de Tréguier salió una noche por una puerta falsa del bosque contiguo al palacio episcopal, y se refugió en Inglaterra. El Concordato suprimió el obispado. La pobre ciudad decapitada no tuvo siquiera un subprefecto; se dió la preferencia á Lannión y Guingamp, que eran más profanas y burguesas; pero las grandes construcciones, habitadas de modo que no puedan servir más que para un solo objeto, reconstituyen casi siempre el objeto para que fueron hechas. En lo moral cabe decir lo que no es exacto en lo físico: cuando las concavidades de una concha son muy profundas, esas concavidades tienen el poder de reformar el animal amoldado á ellas. Los inmensos edificios monásticos de Tréguier se repoblaron; el seminario antiguo sirvió para establecer un colegio eclesiástico muy estimado en toda la provincia. Tréguier volvió á ser lo que mil trescientos años antes bajo San Tudwal: una población completamente eclesiástica, extraña al comercio y á la industria, un vasto monasterio á donde no llegaba ningún ruido de fuera, donde se llamaba vanidad á todo lo que persiguen los demás hombres, y donde pasaba por realidad única lo que llaman quimera los seglares.

En ese medio se deslizó mi infancia, y allí contraje un modo de ser indestructible. Empezó por falsearse aquella catedral, obra maestra de esbeltez, loco intento de realizar en granito un ideal imposible. Las largas horas que pasé allí han sido causa de mi completa incapacidad práctica. Tal paradoja arquitectónica hizo de mí un hombre quimérico, discípulo de San Tudwal, de San Iltud y de San Cadoc, en un siglo en que la enseñanza de aquellos santos no tiene ya aplicación ninguna. Cuando iba á

Guingamp, población más laica, donde tenía parientes de la clase media, me encontraba atado y aburrido. No me distraía más que leyendo cuentos á una pobre criada. Suspiraba por volver á mi ciudad vetusta y sombría, aplastada por su catedral, pero donde alentaba una briosa protesta contra todo lo vulgar y trillado. Volvía á sentirme el mismo, cuando tornaba á ver mi alta torre, la aguda nave, el claustro y las tumbas del siglo XV que cobija, yo no me hallaba más que en compañía de los muertos, junto á aquellos caballeros y aquellas nobles damas, que dormían en paz, con su galga á los pies y un hachón de piedra en la mano.

Los alrededores de la población ofrecían el mismo carácter religioso é ideal. Aquello era nadar en pleno sueño, en una atmósfera tan mitológica, por lo menos, como la de Benarés ó de Jagatnata. La iglesia de San Miguel, desde cuyos umbrales se divisaba el mar libre, había sido destruída por el rayo, y todavía pasaban en ella cosas maravillosas. El jueves santo llevaban allí á los niños para que viesen ir á Roma las campanas. Nos vendaban los ojos, y era una gran cosa ver entonces á todas las campanas, engalanadas con el hermoso atavío de encaje bordado del día de su bautismo, atravesando los aires por orden de tamaño, desde la mayor hasta la más pequeña, para ir á buscar la bendición del Papa, tañendo gravemente. Frente por frente, á la otra parte del río, estaba el valle encantador de Tromeur, regado por una antigua *divonne* ó fuente sagrada, que santificó el cristianismo, asociando á ella el culto de la Virgen. La capilla se quemó en 1828, pero no tardó en reedificarse, y la antigua estatua fué sustituída por otra mucho mejor. Entonces pudo apreciarse bien esa fidelidad que constituye el fondo del carácter bretón. La estatua nueva, blanca y dora-

da, dominando desde el altar con sus hermosas y flamantes vestiduras, apenas recibía oraciones; fué menester conservar en un rincón el tronco negro y calcinado: á él se dirigían todos los homenajes. Volverse hacia la Virgen nueva hubiese parecido cometer una infidelidad con la antigua.

San Ibo era objeto de un culto más popular aún. El digno patrón de los abogados nació en el *minihi* de Tréguier, y su iglesita disfruta de gran veneración. Ese defensor de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, ha llegado á ser en el país el gran justiciero, el desfacedor de entuertos. Conjurándolo con ciertas fórmulas en su misteriosa capilla de *San Ibo de la Verdad*, contra cualquier enemigo de que sea uno víctima, diciéndole: «Tú eras justo en vida; demuestra que lo eres aún,» hay la certidumbre de que el enemigo se morirá dentro del año. Todos los desamparados se ponen bajo su tutela. A la muerte de mi padre, mi madre me llevó á su capilla, y lo constituyó en tutor mío. No puedo decir que el buen santo haya gestionado maravillosamente nuestros negocios, ni sobre todo que me haya dotado de un conocimiento notable de mis intereses; pero le debo algo más que eso: me ha dado la satisfacción, que es superior á la riqueza, y un buen humor natural que me ha permitido vivir contento hasta este día.

El mes de Mayo, dentro del cual caía la fiesta de ese santo excelente, era una serie continua de procesiones al *Minihi*; las parroquias, precedidas de sus cruces, se encontraban en los caminos, y era costumbre entonces besar las cruces en señal de alianza. La víspera de la festividad por la noche se reunía el pueblo en la iglesia, y á las doce extendía el Santo los brazos para bendecir á la concurrencia prosternada.

Pero, como hubiese entre la muchedumbre un solo incrédulo que alzase los ojos para ver si era real el milagro, el Santo, justamente herido por aquella sospecha, no se movía, y, por culpa del impío, se quedaba sin bendición todo el mundo.

Un clero serio, desinteresado, honrado, velaba por la conservación de esas creencias con la bastante habilidad para no debilitarlas, sin comprometerse él mucho. Aquellos dignos sacerdotes fueron mis primeros preceptores espirituales, y les debo lo bueno que pueda haber en mí. Todas sus palabras me parecían oráculos; les profesaba tanto respecto que jamás puse en duda lo que me decían hasta la edad de diez y seis años en que vine á París. He tenido después maestros más brillantes y sagaces, pero no más venerables; y he aquí lo que me ocasiona frecuentes disidencias con algunos de mis amigos. Yo he tenido la suerte de conocer la virtud absoluta; sé lo que es la fe, y, aunque más tarde he reconocido que el Seductor Supremo ha ocultado una buena parte de ironía en nuestras más santas ilusiones, he conservado de aquellos buenos tiempos preciosas experiencias. No se me oculta que, en el fondo, mi vida sigue siendo dirigida por una fe que ya no profeso; porque la fe tiene de particular que, después de extinguida, sigue obrando. La gracia sobrevive por la costumbre al sentimiento real con que nos animó. Continuamos haciendo maquinalmente lo que hacíamos al comienzo en espíritu y verdad. Luego que Orfeo, perdido su ideal, fué despedazado por las ménades, su lira no sabía decir nunca más que: «¡Eurídice! ¡Eurídice!»

LA NIÑA NOEMI

Aunque la educación religiosa y prematuramente sacerdotal que recibía me alejaba del trato con las jóvenes, tenía amiguitas de la niñez, y una sobre todo que me ha dejado un profundo recuerdo. Desde muy temprano sentí viva simpatía hacia las niñas; las prefería con mucho á los chicos. Estos últimos no me querían; les desagradaba mi exterior delicado. No podíamos entendernos en el juego; me llamaban *señorita*, y no perdonaban modo de hacerme rabiar. En cambio, me encontraba á las mil maravillas con las niñas de mi tiempo, que me estimaban muy pacífico y tratable. Yo tenía doce ó trece años, y no me daba cuenta ninguna del atractivo que hacia ellas me inclinaba. Creo que lo que me movía principalmente era la vaga idea de que hay cosas permitidas á los hombres que no son permitidas á las mujeres; de modo que estas últimas aparecían á mis ojos como débiles y bellas criaturas que debían ajustar el gobierno de sus personitas á ciertas reglas sumisamente acatadas. Todas las que conocía se distinguían por una modestia encantadora. Había en ese mi primer despertar cierto sentimiento de compasión, junto con la idea de que era preciso amparar una resignación tan bella, de que era menester amar y fomentar aquel recato. Veía de sobra mi superioridad intelectual, pero sin dejar de adivinar desde entonces que una mujer muy hermosa ó muy buena resuelve completamente, por su parte, el problema que nosotros, con toda nuestra cabeza, no hacemos más que farfullar. Nosotros, á su lado, somos niños ó pedantes. No comprendía yo más que vagamente, pero ya entreveía, sin embargo, que la belleza es un dón tan supe-

rior que, junto á ella, no son nada el talento, el genio, ni aun la misma virtud; de suerte que la mujer verdaderamente hermosa tiene el derecho de desdeñarlo todo, puesto que reune, no en una obra sacada de sí, sino en su persona misma, como en un vaso murrino, cuanto el genio bosqueja á duras penas con pálidos rasgos mediante una laboriosa reflexión.

Entre esas amiguitas, he dicho que había una que ejercía sobre mí una seducción especial. Se llamaba Noemi. Era un modelito de despejo y de gracia. Tenía ojos de una languidez deliciosa, impregnados de tanta bondad como penetración, y cabellos de un rubio adorable. Me llevaría unos dos años, y su manera de hablarme era un término medio entre el tono de una hermana mayor y las confidencias de dos niños. Nos entendíamos á maravilla. Cuando reñían las amiguitas, nosotros participábamos siempre de la misma opinión. Yo me esforzaba en poner paz entre las disidentes; ella era escéptica en punto al éxito de mis tentativas. «Ernesto—me decía—no adelantará usted nada; usted se empeña en poner de acuerdo á todo el mundo.»

Esa pacífica colaboración infantil, que nos daba una imperceptible superioridad sobre los otros, establecía entre ambos un vínculo muy dulce. Aun ahora no puedo oir cantar: *Nous n'irons plus au bois*, ó *Ie pleut, il pleut, bergère*, sin sentir un ligero estremecimiento en el corazón... No cabe duda de que, á no ser por la cadena fatal que me oprimía, yo hubiese amado á Noemi dos ó tres años después; pero me había consagrado al razonamiento, y ya era dueña de mí completamente la dialéctica religiosa. El oleaje de abstracciones que me subía á la cabeza me aturdía hasta el punto de quedar absorto y distraído para todo lo demás.

Cruzóse en el camino de ese afecto, y acabó por desviarlo, un singular defecto que debía perjudicarme más de una vez en la vida. Mi indecisión me coloca fácilmente en situaciones equívocas, cuyo nudo no acierto á desatar. Esta particularidad de mi carácter se complicó en aquella ocasión con una virtud que me ha hecho cometer tantas inconsecuencias como el peor de los defectos. Entre aquellas niñas había una mucho menos guapa que Noemi, y menos buscada y agasajada, aunque buena y amable. Andaba trás de mí quizá algo más todavía que Noemi, y no disimulaba su puntita de celos. Para mí ha sido siempre un imposible hacer sufrir á nadie. Me figuraba vagamente que la mujer que no es muy hermosa es desgraciada, y debe consumirse en su interior, como si se hubiese malogrado su destino. Iba, pues, con la menos amada más que con Noemi, porque la veía triste. Así dejé bifurcarse mi primer amor de la manera más torpe, como más tarde dejé bifurcarse mi política. Una ó dos veces ví á Noemi reirse so capa de mi candidez. Siempre era amable conmigo, pero á ratos notaba yo un tinte de ironía que ella no trataba de disimular, y que sólo servía para que me pareciese aún más encantadora.

Con la lucha que llenó mi adolescencia la casi olvidé. Más tarde su imagen ha revivido en mí frecuentemente. Un día pregunté á mi madre qué había sido de ella.

«Ha muerto—me dijo;—ha muerto de tristeza. No tenía fortuna. Cuando murieron sus padres, la recogió su tía, una mujer dignísima, dueña de la posada de..... Hizo en la casa cuanto pudo. Tú no la has conocido más que de niña, aunque ya preciosa; pero á los veintidós años era un portento. El pelo, que en vano sujetaba con la cofia, se desbordaba fuera, dejando ver trenzas retorcidas como espigas de trigo maduro. Hacía lo que podía por

ocultar su belleza. Disimulaba su admirable talle con una *pelerina*, y siempre llevaba calzadas de mitones aquellas manos largas tan blancas.

En la iglesia se formaban grupos de jóvenes para verla rezar. Era demasiado hermosa para nuestro país, y tan juiciosa como guapa.»

Todo esto me afectó vivamente. Después he pensado mucho más en ella, y, cuando Dios me ha dado una hija, la he llamado Noemi.

ERNESTO RENÁN.

EL REY DE BAVIERA

En el verano de 1880 disponíanse los bávaros á celebrar una gran fiesta nacional. Recordaban que en 1180 fué proclamado duque de Baviera un descendiente del margrave Arnulfo II, el conde palatino Oton de Wittelsbach; que, andando el tiempo, los Wittelsbach llegaron á ser, primero, electores, luego reyes; y que habían transcursido siete siglos cabales desde su advenimiento al poder. Del uno al otro confín del reino, en la Alta y en la Baja Baviera, en los dos Palatinados, en las tres Franconias y en Suabia, nobles, burgueses y aldeanos preparabánse á demostrar con la brillantez de sus regocijos la inalterable adhesión que los unía á la familia de sus príncipes. Querían rodear de pompa ese júbilo, sin reparar en los gastos, á pesar de que los tiempos eran calamitosos. En el mes de Septiembre de 1873 el ministro de Hacienda, Ridel, había anunciado á las Cámaras que el presupuesto saldaba con un déficit de más de 13 millones de marcos, y que, para cubrirlo, era menester aumentar en dos marcos por hectolitro el impuesto sobre la malta; de donde se infería que el litro de cerveza costaría en adelante un poco más caro, y ya se sabe que la menor subida en el precio de la cerveza es para los bávaros una verdadera calamidad pública.

Á la sazón el rey Luis II no tenía más que treinta y

cinco años, y hacía ya diez y seis que ocupaba el trono. La prematura muerte de su padre Maximiliano II le obligó á interrumpir sus estudios universitarios para desempeñar desde 1864 su oficio de rey. Echando de menos á sus maestros, reemplazó sus lecciones con serias y múltiples lecturas. Sus súbditos lo festejaron y adoraron desde los primeros días de su reinado. Gozaba fama de afable y generoso, y pasaba por hombre de los mejores deseos, de nobles aficiones, de elevado espíritu, apasionado de las artes y de la poesía, de los grandes sentimientos y de las cosas grandes. Cuantos se le acercaban, se hacían lenguas del atractivo de sus maneras y de su conversación; seducía, fascinaba. Como el rey Jorge V de Hannover, era el hombre más distinguido y de mejor presencia del reino; todo el que acertaba á cruzarse con él podía decir: «He visto pasar la majestad real.» Pero ese Wittelsbach juntaba, á la nobleza de su porte, á su soberbio continente, un tinte romántico desconocido de los Güelfos. Había cierto misterio en su sonrisa, cierta inquietud en su mirada, y sus ojos parecían buscar á veces en torno suyo algo que no descubrían. Decíase que, cuando niño, padeciendo de insomnios, y no queriendo estar solo de noche, llamaba á su aya para que se estuviese hasta el amanecer contándole largos cuentos en que intervenían hadas, ondinas y genios. Conservó esa afición á las cosas de hadas y de genios, y la grave y sesuda Baviera podía alabarse de tener por soberano un verdadero rey de novela.

Pero ese rey de novela era á veces un rey juicioso; por lo menos, tenía á ratos un sano sentido de que dió á su pueblo una muestra palmaria en 1880. con ocasión del jubileo de los Wittelsbach. No queriendo que se hiciesen locuras en su honor, escribió á los dos consejos adminis-

trativos de la capital, representándoles lo difícil de los tiempos, instándoles á no consumir todo su dinero en luces de bengala y fuegos artificiales, y declarándoles que apreciaba en más los buenos sentimientos que el brillo de las demostraciones. Pedía, en consecuencia, que parte de las sumas votadas para los festejos se destinase á alguna obra de beneficencia; fué escuchado, fué obedecido, y los 530.000 marcos que produjeron las suscriciones se consagraron á una fundación destinada á socorrer á la clase obrera de las ciudades y de los campos. Al propio tiempo, Luis II destinaba 650.000 marcos de la herencia de su padre para estimular trabajos científicos y artísticos.

¿Podía hacer un uso más juicioso de su dinero y dar á sus súbditos más cuerdas instrucciones en punto á la mejor manera de celebrar fiestas nacionales? El 22 de Agosto les dirigía una proclama, en que nada hubiese habido que tachar, á ser el estilo más sencillo, menos afectado: «Vuestra leal fidelidad—le decía—es el cimiento de mi trono; vuestra adhesión á mi dinastía y á mí, el más bello joyel de mi corona. Os doy gracias desde el fondo del alma, y me complazco en aseguraros que vuestra ventura es la condición de mi propia felicidad. Con estos sentimientos entro en el octavo siglo de reinado de los Wittelsbach.» Tres días después se procedía á la celebración del jubileo, y la solicitud que atestiguaron, así las clases altas como las inferiores, dió la medida de la popularidad de que gozaba aún el biznieto del elector Maximiliano José IV, rey de Baviera por la paz de Presburgo y por la gracia de Napoleón I.

Dolorosa sorpresa hubiesen experimentado los bávaros, si en medio de sus regocijos hubiera aparecido un profeta anunciándoles que seis años después su joven mo-

narca sería loco rematado, que habría precisión de recluirlo, y que debía ofrecer á Europa el espectáculo de un rey incapaz de sobrevivir á su anulación, y que prefiere matarse á no ser rey. Con todo, por popular que fuese todavía, y aunque nadie le hiciese la injuria de dudar de su razón, no dejaban de advertirse hacía tienpo en su conducta y en sus hábitos, en su carácter y en su lenguaje, algunas rarezas que chocaban y preocupaban á su pueblo.

Lo primero que se deploraba era su terquedad en no casarse. Hubo un momento en que el país se lisonjeó de verle dar el paso: en 1869 parecía concebir un afecto muy vivo por la princesa Sofía de Baviera, hoy duquesa de Alencon. Al salir de un baile, donde hizo su declaración, montó á caballo y anduvo hasta rayar el alba galopando por los bosques y contando su aventura á las estrellas. Pero fué una aventura sin consecuencias; aquella gran pasión se calmó bien pronto, aquel enamorado se enfrió y retiró de repente. Su malhadada prueba lo disgustó para siempre del amor; las mujeres le inspiraron en lo sucesivo una repulsión invencible; fuera de su madre, la princesa Gisela y la emperatriz de Austria, afectaba despreciarlas á todas. ¿Era que ninguna se parecía á sus hadas, ó que ese fiero Hipólito, enamorado de su libertad, había jurado no dejarse esclavizar el corazón? La cantante que una noche se permitió darle un beso en la frente estuvo á punto de pagar su audacia con la vida. No quería entregarse, y menos aún que se posesionaran de él. Tampoco quería mucho á las mujeres el gran Federico; buscaba sus placeres en otra parte; pero dejó que lo casaran. Los Hohenzollern nunca pretenden sustraerse á las obligaciones de su estado, á las exigencias de la vida común, á los deberes desagradables. Luis II, conde palatino del Rhin,

duque de Baviera, de Franconia y de Suabia, no era hombre para sacrificar sus caprichos ó sus aversiones á las conveniencias de sus súbditos, y sus súbditos, respetándola mucho, lo deploraban.

Lamentábase que ese príncipe, tan celoso de su libertad y tan resuelto á protegerla contra las mujeres, la defendiese tan mal de ciertas influencias ocultas y perniciosas, de indiscretos favoritos que se captaban su aprecio con lisonjas ó se imponían á su confianza por la osadía de su presunción. El abuelo del rey había prodigado sus favores á los pintores; el padre había protegido á los sabios; Luis II amaba apasionadamente la música, y no desconfiaba bastante de los músicos. En 1866, cuando Bismarck hacía tragar á Alemania «esas famosas píldoras de hierro y de sangre,» que debían restablecer su quebrantada salud, y cuando se jugaba en los campos de batalla la suerte de más de una corona, el rey de Baviera se retiró á su castillo de Berg y á la isla de las Rosas. Sordo á la voz del cañón, prisionero de un mago y víctima de sus hechizos, soñaba en regenerar su reino á los acordes de la música del porvenir.

El abuelo había perdido el trono por amar demasiado á Lola Montes; el nieto comprometía el suyo enagenando su voluntad al más arrogante de los grandes artistas. Se le acusaba de haber contraído «una especie de unión morganática» con un compositor de genio muy célebre y muy indiscreto. Ricardo Wagner no tenía bastante con sacar dinero á manos llenas del cofrecillo real; se mezclaba en política, intrigaba y maquinaba, aspiraba á ser uno de esos favoritos omnipotentes que hacen y deshacen ministerios. Irritadísimo contra el barón de Pfordten que había tenido la impertinencia de desterrarlo de la corte, juró derribarlo y logró que entrara en el gabinete el se-

ñor Pfistermeyer, de quien se servía para preparar su venganza teniendo á raya al presidente del Consejo. Afortunadamente el maestro era uno de esos hombres que constituyen una cruz para el que los favorece; llegó á cansar á su amo, se hizo insufrible por las intemperancias de su orgullo y por sus desmedidas pretensiones, fué despedido, y Baviera respiró.

Pero desde ese día Luis II se entregó más y más cada año que pasaba á sus tendencias soñadoras y á su amor á la soledad. Se encerraba, se escondía, pasaba meses enteros en sus queridas montañas de Hohenschwangau, como si hubiese querido contemplar desde lo alto su reino y su pueblo. Tenía como ningún monarca el sentimiento de su grandeza, el respeto de su nacimiento, la religión supersticiosa del poder real y del derecho divino. Se consideraba un ser aparte, y le parecía que una majestad desmerece cuando es demasiado accesible y entra en comunicación con los humanos. Siempre había rendido culto á la memoria de Luis XIV, y se preciaba de parecerse á él. Afanoso por conocer las menores circunstancias de la vida de su héroe, pedía á París todas las publicaciones nuevas referentes á la corte de Versalles. Habiendo sabido que uno de nuestros más eminentes diplomáticos poesía en su galería un cuadro de Troy que representaba al gran rey recibiendo á los embajadores de Siam, quiso comprarlo; y como le respondieran que el cuadro no se vendía, pidió y obtuvo permiso para mandar sacar una copia: tan vivo era su deseo de multiplicar alrededor de sí las imágenes del rey-sol.

Pero Luis XIV es más fácil de admirar que de imitar. Aunque estuviese muy poseído de su grandeza, y aunque más de una vez le perjudicaron sus altanerías intempestivas y sus vanas ostentaciones, sobrábale penetración

para comprender que nobleza obliga, y que los grandes honores llevan anejas las grandes cargas. Era un hombre laborioso, metódico y exacto cumplidor de sus compromisos. "Lo primero (ha escrito) es el interés del Estado. Debemos violentar nuestras inclinaciones, y no dar lugar á tener que arrepentirnos por no haber hecho mejor alguna cosa importante. Mirando al Estado, trabaja uno para sí; su bien es nuestra gloria..... Los príncipes deben poner en todo particular cuidado y atención. Han de vivir prevenidos contra sí mismos, han de vigilar sus inclinaciones, han de estar siempre en guardia contra su temperamento..... El oficio de rey es grande, noble y lisonjero, cuando se siente uno capaz de dar cima á todas las cosas que demanda." Luis II, que creía parecerse al rey-sol, era desaplicado y caprichoso; amaba su gloria; descuidaba sus funciones; evitaba la esclavitud de los compromisos; temía el contacto de los hombres y el tráfago de los negocios; jamás ha estado en guardia contra sí mismo y contra sus inclinaciones. Creía que con mirarse mucho en sus actitudes estaba hecho todo, y que su único deber era enseñar respeto al pueblo presentándole á distancia la efigie de un rey.

Sus súbditos, que seguían amándolo con todas sus flaquezas é infidelidades, no renunciaban á la esperanza de verle corregirse y tomar con empeño sus deberes, á favor de la experiencia y de la madurez de la edad.

Después de las amargas humillaciones sufridas en 1866, cuando hubo de recibir la ley de un vencedor irritado y soberbio, pareció transformarse. Despidió á su privado; salió de su retiro, y se mostró dispuesto á deferir á los deseos de los bávaros, renunciando á su vida de célibe. Pero nollevó adelante sus proyectos de reforma; es natural. Se sobrepuso á las reflexiones de un día. In-

capaz de supeditarse á ninguna regla, no era un soberano, era el eterno ausente, que no intervenía en los negocios públicos, sino allá, por algún raro capricho, para dar fe de su autoridad, para probar que alentaba y proporcionar algún ejercicio de tarde en tarde á su mano de rey. Tal conducta causaba sentimiento en Munich; en cambio en Berlín estaban muy satisfechos, y habrá de convenirse en que ese rey de Baviera era el monarca que Prusia podía desear. El canciller, después de tratarlo arrogantemente, le puso buenos ojos, y se esforzó en volver á ganar su confianza. Es el procedimiento de ese gran hombre de Estado: tan pronto alarma y amenaza como tranquiliza; después de herir, se ablanda de repente; mezcla, en suma, la solicitud con los rigores, sabiendo que las caricias de un hombre rudo poseen un encanto singular á que sucumben los soberanos débiles como las mujeres.

Desde entonces el rey Luis II se creyó en el caso de hacerse agradable á la corte de Prusia y granjearse la benevolencia del canciller de la Confederación del Norte con sus abdicaciones ó complacencias. Tal fué, á decir verdad, su única regla de conducta; pero hay que añadir, para hacerle justicia, que jamás la infringió, probando de esa suerte que era capaz de constancia en sus resoluciones. Amante de su gloria, pero más amante aún de su sosiego, cerró los oídos á las insinuaciones de los patriotas, quejosos de que se olvidase de tal manera el orgullo bávaro, y ajustó siempre su política á las conveniencias y á los deseos de Bismarck.

El mejor modo de hacer llevadera la dependencia es vivir en buena armonía con los poderosos y hacerse acreedores á un trato benévolo de su parte. Luis II decía á sus ministros: «No me acarreéis sinsabores, y dejadme

meditar en paz.» El príncipe Hohenlohe, á quien llamó á la presidencia de su consejo, era el hombre más á propósito para establecer buenas relaciones entre Baviera y Prusia, conciliando la dignidad con mucha modestia y con la más prudente circunspección. «No queremos entrar en la Confederación del Norte (decía á los diputados bávaros en la sesión del 6 de Octubre de 1867); pero tampoco queremos crear una liga constitucional de los Estados de la Alemania del Sur bajo la dirección de Austria, ni menos aún instituir una Confederación del Sur con el apoyo de una potencia no alemana; nosotros no queremos practicar la política de una gran potencia, ni creemos que nos conviene arrogarnos un papel de mediadores.» Era como decir: "Nos reservamos; esperamos los acontecimientos; no entra en nuestras miras entregarnos, pero estamos prontos á dejarnos querer. No haremos nada que pueda desagradar á Berlín, y el día en que no tengamos ya que contar con Austria ni con Francia, Bismarck nos encontrará dispuestos á hacer cuanto desee.»

No tardó en llegar ese momento y en consumarse el sacrificio. Al día siguiente de Sedán los Estados del Sur se vieron requeridos á ingresar en la Confederación del Norte. Luis II tenía que hacerse violencia para reconocer en un Hohenzollern el soberano natural de los Wittelsbach; pero devoró sus penas, y se contentó con las concesiones graciosas que Bismarck le otorgaba. «Por fin se ha concluído y firmado el tratado bávaro,» decía con emoción el canciller al más hablador de sus confidentes, al doctor Moritz Busch: «Traed una botella de Champaña; es un acontecimiento. ¿Qué habría ocurrido si me hubiese obstinado yo, y no se hubiese llegado á un acuerdo? Mis inquietudes eran mortales. Los periódicos no estarán contentos; dirán: «Más hubiera podido obtener el

imbécil.» Pero yo he querido que los bávaros quedasen satisfechos, que no pudieran acusarme de ponerlos en el potro y explotar la situación.» Los bávaros estaban tan poco satisfechos y sentían tanta melancolía en medio de la bonanza, que su Parlamento tardó dos meses cumplidos en decidirse á ratificar el tratado.

Luis II hizo en 1870 más de lo que le exigía su deber. Se anticipó á los deseos del rey Guillermo, invitándolo á tomar el título imperial. "La imaginación del joven rey (ha dicho un historiador) inflamóse con los grandes sucesos que se realizaban en Versalles, y quiso ser el primero en depositar á los pies del vencedor la gloriosa corona de Federico Barbarroja.» No es estar en lo firme atribuir el paso que daba á un movimiento del corazón, á un transporte de entusiasmo; si se hubiese dejado llevar solamente de su imaginación asombradiza, propensa al recelo, habríase retirado á su tienda y pasado el resto de sus días protestando contra su humillación y renegando del destino. Pero lo estrecharon de cerca, influyeron sobre él, lo llamaron á razones, lo importunaron. Varios de sus consejeros íntimos se habían dejado ganar por la política prusiana, y se constituían en defensores de ella; el más celoso de tales abogados era ese mismo conde Holnstein, que un día debía presentarse ante él en Hohenschwangau para participarle que ya no era nada. «He reconciliado á los bávaros con el título de emperador—decía Bismarck—haciéndoles ver que el amor propio de su soberano se avendría más fácilmente con un emperador de Alemania que con un rey de Prusia.» Convencióse también de que una resignación obsequiosa es todavía una manera de distinguirse; que valía más representar el papel de corredor complaciente, por modesto que fuera, que no representar ninguno; que, en último extremo, si

él declinaba la misión que tenían á bien encomendarle, no faltaría quien la aceptase en su lugar, y que entonces, no habiéndose tomado ninguna molestia, tampoco habría contraído ningún mérito.

El 6 de Diciembre, adoptando su partido, escribía al rey de Sajonia: «Muy glorioso y poderoso príncipe, querido hermano y primo: Unidas hace siglos por la lengua y las costumbres, las tribus alemanas victoriosas, dirigidas por el heróico rey de Prusia, celebran ahora una fraternidad de armas que da brillante prueba de lo que puede Alemania unida. Me dirijo, pues, á los príncipes alemanes, y sobre todo á Vuestra Majestad, á fin de proponerle que invitemos de común acuerdo á S. M. el rey de Prusia á unir al ejercicio de sus derechos presidenciales el título de emperador de Alemania.» Doce días después decía el rey Guillermo á los delegados del Reichstag: «He recibido con profunda emoción la invitación que me ha dirigido S. M. el rey de Baviera para el restablecimiento de la dignidad imperial.»

Siempre se le han agradecido sus buenos oficios, se le ha recompensado su sacrificio voluntario con amables atenciones, y la prensa oficiosa de Berlín lo ha tratado hasta lo último con mucha consideración y respeto. El, por su parte, quería hacer creer que no estaba sentido; que se había asociado francamente, y sin reservas, al nuevo orden de cosas; que la casa le parecía cómoda, bien construída y amueblada, y se encontraba á gusto en ella. Pero á la vez evitaba con empeño toda ocasión de ver á un Hohenzollern, de convencerse por sí mismo de que tenía un soberano á quien debía fidelidad y homenaje, y que podía llevarlo á la guerra bajo sus órdenes. Hasta donde le era posible, apartaba de su real persona todo contacto enojoso, toda cara desagradable, toda im-

presión ingrata, y á eso reducía el arte de reinar: trataba de olvidar y distraerse. «El mundo marcha gracias á la maravillosa ilusión del olvido,» ha dicho Mme. de Staël; esa ilusión es también á veces el único consuelo de los reyes.

Mas no fué sólo su resignación y su fidelidad á los nuevos compromisos lo que valió al rey Luis II las buenas disposiciones de su soberano; Los ministros á quienes confiaba el gobierno de su reino supieron amoldar su política al arbitrio del príncipe de Bismarck. Durante los días más borrascosos del *culturkampf,* el canciller del imperio no encontró dificultad ninguna de parte de los seis plenipotenciarios que representaban al gobierno bávaro en el consejo federal, y el partido del centro católico no recibió ninguna muestra de simpatía del rey Luis ni de su gabinete. Por una atención delicada ó por una ejemplar adhesión, en el momento en que el canciller inauguraba en Prusia las hostilidades contra la Iglesia, inaugurábalas en Baviera el Sr. de Lutz, que parecía disputar al gran ministro el peligroso honor de afrontar los anatemas del Vaticano y las censuras del episcopado. El *banderillero* llamaba hacia sí generosamente la cólera del toro, y el *torero* se lo agradecía (1).

Baviera, al igual de Bélgica, es uno de los países de Europa donde la Iglesia interviene más en la vida pública y en las luchas electorales, uno de los países en que mejor ha sabido aprovechar la libertad de la prensa y el derecho de asociación para asegurar su imperio sobre las almas. En esos dos países los nuevos procedimientos y todos los recursos de la estrategia moderna se han

(1) Dejamos la frase tal y como aparece en el original. Fácilmente podrán corregirla los lectores españoles.—Nota del traductor.

puesto con rara habilidad al servicio de las ideas rancias y de los añejos dogmas. Tan seguro está el clero bávaro de su ascendiente y de su influencia, que ni los progresos de la democracia ni el sufragio universal y directo le inspiran ningún temor, y fácilmente se prestaría á la separación de la Iglesia y el Estado. En 1877 declaraban sus delegados, en la conferencia celebrada en Wurzburgo, que si el gobierno no se comprometía á cumplir en todas sus partes el concordato de 5 de Junio de 1817, derogando las disposiciones contrarias de 1821, obispos y curas renunciarían gustosamente á sus asignaciones; que se los dejase en libertad, y ellos se encargarían de pedir el pan cuotidiano é la caridad del pueblo.

El partido de los patriotas, constituído en 1866, se proponía el doble objeto de defender la autonomía bávara frente á las ambiciones prusianas, y proteger las franquicias y prerrogativas de la Iglesia frente á las invasiones de la autoridad civil. Ese partido, tan católico como patriota, poseía y posee aún mayoría en las Cámaras, y desde 1871 ha agotado esterilmente toda clase de esfuerzos para derrocar al ministerio, y desembarazarse del señor de Lutz. Pero detrás del ministerio había un rey; ese rey quería conservar el ministerio en bien de su reposo, y no es cosa llana vencer la obstinación de un espíritu débil.

En Baviera, como en todas las monarquías alemanas, es un principio de derecho público que la existencia de un gabinete no depende de los votos de una Cámara, que el soberano elige los ministros á su albedrío, y no los despide más que cuando han perdido su confianza ó su favor. Luis II no admitía que pudiese transigir en este punto un rey que se respeta. Vano fué que los ultramontanos de la extrema derecha acusasen á sus consejeros de trabajar

en beneficio del diablo; inútil que el arzobispo de Munich, en una pastoral que hizo mucho ruido, suspirase por los tiempos en que gobernaban el país verdaderos hijos de la Iglesia. El rey no oía nada, ó fingía no oir.

Se deploraba que contentase á los viejos católicos y que hubiese condecorado al gran heresiarca Döllinger. Se deploraba que nombrase para los obispados vacantes prelados de una autoridad y de un celo dudosos, y que procediese á su elección sin curarse de obtener el beneplácito del Vaticano. Se deploraba asimismo que el municipio de la capital hubiese prohibido, por orden suya, celebrar con procesiones públicas el jubileo del papa Pío IX, que había tratado de Atila al canciller del imperio alemán. Pero lo que más se le censuraba era el apego á sus ministros. La segunda Cámara se atrevió á dirigirle un mensaje en 1875, solicitando respetuosamente que los sustituyera. Los ministros presentaron la dimisión, pero él se negó á aceptarla escribiéndoles: «Á nadie más que á mí corresponde el derecho de nombrar libremente los consejeros de la corona. Vosotros tenéis mi confianza, y os mando que sigáis en vuestro puesto y deis á conocer al pueblo mi voluntad.» Ordenó que esa declaración se imprimiese, que se hiciese una tirada de cerca de 9.000 ejemplares, que se expusiese al público en todos los municipios, y que se señalase un domingo para leerla á los aldeanos á la salida de misa. Al propio tiempo escribía á la Cámara: «No tengo ningún motivo para acceder á vuestro mensaje. Además me ha disgustado profundamente el lenguaje empleado por algunos de vuestros oradores. Se lo participo así á vuestro presidente.» Cinco años después, Lutz, ministro de instrucción pública y de cultos desde 1871, subía á la presidencia del Consejo, y en 1883 era nombrado barón del reino.

«Es usted hombre feliz y privilegiado—le decía uno de los principales oradores del partido patriota, el doctor Rissler, en la sesión del 9 de Enero de 1880.—Es usted Lutz el Victorioso, y no sé para qué voy á pedir la palabra: si para atacar á usted ó para felicitarlo por su asombrosa suerte. Van ya diez años que es usted ministro de cultos; hemos hecho todo lo del mundo por derribarlo, y ha resistido usted á todos nuestros asaltos. No veo realmente á quién comparar á usted en toda Europa, fuera del canciller Bismarck; pertenece usted, como él, á la raza de los ministros inamovibles. Veinte veces le hemos dicho á usted lo que hacía al caso, y usted firme en su puesto, y siempre el mismo.» Luis II tenía sin duda varias razones para permanecer fiel á su ministro pseudo-liberal. No perdonaba á los católicos bávaros sus tratos é inteligencias con la democracia, y las representaciones que le hacían á él; no gustaba ni de prelados infalibilistas ni de curas demagogos. Acaso se acordaba también de que Luis XIV se había dado aires de autoridad con la corte de Roma, y que el papa Alejandro VII había pedido perdón al gran rey por intermedio de un legado *a latere*. Pero, sobre todo, sabía que un ministerio ultramontano le atraería disgustos y sinsabores, haciéndolo sospechoso á los poderosos del día. En otro tiempo había dicho: «Quiero vivir en paz con mi pueblo.» Estaba más decidido á vivir en paz con Berlín, y temía el ceño de Bismarck más que todas las contrariedades que pudieran suscitarle las Cámaras. Quería que los ministros amoldasen su paso al del canciller del imperio. La prueba es que desde el día en que el príncipe de Bismarck moderó sus rigores hacia la Iglesia, desde el día en que entró en la vía de los arreglos y compromisos, el barón de Lutz se presentó también más conciliador, más co-

rriente, más amable con el alto y bajo clero, y en 1883 se le ha visto revisar su ley escolar y favorecer abiertamente á las escuelas confesionales.

Se dice que los lapones, cuando salen al mar, compran á un hechicero el viento necesario para la navegación, y el hechicero se lo entrega en un pañuelo muy bien atado. El gabinete bávaro, por su parte, tenia á Berlín para renovar todos los años su provisión de viento; y á fe que le ha ido á maravilla. Lo compraba en buen sitio, y ese es el secreto de su duración, de su larga prosperidad.

Luis II se libraba así de enojos é incumbencias, pero no podía librarse de sus pensamientos, y sus pensamientos eran sombríos. Ese romántico sentado en un solio, y prendado de su corona, no podía menos de ver que la realidad andaba poco de acuerdo con sus sueños. No miraba como verdadero rey sino al soberano que ejerce un poder absoluto, que es dueño de hacer cuanto le place; y el hecho es que todo le recordaba su dependencia. Tenía un señor, y el príncipe real de Prusia iba de vez en cuando á inspeccionar su ejército; por si era poco, se veía obligado á sufrir las impertinencias de las Cámaras, que le atestiguaban su mal humor con estratagemas disimuladas, y á veces con explosiones ruidosas. Un monarca constitucional no es ciertamente un rey de cuentos de hadas; ningún oficio menos romántico que el suyo. Su vida se compone de mil incidentes espinosos, de multitud de dificultades diarias, que ha de resolver á fuerza de estudio, aconsejándose de su buen sentido para ver cuándo debe ceder y cuándo resistir. Ese rey de Baviera vivía fuera de su centro en este siglo. Creía, como Hamlet, que el mundo se había salido de quicio; como Hamlet, se sentía incapaz de encajarlo de nuevo; y no teniendo una Ofelia que lo distrajese, cada día se hundía más en su tedio y en su negro humor.

Las inquietas divagaciones—ha dicho un filósofo—son realmente una locura pasajera, y la locura pasajera degenera á poca costa en locura permanente cuando se trata del hijo de un rey que no tenía muy sano el cerebro, y que á menudo había escandalizado á la nación con el cinismo de sus insensateces. Luis II, incapaz de rebrar contra sus caprichos, fué víctima de ellos; los desórdenes de su mente trocáronse en verdaderos desvaríos. Ese noctámbulo se sintió torturado por la más cruel de las manías, por el delirio de la persecución; parecíale que los hombres y las cosas se habían puesto de acuerdo para contrariarlo y provocarlo. Abandonándose á su condición huraña, buscaba el reposo en el olvido del mundo, en el olvido de todo. Dábase trazas para ocuparse lo menos posible de lo que pasaba en Munich y en las Cámaras. Sus mismos ministros le parecieron importunos y enojosos; los tenía á distancia, no comunicaba con ellos sino por mediación de sus secretarios particulares, y á poco los mismos secretarios no lograron acceso á su presencia; no quería entenderse más que con subalternos, con sus ayudas de cámara y su peluquero. Las gentes ínfimas tienen la ventaja de que no hay que preocuparse de ellas y no intentan adivinar lo que pasa en vuestra cabeza de loco.

No le quedaba ya más afición que la pasión por las construcciones, única cosa en que podía asemejarse á Luis XIV. Pero, á fuerza de edificar, agotó su caja, tuvo que recurrir á los préstamos, y el día que supo que sus acreedores pedían el reembolso de su dinero, miró su impertinencia como una afrenta intolerable á la majestad real. El 26 de Febrero de 1886 ordenaba al ministro del interior que le facilitase 20 millones de marcos á fin de continuar sus construcciones, ó que abandonase inconti-

nenti el país. El 17 de Abril mandaba al gabinete que sometiera al Parlamento un proyecto de empréstito por su cuenta particular. Negáronse los ministros, y enfurecióse el monarca. Ese hombre benigno se había vuelto cruel; expedía órdenes reservadas de prisión ó destierro, y disponía suplicios. En los momentos más lúcidos, ora encargaba á algún sabio que le descubriese en cualquier parte un país donde se pudiese reinar sin Constitución, ora pensaba en vender su reino para comprar una isla desierta donde poder vivir sólo con sus pensamientos y su peluquero.

Cosa curiosa: en Munich se sabía hacía mucho tiempo que tenía trastornada la inteligencia; los únicos que afectaban ignorarlo eran los ministros. Se habían conferido á sí propios una especie de regencia ministerial, tan cómoda como provechosa. Pero, según ha confesado el barón de Lutz, cuando supieron que el soberano negociaba en país extranjero empréstitos que podía originar recelos en Berlín, despertaron bruscamente de su letargo. Lo declararon incapaz de reinar y lo recluyeron, procediendo en esta ocasión sin grandes consideraciones. No queriendo sobrevivir á su gloria, Luis II decidió matarse, pero resolvió matar también, antes de abandonar el mundo, al médico que tuvo la insolencia de certificar su locura. Acechó la ocasión, y la encontró. Es un fin no exento de cierta grandeza mezclada de crueldad, y bien puede servir de advertencia á los reyes, altos ó bajos, que no desconfían bastante de sus sueños.

VICTOR CHERBULIEZ.

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT

I

ESTADO DE LA NOVELA AL APARECER LOS GONCOURT.— ESTILO Y MANERA

Ante todo, conviene examinar lo que era la novela entre nosotros hace algunos años. Esa forma literaria esencialmente moderna, tan amplia y tan flexible, amoldable á todos los genios, acababa de recibir entonces un brillo incomparable gracias á las obras de toda una generación de escritores. Teníamos á Víctor Hugo, poeta épico, que modelaba la prosa con su potente pulgar de escultor; venía imbuído de preocupaciones de arqueólogo, de historiador y de hombre político; pero del caos de sus concepciones sabía hacer brotar páginas soberbias; su novela era enorme, mezcla á la vez de poema, de tratado de economía política y social, de historia y de invención fantástica. Teníamos á Jorge Sand, espíritu de una perfecta lucidez, que escribía sin esfuerzo en una lengua afortunada y correcta, que defendía tesis, que vivía en el país de la imaginación y del ideal; esa escritora ha apasionado á tres generaciones de mujeres, y sólo han envejecido sus mentiras. Teníamos á Alejandro Dumas, el cuentista inagotable, cuyo numen

no conoció la fatiga nunca; era el gigante de los relatos enjaretados al vapor; un gigante sencillote que parecía haber hecho profesión de entretener pura y simplemente á sus millones de lectores; lo sacrificaba todo á la cantidad; no se preocupaba de las cualidades literarias; decía lo que tenía que decir como se lo hubiera dicho á un amigo al amor de la lumbre, con todo el abandono de la conversación; pero conservaba tal amplitud y abundancia de vida, que no dejaba de ser grande, con toda su imperfección. Teníamos á Mérimée, escéptico hasta los tuétanos, que se contentaba con escribir de tarde en tarde una docena de páginas secas y finas, donde cada palabra era como acerado puñal aguzado lentamente. Teníamos á Stendhal, que afectaba el desdén del estilo, que decía: «Yo leo todas las mañanas una página del Código para tomar el tono;» sus obras daban escalofríos por la multitud de cosas sombrías y espantosas que se quería ver en ellas; era el observador, el psicólogo, que se desentendía de las trabas de la composición, y pregonaba odio al arte; hoy ya no se tiembla delante de él, y se le mira como el padre de Balzac. Y teníamos á Balzac, el maestro de la novela modena; lo cito el último para cerrar la lista con su nombre. Ese se había apoderado del espacio y del tiempo, había robado todo el sitio al sol, en términos que sus sucesores, los que han marchado tras su amplia huella, han tenido que rebuscar mucho antes de poder espigar algunos granos. Balzac ha obstruído los caminos con su enorme pesonalidad; la novela ha venido á ser conquista suya; lo que él no pudo hacer, lo dejó indicado; de suerte que todos lo imitan, á pesar de los pesares, aun los mismos que creen sustraerse á su influjo. No hay actualmente un novelista francés que no tenga en las venas algunas gotas de la sangre de Balzac.

Tales eran los maestros. Abundaban tanto, y se repartían tan completamente el imperio de las letras—el soplo épico, la idealidad, la imaginación, la observación, la realidad,—que bien podía reputarse imposible encontrar un nuevo sendero al lado de los suyos. La novela parecía haber dado de sí todo lo que podía. Los novelistas iban á repetirse inevitablemente. Y, en efecto, pululaban los imitadores; ningún escritor tenía bríos para conquistar un palmo de tierra y cosechar allí á su guisa, ni aun dentro del campo removido y fecundado por Balzac. Pero entonces, á la hora en que se desvanecía la esperanza de un renacimiento, surgió un grupo de novelistas de una imprevista originalidad, y cuyas obras han sido como la florescencia de los últimos veinte años de nuestra literatura.

Esos escritores son indudablemente hijos inmediatos de los que antes cité: proceden en línea recta de Balzac, á quien deben el instrumento del análisis, y han recibido, además, de Víctor Hugo el sentimiento revolucionario del color. Si sus antecesores no hubiesen vivido, quizá no habrían nacido ellos; son necesariamente una continuación. Pero eso no obsta para que sean á la vez un desarrollo: el árbol, que se creía agotado, conservaba brotes y flores. Ha habido así un retoño de exquisito sabor. No son frutos raquíticos, venidos á destiempo, faltos de jugo; al contrario, ofrecen como un refinamiento de color, de aroma y de gusto. Después de este prodigio de producción, ninguna esperanza puede parecer ilusoria.

Los novelistas á que aludo forman un grupo reducido muy compacto. No quiero establecer ninguna comparación entre ellos. Me basta consignar que, cuando la novela se hallaba reducida á una pobreza extraordinaria, han conseguido conservarle una vida intensa. Se los ha

llamado realistas, naturalistas, analistas, fisiólogos, sin que ninguno de estos nombres indique claramente su método literario, y mucho menos si se tiene en cuenta que cada uno posee una fisonomía perfectamente acentuada. Dejando esto á un lado, hoy me propongo únicamente desprender del grupo á los hermanos Goncourt, y estudiarlos aparte, aprovechando su caso personal para pintar el momento literario entero.

Los Goncourt han aportado una sensación nueva de la naturaleza. He ahí su nota característica. No sienten como antes de ellos se ha sentido. Tienen nervios de una delicadeza excesiva, que centuplican las menores impresiones. Cosa que ven, la reproducen pictórica y musicalmente, brillando y vibrando, henchida de una vida personal. Un paisaje no es ya una descripción; al conjuro de las palabras surgen los objetos, y todo se reconstruye. Hay entre líneas una continua evocación, un espejismo que suscita ante el lector la realidad de las imágenes. Y hasta resulta excedida la realidad; la pasión de los dos escritores le comunica el estremecimiento de la fiebre del arte: prestan á la verdad algo de su emocion nerviosa. Los menores detalles aparecen animados como de un temblor interior. Las páginas se truecan en verdaderas criaturas, exuberantes de vida. De suerte que la ciencia de escribir se encuentra trastrocada: los novelistas usan pincel y cincel, cuando no tañen un instrumento. Ya el objetivo no es contar, no es exponer pensamientos ó hechos, unos en pos de otros, sino presentar al lector cada cosa con su dibujo, con su color, con su olor, con el conjunto completo de su existencia. De ahí una magia extraordinaria, una intensidad de reproducción más desconocida hasta el presente, un modo de describir que suscita el espectáculo mismo de las cosas y hace tocar con el

dedo todas las materialidades del relato. Parece como si se contemplase la pintura de la naturaleza, hecha por dos videntes, pintura de una naturaleza animada, exaltada, donde las piedras poseen sentimientos de seres vivos, y donde las personas prestan á los horizontes su tristeza ó su alegría. La obra entera viene á ser una especie de inmensa neurosis, que nos pone frente á la verdad misma, sentida y pintada por artistas aquejados de la enfermedad de su arte.

Para hacerme entender mejor, añadiré que los Goncourt no cuentan para nada con la imaginación de los lectores. Antes, un escritor indicaba, por ejemplo, que su héroe se paseaba al anochecer en un jardín, y el lector debía figurarse el jardín y la invasión del crepúsculo en la profundidad de sus espesuras. Los Goncourt presentan el jardín, y gozan de él, impregnados de su frescura á la caída de la tarde. Y no es su placer el que debían experimentar los antiguos poetas descriptivos alineando bellas y artísticas frases: no entra aquí por nada la retórica. Los novelistas se limitan á obedecer á esa fatalidad que no les permite abstraer un personaje de los objetos que lo rodean; lo ven en su medio, en el ambiente que respira, con el traje que viste, con la risa de su semblante, con el rayo de sol que recibe, sobre el fondo de verdor en que se destaca, con todas las circunstancias, en fin, que sirven de marco á su figura. En eso se cifra el arte nuevo: no se estudia ya á los hombres como simples curiosidades intelectuales, segregadas de la naturaleza ambiente; se cree, al contrario, que los hombres no existen solos, sino que dependen del suelo, y que el horizonte en que se mueven los completa y explica. Si los Goncourt, para volver á mi comparación, consignasen á secas que su héroe se pasea por un jardín, temerían seguramente

ser incompletos; son demasiado múltiples sus sensaciones para que acepten esa pobreza de exposición, y les quedaría el sentimiento de no haberlo dicho todo, de no haber llegado á expresar lo que experimentaron ellos mismos paseándose por un jardín al caer de una tarde templada. Ante todo sienten la necesidad de satisfacer al artista que alienta en su seno. Por eso indican en algunas frases la hora, las sombras prolongadas de los árboles, el perfume de las plantas; y su personaje es un hombre que anda realmente, y cuyas pisadas por la arena de los paseos dimos nosotros. Los lectores van recordando, ven evocada ante sí toda la escena, y no necesitan ya crear una decoración tras los actos del personaje. A este propósito he hecho yo una observación bastante curiosa. Los lectores que se quejan de la longitud de las descripciones son precisamente los de sentidos embotados y de imaginación perezosa; esos jamás sintieron nada, y son incapaces de reconstruir en su memoria los espectáculos á que han asistido; de ahí que juzguen mentirosos á los poetas. ¿Acaso tiene el crepúsculo esa dulzura melancólica? ¿Por ventura se encuentran retiros de sombra tan deliciosos en los ribazos de los ríos? Son ciegos que niegan los colores. Cuanto más nerviosa es la sensibilidad de un escritor, cuanto más privativa es su manera de sentir y traducir, tantos más riesgos corre de no ser comprendido. Para serlo, le hace falta encontrar temperamentos semejantes al suyo. La muchedumbre, acostumbrada á sensaciones mucho menos complejas, clama contra esa pintura como pura excentricidad y afectación. El escritor, con todo, ha obedecido espontáneamente las más de las veces al organismo nervioso que constituye su originalidad. Los Goncourt son de los escritores que juzga mal el público, porque en el público hay pocas personas que sientan como ellos.

Así, pues, lo que ante todo atrae mi atención en sus

obras es esa manera particular de sentir. Abre un mundo nuevo. Pero esa notación original de la vida demandaba una expresión original. Llego al estilo que han creado, y á que deben principalmente el gran puesto que ocupan en la literatura contemporánea. Su ideal no es la perfección de la frase. En estos momentos hay en Francia—se entiende entre los escritores de alto vuelo—tendencias á un purismo extraordinario. Se escribe en prosa con más dificultad que en verso; se busca la música de la frase; se esculpen los vocablos; y eso, en algunos jóvenes, imitadores de los maestros, degenera en una especie de locura reflexiva. Los Goncourt, por su parte, se ríen de repeticiones de palabras; hasta seis veces he encontrado yo la voz «pequeño» en una de sus páginas. Se preocupan poco de la eufonía, acumulan genitivos unos en pos de otros, y usan largas enumeraciones, lo cual produce un vaivén monótono. Pero su estilo tiene vida. Todos sus esfuerzos tienden á hacer de la frase como la imagen exacta é instantánea de su sensación. Traducir lo que sienten, y traducirlo con la vibración misma de la primera impresión, he ahí su objeto; y lo consiguen admirablemente.

No conozco en ninguna lengua un estilo más personal, una evocación más afortunada de las cosas y de los seres. A veces se les puede imputar sin duda un poco de amaneramiento; á fuerza de rebuscar continuamente la expresión nueva y precisa, no es extraño que alguna que otra frase salga retorcida y pierda la robustez de su salud. Pero ¡qué expresiones tan felices! ¡y con cuánta frecuencia tiene la frase el color del cielo de que habla, y el olor de la flor que nombra! Los Goncourt logran ese prodigio de reproducción mediante inversiones de giros, mediante la sustitución de nombres por adjetivos, mediante

procedimientos suyos, que son la marca inolvidable de su factura. Sólo sus frases poseen al presente esos arcanos en que persiste la impresión de los objetos. Pintan hasta las más fugitivas impresiones que recorren la piel; notan en dos plumadas los paisajes más complicados, la caída de un aguacero, una calle obstruída de transeuntes, el taller de un pintor lleno de chucherías hasta el techo. Cuanto ven se anima dentro de sus ojos y se impregna de su propia emoción. De ahí ese estilo vivo, que nos recrea como si hojeásemos un álbum, ese estilo animado por el calor que en sus miembros circula, y del cual puede decirse que es la lengua inventada para traducir un mundo de sensaciones recién descubiertas.

He ahí su nota capital. Tienen positivamente cualidades dramáticas de novelistas; sus obras están llenas de documentos humanos sacados de la realidad de la vida moderna; varias de sus creaciones revelan la mano de disectores poderosos. Pero en todo eso hay quien los iguala. En lo que nadie los supera, en lo que son maestros indiscutibles—lo repito otra vez—es en lo nervioso de la sensación y en la lengua que han creado para traducir las más ligeras impresiones, poniéndoles por primera vez una notación adecuada. Aunque derivan de sus antepasados, no se parecen á ninguno; no les deben más que ese ensanchamiento del arte que permite hoy intentarlo todo.

Son los novelistas artistas, los pintores de la verdad, los estilistas elegantes que descienden á lo degradado por amor al arte, los instrumentistas más notables en el grupo de los creadores de la novela naturalista contemporánea.

II

HISTORIA DE LOS GONCOURT.—¿CÓMO ESCRIBÍAN?

Hay que conocer su historia literaria para formarse una idea exacta de sus obras y del papel que representan.

Eran dos hermanos: el mayor, Edmundo; y Julio, el menor, con una diferencia de diez años de edad. Julio ha muerto; Edmundo es ahora anciano. Jamás se separaron hasta el terrible día en que abandonó el mundo el menor, llevándose consigo la mitad del mayor. Durante veinte años trabajaron en la misma mesa. Era una especie de colaboración natural, de que es imposible encontrar huellas en sus libros. El público los miraba como un sér único. No existía una sola línea firmada solamente por Edmundo ó por Julio. Siempre aparecían unidos, como si fuesen necesarios el uno al otro, como si hubiesen hecho de sus dos talentos un solo talento. La crítica se detenía respetuosa ante el secreto de esa colaboración; no trataba de discernir la parte correspondiente á cada hermano. Verdad es que la colaboración, al contrario de lo que á menudo sucede, no les hacía desmerecer en lo más mínimo. Las cualidades del escritor en dos personas se desenvolvían naturalmente, en el mismo sentido, sin ninguna confusión, como si hubiese presidido al trabajo una única voluntad. Desde la primera hasta la última línea que han escrito, se ve el mismo temperamento, la misma pasión; muchas obras que han pasado por un solo cerebro no tienen esa admirable unidad, esa originalidad impresa en cada página con un sello indeleble. El día en que llegó la muerte se llevó más que un hombre: hirió al otro en su talento y en su gloria.

Es una historia terrible. Los dos hermanos, huyendo

de los barrios populosos de París, donde los molestaba el ruido de la calle, acababan de refugiarse en Auteuil, en un hotelito encantador y silencioso, que se habían complacido en convertir en un retiro de felicidad y de trabajo. Sonreíales la fortuna, porque, aunque no eran muy ricos, disfrutaban de ese amplio desahogo que permite al artista seguir sus ensueños y trabajar á su hora, sin esperar el éxito pecuniario de un libro. Aquel hotelito era su locura. Habían empleado en él una buena parte de su capital, y lo embellecían de continuo, creándose de esta suerte el asilo tanto tiempo soñado, con un jardín que hermoseaban árboles corpulentos y rosales amarillos, de los cuales había uno soberbio, enroscado á la puerta del salón. Allí vivían á sus anchas, en piezas claras, llenas de objetos de arte, á dos pasos del bosque de Boulogne, en el umbral de París, como retirados de las primeras fiebres del oficio y preparados para dar á luz las obras maestras. Y allí, cuando apenas acababan de instalarse, cuando al fin satisfacían su deseo de rodear de silencio su mesa de trabajo, allí fué la muerte á interponer su sudario entre los dos. El golpe fué espantoso. A pesar de los años transcurridos, Edmundo lleva viva su herida á todas partes.

Entro ahora en las particularidades que explican, á mi ver, ciertos rasgos del talento de los Goncourt. Empezaron por demostrar tal sensibilidad para el mundo visible, para las formas y el color, que estuvieron á punto de ser pintores. Julio grababa al agua fuerte. Los dos dibujaban y hacían acuarelas. Como reliquias de esos primeros trabajos conservaron la preocupación de la pincelada exacta, la finura y viveza de los trazos, el conjunto técnico de los tonos y de su valor. Más adelante, cuando tenían que hacer una descripción capital, iban á tomar

una vista del horizonte, y volvían á su gabinete con una acuarela, como otros con una serie de notas manuscritas. Se concibe toda la fidelidad que les permitía semejante procedimiento. Así se descubre en cada página el toque vivo y sentido, el croquis del artista. Y no son pintores en el sentido completo de la palabra, con las exigencias algo embarazosas que implica, sino grabadores cuyo buril permanece libre, acuarelistas que se contentan con dos ó tres tonos puestos desenfadadamente para dar vida á un paisaje ó á una figura.

Otro rasgo característico. Los Goncourt, antes de consagrarse á la novela, escudriñaron en todos sentidos el siglo XVIII. Analogías de temperamento y como un sentimiento vago de no haber nacido cien años antes convertían su atención hacia aquella época de elegancia, de gracia desenvuelta y de producción extraordinaria. Han publicado estudios históricos, de la factura más original y del más vivo interés, con estos títulos, entre otros: *La mujer del siglo XVIII, Retratos íntimos del siglo XVIII, Las queridas de Luis XV, Historia de María Antonieta, Historia de la sociedad francesa durante la Revolución, Historia de la sociedad francesa durante el Directorio*. No pienso juzgarlos más que como novelistas, y me limito á consignar simplemente esos grandes trabajos, esos años que vivieron con la preocupación del siglo último. Al propio tiempo estudiaban los artistas de aquella época, los maestros Watteau, Prudhon, Greuze, Chardin, Fragonard. De esa prolongada intimidad con un mundo extinguido ha conservado algo su arte de escritores: un exquisito sabor, una manera de decir viva y un poco retorcida, una distinción constante hasta en los cuadros atrevidos de las miserias parisienses. Hay que buscar sus raíces en ese siglo XVIII, objeto de su amor;

descienden de él, son hijos suyos. No se espere en ellos nada de clásico; son de pura tradición francesa. Aprendieron á leer en Diderot. Los veréis desplegar todo su talento hablando de las faldas abotelladas de la época, de las faldas de raso que se quiebran, en vez de plegarse, con mil reflejos, de aquellas faldas perfumadas y animadas por el contoneo de las caderas. Añádase á esto que, á fuer de observadores, ven el mundo moderno, y se interesan por él como curiosos que se saben de memoria las calles, que conocen hasta el fango negruzco de los arroyos, y tendréis la música de sus libros, esa música tan delicada sobre temas tan brutales. Se han fabricado un estilo con los restos del siglo XVIII; para traducir el caos de las ideas contemporáneas, la desnudez de nuestra sociedad, la vida de París agitada, ardiente, toda ruido y toda ligereza, no encontraron nada más á propósito que beber en la fuente francesa por excelencia, en el siglo en que el genio de la nación estaba de parto.

En fin—y éste es el último rasgo:—los Goncourt son coleccionistas. Cuando estudiaban el siglo XVIII, reunieron documentos de todas clases: no les bastaba ver; querían poseer, atacados de esa pasión por las antiguallas, que es como una de las formas del arte; y compraban tapices, porcelanas y, sobre todo, dibujos. Su colección de dibujos es una de las más completas que existen. Sin embargo, adolecían también de los hábitos vagabundos de los coleccionistas. Andaban rondando días enteros, y escudriñando los almacenes de los revendedores, hasta que se enamoraban de algún grabado que completaba su colección. No se hace impunemente semejante oficio. Queda en el cerebro la curiosidad de un cambalachero, la afición á los cachivaches; y eso se insinúa luego en la concepción y en el estilo de una obra. Los Goncourt con-

fiesan acá y allá su pasión; tienen descripciones que rebosan ternura por montones de vejeces; y todavía va más lejos la cosa: ese cariño á las antiguallas se ve hasta en la pintura de los objetos y de los hechos modernos; lo patentiza el carácter pintoresco de la frase, un giro particular que delata el rebuscamiento del pormenor minucioso. No son éstas críticas, sino explicaciones. Creo útil penetrar en todas las fuentes de ese estilo que ha puesto á los Goncourt á la cabeza de nuestros escritores.

Publicaron su primera novela hacia 1860. En una docena de años escribieron seis. La actitud del público respecto de esas obras encierra las más amargas enseñanzas. Yo no conozco un ejemplo más desanimador de la completa indiferencia de la multitud por las obras de arte. Y adviértase que los Goncourt no eran unos desconocidos. Sus personas despertaban grandes simpatías. La crítica se ocupaba mucho de ellos, y hasta llegaron á hacer gran ruido algunas de sus novelas; pero después esas novelas dejaban fríos á los lectores. En diez años no se han vendido más que dos ediciones de su *Germinia Lacerteux*, que es la que más ruido ha hecho de sus obras. Los lectores no la comprendían; los aburrían aquellas páginas tan estudiadas y animadas de una vida tan intensa, pero que pugnaban con todos sus hábitos. Además, andaba de por medio un argumento poderosísimo: eran libros inmorales, que no debían leer las personas honradas. Los hermanos, á la verdad, no hacían nada por atraer al público; no lisonjeaban sus gustos; le servían bebidas amargas, muy desagradables después de las dulzuras de los libros de éxito; de modo que, bien consideradas todas las cosas, no era extraño que la gran masa del público permaneciese alejada. Pero los artistas tienen nervios de mujer; aun en los casos en que no hacen

nada por agradar, sueñan con ser queridos, y son muy desgraciados, si no los quieren. Los Goncourt han debido sufrir mucho, como otros contemporáneos suyos á quienes no quiero nombrar. Al más joven, á Julio, lo mató la indiferencia de la multitud. La falta de éxito de la última novela, *Madame Gervaisais*, le infirió en el corazón una herida incurable. ¡Ah, qué miseria! ¡ser superior, y sucumbir al desdén de abajo! ¡renegar de la sandez, y no poder vivir sin el aplauso de los necios!

En la carrera literaria de los Goncourt hay un episodio muy instructivo. Escribieron el drama en tres actos *Enriqueta Maréchal*, de un corte personal y nuevo. Era el amor de la mujer de cuarenta años, la pasión de última hora de una mujer por un joven, ese deshielo repentino que sobreviene á veces en las madres de familia, en las mujeres virtuosas, que conservan algún repliegue del corazón no satisfecho nunca. Madame Maréchal tiene una hija, Enriqueta, que presencia, rígida y muda, la pasión de su madre. Al fin el marido lo sabe todo; pero, al entrar en un salón donde cree que hay un hombre oculto, Enriqueta, que es quien está allí, cae de rodillas en medio de la obscuridad, y recibe en el pecho el tiro que dispara su padre á boca de jarro. La gran originalidad de esta obra estaba principalmente en el primer acto, cuya decoración representaba el pasillo de los palcos bajos de la Opera en una noche de baile de máscaras. Los Goncourt habían desplegado en el diálogo y en los episodios su delicado sentido de la faz pintoresca del mundo moderno, el ingenio y donaire de París, aguzados por su temperamento de artistas. La obra recorrió dos ó tres teatros; asustaba á los directores. Por fin, los autores tuvieron la suerte de ver admitido su drama en la Comedia Francesa. Entre el público corrieron rumores de que las puertas

del teatro habían cedido á una alta protección, la de la princesa Matilde. Y he aquí que el día del estreno, á las primeras palabras pronunciadas por los actores, se desencadenó la conjuración más borrascosa que se ha visto hace tiempo; se llegó á silbar antes de alzarse el telón. La juventud de las Escuelas silbaba á los protegidos de la prima del emperador. Añadiré que el primer acto escandalizó á los concurrentes antiguos de la Comedia Francesa. ¡Máscaras y jerga en la casa de Racine y de Corneille! ¡sacrilegio! *Enriqueta Maréchal*, suspendida por orden superior, no tuvo más que algunas representaciones, verdaderas batallas que ocuparon á todo París. Y véase lo que son las cosas: entonces fué cuando se extendió de repente por la gran masa del público el nombre de los Goncourt, sólo conocido hasta allí de un número restringido de admiradores. Los hizo célebres un desastre ruidoso. Del drama impreso se vendió mayor número de ejemplares que de cualquiera de sus novelas. Desde aquel instante fueron, y aún siguen siendo para muchos, los autores de *Enriqueta Maréchal*. ¿No es una ironía cruel, y que pone de manifiesto la miseria de que se forja la popularidad? Hace falta que os deslomen para que el pueblo vuelva la vista y se interese.

Antes de analizar las novelas de los Goncourt, quisiera decir discretamente cuatro palabras acerca de su colaboración. No se trata de discernir la parte correspondiente á cada uno, cosa que yo miraría como una mala acción. Pero, desde el punto de vista del oficio, es interesante conocer cuál ha sido su modo de trabajar en común. Se aislaban, absorbiéndose en un asunto durante mucho tiempo, y acumulaban considerable número de notas, tomándolo todo del natural, y penetrándose del medio en que debían desarrollarse los episodios. Luego

hablaban del plan, proyectaban juntos las grandes escenas, y ponían así los jalones de toda la obra. Finalmente, al llegar á la redacción, á esa ejecución que ya no admite el debate oral, se sentaban los dos á la misma mesa, después de haber preparado por última vez el fragmento que pensaban escribir durante el día; y allí cada uno redactaba el fragmento por su parte, de modo que escribían dos versiones según su manera personal de ver. Leídas que eran las dos versiones, se fundían luego en una sola, conservando las cosas más felices, los hallazgos de cada uno de los dos; eran los tributos de dos espíritus libres, lo mejor de ellos mismos, entresacado como la flor y nata, y consolidado en un todo. Así se explica la constante unidad de sus obras; esas obras llevaban su sangre, pero mezclada en el manantial de la vida. No había escrito tal página el uno, cuál el otro. Todas las páginas eran de los dos. Agréguese este fenómeno inevitable: á la larga, en medio de esa comunidad continua de producción, los dos cerebros acabaron por pensar y expresarse de la misma manera; casi siempre se les ocurría á la vez la misma idea, la misma imagen. Toda la cuestión se reducía ya á elegir los matices. Tan lejos iba esa fraternidad de producción que hasta en la letra se parecían. Conmovedora absorción de dos seres, maridaje íntimo de inteligencias, caso extraordinario de talento doble, que será positivamente único en la historia literaria. No son más que uno; hay que hablar de ellos como se hablaría en singular de un gran escritor.

III

«SOR FILOMENA».—«CARLOS DEMAILLY».—«RENATA MAUPERIN».—ALGO ACERCA DE «GERMINIA LACERTEUX»

Las dos primeras novelas que publicaron los Goncourt fueron *Sor Filomena* y *Carlos Demailly*. Pasaré rápidamente por estas dos obras, que revelan ya todas las cualidades de los autores, pero en forma de ensayo y con mucha menos intensidad que las obras siguientes.

Sor Filomena es un estudio de hospital y de anfiteatro. El drama podría exponerse en diez líneas. Un practicante, Barnier, se enamora de una religiosa, Sor Filomena; y un día, llevado de un arrebato brutal, la coge entre sus brazos y la besa; después, viendo el mudo menosprecio y la cólera altiva de la hermana, se embriaga con ajenjo, y acaba por hacerse voluntariamente un pinchazo anatómico, que le produce la muerte. En la última página vemos á Sor Filomena deslizarse al aposento de Barnier y robar un mechón de pelo que acaban de cortar de la cabeza del muerto para enviarlo á su madre. Las grandes cualidades de este libro están ya en su decoración maravillosa, en aquellas salas de hospital pintadas con el estremecimiento de horror que las recorre. Pero las mejores páginas son las del capítulo en que se estudia la infancia de Sor Filomena; hay allí sobre todo una amistad de colegio, y una exaltación religiosa de las dos amigas, de una delicadeza de observación y de una energía de colorido extraordinarias. Todo ese capítulo está impregnado de infancia; y si más tarde Sor Filomena, cuando es mujer y ha pronunciado los votos, se sustrae

fatalmente al análisis de los autores, en dicho capítulo dominaron íntegramente el personaje, asistiendo al despertar de su sensibilidad y al surgir de la religión como un gran amor para su alma.

Carlos Demailly es una sátira, el estudio vengativo de la prensa menuda de Francia hacia 1855. Los Goncourt han querido mostrar por dentro los bastidores de un periodiquillo, con sus vergüenzas, su cinismo, sus miserias y su ingenio. Han pintado seis ó siete retratos de redactores del *Escándalo*, título inventado bajo el cual podría adivinarse el de un periódico que después de ese tiempo ha tenido gran fortuna. Esos retratos están algo recargados quizá de tintas sombrías. En cuanto al drama, es aquí también de lo más sencillo. El mejor de la pandilla, Carlos Demailly, uno de esos que tienen un libro en la cabeza, comete la tontería de enamorarse de una actriz, y de casarse con ella. Marta, tipo de fría maldad, de estolidez y de egoismo, en que los dos hermanos acumulan todas sus amarguras de célibes contra la mujer, inflige á su marido un tormento abominable: lo engaña, lo embrutece, concluye por hacer silbar una de sus obras, y, bajo el influjo de una enfermedad cerebral, lo convierte en una especie de bestia que olvida hasta el lenguaje. No hay que decir que, como siempre, descuellan las mismas cualidades de estilo; y aun aquí el diálogo adquiere esa flexibilidad, esa espontaneidad y ese aire de vida que más adelante hará parecer un diálogo de los Goncourt un fragmento de una conversación verdadera. Hasta el presente nadie ha sorprendido como ellos el sesgo de la frase hablada. Hago algunas reservas por lo que toca al fondo mismo de la novela. Los periodistas no tienen tanto ingenio como ellos les atribuyen. Además parece que no han visto sino de lejos el medio de que hablan. En mi

sentir, no hay la bastante solidez y la bastante imparcialidad en ese estudio de un mundo que sólo el vulgo de las gentes se figura todavía como un mundo satánico y espeluznante.

Llego á la tercera novela de los Goncourt, á *Renata Mauperin*, que es la más novela de sus novelas; quiero decir que se trata de una historia bastante complicada y de caracteres estudiados con un gran conocimiento del medio y de la época. Para muchas personas, para aquellas á quienes asusta un poco la personalidad artística, y que prefieren la desnudez del análisis, *Renata Mauperin* es la obra maestra de los Goncourt. La intención de los autores ha sido pintar una faz de la burguesía contemporánea. Su heroína, Renata, la figura más saliente, es una muchacha singular, medio hombruna, educada en la casta ignorancia de las vírgenes, pero que ha adivinado la vida; una niña mimada por su padre, alma de artista, temperamento nervioso y exquisito, nacida en el estercolero de una civilización adelantada; la chicuela más adorable que cabe imaginar, una chiquilla que habla en jerigonza, que pinta y declama, despierta á todas las curiosidades, y con una altivez, con una lealtad y honradez de hombre. Tiene un hermano, que es igualmente una maravilla de verdad: el joven serio, el tipo de la ambición correcta, tal y como lo han modelado las costumbres del parlamentarismo; un mozo de agallas que se acuesta con las madres para casarse con las hijas. Luego viene toda la galería de burgueses de ambos sexos, pintados de una plumada, sin caricatura, con una finura de toque encantadora: son los hijos de 1830, los revolucionarios enriquecidos y satisfechos, convertidos en conservadores, sin guardar de sus odios más que el odio á los jesuitas y á los curas. Algunos capítulos son de un efecto

cómico de la mejor ley, son sátiras sin violencia ninguna, muy verdaderas. En la segunda parte de la obra viene el drama. El hermano de Renata toma un título nobiliario para facilitar su matrimonio. Pero queda un noble de ese nombre; y, advertido por Renata, provoca al joven y le da muerte. Ella, espantada de lo que ha hecho, muere lentamente de una afección del corazón; es una agonía desgarradora que dura cerca de un tercio del volumen; jamás se ha estudiado la aproximación de la muerte con una paciencia más dolorosa, y allí recurren los novelistas á todo el arte de su estilo y á sus más afortunadas expresiones para pintar hasta los estremecimientos más fugitivos de la dolencia. No conozco nada más convovedor ni más terrible.

Pero yo, por mi parte, prefiero á *Germinia Lacerteux* entre las novelas de los Goncourt. Es donde han dado la nota más aguda y personal; y entiendo que, en el contingente de un escritor, hay que poner siempre por cima de todas sus obras la más intensa, aparte las cuestiones de perfección y de equilibrio. Esa es la que contiene todo el escritor, y merece vivir. Los Goncourt han realizado tal obra maestra en *Germinia Lacerteux*. Es la historia de una criada, de la criada de una solterona. No puedo entrar desgraciadamente en el análisis de ese drama de una carne y de un corazón. Los hechos son aquí puramente fisiológicos; el interés no está en los incidentes, sino en el análisis del temperamento de esa muchacha, de su caída, de sus luchas, de su agonía; y habría que ir notando una á una las fases por que pasa su sér. Germinia ama á un muchacho obrero, Jupillon, un niño casi, uno de esos obreros de París nacidos en el seno del vicio. Por él, por conservarlo y comprarlo, llega hasta robar á su señora. Es una lenta degradación moral que la hunde en

la disolución cuando su amante la abandona. Necesita ella del amor como cualquiera del pan que come. Hay páginas de una audacia cruel. Al fin, una noche Germinia aguanta una lluvia de invierno para volver á ver á Jupillon en la mesa de una taberna, y muere á consecuencia de esa última estación de su calvario.

Cuando apareció la novela, produjo un escándalo enorme. Se la declaró inmunda; la crítica se armó de tenazas para volver las hojas. Por lo demás, nadie acertó con la palabra exacta. En nuestra literatura contemporánea, *Germinia Lacerteux* es una fecha. El libro da entrada al pueblo en la novela; por primera vez aparecen el héroe de gorra y la protagonista de delantal, estudiados por escritores de observación y de estilo. Amén de esto, lo repito, no se trata de una historia más ó menos interesante, sino de una verdadera lección de anatomía moral y física. El novelista tiende una mujer sobre la mesa del anfiteatro, la primera que encuentra, la muchacha que atraviesa la calle con su mandil; la diseca pacientemente, pone al descubierto todos los músculos, pone en juego los nervios, investiga las causas y manifiesta los efectos, y es suficiente para exponer todo un lado ensangrentado de la humanidad. El lector siente subir los sollozos á su garganta. Aquella disección es un espectáculo punzante, henchido de alta moralidad. Las gentes honradas que han arrojado tanto lodo á Germinia no han comprendido la lección. Dése á Germinia un buen marido que la quiera, tenga hijos, sáquesela de aquella atmósfera de vicios que subleva su delicadeza, véanse satisfechas sus legítimas necesidades, y Germinia será una muchacha honrada, y no se irá á rondar como una loba por las afueras para saltar al cuello de los hombres que pasan.

IV

«MANETTE SALOMON».—«MADAME GERVAISAIS»

Una de las tendencias de los novelistas naturalistas es romper y ensanchar el marco de la novela. Quieren salir del cuento, de la eterna historia, de la eterna intriga, que pasea á los personajes al través de las mismas peripecias, para matarlos ó casarlos en el desenlace. Aguijoneados por el deseo de originalidad, rechazan esa trivialidad del relato por el relato, harta de correr por todas partes. Miran esa fórmula como un entretenimiento de niños y de mujeres. Lo que buscan simplemente son páginas de estudios, procesos humanos, algo más alto y más grande, cuyo interés se cifre en la exactitud de las pinturas y en la novedad de los documentos.

Ningún escritor ha trabajado más que los Goncourt por emancipar la novela de todas las trabas del lugar común y del interés nimio. En sus dos últimos libros, sobre todo en *Manette Salomon* y *Madame Gervaisais*, no se han preocupado ya para nada de las ideas corrientes sobre la forma y la marcha de las obras de imaginación. Han obedecido á su poética personal, con un desdén creciente de la aprobación del lector, y sin parecer volver la cabeza siquiera para ver si el público los seguía.

Manette Salomon es un estudio libre sobre el arte y los artistas contemporáneos. Los autores se han circunscrito á agrupar los tipos de pintores con quienes se han codeado: Coriolis, su pintor querido, un mocetón rico, distinguido, enamorado del Oriente, y cuya pintura cristalina y de viaos cambiantes tiene las cualidades de su

propio estilo; Anatole, el bohemio, su niño mimado, una figura digna de perpetuarse, del aventurero desocupado, que se acuesta donde le brindan sus amistades, que hospeda á los desconocidos que pasan, que saborea todas las aventuras, que se mece en medio de todos los sueños y de todos los escepticismos y que va á dar con sus huesos en un empleillo del Jardín de plantas, donde su afición á los animales le depara una vejez feliz; Garnotelle, el pensionado de Roma, el pintor correcto y adocenado, que triunfa sin talento á favor de una habilidad ladina de negociante en vinos; y otros tipos más, como Chassagnol, feroz sobre el capítulo de la estética, el hablador sempiterno de las lecherías y cervecerías, el hombre que se cuelga á las gentes, á quienes echa el gancho para explicarles á Rafael y Rembrandt,, y que lleva las cosas hasta el punto de acostarse con ellos y seguir hablando después de apagada la luz; el matrimonio Crescent, compuesto de una mujer consagrada por entero á sus gansos y á sus patos, y de un marido, gran pintor retirado al campo, una especie de solitario y de patriarca del arte, con otros diez tipos cuya enumeración sería harto prolija, y que convierten la obra en una galería de retratos sacados del natural. Los autores no han tratado de urdir la menor intriga con todos esos personajes; no se han propuesto sino pintar en capítulos cortos, cada uno de los cuales es como un cuadro separado, la vida de los artistas, las escenas que en esa vida se suceden, apenas unidas por un tenue hilo: el taller, con sus cómicos lances, con sus talentos balbucientes, con su pueblo de alumnos; el concurso al gran premio de Roma, y la llegada de Garnotelle á la *villa* Médicis; un viaje de Coriolis á Oriente; las correrías bagabundas de Anatole; los días de perros que pasa, los oficios que hace, aquella existencia estupenda

del pinta-monas sin un céntimo azotando las calles de París; descripciones de taller de una exactitud y riqueza prodigiosas; el salón anual, el éxito de Coriolis y los desquites de la crítica; una temporada en el bosque de Fontainebleau, en Barbison, esa Tebaida del arte parisiense, y otras mil escenas, como la sala de ventas, la plástica de la mujer, los sitios pintorescos de París y su contorno, la batalla de las teorías artísticas, la amistad caprichosa de un mono y un cochino, borracheras de Carnaval, bailes y comilonas, la existencia de los personajes abandonados al curso de la vida real, la sucesión de los hechos á la ventura. Tal es la obra: el diario fiel de varias vidas de artistas. Sólo que ese diario está redactado por pintores maestros que animan cuanto tocan. Esa novela sin acción es la más interesante de las novelas.

A pesar de todo, los Goncourt no han osado emanciparse completamente de la fórmula novelesca. Han conservado una protagonista, Manette Salomon, una judía, un modelo de taller, por quien concibe Coriolis una pasión nerviosa y celosa. Manette se apodera poco á poco del joven; tiene hijos de él; le impone su familia; lo malquista con sus amigos; lo conquista hasta casarse con él, y entonces lo arrastra por la vida, empequeñecido, dominado, sin talento. Es la misma tesis de *Carlos Damailly*: la mujer matando al artista. No la discutiré; me parece absolutamente falsa, desde el punto y hora en que parece querer atribuírsele un carácter general. Aparte de esto, los novelistas han estudiado á Manette con una penetración extraordinaria. Quedará como una de sus mujores figuras.

Con *Madame Gervaisais* todavía se simplifica más el cuadro de la novela. Ya no se trata siquiera de una galería de retratos, de una numerosa y variada serie de tipos

que se completan unos á otros, que se encuentran y llegan á producir el hormigueo de una multitud. Esta vez es una figura de cuerpo entero, la página de una vida humana y nada más. No hay personajes en el mismo término, ni en segundo, sino el perfil apenas de un niño, que es como la sombra de una madre; y para eso el niño es casi un animal, una pobre criatura de inteligencia tardía, cuya lengua anda enredada todavía en los primeros ceceos. No hay ya novela propiamente dicha, sino un estudio de mujer, de cierto temperamento, colocado en cierto medio. Aquello tiene la libertad y la sencillez de una investigación científica redactada por un artista. Queda rota la última fórmula; el novelista toma el primer episodio con que tropieza en una vida; lo cuenta; extrae toda su realidad y todo el arte que ve en él, y no cree deber nada más al lector. Ya no es necesario atar, desatar, complicar, vaciar el asunto en el molde antiguo; basta un hecho, basta un personaje, que se diseca, en quien se encarna algo de la humanidad que sufre, y cuyo análisis aporta un nuevo tributo de verdad.

La protagonista, ó más bien el asunto de los Goncourt, es una mujer de gran mérito, Madame Gervaisais, mal casada, que se ha refugiado en el trabajo. Tiene la cultura de un hombre: es helenista, latinista, entendida en todo, y por remate, alma de artista, hecha para la pasión de lo bello. Ha ido tan lejos, que ha pasado por Locke y Condillac para reposar después en la filosofía viril de Reil y de Dugald-Stewart. Desde hace mucho tiempo ha sacudido la fe católica como un fruto demasiado maduro. Entonces es cuando la necesidad de cuidar su salud la lleva á Roma con su hijo, Pedro Carlos, esa querida criatura de una belleza de angel y de una existencia instintiva de bestia. Allí consagra los primeros meses á la antigüedad,

á Roma, á su historia, á todas las emociones con que aquel horizonte brinda á su espíritu culto y á su corazón de poeta. Descansa y ama á su hijo, no ve á nadie, salvo á duras penas algunas figuras que pasan. Después empieza el drama. Madame Gervaisais se baña en aquel perfume católico, en aquel olor de Roma que despide una especie de epidemia religiosa. Poco á poco se penetra de él. Hay en su seno una mujer que ella no conocía, la mujer nerviosa, á quien no ha satisfecho el matrimonio. Y se inclina al éxtasis y al misticismo. Al principio no es más que una sensación carnal somera, hija de la pompa de las ceremonias. Después se ve atacada la inteligencia, la razón zozobra bajo las prácticas, bajo la regla impuesta. Madame Gervaisais torna el camino de la fe; va de un director tolerante á un director severo; olvida el mundo; desciende más cada día, hasta dejar de ser mujer y madre. Se entrega por entero; y ella, tan elegante y tan apasionada por Pedro Carlos en otras épocas, vive en el mayor abandono y rechaza á su hijo: aniquilamiento atroz, miedo de la luz, crisis de la carne y del espíritu, que no deja subsistente nada de lo que fué aquella mujer.

He ahí la obra. Los Goncourt han estudiado con un arte infinito las lentas gradaciones del contagio religioso. Roma les proporcionaba una espléndida decoración. La cultura de su heroína les permitía pintar la Roma de la antigüedad, y la devoción de la misma protagonista les daba la Roma de los Papas. En el desenlace han tenido lo que yo llamaré una debilidad. Queriendo concluir, han preparado una escena dramática que despoja algo á la novela del carácter de un estudio, libre de toda fórmula. Madame Gervaisais está muy enferma del pecho. Se muere, poseída del egoismo feroz de su fe. Su hermano, un teniente, acude desde Argelia; y la decide á huir de Ro-

ma; pero, antes de marchar, ha de permitirle recibir la bendición del Papa; y allí, en el Vaticano mismo, no bien se presenta á sus ojos el Santo Padre, muere Madame Gervaisais como herida del rayo, y Pedro Carlos logra al fin el uso de la palabra con el grito desgarrador de ¡madre mía! Es muy bello; pero esa muerte violenta, aunque lógica en la obra, desentona un poco como verdad. Si Madame Gervaisais muriese en su cama tranquilamente, devota, rígida y apergaminada, hubiese sido completa la originalidad de la obra. El efecto perdía, pero la realidad ganaba.

Madame Gervaisais no tuvo éxito.

Esa desnudez del libro, esos continuos cuadros, ese análisis científico de un alma, desconcertaron al público acostumbrado á otras historias. No había en esa obra ni la menor palabra que hiciese reir, ni peripecias vulgares, ni golpes teatrales; y por remate de cuentas estaba escrita en una lengua extraña llena de neologismos, de giros inventados, de frases complicadas destinadas á traducir sensaciones que sólo pueden experimentar artistas. Los Goncourt se encontraban aislados, allá en las alturas, sin ser comprendidos más que de un corto número, al ostentarse en la plenitud de su personalidad y de su talento.

V

RESUMEN

Necesito concluir. El juicio puede ser completo y definitivo, porque es lo mismo que si recayese sobre un novelista muerto. El día en que Edmundo de Goncourt ha publicado una obra firmada con su sólo nombre, ha sido

menester estudiarlo y juzgarlo aparte. Las seis novelas de que acabo de hablar, componen, pues, un conjunto sobre el cual está llamada á pronunciarse la crítica con la competencia y la justicia de la posteridad.

Para mí, constituyen los Goncourt en nuestra literatura un caso artístico soberbio, uno de esos fenómenos cerebrales, que, en el orden patológico, son la maravilla de los grandes médicos. En medio del afán anhelante de todo el mundo por la conquista de la originalidad, después de los ilustres novelistas de 1830 que parecían haber dejado vacío el campo á sus sucesores, ellos, sin más que abandonarse á su temperamento, sin más que obedecer á su naturaleza, han sabido ver de otro modo que los demás é inventar su lengua propia, han brotado al lado de Balzac, de Stendhal y de Hugo como extrañas y exquisitas flores de una civilización adelantada. Son personalidades excepcionales, escritores que deben colocarse aparte, como nota aguda de una historia literaria que resume lo más saliente y excesivo del arte de una época. Si la multitud no llega á arrodillarse jamás delante de ellos, tendrán una capilla de un lujo precioso, una capilla bizantina con oro fino é interesantes pinturas, adonde irán á cumplir sus devociones las almas refinadas.

Yo hubiese querido citar extractos de sus obras para mostrar á qué grado de vibración nerviosa elevaron la lengua. La han convertido en un instrumento de música, en una persona viva cuyos movimientos vemos, cuyo aliento sentimos. La lengua se ha hecho, como ellos, extraordinariamente sensible á las menores impresiones: sonríe á la vista de un color, se enajena al oir ciertos sonidos, y vibra siempre al menor soplo de aire. Y han puesto también en circulación toda clase de formas nuevas, de giros desconocidos antes, de frases verdaderas y

sentidas que necesitan madurar para ser aceptadas. Con esto hago de ellos el mayor elogio que se puede dirigir á escritores; sólo los poderosos enriquecen el diccionario.

Varios novelistas—hablo de los más jóvenes que ellos—encantados de ese estilo personal, impresionados como por una sinfonía, les han copiado palabras y maneras de sentir. Se ha formado un grupo. Pero es preciso que la imitación no pase de lo que llamaré la retórica nueva. Los Goncourt serían empequeñecidos por sus discípulos, si continuasen teniéndolos. Yo los prefiero en su dorada y pintada capilla como ídolos del arte, llovidos del cielo una mañana. Llevada demasiado lejos por gentes nuevas propensas á extremarla, su manera degeneraría en el ornato nimio, en una orgía de artísticas cinceladuras que ahogaría las ideas y los hechos. Ellos mismos, en *Madame Gervaisais*, han llegado á veces á esterilizar los documentos humanos recogidos por su clara y penetrante observación.

Quiero terminar con una idea consoladora. Ese público, tan poco sensible á las delicadezas de la forma, tiene reacciones que parecen actos de justicia. Las obras de los dos hermanos han dormido durante años, sólo conocidas de un número reducido de admiradores. La prensa las había tratado siempre con una dureza irritante. Y de repente, sin saberse por qué, en estos últimos tiempos los periódicos empezaron á elogiar esas mismas obras con ocasión de las nuevas ediciones que han aparecido. Vinieron los compradores, se apasionaron, fué creciendo su número. Es la hora de la gloria, que surge al fin sobre la tumba del hermano muerto, cuando ya sólo queda el hermano solitario.

VI

EL TEATRO

El *Teatro* completo de Edmundo y Julio de Goncourt no contiene más que dos obras: *Enriqueta Maréchal* y la *Patria en peligro*.

Ya he manifestado mi asombro por no ver reaparecer *Enriqueta Maréchal* en la Comedia Francesa. Esa obra, que no se escuchó, y que, por consiguiente, no es conocida, constituiría una alta curiosidad literaria. Considérese los años que han pasado desde que la mató con su gritería una gavilla de imbéciles. ¿No ha llegado el momento de juzgar la obra sin pasión, hoy que los Goncourt han salido triunfantes de su larga lucha y se impone su gran talento? Tarde ó temprano volverá á representarse, porque es una cuestión de justicia. ¿A qué, pues, aguardar más? M. Perrín y los socios de la Comedia Francesa se honrarían, facilitando inmediatamente la revisión de un proceso, que no deja de ser en cierto modo su propia causa. Y mi opinión es que *Enriqueta Maréchal* no debe reaparecer en ninguna otra parte más que en la Comedia Francesa. Allí la asesinaron, y allí, en las mismas tablas, en idénticas condiciones de existencia, debe resucitar.

En cuanto á la *Patria en peligro*, que la Comedia Francesa rechazó en otro tiempo bajo el título de *Blanca de la Roche-Dragón*, no se ha representado en ninguna parte, y también expresé mi gran sorpresa sobre el particular. Cuando tantos directores aventuran cuantiosas sumas por dramas absurdos, es verdaderamente asom-

broso que no haya habido un hombre de arranque para ofrecer en cualquier escena el único ensayo algo serio de drama histórico. Pongamos que la obra diese medianos ingresos; á muchas les pasa lo mismo, y ésta, al menos, habría tenido la ventaja de despertar un vivo interés literario. Ya es algo para un director la honra de buscar el éxito con obras originales. Seguramente la *Patria en peligro* ha de representarse algún día; eso no ofrece duda. Digo, por tanto, lo que de *Enriqueta Maréchal*: ¿á qué esperar?

No volveré sobre estos dos dramas. Edmundo de Goncourt ha escrito al frente de su *Teatro* un largo prefacio, que constituye hoy, á mis ojos, el gran interés del volumen. Séame, pues, permitido detenerme en él especialmente.

Lo que me llama la atención ante todo es lo mucho que ha preocupado el teatro á los Goncourt. No se los conoce más que como historiadores y novelistas; muchas personas se figuran que *Enriqueta Maréchal* fué una especie de aventura en su vida literaria, que una mañana se levantaron con humor de escribir para la escena, y lo hicieron por capricho, sin volver á acordarse de tal cosa á la noche. Pues bien: lejos de eso, el prólogo en que me ocupo prueba que el teatro debió ser una de sus constantes preocupaciones, que porfiaron con ahinco en la empresa, que soñaban todo un vasto conjunto de obras.

No menos de siete ensayos cita Edmundo de Goncourt antes de *Enriqueta Maréchal* y la *Patria en peligro*. He aquí la curiosa lista de esas obras desconocidas. Por el pronto los autores se estrenan en la literatura con un *Vaudeville*: *Sin título*, rechazado por el Palais-Royal, y de donde parece que un autor más hábil sacó después el *Bourreau descrânes*. Luego viene otro *Vaudeville* en

tres actos: *Abu-Hassan*, rechazado también en el Palais-Royal. Después siguen: una revista de fin de año en un acto, la *Noche de San Silvestre*, rechazada por la Comedia Francesa; una pieza en un acto, que no admitió el Gimnasio, y de cuyo asunto no se acuerda sino vagamente el mismo Goncourt; una farsa, *Mam'selle Zirzabelle*; otra pieza en un acto, *Increibles y Maravillosas*, rechazada por la Comedia Francesa, y, finalmente, los *Hombres de letras*, en cuatro actos, que no admitió el Vaudeville.

Se ve que había buena cantidad de labor, y que *Enriqueta Maréchal* no se produjo en un día, ni fué obra del capricho. A no sobrevenir la muerte de Julio de Goncourt, es indudable que los dos hermanos hubiesen continuado luchando en la escena, como han luchado en la novela. Era éste un punto poco conocido de su campaña literaria, y sería interesante estudiar sus trabajos dramáticos si hubiese á la vista documentos suficientes.

Pero lleguemos á las ideas que profesa sobre el teatro Edmundo de Goncourt. Èl pretende que son diametralmente opuestas á las mías. No es exacto. Son idénticas, con la sola diferencia de que Goncourt, después de razonar como yo, concluye profetizando la muerte próxima del teatro, mientras que yo creo en su próxima resurrección.

Para que se me entienda, citaré pasajes del prólogo de Goncourt. He aquí una primera declaración: «En la novela, lo confieso, soy realista convencido; pero en el teatro, ni remotamente.» Y á poco viene esta profesión formal de fe: «Estábamos tan lejos de entrever el teatro de la realidad, que todas las obras que queríamos escribir se reducían á fantasmagorías y bufonadas satíricas. Soñábamos una serie de comedias violentas é inmensas,

semejantes á frescos de maestros, y escritas á la manera de Aristófanes, para fustigar á toda una sociedad con un donaire á lo Beaumarchais... Entre esas comedias empezamos á proyectar una sobre la enfermedad endémica de la Francia de estos tiempos, una comedia de que ya habíamos escrito algunas escenas, y que debía llamarse la *Blague*.»

Eso mismo he dicho yo. He repetido á menudo que no comprendía la ficción más que en las farsas y en las obras fantásticas. Aquí sí: yo disfrutaría mucho con una obra fantástica escrita por un poeta ó con una gran bufonada debida al numen de un satírico de imaginación y de estilo. Allí es donde pueden campar á sus anchas la inventiva y la fantasía de un escritor, porque el campo es indefinido, porque la obra se agita en pleno dominio de lo maravilloso ó del símbolo. Pero limitar el teatro á lo fantástico y á lo jocoso es matar á mano airada el drama y la comedia de observación. Lo que hacía Goncourt era estrechar su horizonte, ni más ni menos. Consentía en ser uno de los novelistas del siglo, mientras que, como autor dramático, acariciaba la idea de un retroceso ó, por lo menos, se resignaba á estacionarse.

Pero sigamos. Goncourt reproduce los argumentos que se me han opuesto cien veces: la imposibilidad de trasladar al teatro los personajes de nuestras novelas, las exigencias del convencionalismo, las dificultades con que allí se lucha para la precisión de las observaciones y análisis. Según él, la escena pide personajes falsos. El romanticismo ha podido tener un teatro; el naturalismo no lo tendrá nunca. Hé aquí el pasaje: «El romanticismo debió su teatro á su lado flaco, á su humanidad un si es no es *sublunar*, fabricada de falsedades y de sublimidades, á esa humanidad convencional, que tan maravillosamente

se armoniza con el convencionalismo de la escena. Pero las cualidades de una humanidad realmente verdadera las rechaza el teatro por su índole, por sus ficciones, por su mentira.»

Está bien claro: fuera de la mentira y del convencionalismo no hay salvación. Se han producido el teatro clásico y el romántico, porque mentían sobre la naturaleza y sobre el hombre. Hoy no podrá producirse el teatro naturalista, porque dice la verdad. Luego, según Goncourt, el teatro es estacionario, no puede marchar hacia adelante con la evolución del siglo. ¿Qué le resta hacer, por consiguiente? Tiene que desaparecer. Goncourt, que es un hombre de lógica, dice explícitamente que desaparecerá.

Escuchad esto: «Y hé aquí por qué no creo en el rejuvenecimiento, en la reanimación del teatro.» Y después de enumerar todas las razones que anuncian su desaparición, añade: «El arte teatral, el gran arte francés del pasado, el arte de Corneille, de Racine, de Molière y de Beaumarchais, está destinado á convertirse, de aquí á cincuenta años á lo sumo, en una distracción grosera, sin nada de común con el arte de escribir, con el estilo, con las bellas letras, en algo digno de figurar entre ejercicios de perros sabios y una exhibición de fantoches. Dentro de cincuenta años el libro habrá matado al teatro.»

Perfecto. Jamás he dicho yo otra cosa. Se ha hecho mucha burla de mi frase: «El teatro será naturalista ó no será.» Goncourt la toma por su cuenta y declara: «Como el teatro no puede ser naturalista, no será.» No es más que una conclusión desesperada de la campaña que yo he venido haciendo durante tres años en el *Bien public* y en *Voltaire*. Nótese que Goncourt no habla ya, al concluir, de las farsas y de las obras fantásticas, para las cuales

había usado de más blandura; no dice que puedan salvar aún nuestre teatro, no; el teatro, para él, está irremisiblemente perdido. Desde el momento en que nuestro siglo de naturalismo no puede tener su expresión en las tablas, se acabó todo: el teatro ha muerto.

Me figuro el espanto y aturdimiento de ciertos críticos al leer el prólogo de Goncourt, y hasta confieso que me baño en agua de rosas. Aludo á los críticos que me han acusado de vilipendiar á nuestras glorias, y sostienen que jamás despidió el teatro destellos semejantes á los de la hora actual. ¿Los veis frente á esa predicción de Goncourt, que da cincuenta años de vida al teatro, y pasa en silencio á Augier, á Dumas y á Sardou? Es que Goncourt es más radical que yo; rebosa menosprecio. El teatro, á sus ojos, tórnase un género secundario puramente convencional, y como lo convencional ha muerto, el teatro se muere. Yo no he llegado hasta ahí, pero me huelgo mucho de que uno de mis hermanos mayores, un escritor á quien quiero y admiro, haya dado á mis estudios sobre la literatura dramática esa conclusión formidable.

De modo, pues, que estoy de acuerdo con Goncourt en punto á la desbandada del teatro clásico y del teatro romántico. Convenimos en declarar que en adelante es imposible el convencionalismo en las tablas. Pero, mientras Goncourt concluye pronosticando la muerte próxima del enfermo, yo opino que no hace más que atravesar una crisis, que sufre una evolución, de donde saldrá más grande y verdadero, no conservando del convencionalismo sino las condiciones materiales estrictamente necesarias para su existencia. He ahí en lo que nos separamos.

No puedo volver aquí sobre los diversos puntos en litigio, y aducir argumentos que he presentado ya cien veces. Desde que trato la cuestión no he temido repetir-

me con harta frecuencia. Baste advertir por hoy que el teatro tiene un poder demasiado grande en nuestra sociedad para desaparecer fácilmente. Además, es muy visible en él la evolución naturalista. Ya ha mucho tiempo que la realidad gana é invade la escena francesa; hace progresos maravillosos todos los días, y he citado á Augier, Dumas y Sardou como obreros, voluntarios ó no, de la evolución actual. Es evidente que su obra será continuada. El día en que aparezca un verdadero maestro, la fórmula se impondrá, y de una manera tan sencilla, que no habrá entonces quien comprenda los esfuerzos de las generaciones por llevar á las tablas los hechos verdaderos y los personajes exactos.

Considero la desesperación de Goncourt ante el porvenir de nuestra escena como indigna de su fe y de su ardimiento literario. Revela temores de hombre que duda de su tiempo y de la fuerza de la verdad. ¿Cómo él, que todo lo debe al poder de la observación y del análisis, que se ha elevado por virtud de la lógica y de la verdad, puede detenerse ante ese ridículo límite del convencionalismo? ¿Pues qué convencionalismos hay que no hayan sido derrotados? Quédese ese espantajo pueril para los críticos de profesión que se alborotan á su vista, profiriendo gritos de pájaros espantados. Pero, cuando se tiene el honor de ser un gran novelista y de llamarse Edmundo de Goncourt, se sienta uno encima de los convencionalismos, y los niega. No existen, porque no queremos nosotros que existan. He ahí la declaración que todos debemos hacer en nombre de nuestro amor por este siglo de ciencia, que, mediante nosotros, sus obreros, cumple la evolución completa del naturalismo. Aquel que retroceda ante uno solo de los pretendidos obstáculos insuperables deserta de su puesto, y llevará la pena de su deserción hasta en su misma victoria.

EMILIO ZOLA.

EL CABECILLA DESTUCHES

(CONTINUACIÓN)

¡Sí! era encantadora, aunque ¡ay! su juventud había muerto. Pero entre todos aquellos viejos más ó menos canosos, sobre aquel fondo de blanqueadas cabelleras, resaltaba y se destacaba distintamente como una estrella de oro pálido sobre un cristal plateado. Hermosa en otro tiempo, todavía tenía sus hechizos; había sido mujer de una belleza célebre, no sólo en su provincia, sino en París, cuando iba con su tío, el coronel Walter de Spens, hacia 18.....: al presentarse en un palco, atraía hacia sí todos los gemelos. Amada Isabel de Spens, de la ilustre familia escocesa de ese nombre, que ostentaba en su escudo el león rampante del gran Macduff, era el último vástago de esa antigua raza que penetró en Francia bajo Luis XI, y cuyos diversos miembros se establecieron, unos en Guyena y otros en Normandía. Descendiente de los antiguos condes de Fife, esta rama de Spens, que, para distinguirse de las otras, añadía á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de Lathallan, se extinguía en la persona de la condesa Amada-Isabel, á quien se llamaba tan sencillamente *señorita Amada* en el salón de Touffedelys, y que debía morir envuelta en los velos blancos y negros de la virginidad y

de la viudedad, esas dobles tocas de las grandes víctimas. Amada de Spens perdió á su prometido cuando, reducida á la pobreza por la expoliación revolucionaria, cosía ella misma el modesto traje nupcial con sus manos feudales; y aun se añadía en voz baja que de aquel vestido por concluir é inútil había hecho el sudario de su infeliz prometido..... Desde entonces, y ya iba larga la fecha, el círculo íntimo en cuyo seno vivía solía llamarla la Virgen-Viuda, nombre que, bajo ambos aspectos, expresaba perfectamente su destino. Como para pintar bien las cosas es menester haberlas contemplado, el grupo de viejos que la rodeaba, y que la había visto en plena juventud, podrá darnos una idea mejor de su hermosura pasada, al hablar de ella en esta historia. Parece que esa hermosura fué sobrenatural.

Cuando soplaba el viento de la poesía romántica en la clásica cabeza del abate de Percy, que era poeta, pero que torneaba sus versos en el torno á mano de Jacques Delille, decía, muy ajeno de creer que cayese en la jerigonza moderna:

> Durante mucho fué el astro del día;
> pero es aún el astro de la noche.

Y cualquiera que fuese el valor metafórico de esos dos versos, no carecían de exactitud. Amada, la hermosa Amada, era, en efecto, un poder matamorfoseado, pero no destruído. Cuanto tuvo de espléndido en otros días, todo lo que fascinaba los ojos y los corazones habíase tornado, al declinar, dulce, tierno, inerme, pero suavemente invencible. Su belleza, de un brillo sideral, se amortiguó en la madurez; se había velado, como los rayos de la luna.....

Para caracterizar el atractivo de su persona, solía

añadir el abate una bonita frase á lo Fontenelle: «Antes hacía víctimas; ahora no hace más que cautivos.» El frondoso rosal se había aclarado; las flores palidecían y se deshojaban; pero, aun deshojándose, no se había evaporado el perfume de tantas rosas. Seguía, pues, siendo siempre *Amada*..... El ultramar de sus rasgados ojos de «hija de las olas,» que, como signo de raza, distinguía á esa descendiente de los antiguos *reyes del mar*, según llaman las crónicas á nuestros antepasados los normandos, no tenía ya, es cierto, la radiante pureza de aquella mirada de hada, con visos azulados y verdes como las piedras marinas y las estrellas, y donde parecían cantar —porque los colores *cantan* á la mirada—la serenidad y la esperanza. Pero la profundidad de un sentimiento herido, que todo lo teñía de negro en el alma de Amada, proyectaba en aquellos ojos una sombra sublime. El gris y el anaranjado, dos colores del anochecer, tendían sobre ellos velos indefinibles como los que se ciernen sobre los lagos de zafiro de Escocia, su primitiva patria. Menos felices que las montañas, que, ignorantes de su privilegio, retienen largo tiempo en sus cumbres los resplandores del sol poniente y las caricias de la luz, las mujeres se apagan por la cima. De los dos diversos rubios que, durante tantos años, habían jugueteado y luchado en las ondas de una cabellera «que pesaba lo que su dote de condesa,» según decía orgullosamente el padre de Amada de Spens antes de su ruina, el rubio pálido y triste dominaba ahora sobre el rubio brillante y alegre que salpicó en otro tiempo su frente suavemente sonrosada con el oro tentador de sus lentejuelas; y así, como acaece de continuo, el fuego moría una vez más bajo la ceniza. Si Amada hubiese sido morena, las nobles sienes que llevaba despejadas, aunque no era moda entonces, ostentarían

ya, sin duda alguna, *esas primeras flores del cementerio*, como se dice de los primeros cabellos blancos con que el tiempo se ensaya en orlar nuestras frentes hasta concluir la diadema mortuoria que ciñe á nuestras cabezas sentenciadas. Pero Amada era rubia, y las canas de las rubias son cabellos oscuros que poco á poco van manchando, como de tierra, sus brillantes rizos, desdorados. Esas manchas terribles se veían en la raíz del pelo que llevaba levantado, la señorita de Spens, cuya edad no estaba escrita sólo en tan siniestros ultrajes.....

Lo estaba en otras cosas; lo estaba en todo. A la luz del quinqué que caía oblicuamente en su mejilla, fácil era notar sombras misteriosas y fatales, no originadas por los juegos de la luz, sino por la triste labor de la vida, y que empezaban á proyectarse en las superficies de su cara como ya se habían proyectado en el azul marino de sus ojos. El vestido de seda gris que llevaba y los largos mitones negros que subían hasta la sangría del brazo, redondeado é inútilmente vigoroso, puesto que no había de estrechar nunca á un hombre ni á un tierno niño; ese brazo, cuya carne asemejábase en tejido, matiz y firmeza, á la flor del jacinto blanco; el encaje que, por salir apresuradamente, se había puesto encima del peinado, y que, sujeto por debajo de la barba, servía de marco modesto al óvalo de su rostro: todos esos sencillos pormenores, unidos al trabajo del tiempo, humanizaban y restituían su fisonomía de mujer á aquel celeste semblante de Minerva, tranquilo, serio, olímpico y plácido, en harmonía con el seno, atrevidamente modelado como el peto de una coraza de guerrero, en el cual ardía castamente, desde hacía más de veinte años, un pensamiento de perpetua adoración. Y al descubrir esas primeras invasiones de la edad y esas huellas del dolor, bien se veía que, si aquella vir-

gen, grandiosa y púdica, había sido siempre la sabiduría, no era, con todo, diosa.

No era más que una doncella «talludita,» decían cínicamente los mozalbetes del país, que, al contacto de las nuevas costumbres, han perdido la caballeresca galantería de sus padres. Pero, á los ojos del que sabía ver, el dedo sin anillo de aquella solterona valía más que la persona entera, aderezada con las galas nupciales, de las reinas más jóvenes de ese país; y ¡cuenta que las mujeres de la tierra rivalizan con los penachos de rosas de los manzanos floridos! En lo físico, su belleza de puesta de sol, espumada por el crepúsculo y por el sufrimiento, todavía podía inspirar un amor profundo á imaginaciones verdaderamente poéticas; y, en lo moral, ¿quién hubiese podido luchar con ella? ¿Cuál de entre las almas elevadas hubiese tenido más imperio que esa Amada de cuarenta años, la mujer de su nombre en otros días? Porque nadie había inspirado nunca sentimientos más tiernos y ardorosos..... ¡Riqueza y conquistas inútiles! ¡Dón de gracia irónico y cruel, que de nada sirvió para su ventura, pero que había hecho de su desgraciada vida algo más hermoso que la vida afortunada de los demás!

El pequeño círculo que acababa de recibirla, cerróse en torno de la chimenea. Santa de Touffedelys se sentó al lado de su hermana. La recién llegada, instalada con tantas previsiones en la poltrona de esa señorita, sacó del manguito el bordado empezado en su casa, y con los dedos afilados, que salían de los mitones de seda como blancos pistilos de una flor negra, hizo algunos puntos; luego, alzando su hermosa cabeza y dirigiendo su lánguida mirada á los presentes, que se disponían á reanudar la interrumpida conversación:

—¡Esto es otra cosa!—dijo con aquella voz cuya fres-

cura había resistido más que la de las mejillas, una voz dulce como deberían tenerla los lazarillos de los ciegos para consolarlos de no ver.—¡Esto es otra cosa! Así me gustan ustedes, como ahora; y así los quiero ver. Hablen entre sí, y olvídenme.

Y volvió á inclinar la cabeza hacia la labor, sumiéndose de nuevo en su preocupación profunda, ese *pozo del abismo* que en sí encerraba, y que su sordera defendía.

—Ahora, mi querida Percy—dijo doctoralmente Úrsula,—puede usted decir sin temor cuanto le plazca. Cuando está con la sordera, se queda más distraída que sorda; se lo digo yo á usted: no dirá una sola palabra de la historia.

—¡Sí!—afirmó el abate.—En lo único que has de poner cuidado, hermana, es en parar, si tu ardor te lo permite, cuando levante la cabeza de la labor, porque estos diablos de sordos ven el sonido en los labios, y las palabras les entran por los ojos.

—Pues señor, ¡sedales y anzuelo!—exclamó asombrado el barón de Fierdrap.—¡Sin precauciones que toman ustedes para una historia! Cosa muy terrible para la señorita Amada debe ser lo que van ustedes á contar. Yo había oído decir, efectivamente, en otras ocasiones que perdió su novio en la famosa expedición de los Doce, y que, por ese motivo, nunca ha querido oir hablar de matrimonio, de entonces á la fecha, á pesar de los buenos partidos que se le presentaron; pero ¡Dios poderoso! ¿á dónde vamos á parar si al cabo de veinte años hay que andarse con semejantes miramientos para referir una historia añeja delante de una..... de una.....

—¡Vamos, acaba! ¡Delante de una vieja!—interrumpió el abate.—No te oye, y aquí empieza ya el beneficio de su sordera. Pero, pobrete; esa vieja, como tú dices,

así tuviese la edad de las carpas que pescas tú en los estanques del Guesnoy,—y aún está lejos de esa edad y de la nuestra,—esa vieja es la señorita Amada de Spens, una perla, ¿entiendes?, que no se encuentra en el cieno donde coges tú las anguilas, una mujer de especie rara como un delfín, y que un cuervo marino, devastador de ríos, como tú, es tan incapaz de apreciar como de entender una sola palabra de esa terrible prisión del corazón en las redes de lo que se llama amor fiel.

La señorita de Percy, cuya impaciencia semejaba un amago de apoplejía, y que deshacía convulsamente las puntadas que había dado, echó la labor en su cesto, y conservando las tijeras, únicas armas de que estaba provista su mano de heroína, y con las cuales daba golpecitos de cuando en cuando sobre el velador en que apoyaba los codos, dió principio á su historia...

¡Historia militar, digna de otro tambor!

IV

HISTORIA DE LOS DOCE

«Mientras usted pescaba truchas en Escocia, señor de Fierdrap, y mientras mi hermano, todo un representante de la grave Sorbona, vestido de escarlata, andaba cazando zorros por los dominios de nuestro gracioso primo el duque de Northumberland, estas señoritas de Touffedelys, que, á título de castellanas muy queridas de las gentes de sus tierras, creyeron poder dispensarse de emigrar, lo mismo que yo, última de una familia numerosa y ya ha mucho tiempo dispersa, nos ocupábamos, al lado acá de la Mancha, en cosas bien distintas que *hilar*

nuestro copo de lino, según reza la antigua canción bretona. Habían pasado aquellos tranquilos tiempos en que las mujeres podían entretenerse haciendo dobladillos de servilletas en el comedor del castillo..... Cuando Francia moría víctima de las guerras civiles, los tornos de hilar, honra de la casa, aquellos tornos, ante los cuales habíamos visto, de niñas, á nuestras madres y abuelas como princesas de cuentos de hadas, dormían, desarmados y cubiertos de polvo, en algún rincón del silencioso desván. No había casa, ni familia, ni pobres que vestir, ni aldeanas que dotar; y toda la canastilla de novia, que muchachas como nosotras podían prometerse de la República, era la camisa roja de la señorita de Corday.

»Siguiendo mi cuento, en la época de que voy á hablarle, señor de Fierdrap, había concluído de una manera desgraciada la gran guerra, como llamábamos á la guerra de la Vendée. Enrique de La Rochejaquelein, que había contado con el apoyo de las poblaciones normandas y bretonas, apareció una mañana bajo los muros de Granville; pero, defendido por el mar y sus rocas mejor aún que por los quintos republicanos, ese nido inaccesible de gaviotas se mantuvo firme; y de rabia de no poder tomarlo, cuéntase que en aquel entonces La Rochejaquelein, disgustado de la existencia, fué á romper su espada á las puertas de la ciudad, sin cuidarse de los cañonazos y de la fusilería; luego volvió á llevar á su país á los vendeanos. Por supuesto, si Granville, como se creyó en un principio, no hubiese hecho resistencia, ¿habría corrido mejor suerte la guerra realista?..... Ninguno de los jefes normandos trataron de organizar en nuestro Cotentin una *chuanería* á semejanza de la de Anjou y del Maine. Conocían demasiado bien al aldeano normando para creer semejante cosa; sabían que pelearía como gallo in-

glés por el estiércol dentro de su corral; pero la Revolución, vendiéndole á vil precio bienes de emigrados y de la Iglesia, le había ofrecido precisamente el pedazo de tierra por que siempre combatió, desde su primera aparición en la historia, esa raza tan conservadora como larga de uñas. No en balde es usted normando, barón de Fierdrap, y sabe, como yo, por experiencia, que la antigua sangre de los piratas del Norte corre todavía por las venas de los más ruines de nuestros campesinos de albarcas. El general *Telémaco*, como decíamos entonces, ó, para darle su verdadero nombre, el cabecilla de Montressel, que había recibido de M. de Frossé el encargo de organizar la guerra en esta parte del Cotentin, me repitió muchas veces lo difícil que había sido decidir á descolgar la escopeta de la campana de la chimenea á esos aldeanos en quienes el amor al rey, la religión y el respeto á los nobles venían muy en segundo término después de su *conveniencia*.

«Esas gentes no entienden de más interés que sus intereses,» me decía, despechado, el cabecilla, que no era de Normandía. Y añadía M. de Montressel: «Si la carne de azul se hubiese vendido al precio de la caza en los mercados de Carentan ó de Valognes, seguro es que los muy posmas se habrían despavilado y atestado sus morrales, matando republicanos desde cada escondrijo de los setos, como mataban patos salvajes y cercetas en los pantanos de Néhou.„

"Vuelvo sobre todas estas cosas, señor de Fierdrap, aunque usted las sepa tan bien como yo, porque entonces no estaba usted allí como nosotros; y antes de entrar en mi historia, me veo obligada á recordarle lo que pasaba en esa parte del Cotentin hacia fines de 1799. Desde la muerte del rey y de la reina, y desde que la guerra

civil había dividido á Francia en dos campos, jamás nos habíamos sentido los realistas, si no con menos valor, más abatidos por lo menos..... El desastre de la Vendée, la matanza de Quiberon, el triste fin de la chuanería del Maine, fueron la muerte de nuestras más queridas esperanzas, y, si aún insistíamos, era por el honor, como para justificar el dicho antiguo de que «¡muy lejos va el que está cansado!» M. de Frossé, que se había negado á reconocer el tratado de la Mabilais, seguía manteniendo correspondencia con los príncipes. Hombres leales atravesaban el mar de noche para recoger en Inglaterra despachos é instrucciones que traían á la costa de Francia. Entre los más intrépidos se había distinguido uno por su audacia, su sangre fría y su destreza incomparables: era el cabecilla Destuches.

"No he de pintarle á usted el cabecilla..... Usted mismo decía hacía un instante á mi hermano que le conoció en Londres, y le llamaban *La bella Elena*, no sólo por su *rapto*, sino también por su belleza; porque, si recuerda usted bien, poseía una belleza casi femenina, con aquel cutis tan blanco y aquel pelo rizoso que parecía empolvado, de rubio que era. A mí nunca me entusiasmó mucho aquella hermosura de que se hacía lenguas todo el mundo, y que envidiaban algunas mujeres, aquel rostro delicado de angel de misal. Yo me burlaba á menudo de las admiraciones entusiastas de las señoritas de Touffedelys y de otras muchas jóvenes de aquel tiempo, que miraban al caballero de Langotiére como un milagro, y no hubiera titubeado en llamarlo la *Bella de las bellas*, como se decía, en la época de la Fronda, de la duquesa de Montbazon. Por supuesto, al bromearme, no olvidaba que aquel lindo palmito de doncella casadera ocultaba el alma de un hombre, que bajo aquella fina piel había un

corazón de roble y músculos como maromas..... Me acuerdo de un día que lo tildaron insolentemente de *chuan* en una feria de Bricquebec, y, había que verlo haciendo frente á cuatro fornidos aldeanos, y retorciendo con aquellas manos tan bonitas las varazas de fresno que llevaban, como si hubiesen sido cañas. Otro día lo agarró brutalmente del cuello un brigadier de gendarmería con honores de Hércules, y lo ví coger entre los dientes —¡entre aquellas dos sartas de perlas tan preciosas!—el dedo pulgar del hombrachón, cortárselo de una sola dentellada, tirárselo al rostro al brigadier, y escapar por entre la multitud aglomerada en torno de ellos, abriendo de un salto el muro que formaba. ¡Desde entonces, lo confieso, me pareció menos afeminada la belleza de ese terrible amputador de pulgares! Desde aquel día también aprendí á conocerlo en el castillo de Touffedelys, donde, como he dicho á usted, teníamos nuestro cuartel general más oculto y seguro. ¿Usted ha ido alguna vez á Touffedelys, señor de Fierdrap?..... Sus dominios de usted no caían por esa parte, y ahora ¡de ese pobre castillo arruinado no queda una sola piedra! Era una mansión señorial bastante espaciosa, almenada en otro tiempo, un resto de construcción feudal, que podía abrigar numerosa muchedumbre en sus cuatro torrecillas, y cuyos alrededores están poblados de esos grandes bosques, verdadero nido de todas las chuanerías, que recordaban por su oscuridad y por los dédalos de sus claros, aquel famoso bosque de Misdom donde combatió toda su vida el primero de los chuanes, Juan Cottereau, un conde de guerrillas. Situado á poca distancia de una costa solitaria, casi inabordable á causa de sus arrecifes, el castillo de Touffedelys parecía colocado allí exprofeso, en previsión de esas guerras de facciones medio extinguidas que

tratábamos de resucitar. Todos los que estaban resueltos á reanudar y continuar la lucha desgraciadamente interrumpida; todos los que rechazaban con el alma pacificaciones opresoras; todos los que opinaban que el sistema de guerrillas en las asperezas daría mejor resultado que el de batallas campales, imposibles por otro lado; todos los que querían, en suma, quemar el último cartucho contra la Fortuna, ¡contra la innoble y cobarde Fortuna! y caer disparando el último tiro, venían á reunirse y concertarse, de todas partes, en nuestro fiel castillo de Touffedelys. Los jefes de esta segunda chuanería, que tuvo un desenlace horriblemente trágico con la muerte dada á Frossé en el foso de Verneuil, acudían allí bajo toda clase de disfraces; y más de una vez se encontraron con los últimos supervivientes de la chuanería derrotada del Maine.

»A fin de no despertar sospechas, el castillo, que no encerraba ya más que dos castellanas, bien poco temibles en apariencia para la República, era el refugio de algunas mujeres del país, cuyos padres, maridos y hermanos habían emigrado, y que, no habiendo querido ó podido seguirlos, vivían en el campo entre los aldeanos que conservaban aún el antiguo respeto hacia sus familias, para evitar lo que no hubiesen podido evitar en las ciudades: el abismo, siempre abierto, de las cárceles.

»Allí vivían en la mayor obscuridad posible, tratando de hacerse olvidar de los representantes del pueblo en la comarca, de aquellos espantosos inquisidores, pero procurando asimismo recomponer la red, tantas veces rota, de una insurrección, harto falta de unidad siempre. Esas mujeres de que ve usted aquí cuatro muestras, señor de Fierdrap, poseían entonces toda su lozanía de normandas y todo el fervor novelesco de los sentimientos de su ju-

ventud; pero obligadas á fortalecer su ánimo en medio de los acontecimientos mortales de todos los días, perpetua amenaza suspendida sobre sus cabezas, é inflamadas de ese realismo que ya no existe ni aun en los hombres que tanto habéis combatido y sufrido por la monarquía, no se asemejaban á lo que habían sido sus madres en la misma edad y á lo que son hoy sus hijas ó sus nietas. La vida del tiempo, las angustias, el peligro de todo lo que amaban habían cubierto su corazón de una capa de bronce..... Usted ve ahora en su poltrona á Santa de Touffedelys que no atravesaría hoy por todo un imperio la plaza de los Capuchinos á media noche sin helársele la sangre en las venas..... Pues bien: Santa de Touffedelys (¿no es verdad, Santa?) iba sola conmigo en noches de tempestad á esa costa aislada y peligrosa para llevar despachos al cabecilla Destuches, disfrazado de pescador, el cual, confiando su vida á una canoa hecha con tres tablas, sin vela, ni timón, lanzábase, por servir al rey, desde la costa de Francia á la de Inglaterra al través de esa Mancha, que siempre tiene en reserva algún naufragio....., con la misma tranquilidad con que hubiera podido beberse un vaso de agua.

»Porque esa era ante todo la función que correspondía entre nosotros al cabecilla Destuches. De cuantos nobles frecuentaban el castillo de Touffedelys y fraguaban la guerra entre sus paredes, á pesar del valor que los distinguía y los igualaba á todos, no había nadie como ese doncelillo Destuches para sumergirse en el mar como un pez; porque, ¿se acuerda usted, Santa? apenas podía llamarse canoa aquella piragua de salvaje que había construído y en que se escurría, hendiendo las aguas como un sollo oculto en la concavidad de las olas, y desafiando así todos los anteojos de capitanes que vigilaban la Man-

cha en aquel tiempo desde cada ola y desde cada acantilado. ¿Se acuerda usted, Santa, de que una noche de niebla, cuando él iba á partir, se empeñó usted, bromeando, en entrar en aquella fragil piragua, y por poco la hace usted zozobrar, y eso que mi niña era entonces tan ligera como un pajarito ó como una flor? Pues, á pesar de todo, en semejante cáscara de nuez pasaba él de una costa á otra en las noches más execrables, siempre dispuesto á volver á marchar cuando hiciese falta, y siempre á la hora fija puntual como un rey, el rey de los mares. ¡No hay que dudarlo! entre sus compañeros de armas había corazones que hubiesen intentado la aventura lo mismo que él, que tampoco hubiesen temido entregar sus cadáveres á las langostas, y á quienes tenía sin cuidado la manera de morir cuando se trataba del rey y de Francia; pero, alimitarlo, ninguno de ellos hubiese creído poder salir airoso, y no lo hubiese salido seguramente... Para eso había que ser un hombre escepcional, ¡más que un marino! ¡más que un piloto! En fin, había que ser lo que era ese joven asombroso á quien sorprendió la guerra civil sin haber visto el mar más que de lejos, ni haber hecho nunca otra cosa que batir gaviotas en los alrededores del solar de su padre. Así los marineros viejos del puerto de Granville, aficionados á lo maravilloso, como todos los marinos, al saber la vida peligrosa del cabecilla durante diez y ocho meses de correrías casi continuas, dijeron que *hechizaba* las olas, como se ha dicho de Bonaparte que *hechizaba* las balas. Mozos de cuenta en achaques de audacia, no era la intrepidez del cabecilla lo que les daba que pensar; pero sí necesitaban explicarse su suerte por una de esas ideas supersticiosas familiares á los marineros.

»¡Y la verdad es que debió ser cogido ó sucumbir veinte veces en aquellas terribles travesías! Esa suerte des-

carada y constante, esa imprudencia tan repetida, y de un resultado siempre seguro, daban á Destuches una importancia considerable entre los demás oficiales de la chuanería. Comprendían que, si llegaba á perecer, no sería reemplazado. Por lo demás, no era sólo un correo intrépido é infatigable que conocía aquel paso del mar como ciertos guías pirenaicos conocen sus montañas; en las breñas, en las emboscadas, en los combates, donde quiera que había que manejar la carabina ó acuchillarse cuerpo á cuerpo, era uno de los chuanes más temibles, terror de los azules, á quienes admiraba y espantaba, siempre que en una contienda desplegaba de pronto, al través de sus formas esbeltas y elegantes, su fuerza aterradora. «*¡Es la avispa!*»—decían los azules, al reconocer en medio del humo de las refriegas aquel talle fino y arqueado como el de una mujer con corsé.—«*¡Tirad á la avispa!*» Pero la avispa volaba siempre, ebria con la sangre que había vertido, porque era un valiente encarnizado y feroz. Esa figurita tan mona era constantemente, llegado el caso, el hombre que arrancaba pulgares de un mordisco tan cruelmente en la feria de Bricquebec, la carita blanca de labios anchos y encendidos—signo de crueldad, según se dice,—y él los tenía tan encarnados como la cinta de la cruz de San Luis de usted, señor de Fierdrap. Y no era el fanatismo de su causa lo único que lo exaltaba al mostrarse implacable antes ó después de la acción. Era chuan, pero no parecía de la misma naturaleza que los demás chuanes. Aunque batiéndose en su compañía, y jugando su vida por ellos á cara ó cruz, no parecía participar de los sentimientos que los animaban. ¿*Chuaneaba* por *chuanear* puramente?..... Aquellos compañeros de armas, aquellos guerrilleros, aquellos nobles, no tenían sólo á Dios y al rey en su corazón. Al lado del

realismo que en ese corazón palpitaba, había otros sentimientos, otras pasiones, otros entusiasmos. No en balde era llegada para ellos la hora de la ardiente juventud. Como los caballeros, antepasados suyos, todos ó casi todos tenían una *dama de sus pensamientos*, cuya imagen los acompañaba en el combate, mezclándose de esa suerte la novela con la historia. ¡Pero el cabecilla Destuches! Jamás he vuelto á ver un ente parecido. En Touffedelys, donde bordamos nosotros tantos pañuelos con nuestros cabellos para aquellos señores que tenían la galantería de pedírnoslos, y que los llevaban como talismanes en sus expediciones nocturnas, no creo que se bordase uno sólo para él. ¿Usted qué dice, Úrsula?... Le interesaban muy poco todas las reclusas de aquella especie de convento de guerra, por más que fuesen en su mayoría muy dignas de ser amadas, aun por héroes. Bien podemos decirlo hoy que somos viejas. Además, que yo no hablo por mí, por Bárbara Petronila de Percy, que nunca he sido mujer más que en las fuentes bautismales, y que, salvo ahí, no fuí toda mi vida sino un estafermo valeroso, cuya fealdad carecía de sexo lo mismo que la belleza del cabecilla Destuches.

»Pero hablo de las señoritas de Touffedelys, aquí presentes, que entonces se hallaban en todo el esplendor de la vida, blancas y graciosas como dos cisnes, á los cuales había que poner dos collares diferentes para distinguirlos. Amada de Spens era mucho más joven que todas nosotras. Tenía diez y seis años, mientras que nosotras contábamos treinta. Era una niña, pero tan hermosa, que, excepto ese alma de cántaro, el cabecilla Destuches, no hubo quizá uno solo de los hombres de aquella época que la viese sin amarla. Por lo menos, los once nobles de la expedición de los Doce, puesto que el duodécimo era una

mujer—su servidora, barón de Fierdrap,—sentían por ella una pasión novelesca y declarada, porque todos, unos tras otros, habían pedido su mano.»

—¡Qué! ¿La amaron los once?—interrumpió el barón como un escopetazo, al oir ese detalle singular en una historia donde los acontecimientos eran tan asombrosos como los personajes.

»¡Sí, todos, barón! Y los sentimieptos inspirados por ella han persistido durante más ó menos tiempo en esas almas viriles. Algunos han seguido siendo enamorados fieles. No se admiraría usted mucho, por de contado, si hubiese usted conocido á la Amada de aquella época, una mujer que no ha tenido pintor, y como nunca la habrá usted encontrado quizá, con haber corrido tanto mundo.»

—¡Alto!—exclamó el barón, que había sido hulano en Alemania.—¡Alto!—repitió, como si hubiese llevado detrás á toda su compañía de hulanos.—Yo conocí en 18..... á lady Hamilton, y ¡juro á usted por las siete conchas que llevo, que era hembra capaz de hacer comprender las diabluras que se permitió cometer por ella el almirante Nelson!

—También yo la conocí—dijo á su vez el abate;—pero la señorita Amada, á quien ves ahí, era más hermosa todavía. Eran como el día y la noche.....

—¡Por Cristo!—prorrumpió el barón de Fierdrap, sobreexcitado.—Un día ví yo á ese lady Hamilton de vacante.....

—Pues he ahí precisamente, Fierdrap—interrumpió el abate con tono burlón,—he ahí precisamente cómo no hubieras podido ver jamás á la señorita Amada.

—Y te juro.....—siguió el barón sin escuchar y empeñado en discutir.

—..... Que no le sentaría mal el traje á aquella moza de posada—volvió á interrumpir el abate.—¡Qué le había de sentar mal, caramba! Con aquel brazo fornido, sonrosado y moreno, había servido bastantes cántaros de cerveza á los palafreneros de Richemond para saber manejar un ánfora—y con gracia, no hay que decir.—Pero la belleza de la señorita Amada de Spens no era de esa calaña. Es preciso que se te quite de la cabeza la tentación de compararla á nadie, Fierdrap. Tiene razón mi hermana. No vivimos bastante para tropezarnos en nuestra vida con dos mujeres como *ha sido* esa..... ¡La beldad única de su tiempo, hijo mío! ¡Y tendrá la suerte de todo lo que es absolutamente bello aquí abajo! Para ella..... lo mismo que para los once héroes que la amaron, no habrá historia. No habrá deshonrado á ninguno; no habrá entrado en el baño de ninguna reina; no figurará entre las interesantes devastadoras que trastornan este mundo con el viento de sus faldas. ¡Magnífica belleza perdida, pobre beldad, que ni siquiera oye lo que digo de ella esta noche, al calor de esta chimenea, y que no habrá sido en toda su vida sino el placer solitario de Dios!

Mientras hablaba el abate de Percy, el barón de Fierdrap miraba á la que había llamado *el placer solitario de Dios*, bordando entonces con sus manos de madona. El barón guiñaba un ojo. Era un vicio, que él convertía en sustancia, haciéndolo pasar por marrullería. Con el otro ojo que no cerraba, con su ojo pardo vivaracho, el antiguo hulano iba de la hermosa frente de Amada coronada de cabellos de oro bronceado, de aquella hermosa frente á lo Monna Lisa, en cuyo centro un poco saliente proyectaba la lámpara como un reflejo de ópalo, hasta aquellos opulentos hombros modelados en la seda gris de hierro del cuerpo del vestido; y al ver eso, probablemen-

te pensaba que, á pesar del tiempo, á pesar del dolor, á pesar de todo, aún quedaban migajas bastante ricas del *placer solitario de Dios* para que los hombres, y los más difíciles de contentar entre los hombres, pudiesen tener un festín de reyes.

Pero no digo lo que pensaba..... Si alguna extravagancia cruzó por su cerebro, la contuvo debajo de su peluca venturina, y la señorita de Percy prosiguió su historia, anhelante como una locomotora que reanuda su marcha:

«Como era huérfana, y la última de su raza desgraciadamente, Amada pasaba una parte de sus días con nosotras, jóvenes graves de treinta años, que éramos otras tantas madres para ella... Hacía algún tiempo que habitaba en Touffedelys, cuando vió allí por primera vez á ese joven desconocido á quien amó, y cuyo verdadero nombre, país y aventuras hemos ignorado siempre. ¿Supo ella todo eso? Durante las largas horas que pasaban juntos en los profundos alféizares de encina del salón de Touffedelys, donde les dejábamos tantas veces hablar en voz baja desde que supimos que se habían prometido el uno al otro, ¿le revelaría él el secreto de su vida? Si fué así, bien lo ha guardado. ¡Todo está sepultado en ese corazón con su amor! ¡Ah! Amada de Spens es una tumba, pero una tumba bajo un acirate de serenos muguetes. ¡Vea usted, señor de Fierdrap! Mire la placidez de esa mujer acabada, sin esperanza desde hace veinte años, y de una vida tan sencilla, de esa criatura digna de un trono, y que morirá pobre huéspeda del convento de las Bernardinas de Valognes. No oye ya; apenas escucha; no tiene más que esa sonrisa encantadora que vale por todo. No vive más que con su pensamiento, con sus recuerdos, ¡que nunca ha profanado por una confidencia!,

olvidada del mundo y resignada al olvido del mundo, sin ver más que el hombre á quien amó...»

—¡No, Bárbara, no! ¡no lo ve!—dijo ingenuamente la señorita Santa, siempre á las puertas del mundo sobrenatural, que tomó al pie de la letra la modesta metáfora de la señorita de Percy.—Desde que murió, no ha vuelto á verlo nunca, pero no por eso deja de aparecérsele... y sobre todo durante el mes en que lo mataron. Por eso es por lo que ella no puede permanecer sola en su cuarto durante ese mes, cuando cae la noche. Aunque sorda y archi-sorda, entonces oye perfectamente ruidos extraños y espantosos. ¡Por todos los rincones suspiran, y no hay nadie! Las anillas de la cortina rechinan en las varillas de hierro, como si tirase alguien con violencia... Una vez las oí yo estando con ella, y le dije helada de espanto, porque se me erizaba el pelo en la frente: «¡Es seguramente *su alma* que viene á pedirle á usted oraciones!» y ella me respondió gravemente, y menos turbada que yo: «¡Siempre mando decir una misa en el altar de los muertos al día siguiente de las noches en que oigo esto, Santa!» Y no cabe duda de que era la misa lo que *él* quería, porque una vez que Amada se retrasó un día, en vez de mandarla decir, como de costumbre, la noche después los ruidos llegaron á ser terribles. Las cortinas parecían locas, y toda la noche estuvieron crujiendo los muebles, como las castañas cuando saltan fuera de la lumbre.

«Pues bien—continuó la señorita de Percy, mal humorada por verse interrumpida tanto tiempo,—esa Amada que cree en fantasmas, pero no como usted, Santa (con esta frasecilla desdeñosa pagaba su interrupción á esa pobre y bendita oveja del Señor que había balado fuera de tiempo), esa Amada que muy bien puede creer en los

que ve en su corazón, ha sido siempre, y es aún para nosotras, señor de Fierdrap, un misterio más profundo y asombroso que el misterio de su prometido. Él no ha hecho más que aparecer y desaparecer. ¿Qué mucho, pues, que nunca hayamos sabido nada acerca de su persona?... Pero con ella hemos vivido veinticinco años, y no estamos mucho más adelantadas. Cuando fué al castillo de Touffedelys ese desconocido, que ha permanecido desconocido para nosotras, lo presentó precisamente nuestro cabecilla Destuches. Amada conocía al cabecilla. Lo había visto varias veces en el Avranchin, en casa de una tía suya, la señora de la Roque-Piguet—vieja chuana, que no podía *chuanear* como yo, porque estaba impedida, pero que *chuaneaba* á su modo, ocultando chuanes durante el día en sus bodegas y en sus trojes para las expediciones nocturnas.—Amada volvió á ver al cabecilla en Touffedelys, y yo, que con mi fealdad de noche de truenos no podía hacer otra cosa que observar el amor... en los demás, temí á veces, pero me lo temí en serio, que le amase. Por lo menos, siempre que el cabecilla estaba allí... ¿era efecto de la belleza deslumbradora de ese hombre, quizá más hermoso que ella?... había notado yo en los párpados insistentemente bajos de la noble Amada cierto estremecimiento, y en su frente sonrosada un tono de fuego, que me preocuparon á menudo... ¡Por vida mía, que hubiesen formado una pareja soberbia! Pero, aparte de que el caballerete de Langotière no picaba bastante alto por su abolengo para casarse con una de Spens, antojábaseme que debía ser terrible amar á un hombre como Destuches.

«Dios se sirvió impedirlo. No lo amó. A quien amó. por el contrario, fué al compañero que llegó con él una noche á Touffedelys, en medio de una de esas tempestades

espantosas que Destuches prefería para sus travesías á la calma de las noches serenas.

»¿Se acuerda usted de aquella noche, Ursula?... No dormíamos; estábamos en el salón, usted y Amada haciendo hilas, y yo fundiendo balas, porque á mí no me han gustado nunca los trapos; velábamos, como esta noche, pero menos tranquilas. De repente se oyó el grito del mochuelo, y entraron los dos con sus pieles de chiva chorreando, como dos lobos que se hubiesen zambullido en el mar. El cabecilla Destuches nos presentó á su compañero como un noble que había tomado parte durante mucho tiempo en la guerra del Maine bajo el pseudónimo de *M. Jacques* que aún se le daba...»

—¡Por Dios!—exclamó el barón de Fierdrap, estremeciéndose al oir ese nombre como si hubiese oído un tiro. —¡Ese pseudónimo es muy conocido en el Maine! ¡Ha sublevado varias parroquias! ¡Se ha hecho allí famoso! *¡M. Jacques!* ¡Si el mismo Jambe-d'Argent se inclinaba ante la intrepidez y el genio de general de *M. Jacques!* Pero el caso es que debía haber muerto hacia esa época... digo, si era el mismo...

«¡Sí! Se le creyó muerto; lo que hay, no obstante, es que, después de huir de los Azules, se refugió en Inglaterra, donde los príncipes le confiaron una misión personal cerca de M. Frotté. Y por eso había venido desde Guernesey á la costa de Francia en aquella canoa de Destuches, que no podía admitir más que un solo hombre, y que estuvo á pique de zozobrar cien veces bajo el peso de los dos. ¡Para suprimir toda carga inútil remaron con los fusiles!...

»M. de Frotté estaba entonces en los confines de Normandía y de Bretaña tratando de reanimar insurrecciones expirantes... *M. Jacques* fué solo en su busca, y al-

gún tiempo después volvió á Touffedelys gravemente herido. Al regreso se vió obligado á pasar por entre las secciones esparcidas de las columnas infernales que saqueaban y asesinaban el país, y fué blanco de yo no sé cuántos tiros, los últimos de los cuales lo alcanzaron. Cuando entró en Touffedelys en su caballo, herido como él, cayeron los dos teñidos de sangre; el caballo estaba muerto, el hombre moribundo y sin conocimiento. Acribillado por las balas, tuvo que pasar mucho tiempo en Touffedelys, donde fué preciso curarle las heridas. Eran numerosas y pudimos contarlas, porque todas se las curamos ¡no que no! con nuestras manos de señoritas. No se hacían melindres entonces. La guerra y los peligros dieron al traste con todas las afectaciones y dengues. En el castillo de Touffedelys no había cirujanos, no había más que cirujanas. Yo era la cirujana en jefe. Me llamaban «el Mayor», porque yo sabía sajar una herida mejor que estas miedosas...»

—La sajabas lo mismo que la hubieras hecho—dijo el abate.

Para la señorita de Percy, para esa antigua heroína oscurecida, toda la fama se cifraba en la opinión del abate. Se puso más colorada que nunca al oir la observación de su hermano.

«¡Sí! me llamaban «el Mayor»—continuó con la satisfacción del orgullo lisonjeado;—y como yo era la que hacía por lo común el inventario de las heridas que teníamos que cerrar, me acuerdo que cuando ví la espantosa criba del cuerpo de *M. Jacques*, tendido delante de nosotras, miré á la redonda á todo mi grupo de ayudantes, muy pálidas en aquel momento, y como yo he sido siempre la bendita claridad...»

—Y más clara que bendita—insinuó el abate.

«...Les dije jovialmente para darles ánimos, señalándoles al herido desvanecido: «¡Cuerpo de Dios! Si lo salvamos, ¡qué joya tan bien labrada, señoritas, para aquella de ustedes que quiera arrollársela al cuello!»

«Y se echaron á reir como locas; pero Amada permaneció seria y silenciosa. Se había ruborizado.

«También se ruboriza por Destuches (pensé); ¿cuál de esos dos rubores es amor?...

«Tal para cual, por supuesto. Ese *M. Jacques* era, como el caballero Destuches, un hombre á quien nunca hubiera yo pensado en amar, si hubiese sido mujer de sentimientos tiernos. No tenía la belleza femenina y cruel del cabecilla; pero aunque la suya fuese más viril y ardiente, tenía también su lado femenino: la melancolía. No puedo soportar á los hombres meláncolicos: se me antojan menos hombres que los demás. *M. Jacques* era lo que se ha llamado mucho tiempo un *bello tenebroso*. Ahora, yo soy del parecer de esa pícara de Ninon, que decía: «La alegría del espíritu es prueba de su fuerza.» Yo me río de todo lo que sean chistes y donaires... no me entusiasman, pero no puede negarse que la alegría es un valor... un valor más. *M. Jacques*, á quien estas damas, que no pensaban como yo, llamaban en Touffedelys, para poetizarlo, «el bello Tristán», me habría atacado los nervios con su desesperante melancolía, si una mocetona de mi calibre pudiese tener nervios. ¡Qué quieren ustedes! Yo necesito que hasta los héroes sean gente de buen humor, y se rían en las barbas de todos los peligros.»

—¡Oh, señorita!—(dijo el abate)—usted ha sido siempre un verdadero Roger Bontemps, que, en otro tiempo que no fuese una época de revolución, hubiera preocupado á su familia. Usted no sólo necesitaba héroes, sino patanes de heroismo. Bien ha hecho Dios en crearla á usted fea,

y por ello doy gracias todas las mañanas en la misa, porque, sin esa precaución, quizá hubiese corrido grandes riesgos el honor de los Percy.

—¡Ríete, hombre, ríete!—contestó la aludida, riéndose á su vez, y demostrando lo que le agradaba la alegría en la manera de recibir la broma.—Te es permitido todo contra tu hermana menor. ¿No eres el jefe de nuestra casa?

—Es verdad—insinuó entonces Úrsula, que hasta allí no había dicho una palabra, y que intervino en la conversación como un reloj que da la hora atrasado,—es verdad que no era muy divertido ese *M. Jacques*, era triste como la noche.

—Mejor es decir como la estampa de la herejía—interrumpió la impetuosa señorita de Percy.—Los revolucionarios de todos los países se parecen. Los jacobinos franceses eran tan taciturnos, tan solemnes, tan pedantes, como los puritanos de Inglaterra. No he conocido uno solo que fuese alegre, mientras que entre los realistas lo eran cuantos habían conservado el espíritu del país que se llamaba en otro tiempo «la alegre Francia», lo eran aquellos altivos mancebos que lo habían perdido todo, hasta la esperanza; pero que de todo se consolaban con la guerra, con el estímulo de las aventuras inesperadas y el jolgorio de los tiros.

—Pero, si era triste,—dijo Úrsula, volviendo á coger, á la manera que una hormiga su pajilla, la idea interrumpida por aquella explosión de entusiasmo bélico, que acababa de pasar por su cabeza como una tromba sobre una capa de pepinillos en vinagre,—si era triste, bien sabe usted, querida Percy, que, según se decía, tenía razones para estarlo. Bien sabe usted que se decía al oído que era un comendador de Malta, y que había pronunciado sus votos...

—¡Sí!—respondió la señorita de Percy, admitiendo la objeción.—Se cuchicheaba eso; y, si era realmente comendador de Malta, el recuerdo de sus votos debió torturarlo cruelmente cuando se enamoró de esta Amada con quien no podía casarse, porque los caballeros de Malta están obligados al celibato como los sacerdotes... Pero eso ¿quién lo ha probado nunca?... como no sea una prueba aquella terrible palidez de muerto que adquirió de repente su cara el día en que Amada nos hizo saber á la mesa, en los postres, que se había *comprometido*, diciendo á Úrsula delante de todas, encendida como la grana por el esfuerzo que le costaba esa confesión, que para nosotras era un descubrimiento: «Querida Ursula, ¿hace usted el favor de servir fresa á mi prometido?»

«Él debía alegrarse de esas palabras, y se puso lívido... Pero ¿no se parecen todas las palideces? ¿Quién distingue la palidez de un hombre feliz de la de un traidor? Si era esto último, si había engañado á Amada realmente, la bala que lo derribó á mis pies en la noche de la evasión, no ha sido para la pobre un mal tan grave como el que la esperaba, si el novio hubiese vuelto con nosotros. Ha conservado la ilusión de que *podía ser suyo*; y cuando yo le entregué el brazalete que le había hecho delante de nosotros con el pelo más hermoso de su cabeza, no supo, ni ha sabido nunca después, que la sangre de que estaba cubierto podía ser la de un hombre que la había engañado.»

—Pero ¡Destuches! ¡Destuches!—interrumpió el barón de Fierdrap, que desde su *remembranza* de lady Hamilton no había dicho nada, y que miraba á la señorita de Percy como al corcho de su sedal cuando no picaban los peces. Tenía las dos paciencias más soberbias del mundo: la del pescador de caña y la del cazador en ace-

cho, así como participaba también de la obstinación de ambos.

—Tiene razón Fierdrap—apoyó el abate, siempre amigo de tentar la paciencia.—Te vas por esos trigos de Dios, hermanita. ¡Resabio de chuana! *Chuaneas* hasta en la manera de contar.

—¡Ta, ta, ta!—exclamó la señorita de Percy.—¡Vaya usted á contenerse hablando de sus mocedades! ¡Destuches! A eso vamos; pero ¡por la pasión de Cristo! yo no puedo llegar á Destuches y á su evasión sin hablar de un hombre que representó el principal papel en aquella calaverada, puesto que es el único que quedó en ella.

—Eso no es una razón—arguyó gravemente el abate. —En una expedición semejante hay algo de más importancia que morir bien.

—Hay el salir adelante con el empeño—replicó la vieja amazona, que bajo su grotesco brial conservaba el genio de la acción civil.—Pero salió con el empeño, puesto que salimos nosotros, y con nosotros estaba él. Aunque á mí me tuviese sin cuidado aquel bello Tristán, como se decía en Touffedelys, que ha dejado su tristeza sobre la vida de Amada, no he de ser menos justa hacia él por eso. No iba allí alegremente, ¡pero iba! Él, ese hombre sentimental, fué el que, cuando la primera prisión de Destuches en Avranches, cogió con su lánguida mano una antorcha, entró en la prisión resueltamente, y no volvió á salir hasta que todo estuvo ardiendo.

—¡Cómo! ¿En Avranches?—objetó el barón de Fierdrap asombrado.—¡Pero si donde libertaron ustedes á Destuches fué en Coutances!

—¡Ah!—exclamó la señorita de Percy, holgándose de una ignorancia que añadía á su historia el interés de lo inesperado.—En aquel tiempo usted y mi hermano esta-

ban en Inglaterra, y no tiene usted noticia más que de la evasión, que, en efecto, se verificó en Coutances. Pero antes de estar encerrado en esa ciudad, lo estuvo en Avranches, y si lo trasladaron á Coutances fué porque en Avranches intentamos incendiar la cárcel.

—¡Muy bien!—respondió el barón de Fierdrap, dándose por vencido.—No sabía, y lo celebro infinito, que el cabecilla Destuches hubiese costado tanto á la República.

—¿Quieres dejarla contar, Fierdrap?—dijo el abate, que era el que más había interrumpido, y el que más se irritaba contra los que tenían su vicio, según costumbre de todos los viciosos y de todos los interruptores.

«Bien. Pues, como he dicho, era hacia fines del año 1799—prosiguió la historiadora del cabecilla Destuches.—Hacía varios meses que *M. Jacques* estaba con nosotras; casi curado, pero débil y resentido aún de sus heridas. Durante esa larga convalecencia de *M. Jacques* en Touffedelys—donde vivía oculto, como se vivía en aquel tiempo, cuando no se estaba á campo raso, fusil en mano, á la luz de la luna,—Destuches, el *hechicero de las olas,* había pasado veinte veces quizá de Normandía á Inglaterra y de Inglaterra á Normandía. Nosotras no siempre lo veíamos durante esos viajes. Desembarcaba á menudo en puntos sumamente distantes unos de otros para desorientar á los espías armados y encarnizados, que, escondidos debajo de todas las dunas, acurrucados en los huecos de los acantilados, tumbados boca abajo en el fondo de las ensenadas, cercaban el mar por todas partes, poniendo al ras del suelo bayonetas y cañones de fusiles que no esperaban más que la ocasión apetecida para levantarse. Cuanto más se aventuraba, ese cabecilla Destuches, acosado en el mar por bergantines, acosa-

do en tierra por soldados y gendarmes; cuanto más se comprometía, ese hombre que acariciaba el peligro como una mujer su quimera, ese jugador infatigable que lo arriesgaba todo en cada jugada, y lo arriesgaba con fortuna, más obligado se veía, no obstante, á usar de precauciones y destreza, á pesar de su audacia impasible; como que la inaudita suerte de sus travesías exasperaba á sus enemigos, para los cuales había llegado á ser el hombre de su nombre: *la Avispa*. ¡La avispa inaprensible y desesperante, el enemigo invisible, el más provocativo y burlador de los enemigos! No producía ya la impresión de un hombre de carne y hueso, sino, como yo he oído decir frecuentemente á las gentes de mar de esas riberas, «de una sombra vaporosa, de un duende.» Entre los azules y él—y los azules ¡no se olvide! eran todo el país organizado contra nosotros, que no constituíamos sino partidas diseminadas por la superficie, y sólo unidas entre sí por hilos fáciles de cortar,—entre los azules y él había un sentimiento de amor propio excitado y herido, más temible aún, á lo que parecía, que el odio implacable de azul á chuán... ¡La guerra que se hacían, era más que guerra; era caza!... ¡era ese duelo, que usted conoce, señor de Fierdrap, entre la bestia y el cazador! En las tabernas y en las granjas del país, donde ese hombre es quizá todavía una leyenda, contábase que ya más de una vez había estado á punto de ser cogido. Las manos habían andado muy cerquita de su oreja, decían los tunantes de los aldeanos... Se añadía un hecho, pero ese era cosa averiguada (había tenido la notoriedad de un combate en regla), y es, que una vez, en la taberna de *la Hoz*, se batió solo con un destacamento de republicanos, encerrado y atrincherado en el desván de la taberna como Carlos XII en Bender, y que después de pasarse

toda la noche tirando por las lumbreras y tumbando unos sesenta azules, desapareció un día por el tejado... «no se sabe cómo—decían las mujeres, cuya imaginación supersticiosa llenaba de asombro,—pero como si hubiese tenido alas en la espalda.»

«Así, no era un duende únicamente en el mar; lo era también en tierra firme; y bien lo habían probado muchas expediciones de que formó parte. ¡Sólo que no podía serlo siempre! La jugada que arriesgaba debía tener un término á la fuerza, sucumbiendo el jugador al peligro que afrontaba. La esperanza de prender á Destuches, de apoderarse de la avispa y de poder aplastarla con el pie, avivaba y transportaba aquellas almas irritadas hasta el delirio, creando á nuestro héroe un peligro tan cierto é inevitable, que, en opinión de los hombres de su partido como en la de sus enemigos, su captura ó su muerte no eran ya más que una cuestión de tiempo; y cuando fueron á comunicarnos á Touffedelys esta terrible noticia: «¡Han prendido á Destuches!» nadie pudo sorprenderse siquiera.

»El que fué á comunicarnos á Touffedelys esa terrible noticia era un joven de esta ciudad, cuyo nombre no sabe usted probablemente, aunque es usted del país, señor de Fierdrap, porque no era un noble. Se llamaba Justo el Bretón. Uno de los prejuicios que más odiosamente han explotado los azules contra nosotros, es que, en la guerra de los chuanes, no eramos más que nobles que llevábamos á remolque á los aldeanos; y nada más falso. Contábamos con jóvenes de las ciudades, dignos de llevar la espada que manejaban muy bien, y Justo el Bretón era uno de ellos... Habíalo ennoblecido la espada de los nobles que lo trataron como un igual, cruzando su hierro con él en varios de los duelos que se verificaban enton-

ces en Valognes, donde el duelo ha sido una tradición durante mucho tiempo... Así que, al levantarse la chuanería, vino á nosotros ese hombre ennoblecido por la espada, y nos trajo la suya. La suya era manejada por un brazo de Hércules. Justo era hombre de fuerza como el cabecilla Destuches, pero no la ocultaba bajo las formas esbeltas y airosas del caballero, que, al demostrarla de repente, causaba tan indecible sorpresa. ¡No! era un hombre rechoncho y fornido, rubio como celta que era, porque su sobrenombre de «El Bretón» acusaba su origen. Era un bretón mixto de normando. Su familia había pasado á Normandía, y había olvidado sus peñas de Bretaña por los pastos de esta tierra, que tiene garras para aferrar al que la toca, porque el que la toca no puede desprenderse ya de su seno. Parecía que para matar á ese Justo el Bretón hubiera sido preciso lanzarle una montaña á la cabeza, y ha muerto en duelo, después de la guerra, como habíamos creído hasta esta noche que murió el mismo Destuches; ha muerto de una miserable estocada en la ingle, que no profundizó siquiera. ¿Puede creerse? Yo lo ví escupir sangre durante seis meses, y morir consumido como una muchacha tísica, con un pecho que parecía un tambor. Justo sabía á ciencia cierta que Destuches estaba preso, pero ignoraba aún cómo había sido prendido. Tratándose de semejante hombre,—nos dijo—y opinábamos como él,—forzoso era que hubiese habido traición.

»La hubo, en efecto; lo he sabido más tarde, y fué, como verán ustedes, otra buena ocasión para apreciar el granito que encerraban las entrañas de aquel hermoso y delicado Destuches, que me hizo temblar un instante por Amada, cuando, viendo sus rubores imcomprensibles, me figuré si lo amaría.

—»No puede estar preso,—jamás un hombre como Destuches—dijo *M. Jacques*,—mientras haya un chuán en pie, con una escopeta y un polvorín.

—»No hace falta tanto—dijo tranquilamente Justo.—Con nuestras solas manos lo recobraremos.

»El hecho fué en las inmediaciones de Avranches. Destuches se vió envuelto y cogido por un batallón entero, á lo que se decía, y en la cárcel de esa ciudad lo encerraron hasta que se cumpliese su ejecución, que no se haría esperar mucho ciertamente, porque la República no se andaba en chiquitas, y entonces tenía que despachar pronto, si no quería que aquel hombre, ídolo de su partido y dotado del genio de los recursos, burlase á sus verdugos... «¡Ha silbado el mochuelo por la parte de Touffedelys!»—añadió Justo el Bretón; y á la caída de aquella misma noche vimos llegar al castillo, bajo disfraces diversos de buhoneros, mendigos, afiladores y paragüeros —porque esa guerra de los chuanes era nocturna y enmascarada,—gran multitud de los nuestros, que, al primer rumor de la captura de Destuches, juraron libertarlo ó perecer en la demanda.

»Llegaron más de los convenientes. Fué una gran locura el dirigirse tanta gente á un punto único y venir á parar á Touffedelys. Pero eso dará á usted una idea de la importancia del cabecilla Destuches. ¡Cuál no sería, para que los chuanes, que poseían la prudencia en el mismo grado que la bravura, pudiesen comprometer así, por exceso de celo, la existencia de un cuartel general tan útil para guerrilleros semejantes como el castillo de Touffedelys!

»Usted no tiene idea, señor de Fierdrap, ni tú tampoco, hermano, de lo que habíamos hecho nosotras de Touffedelys en interés de nuestra causa y de sus defensores;

y si yo no se lo dijese á ustedes, quedaría incompleta mi historia. Aquel viejo castillo desmantelado, sin puente levadizo y sin rastrillo, que no era ya hacía mucho una fortaleza, pero que era todavía una mansión señorial, lo transformamos en un castillo humilde y tranquilo que no tuviese inconveniente en perdonar la República. Mandamos rellenar los fosos, bajar los muros, y, si no derribamos las torrecillas, por lo menos las despojamos de sus almenas, y no parecían ya sino los cuatro espectros de los antiguos torreones decapitados. En la gran fachada del castillo, en las esquinas de los techos, en las altas placas de las chimeneas, en las veletas y, en fin, donde quiera que en otro tiempo brillaban, hicimos borrar esas encantadoras y elocuentes armas de los Touffedelys, que consisten, como usted sabe, en *tres golpes de flores de lis (1) de plata en campo verde*, con la divisa: NO ABANDONAR EL CAMPO: ¡Ay! ¡Los pobres lirios habían abandonado el campo! Habían huído hasta de aquel jardín, donde se cultivaban de generación en generación inmensos canastillos, que de lejos daban al vasto vergel la apariencia de un mar cubierto con el alabastro de sus espumas. En todas partes habíamos reemplazado los lirios con lilas.

»Lilas ¿son quizá lirios de luto? ¡Sí! Nosotras cometimos todos esos sacrilegios, consumamos todas las pequeñas bajezas de la astucia que simula la sumisión resignada, para conservar á nuestros amigos ese lugar de reunión y asilo, dulce y desarmado como su nombre, que parecía la casa de la inocencia, y donde se veían menos los hombres y las armas tras las faldas de mujeres que allí flotaban de continuo. Exceptuando los jardineros, en Touffedelys no había más que mujeres.

(1) En francés: «Trois *touffes de lys.*» De ahí el apellido nobiliario *Touffedelys.—N. del T.*

»Con ayuda de todas esas precauciones, de todas esas coqueterías de dulzura, pudimos hacer de nuestro nido de zoritas espantadas un nido momentáneo de águilas nocturnas que, como Destuches y *M Jacques*, iban á posarse allí. Pero, como usted comprende, la seguridad de todo no existía sino á condición de que los chuanes que se abocaban por allá para concertarse sobre su guerra de emboscadas no fuesen nunca muy numerosos.

»La captura de Destuches motivó la única infracción de esa regla. Pero los jefes comprendieron la imprudencia de una gran reunión, y dispersaron sus hombres. Cuando es hostil un país entero, las pequeñas partidas valen más que las grandes masas de tropa. Esas pequeñas partidas son más resueltas; sus esfuerzos más concentrados y poderosos; su acción más rápida; su marcha más disimulada. Para librar á Destuches bastaban algunos hombres, y los que se eligió en Touffedelys eran abonados para ir á sacarlo de debajo de la cuchilla de la guillotina ó á la boca misma del infierno... Son los que luego se llamaron los *Doce*, con cuyo nombre colectivo perdieron los suyos, que nadie sabe á estas horas.

—¡Es muy cierto!—dijo con muestras de interés el barón de Fierdrap, que descruzó sus piernas de ciervo, é hizo en inverso sentido la X que formaban.—No hemos oído pronunciar uno sólo de sus nombres en Inglaterra, ¿verdad, abate? y el mismo Sainte-Suzanne no los sabía.

«Y cuando la que le cuenta á usted esta historia al amor de la lumbre, en este pueblecillo dormido,—continuó la señorita de Percy—repose, debajo de una cruz, en el cementerio de Valognes, no habrá ya nadie que pueda decir esos nombres olvidados... Sus dueños eran demasiado altivos para quejarse de las injusticias ó de las sandeces de la opinión.

»Amada, á quien ve usted desde aquí más abstraída que atenta á su bordado, se ha absorbido en su *M. Jacques*, y Santa y Ursula no le dirían á usted probablemente todos los nombres de los *Doce*. ¡Yo sí que puedo! ¡yo los sé! Y después de mi muerte—añadió, embellecida casi por su entusiasmo melancólico—mientras no me reduzca á polvo, no habrá más que abrir mi féretro para saber esos nombres que merecieron la fama, sin alcanzarla. El que los busque los encontrará en mi corazón.»

V

LA PRIMERA EXPEDICIÓN

«El castillo de Touffedelys—prosiguió la señorita de Percy, después de un silencio conmovedor que respetaron los circunstantes—no estaba á mucho más de tres horas de marcha de Avranches para un hombre que anduviese á buen paso. Rodeado por la parte de esta ciudad de esos grandes bosques en que solían internarse los chuanes á fin de reunirse luego en los claros, y, por la parte opuesta, de esas especies de dunas móviles llamadas *bougues* que conducían al mar y á los bravos acantilados cuyas altas y estrechas junturas fueron tantas veces puertos de salvación para Destuches y su esquife, aquel castillo, que tenía la doble ventaja de los bosques y del mar, fué elegido naturalmente por los *Doce* como punto de retirada ó de refugio en la expedición que proyectaban, y á él convinieron en llevar al cabecilla Destuches, si conseguían libertarlo.»

—¡Pero los nombres, señorita, los nombres!—dijo el

barón, que golpeaba el suelo con el pie, impaciente de curiosidad.

«¿Los nombres, barón?—respondió la narradora.—¡Ah! ¡no vaya usted á creer que pienso ocultarlos! Siento un gran placer en decirlos. Bastantes anónimos y pseudónimos ha habido en esa guerra de víctimas sublimes, y ¡por Dios! que ya estoy cansada de ellos. Créalo usted, si me hubiese dejado respiro, todos habrían ido encontrando su puesto en la historia que relato. Pero, ya que usted lo desea, voy á hacer desfilar todos esos nombres, todas esas cuentas de un rosario de honor, que, después de mí, nadie repetirá. Escúchelos usted: eran La Valesnie, ó, como decían los aldeanos, La Varesnerie, La Bochonniére, Cantilly, Beaumont, Le Planquais, Desfontaines y Vinel-Royal-Aunis, cuyo apellido era solo Vinel, pero que se llamaba Royal-Aunis por el nombre del regimiento en que había sido oficial. ¡Ahí los tiene usted á todos, con Justo el Bretón y *M Jacques*! A la manera de *M. Jacques*, cuyo nombre de batalla suplantó al verdadero, todos poseían también su nombre de guerra para ocultar el de familia, y evitar que guillotinasen á sus madres y hermanas, demasiado viejas ó demasiado débiles para acompañarlos á la guerra como yo.»

Al oir los nombres anteriores, pronunciados con un profundo sentimiento, que daba á aquella solterona, cubierta con su barril de seda amarilla y morada, la majestad de una musa de la Historia, el abate de Percy y el barón de Fierdrap, por un instinto de sangre, sintieron el mismo impulso caballeresco. No podían descubrirse, porque lo estaban, pero se inclinaron ante esos nombres de una milicia heróica, aunque no fuesen nobles todos ellos, como si hubiesen saludado á sus pares.

—¡Por la pesca milagrosa!—exclamó el barón de Fier-

drap.—¡Me parece que yo conozco varios de esos nombres! Y hasta creo—añadió, quedándose pensativo y como escudriñando en sus recuerdos,—hasta creo haber visto, aunque no sé dónde, á algunos de los que los llevaron. A La Varesnerie, á Cantilly y á Beaumont los he conocido. Sólo que, cuando los ví, ninguna alusión, ninguna palabra, ni suya, ni de nadie, me reveló que tuviera delante de mí parte de los hombres audaces que habían libertado á Destuches... Pero, señorita,—continuó, cambiando de tono,—¡mil perdones! no me acordaba... Resulta que, en punto á héroes, los chuanes contaban la docena del fraile, puesto que usted no ha dicho su nombre en el número de los doce, y, sin embargo, figuraba usted entre ellos.

«¡No!—respondió la vieja historiógrafa sin pluma.—No figuraba, señor de Fierdrap. Yo no fuí de la primera expedición de los doce, sino sólo de la segunda, y ya sabrá usted por qué, dentro de poco, si me permite continuar.

»La primera no pareció dudosa al pronto á nadie. En Avranches no había por toda guarnición más que el batallón de azules que prendió á Destuches, y lo condujo á la cárcel de esa ciudad, por ser la más próxima al sitio donde lo habían sorprendido y capturado; que ¡á fe mía! cuando se habla de Destuches, que valía en aquel momento para el rey de Francia lo que un barco de línea, bien se puede decir capturado. Justo el Bretón se devanaba los sesos por saber cómo habían podido coger á ese Sansón sin Dálila, cómo habían podido coger á *la Avispa*, al duende. Pero era un hecho... ¡Lo habían cogido! Justo decía que lo había visto entrar en Avranches en el centro del batallón de los azules, apiñados á su alrededor con las armas cargadas.

Iba con cadenas de hierro en las muñecas, en vez de esposas, amordazado con una bayoneta que le cortaba las comisuras de los labios, tendido en unas angarillas de fusiles, á cuyos cañones lo habían sujetado con cinturones de sables, y loco de furor, más que por todos esos suplicios por sentir en el rostro el contacto de la bandera execrada de la República con que aquellos insolentes azules azotaban su terrible frente para humillarlo. A buen seguro que tales hombres defenderían su presa con tesón contra los que intentasen arrebatársela; pero, en resumidas cuentas, no tenían consigo más que una brigada de gendarmería y una guardia nacional mal armada, que, según rumores, abrigaba gran número de realistas en sus filas. En fin, lo que nos infundía mayores esperanzas de éxito es que iba á celebrarse en Avranches una feria de ganado durante tres días, á contar del siguiente, y que de veinte leguas á la redonda afluiría á esa poblacioncilla tan pulcra, una masa compacta de ganado y de personas que dificultaría mucho la vigilancia de la policía, y debía aumentar espantosamente el desorden, con cuyo auxilio se quería realizar la empresa. Tratábase, en efecto, de provocar una de esas contiendas que son contagiosas, y acaban por arrastrar en su remolino á las gentes más pacíficas. No tardaron en convenir su plan los doce... Salieron de Touffedelys uno á uno, y ganaron á Avranches por los bosques. Para no ser reconocidos y burlar las miradas avizoras de los espías de la República, esos hombres sospechosos resolvieron entrar en la ciudad por doce puntos diferentes, disfrazados de tratantes en granos, con sus correspondientes blusas blancas, y con esos sombrerazos llamados *tapas de tina* que sepultaban una cara como en la sombra de una caverna. Los habían empolvado de harina. «Puesto que no pode-

mos usar la otra, siempre será una especie de escarapela blanca, por la cual podremos reconocernos en medio de la multitud»—dijo Vinel-Royal-Aunis.

»No hubo medio de llevar escopetas ni carabinas; pero algunos se metieron cuchillos y pistolas en un cinto, debajo de la blusa... Todos, por supuesto, se habían ceñido desde el hombro á la cadera ese temible látigo de los trantantes en granos, los cuales casi siempre tienen que conducir dos ó tres caballos cargados de costales de trigo ó de harina: arma espantosa, con puño de espino endurecido al fuego, hecha de correas trenzadas con una tralla de seis pulgadas, cada uno de aquellos golpes abría un surco. En la mano llevaban el garrote de fresno familiar á toda mano normanda, el bastón-maza de Normandía, con el cual hombres de aquellos puños y de aquella valentía ¡rayo de Dios! hubieran tomado cañones.

»Armados de esa manera los vimos marchar. Se dispersaron y desaparecieron aisladamente por los bosques como si fuesen á caza de pájaros. ¡Y en efecto, á una caza sangrienta iban! El último que partió fué *M. Jacques*. Sus heridas, su amor por Amada, el pensamiento misterioso que parecía roerle el corazón;—porque ¿á qué venía estar triste como él, contando con el amor de Amada, con la posesión segura de esa maravilla de alma y de cuerpo que le había jurado ser su mujer cuando volviera? —todas esas cosas, ¿habían enervado la energía de *Monsieur Jacques*, probada en tantos encuentros?... Su hermosa prometida fué á acompañarle más de media legua por los bosques hasta un viejo abrevadero, donde corría una cristalina fuente á que prestaba tonos azulados un fondo de pizarras; y que se llamaba «la Fuente de las Corzas», porque allí, tomando aliento tras forzada correría, iban las corzas á aspirar, temblando, el agua helada.

Cuando Amada volvió sola á Touffedelys, ¡ah! ¡fué toda una Spens!... ¡Probó pertenecer á una raza cuyas mujeres no lloran porque los hombres vayan á la guerra! No le sorprendimos una lágrima, pero su frente de aurora se había quedado tan blanca como la corteza de un abedul. A mí me dió más lástima que á las otras. Ya sabe usted, yo era la cirujana mayor; yo sabía reconocer las heridas. Para dar fuerzas á aquel corazón que sangraba sin quejarse, le dije, no sabiendo lo que decía, y como si hubiese tenido la suerte en mis manos—pero nunca se puede calmar á las almas locas más que así, con palabras insensatas:—«¡No tema usted, Amada! ¡Dentro de cuatro días estarán todos aquí para asistir á su matrimonio, y Destuches será su testigo!»

»¡Dios de mi vida! A esta palabra de *testigo* su tez pasó como un relámpago de la palidez del marfil á la grana de un incendio. La frente, las mejillas, el cuello, lo que se veía de los hombros, hasta la raya nacarada de sus deslumbradores cabellos de oro, todo se impregnó, se incendió de ese súbito bermellón de llama; y era cosa de pensar si lo que no se veía de su persona no se teñiría del mismo color, porque la invadía completamente como si se hubiese impregnado de un baño.

»Siempre renacía la misma pregunta: ¿por qué se sonrojaba?... «¡Condenación!—me dije á mi misma.—Yo apenas soy más que un hombre fallido, y bien lo dice mi cara; pero, hombre fallido ó no, ¡lléveme el diablo si soy bastante mujer para comprender esto!»

—¡Eh, eh!—exclamó el abate.—Me veo precisado á advertirte que ya no estás en el tiempo de tus *dragonadas* á la luz de la luna, y que sigues jurando como un dragón, cara hermana.

—¡Influencia de los tiempos de guerra civil sobre las

épocas tranquilas!—respondió ella con brusquedad cómica, riéndosele en sus bigotes grises alborotados...—¡Abate, eres más severo que el cura de Aleaume! ¿No me he batido yo bastante tiempo en honor de Dios y de su santa Iglesia para que no pueda dispensarme los malos hábitos contraídos en su servicio, sin formalizarse por tan poca cosa?...

—Señorita—dijo entonces el barón de Fierdrap.—usted me recuerda la frase famosa de Luis XIV después de la batalla de Malplaguet: «¡Yo había hecho á Dios bastantes servicios para tener el derecho de esperar que se portaría mejor conmigo!»

—Y nunca fué mejor cristiano Luis XIV,—replicó vivamente el abate—que cuando dijo eso. ¡Te lo digo yo, Fierdrap, yo que soy un antiguo doctor de la Sorbona! La fe sincera se permite frecuentemente con Dios esas familiaridades que los tontos toman por irreverencias ridículas, y las almas de lacayos ó de filósofos por orgullo. Dejemos murmurar á esas gentes; pero entre nosotros, nobles á quienes el respeto hacia el Rey no ha quitado nunca, que yo sepa, la libertad delante del monarca...

—¡Ahora eres tú el que interrumpes!—dijo el barón de Fierdrap, gozoso de devolver su leccioncita al abate y de *cortarle* su teoría.—Con que déjate de teologías y de Sorbonas; y usted; señorita—añadió con deferencia lisonjera,—puesto que á mí particularmente es á quien cuenta esta historia, le escucho con mis dos oídos, y lamento no tener cuatro que ofrecerle. Dígnese usted continuar.

La narradora, lisonjeada, se puso de veinticinco colores, y después de tocar á generala en el velador de laca con las tijeras, prosiguió:

«Amada volvió en seguida á su palidez de alma en pena. Debía, en efecto, sufrir más que nosotras durante

los tres días que siguieron á la partida de los Doce. Nosotras no teníamos por los Doce, ni aun por el cabecilla Destuches, más que el género de afecto y simpatía que tiene una mujer joven por jóvenes nobles consagrados á su causa,—una causa que representaba el honor, la religión, la monarquía, esa triple fortuna de Francia,—y que por ella se exponían diariamente á morir. Teníamos por esos Doce el vivo interés que sienten, unas por otras, personas del mismo partido y de la misma bandera. Pero, en fin, nuestros corazones no estaban presos como el de Amada, y el tiro de un azul no podía traspasarlos al través de otro corazón...

»Claro es que nos preocupábamos de lo que iba á pasar en Avranches, y esperábamos con ansiedad el resultado, sobre todo yo que he tenido siempre hirviendo la sangre cuando se ha tratado de dar y de recibir golpes. Pero aquellas ansiedades no eran, no podían ser las angustias de Amada. Ella no las decía. Sepultaba sus torturas en ese corazón que lo ha sepultado todo. Pero yo las adivinaba por el ardor de sus manos febriles, por el fuego seco de sus ojos. Una vez, durante esos días de alarma por la ignorancia é incertidumbre en que vivíamos sobre el destino de nuestros amigos, me ví obligada á arrancarle de las manos la labor, porque se cortaba los dedos con las tijeras creyendo estar alrededor del bordado, y le corría la sangre por las rodillas sin que sintiese, en medio de sus preocupaciones y su extravío, que se destrozaba esas manos hermosas. Acabé por no abandonarla más. No nos hablábamos, pero nos estrechábamos las manos, y nos mirábamos fijamente á los ojos. En ellos leíamos el mismo pensamiento, la pregunta eterna de la inquietud: «¿Qué harán ahora?», esa pregunta á que nunca se responde, porque, á poder responderla, no la haría-

mos, ni habría ya tal inquietud. ¡Qué modo de minar nuestros corazones tan horrible sentimiento! Para sustraernos á ese perpetuo minar, á esa angustia rodeadora, que creemos disminuir agitándonos, nos íbamos juntas al camino que pasaba al pié del castillo de Touffedelys, con la esperanza de encontrar algún carretero, algún mercader ambulante, un viajero cualquiera que nos diese noticias, que nos hablase de esa feria de Avranches donde se representaba un drama que podía ser para nosotras una tragedia. Pero todos nuestros afanes eran inútiles.

»Las gentes de las parroquias circunvecinas que tenían que ir á la feria habían pasado, y no regresaban aún. Los caminos estaban desiertos. No se veía asomar una persona al extremo de su larga cinta blanca y solitaria; no aparecía alma viviente en aquella línea recta que se perdía en lontananza, nadie que viniera á decirnos lo que pasaba allá, detrás del horizonte, del lado de aquella población invisible en la bruma del alejamiento, pero donde creíamos oir sonar y zumbar como vago rumor de campanas lejanas, por el esfuerzo de nuestros oídos para recoger las menores ondas sonoras que agitaban el espacio. ¡Ilusión de nuestros sentidos, que nos engañaban por la fuerza de su tensión! Ni siquiera había campanas en aquel tiempo. Habían desaparecido de todos los campanarios á fin de convertirse en cañones para la República. No tocaban, por consiguiente; no era el somatén. Soñábamos, nos zumbaban los oídos. Y si hubiesen tocado á generala—ese toque de alarma del tambor—no hubiésemos podido distinguir los sonidos á contraviento, á aquella distancia, en medio de todos aquellos murmullos de insectos y de esas mil fermentaciones de la tierra que parece susurrar á nuestros pies en ciertos

días cálidos, como eran los de entonces. ¡Ah! Las dos nos consumíamos... yo de curiosidad, ella de angustia. Cansadas de escuchar al ras del suelo y de mirar á ese camino abandonado y mudo, que se prolongaba liso y uniforme cubierto de inmóvil polvo, queríamos á veces escuchar y ver mejor, escuchar desde más alto y ver más lejos; entonces nos subíamos á la plataforma más elevada de los torreones y desde allí mirabamos, ¡oh, mirabamos con todos nuestros ojos! Pero, por más que los hundiésemos y explayásemos por las largas espesuras de bosques que se extendían indefinidamente hacia la parte de Avranches, no veíamos nunca más que abismos de follaje, océanos de verdor en los cuales se perdía la mirada fatigada... A la parte opuesta, entre dos arrecifes, se extendía lentamente el mar azul, como un aceite pesado, sobre la playa silenciosa, sin que viniera á animar su azul monótono el blanco copo de una vela. ¡Y esa calma de todo cuando nosotras nos hallábamos tan agitadas, redoblaba nuestra agitación; esa indiferencia de las cosas nos excitaba los nervios, y á veces nos ponía en el estado sobreagudo que debe preceder á la locura!

»Hasta de noche permanecíamos en lo alto de nuestra torrecilla, observatorio desde donde no se vía nada, si no es el cielo, al cual ¡ni mirábamos siquiera!—Suplicio que renovábamos, porque á cada instante creíamos que iba á cesar.—La noche del segundo día de esa feria, que se llamaba, creo, la *Saint-Paterne*, y que después han podido llamar la *Chamuscada*, vimos estremeciéndonos subir al horizonte una larga llama roja, y escalonarse sobre los bosques, que la tranquila luna iluminaba, densos remolinos de humo traídos por el viento.

»¡Es fuego, Amada!—le dije.—¿Si nuestros hombres incendiarán á Avranches para rescatar á Destuches? ¡Bien vale él un Avranches! ¡Sería magnífico!»

»Escuchamos... y aquella vez creimos oir—pero teníamos la cabeza trastornada—creimos oir gritos indistintos y como una masa de sonidos confusos que parecían salir de una inmensa colmena. Mi oído experto de chuana, porque yo había hecho la guerra y entendía de la música de la pólvora, trataba de distinguir los tiros en el fondo continuo de tonos graves de ese gran tumulto lejano, apagado por la distancia; pero ¡rayo de Dios! yo no estaba segura de nada... No distinguía. Me había inclinado sobre la plataforma; tenía la cabeza fuera de la capucha que me había echado para defenderme del frío en tales alturas, y con la cabeza descubierta, el oído en acecho y los ojos puestos en la llama que las nubes reflejaban en tonos encarnados, participé á Amada que, si era Avranches lo que ardía, en dos horas—tiempo justo para regresar á Touffedelys,—estarían de vuelta, vencedores ó vencidos...

»Había calculado con precisión militar. Dos horas justas después... seguíamos anhelantes en nuestra plataforma y veíamos apagarse el fuego lejano, que no era el incendio de Avranches—porque el incendio de Avranches hubiese exigido más tiempo,—cuando oímos de pronto debajo, al pie del torreón, el *hu-hu* acompasado del mochuelo, y ¡magia de amor! Amada reconoció en seguida de qué manos había partido ese *hu-hu*, que á mi me pareció siniestro—¡tan lastimero era!—y á ella le pareció alegre y triunfal, porque le anunciaba al hombre que había llegado á ser su vida y le traía la suya.—«¡Es él!»—exclamó, y bajamos de la torre con la velocidad de dos golondrinas que se descuelgan al suelo desde su tejado.

»¡Era, en efecto, *M. Jacques! M. Jacques*, con la cara ennegrecida, con el pelo abrasado, con las trazas de un demonio ó más bien de un condenado escapado del in-

fierno, porque los demonios se quedan en él...—«¡Ah!—le dije, incorregible, siempre dispuesta á reir aun en la desgracia.—Se fué usted blanco como un costal de harina, y vuelve negro como un saco de carbón!»—«¡Sí!—respondió, mordiéndose los labios.—¡Negro de luto por el duelo de la derrota! Falló el golpe, señorita... Hay que volver á la carga mañana.»

»Había fallado el golpe, no obstante—continuó la vieja chuana, más animada cada vez, y demostrando un entusiasmo que hizo sorber al abate una toma de rapé voluptuosamente,—y, no obstante, el asunto no había sido mal dirigido, como va usted á poder juzgar por sí mismo, señor de Fierdrap...

»Entraron los doce en Avranches al medio día, en el momento de más confusión, y se fueron á la feria, vagando en actitud indiferente, con los brazos caídos, dirigiendo ojeadas á los sacos de trigo ó de harina puestos derechos en el suelo, desatados y abiertos para que el comprador juzgase la mercancía, representando su papel de tratantes que tienen tiempo de comprar, que no se apresuran, que esperan, como buenos normandos, á que bajen los precios; pero lanzándose ojeadas desde el fondo de los sombrerazos paveros que les caían sobre los hombros, contándose, codeándose, y sintiendo estremecerse el codo amigo al contacto con el propio. Más tarde nos contaron estos pormenores y estas impresiones... Aquel año había locura de gente en la feria, y eso les pareció de buen agüero. La ciudad estaba atestada de personas, de animales y de vehículos de todas formas y tamaños. Las posadas y las tabernas reventaban de Augerones, de boyeros y porqueros, que llevaban á la feria su ganado, el cual se aglomeraba en las calles haciendo el tránsito imposible, obstruyendo las puertas de las casas, amena-

zando las ventanas de los pisos bajos, que en muchos sitios tenían echadas las contraventanas por miedo á que rompiese los cristales el asta de algún buey ó las ancas de una caballería espantada. Esas enormes legiones de bueyes y caballos, detenidas un momento por su acumulación en las esquinas de las calles, en las angosturas de los callejones, en las vallas de las encrucijadas, volvían á emprender al punto su marcha pausada, fustigadas por los garrotes de fresno de los guías, y avanzaban tan apiñadas que parecían la corriente de un río. Las masas de animales y de personas se movían en un sentido principalmente, en dirección al sitio de la feria, que era la plaza del mercado, en uno de cuyos ángulos se alzaba la prisión en donde estaba encerrado Destuches.

»Cualquiera pensaría que era una circunstancia amenazadora para el designio de los Doce esa apretada multitud que, ciñendo por todas partes la prisión, aumentaba naturalmente la dificultad de penetrar en su recinto ó de salir de ella; pero, al contrario, á aquellos enérgicos corazones, aferrados á la esperanza, les pareció un azar feliz. ¿No habían contado siempre, para dar el golpe, con la aglomeración, que es tan fácil convertir en un caos? Por otra parte, esa circunstancia de hallarse la cárcel en el emplazamiento de la feria tenía de bueno que el batallón de azules que había conducido allí á Destuches, y construído al lado con tablas un cuerpo de guardia, se vió obligado á trasladar ese cuerpo de guardia al otro extremo de la plaza, á fin de reservar un sitio para los caballos de la feria, á los cuales se colocó á lo largo del muro de la cárcel, atándolos á anillas de hierro embutidas entre las sólidas piedras... Al principio los Azules pusieron sus reparos, como se supone, cuando se les invitó á plantar el cuerpo de guardia en otra parte. Ellos

no tenían en cuenta más que una cosa: que podía escaparse Destuches. Pero los tranquilos normandos, que en cualquier otra circunstancia podrían dejarse imponer por no sufrir las *molestias* que trae consigo toda lucha, no se dejan engatusar ni temen moverse cuando anda de por medio el menor interés, y en un abrir y cerrar de ojos vuelven á ser las gentes pendencieras consabidas, los terribles trapaceros, cuyo grito de guerra será hasta el último suspiro: *¡Gaignaige!* La cuadra al aire libre daba dinero á la ciudad. Además, no sólo era una costumbre, sino un peaje. ¡Costumbre y peaje: en esas dos palabras está Normandía entera! Los azules vieron de sobra que no serían los más fuertes... y despejaron la cárcel.

»Nuestros doce tratantes, señor de Fierdrap, tuvieron toda holgura para mirar y estudiar esa prisión como gentes de guerra, desde la plaza del mercado, que estaba entonces cubierta de tiendas, alineadas como las casas de las calles, entre las cuales se agitaba y hervía la ola de forasteros con un sol de justicia, que era también una ventaja, porque hacía bullir aquel montón de cerebros, excitados ya por la discusión de los precios y por la cidra que encienden tan asombrosamente las cabezas normandas, esas cabezas que aquel día precisamente había que hacer saltar como polvorines, si se quería rescatar á Destuches. Tal era, efectivamente, todo el secreto y el medio de la evasión: lanzar unas contra otras, de cualquier modo, á todas aquellas gentes al través de los puestos derribados y de los animales locos de terror; y durante esa inmensa tremolina que podía adquirir las proporciones de una batalla de ciegos y convertirse en una carnicería, deslizarse tres ó cuatro á la cárcel, sacar al cabecilla y replegarse con presteza á los bosques. He

ahí el sencillo y atrevido plan concertado en Touffedelys, pero que podía modificar el cariz que presentase la cárcel.»

—¡Por vida del salmón! ¡ya lo creo!—exclamó el barón de Fierdrap.—¡Conozco, conozco la tal carcelita! He tenido mucho tiempo en Avranches un antiguo compañero del ejército de Condé: á él debo mi conocimiento de la cárcel de Avranches, porque el condenado, maniático anticuario, me zarandeó bien de lo lindo por las escaleras de caracol de esa fortaleza para que yo la recuerde perfectamente y para que me tiemblen todavía las piernas al pensar en la altura de sus dos torres, capaces de resistir al cañón, ¡Dios me perdone!

«¡Sí!—asintió la señorita de Percy.—Las dos torres eran formidables. Enlazadas por antiguas construcciones que formaban poterna, estaban flanqueadas por obras de fecha más reciente, que de fijo no habrían resistido un ataque vigoroso. Pero ¡con las torres, con las macizas torres que les guardaban las espaldas... el majo que se acercase! Examinándolas, comprendieron los Doce que allí no era posible entrar más que valiéndose de una estratagema... Había que aguzar el ingenio. Vinel-Royal Aunis fué el encargado de la alcaidesa, porque—otra suerte, á lo que parecía, para los Doce—no había alcaide. Sólo que en la guerra, señor de Fierdrap, el azar es frecuentemente un traidor. Ya verá dentro de nada cómo la alcaidesa de la cárcel de Avranches podría llevar los pantalones. La llamaban la Hocson. Era una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, sobre quien habían corrido tiempos atrás rumores no comprobados, pero espantosos. Decíase que había sido una mujer de rompe y rasga del barrio del Bourg-l'Albé de Caen, y que probó el corazón de M. de Belzunce, cuando se lo arrancaron

y lo devoraron caliente las otras comadres del Bourg-l'Albé y de Vaucelles después del motín en que perdió la vida el joven oficial... ¿Era cierto el caso? Se ponía en duda, pero parece que la cara de la Hocson no desmentía tan horribles rumores. El marido, jacobino furioso, había muerto en el ejercicio de sus funciones de alcaide de Avranches, y ella le sucedió. Loba siniestra, convertida en perro guardián de la República, á Vinel-Aunis tocó en suerte domesticarla. ¡Pero Vinel-Aunis era Vinel-Aunis! Tenía por mote entre nosotros: *¡Sin vacilar!* y lo llevaba como un emblema. Pasaba por lo que se llama un *truhán* de regimiento, pero era, encima, un buen mozo muy airoso, con una estampa soberbia de oficial; y á la sazón representaba un tratante pintiparado de recios hombros, confiado en tres cosas que consideraba irresistibles, aun separadas: primero, sus ventajas físicas; segundo, una lengua que sabía decirlo todo, y como en mi vida he vuelto á ver otra; y tercero, un buen puñado de *asignados*. Era un mozo, siempre dispuesto á todo. Su frase sacramental era: «¡En la guerra como en la guerra!» Probablemente no le enamoraba mucho el papel que le cabía en suerte, pero venció al punto todas sus repugnancias. Tuvo el aplomo de presentarse á esa alcaidesa de Avranches, de una fisonomía tan atroz como su fama, con el desparpajo de que puedan hacer gala en Francia los tratantes del mismo modo que los oficiales, y con el genio despiadado de la Broma, que había desenvuelto en el regimiento de Royal-Aunis. Y á pesar del legítimo horror que debía inspirarle una criatura cuyos labios podían conservar aún sangre de Belzunce, empezó por correr hacia ella, y besarle las mejillas, ¡paf, paf, paf! por tres veces, á la manera normanda.

—«¡Buenos días, prima!—dijo á la mujer estupefacta

que le dejó hacer cuanto quiso sin darse cuenta.—¿Cómo le va á mi querida y respetable prima?...—¿Pero es que no se acuerda usted de mí?... ¡Soy su primo Trébedes de Carquebu, que no ha querido venir á la feria de Avranches sin darle un abrazo y desearle mil prosperidades!

«Había dicho *Trébedes* ese improvisador, porque la mujer tenía delante unas trébedes, sosteniendo un caldero que fregaba con un puñado de paja.

—»¡Lo que es de trébedes yo no conozco más que éstas—dijo encolerizada, señalándole las del caldero—y usted merecía que se las tirase á la cara para castigar su atrevimiento, so embaucador!»

«Pero Vinel-Aunis no era hombre para espantarse de unas trébedes empuñadas por la mano de una vieja, y probó que tenía motivos para creer en su lengua, como él decía, porque sostuvo, pero *mordicus*, delante de la Hocson, que ella tenía en Carquebu parientes de ese apellido de Trébedes, y que el era real y positivamente de esos Trébedes. Luego ensartó una larga historia sobre los Trébedes de Carquebu, los cuales tanto y tanto le habían hablado de su prima de Avranches, antes de marchar al ejército cuando la primera quinta, que, en cuanto pudo volver á Carquebu á coger el látigo de tratante que había restallado su padre toda la vida, pensó aprovechar la primera feria de Avranches para ir á saludar á su prima, y trabar conocimiento y amistad con ella. Y tantas cosas dijo, tan seguro pareció de lo que decía, tan preciso fué en todos los pormenores, lanzó, en fin, tal ducha de frases sobre la Hocson, que ésta, punto en boca ante aquel torrente de palabras, escuchando á su primo Trébedes, se olvidó de las trébedes reales, dejándolas en paz con su caldero, y cayó sentada en un banco, convencida, dominada y confundida. Estaba tan comple-

tamente absorta, que acabó por invitar á ese primo que le caía de Carquebu á beber media pinta y á comer *caracolillo* de la feria. Vinel-Royal-Aunis se puso á la mesa, creyendo suyo á Destuches; pero... se engañaba.

»Seguía, sin embargo, dando rienda suelta á aquella lengua infatigable. Bebió un vaso, luego un jarro, después otro; y viendo que la Hocson bebía como él, sin otras consecuencias que ponerse algo más sombría á medida que iba bebiendo, pero conservándose serena con todas esas libaciones de escasa virtud, el amable tratante quiso corresponder á su prima, mandando por aguardiente á la taberna próxima á una niña que la Hocson llamaba «la chiquilla de su hijo.» Pero esa mujer, esa Hocson—nos dijo más tarde en Touffedelys—era más difícil de inflamar que la cárcel de Avranches, incendiada tres horas después. Es que aquella mujer, señor de Fierdrap, tenía en el corazón lo que impide la embriaguez, la cual, según dicen los bebedores, es un olvido, una ilusión, otra vida en el seno de la vida: tenía un recuerdo más poderoso que la embriaguez, que la helaba, sin que ella lograse desvanecerlo. Y no era ¡no! el recuerdo de la sangre de Belzunce, si la había probado realmente, como se decía, sino un recuerdo capaz de matar ése, de impedirla pensar siquiera en tal crimen, caso de haberlo cometido, y disipar sus remordimientos. ¡Tenía, en fin, en el fondo del corazón una llaga tan grande, que todo el mar si lo hubiesen convertido en aguardiente para dárselo á beber á esa mujer, cuya alma entera no era más que el agujero de una herida, habría pasado por allí como por un cedazo sin embotar nada, ni cerrar ninguna cosa!»

La pletórica señorita de Percy, oprimida por su historia, se detuvo un minuto para tomar aliento; pero el aba-

te y el barón, avasallados por la historia, permanecieron silenciosos. No bromeaban ya.

«Si hablo así de esa mujer—prosiguió la señorita de Percy,—si me detengo un instante en semejante criatura, que era quizá una malvada, pero que aquel día tuvo también su grandeza, como los Doce, es porque fué la causa única del fracaso de esa primera expedición. Sin ella, sin ella *sola*, ¡fijarse bien! no hay la menor duda de que los Doce, que revolvieron tan espantosamente á Avranches en aquel día, cuya memoria vivirá mucho tiempo, hubiesen libertado al cabecilla Destuches. Para mí es seguro que se habrían salido con la suya. Pero ella les opuso una voluntad tan fuerte como los muros de la prisión, que eran sillares de granito. Vinel-Aunis había tratado de embriagarla; luego trató de corromperla. Se insinuó con ella como se insinúa uno con todos los carceleros de la tierra desde que hay carceleros. Pero se encontró con un alma invulnerable, porque estaba defendida por el odio, y por el más implacable é indestructible de los odios: el que se forja con el amor. A la Hocson le habían matado su hijo los chuanes; se lo habían matado, no en la lucha, sino después de la lucha, como se mata á menudo en las guerras civiles, añadiendo á la muerte refinamientos de crueldad que son venganzas ó represalias. Después de una empeñada refriega en que los azules derribaron muchos chuanes, ese joven cayó en una emboscada, y lo enterraron vivo, con otros veintitrés, hasta la parte del cuello que se llamaba entonces el sitio del collar de la guillotina. Cuando los chuanes vieron salir del suelo las veinticuatro cabezas sostenidas en sus cuellos é irguiéndose á modo de boliches, ¡tuvieron la horrible idea de jugar con ellas una partida de bolos antes de abandonar el campo de batalla, y de derribarlas con una

bala de cañón! La bala, lanzada por sus manos frenéticas al chocar con esas caras que pedían cuartel, las iban destrozando parte por parte, y se enrojecían con su sangre para volver á mancharlas de nuevo. Así pereció el hijo de la Hocson. Su madre, al tener noticia de aquella atroz muerte, apenas lloró... Pero siempre veía su cara ensangrentada... y profesaba á los chuanes un odio contra el cual todo debía estrellarse... y Vinel-Aunis se estrelló.

—«¡Ah!—le dijo—¡De modo que te has burlado de mí! Tú no eres más que un chuán, y vienes por el prisionero. ¡Oh! no temo que me mates—él había sacado una pistola de debajo de la blusa.—¡Hace mucho que deseo morir! ¡Chiquilla!—gritó—¡anda lista al cuerpo de guardia á buscarme los azules!

—«Yo la habría matado—nos dijo Vinel-Aunis,—pero no sabía siquiera en cuál de las torres estaba Destuches. Habría hecho ruido, y perdido el tiempo.»

»Tiró un taburete que encontró á mano á las piernas de la niña para hacerla caer é impedirle salir.

»Pero el tiempo que empleó en su movimiento bastó á la Hocson para escapar por un pasillo obscuro como boca de lobo, en donde se perdió Vinel-Aunis, mientras la oía subir de cuatro en cuatro los escalones de una de las torres, abrir la puerta de la prisión, y encerrarse con el prisionero.»

—¡Diablo!—exclamó el señor de Fierdrap.

—¡Peste!—dijo el abate.

«Mientras esto pasaba en la cárcel—continuó la antigua amazona, sin curarse de las dos exclamaciones—el minutero del reloj que coronaba la fachada del Ayuntamiento, sito en el fondo de la plaza del mercado, llegaba á la hora señalada por los Doce para obrar. Incapaces de vacilar un minuto después de tomada una resolución,

sucediera lo que quisiese: «¡A nosotros nos toca empezar la danza!» dijo alegremente Justo el Bretón á la Varesnerie.

»Y los dos se metieron en uno de los puestos de la feria donde había más gente y más se bebía. Entraron con la mayor naturalidad, pero con sus garrotes en la mano. Nadie manifestaba desconfianza. Los que allí había, allí permanecieron, unos sentados, otros de pie, cuando Justo el Bretón, acercándose á la mesa grande de los que bebían, puso bonitamente su garrote sobre una hilera de vasos llenos hasta los bordes, y dijo con su voz tan clara: «¡Aquí no bebe nadie hasta que bebamos nosotros!»

»Todo el mundo se volvió al oir esa voz provocativa, y los dos tratantes vinieron á ser blanco de mil miradas de asombro, que anunciaban una cólera próxima.

—»¿Estáis loco?»—dijo un aldeano.—¡Quítame de allá ese palo, y guárdalo para defenderte las orejas!»—Y cogiendo por el cabo el garrote que Justo había puesto sobre la hilera de vasos, pero que seguía teniendo asido por el puño, lo apartó.

»Era la provocación que Justo buscaba. No dijo una palabra; permaneció tranquilo como el bautista; pero de repente levantó el garrote por cima de su cabeza, y con aquella mano tan diestra como vigorosa lo dejó caer sobre la fila de vasos llenos, que se rompieron de un solo golpe, volando los cascos por todas partes. Fué la señal del zafarrancho. Todos se pusieron en pie, gritando, amenazando, empelotados ya, metiendo los pies en la sidra que corría, y esperando ver correr la sangre. Las mujeres proferían esos chillidos agudos que embriagan de cólera á los hombres y les atacan los nervios como un péfano... Querían huir y no podían en medio de aquella masa

imposible de atravesar y que se abalanzaba sobre los dos tratantes para ahogarlos.

—»Usted ha tenido el honor de tocar el primer compás, caballero,—dijo á Justo el Bretón La Varesnerie con esa elegante cortesía que nunca desmintió,—pero, si queremos ejecutar toda la pieza, hemos de procurar salir de aquí, donde no tenemos bastante espacio ni para hacer siquiera un molinete con los garrotes.»

»Y con hombros, cabezas y pechos trataron de abrir brecha en aquella multitud, compacta hasta el punto de reventar la lona de la tienda, donde lo que acababa de pasar seguía atrayendo gente. Pero viendo que esa marea de hombres no cesaba de subir, y á fin de recibir auxilio de fuera para desembarazarse, lanzaron el grito que esperaban sus amigos alrededor de la tienda como una voz de mando: «¡A nosotros, trigueros!»

»¡Debió ser un espectáculo curioso! Los trigueros respondieron á ese grito restallando los látigos terribles, y empezaron á repartir latigazos que cortaban las caras lo mismo que alfanges damasquinos. ¡Fué una verdadera carga, y fué también una batalla! Todos los garrotes de fresno se alzaron en una inmensa superficie, se interrumpió la feria, y jamás menudearon los golpes sobre el grano, cuando se apalea, como menudearon aquel día los garrotazos sobre las cabezas. En aquel tiempo la política salía á la superficie de todo. El menor golpe hacía brotar sangre cuyo color se reconocía á la primera gota. De veinte lados á la vez partió el grito de «¡son los chuanes!» A ese grito tocaron á generala. El tal toque que nosotras no habíamos oído desde lo alto de la torrecilla de Touffedelys, resonó en todo Avranches, y lo levantó en masa. El batallón de los azules quiso lanzarse á la bayoneta al través del mar humano que ondulaba por el campo de la

feria; pero ¡imposible! Hubiera sido preciso abrir un paso en el seno de la agitada muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres, que por su sola presión y por su solo peso, podía aplastar á aquel puñado de chuanes. Los Doce, ó mejor los Once, porque Vinel-Royal-Aunis estaba en la prisión; los Once, que parecían un torbellino en el centro de aquel mar humano cuyo oleaje recibían en la cara, defendiéndose con sus látigos y el molinete de sus garrotes, derribaban en torno suyo á los que los empujaban, y les devolvían golpe por golpe...

»Todo era desorden en aquel campo, todo eran apreturas sofocantes, oscilaciones inmensas de una multitud, en cuyo seno algún caballo, enloquecido por los gritos, por el ruido del tambor, por el olor del combate que empezaba á subir de aquella llanura agitada por la cólera, se encabritaba enseñando las herraduras por cima de las cabezas, y donde acá y allá se amontonaban, mugiendo, manadas de bueyes espantados hasta el punto de subir los unos sobre los otros, temblándoles el espinazo, levantadas las ancas y tiesa la cola como si la picase un tábano. Pero el sitio donde repartían cintarazos los Once no ondulaba ya; se ahuecaba. ¡Brotaba y humeaba la sangre como el agua bajo la rueda del molino! Allí no se andaba más que sobre cuerpos caídos como sobre hierba, y la circunstancia de estar machacando aquellos cuerpos con sus pies sugirió á todos los Once la misma idea, porque al tiempo que sacudían, se pusieron á cantar alegremente la antigua ronda normanda:

La hierba machaquemos,
que ya retoñará (1).

»¡Pero no ha retoñado! Todavía á estas horas le ense-

(1) *¡Pilons, pilons, pilons l'herbe;*
L'herbe pilée reviendra!

ñarán á usted, si quiere, en Avranches, el sitio donde combatieron los terribles cantores. En ese sitio no ha vuelto á brotar nunca la hierba: sin duda la sangre que empapó el suelo quemaba lo bastante para secarlo.

»Se hicieron firmes durante cerca de dos horas... pero Cantilly tenía un brazo roto, La Varesnerie abierta la cabeza, Beaumont rotas las clavículas; casi todos los otros estaban más ó menos heridos. Sin embargo seguían en pie, con sus blusas, no ya blancas como por la mañana, sino salpicadas de sangre en lugar de harina. De repente cayó *M. Jacques* en medio de un grito de júbilo de los aldeanos electrizados, que creyeron haber concluído al fin con uno de esos tratantes del infierno, sólidos pilares que se podían moler á palos, pero que no había medio de derribar. *M. Jacques* no estaba herido siquiera. Mientras combatía había visto que el sol empezaba á bajar, que ya hería en la plaza de soslayo y que era hora de atender á Destuches uniéndose á Vinel-Aunis... En su consecuencia, con la flexibilidad del gato montés se deslizó arrastras por entre las piernas de aquellos hombres, que apenas se cuidaban á la sazón sino de la esgrima terrible de sus puños; y como un nadador que desaparece en un punto del agua para reaparecer en otro, se encontró bastante lejos del campo de la escaramuza y en medio de una turba de gente, más espantada que bélica. ¿Cómo pasó? Tiró el sombrerón de *tapa de tina*, que le hubiese estorbado; pero, ¿cómo no le reconocieron por la blusa ensangrentada? ¿cómo no lo mataron y lo hicieron trizas? Jamás ha podido decirlo él mismo. No lo sabía, aunque parezca increible. Pero usted ha hecho la guerra, barón, y en la guerra se ve todos los días lo increible. ¡Fascinación del terror! Cuando se levantó, la multitud por donde había atravesado agazapándose, empezó á

huir imitando á ese hombre que parecía huir también, y en medio del revoltijo pudo llegar á la prisión donde Vinel-Royal-Aunis había debido preparar la evasión de Destuches. Pero al pie de la prisión encontró... á los azules.

»¡Sí! ¡eran los azules!

»Viendo que no podían avanzar ni maniobrar en la feria, atestada de gente, y donde; por otra parte, los reemplazaban á maravilla los aldeanos del Avranchin, al primer grito de «¡Son los chuanes!», se dirigieron á la prisión á paso de carga, porque oficiales y soldados estaban ya seguros de que la batalla que se libraba en la plaza servía para secundar una tentativa de evasión de Destuches. Ahora bien; en la cárcel, si no ha olvidado usted su construcción, señor de Fierdrap, los azules encontraron herméticamente cerrada la pesada puerta de la especie de cuerpo moderno que ocupaba la Hocson; y como la nieta á quien Vinel-Aunis había tirado el taburete á las piernas para hacerla caer, no decía una palabra, medio muerta de miedo ante la boca de la pistola de Vinel, y como dentro todo parecía sosegado y silencioso, creyeron, naturalmente que la Hocson, cuya energía conocían, habría tomado sus precauciones de defensa al primer rumor de tumulto popular y de chuanería. Seguros, pues, de que ella guardaba al prisionero, se reservaron para el caso de ataque ó de salida, si algunos chuanes habían llevado su atrevimiento hasta el punto de deslizarse á la cárcel que debía ser para ellos una ratonera, y se desplegaron paralelamente á ese largo muro donde ataban los caballos de la feria, atados á las anillas de hierro de que he hablado ya. Lo que sí tuvieron que hacer fué desplegarse bastante lejos de los caballos, que respondían á la tempestad de gritos y mugidos de la plaza con relinchos

de cólera y coces furiosas; así que se pusieron prudentemente fuera del alcance de esa espantosa línea de patas herradas, siempre por los aires como proyectiles, y que los hubieran deslomado. Todo esto lo vió *M. Jacques*. ¡Era un hombre, después de todo, ese don Melancolías! Declinaba el día. Esperó, oculto entre la multitud, á que oscureciese algo. Los látigos seguían chasqueando en el fondo de la plaza. Aprovechando una ocasión, tuvo la sangre fría y la audacia de repetir, debajo del vientre de aquellos caballos agitados y casi salvajes, lo que había hecho bajo los pies de los hombres en medio del tropel. Se coló por entre el muro y los azules. No le cabía duda de que Vinel-Aunis debía estar en la cárcel... La puerta cerrada á piedra y lodo se lo probaba. Vinel-Aunis era el que debía haberla asegurado á todo evento... Al acercarse la noche, la multitud, que se ahogaba, sin ver, en la feria, comprendió al fin que había que desfilar por las calles, pero aquí su corriente chocaba con una contracorriente, y por doquiera se reproducían congestiones y rebotes de nueva muchedumbre. A la noche, en todo Avranches se oía el toque de generala, entrecortado por este grito breve: «¡A las armas!» La Guardia nacional y la gendarmería habían querido penetrar, como los azules. hasta el sitio de la gresca, pero, como los azules, encontraron la resistencia invencible de aquella aglomeración de gentes, demasiado densa y compacta para poder abrirse paso á su través... á menos de hacer una carnicería. Esa circunstancia, que habían previsto y calculado los Doce, y que los había protegido hasta allí contra las bayonetas y los tiros, iba á volverse, sin embargo, en contra suya. Presos en aquellos círculos temibles, que ensanchaban á latigazos y garrotazos, pero que no rom-

pían como se rompe un barril echando abajo las duelas, no podían operar una retirada ni dispersarse. Y esa era la inquietud de *M. Jacques*. Encogiéndose bajo la poterna, trepó por la hiedra añosa que cubría los muros de la prisión hasta un agujero enrejado por donde moduló en voz baja el grito del mochuelo para avisar á Vinel-Aunis, que lo oyó y desatrancó la puerta sin hacer ruido.

«¿Y Destuches?»—le preguntó *M. Jacques*.—Pero Vinel-Royal-Aunis le puso al corriente del fracaso, y lo dejó frío, refiriéndole cómo se le había escapado la alcaidesa y cómo había tenido el atrevimiento de encerrarse bajo llave, á solas con el prisionero, en la torre. ¡Destuches, sin las cadenas, la destrozaría sobre la rodilla como una caña!—añadió Royal-Aunis.—Pero está encadenado... No se oye nada al través de esa condenada puerta... y lo que es la Hocson es mujer para matarlo á cuchilladas.

—«¡Mañana lo sabremos!—dijo *M. Jacques* con la rapidez de decisión del hombre de guerra que tenía ese *bello tenebroso*, á pesar de su languidez.—Pero esta noche hay que salvar á los que se baten allá abajo... Es preciso desembarazarlos, desviando la atención de la multitud, y no hay más que un medio... ¡Prendamos fuego á la cárcel!

—¡Bravo!—exclamó el señor Fierdrap con el entusiasmo del inteligente.—Militarmente, el medio era bueno; pero ¡por vida de las carpas! no debía ser cosa tan facil prender fuego á la cárcel de Avranches, una cárcel húmeda de granito, tan inflamable, poco más ó menos, como el fondo de un pozo.

»Por eso lo que ardió, barón,—continuó la señorita de Percy—fué la gran construcción de fecha más reciente que enlazaba las torres, y en donde habitaba la alcai-

desa. En la parte alta de esa construcción había un inmenso pajar para el ganado de la gendarmeria, y ese fué el que prendieron intrépidamente *M. Jacques* y Vinel-Aunis disparando dos pistoletazos. Con el tiempo seco y caluroso que hacía, en un abrir y cerrar de ojos brotó la llama del montón de heno, y saliendo convulsivamente por el techo, cuyas pizarras hizo volar en pedazos, —¡tan intensa era!—abrazó instantaneamente el espeso manto de hiedra secular que envolvía las torres, y las ciñó de una vestidura de fuego. Las dos torres se trocaron de repente en dos monstruosas y colosales antorchas que iluminaban la plaza de extremo á extremo, y atrajeron hacia sí, como había dicho *M. Jacques*, las mil cabezas de la multitud. A ese resplandor súbito circuló como un rayo por las mil cabezas un estremecimiento de terror, á pesar de la cólera del combate, porque no se trataba ya de reducir á un puñado de chuanes, se trataba de Avranches; de Avranches, que podía arder de arriba abajo. La cárcel, en efecto, tocaba con las primeras casas de la ciudad, que no eran, ni mucho menos, de granito, y que hubiesen prendido como yesca.

(Concluirá.)

J. Barbey D'Aurevilly.

NOCHE EN LA PLAYA

(TRADUCCIÓN DE «EL MAR DEL NORTE», DE ENRIQUE HEINE)

Húmeda y fría es la noche;
No brilla en el cielo un astro;
El mar, lóbrego y tranquilo,
Bosteza de cuando en cuando.
Las temibles alas plega
Y tendido boca abajo,
Á media voz con las aguas
Está el Aguilón charlando.
Les cuenta viejas historias
De aparecidos y trasgos,
De gigantes y de gnomos,
De brujas, duendes y endriagos,
De pavorosos conjuros
Y apariciones, mezclados
Con tan locas bufonadas
Y tan estupendos chascos,
Que surgiendo del abismo
En tropel desordenado
Saltan, ríen y vocean
Los genios del Oceano.

***

Por la playa tenebrosa
Que humedece el mar salado,
Desconocido extranjero
Avanza altivo y gallardo.
Valientes son mar y viento;
Pero más valiente es su ánimo.
Allí do fija la planta
Saltan rojizos chispazos,
Y las conchas de la orilla
Crujen todas á su paso.
Avanza en la noche obscura,
Bien envuelto en negro manto,
Y su fijo rumbo guía
Breve resplandor lejano,
Que en miserable cabaña
Fulgura trémulo y vago.

*
* *

Allá en la mar está el padre,
Allá en la mar el hermano;
Joven, sin madre, la hija,
En el hogar solitario,
Joven, sin madre y hermosa,
Como un ensueño fantástico,
Cerca del fogón sentada,
Halagadores presagios
Oye en la sorda caldera
Que hierve lenta, y va echando
Ramas que chisporrotean
Al fuego medio apagado.
Sopla después, é iluminan
Llamas de fulgores cárdenos
Su bello rostro encendido,

Y sus hombros de alabastro,
Y su pecho, que descubre
Mal ceñido el jubón áspero,
Y sus manos hacendosas,
Sus breves y blancas manos,
Que al mórbido talle anudan
El desprendido refajo.

*
* *

De pronto, se abre la puerta
Entra el extranjero, y ávido
Clava en la cándida niña
Dulces los ojos uraños.
Extremécese la hermosa,
Como tiembla el lirio pálido,
Y él sonríe y se adelanta,
La capa al suelo arrojando.

*
* *

«Mira, cumplí mi palabra,
Dice, entre tierno y ufano;
Vine, y vinieron conmigo
Los buenos tiempos de antaño;
Los tiempos en que los dioses
Bajaban, enamorados,
Y á las hijas de los hombres
Se unían con dulces lazos.
De estos amores nacían
Los caudillos coronados,
Los fundadores de imperios,
Los héroes, del orbe pasmo.

No te asombres, pues, ¡oh niña!
Al ver mi divino rango,
Y prepárame, ante todo,
Fuerte rom y té aromático;
Que en esa maldita playa
Sopla un cierzo de mil diablos,
Y también, en estas noches,
Las deidades atrapamos
Algún olímpico reuma
O algún inmortal catarro.»

TEODORO LLORENTE.

ÍNDICE

SECCIÓN ESPAÑOLA

	Páginas.
Buen tiempo fijo, cuento, por Ricardo Becerro de Bengoa.	5
Humoradas, por Ramón de Campoamor.	21
Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente, por José Ramón Mélida.	22
Tradición, por Blanca de los Ríos.	34
El Fausto en la música, por Arturo Campión.	40
La gran noticia, cuento, por Ricardo Palma.	56
Crónica internacional, por Emilio Castelar.	57
Revista económica, por Un ex-Ministro.	72

SECCIÓN EXTRANJERA

La sopa de queso, por Alfonso Daudet.	82
Duelo de monstruos, por Teodoro de Banville.	86
Recuerdos de mi infancia, por Ernesto Renán.	93
El Rey de Baviera, por Víctor Cherbuliez.	104
Edmundo y Julio de Goncourt, por Emilio Zola	122
El cabecilla Destuches, continuación, por J. Barbey D'Aurevilly.	158
Noche en la playa; poesía de Enrique Heine, traducida por Teodoro Llorente.	220

España moderna

AÑO III NÚM. XXXII

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO.

AGOSTO—1891

MADRID
IMPRENTA DE EVARISTO SÁNCHEZ MARTÍNEZ
Calle de Atocha, 114,
1891.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Española.

JUAN MALASAÑA Y SU HIJA

Noble, atrevido, heróico fué el comportamiento que, al decir de escritores autorizados, tuvo el famoso chispero del barrio de Maravillas durante la memorable jornada del día 2 de Mayo de 1808; y la generosa abnegación con que se le ha presentado á nuestros ojos, defendiendo la independencia de la patria, ha sido motivo de legítima alabanza por los que, sin dejar resquicio á mezquinos intereses, rinden justo tributo de admiración ante los héroes que realizaron aquel acto glorioso. Yo, uno de tantos hijos de Madrid amantes de sus grandezas, he procurado enaltecer, dentro de mi reducida esfera, por cuantos medios tuve á mano, en la prensa y en la conversación particular, el valor temerario, el patriótico arrojo y la entereza de carácter de Malasaña, elegido como símbolo y representación popular de aquel movimiento que, iniciado en el Parque de Artillería, vino á

tener su término en Waterloo; y arrastrado por la opinión general, identificado con ella, haciendo renacer en mi alma el entusiasmo de mis pasados verdores, sentí dulce alegría al saber que alguien trataba de perpetuar en una ó en otra forma la memoria del pobre y oscuro menestral que, según mi creencia, había sacrificado la vida sin esperanza de otro premio que el de la satisfacción de haber cumplido con su deber.

El hecho que se atribuye á Malasaña es bien conocido, pero, no obstante, voy á referirlo, transcribiendo las mismas palabras con que lo relata Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*.

«A una de ellas (1) se le dió el nombre del chispero Malasaña que desde su casa de la calle de San Andrés defendió una de las entradas del Parque, ayudado de su mujer María Oñora y de una hija de diez y siete años llamada Manuela, que murió en el momento de dar cartuchos á su padre, quien con el cadáver de su hija delante continuó haciendo fuego hasta que consumió el último grano de pólvora.»

Leyendo este sencillo relato veíamos en los mundos de la imaginación la figura del chispero con el fusil en la diestra y el cadáver de la hermosa joven á los pies; comprendíamos el espíritu de Malasaña animado de febril excitación, posponiendo las más puras afecciones de familia ante el acendrado amor á la independencia nacional, y consagrábamos siempre en el aniversario de la gran epopeya matritense un cariñoso recuerdo para aquel rarísimo ejemplo de patriotismo.

A virtud de esto, quise contribuir, en lo que mis débiles fuerzas consintiesen, á realzar el heroismo de Mala-

(1) Habla de las calles abiertas en el terreno donde estuvo el palacio de Monteleón.

saña, reuniendo cuantos datos referentes á él estuvieran á mi alcance, con el honrado y firme propósito de ofrecer mi grano de arena, cualquiera que fuese la demostración que en memoria suya se llevase á feliz término. No podía presentir la triste decepción que me estaba reservada, ni el terrible desencanto que habían de experimentar mis ideales, basados en el buen deseo de un madrileño entusiasta por la historia de la villa que le vió nacer.

Siempre creí que la relación de Fernández de los Ríos estaba ajustada á la verdad como anillo al dedo, y hubiera apostado la famosa *Torre del oro*, si hubiera sido de oro, y si hubiera sido mía, contra la más futil bagatela, si algún crítico descontentadizo le hubiese puesto distingos á la versión. A más de que la heroicidad de Malasaña halagaba mi negra honrilla de hijo de Madrid, veía yo en Fernández de los Ríos al historiógrafo, valga la frase, incapaz de engañarse ni engañarnos: él había escudriñado en el Archivo de Palacio, en el del Ayuntamiento, en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional y en otros depósitos de documentos históricos, curiosísimos datos para escribir su *Guía de Madrid*, y aunque apurando la cosa pueda ponérsele tacha de algo parcial en sus apreciaciones, respecto á los hechos mostró siempre prurito de consignarlos tal y como sucedieron sin añaduras ni postizos. Vaya esto en honra suya y en disculpa de mi credulidad.

Así las cosas, quise, como digo, investigar otros antecedentes que los que de Malasaña nos da el mencionado autor, y el fruto de mis pesquisas ha venido á echar por tierra el castillo de mis ilusiones.

Lo primero con que tropezaron mis ojos fué una relación, su fecha en Palacio á 23 de Abril de 1816, firmada

por D. Pedro Ceballos, Secretario de Estado, é interino de Gracia y Justicia, en cuya relación, comprensiva de los nombres de las víctimas del Dos de Mayo, aparecía Manuela Malasaña, mas no su padre, circunstancia que ¡pobre de mí! hube de achacar, en los primeros momentos, á olvido de los encargados de formarla, aunque parecíame extraño que quien se acordó de la hija, habría, natural y lógicamente, de tener al padre en la memoria.

Habíanme dicho que por aquel entonces de la fecha que dejo apuntada en el párrafo anterior, concediéronse gracias á los parientes de las víctimas sacrificadas por los franceses, y parecióme oportuno buscar entre los expedientes que al tanto se formaran, el que correspondiera á cualquier pariente de Malasaña, que alguno tendría y algo habría de alegar en pro de su pretensión.

En efecto, Marcela Oñoro, hermana de la madre de Manuela Malasaña, reclamó su pensioncilla, como no podía menos de suceder, pero en la solicitud no menciona á su cuñado, y sólo hace valer los méritos de la sobrina.

Hé aquí la instancia:

«Reverendo señor abad y cura párroco de San Martín.—Marcela Oñoro, de estado viuda, habitante en la calle del Barco, casa núm. 16, á V. R. hace presente que entre las víctimas sacrificadas por la ferocidad francesa el memorable día Dos de Mayo, fué una su sobrina carnal Manuela Malasaña, de edad de quince años, hija de Juan y de María Oñoro, ya difuntos, habitantes en la calle de San Andrés núm. 18, cuya joven, *viniendo de bordar fué registrada, y sin más motivo que haberla hallado las tijeras que traía colgadas de una cinta para uso de su ejercicio, la fusilaron bárbaramente los soldados franceses,* hacia el Parque de Artillería, en cuyo sitio aún subsiste una cruz; y siendo la exponente el pariente más

cercano de la difunta, como tía carnal suya, y estando constituída en la mayor miseria por sus achaques, avanzada edad y falta de vista, suplica á V. R. rendidamente se sirva agraciarla con una de aquellas limosnas destinadas para los parientes más cercanos de las víctimas del citado día Dos de Mayo, en que recibirá particular merced.—Madrid 12 de Mayo de 1815.—Por la suplicante, Miguel Feliu» (1).

Los extremos consignados en el memorial transcrito se legalizan con este otro documento:

«Como secretario de la Diputación de Caridad del barrio de San Basilio:—Certifico que en 12 de Mayo último se presentó Marcela Oñoro ante el señor cura párroco de San Martín y dicha Diputación, pidiendo se tomasen los informes competentes para acreditar ser parienta de una de las víctimas del Dos de Mayo, y evacuado, resultó vivir en la calle del Barco, núm. 16, ser viuda, necesitada y tía carnal de la víctima Manuela Malasaña, hija de Juan y de María Oñoro, difuntos; por lo tanto

(1) Manuela Oñoro era viuda de Antonio Ferrer, tenía sesenta y dos años al solicitar la limosna, y había habitado anteriormente en la calle del Desengaño, núm. 3. Se le concedió una pensión de dos reales diarios, y habiéndosele pagado por equivocación á razón de tres durante una temporada, se le descontó luego lo cobrado en demasía, como lo prueba la Real orden siguiente:

«Conformándose el Rey N. S. con lo expuesto por el Ayuntamiento de esta muy heróica villa en 20 de Agosto último sobre la instancia de Marcela Doñoro (*sic*) agraciada con la pensión de dos reales de vellón diarios, como parienta de una de las víctimas del 2 de Mayo de 1808, solicita no se la descuente lo que por equivocación ha percibido de más, ha venido S. M. en desestimar dicha solicitud. De su R. O. lo comunico á V. S. para inteligencia del Ayuntamiento y demás efectos convenientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Palacio 18 de Septiembre de 1817. —Juan Lozano de Torres.»

¿Qué entenderían por equidad los consejeros de Fernando VII?

se la incluyó en el plan que se dirigió al Sr. D. Angel Barreiro (1) comprensivo de los parientes de dichas víctimas, que hicieron igual petición ante esta Diputación, todo con arreglo al oficio del Sr. Barreiro, de 11 de Mayo de la misma fecha; y para que así conste, á instancia de la misma interesada, doy éste que firmo en Madrid á 15 de Noviembre de 1815.—José Rosiños, secretario.»

De la lectura de estos documentos se desprende la triste consecuencia de que Manuela Malasaña no fué la heroína que nos pinta Fernández de los Ríos, facilitando cartuchos á su padre mientras éste hacía fuego á las tropas francesas; y resulta asimismo de la relación de méritos que la Marcela Oñoro presentó para solicitar la deseada pensión, que la pobre mujer olvidó, extraño olvido por cierto, añadir los merecimientos del padre de Manuela, antecedente que hubiera sido muy del caso hacer notar, y que la Diputación de Caridad tampoco tuvo en cuenta. Por este lado va perdiendo terreno la noticia del autor de la *Guia de Madrid*, y suponiéndole menos enterado que Marcela Oñoro y que la Diputación de Caridad, hemos de convenir en que Fernández de los Ríos padeció error al consignar en su por otros conceptos apreciable libro la anecdotilla célebre de los cartuchos.

En cambio la figura de Manuela Malasaña nada pierde con la investigación histórica: es la víctima inocente sacrificada por la brutalidad del ejército invasor; es la débil mujer elegida para servir de blanco á las iras de hordas sedientas de venganza; es la mártir que, resignada y sin lucha, derramó su sangre por la independencia de la patria. El fusilamiento de esa modesta bordadora es una página honrosa para la historia de Madrid y un

(1) Secretario del Ayuntamiento.

baldón para los hombres que en aquellos solemnes momentos fueron árbitros de los destinos de España.

La omisión que del padre de Manuela se hace en los documentos transcritos no es para echada en tela de cedazo, y bueno será llamar sobre ello la atención del lector á fin de que se vaya preparando á comprender lo que más adelante han de arrojar de sí papeles no menos auténticos y no menos importantes.

La citada Manuela Oñoro, al presentar su memorial, acompañó, como justificante, la partida de defunción de su sobrina, en cuya partida se declara que á la sazón de la muerte de Manuela su padre *era difunto*; declaración terrible que viene á echar por tierra la fama del chispero, y á cercenar un si es no es la del autor que nos le daba haciendo fuego cuando el pobre yacía en el camposanto.

Dice así el documento:

«Certifico como Theniente mayor de cura de la parroquia de San Martín de Madrid, que en uno de los libros de difuntos de ella, al folio doscientos treinta vuelto, se halla la siguiente—Partida: Manuela Malasaña, soltera, de edad de quince años, hija lexitima de Juan, DIFUNTO, y de María Oñoro, parroquiana de esta iglesia, calle de San Andrés, número diez y ocho, murió en dos de Mayo de mil ochocientos ocho; se enterró de misericordia.—Concuerda con su original á que me remito. San Martín de Madrid y Mayo doce de mil ochocientos quince.—Fr. Bernardo Saco.»

Merecíame entera confianza la certificación, pero quise rectificarla, y gracias á la amabilidad del teniente mayor de la parroquia de San Martín, D. José Joaquín Montalván, pude comprobar la partida de defunción, que efectivamente se halla inscrita en un libro correspon-

diente al antiguo cementerio de la Buena-dicha, donde fué enterrada la infeliz Manuela.

A mayor abundamiento, en un estado de parientes de víctimas, fechado en 25 de Junio de 1815, y firmado por Fray Miguel de San Cristóbal, abad y cura de San Martín, por el ya conocido D. José Rosiños y por otros individuos que indudablemente compondrían la Junta parroquial de Caridad, aparece Marcela Oñoro con la siguiente declaración: «Tía carnal de la víctima, QUE ERA HUÉRFANA (1), Manuela Malasaña, que murió soltera de quince años de edad.»

Después de conocer cuanto queda referido, ¿será aventurado suponer que el padre de Manuela había muerto con anterioridad al día 2 de Mayo de 1808? Y en presencia de este dato, ¿no podremos tachar de falsa la anécdota de los cartuchos?

Extraño es que en las antiguas relaciones de víctimas no figure el padre de Manuela, y extraño es también que acontezca lo propio en los libros y folletos que del Dos de Mayo tratan, anteriores á Fernández de los Ríos, por más que en cuestiones de bibliografía no puede decirse nunca la última palabra, y factible es que algún curioso posea ó haya visto lo que yo no tuve la suerte de encontrar. Tal vez el fundador de *Los Sucesos* basara su afirmación en datos que había consultado, aceptándolos de buena fe, como yo y otros conmigo aceptamos lo de los cartuchos, sin exigir el marchamo de autenticidad, necesario á toda laya de anécdotas, lo mismo cuando se atribuyen á Luis XIV que á un chispero del barrio de Maravillas (2).

(1) Huérfana de padre, puesto que su madre la sobrevivió, según la partida de defunción citada.

(2) Aunque no conocemos la profesión ú ocupación de Juan Malasaña, hemos convenido en hacerle chispero, esto es, herrero.

Dice Fernández de los Ríos (3) que á propuesta suya se dió el nombre de Malasaña á una de las calles abiertas en Monteleón el año 1869, y claro es que razones y motivos tendría para ello: los calló inadvertidamente, y hé aquí el conflicto. Malo es que en la partida de defunción de Manuela se diga que el padre de ésta *era difunto*, y malo es que la respetable autoridad del abad de San Martín afirme que la víctima en cuestión *era huérfana*, pues contra estos argumentos no valen sutilezas de escolástico.

Tampoco he conseguido averiguar de dónde sacó Fernández de los Ríos el segundo nombre con que bautizó al padre de Manuela, llamándole Juan Manuel.

Pudiera ser que aquel eximio escritor, buscando noticias en uno y en otro archivo, confundiese notas y papeles, atribuyendo á Malasaña un acto que realizaría otro héroe de los muchos que tuvo el Dos de Mayo.

Próximo á terminarse, ó terminado ya, un libro en que la castiza, elegante y correcta pluma del distinguido escritor D. Juan Pérez de Guzmán ha reseñado con sus más minuciosos detalles las sangrientas escenas de aquel hecho insigne, esperemos su aparición para formar juicio exacto de la anécdota que ha dado motivo á este artículo.

Dada la competencia que el Sr. Pérez de Guzmán tiene en este asunto, debemos confiar en que su libro ha de obligarnos á formar opinión definitiva respecto de la participación del padre de Manuela Malasaña en la memorable jornada del Dos de Mayo.

De lo expuesto hasta aquí se desprende que sobre el hecho de autos, como diría un letrado, debe instruirse

(3) Loc. cit., pág. 104.

nuevo sumario; que las pruebas documentales presentadas en la litis deponen en contra de la existencia del padre de Manuela Malasaña en aquel glorioso día, y que, por el pronto, la especie dada á conocer ó echada á volar por Fernández de los Ríos no resiste el examen de una crítica seria y desapasionada.

Carlos Cambronero.

BUEN TIEMPO FIJO

CUENTO

III

EN EL CALDÓN

Cuando Manolo y Rosa regresaron de Oviedo, aseguraron que Marcelo Uria había aceptado la invitación y que en el próximo domingo llegaría á Lampaya.

—Verá usted, mi general,—añadió aquél—un muchacho simpático y un sabio completo. El es el que me ha escogido, en la botánica y en la ganadería, los mejores ejemplares que tengo. Le gusta aparecer un tanto excéntrico, sobre todo en materia de faldas, de poesía y de ilusiones, pero... él caerá. Rosa le ha visto en Oviedo y... no le ha disgustado, por más que ni una sola vez se han mirado á la cara. ¿No es verdad, chiquilla?

—No es verdad,—contestó la boliviana;—porque ese caballerito será todo lo sabio que usted quiera, pero en

su trato es un ogro. Ya verás, Anita, lo extravagante que se ha vuelto.

—¿Tú le conoces?—preguntó el general á su sobrina.

—Sí, le conozco; es decir, le conocí. Fuimos juntos á la escuela de muchachos, según la costumbre antigua del concejo, y he de decir que entonces era el único señorito que había por estos pueblos. Cuando á los doce años, me llevaron al colegio, él salió á estudiar á Oviedo; después murió su padre de mala manera, y, sin duda, como no le quedaron parientes por aquí, no ha vuelto más. Hace, pues, diez y seis años que no le veo, y seguramente si nos encontramos no nos conoceremos. Mi marido está enamorado de él, porque en diez ó doce meses, que hace que le trata, le ha trastornado el seso, convirtiéndole en entusiasta agricultor. Creo que cuando están juntos no hablan más que de vacas, de carneros, de manteca, de plantones, de injertos y de otras bellezas semejantes.

—Hoy son así los hombres útiles, Anita,—repuso su marido;—todo lo demás, cuanto no resulta económico, práctico y reproductivo, es una majadería. Sin embargo, entiendo que á pesar de estas verdades es gran lástima que sea tan excéntrico un buen mozo como ese. ¿No es verdad, Rosa?

—Allá se las haya él con sus teorías; á mí, ¿qué me importa?; él puede ser como quiera, buen mozo, estirado, sabio, propagandista de animales y plantas, ó tonto de capirote; pero yo, ¿que tengo que ver con eso?

—De ello hablaremos más despacio y á tiempo—añadió Manolo;—ahora lo que nos interesa es preparar el programa del domingo.

Y después de larga discusión, convinieron en almorzar en Lampaya y en ir á pasar la tarde á El Caldón, á ver la finca y á admirar la puesta del sol desde las peñas. Una

inesperada circunstancia impidió á Perlora el tomar parte en aquella gira. Sus correligionarios políticos de Oñón, El Requejado, Panondres, Gurullón y Cobreya le anunciaron que en aquel domingo acudirían á Lampaya después de comer, para celebrar una sesión del comité del distrito y elegir los candidatos á la diputación provincial, bajo su presidencia.

—Un deber patriótico me obliga á quedarme en casa —dijo á Anita y al general;—los labradores no pueden reunirse más que en día de fiesta, y no quiero ni debo citarles para otro día. Deploro hondamente el no acompañaros; pero prometo que el lunes haremos esa misma expedición los tres hombres, á nuestras anchas, y sin el estorbo de las faldas.

Marcelo Uria llegó en la mañana del domingo, bien temprano. Deslumbrado quedó ante la magnificencia de la casa de Lampaya, que él conoció tan vieja y destartalada; pero más asombro le causó aún, la presencia de Anita, que él había dejado hecha una niña muy bella y á la cual encontró convertida en una mujer admirable. Sus ojos se saludaron mutua y profundamente, como antiguos y buenos amigos, porque los ojos evidentemente no saben disimular. Ella sintió algo de extraordinario é inexplicable al ver cambiado en un hombre arrogante y distinguido á aquel Marcelo, á quien tantos años conoció endeble, pálido, soñador y medio señorito. Marcelo en su saludo y conversación la trató de «usted», por más que el «tú», se le escapaba de los labios; y ella, dominando su interior violencia, le respondió del mismo modo.

Durante toda la mañana, empleada en recorrer el hotel, las dependencias y las cercanías, y en almorzar, el ingeniero se mantuvo serio y reservado con las damas, y habló, en cambio, hasta más no poder, de Filipinas con el

general, como si hubiera nacido y vivido en el archipiélago; y de vacas, trigos y alcoholes con Perlora. Anita y el general, encantados de lo que sabía aquel hombre, asintieron constantemente á los gestos de conformidad y complacencia que hacía el dueño de la casa, guiñando los ojos y frotándose las manos, cada vez que el ingeniero redondeaba un párrafo de su agradable perorata, dicha con tanta sencillez y elocuencia como positivo gracejo.

Después del café, anunció un criado que el carruaje estaba pronto.

—Id con Dios, señores—dijo Perlora.—Allí encontrará usted, amigo Uria, en los prados de la media ladera, las razas Syclex, Perllingthon y Bulle, que he traído recientemente. Tú, Anita, no dejes de enseñarles los plantíos de fresnos excelsior, de tilos, de serbales, sóforas, abetos de Siberia, pinsapos, pinos veymut, retinosporos y tejos, que hemos abierto en estos dos años. En la caseta de la cima, sobre las peñas, os servirán el chocolate. Cuando mis correligionarios y amigos se marchen, yo subiré á la azotea y os veré desde aquí con mis gemelos de campaña, que alcanzan hasta allí, sobre todo cuando se conoce á las personas.

Expléndida era la tarde en que realizaron la excursión. Anita y Rosa, vestidas de gris claro, estaban elegantísimas. Llevaba aquella un sombrero blanco de seda, de anchas alas, con flotante gasa; y ésta, otro rojo oscuro con bandas pendientes, del mismo tono. Desde Lampaya al Caldón hay hora y media de travesía en coche. Antes de llegar, la carretera deja la posesión á la izquierda, dirigiéndose á la costa, en cuyo punto se apearon los viajeros, encargando al cochero que les esperara en la playa, al otro lado de la montaña, cuya ascención emprendieron por un ancho camino, sombreado por grandes nogales.

Había llovido al medio día, y la caminata era algo enojosa, porque abundaban los charcos y los pasos resbaladizos en los huecos de los pedruscos del sendero. Recogieron cuidadosamente sus faldas las damas para no mancharse, dejando ver, bajo la luciente línea de sus plegadas enaguas, algo más que los diminutos y elegantes pies. Rosa marchaba en la vanguardia, saltando de piedra en piedra. El general iba en pos, contemplando embelesado cómo se movía el esbelto y delicado cuerpo de aquella gallarda joven, cuyos dichos y agudas carcajadas distraían á los expedicionarios. Anita caminaba despacio, cuidando de no resbalar, y Marcelo cerraba la marcha, hablando, por lo bajo, con su paisana, «de los tiempos aquéllos» en que eran muchachos. La subida hasta los prados de la ladera duró un cuarto de hora, que á los viajeros les pareció un minuto, por más que lo caluroso de la tarde y lo excepcional del ejercicio les cansó y sofocó en términos que, al llegar á la campa de los castaños hubieron de sentarse afanosos sobre los trozos de roca, que asoman desnudos entre el fresco y verde yerbín, á la sombra de los árboles seculares. Por no hallar espacio bastante para formar un solo corro, Anita y Marcelo ocuparon un banco de peña á la entrada del castañal, y Rosa y el veterano otro, situado diez pasos más arriba, junto á una dilatada lindera de avellanos y zarzamoras. Abanicáronse los hombres con sus grandes sombreros de paja, y las damas se quitaron los suyos, dejándolos sobre la hierba, para enjugar el sudor que bañaba sus frentes.

Desde que se vieron solos Anita y Marcelo, se trataron de tú, sin poderlo evitar.

—Conservo aquí, y lo traigo para enseñártelo—dijo éste, abriendo su cartera de bolsillo,—un recuerdo que

me diste al anochecer, de uno de aquellos días en que yo iba á verte á la puerta de tu casa. Es un premio que te dieron en la escuela; una estampa que tiene tu firma al pie. No conservaba otro testimonio de tu afecto de niña, y lo he guardado siempre con especial empeño. Míralo.

Anita cogió la estampa y bajó los ojos, al sentir que el rubor encendía sus mejillas.

—Supongo—añadió Marcelo—que comprenderás que no te he olvidado y que... (ya que nadie nos escucha, te lo diré) tampoco te he dejado de querer.

—Hace mucho tiempo que lo sé, y que tengo evidentes pruebas de ello—contesto Anita, mirando fijamente al ingeniero, con aire de completa decisión y convencimiento.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué pruebas son esas, si yo no te he visto desde hace tantos años?

—Las mujeres, amigo Marcelo, tenemos un instinto de adivinación ó de picardía, una claridad de entendimiento tal, que nos permite traducir y entender bien en nuestro provecho ó en nuestro daño, cuanto oímos ó cuanto vemos, de tal modo y tan acertado, que muy rara vez nos equivocamos. Yo no me he equivocado contigo. Al venir tú á Oviedo desde Madrid sabías de sobra cómo me había casado yo; y cuando conociste á mi marido, debiste comprender y comprendiste que entre él y yo no podía haber esa mutua é íntima comunión de afectos, de simpatía, de aspiraciones ni de pensamientos siquiera que engendra el cariño natural. Así es la verdad. El es bueno, buenísimo para mí; me idolatra, y tiene profundo y constante pesar porque «su atmósfera», que soy yo, está siempre nubosa, irresistible, como lo apunta él diariamente en su libro de memorias, sin que yo lo sepa, pero que yo leo de cuando en cuando.

A pesar del sacrificio que hizo, redimiendo la fortuna de mi casa (ó del que yo hice casándome con él), no he podido cobrarle verdadero cariño, porque por su edad y por su educación distamos una inmensidad el uno del otro. Siempre que Manolo volvía de Oviedo haciéndose lenguas de tu carácter y de tus conocimientos, figúrate cuál sería mi satisfacción, aunque yo jamás la dí á conocer; y mucho más cuando comprendí que la íntima relación que habías tú entablado con él era exclusivamente para que él me hablase de tí.

—Es verdad—interrumpió Uria sorprendido.

—Calla y escucha. Tú te propusiste desconcertar á mi marido, al mismo tiempo que por su misma boca me enviabas pruebas de tu afecto.

—Anita, es verdad.

—No me interrumpas. Para desconcertarle de modo que jamás supusiera que pensabas en mí, representaste la siguiente comedia: no venir nunca á Rodeces, en la esperanza segura de verme más adelante aquí ó en Oviedo; maldecir del amor y de las mujeres, y vomitar pestes y extravagancias de filósofo (cuando tú no lo has sido jamás) acerca del alma, de la pasión, del ideal, de la poesía, etc., etc.; no preguntarle por mí, ni recordarle que éramos amigos desde la niñez; embobarle y entusiasmarle, y hasta hacerle vanidoso, enseñándole las maravillas de agricultura de corral y de huerta, ayudándole á que pasara, como pasa, por un hombre entendido en esa pedestre sabiduría y redactando las proposiciones y memorias, que lee en la junta de agricultura. El me lo contaba todo, con la sencillez de un indígena de las cordilleras, y yo «iba tomando buena nota», como él dice en sus cartas de comercio, de todos estos pormenores, y las traducía sin equivocarme ni engañarme, creyendo firme-

mente que me querías lo mismo que cuando éramos muchachos. Seguiste esta táctica para que ni él ni nadie, sino yo sola, (aunque tú tal vez no lo pensaras tan claramente como yo lo veía), se diera cuenta de tu cariño. Sois muy listos y muy avisados los hombres que estudiáis, pero lo somos mucho más las mujeres, á poco que sepamos discurrir y sentir.

Confiabas seguramente en que algún día, próximo ó lejano, podrías explicarme esto mismo que yo te explico ahora, y convencerme de que me sabrías querer así, sin ruido alguno, y... francamente, Marcelo, sólo con esa imprescindible condición podría yo decirte, como te digo, que, en efecto, te quiero como te quería de niña, porque yo á nadie más he querido en el mundo.

Marcelo, asombrado ante la portentosa adivinación de aquella mujer, iba á hablar lleno de indescriptible emoción; pero ella, levantándose, cogió su sombrero y su sombrilla y le dijo sonriendo:

—No hablemos más por ahora. Mira, mira: el general y Rosa están encaramados en aquellas peñas y zarzas, cogiendo no sé qué. Vamos á ayudarles, porque bien pueden lastimarse, si alguno de los dos se resbala.

En efecto, á poco de haberse sentado éstos, y después de referir al general algunos episodios de su vida de América, Rosa se levantó de repente y exclamó:

—Vea usted, general, qué hermosos racimos de moras hay en aquellas zarzas. Voy á llenar mi sombrero, con ese rico regalo para la hora de merendar.

Y, dicho y hecho, se empinó sobre sus menudos pies, alcanzando, con el puño corvo de su sombrilla, los altos colgantes de la silvestre fruta, mientras el veterano, al pie de los pedruscos, sostenía con ambas manos el sombrero de la joven, en el que ésta iba depositando la cose-

cha. Pasó luego de los pedruscos á los añosos troncos retorcidos de los avellanos, y afianzándose en ellos, á riesgo de arañarse con las zarzas interpuestas, alcanzó con grandes esfuerzos las moras más altas. Para ayudarla á cojer los ramilletes apartados, cuyos granos negreaban como grandes botones de azabache y terciopelo, hubo de encaramarse también el general sobre los pedruscos y sostener y levantar en el aire á la chuquisaqueña, que decía gritando y riendo como una chiquilla:

—¡Qué lástima que las más grandes y las más hermosas estén siempre tan altas, mi general!

Y mientrastanto éste, emocionado y confuso, repetía para sus adentros:

—¡Pues, señor, no me ví más comprometido cuando tomé al asalto las alturas de Galarreta!

Rosa dió su sombrero, lleno de fruta, á Anita, y esta obligó á aquella á que se pusiera el suyo blanco, para que la fresca brisa marina, que empezaba á soplar, no enfriase y cortara el copioso sudor que corría por las sienes de la americana. Diez minutos después llegaron á la cima del Caldón, desde la cual se ven ocho concejos, tres puertos y muchas leguas de montes y de mar. Aunque el espectáculo era delicioso, ninguno de los expedicionarios se fijó en él, preocupados como estaban por otras impresiones. A un lado de la cima está la casita de campo de los señores de Lampaya.

Sentáronse instintivamente en dos grupos los cuatro excursionistas, y allí les sirvieron el chocolate y el refresco. Anita regaló las moras á los hijos del casero, á pesar de la protesta de Rosa, y se puso el sombrero rojo de ésta, la cual, como queda dicho, cubría su cabeza con el blanco de aquella. Mientras el sol bajaba á los lejanos límites del horizonte, dorando la tierra y el Océano con

sus últimos resplandores, volvieron á recordar Marcelo y la de Lampaya, en voz baja, los años hermosos de su juventud primera. Y el general, sentado en rústico banco de madera, á cierta distancia de otro que ocupaba Rosa, empezó á lamentarse de lo triste que le iba á ser el llegar solo á Manila, ante cuyas sentidas lamentaciones, se vió ya su alegre amiga convertida en una capitana generala ó virreina de las Indias.

Entre tanto, allá en Lampaya había subido Perlora á la azotea, y después de dar vueltas y más vueltas al tornillo de sus anteojos de campaña hasta que dejó de ver turbio, exclamó:

—¡Ajajá! ahí están; allí les veo en la cumbre de El Caldón. Allí les veo, sí, señor; y aunque no se distinguen del todo, del todo bien, percibo claramente el color rojo oscuro del sombrero de Rosa. ¡Y qué arrimadito está á su lado el otro, Marcelo, el pícaro enemigo de las mujeres! ¡Ah ingenierillo, ya vas cayendo, ya caerás y ya se encargará Rosa de que no te escapes! Un poco más allá veo la pareja del sombrero blanco: es Anita. Enfrente está sentado el general, no hay duda; ¡siempre tan atento y tan afectuoso!

Cuando empezó á anochecer, los de El Caldón tomaron la bajada de la montaña.

—Cambiemos los sombreros, Rosa—dijo Anita—porque no me viene bien el tuyo (y porque, además—dijo para sí,—mi marido ya se habrá retirado de la azotea).

El camino de bajada hacia el mar es anchuroso y sin piedras. En doce minutos se encontraron en la playa, cuando ya se desvanecía la lejana claridad del crépusculo. Anita ordeno al cochero que marchase delante de ellos, porque la noche plácida y serena convidaba á caminar á pie un rato. Cogióse ella del brazo de Marcelo,

aceptando el cortés ofrecimiento de éste, y Rosa de el de el general, y anduvieron, bien despacio, por la carretera á orillas del mar, así como una media hora.

Al volver á subir al carruaje, Rosa había prometido á su acompañante que no iría solo á Manila; y Anita aseguró al ingeniero que desde que dejó de verle no había pasado un día más feliz.

Cuando entraron en Lampaya, los recibió Perlora con los brazos abiertos.

—¿Qué les han parecido mis ganados, mis fresnos, sóforas y pinsapos, caballeros? exclamó lleno de gozo.

—Admirables, sobrino, admirables!—contestó el general.—Asturias te deberá seguramente su regeneración agrícola silvestre.

—Venimos satisfechísimos, Manolo,—añadió Anita—ha sido una expedición incomparable. ¿Y tus correligionarios?

—Tan entusiastas y bondadosos, señores; ya lo veis, la política le obliga al hombre á pasar por todo y á hacer toda clase de papeles. Perdonadme que os haya abandonado por ella.

Tan risueña estuvo Anita en la mesa y tan complaciente con todos, y en especial con su marido, que éste, al cerrar sus notas del día, escribió en la casilla de observaciones: «La atmósfera despejada. Hay seguros indicios de bonanza.»

IV

URIA Y PERLORA

Marcelo insistió en regresar á Oviedo al día siguiente, pretestando urgentes ocupaciones, y lo hubiera realiza-

do, á no oir á Anita decir con irónica gravedad, después de una empeñada discusión sobre este asunto:

—Váyase usted, si gusta; y no nos ocupemos más de cosa semejante.

El ingeniero comprendió que no debía extremar su papel de hombre fosco, y se quedó en Lampaya por un par de días más, durante los cuales los tres amigos de la casa hicieron, á caballo, una agradable visita á El Caldón, saturándose hasta lo indecible de arboricultura y ganadería, por complacer á Perlora. Como coronación y complemento de los trabajos agrícolas de éste, y como gran base para la enseñanza y propaganda rural, le propuso Marcelo la instalación de una fábrica de quesos y mantecas, que utilizase los productos del abundante ganado de la posesión, con cuyo planteamiento le aseguró que obtendría además una ganancia líquida anual de algunos miles de duros.

—Aceptado y agradecido; hágame usted esta noche el bosquejo del proyecto con su presupuesto; pero, con una condición—dijo Perlora.

—¿Con cuál?

—Con la de que la razón social de la fábrica llevará nuestros dos nombres, porque justo es que usted sea el socio facultativo y director, como yo seré el socio capitalista.

El plan quedó hecho, con gran aplauso de toda la gente de Lampaya.

—De este modo—dijo Anita—será usted nuestro prisionero en El Caldón por largas temporadas, y nos instruirá usted en la práctica de esa industria que yo aprenderé también; á ver si con ese pasatiempo se nos hace más entretenida y amena la vida en este rincón del mundo.

—¡Admirable, admirable, Anita! Así quiero yo verte, dispuesta á prescindir de tu eterno mal humor y de tu incomprensible apatía é indiferencia,—exclamó Perlora;—y de ese modo también—pensó para sí—se irá poco á poco entendiendo el ingeniero con Rosa, hasta que al fin le metamos en la familia.

Marcelo partió para Oviedo, después de haberles hecho la promesa de que antes de ocho días estaría en Lampaya con el proyecto estudiado, dibujado, calculado y completo.

Al día siguiente, muy de mañana, dijo el general á Perlora, en un momento en que estuvieron solos:

—Vámonos á la huerta, Manolo, porque tenemos que hablar de cosas muy graves.

—Hable usted, tío,—le contestó Perlora, en cuanto se hallaron á bastante distancia del hotel;—entre usted y yo no puede haber secretos. ¿Necesita usted dinero?

—No, por cierto; y muchas gracias por la pregunta. Lo que necesito es manifestarte que he pensado mucho y muy detenidamente en eso de mi viaje á Filipinas, y...

—¿Qué? ¿qué se ha decidido usted á no ir? Me alegro. Quédese usted aquí con nosotros, que buena falta nos hace.

—No, hombre, no; no seas atolondrado. Has de saber que después de madura reflexión he decidido no ir solo á Manila.

—Me parece muy bien; pero... lo que es yo no le acompaño á usted!

—Ya lo supongo. Pues bien, no quiero irme solo, y me voy á casar.

Perlora dió un paso atrás, con tal violencia, que estuvo á punto de caer, y exclamó:

—¿Está usted loco, tío?

—Estoy muy cuerdo y muy sano, sobrino. Necesito tener allí quien me quiera y quien me cuide, y felizmente he encontrado un angel, que me cuidará y me querrá.

—¿Un angel? ¿En dónde?

—Aquí, en Lampaya.

—¡Hombre! ¡por Dios, tío! ¡mire usted lo que dice! ¡Un angel aquí en Lampaya!... ¡Ah, vamos! Usted ha echado el ojo á alguna de las doncellas de mi mujer, ó á la cocinera ó á alguna doméstica. ¿No es eso? lo comprendo perfectamente; ese es el paradero de todos los solterones...

—Estás equivocado de medio á medio. Aunque solterón y militarón, aún conservo mi antiguo buen gusto. Mi futura es Rosa; y mi secreto era decírtelo y pedirte su mano.

Perlora se quedó como quien ve visiones. Miró fijamente al general, y soltando una tremenda carcajada, exclamó:

—¡Me parece bien la broma! ¡divino, tío, divino!

El general se irguió muy serio, y con enérgico ademán repuso:

—Lo que te he dicho es cierto. Te lo aseguro por mi honor y por mi conciencia. Ella me quiere; tú mujer lo sabe y lo aprueba; sólo falta tú consentimiento como tutor.

—Déjeme usted, tío, que me serene—añadió Perlora —porque no sé qué se me ha puesto en la garganta, ni sé tampoco qué es esto que me zumba en los oídos. Déjeme usted, y crea, señor general, y esto se lo digo también muy de veras, que por más serio que se ponga usted, le declaro y repito que eso no puede ser, que no lo creo, y, en fin, ¡que no será!

—Allí vienen Anita y Rosa—contestó el general—y ellas te dirán si eso puede ser y si debes creerlo.

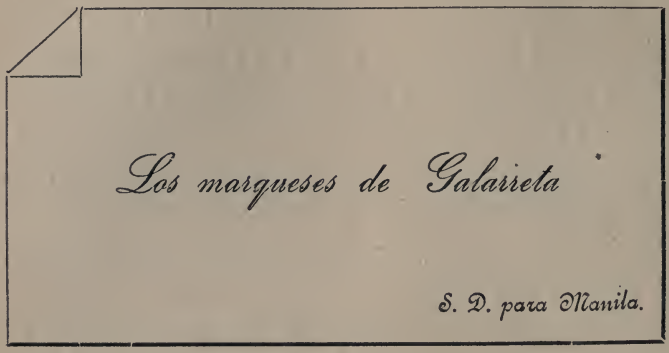
—¡Sí, señor; en ellas, en las mujeres, lo creo todo, absolutamente todo; ¡pero en usted, tío!... ¡Vamos, no se acerquen y me hablen de eso, porque estoy dispuesto, como hay Dios, á hacer ahora mismo una barbaridad!

Mientras el general se reía, y su sobrino se enjugaba el sudor, y apretaba los puños y huía para que su mujer y su pupila no le alcanzaran, le hicieron éstas muy pronto detenerse, y tal y tan tremenda nube de razones, de súplicas, de bromas, de voces y de palmadas descargaron sobre él, que el hombre, rechazándolas cariñosamente, dijo al fin, con aire resuelto:

—Me resigno, me entrego y me callo. Así sea. Yo tenía otro gran proyecto, pero ya que entre todos habeis enredado este estupendo negocio, sea. Cuando gustes. Rosa, puedes ascender á tía mía!

—¡Ven á mis brazos, virreina de las Indias!—exclamó Anita oprimiendo á la joven contra su pecho.—Tío mío, que sea enhorabuena; señor marido, muchísimas gracias: has hecho felices á estos dos tortolillos, y yo no sé cómo pagártelo; ¡eres el más bondadoso de los hombres!

El general pidió una prórroga de un mes para embarcarse, y se casó en Lampaya. Marcelo asistió á la boda y les acompañó, en su viaje de novios, hasta Puente los Fierros. Ocho días después comunicaron desde Madrid á Perlora y á su mujer que el general había sido agraciado con un título de Castilla, y, en prueba de ello, incluyeron en la carta una tarjeta que decía así:



Al contestar á una de las cartas que escribieron después desde el archipiélago, incluyó Perlora en la suya otra tarjeta, de gran tamaño, en la que se leía:

Anita había cumplido su palabra, porque no sólo visitó todos los días las obras de construcción de la fábrica,

que dirigió el ingenieró, sino que tomó tal afición y cariño á la nueva industria, que permanecía horas enteras presenciando las operaciones, el almacenaje y el envío de los productos. Continuó Marcelo, al parecer, tan áspero, tan filósofo y tan enemigo de aquella mujer y de todas las mujeres, como lo exigía la conveniencia del caso; y en cambio, se mostró Anita desde entonces tan complaciente, tan decidora y tan afable con su marido, que éste decía á menudo á su consocio:

—Ha realizado usted en mi casa un verdadero milagro. Mi mujer está regenerada. Solo á un hombre de su ingenio se le podía ocurrir la manera de curar el perpetuo aburrimiento de Anita, y la de hacerme ganar dinero al mismo tiempo, cuando yo hubiera dado la mitad de mi fortuna por verla contenta.

—No se fíe usted de las mujeres, amigo Perlora—le contestaba Marcelo,—su genio es más variable que el tiempo; y conste que ya le he repetido á usted muchas veces que la mujer no es otra cosa que un complemento orgánico nuestro, incapaz de raciocinio.

El de Lampaya miraba con aire de compasión al ingeniero, al oirle sostener sus incorregibles sentencias; y en tanto, muy gozoso y satisfecho, escribía todas las noches, en su libro de cuentas y observaciones: «Buen tiempo fijo»

—¡Conforme, de toda conformidad!—exclamaba Anita, cada vez que acudía al libro diario para conocer la opinión de Perlora, acerca del estado de la atmósfera en que vivía: «¡Buen tiempo fijo!», ¡Conforme!; ¡y que no se nos acabe nunca!»

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

EL FAUSTO EN LA MÚSICA

II

«MEFISTÓFELE», ÓPERA DE ARRIGO BOÏTO

Ha comenzado á popularizarse en España, con trazas de disputar el favor del público á la ópera de Gounod, la del músico y poeta italiano Arrigo Boïto; y aun no faltan personas que, deslumbradas por la novedad ó acaso creyendo pasar plaza de más exigentes y profundas conocedoras del poema original, resueltamente otorga la palma al *Mefistófele*.

Vista de por fuera, la ópera de Boïto parece escrita con ánimo de penetrar en la esencia del *Fausto* y darnos un comentario musical que comprenda la totalidad del poema. La ópera, que es un cultivo muy atenuado del sistema wagneriano en caldos italianos, se divide en dos partes, con un prólogo en el cielo y un epílogo. Los amores de Fausto y Margarita quedan rebajados á su categoría de episodio; la noche *romántica* de Walpürgis está desenvuelta ampliamente bajo las proporciones de un acto entero; otro completo hay dedicado á la noche *clásica* de

Walpürgis, desmayado compendio de la maravillosa fantasía así denominada (la cual comienza en los campos de Farsalia con la siniestra descripción de Ericto y termina con los encantos de la fiesta marina en el mar Egeo), y del impecable *intermedio* de Elena, esculpido por un cincel ático en mármol de Páros. Somos espectadores del remozamiento de Fausto y de su muerte. El único procedimiento discreto que se conoce para habérselas con obras de semejante magnitud, que estriba en concretarse á las escenas capitales, realmente *significativas,* lo ha seguido Boïto. ¿Pero logró ponernos en comunicación con el alma del héroe, ó no ha pasado, acaso, de la corteza y apariencia de las cosas?

Boïto ha pretendido que el protagonista de su ópera fuera Mefistófeles. Vano empeño; Mefistófeles no es un carácter musical. Es un diablo escéptico, burlón, irónico, que ha leído á Voltaire, y, á ratos perdidos, en la biblioteca de Fausto, algunas páginas de la *Ethica* de Spinosa. Ninguna pasión satánina bulle en su pecho: ni el orgullo, ni la ambición, por ejemplo. Le falta la desolada poesía de la desesperación incurable, la nostalgia del cielo, la tristeza del bien ajeno. ¡Cuán diferente del Satán de Milton! «¿Es esta la región, estos el país y morada que hemos de trocar por el cielo, y esta tétrica obscuridad por la luz celeste?... Recibe, profundísimo Averno, recibe á tu nuevo señor, cuyo espíritu jamás ha de cambiar, ni por el transcurso del tiempo, ni por la variedad de lugares. El espíritu transforma, dentro de sí mismo, el cielo en infierno y el infierno en cielo. ¿Qué le hace el lugar de mi residencia, siendo, como soy, el mismo que antes era, aunque inferior á Aquél que es dueño del poder del trueno? Aquí, por lo menos, seremos libres, pues no hizo el Omnipotente este lugar para envidiárnoslo, ni querrá ex-

pulsarnos de él; aquí reinaremos, y es mi ambición reinar, aun cuando sea sobre el infierno; prefiero reinar aquí á servir en el cielo... ¡Príncipes, potestades, guerreros, esplendor del cielo que un día fué vuestro y que habéis perdido!... ¡despertad, levantáos ó permaneced para siempre envilecidos!» (1). Ni aun siquiera tiene el Mefistófeles de Goethe la desmedrada tristeza que el aislamiento infunde en el alma del Mephistophilis de Marlowe, y que á la pregunta de Fausto de por qué tienta á los hombres, le inspira la contestación: «*¡Solamen míseris socios habuisse doloris!*» Mefistófeles, «porción de esa fuerza que quiere siempre el mal y hace siempre el bien... Espíritu que siempre niega y con razón» (2), es todo un pobre diablo, mal educado, cínico en su lenguaje, grosero en sus modales, viejo, feo y grotesco con su pata de caballo, tertuliano de brujas y monas, desnudo de empaque y prosopopeya personal, hasta el extremo de que sus conjuros son «gestos de tambor mayor.» Su carácter, puramente *intelectual* (como que representa la contraposición, contradicción y negación de lo ideal, no de una manera absoluta, que entonces sería grandioso, sino relativa), únicamente puede suministrar á la música elementos puramente externos, pintorescos y decorativos. El error de Boïto es esencial, y por más que le pese, Fausto es el protagonista efectivo de su obra, aunque esté intencionalmente rebajada su importancia.

La ópera comienza como el poema: en el cielo. La escena inicial del libro de Job se repite cerca de cuatro mil años después. Mefistófeles, como Satán entonces, recibe permiso para tentar á Fausto; ambos casos procurarán

(1) John Milton: *El paraíso perdido,* lib. I.
(2) Goethe, *Faust,* primera parte.

la mayor gloria de Dios y confusión del Enemigo (1). Arrigo Boïto, valiéndose de reminiscencias de la última escena del *Fausto,* ha combinado un cielo que no es del prólogo de Goethe, cuyas indicaciones son, sencillamente, las siguientes: «El Señor, las falanges celestiales, después, Mefistófeles.» Recordemos el himno inmortal de los arcángeles, cuyas estrofas son otros tantos brillantes engarzados en la portada de la obra:

RAFAEL

Une su añejo ritmo á la armonía
De la celeste esfera el sol sereno,
Y exacto sigue la prescrita vía
Con los potentes ímpetus del trueno.
Al angel da vigor su llamarada,
Aunque no pueda penetrar en ella:
Como al salir sonriente de la nada
Aún es la obra de Dios, sublime y bella.

GABRIEL

Y la tierra, esplendente de hermosura,
Con rapidez inconcebible gira;
Y la luz del Edén pronto en oscura
Noche trocada, apágase y expira.
Y en su lecho de rocas espumante
Revuelve el hondo mar sus aguas locas,
Y en el eterno círculo incesante
Rodando van al par aguas y rocas.

MIGUEL

Del mar, la tempestad corre á la tierra,
Y de la tierra al mar vuelve rugiendo;

(1) Véanse los versículos 7, 8, 9, 10, 11 y 12 del libro de Job, cap. 1.°

Y en su órbita fatal al mundo encierra
Con fiero afán y encadenado estruendo.
Luto y desolación aterradora
Nuncian al rayo en predicción sombría;
Mas tu fiel mensajero ¡oh Dios! adora
La dulce marcha de tu hermoso día.

LOS TRES ARCÁNGELES

Al angel vigor da tu llamarada,
Aunque no puede penetrar en ella;
Como al salir sonriente de la Nada,
Aún es tu obra, Señor, sublime y bella (1).

El cielo de Boïto es más aparatoso. Ocultos por la nebulosa están las falanges celestes, los querubines, los penitentes, un coro místico, los siete truenos, las siete trompetas del Apocalipsis. Después de una nota tenida de llamada, herida *fortissimo*, comienza á dejarse oir en el metal el *leit-motiv* ó tema de la glorificación, combinado en el de la salutación, iniciado *pianissimo* en forma arpegiada. Los dos temas se suceden repetidas veces, pasando de un tono á otro, sufriendo alteraciones de forma, alternando las dilataciones y contracciones de sonoridad, mudando de timbres con tal arte, que este preludio nos sugiere la idea de una melodía que resuena en las alturas y en los abismos, imagen de un poder que lo llena todo. El coro entona el *Ave Signor* y se escucha el tema grandioso de la redención, propuesto *piano*, el cual, al llegar á su fastigio, tremola *fuerte* un momento y se apaga para ser recogido de nuevo y arrebatado, merced á un *crescendo* rigorosamente gradual, cuya intensidad aumentan los acordes del acompañamiento, tratados por

(1) *Fausto*, primera parte, traducida en verso castellano por D. Teodoro Llorente.

disminución, á las alturas de la orquesta, donde se cierne como una desgarradura de nubes inundadas de luz, en un trémolo brillante atacado *fortissimo* y enriquecido con escalas ascendentes, graves y agudas; después languidece y se disuelve en acordes tenidos. El motivo de la glorificación, lanzado á vuelo por las siete trompetas, remata este primer número del prólogo.

A la solemnidad y pompa de esta composición sucede el ritmo juguetón y ligero del *scherzo* instrumental. Una nota aguda contesta á tres acordes que proponen el nuevo ritmo. La melodía, siempre *staccato*, acompañada por notas sueltas que imitan su movimiento y con ella constituyen endeble y frágil armonía, dibuja el culebreo de un vuelo rápido semejante al del muciélago y aparece Mefistófeles en la sombra. Viene á solicitar permiso para tentar á Fausto y comienza por exclamar el *Ave Signor* de rúbrica. Mefistófeles une su voz á la de los instrumentos del *scherzo*, cuyo trío, algo más movido, consiste en una frase acentuada y decidida, la cual después se rompe y desgrana en notas que, á la deshilada, imitan la melodía, repetida, por conclusión, más despacio aún, bajo su doble forma, en un *fortissimo* y un *piano* de la orquesta. Mefistófeles habla con el Señor, velado por las nubes; alcanza la permisión deseada y exclama contento y arrogante: «*Sovrá il Ré del ciel, avro vittoria*». Entonces comienza el maravilloso *scherzo* vocal; legiones de angelitos entonan cánticos detrás de los tupidos vapores de la nebulosa; la velocísima y monótona melodía, apoyada en un acompañamiento grave á dos tiempos, pero realmente de ritmo ternario, produce, mediante la aumentación y disminución graduales de la intensidad del sonido, el efecto de la ráuda aproximación y alejamiento ráudo de las angélicas falanges. Mefistófeles, so-

litario y envidioso, pondera su bando precito. El *scherzo* prosigue ascendiendo y descendiendo con vertiginosas vueltas como de pájaros acosados, interrumpido por un canto más tierno, religioso y pausado... y desde el remoto horizonte acuden, nuevamente, los angeles, y se retiran batiendo las alas y cantando aleluya.

La salmodia final inícíala el órgano que acompaña el tema de la salutación, cantado por el coro. Repítese una de las frases del *scherzo* vocal, que provoca la idea de juegos y revuelos de espíritus alados, orquestada con delicadeza insuperable. El tema de la salve reaparece en el órgano y pasa á la orquesta, donde resuena vigoroso, y tras una progresión de acordes en *crescendo*, acompañado por los arpegios de la cuerda y suavemente propuesto, surge de la orquesta el motivo de la redención, repetido como en el preludio, y se engarza, asimismo, en el de la glorificación encomendado á un *tutti* formidable. El efecto de este *crescendo*—á contar desde la repetición del tema y desde la substitución del acompañamiento arpegiado por el de acordes—es, realmente, arrebatador. Parece como que aquellas nubes van á rasgarse y descubrir el Trono del Señor iluminado por el Iris de esmeralda, lanzando relámpagos, voces y truenos, las siete lámparas ardiendo delante y el mar transparente, semejante al cristal, tal y como se aparecieron al vidente de Pátmos.

El primer acto se titula «*La Domenica di Pascua*». La escena representa las afueras de Francfort sobre el Mein. Es cuadro analógo al de la Kermesse de Gounod. Bandean las campanas y suenan los clarines de vez en cuando. La bulla es ensordecedora, meridional; los sesudos alemanes se portan como si fuesen napolitanos. La música, animada, alegre y vulgar, marca fiesta con sus

ritmos de baile. Fausto y Wagner andan de paseo. Una suave melodía expresa la sensación agradable que los hálitos de la primavera producen en el cansado doctor. Se acerca á contemplar los transportes de la alegría popular, á pesar del disgusto de Wagner, su fámulo pedante y pretencioso. Las danzas cesan al caer de la tarde, y en la música se refleja la melancolía del anochecer. Es la hora de los espectros; la orquesta preludia algunos compases del *scherzo* instrumental. Mefistófeles, no en forma de perro de lanas, como en el *Fausto* de Goethe, sino disfrazado de fraile franciscano, como en el *Fausto* de Marlowe, aparece en mitad del campo; la orquesta, después de unos acordes religiosos, serpea con escalas cromáticas ascendentes. Fausto y Wagner observan al fraile, dudando si es un ser real ó fantástico. Los ecos traen los últimos acentos del pueblo que se aleja cantando. Todo este cuadro está muy bien compuesto. La tranquilidad de la noche inunda el pecho de Fausto. El *larghetto* «*Dai campi, dai prati*», poco original y de corte muy italiano, desprovisto de esa intensidad de emoción que la grandeza del héroe exige, es, en suma, muy agradable, sobre todo á los oídos que buscan siempre melodias fáciles y francas. Fausto se retira á su «laboratorio», seguido de Meflstófeles, que, por el conjuro hecho con el signo de Salomón, recobra su verdadera forma, y principia la escena del pacto. El mérito principal de esta larga escena depende de los primores de la instrumentación y de la rareza de ciertos ritmos, que no de las melodías y cadencias, ajenas de novedad las primeras y de elegancia las segundas. La mejor parte de Mefistófeles es la que repite ó directamente imita al *scherzo* instrumental. Arrigo Boïto ha pretendido conservarle su carácter familiar y llano; lo ha conseguido, pero hacién-

dolo completamente insignificante: Mefistófeles resulta un demonio *bailable* en demasía. Cuando entona su *allegretto* «*Fin dasta notte*» parece que principia, no la estupenda «historia del doctor Faust, famoso mágico y maestro en el arte tenebroso» (1), sino un carnaval de ópera; acaso es preferible la solemnidad eclesiástica del Mefistófeles de Gounod. *El moderato cantabile* de Fausto «*Si tu mi doni un ora di riposo*» es bastante inspirado y se ajusta al carácter del héroe.

Acto segundo.—*Il Giardino.—La notte del sabba.*— En un jardín de «rústica apariencia» se pasean, dos á dos, Margarita y Fausto, Mefistófele y Marta, al són de la orquesta que preludia *piano* y *legatissimo* una melodía suave á la que presta encanto peregrino cierta melosa languidez. Esta melodía se encadena con otra juguetona, muy *picada*, para que el contraste entre ambas sea aún más señalado. El canto de Margarita «*Cavaliero illustre é saggio*» revela la mezcla de ingenuidad y coquetería que inspira sus palabras. Luego escuchamos los gangosos arrullos de la «infame tercera» y las guasonas galanterías con que Mefistófeles la emboba, valiéndose de la melodía del mismo corte, estructura y disposición que la del *scherzo* instrumental, y repiten Margarita su frase y Marta y el diablo las suyas. Entonces, con movimiento más pausado torna el primer motivo del preludio de este cuarteto, deliciosamente adornado á trozos, con variantes y diseños de detalle, como quien redondea un perfil, afina un rasgo ó dibuja un arabesco. Margarita dialoga con Fausto: «*Dimmi se credi Enrico, nella religione...*» «*D'altro parliam,*» contesta Fausto; «*darei perché amo, fanciulla, sangue é vita*».—«*Non basta. Creder bisog-*

(1) Rótulo de la leyenda original alemana ó *Faustbuch*.

na»; estas frases se cruzan como caricias. «*Chi oserebbe affermare tal detto: credo in Dio!*» exlama Fausto. La nota única aguda y repetida en *crescendo*, bien emitida, puede producir—y produce—la sombra engañosa de una emoción que animase á esas palabras; pero el diseño de la melodía que corre á cargo del acompañamiento, la destruye, y no descubro cuál es la causa de que la profesión de fe de Fausto (llamémosla así) esté encomendada á la frase juguetona del preludio, pues no puedo suponer que se pretenda señalar una oposición entre lo sentido y lo expresado, como en la inmortal serenata de *Don Juan*. El amor, momentáneamente preterido por la inquisición religiosa de Margarita, vuelve á imperar exclusivo: las palabras de los enamorados «*Natura! Amor! Misterio! Vita! Dio!*—hueca y macarrónica exclamación —pretenden revelar un éxtasis amoroso que tampoco aparece en la música, más propia para decir ternezas al oído que no para romper en gritos de una pasión que parece caer en voluptuoso espasmo al repetirse el primer motivo del preludio. Fausto entrega á Margarita un narcótico del que ha de valerse para adormecer á su madre, cuya vigilancia estorba las íntimas entrevistas de los amantes. Nuevas sensaciones agitan á Margarita: «*sento un aura arcana é cara che mi penetra nell core*,» y el cuarteto termina con esta anhelosa melodía, desarticulada en fragmentos que se contestan unos á otros como un martilleo, á manera de *stretta* brillante, pero vulgar.

El cuadro segundo está consagrado á la noche romántica de Walpürgis. Las cumbres del Brocken dibujan sus crestas en los lejos del áspero valle del Schirck, dominado á la izquierda por el agudo pico del Rosstrappe. Un resplandor lunar rojizo, desde el cielo gris, ilumina la escena desierta; luego aparecen Fausto y Mefistófeles.

Tremola *pianisimo* la orquesta, y sobre el trémolo, como sobre la superficie de un lago, pasan los quejidos del viento, directamente imitados de los de la tempestad de *Rigoletto*, pero desarrollados en progresión ascendente y sonando *forte* en el fastigio de la progresión. Reaparece, *pianisimo*, el ritmo del *scherzo* instrumental; dibújase una melodía formada por leves *grupettos*, de tres notas; la incipiente melodía muge, silva, vuela, serpea, enróscase en las vibraciones de notas repetidas, deslízase por entre los anillos de escalas cromáticas descendentes: son los juegos fatuos que van y vienen á impulsos del viento caprichoso. «*Su cammina, cammina...*» grita de vez en cuando Mefistófeles alentando á Fausto. La melodía concluye por fijarse y definirse, perdiendo su originalidad; el lindo *andantino con moto* «*folletto, folletto, veloce, legier,*» se parece á otros muchos. Desátase el viento; chocan entre sí las ramas de los pinos; de las encañadas, de los valles, de las simas, álzase confuso vocerío. «*Ascolta, ascolta,*» exclama Mefistófeles lleno de alegría.

Y de los cuatro puntos del horizonte, con vertiginoso ritmo de galope, acude la canalla sabática y se extiende por la escena en giratorio torbellino. Bailan las brujas y comienzan la zambra y el regodeo del aquelarre. Mefistófeles, centro de aquella demagogia del pecado, sube á personaje de campanillas, y de pobre diablo, engolosinado por el alma de un sabio, á príncipe de las gentes. En el lejano y nebuloso cielo se pinta la pálida imagen de Margarita con grillos en los pies; uno de los motivos de la escena en el jardín, deja oir melancólicamente sus notas; por desimpresionar á Fausto y lucir su erudición clásica, le dice Mefistófeles que está siendo juguete de una ilusión que crea la cabeza de Medusa. Y la fiesta, un

instante interrumpida, continúa, concluyendo el acto con un *galop* infernal é himno al sábado, sumamente estrepitosos, y nada más. Es decir, que en este cuadro, lo verdaderamente bueno es la primera parte, ya que el compositor consiguió, amenudo, trasladar á la música la impresión que leídas causan las portentosas descripciones de Goethe, por más que se encariñó, principalmente, del aspecto humano del aquelarre, y prescindió de los elementos emocionales que podía suministrarle la naturaleza animada é inanimada. ¡Cuán de otra manera hubiese procedido el genio alemán resuelto á desarrollar esta escena, y cómo nos hubieran puesto en comunicación con el alma de las cosas un Beethoven, un Mendelssohn, un Weber.

Acto tercero.—*Morte di Margherita*.—La escena representa la cárcel; es de noche. Los cansados fulgores de una lámpara apenas alumbran el montón de paja que sirve de cama á Margarita. El preludio es corto; notas y acordes monótonos, acompañados por escalas cromáticas que gimen y se lamentan. Margarita, loca, canturrea una canción, cuya letra es traducción libre de la del oririgal. La melodía «*L'altra notte in fondo al mare*» es triste; expresa bien el estado de la imaginación perturbada por fúnebres recuerdos; lástima grande que con pretexto del «*vola, vola,*» concluya con una cadencia, *á piacere*, de gorjeos, trinos y escalitas, según el ritual de las locas de ópera italiana. Entran Fausto y Mefistófeles, y hablan friamente; ningún linaje de espanto ni de compasión se apoderan del alma de Fausto. Diez ú once paletadas de mortero musical ligan á los dos amantes. Margarita tiene un hermoso rasgo de pasión: «*¡Cielo! ¡ah! ¡parla ancora!*» Por un procedimiento imitado de Gounod, resurgen las radiantes visiones de amor; el

motivo elegido es el que cantó Margarita en el jardín, después de coger el frasco de narcótico.

Cuenta cómo murió envenenada su madre, cómo ahogó á su hijo, y recomienda á Fausto que cuide de la tumba que ha de servir para ella misma y de la que servirá para su madre; esta entrecortada melodía tiene acentos de mucha ternura. El *adagio* «*Lontano, lontano, lontano,*» con sus acordes harmónicos tenidos, con la vehemente irrupción de sentimiento que viene á agitar el noble y tranquilo diseño de la melodía, expresa admirablemente el anhelo de lo desconocido, la impaciencia por alcanzarlo y la confianza en lo porvenir que, momentáneamente, dora la imaginación de los amantes. La porfía de Fausto, la negativa de Margarita á seguirle, la intervención de Mefistófeles, todos estos dramáticos incidentes se suceden, sin música digna de ellos; pero la inspiración vuelve en la melodía «*Spunta la aurora pálida, l'ultimo di gia viene,*» expresión admirable de ternura y tristeza, sacudida por el escalofrío de la muerte. La pecadora pide perdón á Dios, y su alma atribulada se inunda de los consuelos que no faltan y de las esperanzas que no engañan, traídas á sus labios, que las pasiones terrenales marchitaron, por el motivo glorioso de la redención.

Acto cuarto.—*La notte del sabba clasico.*—Si Arrigo Boïto, desde la cárcel de Margarita nos hubiera llevado al laboratorio de Fausto, sin hacernos atravesar las aguas del Penseios, hubiese impedido que sobre su obra cayese la mácula que más la afea. Porque tomar en boca la noche clásica de Walpürgis y los amores con Elena, episodio complicadísimo, y á pesar de todo, armonioso y esplendente; evocar el recuerdo de unas escenas que preparan y efectúan las bodas del clasicismo y del romanticismo, de la Edad pagana y de la Edad cris-

tiana, progenitores de la poesía moderna, simbolizada en Euphorion; de unas escenas que nos muestran á *Homunculus*, creación de la alquimia medio-eval, disertando con Thales y Anaxágoras y acabando por sumergirse en el Océano, á caballo sobre la cola de delfín de Proteo, para, de esta suerte, realizar la fusión de los elementos, del fuego con el agua; á Mefistófeles regañando con los grifos, galanteando á las esfinges, escuchando, con mal templado oído, el canto de las sirenas, retozando con las lámias y revistiéndose de la forma horrenda, á la par que grotesca, de las Phorkyadas, insinuación de la añeja y panteística consanguinidad que une á todas las personificaciones de lo malo y de lo feo; á Fausto galopando en ancas del centauro Quirón y conduciendo y guiando, luego, los guerreros hijos de la noche cinmeriana á la conquista de la hermosura clásica, trasunto poético de las expediciones de aragoneses, catalanes y nabarros á Grecia; elegir esta interpretación y penetración profundas de mitos religiosos y doctrinas filosóficas, esta simbólica alejandrina, este coro deslumbrador de alegorías esculpidas y cinceladas en mármoles níveos y bronces centellantes por mano de impecable musa, y apelmazarlos, como quien ataca la carga de una escopeta, en un acto raquítico, estrecho, desprovisto de imaginación y grandeza; apoderarse del velo tejido por el poeta excelso que en las delicadas mallas conserva perfumes de la tierra, estelas de los mares y resplandores de los astros, y en seguida desfigurarlo con los brochazos de la más rancia pintura italiana, es atrevimiento, es irreverencia que no han de alcanzar disculpa, aunque se impetre poniendo por delante algunos pocos inspirados compases del *andante amoroso* «*Forma ideal purissima*», y el sonoro concertante final «*¡Amore! misterio celeste, pro-*

fondo,» compuesto y trabajado según las recetas que un buen alumno del Conservatorio conoce al dedillo y observa fiel.

Epílogo.—*La morte di Faust*.—El doctor, viejo ya, recluído en su laboratorio, medita, como quien cayó casi exánime en el punto más saliente del promontorio de la vida: el mar de la muerte por todas partes le circunda y le salpican sus olas. Mefistófeles espera el desenlace, recompensa de su domesticidad afanosa. La orquesta lanza extrañas sonoridades en un corto preludio, cuyas incoherencias pretenden comunicar la impresión de lo misterioso. El oído, espoleado por esta vaguedad é indecisión nebulosas, solicita una melodía. Iníciase ésta, triste y dulce; la idea del morir toma cuerpo en un patético *crescendo*: «*La morte é vicina, cammina, cammina, superbo pensiero.*» Enciéndese la pura aspiración á lo bueno como una luz entre las tinieblas, y el hombre que en las delicias y placeres constantemente renovados nunca sintió la plenitud de la dicha, ni, por tanto, impulsos de decirle al instante ó momento: «*¡detente, eres tan hermoso!*» aplaca y sacia su actividad infinita con la idea del bien moral. Ya puede llegar la muerte, que entonces se avalora el trabajo de morir. Y Fausto la contempla cara á cara, y la recibe y saluda con melancólica, pero serena melodía. Mefistófeles está vencido. Alegre música, como de llamada, celebra su derrota; de los cielos bajan los ecos vibrantes de las trompetas que entonan el tema de la glorificación; la misma frase que sirvió á Mefistófeles en el primer acto para convidar á Fausto con los goces del mundo, sirve ahora para que lo atraiga Margarita á los goces del cielo. El motivo de la redención se inicia interrumpido un instante por los cantos que celebraron los amores de Elena, y prosigue luego majestuoso, cre-

ciendo, desbordándose, rompiendo los diques, cubriéndolo todo con su expresión de apoteósis, hasta que, por última vez, estalla la trompetería angélica glorificando al Señor.

La muerte de Fausto es una página que siempre admiraremos, sobre todo los que se la oímos á Gayarre, que supo descubrir sus más recónditas bellezas, y acaso adornarla con otras que de por sí nunca tuvo.

Para ser de puro corte italiano á la melodía no le sobran sino algunas disonancias; pero aunque la forma externa está ya muy lacia por el manoseo, la idea que la anima es muy bella. Pero quien muere en el teatro no es el Fausto de Goethe, activo hasta lanzar el último suspiro, sino el Fausto de Boïto, por cuya mente parece como que revolotea la imagen que de la muerte nos pintó Espronceda en *El Diablo Mundo*:

«Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.»

La melodía *Giuto sul passo estremo* me recuerda siempre los anteriores versos. Y esto, aunque es muy bello, es inexacto y constituye otra adulteración del pensamiento de Goethe.

ARTURO CAMPIÓN.

EL COCHE

NOVELA CORTA.

I.

¡Pobre Mercedes!

Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz—me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia—no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los diez y ocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú, siendo ella de Aragón y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de ingenieros que volvía de Puerto Rico después de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que aun en los vapores buenos no son escasas, y como, á pesar de hallarnos en el rigor del invierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para éste último, que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro después que su madre la señora condesa del Espino.

La primera tarde que la ví en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática, y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quien preguntar: no conocía á nadie.

Por la noche la ví en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo lo mismo no, porque yo tenía mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad, sin duda parecida á la mía.

Para la tarde siguiente ya había hecho yo conocimiento con un capitán de Estado Mayor amigo de mi cuñado, que había estado á verle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

—¿Quién es esa joven delgadita que acaba usted de saludar?—le pregunté.

—Mercedes Medina—me contestó;—una señorita de Aragón que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á usted?

—Pchs... No me parece mal.

—Es guapilla, pero creo que debe de tener poco fuste. Ya verá usted, si la mira usted un poco, si conoce que tiene usted interés por ella, en seguida preguntará si es usted rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención también cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella, la faltó tiempo para preguntar si era rico, y se lo pre-

guntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya después con otros varios: en cuanto cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el conde del Espino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo... Ella misma ha dicho que no se resigna á no andar en coche...

—¿Cres tú que estas noticias del capitán—continuaba diciéndome Agustín—me retrajeron ni me entibiaron en lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de hablar á Mercedes y tratarla. Me figuré que el capitán hablaba así por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego; y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre. Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que iría yo al lado de aquella mujer, que había desdeñado...—para mí era esto ya como artículo de fé—que había desdeñado á todos los que antes de llegar yo se habían dirigido á ella.

Y además era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que, por lo que he visto después, no era más que aire. También he sabido después, que preguntó de mí, como de los demás, si era rico; pero la persona á quien preguntó, otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que, cuando mis hermanos trataron de abandonar á Cádiz, repuesto ya mi cuñado completamente, conociendo mi hermana cuánto me contrariaba la partida, me dijo, como por decir algo, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...», y en el acto la cogí por la palabra y dije: «Si te parece... me quedo... Ya no os hago falta; me quedo unos días...»

Y me quedé efectivamente, y, una semana tras de otra, pasé allí un par de meses que me parecieron un soplo.

La satisfacción de ser públicamente correspondido por Mercedes, delante de aquella sociedad gaditana que la había visto tan desdeñosa con todos los que antes de mí se la habían acercado solicitando su amor, era tan completa y llenaba tanto mis aspiraciones, que no traté por entonces de profundizar en su corazón, ni creo que llegué á hablarla nunca del matrimonio. ¿Qué prisa tenía? ¡Era tan feliz con que ella, en su manera de tratarme, diera á entender claramente que me quería, que me prefería á todos sus anteriores pretendientes!...

II

Al principio de la Cuaresma, que era á la vez el principio del mes de Marzo, se me despidieron una noche su padre y ella para Madrid, y naturalmente yo me vine también á Madrid en el mismo tren que ellos. Al despe-

dirnos en la estación de Atocha, el padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5, duplicado.

—Que le veamos á usted por allí, Viana; no nos olvide usted—añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro; no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero fuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable, y para mí lo fué siempre sobremanera, como que á los tres días me pagaba la visita.

Su hija no creerías lo franca y cariñosa que estuvo conmigo, al verme por primera vez en su casa: sólo te diré, que rodando la conversación, halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana, á eso de las once y media, cuando salíamos de San Martín... porque todos los días solemos ir allí á misa de once...»

Al día siguiente fuí yo también á misa de once á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho: salí cuando ellos, les dí agua bendita, y los acompañé á dar una vuelta por las calles, todo lo cual quedó luego erigido en costumbre. Si vieras... ¡Me iba yo dando un tono al lado de Mercedes!...

Así las cosas, ya ves que no podían ir mejor ¿eh?... así las cosas, estuve algo enfermo unos días y no pude ir á misa. La primera tarde que salí de casa, emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcón con un militar!... ¿Sabes quién era?... Le debes de conocer... un comandante de Infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete.

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente ya fuí á misa, y al salir, lo primero que ví fué al comandante, arrimado á la botica de Porta-Cœli. Se conoce que le había dado ella misma la noticia, como á mí; pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversación con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observación de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza, y viéndola por casualidad en el balcón, se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad, que al pronto la creí; pero después... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes, y observé lo mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle.

Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve quince días retraído.

A los quince días recibí la invitación para un baile en casa de los condes del Haya. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intención fué no ir. Era lo que debía hacer... y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte, tenía tanta curiosidad de verla... Yo lo llamo pudorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes... Tenía tanta curiosidad de verla... estaría tan mona... Y eso que á mí ¿qué me importaba ya?... Mas el caso era que también... eso de dejar de ir sólo por ella... ¿No podía yo ir y no hacerla caso?... Pues claro, es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo fríamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

III

No se cumplió el programa, ya lo supondrás, no se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demás todo salió al revés.

Al entrar en el salón lo primero que ví fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo después del de la condesa, tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas.

—¿Qué es de usted? ¿por dónde anda usted? ¿ha estado usted enfermo? ¿dónde se mete usted?...

Y sin darme tiempo de contestárselas, continuó diciendo:

—Supongo que seguirá usted en su grave costumbre de no bailar más que rigodones, como en Cádiz... Yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algún rigodón si bailaré...

—Si usted quiere hacerme el obsequio de bailar uno conmigo...—me creí obligado á decirla.

—Con mucho gusto—me contestó.—¿Quiere usted el primero.

—Bien, el primero. muchísimas gracias—la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco después el piano hizo señal de comenzar un rigodón, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocio-

nado, pero firmemente decidido á no pedirla explicaciones de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á estar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?... No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso, y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gravedad y al mismo tiempo con mucha gracia, asegurando que me alejaba de ella porque así lo creería conveniente, pues lo del comandante Soria no podía ser más una disculpa, porque no había nada ni nunca lo había habido, pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos.—Ya ve usted cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted...

El caso es que la fuí creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando, al terminar la penúltima figura del rigodón, me acuerdo bien... hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salón, y en el espejo de enfrente vi al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído también.

Todo cambió en mi alma: la satisfacción se tornó en disgusto, de las flores de mis ilusiones no quedaron más que las espinas. Se acabó el rigodón, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fuí hacía las mesas de tresillo, jurando en mi interior no volver á acordarme de ella...

Ya supondrás que rompí el juramento; pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche... y eso que después de lo que te he dicho la ví bailar un rigodón con Soria, y tener con él conver-

sación muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres?... Me estuve viendo jugar al tresillo todo el resto de la noche, teniendo cuidado de no sentarme junto á la mesa en que jugaba D. Severo Medina, sino al lado de otra donde jugaban aquel Auditor de la Armada muy sordo que iba á casa de la marquesa de Villafría, Manuel Solana el secretario de la Junta consultiva de Caminos y dos magistrados del Supremo muy disputadores. Desde allí presenciaba ya á última hora el desfile de la gente. Ya se había levantado el padre de Mercedes y se había despedido. Hacía yo cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras que acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquél á despedirse de su tío el marqués de Tapia, hizo después una inclinación de cabeza á los jugadores que no conocía, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano después de haber hecho ademán de dármela:

—¡Ah! no: usted se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo para bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, que una mujer no tenía más remedio que estar amable con todo el mundo, que ya veía cómo Soria no había esperado, y en fin acabó por convencerme.

IV

La temporada que siguió á la noche del baile fué para mí una temporada feliz por entero.

No sé si el comandante Soria tendría por entonces que salir de Madrid, creo que sí; lo cierto es que no le volví á ver ni á la puerta de la iglesia de San Martín, ni por los alrededores de la casa de Mercedes.

Con lo cual, yo, que todavía no la conocía bastante, creía buenamente que ella le había despedido. A mayor abundamiento ella misma me lo indicó así á los pocos días, diciéndome:

—¿Ve usted cómo ya no nos encontramos al comandante por ningún lado?

—Es verdad—la respondí—ya he notado que no la persigue á usted como antes, ó mejor dicho, que no me persigue á mí, porque contra mí era principalmente la persecución.

—¿Y á quién cree usted que se debe el milagro?... Pues, por más que usted no me crea capaz de hacerlos...

—¿No he de creerla á usted capaz de hacer milagros?.. Por lo menos tengo que reconocer uno muy grande que ha hecho usted conmigo.

—¿Cuál? ¿cuál es?

—El de haber hecho de un hombre altivo é indomable, como era yo antes de conocer á usted, un esclavo, un pobre cautivo sin libertad, ni albedrío, ni voluntad, ni vida propia.

—¡Já, já, já! ¡Sí, valiente cautivo está usted!... como todos.

Por este estilo siguió la conversación y con estas cosas iba acabando Mercedes de volverme el juicio.

A tal punto fué llegando mi entusiasmo, que la escribí en el abanico unos versos, malos, eso sí, como casi todos los versos que se escriben en los abanicos, pero muy apasionados y que á ella la gustaron mucho. Todavía me acuerdo de esta estrofa insulsa que la hizo mucha gracia:

Es tan airoso tu talle,
Que el de la palma del valle
No es mejor.
Por tí llaman á esta calle
De la *Flor*.

Cerca de tres meses duró aquella que yo creía felicidad verdadera, aquella posesión tranquila del cariño de Mercedes, sin contradicción de nadie, porque dió la casualidad...—pero esto no lo sabía yo entonces ni acertaba á sospecharlo—porque dió la casualidad de que nadie se acordara de ella.

A últimos de Junio se marchó con su padre á Aragón, citándome para el mes de Agosto en San Sebastián.

Tardó en llegar el mes de Agosto—á lo menos á mí se me figuró que tardaba—pero al cabo llegó, y llegué yo también una tarde al obscurecer á la moderna capital de Guipuzcoa.

En cuanto pude instalarme en una fonda, que no me costó poco trabajo, y comí de prisa y corriendo, me fuí al *boulevard*, seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto.

Recibióme con un grito de júbilo.—¡Áy, Viana! Papá, mira Viana...—Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde siguiente fuí á visitarlos, y ¿qué dirás que ví al llegar á la esquina de la calle?... Pues ví á Mercedes hablando desde el balcón con un hombre que estaba en el balcón de al lado. Después supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado exprofeso la casa contigua. Estuve un rato en observación y el coloquio seguía muy animado.

A la otra tarde volví y se estaba repitiendo la misma escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú... Pero te equivocas, porque no acabamos todavía.

V.

Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La vi en el invierno siguiente acompañada del marino por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el comandante Soria, y muchas tardes la vi sentada entre su padre y él en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y casi todo el invierno tuvo relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo que estuvo en puerta para Di-

rector general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Lerma, excelente muchacho, pasante de Sánchez de Embite, y á quien este dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades, todavía fuí su novio.

La encontré una tarde en el Retiro. Yo quise hacerme el distraído y no mirarla; pero al pasar me dijo con tono cariñoso:—«Adiós, Viana;»—y después que pasó se volvió á mirarme... ¡Ejercían aquellos ojos una influencia sobre mí!...

Y el caso es que entonces llegó á ir la cosa bien: estuvo más de medio año muy formal, sin darme un disgusto.

Pero quiso mi mala estrella que viniera por ahí echándoselas de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damián Pérez, sobrino de Braulio Pérez el opulento comprador de bienes eclesiásticos, nada más que sobrino. El se dió por hijo, y haciéndose preceder de una gran fama de riqueza, fué presentado á Mercedes en la tertulia del general Pinto.—Figúrate—la decían á Mercedes las niñas de la casa al anunciársele—figúrate si será rico cuando á su padre le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez, deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar sería conmigo y acabamos por romper de una.

¡Qué bien la había conocido el capitán de Estado Mayor!...

Efectivamente, creía haber encontrado el coche, y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

—Que luego, á lo mejor, no sería rico—le interrumpí.

—Claro que no. Los veinte mil duros se redujeros á

diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres, que son muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

—De suerte que el coche...

—Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes! Por ahí la suelo encontrar sola, y me da lástima. Además de no tener coche, puede decirse que no tiene marido tampoco, porque el de Miguelturra es un perdido que no la hace caso.

ANTONIO DE VALBUENA.

EN EL ALBUM DE UNA CHILENA

Como el manto que la noche
tiende sobre el universo,
negros son, hermosa Delia,
tus abundantes cabellos.
Tus ojos, llenos de vida,
brillan con fulgor intenso,
como dos estrellas negras
en tu rostro que es un cielo.
¿Cómo niña, no cantarte
cuando en tí la imagen veo
de todo cuanto me inspira
admiración y respeto?
Negro es el dolor sublime
que eleva los pensamientos,
negro el espacio profundo
y negro el fondo del tiempo.
Cuanto sobre el alma pesa,
y la domina, lo eterno,
lo infinito, lo inmutable
y lo arcano, todo es negro.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EL CABECILLA DESTUCHES

(CONCLUSIÓN)

REPENTINAMENTE, en la masa del gentío apiñado abriéronse hendiduras, como en muros que van á desplomarse, y ¡cosa horrible! los bueyes que estaban amontonados y que habían sido contenidos hasta allí por la densidad de la multitud, enfurecidos por el escarlata violento del incendio que les hería los ojos, se dieron á huir por esas hendiduras y las agrandaban, aplastando con las patas y los cuernos todo lo que se les oponía. Fué una matanza peor que la de los Once, los cuales continuaban imperturbablemente la suya al extremo del real de la feria, y á quienes iba á salvar esa inesperada intervención del incendio; porque no podían más... Los látigos seguían restallando, pero su chasquido era menos sonoro; se oía más sordo y mate á cada golpe asestando á aquel montón de carnes ensangrentadas que formaba lodo alrededor de ellos y con que salpicaban la cara de sus enemigos, tirándolo á puñados.

—«*Acuchilla-todo*—dijo Saint-Germain á Campion, llamándolo por su nombre de guerra,—¡basta de acuchillar por hoy!»—Y añadió alegre como unas páscuas: «Sin el incendio, nos freían, pero eso nos va á sacar del atolladero. Dentro de cinco minutos todos estarán allá.»

—«Formemos dos á dos, señores,—dijo La Varesnerie—y salgamos de esta plaza. Una vez en las calles, *chuanearemos*. Las calles de Avranches van á servirnos tanto como el bosque esta noche.»

»Y ejecutaron su maniobra de dos en dos, defendidos por aquellos látigos y aquellos garrotes que manejaban como maestros. Marchando al paso, avanzaron al través de la multitud que se desbandaba, distraída por el fuego y atropellada y fraccionada por los bueyes que corrían de un lado para otro como deshecha tempestad. Así pudieron abandonar al cabo, sin perder un solo hombre, aquella plaza donde hacía tres horas nadaban en sangre, y donde, como nos dijo Le Planquais algunos días más tarde, «¡habían batido la manteca, como se hace en el Cotentin!»

—¿Sabes, Fierdrap, que eso es tan magnífico como Fontenoy?—dijo el abate profundamente pensativo, mientras respiraba su fogosa hermana, cuya cabeza debía estar echando chispas debajo del barril morado y anaranjado.

—¡Es todavía más magnífico!—respondió el barón.—El cuadro diminuto que formaban los Once no fué roto; al revés, ellos fueron los que deshicieron el gran cuadro que los envolvía de frente, por la espalda y por ambos lados, y lo deshicieron con simples látigos por todo cañón. ¡Por todos los diablos, hombre! Eso es magnífico.

La heroína de la chuanería se identificaba tanto con

sus compañeros de armas, aun tratándose de las batallas en que no había intervenido, que dirigió una sonrisa afectuosa al antiguo hulano en señal de gratitud, y prosiguió:

«Una vez en las calles, fueron blanco de algunos disparos sueltos... Pero aún no había salido la luna, y además, aunque hubiese salido, hubiera interceptado su luz el humo rojizo del incendio que iba cubriendo la ciudad como un sombrío dosel. Las angostas calles, que entonces no tenían faroles, como hoy, estaban muy oscuras. Todo se redujo, pues, á oir silbar algunas balas que rebotaban en las esquinas de los tejados; pero sin nuevo combate, pudieron salir de los arrabales de la ciudad, que entonces había acudido en masa al fuego, y reunirse como habían convenido de antemano, bajo un puente viejo que no tenía ya más que un arco ruinoso, y que se llamaba el *Puente del Sacerdote* (á causa quizá del color negro de las piedras). Bajo ese arco solitario corría un hilillo de agua encajonado profundamente, y allí se contaron nuestros hombres... Ahora, como no sabían nada de la suerte de Destuches y tenían sobre el alma el peso afrentoso de la ausencia de los amigos que faltaban al llamamiento, resolvieron volver á Avranches, y lo pusieron por obra. Después de lavar sus heridas, dejaron bajo el arco del *Puente del Sacerdote* las blusas ensangrentadas que los hubieran delatado; y como si fuesen obreros de la ciudad que acudían apresuradamente al fuego en mangas de camisa, entraron en la población, sin los sombrerones, ceñidos á la cabeza los pañuelos que acababan de mojar en el río. Cantilly fué el único que se quedó esperando á sus compañeros sobre el montón de las blusas ensangrentadas, porque la rotura del brazo le hacía sufrir cruelmente. Pero no los esperó mucho. Volvieron en seguida. Al llegar á la plaza donde se hallaba acumulada la multitud,

trabajando todavía por apagar el incendio, vieron que todo estaba perdido... La Hocson, que, asomada á la reja de la prisión, lamida por las llamas, no había dejado de devorar con la vista lo que pasaba fuera, acababa de abrir á los azules la puerta del calabozo en donde se había encerrado con el prisionero.

—«¡Mirad!—les dijo enseñándoselo cargado de cadenas y tendido en el suelo sobre las losas desnudas.—¡Ahí tenéis al bandido! Los he sentido *hurgar* en la puerta para prenderle fuego; pero ¡así hubiesen convertido en un horno esta cárcel, aquí me habría dejado asar viva con él antes que entregarlo á nadie más que al ayudante del verdugo á quien pertenece!»

«*M. Jacques* y Vinel-Royal-Aunis se habían empeñado, en efecto, en quemar aquella recia puerta, resistente á la acción del fuego lo mismo que al empuje de la palanca. En esa tarea estaban aún, cuando la muchedumbre, dueña del incendio, se precipitó por el pasillo y por las escaleras de la cárcel. Entonces se lanzaron resueltamente, antorcha y pistola en mano, y gracias á la llama, al humo y al desorden producido en la cárcel por la invasión de los azules que corrían como locos al calabozo de Destuches, lograron pasar.

»Cuando nosotras vimos á *M. Jacques*, acababa de salir de allí; sin duda el pensamiento de Amada le hizo adelantarse á sus demás compañeros. Doce horas después llegaban todos, á excepción de Vinel-Aunis, cuya suerte ignoraba *M. Jacques*. Lo creímos muerto; pero no era así. Había recibido en el vientre un tremendo bayonetazo, asestado por un azul, y tuvo fuerzas para andar más de un cuarto de legua por los bosques, conteniéndose con la mano los intestinos próximos á salirse, y en ese estado ganó la choza de un almadreñero chuan... Nosotras igno-

rábamos estos pormenores, que hemos sabido después. Creíamos que había perdido la vida en la demanda, y la cosa nos parecía tan sencilla, que no se volvió á hablar del asunto. Pero no sucedía lo mismo con Destuches. ¿Qué había sido de él?... *Para volver á la carga* al otro día, según había dicho *M. Jacques*, era necesario tener noticias de Destuches, y á Touffedelys no llegaba ninguna. Como una mujer inspira menos desconfianza que un hombre, me ofrecí á ir en busca de ellas á Avranches.

»Nuestros amigos aceptaron, y allí fuí, señor de Fierdrap. Ya le he dicho á usted que yo no era novicia; muchas veces había llevado despachos á los jefes de las diversas parroquias, disfrazada de mil modos. Para confundirme mejor con las gentes de la ciudad y para prevenir toda sospecha, me disfracé de mujer del pueblo. Me vestí de trapillo con un traje de droguete; en la cabeza, que desde la guerra no conocía más polvos que aquellos con que se riza el pelo al enemigo (1), me puse esa toca de las granvillesas que parece una servilleta plegada en cuatro dobleces. Pusimos aguaderas á una de nuestras yeguas de vientre, y á más un albardón forrado de becerro con su pelo y todo; me senté encima de lado, metiendo uno de los piés calzados con zuecos en una de las aguaderas, y dejando colgar el otro por el pescuezo de mi yegua, y en esa facha tomé para Avranches á buen trote. Llevaba las aguaderas llenas de excelentes bollos de manteca envueltos en hojas de parra, para venderlos en el mercado. Tú hablabas hace poco, querido hermano, de mi calzón de terciopelo rayado y de mis botazas á la Federica—añadió con la única coquetería posible para ella: la de

(1) Hay aquí un juego, no de palabras, sino de ideas, aprovechando la doble acepción del vocablo francés *poudre*, que significa á la vez «polvos» y «pólvora»—*N. del T.*

haber llevado semejantes botas;—pero, hijo, aquel día tu hermana, la prima de los Northumberland, era pura y simplemente una mantequera de los barrios de Granville. ¡Sí! ¡Hé ahí lo que era por el momento Bárbara Petronila de Percy-Percy!»

—¡Bárbara, sin barba! (1)—dijo el abate echándose á reir;—pero digna de llevarla.

«Me ha nacido después—respondió ella, riendo asimismo;—pero demasiado tarde, cuando ya me es inútil, cuando he vuelto á encajarme, para no abandonarlas más, estas enojosas faldas, que me sientan casi tan bien como á un granadero. Entonces no tenía yo más que una puntita de bozo negro, que, con esta cara de demonios y mi servilleta doblada, me hacía presentar una catadura bastante imponente, y justificaba la frase de un chusco de Avranches, que andaba requebrando á las mozas en el mercado, y que se permitió plantarme las dos manos en mi cumplida cintura. Yo le sacudí los dedos con el mango del cuchillo de manteca, y me dijo furioso: «¡No te hagas la remilgada! No es para tanto. Después de todo, no eres tan fresca como tu manteca.»—«¡Pero soy más salada!—le respondí, poniéndome en jarras como una verdulera,—¡y si quieres la prueba, pillo, la tendrás!»

«A eso se redujeron todos los peligros que corrió en Avranches el honor de su hermana de usted, señor abate. Hice lo que se llama un buen negocio. Al tiempo que vendía mi provisión de manteca redondeé mi provisión de noticias. Recogí todos los rumores y comentarios de la ciudad, que todavía no se había repuesto de la alarma

(1) «Bárbara» y «barba» se dicen en francés de un mismo modo: *Barbe.—N. del T.*

causada por los Doce. No se hablaba en todos lados más que de los fingidos tratantes y del incendio de la prisión. Se decía, exagerándolo quizá, el número de las personas que habían perecido en la asonada. Se enseñaban aún charcos de sangre en el sitio de la feria... «¡Pero al menos—gritaban los cobardes—estamos libres de Destuches!» Ese cebo no volvería á atraer á los chuanes. La noche siguiente á ese terrible día, cuyos acontecimientos trastornaron á Avranches de tal manera, se sacó al prisionero secretamente de la población. Lo echaron con sus cadenas en una carreta cubierta de tablas, y escoltado por todo el batallón de los azules, marchó, sin tambor ni trompeta, para Coutances, donde debía ser juzgado y sentenciado á muerte sin duda alguna.

»Yo volví á toda prisa á Touffedelys para anunciar á nuestros amigos ese cambio de prisión de Destuches, que lo colocaba más lejos de nosotros y en condiciones de cautiverio más difíciles de vencer; porque en la guerra, toda tentativa que fracasa una vez se hace más costosa y expuesta, por el sólo hecho de haber abortado: el enemigo vive prevenido, vigila más. *M. Jacques* expresó el pensamiento de todos sus compañeros, diciendo que había que renovar la empresa. «Señores—añadió,—tómense ustedes el día de hoy para curarse las heridas. Mañana procuraremos devolvérselas al enemigo. Es menester que dentro de dos días estemos en Coutances para volver á jugar la partida perdida. Coutances es una ciudad más fuerte que Avranches, y nosotros somos menos fuertes que antes... No somos más que once...»

—«Seguirán ustedes siendo Doce—le dije.—Once es un mal número; nos torcería la suerte. Puesto que no ha vuelto el señor Vinel-Aunis, yo me ofrezco á reemplazarlo. ¡Diantre! Yo no he sido nunca la muchacha más

guapa del mundo, pero aun la más guapa no da sino lo que tiene.

«Y así es como vine á formar parte de la segunda expedición de los Doce, y como ví con mis propios ojos, que no volverán á ver nunca cosas semejantes, lo que me falta contar á usted.»

VI

UN ALTO ENTRE LAS DOS EXPEDICIONES

La señorita de Percy se detuvo de nuevo.

«El día que precedió á nuestra partida para Coutances—prosiguió—fué un gran día en Touffedelys; y, por mi parte, había de vivir cien años, y me acordaría siempre de aquella especie de velada de armas. No hay que decir que se empezó por curar á los heridos, heridos que bromeaban y se reían de sus heridas, la mejor manera de soportarlas. El más herido de todos, y el que más bromeaba, por lo mismo, era el señor de Cantilly, á quien, entre paréntesis, mi querida Santa, dió usted con tanta gentileza su pañuelo á lo María Antonieta. ¿Se acuerda usted? ¡Sí! ¿no es verdad? Le bastó decir galantemente: «Si usted quiere, señorita, que no me haga sufrir más este brazo, déme usted su pañuelo del cuello para ponérmelo de cabestrillo. Y usted, el candor personificado, sin hacerse rogar, se lo quitó del cuello, y se lo dió tibio como estaba con el calor de sus hombros. Después de los

heridos, nos ocupamos de las armas. Esas armas que teníamos á reserva ocultas en aquel castillo, simple mansión de mujeres al parecer, quedaron en estado de servir. Una veintena de manos hermosas, señor de Fierdrap, entre las cuales figuraban las que bordan á la luz de ese quinqué, se ennegrecieron fabricando cartuchos para nuestros hombres. En aquel momento veníamos á ser unas quince las mujeres que había en Touffedelys. Por más que no hubiese dado resultados la campaña de los Doce para salvar á Destuches, una vez pasada la inquietud sobre su suerte y conocido el suceso, recobramos la alegría que venía á animarnos siempre después de las catástrofes, y que es quizá la obstinación de la esperanza. Todas teníamos fe en nuestros héroes. «¿Ayer no salieron adelante? ¡Bueno! ¡pues saldrán mañana!» decíamos; y todas ustedes, que eran más mujeres que yo, volvían á sus risas y á su tono ligero de jóvenes en medio de nuestras ocupaciones guerreras.

»La misma Amada, siempre seria como una reina, pero que había visto volver á su prometido sin una herida de la primera expedición, tenía, á pesar de su reserva, expansiones reveladoras de su sentimiento que era algo más que amor, era orgullo lisonjeado. ¡Sí! El único día que ví á esa magnífica rosa cerrada, que en toda la vida ha pasado de capullo, descubrirnos algo del interior de su cáliz, fué el día que precedió á nuestra marcha hacia Coutances y al golpe que iba á sufrir.

»No tuvo ningún presentimiento de la desgracia que la esperaba... y cuando *M. Jacques*, triste aquel día más que nunca entre sus alegres compañeros, nos dijo el suyo, el presentimiento que tenía él de que moriría en esa segunda expedición...»

—¡Sí!—interrumpió Ursula de Touffedelys—nos lo

dijo á mí y á Febe de Thiboutot, que éramos sus vecinas de mesa durante la cena que tuvimos antes de la partida de ustedes. Estabamos en los postres. Todos aquellos caballeros, muy animados, hablaban del día siguiente como de un día de fiesta. Se había brindado por la salud del Rey y por la libertad del cabecilla Destuches. Sólo él, *M. Jacques*, permanecía sombrío, con el vaso lleno. Febe de Thiboutot, que no estaba en Touffedelys más que hacía poco, y que era algo locuela, le dijo con el candor de una niña: «¿Por qué está usted tan triste? ¿Es que no cree usted en el éxito de la expedición?...» Y él le respondió, mirando á Amada, como si eso lo explicase todo: «Perdón, señorita, creo ciegamente en la salvación de Destuches, pero *estoy seguro de que yo moriré.*» —«Entonces, ¿por qué va usted?», le dije. Porque después de todo lo que había hecho y de lo que contaban de él en el Maine, no había que dudar de su gran valentía. Pero yo me quedé cortada al oir el tono de su voz, y me acordaré siempre de la expresión de su cara cuando me respondió: «¡Señorita, es una razón de más!»

«Pues, como decía—continuó la señorita de Percy—de ese presentimiento de *M. Jacques*, que fué un anuncio de su destino, de ese presentimiento que entonces me hizo encogerme de hombros, y en que he pensado seriamente después, Amada no participaba, y creyó sin duda que podría arrancárselo del corazón realizando la idea que más debía embriagar á un hombre enamorado como él, y hacerle olvidar todos los azares del porvenir en el minuto presente que le brindaba con tal ventura. A partir del día en que nos dijo, con la sencillez de un amor tan resuelto y tan fiel en un alma tan púdica como la suya, que había empeñado su palabra á *M. Jacques*, todo quedó dicho y comprendido entre Amada y nosotras... Ella

tenía una reserva demasiado imponente, y nosotras sobrada confianza en la nobleza de su alma, para dirigirle jamás la menor pregunta sobre *M. Jacques*. Fuera quien fuese, tenía el honor de ser el prometido de Amada de Spens, y eso bastaba... Pero aquel día Amada quiso que fuese algo más. Quiso que fuese su marido á los ojos de todos, y que el matrimonio, imposible en aquel tiempo por no haber ya capilla en Touffedelys, ni un sacerdote en diez leguas á la redonda, se celebrase al menos, mediante promesa y juramento, delante de aquellos diez hombres, hermanos de armas, con quienes quizá iba á morir al día siguiente.

—¡Hombre, empieza á interesarme su Amada de usted!—exclamó cándidamente el barón de Fierdrap.

—¡Me alegro mucho!—dijo en són de burla el abate. —¿Prefieres todavía tu delfín, que no lo era, oh pescador lleno de sagacidad?...

»¡Ah! ¿Le interesa á usted?—dijo impetuosamente la señorita de Percy, que sacó la historia de los paréntesis de la interrupción como sacaba la aguja del bordado.—¡No me extraña, señor de Fierdrap! Nosotros no hemos visto obrar á Amada más que una vez: fué aquella noche; y le juro que aquella noche no desmintió la raza... Aquella noche pagó toda su vida. Toda su vida después ha sido la desgracia, la viudez, la sordera, un bordado tras el cual se ocultan sus meditaciones, y una pobre violeta al pie de una tumba; pero aquella noche en que quiso desposarse públicamente con *M. Jacques* como ya lo había hecho en secreto, nos dió la medida de lo que hubiera podido ser, á no faltarle, como á tantas otras, el concurso de las circunstancias, y á no ser tan inferior á ella el círculo de esas circunstancias.

»Cumplióse su voluntad al pie de la letra, contribu-

yendo el suceso á dar más realce á ese día de entusiasmo y de alegría viril. Amada no había participado á nadie el proyecto que debía comunicar al objeto de su cariño una alegría suficiente para conllevar todas sus tristezas y para hacer brillar su frente con la irradiación de los corazones felices. ¿Había oído lo que le respondió á usted *M. Jacques*, Ursula, ó necesitaba oirlo acaso para saber lo que había en aquel triste corazón donde ella vivía?... Como quiera que fuese, el caso es que se levantó de la mesa pocos instantes después, seguida de su mejor amiga, Juana de Montevreux. Nadie notó su ausencia; hablábase de la expedición del día siguiente, y de esa partida tan deseada que debía verificarse de allí á pocas horas... cuando, al cabo de cierto tiempo, volvió con Juana de Montevreux á la sala de Touffedelys. Al presentarse en el umbral nos hizo el efecto de una aparición. No era ya la misma mujer. Iba toda de blanco y velada... Y, por la manera como se aproximó á la mesa en que nos encontrábamos, comprendimos que se preparaba algo grande.

—»Señores—dijo con una voz alterada, llena de emoción, pero no por eso menos firme,—ustedes van á partir dentro de poco. ¿Cuándo volverán y cuántos volverán?... Dios solo lo sabe. Uno de ustedes, de doce que eran, no ha vuelto de Avranches. En su próximo regreso puede faltar otro... acaso varios. Pues bien; ahora que todavía están todos ustedes aquí, deseaba rogarles que fuesen testigos de mi matrimonio con *M. Jacques*... ¿Aceptan ustedes?»

»¡Dijo esto tan bien esa Amada! Hasta tal punto se veía á la condesa Amada Isabel de Spens, al pronunciar esas palabras, que no hubiese parecido más condesa bajo el dosel feudal de su mansión...; y todos, novelescos como

héroes, se levantaron espontáneamente, y la aclamaron, por más que palideciesen varios de ellos; porque, ya se lo he dicho á usted, señor de Fierdrap, todos la amaban... con una esperanza loca, ó sin esperanza... pero todos la amaban; y su prima, la señora de Portelance, me aseguró—también creo habérselo dicho—que todos habían pedido su mano.

»Cuando acabó de hablar, miré á *M. Jacques*. Ya saben ustedes que no me agradaba; pero en aquel momento me quedé satisfecha; su fisonomía era indescriptible. ¡Dios me es testigo de que si ella le hubiese puesto en la cabeza una corona de rey, no habría parecido más orgulloso!...

»Sorprendido, más sorprendido que todos, se levantó con los demás, y se dirigió vacilante hacia ella...

—«¡Aquí tiene usted mi mano, que es suya!» le dijo, alargándosela.

»Quizá hubiera caído de alegría y de orgullo á sus pies, pero se afirmó en aquella mano.

—»Sean ustedes testigos, señores,—dijo ella, más conmovedora y majestuosa á cada palabra—de que yo, Amada Isabel de Spens, condesa de Spens, marquesa de Lathallan, aquí presente, tomo hoy por dueño y esposo á *M. Jacques*, actualmente soldado al servicio de su majestad nuestro rey. Obligada por las exigencias de estos tristes tiempos, en que ya no hay iglesias ni sacerdotes, á esperar mejores días para ratificar y consagrar el compromiso solemne que contraigo hoy, he querido, al menos, jurar delante de ustedes que son cristianos y caballeros—y cristianos en tiempos de prueba son casi sacerdotes,—jurar, con plena libertad de alma, obediencia y fidelidad á *M. Jacques*, y empeñarle mi fe y mi vida.»

»Estaban los dos en pie, el uno al lado del otro: ella

espléndida, y él como iluminado por su esplendor.

—«Y ni siquiera hay—dijo tristemente—una cruz ante la cual pueda pronunciar el juramento.»

—»¡Sí, señora!—replicó fogosamente Beaumont, que tuvo una idea de soldado.—¡Cruza tu espada con la mía!» —dijo á La Varesnerie, que estaba enfrente de él.

»Y las cruzaron; así hubo cruz.

»Y ante esas hojas desnudas, que podían teñirse de rojo de allí á algunas horas, Amada de Spens y *M. Jacques* se juraron el uno al otro lo que se habrían jurado ante el altar si todavía hubiese existido en Touffedelys. ¡Y todo eso fué tan rápido, y tan sublime en su misma rapidez, señor de Fierdrap, que al cabo de treinta años se me ha quedado grabado aquel instante de una manera tan deslumbradora como el fulgor de las dos espadas que iluminó la frente de aquellos seres desposados antes de la batalla y separados por la muerte al otro día!

—«¡Hé aquí unas hermosas bodas!»—exclamó La Bochonnèire, que era el más joven de los Doce.—Pero en las bodas se baila. ¿Por qué no habíamos de bailar?

«Para aquellos espíritus, inflamables con bien poco, la idea fué como una chispa caída en un reguero de pólvora. En un santiamén desapareció la mesa, y todos estaban en su puesto dando la mano á su pareja. Si allí había corazones destrozados, las piernas no lo estaban; aquellos hombres bailaron... como se habían batido en la feria de Avranches, y no dejaron de romper brazos aún, pero fueron los míos...»

—¿Cómo?—interrumpió el barón de Fierdrap, que no comprendió al pronto, y cuya nariz pareció entonces el más hermoso punto de admiración que se ha dibujado jamás bajo la cicatriz de un sabañón.

»—¡Sí, barón!—insistió;—porque yo fuí la que les pro-

porcioné el medio de que bailaron como desatados hasta las tres de la mañana sin tomar aliento. Yo fuí el ministril de esa boda. Aunque entonces, gracias á la guerra, no tenía un volumen tan respetable como el de hoy, tampoco tenía, sin embargo, talle de bailarina, y apenas servía para otra cosa que para hacer de murguista en un rinconcito del salón de baile. Yo tocaba bastante bien el violín, como muchas mujeres en mi juventud; porque usted se acordará, barón, de que á las mujeres del siglo pasado les entró un día el capricho de tocar el violín, y hasta inventaron una manera de tocarlo que llamaban: *tocar violoncello*, y consistía en apoyar el instrumento sobre la rodilla, sosteniéndolo con la mano izquierda cuyo brazo respectivo se redondeaba, mientras la derecha pasaba el arco magistralmente, en una actitud á lo Santa Cecilia. No dejaba de ser airoso en una mujer bonita; pero ya supondrá usted que no era así como tocaba yo. Hubiera parecido una Santa Cecilia muy original. No estaba tan deseosa de lucir mi brazote, que se veía ya más de lo necesario, ni podía temer que se me estropease la barba. Cogía el violín y lo tocaba como he hecho tantas otras cosas... como un hombre. Y así lo estuve tocando en la boda de Amada por última vez en este mundo. Ahora no me acerco ya á ese violín, que, según decías tú, querido hermano, sentaba tan bien á mi cara de polichinela, y me castigué, colgándole en la pared, por haber acompañado de una manera tan loca los últimos momentos de una felicidad y amenizado tan alegremente una agonía.»

—¡Tú eres, después de todo, una excelente muchacha, colocada por Dios en el seno de un hombre valiente!—dijo el abate, conmovido, á su pesar, por su hermana...

La señorita de Percy no tenía ya su voz marcial. Las tijeras no tocaban á generala.

«Y era una agonía, en efecto,—continuó;—pero, excepto *M. Jacques*, que quizá ni pensaba en ello siquiera, ¿quién se hubiera acordado de la muerte en medio de la alegría de aquel singular baile de bodas, animado por el entusiasmo de los corazones y por las grandiosas ilusiones del valor?... Amada lo inició, según costumbre, bailando el primer rigodón con el elegido de que acababa de hacer su esposo. Deseó que aquella noche no se la llamase más que la *señora de Jacques*, y nosotras no le dimos otro nombre. Estuvo deslumbradora con aquel traje de desposada que convirtió más tarde en sudario del afortunado mortal á quien daba la mano entonces... Hacia las tres de la mañana hubo que pensar en la partida y en la expedición proyectada. Cambié de repente de compás: «¡Señores, tocan la diana!» les dije, atacando bruscamente un aire militar y realista que habíamos cantado con frecuencia.

»Todo el mundo estuvo listo en tres segundos. Yo fuí en busca del traje de chuan con que había hecho más de una expedición nocturna en diversas épocas. El único plan que teníamos entonces era marchar juntos hasta ser de día, dispersarnos después, y reunirnos, cerca de Coutances, en un punto del campo que La Varesnerie, buen conocedor del país, nos indicó, que era en casa de unos aldeanos chuanes, y, por tanto, seguros, donde podríamos ocultar las armas. Dos ó tres de nosotros, á lo sumo, deberíamos ir á la ciudad para adquirir informes sobre el prisionero y la prisión.

»Nuestro propósito era armarnos y entrar en Coutances á la caída de la noche, porque sólo de noche y por sorpresa cabía libertar á Destuches en una ciudad

tan tranquila, donde la cosa más insignificante se convertía á poco en un acontecimiento, y que contaba además para su custodia con una guarnición considerable de infantería.

VII

LA SEGUNDA EXPEDICIÓN

»Nada de particular ocurrió durante la especie de marcha forzada que hicimos desde Touffedelys hasta Coutances—continuó la vieja cronista, recobrando su aplomo, turbado un instante á medida que entraba en el relato de un hecho de guerra en que había intervenido, y en que se veía obligada á decir *nosotros* con un placer rayano casi en la sensualidad.—En aquel tiempo los caminos eran peores que hoy, y, por lo mismo, menos frecuentados; por si no bastase, el que tomamos no era el departamental, es decir, el camino real. Este lo atravesaba dos veces al día la diligencia, escoltada por gendarmes de á caballo; escolta motivada por la idea que tenían los chuanes de que la guerra paga la guerra, y de que el dinero del gobierno que querían derrumbar les pertenecía. A pesar de este principio, aquel día evitamos cuidadosamente la diligencia y sus gendarmes protectores, y tomamos el camino de travesía, que en calidad de

chuanes conocíamos muy bien por haberlo frecuentado mucho tiempo... Llegamos, pues, bastante pronto á casa de los aldeanos de La Varesnerie; y fué suerte no haber encontrado en el camino nada que nos contrariase y haber tenido las piernas bastante ágiles á pesar del baile de que salíamos, porque aquellos aldeanos, que vivían á un cuarto de legua de los arrabales de la ciudad, nos digeron á nuestra llegada que Destuches había sido condenado la noche anterior por el tribunal revolucionario de Coutances y que debía ser ejecutado al día siguiente. Es de advertir que su conducta ante el tribunal revolucionario fué lo más á propósito para exasperar el fanatismo de un odio político que no necesitaba mucho para exasperarse. Con aquel carácter incomprensible, que no desmintió nunca, desdeñó responder á las preguntas de los jueces, y se mantuvo inaccesible y rebelde á todos los interrogatorios y aun á todas las súplicas de los que parecían interesarse por su suerte, oponiéndoles un silencio, no interrumpido siquiera por un grito ni un suspiro, y una impasibilidad de salvaje... Semejantes noticias, confirmadas por los dos ó tres compañeros de expedición que habían penetrado en Coutances y que habían visto levantada ya la guillotina en el lugar de la ejecución, nos obligaban á obrar como el rayo y de no contar más que con la energía, yendo á nuestro fin en línea recta, sin tiempo para seguir los rodeos de la astucia, como en Avranches, y simplificándolo todo, como la estocada recta en el manejo de la espada, merced á la rapidez de la acción.

—«No podemos dudar en la elección de nuestro partido—dijo *M. Jacques*, y era la opinión de todos.—Esta noche, á la hora en que la ciudad empiece á entregarse al sueño, es preciso que intentemos juntos una brusca

entrada en la prisión y sacar á Destuches por la fuerza. ¡El trance será de prueba, señores! La prisión está situada en el centro de tres patios espaciosos que se envuelven unos á otros. En el primero y más exterior de los tres hay un centinela que, disparando su fusil, hará salir á todo el cuerpo de guardia instalado en la calle de al lado, y ése, á su vez, descerrajando una descarga sobre nosotros, atraerá á toda la guarnición de la ciudad. Si toman cartas en el asunto las gentes de la población, pueden tirarnos por las ventanas lo primero que encuentren á mano ó fusilarnos por las puertas entreabiertas á la vuelta de las esquinas de las calles cuya red no conocemos bien.»

—«¡Verdugo!—exclamó Desfontaines.—¡Qué programa!»—Imitaba á Vinel-Aunis, que le parecía delicioso; era un remedo suyo. — «Anoche estábamos bailando, señores,—añadió;—no sería difícil que bailásemos esta noche.»

—«Caballero, usted expone el plan del enemigo—dijo La Varesnerie á *M. Jacques*;—pero, ¿y el nuestro? ¿cuál es?

—«El nuestro—respondió *M. Jacques*—es el de las balas y obuses que entran por todas partes y lo rompen todo, mientras no se aplastan.»

—«¡Pues bien!—exclamó Justo el Bretón, cuyo sobrenombre era «el Temerario».—¡Seamos proyectiles, y entremos!»

«Yo tengo siempre aquí, en los oídos—continuó la señorita de Percy,—la voz clara de Justo el Bretón, cuando pronunció la palabra *¡entremos!*, cuya idea fué realizada algunas horas después; porque entramos, y hasta salimos, que era lo más peliagudo. ¡Nunca oí sonido de clarín más alegre! Justo el Bretón se regocijaba con lo

que acababa de decir *M. Jacques*. Nosotros, los diez restantes, no nos preocupábamos, ni temblábamos; pero Justo se regocijaba. El tal Justo el Bretón era el despreciador más absoluto de toda prudencia. La idea de que no había ya que contar más que con la fuerza para salvar á Destuches, de que ya no era hora de pensar en estratagemas y precauciones, sino que estábamos al borde del foso, y no quedaba otra cosa que saltar, esa idea, formidable para los más valerosos, á él lo entusiasmaba. Muchos valientes he conocido yo en mi vida, pero ninguno de ese género de bravura. *M. Jacques*, que era un oficial intrépido con el genio de un general, el mismo Destuches, ese hombre inaudito entre los enérgicos, que quizá en toda su vida sintiese acelerarse los latidos de su corazón en su pecho de mármol, aceptaban la prudencia humana en multitud de circunstancias; Justo el Bretón ¡jamás! Lo llamaban el Temerario; con igual razón hubieran podido llamarlo: «¡Nada imposible!» ¿Quiere usted la prueba? Un día entró aquí á caballo, en la plaza del castillo, á ver á un amigo suyo que se alojaba en el Hotel del Correo; y, subiendo los cuatro pisos de esa manera, obligó á saltar por la ventana á su caballo que, al caer, se rompió tres piernas y se abrió el pecho, mientras que él quedó clavado en su sitio, con las espuelas hundidas enteramente en el vientre del animal, sin un sólo arañazo por su parte!

—Dos segundos de apariencia de hipócrifo,—exclamó el abate;—pero el hipócrifo tenía alas, con lo cual el Rogerio de Ariosto resulta de un mérito menor que tu héroe, señora hermana.

«Otra vez—prosiguió ésta, palpitando de emoción por el éxito del que el abate acababa de llamar su *héroe*,—aburrido un día de lluvia en casa de uno de sus amigos

(creo que en casa de esa gallito batallador de Fermanville), le dijo: «¡Bien podíamos batirnos para pasar el tiempo!» porque en aquella época las gentes eran así en Valognes: mataban el tiempo á estocadas. Y como Fernanville no presentase otra objeción sino la de que no había más que un solo sable, dijo Justo: «Cójelo tú y dejame á mí la vaina». Pero, como el otro, que tenía corazón, no quería aceptar ese partido, Justo el Bretón le obligó á servirse del sable, porque se abalanzó á él, y le dió un tajo con la vaina.

No me permitiré más reflexiones, Percy,—dijo el Abate, siempre amigo de hacer rabiar,—porque me regalarías otra anécdota sobre tu favorito Justo, y Fierdrap, que se atormenta la barba de impaciencia, se estaría esperando su historia hasta sabe Dios cuándo.

«He concluído—dijo ella,—pero no era una digresión, señor hermano. Venía á cuento para mi historia el que ustedes se formasen idea de ese Justo el Bretón, amante del peligro, no como se ama á la mujer, porque siempre se la encuentra bastante bonita...

Y bastante peligrosa—dijo la lengua irónica del abate.

«Mientras que él—continuó la hermana—jamás encontraba el peligro bastante grande, como lo probó una vez más el día de la expedición, cometiendo una imprudencia que fué la causa de la muerte de *M. Jacques*, y pudo ser la de que nos asesinasen á todos dentro de los muros de Coutances.»

Dijo esto acaloradamente, como lo decía todo aquella vieja leona; pero bien se veía en el tono de su voz que no guardaba un rencor muy grande al sublime tarambana de Justo el Bretón.

«Entre once y doce de la noche—continuó—abandonamos la granja de los Mauger, esos aldeanos de La Va-

resnerie que nos dieron asilo. La abandonamos para no volver á ella; porque, si salíamos con bien, no podíamos llevar á Destuches á un sitio tan próximo á la ciudad; y, si no conseguíamos nuestro objeto, ninguno de los Doce debía volver ni allí ni á ninguna otra parte. Cada cual llevaba una buena carabina muy corta, con suficiente provisión de pólvora y balas, y un cuchillo de monte en el cinturón. El único que llevaba pistolas, en vez de carabina, era Cantilly á causa del brazo roto, que apoyaba en el pañuelo de usted, Santa. Ese marchaba con la pistola en la mano. Cuando salimos de la granja de los Mauger, una traidora luz de luna hizo decir á nuestro teniente de *truhán*, Desfontaines: «Luna por Luna, preferiría mejor que ésa para esta noche á la señorita Luna de Thiboutot.

«Aquella luna de mal agüero podía jugarnos, efectivamente, más de una mala pasada. Pero, al acercarnos á la ciudad, nos tranquilizó un poco una neblina que empezó á subir del suelo, como el humo de un fuego, de turbera en el campo. Concebimos la esperanza de que aquella niebla espesaría lo bastante siquiera para que no se pudiese distinguir nada claramente en las calles de Coutances, más estrechas que las de Avranches, y más sumidas, de consiguiente, en la sombra proyectada por las casas. Entramos en la población cuando el reloj de la catedral daba los tres cuartos para las doce, repetidos por los otros relojes de esa ciudad; que dormía como una mansión de justos, aunque era una ciudad de pícaros revolucionarios. Las calles estaban mudas; ni un gato pasaba. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros, de Destuches, de nuestro proyecto, con solo que hubiésemos encontrado una patrulla? Sabíamos de sobra lo que habría sucedido en ese caso; pero no teníamos libertad de elección;

precisaba exponerse y jugar el todo por el todo, ó no había remedio: Destuches sería guillotinado al otro día. Felizmente, no encontramos ni la sombra de una patrulla en aquella ciudad dormida como una muerta. Algún que otro farol, á grandes distancias entre sí, temblaba á merced del viento en la esquina de una calle, colgado de un largo poste negro con un brazo perpendicular, á manera de una T no concluída, tenían la facha de horcas. Todo eso era lúgubre, pero poco espantoso. Seguimos una calle, luego otra. Siempre el mismo silencio y la misma soledad. La luna que se enturbiaba más cada vez, se reflejaba un poco todavía en las vidrieras de las ventanas, tras las cuales no se veía siquiera ni el resplandor de una lamparilla mortecina. Apagábamos el ruído de nuestras pisadas al andar.

«El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las menores impresiones de esa entrada nocturna en Coutances y aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se desconfía, porque puede abrirse de repente y tragaros; y me acuerdo perfectamente de una vieja con gorro de dormir —único sér vivo de aquella ciudad sepultada en sus casas como en otras tantas tumbas—que desde la ventana de un piso alto vaciaba á la luz de la luna una jofaina con precaución y misterio, y con tal lentitud, que las gotas del líquido que vertía habrían tenido tiempo de cristalizarse antes de caer al suelo, si hubiese hecho un poco más de frío. Acompañaba el acto de la advertencia caritativa: «¡Agua va! ¡agua va!» pronunciada con voz temblona, que apagaba lo posible para no despertar á nadie, revelando lo concienzuda y timorata que era. A cada gota que caía ó no caía, repetía con el mismo tono doliente su monótono «¡Agua va!»... Nos colocamos en hilera pega-

dos á la pared fronteriza, temiendo que nos viese... Pero, demasiado ocupada para eso, continuó dando suelta á su manantial eterno, sin dejar de pronunciar su «¡Agua va!»

—«No dejaría de asombrarse si le rompiésemos la jofaina con una bala al ras de la mano»—dijo Cantilly, gran tirador de pistola, que echaba á lo alto un par de guantes y lo atravesaba de un balazo antes de que volviese á caer.

«Nos reímos y pasamos adelante, olvidando á la vieja al volver la esquina de la calle y encontrarnos de manos á boca con la guillotina, que se alzaba erguida y amenazadora ante nosotros esperando su víctima... ¡Emboscada fúnebre! Era la plaza de las ejecuciones. No debía estar lejos la prisión. Bajamos como quien desciende á un abismo la calle que va de la prisión á la plaza del cadalso, y que se llama en toda la ciudad la calle de *Sube á remolque*, la que había que impedir que subiese Destuches al día siguiente. La carcel blanqueaba al extremo de esa especie de tubo sombrío en otra plaza. Nos detuvimos... el tiempo necesario para respirar.»

Contaba la narradora como quien ha vivido lo que cuenta. El abate y el barón no respiraban.

«¡Ah! ¡Era el momento—dijo,—el momento terrible en que se va á romper la vidriera, y estaría uno perdido si, al romperla, hiciese ruído uno solo de los vidrios!... El centinela, envuelto en su capote azul, se paseaba indolentemente, del uno al otro extremo del pórtico, con el fusil apoyado en el brazo, como un capero de iglesia en vísperas. El último rayo vacilante de aquella luna, que una hora después debía parecer un caldero de gachas, y que nos hizo este último servicio, caía de lleno en la cara del soldado y le impedía distinguir nuestras sombras móviles en medio de la sombra fija de las casas.

—«Yo me encargo del centinela»—dijo en voz baja Justo el Bretón á *M. Jacques*, y de un saltó estuvo sobre él, cargó con capote, fusil, hombre y todo, y desapareció con ese fardo bajo el pórtico de la prisión, dejándonos el paso libre, ¿Cómo se las arregló ese demonio de Justo?... El centinela no había proferido un solo grito.

—«¡Lo habrá apuñalado!»—dijo *M. Jacques*.—¡Vamos! Ahora nos toca á nosotros, señores. Podemos avanzar...»

«Y todos con él, apiñados unos contra otros como los granos de un racimo, nos precipitamos bajo el pórtico desembarazado por Justo, y entramos en el primer patio de la prisión.

«Era un patio perfectamente redondo, con arcos muy bajos y gruesos pilares, que le daban la apariencia del patio de un claustro. Estaba vacío. ¿A dónde había ido Justo...? Dirigimos nuestras miradas por el interior de aquellos arcos donde nada se veía, por entre aquellos pilares á donde había llevado quizá al centinela degollado; pero ¡bah! ya sabría encontrarnos él. Pasamos aceleradamente al segundo patio, tan desierto como el primero, para llegar sin un respiro á la prisión, que estaba en el fondo del tercero... ¡Ah! ¡aquello era moverse! ¡Nos hostigaba el aguijón de la necesidad! Vimos vacilar una luz en un cuerpecito de edificio avanzado, y que parecía lo que en términos de construcción militar se llama una garita. El alcaide no estaba acostado. No era ya la enérgica Hocson de Avranches con su corazón desolado é implacable; era un animal con gorro frigio, que trabajaba de remendón para las gentes de la ciudad. Como aquel día era vencimiento de década, y al siguiente tenía que hacer entregas á sus parroquianos, velaba... Su mujer y su hija, una niña de trece años, dormían en una es-

pecie de camaranchón muy elevado, al cual se subía con una escala. Vimos todo eso al través de una vidriera grasienta iluminada por un candil con una luz rojiza y humosa... No lo previnimos, no lo llamamos, no dimos golpecitos á la puerta, sino que, impulsados por esa necesidad de obrar *á manera de balas*, como había dicho *M. Jacques*, de un culatazo dado á la vez por las once carabinas, hizimos volar la puerta, y caímos como un rayo sobre aquel hombre, derribándolo al suelo, alzándolo después, poniéndolo de pie derecho, sujetándolo por el cuello con dos puños vigorosos, y ordenándole, con el cuchillo dirigido al corazón, que entregara las llaves y nos guíase hasta donde estaba Destuches. Usted lo sabe, señor de Fierdrap: los chuanes tenían una fama siniestra, merecida á veces. Se los veía siempre al resplandor de los horribles fuegos que encendían debajo de los pies de los Azules. El espanto público les daba el nombre de *Tuestapies*. Nos aprovechamos de esa tremenda reputación de los chuanes para aterrorizar al miserable á quien sujetábamos; y Campión, que era cejijunto y tenía una cara terrible, lo amenazó con asarlo como un cochinillo, si hacía el menor ademán de resistencia. No resistió. Estaba anonadado por la sorpresa y el miedo, un miedo idiota y lívido. Entregó las llaves, y, arrastrado por dos de los nuestros, nos llevó al calabozo de Destuches. La mujer y la hija quedaron más muertas que vivas en el camaranchón, y nosotros tiramos la escala para impedir que bajasen y fuesen á avisar. El terror les hacía un nudo en la garganta. No gritaron; pero, aunque hubiesen gritado, poco nos importaba. Los muros de la cárcel eran espesos. Había de por medio tres patios, todos desiertos. No se hubiesen oído sus gritos.

«¡Viva el Rey!» dijimos al entrar en el calabozo de

Destuches... Prisionero una semana en Avranches, prisionero en Coutances hacía unos días, maltratado por sus enemigos que querían triturar su energía bajo las torturas del hambre y exhibirlo en el cadalso en un estado de deshonrosa debilidad, Destuches se hallaba sentado en una especie de poyo de piedra de forma de artesa, encadenado pero muy tranquilo.

«Ese guerrillero y ese piloto estaba hecho á los azares de la guerra como á las inconstancias de las olas. ¡Cogido un día, librado otro, vuelto á prender quizá! he ahí un pensamiento con que se había familiarizado.

—«¡Bueno!—dijo con su hermosa sonrisa.—¡No será todavía mañana! Miren—añadió,—desembarácenme esta mano, y los ayudare en lo demás.»

«Había retorcido la cadena que le ataba los brazos, pero las manillas de acero que le oprimían, paralizando el juego de sus músculos, le habían impedido romperla.

—«¡No, caballero!»—le dijo *M. Jacques*.—Sería demasiado largo serrar todo esto. Tenemos prisa; lo llevaremos á usted con las cadenas.»

«Y dicho y hecho, barón de Fierdrap. Tres lo cogieron en hombros, y lo sacaron como sobre un pavés.

»En lugar de Destuches metimos en el calabozo al alcaide, á quien dejamos la vida, pero encerrándolo por prudencia con llave. Yo empleo más tiempo en contar todas estas cosas del que tardamos en ejecutarlas. No son más rápidos los zig-zags del relámpago. Volvimos á atravesar los tres grandes patios, siempre solitarios; pero en la calle... en la calle iba á empezar de nuevo el peligro.

»¡Y, sin embargo, las cosas no podían ir mejor! ¡Teníamos á Destuches! La luna no era ya más que un ojo vaciado. Manchaba el cielo, en vez de iluminarlo, y la

niebla empezaba á tender una especie de velo de seda entre los objetos y nosotros... Los contornos de las casas se desvanecían en la vaporosidad. Volvimos á tomar por las calles que ya habíamos seguido, siempre sin encontrar á nadie. ¡Suerte prodigiosa! Era cosa de magia. Aquella ciudad, inmóvil en su sueño, parecía encantada. Cuando volvimos á pasar por la calle donde la vieja vaciaba la jofaina, estaba aún en el mismo sitio, y pareciendo seguir la operación. La vimos menos á causa de la niebla, pero continuaba sin interrupción su «¡agua va!» prudente y quejumbroso. ¿Era una estatua que hablaba? ¿Llegó á interrumpirla lo que oimos de repente? En el inmenso silencio de la ciudad resonó un tiro.

—«¡Amartillemos las carabinas, señores, y alerta!»—dijo *M. Jacques*.

—«¡Y ojo á las balas!—dijo Desfontaines.—Ya no se trata de «¡gua va!»

»Casi en el mismo momento desgarró más cruelmente el aire é hizo vibrar el espacio otra detonación más fuerte.

—«¡Es la carabina de Justo el Bretón!»—dijo *M. Jacques*, reconociéndola con su oído militar.

»No había pronunciado estas palabras cuando Justo, abalanzándose como un tigre, caía entre nosotros, y nos decía con voz clara:

—«¡Aprieten el paso! Vienen los azules!»

»¡Sepa ústed ahora lo que había pasado, señor de Fierdrap! El «Temerario», que no en balde llevaba ese nombre, en vez de acuchillar al centinela, como el instinto de la guerra hizo suponer á *M. Jacques*, se lo llevó vivo, en brazos, debajo de los arcos de la cárcel. Seguro de su fuerza, y gozándose en probarla, tuvo el desdén generoso de no matar á aquel hombre, y se limitó á es-

trujarle la garganta con su formidable mano para que no pudiese gritar, y á permanecer así, estrujándolo, todo el tiempo que tardamos nosotros en librar á Destuches.

Desde el fondo de su arco y de aquellas tinieblas nos vió volver á pasar por el patio con el prisionero, y para darnos tiempo de hacer seguramente la retirada, continuó sujetando al centinela en aquella situación, terrible para ambos. Cuando nos creyó bastante lejos de la cárcel para no tener ya nada que temer, lo soltó creyendo haberlo ahogado. En efecto: fuese astucia ó dolor ocasionado por la mano que lo había oprimido como una argolla de hierro, cayó á los pies de Justo, y éste se marchó. Pero, una vez libre, el centinela, fiel á su consigna, se levantó, cogió el fusil y disparó para llamar á las armas al cuerpo de guardia.

»Justo estaba entonces en lo alto de la calle de *Sube á remolque*.

—«¡Ah!—pensó.—He cometido una torpeza en dejar con vida á ese canalla, pero me las va á pagar.»

»Y volvió á bajar la calle, y á sesenta pasos, á pesar de la niebla, tendió rígido al centinela que cargaba de nuevo el fusil, y emprendió la carrera para reunirse con nosotros y avisarnos.

»¡Pero había prendido la pólvora! Hacia el barrio que acabábamos de abandonar se oían redobles de tambor. Apresuramos el paso.

»Detras de nosotros, al extremo de una de las calles que seguíamos, vimos una partida de tropa que creimos soldados del cuerpo de guardia, y lo eran probablemente. Avanzaban con precaución, porque no conocían nuestro número... «*¡Quién vive!*» gritaron al acercarse; pero todos, excepto los que llevaban á Destuches, les respon-

dimos con una descarga, que les dijo con claridad suficiente que éramos *Cazadores del Rey*.

»También ellos tirarón. Sentimos el viento de sus balas, que rebotaron en las paredes, pero no nos mataron á nadie. Para nosotros era evidente, visto lo débil de la persecución, que aquellos hombres aguardaban refuerzo de la guarnición despierta, y esta circunstancia nos permitió tomar algún avance. Marchando casí á la carrera, donde quiera que tropezábamos con un farol lo rompíamos de un tiro. Inundábanse, pues, de oscuridad aquellas calles estrechas, donde la tropa más considerable no hubiese podido desplegar sino un frente reducidísimo. Era una ventaja para nosotros. Los que llevaban á Destuches iban cubiertos por los otros nueve, que de minuto en minuto se volvían y disparaban. Llegábamos á las puertas de la ciudad, ya era tiempo. En el centro de Coutances se elevaba gran tumulto. Se oían distintamente los gritos de «¡á las armas!» La ciudad estaba en movimiento. Los que venían detrás de nosotros no se retrasaban más que el tiempo indispensable para volver á cargar las armas. A la última descarga que hicieron ¡fatalidad! *M. Jacques*, después de girar dos veces sobre sí mismo como una peonza, cayó. Yo estaba cerca de él.

—«¡Oh, su presentimiento!—pensé, estremeciéndome al recuerdo de Amada.—¿Está muerto?—dije á Justo el Bretón que lo había levantado.

—«Muerto ó nó—respondió,—no se lo dejaremos á los azules, que se vengarían de nosotros fusilando su cadáver.» Y alzándolo con sus dos brazos de Hércules, lo tendió sobre los hombros de los que llevaban á Destuches, el cual tuvo así un compañero de pavés.

»Veinte minutos después la ciudad quedaba ya lejos, anegada en su niebla y en su ruido, y nosotros estábamos

en pleno campo con nuestra doble carga. No nos habían cercado ni cortado, pero lo hubieran hecho si no hubiese concluído oportunamente la calle de salida. En el campo la niebla era más densa aún que en la población. Una vez fuera de las calles, los azules que nos perseguían no podían saber la dirección que íbamos á tomar. Por otra parte, el campo, la maleza, la espesura, las sendas extraviadas, todo eso nos conocía. ¡Eramos chuanes!

»La Varesnerie, que sabía el país de memoria, nos hizo tomar por las tierras labradas. Luego abrimos una ó dos barreras, cerradas solamente con aros de madera retorcida, y entramos en caminos que parecían surcos de carros. Al cabo de dos horas de marcha próximamente, bajamos á una hondonada por donde corría un río, á cuya orilla había amarrado un lanchón destinado al acarreo de ese abono que en el país se llama *tangue*, y arrastrado á maroma á lo largo de un camino paralelo al río.

»En ese lanchón depositaron á Destuches y á *M. Jacques* sus portadores, y allí esperamos el día contentos de haber librado á uno, pero con el corazón oprimido por haber perdido á otro. Cuando amaneció, pudimos apreciar la herida de *M. Jacques*. Había recibido una bala en pleno corazón. A orillas de aquel río desconocido enterramos á aquel otro desconocido, de quien no sabíamos nada sino que era un héroe. Antes de tenderlo en la fosa que abrimos con nuestros cuchillos de monte, corté del brazo el brazalete que le había tejido Amada con sus cabellos más puros que el oro y cubierto de una sangre que iba á ser para ella una reliquia sagrada. Sin sacerdotes, lejos de todo, le tributamos el único honor que pueden tributar soldados á un héroe, saludándolo por última vez con el fuego de nuestras carabinas, y perfumando el ces-

ped bajo el cual iba á dormir con ese olor de la pólvora que siempre había respirado.»

—No es de compadecer—dijo el barón de Fierdrap, que creyó responder al pensamiento secreto de la señorita de Percy.—Tuvo la muerte de un chuan y está enterrado al pie de un matorral como un chuan, ¡su verdadero puesto!, mientras que Destuches, á quien acaba de ver el abate en la plaza de los Capuchinos, es probablemente un mísero loco errante, y Juan Cottereau, el gran Juan Cottereau, que ha dado nombre á la chuanería, y único superviviente de seis hermanos varones y hembras, muertos en batalla ó en la guillotina, ha expirado con el corazón herido por los amos á quienes sirvió, á quienes pidió en vano, ¡pobre corazón novelesco!, el simple derecho, ridículo ahora, de llevar la espada. El abate tiene razón: morirán como los Estuardos.

La señorita de Percy no se atrevió á protestar por segunda vez contra la opinión de esos heridos de la Fidelidad que, como el abate y el barón, se quejaban entre sí de los Borbones como se quejaría cualquiera de una amante; porque quejarse de una amante es probablemente una manera más de adorarla.

«Después de cumplir nuestros últimos deberes para con *M. Jacques*—continuó la narradora,—pensamos en librar de sus cadenas al cabecilla Destuches, á quien habíamos sentado en el lanchón de *tangue*, recostándolo en el mástil á que se sujeta el cable. Sus aprensores le habían envuelto en una especie de camisa de fuerza con cadenas entrecruzadas, y las habían apretado hasta el punto de embotar dolorosamente el cuerpo esbelto y flexible de aquel hombre en cuyos miembros dormía una fuerza que despertaba á veces como el león. Con su instinto y su amor del combate debió sufrir furiosamente al oir pa-

sar las balas en torno suyo sobre los hombros de sus compañeros sin poder escupir una sola al enemigo; pero la nota distintiva del valor de Destuches era la paciencia del animal ó del salvaje en las circunstancias desesperadas. ¡Era un indio ese hijo de Granville! Hasta allí, durante la marcha y la noche, había sufrido en silencio las cadenas: pero ya de día, y sin el enemigo tras nuestros pasos, debía sentir impaciencia por librarse de aquel peso abrumador. Dentro de poco deberíamos volver á ponernos en camino, y él, una vez libre, sería un bizarro soldado más, si por acaso nos atacaban en nuestro regreso á Touffedelys. Tratamos, pués, de romper aquellos hierros, pero sin más herramientas que los cuchillos de caza y los gatillos de las carabinas, la faena amenazaba ser larga y quizá imposible, cuando uno de esos azares que sólo se presentan en la guerra, vino á sacarnos de apuros.»

—¡Ah, es la historia de Couyart!—dijo moviéndose voluptuosamente en su poltrona la señorita Sainte de Touffedelys como si le hubiesen acercado á la nariz un frasco de su olor favorito.

Se veía que aquella historia, cuyo heroismo no hacía gran mella en su cerebro, se reducía al fin á proporciones que le agradaban. Todo es relativo en este mundo. El tiempo había llegado á cruzar el cisne de los antiguos días con un pobre ganso que no hubiese salvado al capitolio. La señorita de Touffedelys se había animado casi... Couyart era su relojero.

—Esta mañana ha venido á dar cuerda al reloj—dijo profundamente esa observadora inefable.

Sentía un antiguo y poderoso interés por el tal Couyart, que creía en aparecidos como ella, y que, cuando iba á reparar el Baco de oro molido, no acababa de ha-

blarle nunca de los que veía por todos lados, porque eso era el pan nuestro de cada día para el buen hombre. No era dueño de moverse sin verlos, con sólo que saliese á su patio á lo que ustedes saben. Era un hombre tímido, escrupuloso, de suave hablar, y que andaba como hablaba, con los chapines de veludillo que siempre se ponía por respeto al pavimento lustroso de los salones cuyos relojes cuidaba. Era delicado y nervioso, de cara blanca como una vieja, y, aunque calvo por cráneo y frente, provisto de un resíduo de pelos en el occipucio y sobre las orejas, que empolvaba por el solo motivo de que tal era la moda de las personas *distinguidas* antes de *esa desgraciada revolución...* Él siempre había sido, decía, *aristócrata*. Con sus parroquianos, que eran toda la nobleza de Valognes, tenía esa timidez que lisonjea á los príncipes, cuando una persona no sabe qué decir en su presencia—exquisita adulación, que en él era natural.

Entrecortaba las frases con los *¡jem, jem!* del hombre cohibido y las empezaba con unos *pues bueno* inconcebibles, probando así que los rodajes de la mecánica no dan los hábitos del razonamiento. Siempre que no trabajaba en sus relojes, estuviese sentado, á pie quieto ó andando, se frotaba eternamente con satisfacción sus manos suaves y paliduchas de relojero, acostumbradas á coger cosas delicadas y frágiles; y era la delicia de los niños, cuando, al volver de la escuela, se pegaban á la vidriera de la tienda para verlo, delante de su mesa cubierta de papel blanco y de copas bajo las cuales colocaba las piezas de los relojes, enteramente absorto en su lente y buscando lo que llamaba un *escape*.

VIII

EL MOLINO AZUL

La señorita de Percy pasó por alto, naturalmente, la reflesión de su ingenua amiga, y prosiguió:

Mientras forcejeábamos por librar á Destuches de sus cadenas, y juro á usted, barón, que la cosa nos pareció un momento más difícil que el sacarlo de la cárcel; vimos venir de lejos un hombre por el camino de la orilla del río. Saint-Germain, que tenía ojo de vigía, fué el primero que lo vió venir tranquilamente hacia nosotros, y me excedo, al decir tranquilamente, porque ya no las tenía todas consigo. Aquel grupo de hombres tan de mañana, á la vera de un río que no solía ver mucha gente en sus orillas, aquel grupo armado, cuyas carabinas relumbraban al sol levante que disipaba la niebla, preocupaba al hombre de andar circunspecto y casi cauteloso, porque usted sabe como anda, Santa. ¡Yo siempre he encontrado el mismo al bueno de Couyart! A la margen de aquel río donde lo veía por primera vez, presentóseme como aquí, en la sala de ustedes, cuando viene á dar cuerda. ¡Sí! Nuestro grupo, que no podía reconocer bien de lejos, le preocupaba y hasta le hizo volverse, tornando á subir el camino, como un gato prudente que ve el peligro y lo evita.

—«Amiguito—dijo Saint-Germain,—no se marcha uno

así, cuando tiene la suerte de tropezarse con *cazadores del Rey* antes del desayuno, y te prometo que no has de ir á contar á nadie esta mañana que nos has visto.»

«Y amartillando su carabina, le apuntó.

«Iba á meterle una bala entre los hombros, cuando La Varesniere, que trataba de hacer saltar un tornillo con el lomo de su cuchillo de caza, de una de las cadenas de Destuches, levantó con el mismo cuchillo el cañón de la de la carabina, diciendo:

—«¡Deja esa chocha! No es un espía. Es Couyart, Couyart de Marchessieux, que vuelve de Marchessieux á Coutances, donde trabaja de oficial de relojero en casa de Le Calus, en la plaza de la Catedral, frente por frente del hotel de *Crux*. Lo conozco, es un realista. Me ha compuesto muchas veces el reloj de caza. ¡Viene como pedrada en ojo de boticario! Quizá el mismo Dios nos lo envía, porque un relejero debe tener siempre en el bolsillo algún instrumento ó algún muelle de reloj, y probablemente nos va á prestar la ayuda que necesitamos en esta endiablada obra.»

«Y como veía que el hombre, temiendo algún mal paso, se volvía, alzó la voz y corrió hacia él:

«¡Eh, Couyart!—gritó.—¡Eh, eh, Couyart! ¡Son amigos!»

«El relojero se detuvo; y dos segundos después lo vimos, sombrero en mano, delante de La Varesnerie, que nos lo trajo, siempre con la cabeza descubierta.

«No estaba aún enteramente tranquilo; pero, cuando sus ojuelos de pájaro prisionero en la mano dieron la vuelta al grupo:

«—¡Oh, Dios mío!—dijo.—¿Usted también aquí, señor de Beaumont? ¿Y usted también, señor Lottin de La Bouchonnière? (que, en efecto, se llamaba Lottin). ¿Y us-

ted también, señor Desfontaines? *Pues* tengo el honor de ofrecerle mis humildes respetos, y aseguro á ustedes, *pues*, que yo... ¡jem! no pensaba... ¡jem, jem! encontrar á ustedes tan temprano.

—«¡Sí! Es un poco de día para nosotros—dijo La Varesnerie,—pero ¡ante todo el servicio del Rey! Por servir al Rey hemos pasado la noche en Coutances, y por eso no estamos aún bajo techado á la salida del sol, que es la hora del cubre-fuego para nosotros. Usted es un buen realista, Couyart, y sabrá con placer que esta noche hemos trabajado con suerte en Coutances; pero, amigo, esta mañana necesitamos de usted para concluir la obra.»

—«¿De mí, señor?—dijo el pacífico relojero, viéndose en medio de todos nosotros apoyados en carabinas.—No veo ¡jem! muy bien, ¡jem, jem! como... podría yo... ¿Es para la hora?—dijo rehaciéndose.—Pues yo tengo la hora —y lanzó la broma vinculada en la relojería desde la fabricación del primer reloj: «Yo gobierno la marcha del sol.»

—«Mire usted, Couyart—dijo La Varesnerie;—apártense ustedes un poco, señores, porque le ocultamos el lanchón y Destuches. Y entonces enseñó al relojero estupefacto, con los ojos tan abiertos como la boca, al caballero aherrojado. ¡Mire! ¡Ahí tiene nuestra obra y la suya! Usted llevará sobre sí algún instrumento de su profesión, alguna lima á algún muelle de reloj, que valdría más aún. Pues bien, hijo mío, lime todo ese almacén de hierro, y, cuando vuelva el Rey, podrá usted alabarse de haber sido uno de los libertadores de Destuches.

»¡Y vea usted, barón, cómo lo fué el tal Couyart á su modo, lo mismo que nosotros al nuestro! La Varesnerie había previsto bien. Couyart, según nos dijo el mismo, llevaba siempre en los bolsillos un montón de útiles.

—Trabaje, pues, buen amigo—dijo La Varesnerie,—y no tema nada; yo le juro por Dios y por todos los Santos del calendario que nadie ha de distraerlo mientras trabaje. ¡No lo interrumpirán á usted, se lo fío! Ya nos cuidaremos nosotros de defenderlo de importunos. Y, mientras trabajaba, anduvimos batiendo la estrada en tornó de él. Ese trabajo, á que nunca hubiésemos podido dar cima sin su ayuda, duró medio día. Jamás hubo reloj, á creerlo, que le diese más que hacer y más quebraderos de cabeza, que aquellas malditas cadenas; pero tuvo la paciencia de un hombre paciente, que á mi me asombra siempre mucho, y añadió la de un relojero, que es ya incomprensible para mí. Así que, aunque la cosa fué dura de pelar, él salió airoso de su empeño. Pero el trabajo que le costó hizo época en la vida del infeliz, tanto que, desde entonces, cuando quería hablar de una compostura complicada ó de cualquier cosa extraordinariamente difícil, nunca dejaba de decir: «¡Es tan difícil como *serrar las cadenas de Destuches!*»

«Ahora todo esto se halla bien lejos de nosotros, señor de Fierdrap, y el tiempo, que ha extinguido nuestra juventud, ha apagado tan completamente el brillo de nuestras obras y el ruído que hizimos en días lejanos, que esa locución de Couyart: «*difícil como serrar las cadenas de Destuches*», esa locución, que pasa por una muletilla del pobre hombre, nadie sabe ya lo que significa; pero nosotras tres, Úrsula, Santa y yo. ¡bien lo sabemos!»

No era la primera vez que vibraba una nota melancólica en la historia de esa noble vieja, tan poco melancolica de costumbre; pero siempre era una nota no más, que pasaba fugazmente por aquel relato, animado con la alegría de un corazón tan valeroso.

«En cuanto al caballero Destuches—prosiguió sin to-

marse más tiempo que el necesario para ahogar un suspiro,—no bien recuperó su libertad y sus fuerzas, nos dió cortesmente las gracias. Nos estrechó á todos la mano. Al tomar la mía, como uno de los Doce, me reconoció bajo aquel disfraz masculino que había llevado ya en otras circunstancias, pero con el cual no me había visto aún. No se asombró. ¿Quién se asombraba de nada en aquel tiempo? Sabía que me gustaba el fusil más que el huso. ¿Y qué mejor ocasión para satisfacer tal gusto que la necesidad de esa vida armada de guerrilleros que era entonces nuestra vida?

—«Señores—nos dijo,—el Rey debe á ustedes un servidor que va á reanudar sus servicios. Esta noche volveré al mar. El sol va á declinar dentro de poco; pero todavía, está bastante alto para que podamos presentarnos juntos y armados por los caminos. Tenemos que dispersarnos. Dentro de dos horas podemos reunirnos en aquel molino de viento que está allí á la derecha de ustedes coronando una altura, y para donde yo les doy cita.»

«Es el *Molino azul*» dijo La Varesnerie.

—«Azul, en efecto—contestó sombriamente Destuches; porque en ese molino, señores, es donde me prendieron por traición los Azules, dándoles á ustedes el trabajo de libertarme. He jurado en mi interior que he de pagarles en moneda corriente ese trabajo que les han dado. He jurado—dijo con una voz resonante como el timbre del metal—que he de vengar la muerte de *M. Jacques*. ¡Ustedes verán si cumplo mi juramento! ¡Antes de que ese sol, que anuncia las tres de la tarde, haya desaparecido bajo el horizonte, y yo con él en la bruma de las costas de Inglaterra, doy á ustedes mi palabra de chuán de que el *Molino azul* se trocará en *Molino rojo*, y no

volverá á llevar otro nombre, mientras conserven memoria las gentes de estos lugares!»

«Lo miré cuando hablaba, y nunca me pareció merecer más su nombre de guerra, *la Avispa*, con su talle ceñido por el cinturón que ajustaba su blusa de piloto: ¡era la avispa sacando el aguijón y buscando sangre! Me recordaba también esos leones rampantes de blasón, de lomo estrecho y nervioso como el de las panteras más finas, y con zarpas, á lo que parece, capaces de desgarralo todo. Su cara de mujer, que á mí no me hacía gracia, aunque teniendo que reconocer que era hermosa, respiraba y aspiraba con tal ferocidad la venganza, que era cien veces más terrible que si hubiese poseído la más desenfadada virilidad.

«Todos los Doce quedamos subyugados por aquella cara de Némesis. Pero La Varesnerie previó quizá algo espantoso, que debía traer represalias abominables y ennegrecer algo más la reputación de los chuanes, ya ennegrecida de sobra.

—«¿Y si nosotros no acudiésemos á la cita de usted caballero?—preguntó La Varesnerie.—¿Qué sucedería?

—«¡Nada, señor!—dijo altaneramente Destuches, y en la hinchazón de su nariz me pareció ver como una estocada.—Yo quería á ustedes por testigos de una justicia, pero no necesito á nadie para hacer por mi mismo lo que he resuelto.»

«La Varesnerie reflexionó un instante. Había meollo en aquella cabeza de La Varesnerie. Era joven. Algún tiempo después de esa época M. Frotte lo nombró mayor:

—«Solo contra varios quizá—murmuró.—¡No, señor! Hemos salvado á usted, y debemos al Rey su vida. Iremos todos, ¿verdad, señores?»

«Combinimos en ello, barón, y nos separamos toman-

do senderos diferentes. Yo me marché con Justo el Bretón á quien mi hermano llama mi favorito. Tiene razón; lo era, y no necesito añadir el *honni soit qui mal y pense!* porque, con las gracias de mi persona, ¿quién podía pensar mal de mí. Justo me decía en el trayecto:

—«¿Qué va á hacer el cabecilla Destuches? Lleva los ultrajes de dos prisiones acumuladas en un corazón tremendamente altanero.»

«Justo se interesaba, como yo, por Destuches, porque no veía en él sino lo único que yo veía: el hombre de guerra, indiferente á todo lo que no era la guerra y sus feroces ambiciones.

—«Lo han cogido por traición—continuaba Justo.—Ha sido entregado á los azules, pero ¿cuándo, cómo y en qué momento? ¡Porqué Destuches es la vigilancia y el insomnio!»

»Andábamos tan preocupados con lo que iba á suceder, que subimos, sin darnos cuenta de la longitud del camino, las pendientes de la altura en que se encontraba el *Molino azul*, como lo llamaban en el país. Presas del magnetismo de la curiosidad, de la idea fija, del lugar que no se ha visto y que se quiere ver, atraídos y casi aspirados por aquel sitio como aspira el mar al niño arrollado por la ola de la playa, llegamos los primeros al punto de la cita, y nos quedamos á alguna distancia del molino de viento en cuestión, esperando á nuestros compañeros y á Destuches, que probablemente los atajaría á todos.

Era un sitio sumamente tranquilo. Su altura se debía á un movimiento muy suave, pero muy contínuo del terreno; así que no parecía nada para los pies, una vez que se había alcanzado, pero era mucho para los ojos, cuando, al volverse, miraba uno detrás de sí el camino reco-

rrido. La superficie de toda esa altura estaba cubierta de una hierba menuda, pero bastante verde. Pacían allí con trabajo dos ó tres ovejas. No había ni un árbol, ni un arbusto, ni un seto, ni una hondonada, ni un cerrillo, ni nada, en fin, que pudiera oponerse á la marcha del viento, el cual era un rey en aquel paraje donde se explayaba á sus anchas, haciendo girar el molino con una lentitud silenciosa. Nada crugía ni rechinaba en ese molino de inmensas aspas, cuyos tirantes lienzos palpitaban á veces como velas de navio, al soplo de ciertas bocanadas más enérgicas. Ese era, pues, el *Molino azul*. ¿Por qué lo llamaban azul?... ¿Era porque la puerta, los postigos, la rueda que hace girar el techo, y hasta la veleta, todo era de ese azul que se ha llamado mucho tiempo *azul de peluquero*, en atención á que los peluqueros, á partir de San Luis, según se dice, pintaban de él sus establecimientos?

»Todo, excepto los muros y las aspas del molino, era de ese azul vistoso y alegre, que parecía más claro en contraste con el azul subido del cielo y con la cálida luz que enviaba un sol de las cinco de la tarde, que no lo doraba aún. ¿Por qué todo ese azul desconocido en los molinos de viento de Normandía? ¿Era para justificar la expresión de los populacheros? ¡Era el molino azul, es decir, el molino que no era blanco! ¡El molino *patriota*! La puerta cortada era puerta y ventana á la vez, y la parte que servía de ventana estaba abierta. Por lo demás ni un alma: ni molinero, ni molinera; nada más que el molino, girando solitariamente como hubiese podido girar dentro de un saco de algodón en rama—¡tan silenciosamente lo hacía!—y cuyas aspas, corriendo unas tras otras, como las horas, en aquella sosegada y muda rotación, ni temblaban siquiera.

»No duró mucho ese silencio... Oyóse un *pizzicato* de violín, que salía por la puerta entreabierta. Era el sonido agudo y estridente de una prima como despertada por una mano que dormía aún... una mano de molinero que no se oye á sí propio por la harina que tapa sus oídos.

«—¡Qué buenas trazas tiene ese molino de la traición!—dijo Justo.—¡No me sorprende que hayan engañado al mismo Destuches.»

»Entre tanto continuaba el *pizzicato* indeciso, vago, adormecido, y sólo perceptible á causa del profundo silencio de aquella tarde de verano y de aquel molino que parecía girar en el vacío. Era realmente para haceros participar de la sensación de soñolencia en que á todas luces se hallaba sumido aquel molinero invisible que soñaba tocar más bien que tocaba.

»En tal momento de una sensación única para mí, señor de Fierdrap, siempre que pienso en lo que siguió, fué cuando Destuches, á quien esperábamos con impaciencia, apareció sólo en el raquítico césped de aquella altura. Se adelantaba á los otros diez de los Doce, pero vió que estábamos allí Justo el Bretón y yo, y nos hizo la señal del silencio. Venía sin armas, con las manos vacías. Desde que nos reparamos no había arrancado de ningún seto nada con que hacerse siquiera un bastón.

»Miró el pestillo de la puerta, y entró en el molino... No oímos ya *pizzicato*... Pasó como un reloj cuyo *tic-tac* sonaba no hacía un minuto, pero que había dejado de andar...»

—¡Y tú también!—dijo el abate á su hermana, que se había parado para saborear la impresión que producía, porque veía bien que la producía sobre el barón de Fierdrap y sobre su hermano.—Anda, mujer, anda, y no nos abrases á fuego lento.

—«Son nuestros amigos—dijo Justo el Bretón, viéndolos venir en ese instante que puedo llamar supremo ahora, porque entonces sólo sentía una ansiedad sin nombre.

»Cuando llegaron á la altura y nos vieron:

—«Venimos á la cita—dijo La Varesnerie,—¿Dónde está el cabecilla?

—«¡Helo ahí—respondí, porque, desde que entró en el molino, mis ojos no se separaban de la puerta que dejó abierta.

»Salía, en efecto. ¿Se podía decir que con alguien? Traía, agarrado por el cuello con las dos manos á guisa de corbatín, al molinero, un hombretón panzudo, arrastrándolo en pos de sí por el polvo.

—«¡Diablo!—exclamó Desfontaines (imitando siempre á Vinel Aunis); ya no es sólo azul el molino, sino también el molinero.»

»Cuando Destuches apareció en el umbral del molino silencioso, de donde no salió nadie más que él y ese molinero, que parecía no tener peso para las manos que lo aferraban, creímos que aquello había concluído... que lo había matado... y era ya bastante trágico, ¿verdad, barón? Pero ¡bah! dentro de nada íbamos á tener algo más trágico delante de los ojos.

»El molinero se había desvanecido bajo la presión de las garras de Destuches. Lo ahogaba la sangre—aquel hombre apoplético era como un tonel lleno hasta el tope,—pero vivía sin conocimiento, y el cabecilla Destuches, que medía la proporción de su esfuerzo á la fuerza del enemigo, sabía que vivía aquel hombre inmóvil...

»¡Señores—dijo—este es el traidor, este es el judas que me entregó á los azules! Todos los que han perecido en Avranches, Vinel-Aunis muerto probablemente, *M. Jacques* herido esta noche y enterrado esta mañana, y quin-

ce días en que me han hecho beber como agua los ultrajes y devorar como pan los más infames tratamientos, todo eso hay que ponerlo á cuenta del hombre que está aquí y cuyo suplicio me pertenece...»

»Escuchábamos creyendo que iba á apelar á nuestras carabinas, pero seguía sujetando entre las manos el cuello de aquel hombre, cuyo cuerpo oprimía contra el suelo, y cuya enorme cabeza tenía apoyada en el muslo, como si hubiese sido un tambor.

—»Señores—continuó; había visto quizá crisparse algunas de nuestras manos en el cañón de las carabinas, gracias á la lucidez de la sangre fria que en medio de todo conservaba,—guarden ustedes su pólvora para soldados... ¡Acuérdese usted, señor de La Varesnerie, que yo no he querido contar con los Doce de la liberación sino para ser testigos de la justicia!... Yo sólo me encargo del castigo,.. Pedro el Grande, y no se dirá que elijo mal ejemplo, fué á menudo, hasta donde yo sé, juez y verdugo en un momento mismo.»

»Ninguno de los que estábamos oyéndolo y mirándolo comprendíamos lo que quería hacer; pero sólo para intentar lo que pensaba... había que ser un milagro de fuerza... ¡había que ser lo que era él. Siguió sujetando con una mano aquella cabeza de toro del molinero, y se la colocó entre las rodillas montando brutalmente sobre la nuca... Creímos que iba á dislocarla. ¡Pero no era eso todavía, señor de Fierdrap. El molinero llevaba un cinto, como los que llevan aún los aldeanos de Normandía, una faja flexible y fuerte que sujeta los riñones de esos hombres dedicados á faenas rudas; y al verle desarrollar esa faja con la otra mano, nos dijímos: «Lo va á extrangular.» Pero á cada movimiento nos engañábamos.

»¡No! ¡Fué una cosa inesperada y para dejar atónito á

cualquiera! Conservando al hombre entre las rodillas, cogió una de las aspas del molino, deteniéndola al pasar. Fué un alarde de fuerza tan magnífico que lanzamos una exclamación...

»Seguía reteniendo el aspa con las dos manos.

—«Se le cita á usted, caballero Justo el Bretón—dijo—como uno de los hombres de más puños de todo el Cotentin. ¿Sería usted, pues, capaz de sujetarme un solo minuto este aspa que acabo de detener?...»

«Justo no resistió. Destuches lo ganó por la idolatría de su fuerza, por esa embriaguez de la fuerza que pagó más tarde, sucumbiendo á una pequeña herida... Justo tomó con orgullo el aspa del molino de manos del caballero, y, por el estímulo de esa rivalidad que centuplica las fuerzas humanas, la contuvo. La contuvo durante el tiempo que necesitó Destuches para atar al molinero con el cinturón á lo largo del aspa, la cual, libre de nuevo, recobró su amplio movimiento acompasado y silencioso.

»¡Ah! Era una extraña argolla, ¿verdad, barón? ¡Espectáculo nunca visto el de aquel hombre amarrado á un aspa de molino que giraba sin cesar! El movimiento, el aire que hendía al describir de esa suerte la gran órbita del aspa, elevándose de pronto para tornar á bajar, y bajando para elevarse otra vez, le hicieron volver en sí. Abrió los ojos. La sangre que amenazaba reventarle la cara, como el vino demasiado violento revienta la pipa, volvió á bajar por todo el cuerpo, y el hombre palideció... Destuches tuvo una salida de marino:

—«Es que empieza el mareo»—dijo cruelmente.

»El molinero volvió á cerrar los ojos como si hubiese querido sustraerse á la horrible sensación del abismo de aire que bajaba sujeto al aspa implacable del molino, remontándose eternamente para volver á bajar, y bajando

para tornar á subir... El sol que brillaba enfrente vino á agregar la ferocidad de su deslumbramiento á la tortura de ese extraño supliciado, que andaba por los aires. El infeliz empezó por chillar como un halieto á quien degüellan, así que recobró el conocimiento; pero á poco ya no chillaba... se quedó sin fuerzas para gritar... ¡las fuerzas del cobarde! y se desmayó en el blanco lienzo del aspa como en un lecho de agonía. Creo firmemente que lo que sufría era inexpresable... Desde abajo se veían brillar al sol sobre sus sienes las gotas de sudor... Aquellos señores miraban impasibles con los ojos secos y los labios contraídos. Pero yo, señor de Fierdrap (¡y por Cristo, que era la primera vez de mi vida!), comprendí que no era tan hombre como pensaba. La mujer que alentaba en mí se conmovió, y no pude menos de decir á aquel vengador terrible:

—«¡Por Dios, caballero, abrevie usted semejante suplicio!»

«Y le alargué mi carabina.

—«¡Pues por Dios y por usted, reñorita!—respondió.—Ha hecho usted esta misma noche lo suficiente para que yo no pueda negarle nada.»

«Y colocándose bien en frente, á treinta pasos, con la destreza del hombre que mataba al vuelo las golondrinas de mar en una canoa que las olas balanceaban como un columpio, disparó un tiro tan certero, al pasar por delante de él el aspa del molino, que atravesó de parte á parte el pecho del hombre tendido sobre aquel blanco móvil.

»Corrió la sangre por el aspa tiñéndola de púrpura, y un chorro furibundo que saltó de aquel cuerpo sanguíneo como el agua de una bomba, dejó una placa roja en la pared. El caballero Destuches no había mentido. Acababa de transformar el risueño y tranquilo *Molino azul* en un

espantoso molino rojo. Si existe todavía ese molino, teatro del suplicio de un traidor, cuya traición debió ofrecer pormenores horribles, aunque jamás sabidos de nosotros, para provocar tan implacable venganza, se debe llamar aún el *Molino de la sangre*... No se sabe ya probablemente la mano que la vertió; no se sabe ya por qué fué vertida la sangre que mancha ese muro sinistro; pero todavía debe ser visible, y hablará durante mucho con terrible misterio de una cosa espantosa allí acaecida, cuando no viva ya nadie para contarla.»

—¡Decididamente era un hombre feroz la *bella Elena*—dijo el abate pensativo.

«El hombre feroz no se aplacó aún con esa venganza y ese suplicio—prosiguió la señorita de Percy.—Creímos que estaría aplacado... pero nos desengañó algunos instantes después. Abandonamos juntos aquella altura para volver, unos á Touffedelys, otros donde quisieran, puesto que la expedición había tenido éxito. Eran los últimos pasos que dábamos unidos. Ya á distancia, cuando seguíamos los caminos de abajo, yo, que iba al lado de Justo el Bretón, me volví á mirar por última vez la eminencia abandonada... El sol, sonrojándose como si se sintiese humillado de bajar hacia la tierra, enviaba como una mirada de sangre al molino ensangrentado... El viento que soplaba del mar, de aquel mar que volvería á recibir de allí á poco á Destuches, precipitaba las aspas de aquel molino que arrastraba por los sombríos aires su cadáver, cuando creí ver surgir del tejado puntiagudo columnillas de humo. Lo participé en las filas.

—«¡Sólo el fuego purifica!»—dijo Destuches.

Y nos comunicó que habia prendido fuego dentro del molino, añadiendo con el acento alegre de la guerra, porque en él siempre vivía el chuán:

—«¡Harina de menos para la comida de los patriotas!»

«El fuego había tomado cuerpo desde nuestra marcha, y cuando surgió la llama de la humareda que envolvió de pronto la eminencia y que la había ocultado:

—«A los muertos se les encienden cirios—dijo Destuches;—¡ese es el que yo pongo á *M. Jacques*! Esta noche me animará su resplandor largo trecho en medio de las brumas de la Mancha.»

IX

HISTORIA DE UN RUBOR

Entre tanto—continuó sin interrupción la señorita de Percy—después de andar otro poco, llegamos á un cruce de caminos que conducían á las diversas ciudades y pueblos del país. Allí había que separarse, después del último apretón de manos. Unos tomaron la carretera de Granville y de Avranches; otros se fueron hacia la parte de Vire y de Montain. Convenimos en reunirnos en Touffedelys, si había de promoverse á poco un nuevo levantamiento. Destuches siguió el camino que llevaba directamente á la costa. Justo el Bretón y yo fuímos los únicos de los Doce que permanecimos hasta el último instante con aquel hombre, objeto para nosotros de un interés que adquiría caractéres trágicos y de una curiosidad que jamás se ha visto enteramente satisfecha.

Debíamos volver á Touffedelys por los *Mielles*, como se llama á los arenales, siguiendo el mar y su larga línea sinuosa. Cuando dejamos las tierras labradas para entrar á las arenas, había cerrado la noche y salido la luna. Guiaba el caballero como quien sabe á donde va. Con su experiencia de marino conocía al minuto próximamente la hora de la marea que debía llevarlo á Inglaterra. Nosotros pensábamos, sin necesidad de decírnoslo, que tendría á sus órdenes en aquella costa apartada algún pescador fiel. Pero ¡cuál no fué nuestro asombro, al subir con él el último médano, cuando descubrimos la pleamar, brillante y tranquila en una línea tan inmensa como profundamente solitaria. Allí no había ni un ser vivo que esperase á Destuches, ni una barca, oculta en la arena, que se pudiese poner á flote para transportarlo.

—«¡Ah!—exclamó casi alegremente.—Bien seguro es ¡por Dios! que hoy no hay espías en la playa. Desde mi prisión han podido dormir, y todavía no han recibido la noticia de mi libertad que va á evitarles el pecado de la pereza. Los señores guardacostas me creen guillotinado desde esta mañana y andan de asueto.»

—¡Valientes vacas marinas!—interrumpió el barón de Fierdrap, que, en su calidad de gran pescador, no podía tolerar vigilancia marítima de ninguna clase. ¡Siempre han sido lo mismo esos soldados amfibios, bajo todo régimen! Antes de la revolución, el que no había realizado ninguna acción brillante necesitaba veinticinco años de servicios como oficial para obtener la cruz de San Luis; pero los guardacostas necesitaban cincuenta. Eso los pinta.

—Sí—dijo Ursula, bastante indiferente por el momento al honor militar, y que dijo *sí* como podía haber dicho *no*;—pero ¡qué bonito uniforme tenían, blanco con vuel-

tas verde mar!—añadió pensativa.—Quizá volvía á ver aquel uniforme en algún guapo mozo que le agradara en su juventud, y todo eso pasaba, como una gaviota entre la bruma, por el fondo de la niebla gris de sus pobres recuerdos.

Pero ¡bastante le importaban á la señorita de Percy los sueños de Úrsula ni los odios desdeñosos del barón de Fierdrap! Pasó, pués, adelante:

—«Pero ¿cómo va usted á embarcarse, caballero?—le dije.—Yo no veo una tabla en esta playa, y supongo que no pensará usted ir á nado desde la costa de Francia á la de Inglaterra.

—»Se podría ir—me dijo sériamente, y ¿quién sabe si no se sentía con fuerzas para ello?—Pero, señorita, si no hay tablas sobre la arena, las hay debajo.

»Entonces conocimos la prudencia y la inventiva de recursos de ese hombre nacido para la guerra de facción. Tenía la memoria de los lugares que caracteriza al piloto, y no la tenía sólo en el mar. Se orientó en el terreno donde nos encontrábamos, y sacó del cinturón una podadera, que sin duda había cogido en el molino, porque los azules no se hubiesen atrevido á dejar á semejante hombre ni la punta de un cuchillo siquiera. Y con esa podadera empezó á cavar la arena como hacen los pescadores de ar[illegible]onita.»

—Mejor sería decir «los cazadores»—interrumpió el barón de Fierdrap, serio como un dogma.—Yo nunca he comprendido la pesca sin el agua.

«En algunos segundos—siguió la narradora—Destuches desenterró una azada, y diez minutos después su canoa. Èl mismo la había enterrado en aquel sitio cuando su último desembarque. Era su costumbre, según nos dijo. Jamás se confiaba á nadie.

»Obligado á internarse en tierra para llevar á tal ó cual sitio los despachos de que estaba encargado, no podía dejar aquella canoa, que él mismo había construído, en ningún amarradero, donde la habrían sorprendido los guardacostas. Luego que la hubo desenterrado, la trasladó al mar, y no necesitó para eso de todas sus fuerzas. La canoa era una pluma. Saltó á esa pluma, que empezó á bailar suavemente sobre las olas. Ya había vuelto á ser «la *Avispa*»; iba á volver á ser «el *Duende*.»

»Con el remo clavado en el suelo sujetaba la barquilla que se alzaba sobre la ola como un caballo fogoso que piafa.

—»¡Adiós, señorita! ¡y usted también, caballero!—nos dijo á Justo el Bretón y á mí, de pie en la proa de su barca, y saludándonos con la mano.—¿Cuándo nos volveremos á ver? ¿Volveremos á vernos siquiera? Los aldeanos están cansados; la guerra decae. ¿No hablan ya de pacificación?... Sería menester que viniese aquí uno de los príncipes para reanimarlo todo.. ¡y no vendrá!—añadió con un gesto de desdén que me hizo daño, y que he vuelto á ver muchas veces en labios de servidores leales (y dirigió á su hermano una mirada de reconvención).—No traeré ninguno á la costa en esta canoa que trajo á *M. Jacques*. Si acaba la guerra, ¿qué será de nosotros, de mí, por lo menos, que no sirvo más que para la guerra? ¡Iré á que me maten en cualquier parte, y esta costa no oirá hablar más de Destuches.»

»Le devolvimos su adiós.

—«Es hora de partir—dijo;—ha llegado el reflujo.»

«Dejó de sujetar la barca inmóvil sobre la ola espumosa de la playa, y con una de sus nerviosas remadas la engolfó en aquel mar, tan conocido de él, y desapareció entre dos olas para reaparecer más adelante, como un

ave marina que se sumerge volando y vuelve á levantarse sacudiendo las alas. ¡Era cosa de preguntarse quién de los dos ganaba de nuevo al otro: si él al mar, ó el mar á él! Lo seguimos con la vista á la luz de la luna que tornaba luminosas las ondulaciones del agua; pero el oleaje que encontró en alta mar acabó por ocultarnos aquella especie de piragua de tan poca madera, aquella débil canoa casi fantástica. El *Duende* se había desvanecido... Nosotros nos dirigimos á Touffedelys por los médanos. La noche era soberbia. Rara vez la he visto más hermosa en mi vida nocturna de chuana. Ibamos oyendo menos cada vez el ruido del mar, que se alejaba y empezaba á descubrir sus primeras rocas. Por la parte de tierra todo se hallaba en calma; la brisa del Océano moría en la playa; los árboles estaban inmóviles. Sobre la altura, allá en la azulada lontananza, concluía de arder, en silencio y sin socorro, el molino de viento solitario que había mutilado el fuego y no tenía ya sino tres aspas, que giraban aún. Invadidas las últimas por las llamas, merced á su situación, habían acabado por inflamarse. Una ardió más deprisa que las otras, pero las tres restantes, incendiadas también, llameaban y despedían chispas al girar, como habían despedido sangre por la tarde. Aunque perdido en la inmensidad del mar á aquellas horas, el terrible incendiario del molino podía verlo consumirse en medio de una atmósfera tranquila y envuelto en su llama recta como la de una antorcha, durante aquella noche transparente, sin nada de vapor—cosa rara en la Mancha, ese mar verde como un prado, cuyo rocío es la bruma. No sé que tristeza me invadió á mí, tan risueña. La mujer que había sentido en mis adentros, al ver tan cruel á Destuches, alentaba nuevamente bajo mi disfraz de chuán... ¡Mi corazón se inundaba de compasión por Ama-

da, á quien tenía que comunicar la muerte de *M. Jacques*, la muerte vengada por Destuches, circunstancia que no había de servirla de consuelo.»

Esta vez se detuvo la señorita de Percy como el que ha acabado su historia. Rechazó las tijeras con que venía accionando hacia el bordado que estaba revuelto con el estambre en el velador.

—Esa es, barón—dijo,—la historia de la libertad de Destuches que le había prometido mi hermano.

—Y que usted ha *narrado* muy bien, mi querida Percy—dijo Santa—que, deseando parecer amable, puso en su boca inocente el elogio cruel de esa humillante palabra.

Pero el barón de Fierdrap, que había hablado con tanta ligereza de la pena de Amada, el pescador antisentimental de dardos—que tan poco se cuidaba de los del amor, decía el abate, cuando estaba de humor de retruécanos,—el barón de Fierdrap andaba en vena de ternura, había vuelto á ser el barón Hylas, y quiso que se le hablase de Amada.

«Yo fuí quien le comuniqué la muerte de su prometido—dijo la señorita de Percy.—Palideció como si fuese á morir á su vez, y se encerró para ocultar sus lágrimas. En Amada, como usted ha visto, barón, todo se concentra, y el exterior jamás pierde su calma. Lo único visible de esa pena, encerrada en su corazón como una reliquia en una urna, fué el fúnebre capricho de hacer desenterrar al que llamaba su marido del sitio en que lo habíamos sepultado, y envolverlo en el traje de bodas que ella lució una sola noche, transformándolo en sudario.

»Más tarde, cuando volvieron los sacerdotes y se abrieron de nuevo las iglesias, siéndole imposible soportar la idea de no reposar á su lado un día, resolvió trasladarlo al campo santo. Todo eso, barón, se hizo sin ruido,

sin aparato, para calmar su corazón, cuyas heridas oculta tras sonrisas que entreabrirían el cielo á desgraciados menos infelices que ella. En medio de su desesperación y de esa palidez que ha conservado siempre desde entonces—porque nunca ha vuelto á recobrar aquel encarnado de rosa entreabierta que hacía de ella la reina de las rosas de Valognes, donde la última muchacha de la calle deslumbra por su frescura,—cuando se le dijo que estaba salvado Destuches, volvió á ofrecer su cara aquel arrebatamiento inexplicable que le daba la apariencia de una estatua viva de coral.

«E inexplicable ha permanecido, señor de Fierdrap, tan inaudito rubor. Han pasado los años; ha marchado el tiempo; la vida no es ya para ella sino un gran silencio en un solo pensamiento; la sordera, la aisladora sordera, ha interpuesto una muralla entre ella y los demás, y la ha *encerrado en su torre*, como ella dice. Pues bien: que un día que ella oiga se pronuncie por casualidad en su presencia el nombre de Destuches, de que ahora se habla bien poco, y reaparecerá el fuego en esas sienes de una pureza de doncella muerta, y entre cuyos cabellos, á no ser rubia, habrían empezado ya á brillar hebras de plata. Parecerá increible, barón, pero es así. Mire usted: yo no quisiese nunca causar involuntariamente la menor pena á esta noble criatura; pero si este temor no me contuviese, y levantándome de mi sitio, me llegase á la que está bordando á la luz de ese quinqué desde hace tres horas sin oir una sola palabra de lo que hemos dicho, y le gritase al oído: «¡Amada, el cabecilla Destuches no ha muerto! El abate acaba de verlo en la plaza...,» ¿apostamos, barón, á que el rubor, el rubor inexplicable, reaparecía en la cara de la prometida de *M. Jacques*, que nunca ha amado á nadie más que á él?...

—No digo que no—respondió el abate gravemente.—No cabe duda de que amaba á *M. Jacques*. Pero, ¿quién sabe—añadió bajando la voz (precaución inútil para ella, y sólo como si temiese por sí mismo lo que decía),—quién sabe... si, por caso extraordinario, no era tan pura?...»

Y se detuvo, sin atreverse á acabar, arredrado aquel abate gran señor, no ya sólo de su palabra, sino de su pensamiento.

—¡Oh, hermano!—exclamó la señorita de Percy, con un sentimiento inspirado á la vez por el horror y por la imposibilidad del supuesto, dando un golpe en el suelo con el pie á lo reina Berta.

Y las mismas Touffedelis, tornándose sensitivas, porque la imbecilidad se hace sensible á ratos, retrocedieron en sus sillones con una energía que pregonaba de sobra hasta qué punto las escandalizaba el pensamiento del abate.

El abate no acabó... Había dicho bastante. El sacerdote es siempre el más profundo de los moralistas. La mirada, aguzada por la confesión, va siempre más allá que la de los otros hombres. Se dice que el zahorí ve el cadáver al través del césped que lo cubre. El sacerdote es el zahorí de nuestros corazones.

Miró al barón de Fierdrap, que giñó los ojos; tampoco añadió una palabra. Fué una pausa singular. El tonel del Baco dió las dos. No ahullaban ya los perros de M. Mesnilhouseau. Fuera reinaba el silencio, no interrumpido ya por la lluvia, é invadía aquel salón, cuya chimenea se había apagado, y cuyo grillo, esa cigarra del hogar, que Santa llamaba una chicharra, se había dormido.

—¡Calle!—dijo el barón de Fierdrap.—Con toda esta historia no he tomado mi té. Abrió la tetera y metió den-

tro las narices. El agua se había evaporado á fuerza de hervir.

—¡Imagen de todo!—exclamó el abate.—¡Vámonos, Fierdrap! Dejemos acostarse á estas señoritas. Esta noche hemos tenido una verdadera orgía de conversación.

—No todos los días son de fiesta—respondió su amigo.—Ahora lo que tengo son unas ganas furiosas de que llegue mañana. Puesto que estás seguro de haberlo visto esta noche en la plaza de los Capuchinos, mañana tendremos quizá noticias del cabecilla Destuches.

Y se marcharon, después de sepultar la señorita de Percy su corpulenta persona y su barril oriental dentro de su capuchón de tiritaña. El abate, que tenía más razón que nunca para llamarla «su gendarme,» se agarró á su brazo de autoridad, y le cantó á media voz, arrastrando los zuecos por las calles, las primeras palabras de una canción que le dedicó un día:

Conozco yo un militar
que va rezando el breviario,
y por todo regimiento
no tiene más que un soldado.
El tal es una niña
un poco montaraz.
¡Plan, rataplán, plan, rataplán!

El barón había encendido su linterna, como el abate, y los tres acompañaron solemnemente hasta el convento á Amada, á quien las hermanas Bernardinas, por deferencia á tal pensionista, concedían el permiso de recogerse tarde. El abate, su hermana y el barón iban más ó menos impresionados por aquella historia de uno de los héroes de su juventud, pero lo estaban menos seguramen-

te que *otra persona* que había allí, de quien nada he dicho todavía. Abstraídos en lo que contaban, la habían olvidado, y yo he hecho lo mismo que ellos... Esa otra persona no era más que un niño, de quien no hicieron aprecio, engolfados en su historia; y él, quietecito en su taburete, había permanecido junto á la chimenea, recostando en el mármol su cabeza prematuramente pensativa. Tenía unos trece años, la edad en que, si sois *juiciosos*, se olvidan de mandaros á la cama en las casas donde os quieren. Él lo había sido aquel día, por casualidad probablemente, y se había quedado en el vetusto saloncito, mirando y grabando en su tierna memoria aquellas caras que rara vez se veían en ese tiempo, y que ahora ya no se ven, é interesándose por aquellos tipos en que se mezclaba el genio bondadoso y bromista con tanto carácter y tan altos y grandes sentimientos. Tal circunstancia es una suerte para esta historia, si os ha interesado; porque, sin ese niño, estaría enterrada en las cenizas del hogar apagado de las señoritas de Touffedelys, cuya familia no existe ya, y cuya casa de la calle de las Carmelitas, la casa de esas primas de Tourville, habitan ahora ingleses de paso por Valognes; nadie, pues, en el mundo hubiera podido contároṣla y acabarla, ya que, como veis, la historia no estaba concluída. La señorita de Percy no la había terminado, ni la terminó nunca. Quedóse interrumpida en aquel rubor, sobre el cual proyectó el abate con una palabra sola, una luz que sublevó á todos.

La señorita de Percy tenía fe en Amada, y los sentimientos de aquel espíritu enérgico eran inquebrantables. Amada de Spens guardó su secreto, y la señorita de Percy conservó su respeto hacia Amada. Murió creyéndola la Virgen-Viuda, como decía, digna de entrar con

dos palmas en el cielo, las dos palmas de los dos sacrificios cumplidos. El abate, que tenía el tacto de los grandes espíritus, no hizo jamás una reflexión, ni habló nunca del cabecilla Destuches á la señorita de Spens, que, habiendo perdido á las Touffedelys después de la señorita de Percy, se enclaustró sin tomar el velo, y no volvió á salir del convento.

Pero el niño á que me he referido creció, y la vida, la vida apasionada con sus vertiginosas distracciones y los horribles sinsabores que las siguen, no pudieron hacerle olvidar nunca esa impresión de la infancia, esa historia tejida, como un tirso, de dos relatos entrelazados, ¡el uno tan soberbio y el otro tan triste! y los dos, como todo lo que es bello en la tierra, que perece sin haber dicho su última palabra, los dos sin desenlace. ¿Qué había sido del cabecilla Destuches?... No hubo al día siguiente las noticias que el barón de Fierdrap esperaba. En Valognes nadie conocía al cabecilla Destuches, y, sin embargo, el abate no era un soñador á quien se le hiciesen duendes los dedos como á las señoritas de Touffedelys y á Couyart. Había visto á Destuches. Era, pues, una realidad; había pasado por Valognes. Pero... había pasado... Por otra parte, ¿qué misterio encerraba la vida de esa bella y pura Amada de Spens con respecto á Destuches?... Dos cuestiones cerniéndose eternamente sobre dos imágines, y á las cuales respondieron después de veinte años las circunstancias, vencidas por el encarnizamiento del recuerdo. ¿Quién sabe? A fuerza de pensar en una cosa, se crea quizá el azar.

Yo no había cesado nunca de pensar en ese hombre y de informarme de su suerte, y el azar me reveló, en efecto, que vivía... que mi gran abate de Percy no se había engañado cuando lo vió y lo tomó por un loco.

Desde Valognes, por donde había atravesado, como el rey Lear, en medio de la lluvia y la borrasca, de vuelta de Inglaterra, sustrayéndose á la vigilancia de las personas que lo restituían á su país, fué á parar á casa de una familia á quien espantó por la locura furiosa de que estaba poseído. El fracaso de sus ambiciones, el desconocimiento de sus servicios, la crueldad de la suerte que elige á veces las manos más queridas para herirnos, todo había sido parte para volver loco á aquel hombre, frío como Claverhouse,—loco cuyo vigor irresistible ofrecía el peligro de una calamidad, y exigía la camisa de fuerza.—Lo habían encerrado misteriosamente en un manicomio, donde vivía hacía más de veinte años. Todo esto lo supe poco á poco, á retazos, como llega uno á saber las cosas que le ocultan. Pero, cuando lo supe, me prometí ver á aquel hombre, que se había esforzado en pintarme una mujer, como lo hubiera pintado un poeta. El estado en que encontraría yo á ese hombre heróico, muerto por completo y pudriéndose en el más tremendo de los sepulcros—¡una casa de locos!—era una razón más para desear el espectáculo. Es bueno empapar el corazón en el menosprecio de las cosas humanas, y, sobre todo, de la gloria, que se da muchos humos con los que se fían de ella, y creen que no puede engañar.

Llegó, pues, un día en que pude ver al cabecilla Destuches, y comparar mentalmente su figura juvenil, esbelta y terrible, como la de Perseo cortando la cabeza á la Gorgona, con la figura de un viejo, destruído por la edad, la locura y todos los reveses del destino. Inútil es decir lo que hice para lograrlo, pero pude verlo... Lo hallé sentado en una piedra, porque hacía ya mucho tiempo que no era loco de atar, en un patio cuadrado, circuido de arcos, muy blanco y muy limpio. Desde que

no era malo, lo habían sacado de los calabozos y le dejaban vagar por ese patio, en donde había una fuente cercada de acirates poblados de flores rojas, y en torno de la cual andaban algunos pavos reales. Él miraba esas flores rojas con sus ojos de azul marino, donde nada sobrevivía, excepto una llama que ardía aún sin pensamiento, como un fuego abandonado en el cual ya nadie se calienta. La hermosura de la *bella Elena*, de aquel hombre que fué un día más celestialmente hermoso que la bella Amada, según la señorita de Percy, se había desvanecido totalmente, pero su fuerza no. Era aún vigoroso, á pesar del agotamiento originado por veinte años de locura, que hubiesen consumido á cualquier hombre menos robusto. Llevaba un traje de muletón azul con botones de hueso y un pañuelo de Jersey al cuello, como un marinero; y eso era: tenía trazas de un marinero viejo que espera aburrido en tierra. El médico me dijo que, avanzando la vejez, y sucediendo al furor la demencia, habíase operado en sus facultades el más irremediable y profundo desorden; que se creía gobernador de una plaza, de edad de dos mil años, y que en vano trataría de sacar de él un rayo de lucidez. Pero yo no me anduve en rodeos, y, sin más preámbulos, le dije bruscamente:

—¿Con que es usted, cabecilla Destuches?

Se levantó como si lo hubiese llamado, y quitándose su gorrilla de hule, me enseñó un cráneo calvo y pulimentado como una bola de billar.

—Es singular—dijo el doctor;—yo no hubiera creído nunca que respondiese á su nombre, teniendo tan perdida la memoria.

Pero yo, animado por el éxito, le dije á boca de jarro:

—¿Se acuerda usted de su evasión de Coutances, señor Destuches?

Miraba al vacío como si viese en el aire alguna cosa.

—¡Sí!—contestó, parándose un poco.—¡Coutances! y el juez que me condenó á muerte—añadió sin pararse,—¡el bribón de...!

Lo nombró. Era un nombre subsistente aún en la comarca, y sus ojos de azul marino despidieron un rayo fosfórico de odio implacable.

—Y de Amada de Spens, ¿se acuerda usted?—agregué, como quien suelta un tiro tras otro, temiendo que el loco reapareciera, y queriendo herir con este último recuerdo el timbre mudo de aquella memoria gastada que había que despertar.

Se estremeció.

—¡Sí, también!—dijo, y parecía afluir á sus ojos un tropel de pensamientos.—¡Amada de Spens, la que me salvó la vida! ¡La hermosa Amada!

—¡Ah! Quizá era mía la historia que la señorita de Percy no había acabado... Y esa idea me comunicó la voluntad magnética que domina un minuto á los locos y les obliga á obedecer.

—¿Y cómo se arregló para eso, señor Destuches? ¡Vamos, diga usted!

—¡Oh!—respondió (yo había conseguido transmitir mi alma á su pecho, á fuerza de voluntad).—Estábamos solos en Bois-Frelon, ¿sabe usted? cerca de Avranches... Todos se habían ido... Vinieron los azules como venían frecuentemente, pasito á pasito... Cercaron la casa... Era de noche. Yo me hubiese dejado matar, arriesgándolo todo, tirándome por las ventanas como en la Faulx, pero llevaba despachos. Esos despachos me quemaban... Frotté estaba esperando. Lo han matádo á Frotté, ¿verdad?

Temblé, temiendo que la idea de Frotté lo llevase demasiado lejos de lo que yo quería que me dijese.

—¡Lo han matado, lo han fusilado!—le respondí.—Pero, ¿Amada?...

Y le sacudí rudamente el brazo.

—¡Ah!—continuó.—Rezó á Dios... entreabrió las cortinas para que la viesen bien... Era la hora de acostarse... Se desnudó. Se quedó completamente desnuda. Jamás hubiesen creído que allí había un hombre, y se marcharon. La habían visto... Yo también... ¡Era hermosísima!... encarnada como esas flores que hay ahí (señalando las de los cuadros).

La mirada volvió á recobrar su aspecto vago y vacío, y empezó á divagar.

Pero yo no temía ya su locura. ¡Tenía mi historia! Con esas pocas palabras reconstituía el conjunto, como un nuevo Cuvier. Era, pues, cierto; el abate tenía razón, y tenía razón su hermana: ¡la viuda de *M. Jacques* seguía siendo la Virgen-Viuda! ¡Amada era pura como una azucena! Sólo que había salvado la vida de Destuches como jamás mujer salvó la de nadie... La había salvado ultrajando ella misma su pudor. Cuando los azules vieron, al través de la ventana, desde el escondite en donde estaban emboscados, aquella casta mujer que iba á acostarse, y se quitaba uno á uno sus velos como si sólo se hubiese hallado ante los ojos de Dios, no abrigaron ya ninguna duda; allí no podía haber nadie, y partieron: ¡Estaba salvado Destuches! ¡Destuches, que la había visto también como los azules... que, joven entonces, no tuvo quizá fuerzas para cerrar los ojos y no ver la belleza de aquella joven sublime, que, por salvarlo, sacrificaba la pureza inmaculada de las flores de su alma y la divinidad de su pudor! Luchando entre ese pudor tan deli-

cado y altivo y la piedad que impulsa á salvar á un hombre, vaciló... vaciló, ¡sí! pero al cabo llevó su mano á ese cáliz de vergüenza, y lo apuró. ¡Mademoiselle de Lombrenil no bebió más que un vaso de sangre por salvar á su padre! Más adelante sufriría acaso Amada tanto como ella!... Aquellos sonrojos, que la cubrían por entero, cuando estaba presente Destuches, ó al oir su solo nombre, y que nunca la incendiaron con oleadas tan encendidas como el día en que la señorita de Percy pronunció sin saberlo la frase que le recordaba la desgracia de su vida: «*¡Destuches será su testigo de usted!;* aquellos sonrojos eran signos, siempre prontos á reaparecer, de un suplicio que duraba eternamente en su pensamiento, y que tornaba más bello su sacrificio cada vez que la sangre ofendida la teñía con su ofensa.

Confieso que salí de aquel manicomio sin pensar más que en Amada de Spens. Casi había olvidado á Destuches... Antes de abandonar el patio me volví para verlo... Había tornado á sentarse bajo su arco, y con aquellos ojos que habían traspasado las brumas, las distancias, las olas, las filas enemigas y el humo de los combates, no miraba ya sino las flores rojas con que acababa de comparar á Amada, y, en medio de la abstracción de su demencia, quizá ni las veía...

J. Barbey D'Aurevilly.

EL SECRETO

FRANCET Mamaï, un gaitero (1) viejo, que viene á mi casa de vez en cuando á pasar la velada, bebiendo vino hervido, me contó la otra noche un dramita de aldea, de que fué testigo mi molino hará unos veinte años. Me conmovió el relato del viejo, y voy á tratar de repetíroslo tal y como se lo oí.

Figuraos por un momento, caros lectores, que estáis sentados delante de una jarra de aromático vino, y que os habla un viejo gaitero.

Ha de saber usted, señor mío, que nuestra tierra no ha sido siempre un país muerto y sin nombradía, como hoy. En otras épocas teníamos un gran comercio molinero, y de diez leguas á la redonda nos traían á moler su trigo las gentes de las masías... Las colinas de alrededor de la aldea estaban cubiertas de molinos de viento. A derecha é izquierda no se veían más que aspas que giraban con el mistral por encima de los pinos, y reatas de borriquillos cargados de costales, que subían y bajaban por los senderos. Y daba gusto oir arriba toda la semana el

(1) Traducimos la idea, no la palabra, tomando la voz «gaitero» en su acepción más general. La traducción estricta sería: *pifanero.—N. del T.*

chasquido de los látigos, el crugido del lienzo y el *¡Día hue!* de los mozos del molino... Los domingos nos íbamos allá en pelotón, y los molineros pagaban el moscatel. Las molineras estaban hechas unas reinas, tan guapetonas, con sus pañoletas de encaje y sus cruces de oro. Yo llevaba el pífano y se bailaban farándulas hasta que era ya noche oscura. En fin: que aquellos molinos eran la alegría y la riqueza de esta tierra.

Desgraciadamente, á unos franceses de París les dió la idea de establecer una fábrica de harinas al vapor en el camino de Tarascón. ¡Todo tan bonito y tan nuevo! La gente tomó la costumbre de mandar su trigo á esos fabricantes, y los pobres molinos de viento se quedaron sin trabajo. Trataron de luchar algún tiempo; pero pudo más el vapor, y unos tras otros, ¡demonche!, todos tuvieron que cerrarse... Ya no volvieron á aparecer los borriquillos... Las molineras guapetonas vendieron sus cruces de oro... ¡Adios moscatel! ¡adios farándula!... Podía soplar el mistral, que lo que es las aspas no rebullían... Luego viene un día el Ayuntamiento y manda echar abajo aquellas casuchas, para plantar en su lugar viñas y olivos.

A pesar de todo, en medio de ese desastre, hubo un molino que se hizo firme, y seguía moviendo las aspas como un valiente, encima de su collado, á las barbas de los fabricantes. Era el molino del tío Cornille, el mismito en que estamos pasando la velada en este momento.

*
* *

El tío Cornille era un molinero viejo, que vivía hacía sesenta años metido entre la harina, y no sabía salir de su molino. La instalación de las fábricas lo volvió medio

loco. Durante ocho días anduvo corriendo por el lugar amotinando á la gente, y gritando que querían envenenar á la Provenza con la harina de los fabricantes. «No vayáis allá (decía); esos bandidos se sirven, para hacer pan, del vapor, que es una invención del diablo, mientras que yo trabajo con el mistral y la tramontana, que son la respiración de Dios bendito...» Y así se le ocurrían una porción de buenas cosas en alabanza de los molinos de viento, pero nadie las escuchaba.

Entonces el viejo, lleno de despecho y de rabia, se encerró en su molino y vivió enteramente solo como una fiera. No quiso quedarse ni aun con su nieta Vivette, una muchacha de quince años, que desde la muerte de sus padres no tenía á nadie en el mundo más que al abuelo. La pobreta se vió obligada á ganarse la vida, y andar de masada en masada ofreciendo sus servicios para la siega, la cría de los gusanos de seda ó la recolección de la aceituna. Y el caso es que el abuelo parecía querer mucho á la chica. Se andaba á menudo sus cuatro leguas á pie con un sol de justicia para ir á verla al más en donde trabajaba; y, cuando estaba á su lado, se pasaba las horas muertas mirándola con las lágrimas en los ojos...

En el país se pensaba que, al despedir á Vivette, el viejo había obrado por avaricia, y no lo honraba mucho eso de dejar que la nieta fuese rodando de cortijo en cortijo, expuesta á las brutalidades de los amos y á todas las miserias de su condición. Parecía muy mal también que un hombre de las circunstancias del tío Cornille, y que hasta allí había sabido respetarse, se marchase entonces por esos mundos de Dios como un verdadero gitano, con los pies descalzos, con el gorro agujereado y la ropa hecha girones... La verdad es que, cuando lo veíamos entrar en misa los domingos, á nosotros, los viejos, nos daba

vergüenza por él; y Cornille lo comprendía tan perfectamente que ya no se atrevía á sentarse en nuestro banco; siempre se quedaba en el fondo de la iglesia, entre los pobres, junto á la pila del agua bendita.

Había algo que no acaba de explicarse en la vida del tío Cornille. Hacía mucho tiempo que en el lugar nadie le enviaba trigo, y, sin embargo, las aspas del molino seguían su marcha como antes... Por la tarde encontraban al viejo en los caminos arreando su asno cargado de abultados costales de harina.

—Buenas tardes, tío Cornille (le gritaban los campesinos). Parece que marcha siempre esa molienda.

—Siempre, hijos (respondía el viejo con voz alegre). Trabajo no falta, gracias á Dios.

Si luego le preguntaban de dónde demonios podía venirle tanto trabajo, se llevaba un dedo á los labios y respondía gravemente:

—¡Chito! Trabajo para la exportación...

Jamás pudo sacársele otra cosa.

En cuanto á meter la nariz en su molino, no había que soñarlo. Ni la misma Vivette entraba allí.

Cuando pasaba uno por delante, siempre veía cerrada la puerta, las aspas en movimiento, el borrico viejo mascullando la hierba de la explanada, y un gatazo flacucho tomando el sol en el alfeizar de la ventana y mirándole á usted con cara de pocos amigos.

Todo eso trascendía á misterio, y daba mucho que hablar á la gente. Cada cual explicaba á su modo el secreto del tío Cornille, pero el rumor más extendido era que en aquel molino abundaban más aún las talegas de escudos que los costales de harina.

***

Sin embargo, á la larga todo se descubrió. He aquí cómo:

Un día, tocando el pífano para que bailara la gente moza, noté que el mayor de mis hijos y la Vivette andaban enamoricados. En realidad no me pesó, porque, después de todo, el nombre de Cornille era para nosotros respetable; y luego, que sería un gusto ver bullir por la casa á esa pajarita tan mona de Vivette. Pero, como los chicos tenían mil ocasiones de encontrarse juntos, quise arreglar las cosas en caliente para evitar contingencias, y subí hasta el molino á decir dos palabras al abuelo... ¡Cuidado con el vegestorio! ¡Había que ver de que manera me recibió! Imposible hacerle abrir la puerta. Le expliqué el caso como Dios me dió á entender al través del agujero de la cerradura, y, mientras hablaba, no se quitaba de allí el bribón del gato flacucho que bufaba como un condenado.

El viejo no me dió tiempo de acabar, y me gritó con la mayor grosería que me volviese á mi flauta; que si tenía prisa de casar á mi chico, podía ir en busca de novias á la fábrica... No hay que decir si se me subiría la sangre á la cabeza oyendo aquellas bellaquerías; pero tuve la bastante prudencia para contenerme, y dejando aquel viejo loco en su molino, volví á anunciar á los chicos el percance... Los pobres tortolillos no podían dar crédito á lo que oían, y me pidieron por favor que los dejase subir juntos al molino para hablar al abuelo... Yo no tuve valor para negárselo, y ¡brrrum! allá van mis dos novios.

Cabalmente cuando ellos llegaron acababa de salir el tío Cornille. Estaba cerrada la puerta; pero el viejo, al marcharse, había dejado fuera su escala, y en un santiamén les asaltó á los muchachos la idea de entrar por la

ventana y hechar una ojeada á lo que pudiese haber en aquel famoso molino...

¡Cosa singular! la pieza de la muela estaba vacía... Ni un saco, ni un grano de trigo, ni la menor señal de harina en las paredes ni en las telas de araña... No se percibía siquiera ese olor cálido agradable de trigo triturado que embalsama los molinos... El árbol estaba cubierto de polvo, y encima estaba durmiendo el gatazo escuálido.

La pieza inferior ofrecía las mismas señales de miseria y de abandono: un mal camastro, algunos harapos, un pedazo de pan en un escalón, y en un rincón tres ó cuatro costales repletos de cascote y de tierra blanca.

¡Tal era el secreto del tío Cornille! Aquel cascote era el que paseaba á la tarde por los caminos para salvar el honor del molino, y hacer creer que allí se fabricaba harina... ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Había ya mucho tiempo que las fábricas les quitaron su último cliente. Las aspas daban vueltas, pero la muela giraba en el vacío.

Los chicos volvieron llorosos á contarme lo que habían visto. A mí, al oirlos, se me despedazó el corazón...

Sin perder un minuto, corrí á ver á los vecinos; les puse al corriente en dos palabras, y convinimos en que hacía falta llevar inmediatamente al molino de Cornille todo el trigo que hubiese en las casas...Dicho y hecho. Toda la aldea se puso en movimiento, y llegamos arriba con una procesión de asnos cargados de trigos; pero ¡aquél si que era trigo de veras!

El molino estaba abierto de par en par... El tío Cornille, sentado en un saco delante de la puerta, lloraba con la cabeza entre las manos. Acababa de advertir, al vol-

ver, que durante su ausencia habían entrado y sorprendido su secreto.

¡Pobre de mí! (decía). Ahora ya no me queda más que morir... ¡El molino está deshonrado!

Y sollozaba de una manera que partía el alma, dando á su molino toda clase de nombres y hablándole como una verdadera persona.

En aquel momento llegan los asnos á la explanada, y todos nos ponemos á gritar muy fuerte, como en los buenos tiempos de los molineros:

—¡Ah del molino! ¡Eh, tío Cornille!

Y allá van amontonándose sacos delante de la puerta, y derramándose por todas partes el hermoso grano rubio...

El tío Cornille abría desmesuradamente los ojos. Había cogido un puñado de trigo con su mano apergaminada, y decía, riendo y llorando á la vez:

—¡Es trigo!... ¡Santo Dios!... ¡Trigo bueno!... Dejadme que lo mire.

Y luego, volviéndose hacia nosotros, añadió:

—¡Ah! ¡Ya sabía yo que volveríais!... Todos esos fabricantes son unos ladrones.

Queríamos llevarlo en triunfo á la aldea.

—No, no, hijos míos; antes de todo tengo que dar de comer á mi molino... ¡Haceos cargo! ¡Va ya tanto tiempo que no pasa nada por sus dientes!

Y todos teníamos los ojos llenos de lágrimas, al ver al pobre viejo ir de acá para allá, vaciando los sacos é inspeccionando la rueda, al tiempo que el grano se trituraba y volaba al techo el menudo polvo del trigo.

Hay que hacernos justicia: desde aquel día jamás dejamos al viejo sin trabajo. Pero una mañana murió el tío Cornille, y las aspas de nuestro último molino cesaron de

girar para siempre... Muerto Cornille, nadie lo sustituyó. ¡Qué quiere usted, señor!... Todo tiene fin en este mundo, y hay que creer que había pasado el tiempo de los molinos de viento, como el de las cocas del Ródano, de los «parlamentos» y de las jaquetas rameadas.

ALFONSO DAUDET.

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

SAINT-NICOLAS DU CHARDONNET (1)

I

El Seminario Saint-Nicolas du Chardonnet, situado junto á la iglesia de este nombre, entre la calle de San Víctor y la de Pontoise, vino á ser, después de la revolución, el instituto eclesiástico de segunda enseñanza de la diócesis de París. Hasta 1837 no tuvo ningún renombre. El renacimiento brillante del clericalismo ilustrado y mundano se verifica entre 1830 y 1840. Durante el primer tercio del siglo San Nicolás fué un establecimiento religioso oscuro; los estudios valían poco, y el número de alumnos quedaba muy por debajo de las necesidades de la diócesis. Lo dirigió, sin embargo, un sacerdote bastante notable, el abate Frère, teólogo profundo, muy

(1) *San Nicolas del Cardizal* diríamos nosotros. Llamóse así la iglesia de que toma nombre el Seminario, aludiendo al terreno inculto, poblado de cardos, en que se edificó.—*N. del T.*

versado en la mística cristiana. Pero era el hombre menos á propósito para despertar y estimular á niños de segunda enseñanza. Bajo su dirección, San Nicolás fue un establecimiento puramente eclesiástico, poco numeroso, y sin otra mira que la carrera sacerdotal, un Seminario anticipado, abierto exclusivamente á los que se consagraban al sacerdocio, y que desatendía por completo el aspecto profano de los estudios.

M. de Quélen tuvo una inspiración de genio al confiar la dirección de esa casa á M. Dupanloup. El aristocrático prelado no apreciaba mucho la dirección enteramente clerical del abate Frère; amaba la piedad, pero la piedad mundana, de buen tono, sin barbarie escolástica ni jerga mística, la piedad como complemento de un ideal de buena sociedad, que era realmente su principal religión. Si Hugues ó Ricardo de Saint-Víctor se hubiesen presentado á él como pedantes ó patanes, no los hubiese tenido en gran estima. Profesaba á M. Dupanloup el más vivo afecto. Este era entonces legitimista y ultramontano. Han sido menester las exageraciones de los tiempos siguientes para que, trocándose los papeles, se le haya podido considerar como galicano y orleanista. M. de Quélen veía en él un hijo espiritual, partícipe de sus desdenes y prejuicios. Sabía sin duda el secreto de su nacimiento. Las familias que habían velado paternalmente sobre el joven eclesiástico, haciendo de él una persona bien educada y admitiéndole en el círculo cerrado de su sociedad, eran las que conocía el noble arzobispo, y las que formaban para él los confines del universo. Yo he visto á M. de Quélen; mé dejó la impresión del perfecto obispo del antiguo régimen. Recuerdo su belleza (una belleza de mujer), su elegante presencia y la gracia arrebatadora de sus movimientos. No tenía otra cultura que la del hom-

bre de mundo de una educación excelente. Para él la religión era inseparable de las buenas maneras y de la dosis de buen sentido relativo que dan los estudios clásicos. Tal era también la medida intelectual de M. Dupanloup. No distinguía á esos hombres la bella imaginación que asegura un valor durable á ciertas obras de Lacordaire y de Montalembert, ni la profunda pasión de Lamennais; para ellos el humanismo y la buena educación eran el objeto y fin de todas las cosas; el favor de las gentes de mundo bien educadas constituía su supremo criterio del bien. En uno y otro, ausencia completa de teología; se contentaban con reverenciarla de lejos. Los estudios teológicos de esos distinguidos personajes habían sido muy endebles. Tenían fe viva y sincera, pero una fe implícita, poco preocupada de los dogmas en que era preciso creer. Comprendían el poco éxito que alcanzaría la escolástica en el público á que ellos miraban exclusivamente, el público mundano y asaz frívolo de un predicador de Saint-Roch ó de Saint-Thomas d'Aquin.

Con tal disposición de espíritu puso M. de Quélen en manos de M. Dupanloup la austera y oscura casa del abate Frère y de Adriano de Bourdoise. El seminario de segunda enseñanza de París no había sido hasta entonces, al tenor del concordato, más que el plantel de los sacerdotes de París, plantel harto deficiente y estrictamente circunscrito al objeto que la ley le prescribía. Muy otra cosa soñaba el nuevo superior elegido por el arzobispo para el ministerio, poco ambicionado, de dirigir los estudios de los seminaristas. Le pareció necesario reconstruirlo todo, desde los edificios, donde la piqueta no dejó más que los muros. hasta el plan de estudios, que M. Dupanloup reformó de arriba abajo. Su pensamiento se resumía en dos puntos esenciales. Vió, en primer lugar, que un ins-

tituto de segunda enseñanza puramente eclesiástico no tenía ninguna probabilidad de éxito en París, ni bastaría nunca para el reclutamiento de la diócesis, Tomando informes, particularmente del Oeste de Francia y de Saboya, su país natal, concibió la idea de llevar á París los muchachos de esperanzas que le indicaron.

En segundo término, quiso que aquella casa fuese un centro modelo de educación, según él la concebía, y no un seminario del tipo ascético y clerical. Se propuso —cosa delicada quizá—que la educación dada á los jóvenes seminaristas sirviese al propio tiempo para los hijos de las primeras familias de Francia. El éxito del espinoso asunto de la calle de Saint-Florentin lo había puesto de moda entre los legitimistas; algunas relaciones con los orleanistas le aseguraban otra clientela, de que no era bueno privarse. Siempre en acecho de los vientos de la moda y de la publicidad, no desperdiciaba ninguna cosa que alcanzase el favor del momento. Su concepción de la sociedad era muy aristocrática; pero admitía tres aristocracias: la nobleza, el clero y la literatura. Lo que él quería era una educación liberal, que pudiese convenir igualmente al clero y á la juventud del barrio de Saint-Germain, sobre la base de la piedad cristiana y de las letras clásicas. El estudio de las ciencias quedaba excluído; no tenía de él la menor idea.

De esa suerte la vetusta casa de la calle de San Víctor fué durante algunos años la casa de Francia donde hubo más nombres históricos ó conocidos; obtener allí plaza para un joven era un favor muy regateado. Las cuantiosas sumas con que las familias ricas compraban ese favor servían para dar educación gratuita á los jóvenes sin recursos que se distinguían por éxitos constantes. Todo revelaba la fe absoluta de M. Dupanloup en los es-

tudios clásicos. A sus ojos esos estudios formaban parte de la religión. Creía que la juventud destinada al estado eclesiástico y la juventud destinada al primer rango social debían educarse de la misma manera. Le parecía que Virgilio debía entrar por tanto como la Biblia, cuando menos, en la cultura intelectual de un sacerdote. Esperaba que una plana escogida de la juventud clerical, en contacto con jóvenes de las altas clases, sometidos á las mismas disciplinas, sacaría un barniz superior y hábitos más distinguidos que los que pueden dar seminarios poblados exclusivamente de alumnos pobres y de hijos de aldeanos. El hecho es que en este punto realizó prodigios. La casa, compuesta de dos elementos en apariencia inconciliables, tenía perfecta unidad. La idea de que el talento dominaba sobre todo ahogaba las divisiones, y el mayor infelizote, torpe y encogido, recién llegado de provincias, si al cabo de ocho días componía un buen tema ó algunos versos latinos de buen cariz era objeto de la envidia del millonario en ciernes que le pagaba la pensión sin saberlo.

En aquel año de 1836 obtuve yo cabalmente en el colegio de Tréguier todos los premios de mi curso. El *palmares* fué á dar en ojos de uno de los hombres ilustrados que el ardiente capitán empleaba en reclutar su juventud armada. En un minuto quedó decidida mi suerte. «Envíelo acá», dijo el impetuoso superior. Yo tenía quince años y medio; no se nos dió tiempo de reflexionar. Me encontraba de vacaciones en casa de un amigo, en una aldea próxima á Trégier. El 4 de Setiembre por la tarde fué á buscarme un enviado. Me acuerdo de aquel regreso como si fuese ayer mismo. Había que andar una legua á pie por el campo. El piadoso toque de oraciones, propagándose de parroquia en parroquia, difundía en el

aire una calma dulce y melancólica, imagen de la vida que iba á abandonar para siempre. Al otro día salí con dirección á París; el 7 ví cosas tan nuevas para mis ojos como si de repente me hubiesen lanzado á Francia desde Tahitió Tombuctu.

II

Sí: un lama buddhista ó un faquir musulmán, transportado en un abrir y cerrar de ojos desde Asia á los *bulevares,* no se hubiera sorprendido tanto como yo al caer súbitamente en un medio tan distinto del de mis viejos sacerdotes de Bretaña, testas venerables, transformadas totalmente en cabezas de palo ó de granito, especie de colosos osíricos de grandiosa beatitud, semejantes á los que debía admirar después en Egipto, formando prolongadas avenidas. Mi vida en París fué el paso de una religión á otra. Mi cristianismo de Bretaña, se parecía al que encontraba entonces lo mismo que se parece al percal una tela antigua, dura como una tabla. No era la misma religión. Mis viejos sacerdotes, dentro de su maciza bóveda románica, me hacían el efecto de magos poseedores de las palabras de la eternidad; ahora lo que se me ofrecía era una religión de indiana y algodón, una piedad perfumana y emperifollada, una devoción de velitas y tiestecitos, una teología de señoritas sin solidez, de un estilo compuesto, indefinible, como la portada polícroma de un libro de Horas de casa de Lebel.

Fué la crísis más grave de mi vida. El bretón joven es dificil de transplantar. La viva repulsión moral que yo experimentaba, complicada con un cambio completo de

régimen y de costumbres, me produjo un acceso terrible de nostalgía. Me mataba el internado. Los recuerdos de la vida libre y felíz que había hecho hasta entonces con mi madre, me partían el corazón. No era yo el único que sufría. M. Dupanloup no había calculado todas las consecuencias de su conducta. Procedía imperiosamente á lo general de ejército, sin cuidarse de los muertos y enfermos que resultaban entre sus jóvenes reclutas. Nosotros nos comunicábamos nuestras penas. Mi mejor amigo, un joven de Coutances, si no me engaño, transportado también y que era un corazón excelente, se aisló, no quiso ver nada y murió. Los saboyanos parecían mucho menos aclimatables aún. Uno de ellos, de más edad que yo, me confesaba que todas las noches medía la altura del dormitorio del tercer piso sobre la calle de San Victor. Yo caí enfermo; según todas las apariencias, era hombre desahuciado. El bretón que alentaba en mí, divagaba abismado en infinitas melancolías. El último toque de oraciones cuyos ecos había oído prolongarse por nuestras queridas colinas y el último sol que había visto ponerse en aquellos tranquilos campos volvían á mi memoria como flechas agudas.

Según las reglas ordinarias, debí morir; quizás hubiese sido mejor. Dos amigos que llevé conmigo de Bretaña al año siguiente dieron una gran prueba de fidelidad: no pudieron acostumbrarse á aquel mundo nuevo, y volvieron á irse. Yo pienso á veces que dentro de mí murió el bretón; el gascón ¡ay! tuvo sobrados motivos para vivir; más aún: se percató de que aquel mundo nuevo era muy interesante, y valía la pena de asociarse á él.

En el fondo quien me salvó fué el que me había sometido á tan cruel prueba. Dos cosas debo á M. Dupanloup: haberme traído á París y haberme impedido morir al

llegar á él. Aquel hombre rebosaba vida, y me subyugó. Claro es que al principio se ocupó poco de mí. El personaje más de moda del clero parisiense, encargado de dirigir ó, más bien, de fundar un establecimiento de doscientos alumnos, no podía cuidarse personalmente del niño más oscuro. Una circunstancia singular anudó un lazo entre nosotros. El fondo de mi herida era el recuerdo demasiado vivo de mi madre. Habiendo vivido siempre solo con ella, no podía desechar las imágenes de la dulce vida que había gustado durante años. Yo había sido feliz, yo había sido pobre en su compañía. Mil circunstancias de aquella pobreza, que con la ausencia se hacían más conmovedoras, me destrozaban el corazón. Durante la noche yo no pensaba más que en mi madre; no podía conciliar el sueño. Mi único consuelo era escribirle cartas henchidas de cariño y empapadas de pena. Nuestras cartas, según costumbre de las casas religiosas, eran leídas por uno de los directores. El encargado de esa tarea notó el acento de amor profundo que palpitaba en aquellas páginas de un niño, y comunicó á M. Dupanloup una de mis cartas, que le causó el mayor asombro.

La prenda más hermosa del carácter de M. Dupanloup era el amor que profesaba á su madre. Aunque su nacimiento fué, por un lado, la mayor dificultad de su vida, honraba á su madre con un verdadero culto. La anciana vivía con él; no la veíamos nunca, pero sabíamos que todos los días pasaba algún tiempo con ella. Solía decir que el valor de los hombres está en proporción del respeto que tienen á su madre. Sobre este punto nos daba excelentes reglas, que, yo, por mi parte, había practicado siempre, como no tutear nunca á nuestras madres, ni acabar jamás las cartas que les dirigíamos sin escribir la

palabra *respeto*. Por aquí brotó entre nosotros una verdadera chispa de comunicación. El día en que le entregaron mi carta era viernes, día solemne, porque á la noche se leía en su presencia el cuadro de los puestos y notas de la semana. Aquella vez no salí airoso con la composición: era el quinto ó sesto de la clase. «¡Ah! (dijo M. Dupanloup) si el tema hubiese sido el de una carta que he leído yo esta mañana, Ernesto Renan, sería el primero.» Desde entonces se fijó en mi persona. Yo existí gracias á él; fué para mí lo que era para todos: un principio de vida, una especie de Dios. Un culto reemplazó á otro, y con ello se amortiguaron mucho los sentimientos que mis primeros maestros me inspiraban.

Sólo, en efecto, los que han conocido á Saint-Nicolas du Chardonnet en aquellos años brillantes de 1838 á 1844 pueden formarse idea de la intensa vida que allí se desarrollaba. Y esa vida no tenía más que una sola fuente, un solo principio: M. Dupanloup. Era la casa entera. El reglamento, el régimen práctico, la administración, el gobierno espiritual y temporal, todo lo era él. La institución estaba llena de partes defectuosas; él lo suplía todo. Como escritor y como orador era de segundo orden; como educador no tenia rival. El antiguo reglamento de la casa, como todos los reglamentos de seminario, prescribía un ejercicio de *lectura espiritual*. Todas las noches debía consagrarse media hora á la lectura de una obra ascética; M. Dupanloup suplantó de golpe á San Juan Clímaco y á las *Vidas de los Padres del desierto*. Aquella media hora la acaparó para sí. Todos los días se ponía en relación directa con la totalidad de los alumnos mediante una conversación íntima, comparable amenudo por su naturalidad y abandono con las homilías de Juan Crisóstomo en la *Palœa* de Antioquía. Toda cir-

cunstancia de la vida interior de la casa, todo suceso de interés personal para el superior ó para cualquiera de los alumnos, era ocasión de una conversación rápida y animada. La sesión de las notas del viernes, era cosa más personal todavía, y que embargaba á todo el mundo. No había quien no viviese esperando ese día. Las observaciones con que acompañaba el superior la lectura de las notas eran la vida ó la muerte. No existía ningún castigo en la casa; la lectura de las notas y las reflexiones del superior constituían la sanción única que mantenía á todos suspensos y vigilantes.

Ese régimen ofrecía sus inconvenientes, no hay que decirlo. M. Dupanloup, adorado de sus discípulos, no era siempre agradable á sus colaboradores. Me han contado que lo mismo pasaba después en su diócesis, que siempre lo querían más sus seglares que sus sacerdotes. Verdad es que todo lo avasallaba en torno suyo. Pero su misma violencia nos atraía, al ver que nosotros constituíamos su único objeto. Era un despertador incomparable; nadie lo igualaba en sacar de cada alumno todo lo que podía dar de sí. Cada uno de los doscientos existía con perfecta distinción en su mente, y él era para todos el estímulo incesante, el motivo que impulsaba á vivir y trabajar. Creía en el talento, y lo erigía en base de la fe. Repetía frecuentemente que el hombre vale en proporción á su facultad de admirar. Su admiración no siempre era bastante ilustrada por la ciencia, pero nacía de un gran calor del alma y de un corazón verdaderamente poseído del amor á lo bello. Ha sido el Villemain de la escuela católica. M. Villemain fué, entre los seglares, el hombre que más amó y mejor comprendió. Cada vez que venía de verlo, nos contaba la conversación que habían tenido con el tono de la más calurosa simpatía.

Los defectos de la educación que daba eran los defectos mismos de su espíritu. Era muy poco razonador, muy poco científico. Hubiérase creído que todos sus doscientos alumnos estaban destinados á ser poetas, escritores y oradores. Estimaba poco la instrucción sin el talento. Eso se tocaba sobre todo al entrar los nicolaitas en San Sulpicio donde el talento no tenía valor ninguno, y solo se estimaban la escolástica y la erudición. Cuando se trataba de aderezar lógica y filosofía en latín bárbaro, aquellos espíritus, amamantados en las bellas letras, eran refractarios, y se negaban á una alimentación tan ordinaria. Así los nicolaitas eran poco estimados en San Sulpicio. Allí no se nombraba jamás á M. Dupanloup; se le reputaba demasiado poco teólogo. Cuando algún antiguo alumno de San Nicolás se aventuraba á recordar aquel instituto, no faltaba algún director viejo que decía: «¡Oh, sí! en tiempo de M. Bourdoise...», demostrando claramente que, en punto á aquella casa, no admitía otra ilustración que su pasado del siglo XVII.

ERNESTO RENÁN.

MADRID

(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET)

Madrid: Princesa de las Españas,
en tus floridas verdes campañas
que el sol que mata sus resplandores
envuelve en leves, gasas y tules,
brillan radiantes y encantadores
ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
de los romances de amantes penas,
de las tapadas, los galanteos,
¡cuántos pies blancos como jazmines,
huellan las flores de tus jardines,
alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la plaza tus picadores
mil rebocillos provocadores,
mil blancas manos que palmotean
cuando tus toros, embravecidos,
la arena escarban, el lomo arquean,

braman, embisten y huyen heridos.

Ven los luceros en tus callejas
furtivas sombras junto á las rejas,
ven embozados tus caballeros,
ven que de prisa y enamoradas
la oscura calle cruzan tapadas
damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
calado alcázar que maravillas
con tus palacios y tus jardines,
las blancas blondas de las mantillas
y el negro raso de los chapines.

Todas tus rubias y tus morenas
las que caminan de gracia llenas
cimbrando el talle, la cara ufana,
juntas no valen lo que un cabello
de aquellas crenchas que sobre el cuello
deja caídas mi sevillana.

Es una blanca rubia española,
joven y viuda que vive sola.
—Calle escondida, vetusta casa,
portón ferrado, dueña que cela.
Si el Rey la ha visto y amor le abrasa
no confíe en el oro de su escarcela.

Llame y... aguarde si así lo quiere,
llame cien veces y desespere:
á todas horas silencio grave,
calle desierta, puerta cerrada;
pero si llego, mi enamorada
quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
porque es la blanca y rubia Princesa

que ha coronado mi fantasía;
ágil, flexible, siempre nerviosa,
demonio y ángel, avispa y rosa,
donaire y fuego de Andalucía.
Cae en mis brazos y se estremece,
beso sus ojos y desfallece;
con soplo ardiente su pecho late,
rompe violenta los dulces lazos
y en las delicias de tal combate
huye y se escapa de entre mis brazos.
¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
su casco de oro, su estampa real...
mis alabanzas para Sevilla...
y aquella dulce miel con vainilla
de aquella tarde de Carnaval.

AGUSTÍN F. CUENCA.

ALFREDO DE MUSSET

Me propongo hablar de Alfredo de Musset. Ha mucho tiempo deseaba yo consagrar un estudio á este poeta, para mi tan querido, y que despierta en mi alma los recuerdos más gratos de la juventud. La ocasión se ha presentado: Pablo de Musset, el hermano que sobrevivió al poeta, ha publicado una obra titulada: «*Biografía de Alfredo de Musset, su vida y sus obras*», cuyo análisis me permite realizar al fin mis deseos.

Quiero, sin embargo, abrir mi corazón antes de haber abierto el libro. Corría el año de gracia de 1856, tenía yo diez y seis años y me desarrollaba en un rincón de la Provenza. Determino con precisión la fecha porque es la fecha de una pasión literaria entre la juventud. Eramos tres amigos; tres rapazuelos que todavía destrozábamos nuestros pantalones en los bancos de un colegio. En los días de asueto, en los días que podíamos robar al estudio nos entregábamos á correr como locos por los campos; sentíamos necesidad de aire libre, de sol, de senderos perdidos en el fondo de los barrancos, de los cuales, á guisa de conquistadores, tomábamos posesión. ¡Ah! ¡Que interminables paseos por las colinas! ¡Que delicio-

sos y que prolongados descansos en la verde plazoleta, contigua á un torrente en miniatura! ¡Que inolvidables regresos á la caida de la tarde entre el espeso polvo de la carretera, que crugía bajo nuestros piés, como cruje la nieve cuando ha caido en abundancia! En invierno, el frío nos encantaba; adorábamos la tierra endurecida por las heladas, que rechinaba alegremente á nuestro paso y nos dirigíamos á devorar tortillas á los pueblecitos adyacentes con la alegría de aquel cielo tan vivo, tan puro. En verano, nuestras citas eran todas en la orilla del río, porque entonces se enseñoreaba de nosotros la pasión por el agua; pasábamos tardes enteras zambulléndonos; allí vivíamos y solamente salíamos del agua para tendernos sobre la arena; una arena fina y recalentada por el sol. Después, en otoño, cambiaban nuestras aficiones; nos apasionábamos por la caza; ¡oh! eramos por cierto cazadores muy inofensivos, porque la caza era solamente un pretexto para largas escursiones. Bien será advertir que en aquellos terrenos no hay caza mayor, ni menor; los cierbos excasean lo mismo que las perdices. Hay un conejo para cada diez cazadores. Se da el caso de matar algunos zorzales ó cualesquiera otros pajarillos como hortelanos, papafigos, tordos; pero ¿qué nos importaba eso? Si de cuando en cuando disparábamos nuestras escopetas era realmente por el gusto de producir ruido. La partida de caza concluía siempre á la sombra de un árbol, tumbados los tres boca arriba y charlando sin cesar de nuestras aficiones.

Nuestras aficiones eran, á la sazón, los poetas. No charlábamos solos, llevábamos libros en nuestros bolsillos ó en nuestros zurrones. Durante un año Victor Hugo nos dominó como rey absoluto. Nos había conquistado por sus vuelos de gigante y nos hechizaba con su retóri-

ca vigorosa. Los tres sabíamos de memoria trozos enteros de sus obras y cuando volvíamos á casa, á la hora del crepúsculo vespertino, llevábamos el paso al compás de sus versos, tan sonoros como notas de clarín. Después, uno de nosotros llevó cierta mañana un tomo de Musset. En aquel rincón de provincia eramos muy ignorantes, nuestros profesores se abstenían de hablarnos de los poetas contemporáneos. La lectura de Musset fué para nosotros el despertar de nuestro propio corazón. Paramos todos estremecidos. No estoy ahora criticando literiamente, refiero con sinceridad y sencillez las sensaciones de tres muchachos abandonados á su propia naturaleza. Nuestra adoración por Victor Hugo recibió entonces un golpe terrible; poco á poco nos dejamos invadir por cierta frialdad, sus versos huyeron de nuestra memoria, ya no volvió á suceder que tropezásemos con un tomo de «*Las Orientales*, ó de *Hojas de Otoño*» entre nuestras municiones de guerra. Solo Alfredo de Musset dominaba en nuestros zurrones.

¡Hermosos recuerdos! No puedo cerrar mis ojos sin ver reproducidas las mañanas y las tardes de aquella época tan dichosa. Era una hermosísima mañana de Setiembre; una de esas mañanas de un cielo gris, suave mente gris; como si su color azul se nos presentase velado por gasas; almorzábamos en una hondonada rodeada de árboles cuyas ramas caían sobre nuestras cabezas. Era día lluvioso; nosotros, sin embargo, habíamos salido, despreciando la amenaza del cielo y habíamos tenido que refugiarnos en el hueco de una roca mientras la lluvia caía á torrentes. Hacía mucho viento; uno de esos vientos terribles que tronchan los árboles; habíamos buscado refugio en una taberna del pueblo, instalándonos en lo más apartado de una salita y regocijándonos con la

idea de pasar allí toda la tarde. Pero allí, lo mismo que en todas partes, nuestro mayor, nuestro único encanto consistía en que llevábamos á Musset con nosotros; en la hondonada, en el hueco de la roca, en la salita de la taberna de un villorrio, Musset nos acompañaba; esto era lo bastante para regocijarnos. El poeta nos consolaba siempre y en todo; desvanecía nuestro mal humor y estrechaba cada vez con más fuerza nuestra amistad. Alguna vez, si un pájaro demasiado curioso llegaba á posarse al alcance de nuestra escopeta, pensábamos que era cuestión de honra disparar contra él; por fortuna los tres eramos detestables tiradores y en la mayor parte de los casos el pájaro agitaba sus plumas... y huía. Este episodio interrumpía á penas á uno de nosotros que leía en voz alta, por vigésima vez acaso, «*Rolla*» ó «*Las Noches*». No he comprendido nunca la caza de otro modo. Siempre que delante de mí hablan de caza, pienso en nuestros ensueños al aire libre, en la estrofa que se pierde en el aire con rumor de alas; vuelvo á ver las campiñas verdes, las llanuras abrasadas por el sol, los horizontes cuya inmensidad bastaba apenas á la ambiciosa soberbia de nuestros diez y seis años.

Hoy, cuando trato de analizar mis sensaciones de aquella época creo que Musset nos seducía primeramente por sus atrevimientos geniales. Sus *Cuentos de Italia y de España*, nos transportaron á un romanticismo algo irónico que, sin echarlo de ver nosotros mismos, nos hacía descansar del romanticismo sincero y concienzudo de Victor Hugo. Nosotros adorábamos el aparato de la Edad Media, los filtros y las estocadas; pero nos agradaban más un tanto deshilvanado, presentados con esa ironía delicada, ese excepticismo que se vislumbra entre líneas. La balada á la luna nos entusiasmaba porque era el

reto que un poeta de raza lanzaba lo mismo á los románticos que á los clásicos; era la carcajada franca de un espíritu independiente en el cual toda nuestra generación reconocía un hermano. Después cuando conocimos los versos más valiosos de Musset, el calor de humanidad que de él se desprende acabó por completo de conquistarnos. Ya no era solamente un muchacho de genio, era nuestro hermano, el hermano de todos los que teníamos entonces diez y seis años; presentábase á nosotros tan profundamente humano que oíamos palpitar nuestros corazones al compás de sus versos. Entonces Musset vino á ser nuestra religión. Bajo aquellas risas y aquellas bromas de estudiante comenzamos á ver sus lágrimas; no llegó á ser del todo nuestro poeta hasta que, leyéndole, lloramos.

La escuela literaria que antepone á todo la perfección de la forma se coloca, á mi parecer, en muy peligroso camino. El razonamiento de esos escritores impecables es el siguiente: sin la forma, sin la perfección nada hay duradero; las únicas obras que duran son las obras perfectas. Mencionan, en apoyo de su opinión, la historia; sueñan con inmovilizar sus obras en actitudes de estatuas griegas; su orgullo les hace desear que no quede de ellos una página sola que no sea de mármol ó de bronce. En realidad, tenemos entre nuestros escritores contemporáneos algunos que han aplicado maravillosamente esas teorías. Pero los que á mi me imponen temor son los discípulos, porque la perfección, sistemáticamente perseguida, de la forma, acaba por secar y esterilizar las obras. Por otra parte, no es exacto que solamente sea duradera la belleza; la vida es más duradera todavía. Un idioma desaparece, una estatua se transforma, un ideal es sustituído por otro; mientras que el grito humano, la verdad

de la alegría y del dolor son eternos. Nosotros no sentimos ya la perfección plástica de los versos de Homero y de Virgilio; lo que les hace vivir á través de siglos y de generaciones es el soplo de vida con que los poetas supieron animarlos; lo humano que pusieron en ellos. Antes que el coordinador de palabras, está siempre el creador. Una ilusión de su vanidad inspira á muchos artistas importantes la creencia de que vivirán siglos y siglos con tal que logren combinar en cierto orden armónico las voces del diccionario. No, no vivirán sino en tanto que lleven con ellos mismos la vida; un rincón de la verdad humana, con tristeza ó con alegría que les sea personal y propia. Sirvan de ejemplo Alfredo de Musset y Victor Hugo. El primero ha galopado libremente á través de la prosodia y de toda la gramática; ha sido el segundo uno de los más poderosos constructores de frases que sea posible hallar; pues bien, estoy seguro de que el polvo devorará el setenta y cinco por ciento de los versos de este y que los versos del otro perdurarán casi todos intactos, porque más que rimados, fueron vividos. Los armazones gigantescos sobre los cuales se alzan los adoradores de la Retórica acaban siempre por derrumbarse.

Es claro que á los diez y seis años no razonábamos así. Sentíamos, sin discutirlas, las seducciones de Musset. El poeta se había apoderado de nosotros completamente. Sus rimas defectuosas tan censuradas por la crítica; su menosprecio á la nobleza poética, los horizontes puramente individuales en que se encierra eran tal vez otras tantas causas de nuestro cariño. Musset nos hablaba de las mujeres con una amargura y una pasión que nos inflamaban. Comprendíamos perfectamente que, bajo la máscara de Don Juan burlón y desdeñoso, el poeta adoraba en ellas, adoraba en ellas hasta morir de amor. Era es-

céptico y apasionado como nosotros; lleno de delicadeza y de fiereza; confesaba sus faltas con la misma espontaneidad con que las había cometido. Se ha dicho que Alfredo de Musset resumió su siglo; se ha pretendido, sobre todo, verle en Rolla, pervertido á los veinte años, suicidándose en casa de una mujer á quien ama y en cuyos brazos lanza el poster suspiro. La imagen es hermosa, muéstrase en ella el eterno amor renaciendo de sí mismo y prueba que las generaciones que han vivido demasiado deprisa no tienen razón cuando se desesperan porque la alegría de amar es eterna; pero yo, tengo para mí, que Musset antes que contemporáneo es humano. En él Rolla es el poeta vestido, la figura dispuesta y aliñada. Musset era por necesidad el hijo de los primeros románticos; había tenido que soñar ineludiblemente con René y con Manfredo contemplándose en los espejos. En este origen tiene su razón lo de *hijo del siglo* que, hablando de Musset, se pone todavía ante todo; el joven hastiado, angel y demonio, que destroza el vaso en que ha bebido y que es víctima de una duda y de una pasión inmensa. Por fortuna, Alfredo de Musset no se ha obstinado hasta el fin en dar vida á ese personaje. Llevaba dentro de sí mismo un genio demasiado libre para no vivir más elevado. Cuando escribió *Las Noches* ya había arrojado la herencia romántica, no era ya de su siglo, era de todos los tiempos.

Su voz se eleva como el grito de angustia y de amor de la humanidad misma. En esto Musset está fuera de la moda, fuera de las escuelas literarias. Sus quejas salen de todos los corazones. Asi me explico hoy el eco que sus poesías despertaban en nosotros. Eramos no solamente colegiales hechizados por la perfección de las frases, eramos también hombres que de pronto oían á su personali-

dad tomar voz y palabras. Musset vivía en voz alta, y nosotros viviamos con él.

Por aquel entonces no había en provincia un joven que no tuviese las poesías de Alfredo de Musset en su biblioteca. Todavía hoy, según me aseguran, todo el que se escapa del colegio compra ante todo esas poesías. En provincias se lee muy poco. En cada ciudad de escaso vecindario, suele haber una sociedad de quince á veinte jóvenes, próximamente, que piensen en literatura. Los libros nuevos penetran muy rara vez en esos círculos estrechos; conténtanse los que los forman con ciertas obras ya consagradas. En estos domina principalmente Musset. Sus dos tomos de poesías, valiéndome del tecnicismo usual en el negocio de libros, son de venta corriente; el editor mismo afirmaba hace poco tiempo que al cabo de veinte años, y no obstante las muchas ediciones publicadas, la venta no había disminuído. Menciono este hecho para demostrar la perseverancia del buen éxito. Es cierto que, entre los compradores de las obras de Musset, hay que contar á las mujeres. En provincias también las mujeres leen mucho á ese poeta. En tanto que la estrella de Lamartine palidece, la de Musset conserva en el horizonte un brillo constante. Siempre es instructivo levantar acta de estas corrientes de la moda que llevan de una parte á otra las admiraciones colectivas. Si los poetas de principios de siglo no pueden ser todavía clasificados por la verdadera posteridad, ya es lícito prever desde ahora cual será esa clasificación en el siglo próximo venidero.

Confieso ingenuamente, eso es otra cosa, que yo por mi parte no acertaría á tratar de Musset con la severa imparcialidad del crítico. Lo he dicho ya: Musset ha sido toda mi juventud. Cuando leo una de sus estrofas me pa-

rece que es aquella mi juventud que se despierta y habla. No es, por consiguiente, un estudio crítico el que me propongo hacer ahora. Trato solamente de hablar algo acerca del poeta con ocasión de la biografía que su hermano acaba de dar á la estampa.

II

La obra de Pablo de Musset, anunciada hace ya algún tiempo, era esperada con impaciencia. Esperaban todos conocer, por fin, la verdad relativamente á Musset.

No hay escritor cuya vida haya dado motivo á mayor número de leyendas. Aún viviendo él, referíanse sobre su persona los hechos más contradictorios. Producía esto una curiosidad muy legítima, pues si Pablo de Musset no decía la verdad, de seguro ningún otro podría decirla. Hallábase en la situación más favorable para saberlo todo; acometía una tarea que él solamente podía llevar á cabo.

Pues bien; creo que reflexionándolo un poco, se habría esperado menos del trabajo de Pablo de Musset. Indudablemente nadie como él podía escribir la vida de su hermano; conservaba sus recuerdos, poseía documentos de todas clases; pero si todo lo sabía, estaba también obligado á no decirlo todo. Su estudio debía convertirse, desde la primera página, en una defensa. No refiere la vida de su hermano; le defiende contra los rumores que sobre él han corrido. Extiende cuidadosamente un velo sobre los puntos de vista desfavorables y pone de relieve los

hechos que le favorecen. En resumen, no es bastante desinteresado para que podamos creerlo bajo su palabra. Por esta razón la biografía de Alfredo de Musset, escrita por Pablo de Musset, será siempre la que lean todos con mayor número de reservas.

Tiene, sin embargo, un interés muy vivo: el de los documentos. El estudio está lleno de hechos nuevos; lo cual me induce á decir que debemos considerarle como un centón de excelentes noticias de las que un biógrafo futuro podrá sacar muy buen partido. Si ahora no es completa servirá indudablemente para completar el expediente del autor, y uniendo á la defensa la acusación, quizás se llegase, andando el tiempo, á la verdad real y positiva. Será preciso consultar á los contemporáneos de Musset que aun viven, comparar sus declaraciones con los testimonios del hermano y fallar después de una investigación minuciosa. Claro es que no abrigo tal intención. Voy á contentarme con los documentos que Pablo de Musset nos ha proporcionado.

Parece que la juventud de Alfredo de Musset, fué la de un muchacho precoz y turbulento. Nació en París, á 11 de Diciembre de 1810, en la calle de Nogers, una de las calles más estrechas y más populares del París viejo. La casa que tiene el número 33, existe aun, si bien uno de los dos lados de la calle ha desaparecido para que se abriese un *boulevard* nuevo. Allí creció el poeta, en medio de una familia rígida y á la sombra de esa antigua vivienda. Ninguna morada pudo revelar menos aquel genio apasionado, libre y sediento de luz. Pablo de Musset narra muchos y muy curiosos rasgos de la niñez del poeta. Voy á mencionar uno: «Tenía Alfredo tres años cuando le dieron un par de zapatitos encarnados que le parecieron admirables. Estaban vistiéndole y el mucha-

cho tenía mucha prisa por salir con los zapatos nuevos, cuyo color le llenaba el ojo. Mientras su madre estaba peinando los largos y rizados cabellos de Alfredo, éste temblaba de pura impaciencia. Por último, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó en tono lacrimoso: ¡Despacha, mamá; mis zapatos nuevos van á hacerse viejos! El biógrafo ve en este rasgo la impaciencia para el goce que después ha caracterizado á Alfredo de Musset. He aquí otro hecho que me parece más singular todavía. Alfredo de Musset contaba á la sazón nueve años y dice su biógrafo: «Alfredo tuvo accesos de extravagancia ó manía, producidos por la falta de aire y de espacio, y que tenían cierto parecido con los que padecen, según se dice, algunas muchachas cloróticas. En un sólo día: rompió uno de los espejos del salón con una bola de marfil, cortó con una tijera varias cortinas nuevas y líquidó una barra de lacre rojo encima de un hermoso mapa de Europa, en medio del mar Mediterráneo. Por ninguno de los desastres pudo serle propinada ni la menor reprimenda, porque él se manifestó por ellas verdaderamente consternado.»

Fuera de esto toda la infancia del gran poeta futuro se pasó en el regazo maternal. Tuvo profesores en casa y no fué al colegio hasta mucho tiempo después. Los inviernos se deslizaban en aquella casa antigua de la calle de Nogers. En verano iban algunas veces al campo á casa de algunos parientes, ó iban á una posesión que una amiga de la señora de Musset les prestaba. La inteligencia del niño parecía haberse despertado por primera vez con la lectura de novelas caballerescas. Alfredo tenía entonces ocho años á lo sumo. «Se nos dió la *Jerusalen libertada*, no tuvimos ni para un diente. Nos fué necesario el *Orlando Furioso*, y luego *Amadis*, *Pedro de Pro-*

venza, *Gerardo de Nevers*, etc. Buscábamos proezas, combates, héroes, lanzadas y estocadas vigorosas. De las escenas de amor no hacíamos caso alguno y volvíamos la hoja cuando los paladines comenzaban á enamorar. Muy luego nuestras imaginaciones estuvieron saturadas de aventuras... «Antes que los libros de caballerías, habíanle apasionado los cuentos de las *Mil y una noches* hasta tal punto, que solía representar á lo vivo con su hermano esos cuentos árabes. Ambos habían levantado un edificio oriental en el jardín, utilizando un escritorio viejo, la escalera de mano de un tapicero y algunas tablas: aquel edificio era teatro de verdaderos combates. Poco tiempo después registraron la casa para averiguar si tenía secretos como los imaginados por los narradores; Alfredo buscaba siempre puertas secretas, escaleras ocultas, subterráneos misteriosos que desembocasen en la bodega. Luego, con los años viene la duda; los dos adquirieron la triste certidumbre de que no se viaja cómodamente á través de las tapias. La lectura de *Don Quijote* completó la obra. «Así acabó, en la infancia de Alfredo de Musset, el período de lo maravilloso y de lo imposible, especie de humor pernicioso que su imaginación necesitaba expeler, enfermedad sin peligro para él á la edad en que para otros apenas principia y de la que solamente le quedó un elemento poético y generoso, cierta inclinación á considerar la vida como una novela, una curiosidad juvenil y una especie de admiración por lo imprevisto, al encadenamiento de las cosas, y los caprichos del acaso.»

Lo repito; nada hay de verdaderamente notable en resumidas cuentas, en la infancia de Musset. Parece que fué un buen estudiante, un espíritu inteligente y aplicado. Tuvo primeramente un preceptor particular; después fué

á un colegio de pocos alumnos, y allí permaneció excaso tiempo; sus condiscípulos le perseguían y le pegaban hasta en los brazos mismos del criado que iba á buscarlo á la salida. Por último, entró en el colegio de *Enrique IV*, donde tuvo por camarada al duque de Chartres, á quien su padre (que fué luego el rey Luis Felipe) hacía seguir allí la carrera para demostrar sus sentimientos democráticos. Por aquella época fué cuando Alfredo pasó algunas veces los días de asueto en el castillo de Neuilly.» Gustó mucho á toda la familia de Orleans, y muy particularmente á la madre de los principitos, la cual recomendó mucho á su hijo que no se olvidase del rubito. La recomendación era innecesaria: Chartres—como se le nombraba en el colegio—sentía visible predilección por Alfredo. Durante la clase le escribía multitud de cartas en pedacillos de papel.» Alfredo de Musset obtuvo el segundo premio de oratoria latina en el concurso general de los Liceos, por un discurso sobre el tema: *Del origen de nuestros sentimientos*. Este resultado prueba que había hecho buenos y sólidos estudios.

No puedo seguir paso á paso la biografía de Musset y prefiero agrupar los hechos de modo que presenten con claridad las diversas fases del hombre y del poeta. Por ahora lo más interesante para mí es el hombre. Voy, por consiguiente, á pasar desde el niño al joven y á examinar el aspecto de la pasión en Musset. Alfredo de Musset amó mucho; su hermano da á entender que es incalculable el número de sus conquistas amorosas. Pero sus relaciones de mayor resonancia, las que, si vamos á dar crédito á lo que se dice, influyeron en toda su vida, fueron las relaciones de Jorge Sand. Con motivo de estos amores tan efímeros se ha producido un ruído enorme. A la muerte del poeta se ha entablado una lucha de escritos

entre Pablo de Musset y Jorge Sand; el primero para probar que de parte de la querida estaba toda la sinrazón; la segunda para demostrar que el amante se había hecho insufrible. Por eso en la biografía escrita por Pablo de Musset los curiosos buscaron más pormenores; pero quedaron defraudados, porque el biógrafo se mostró excesivamente discreto y no aportó ningún hecho importante nuevo.

La historia es, á grandes rasgos, muy conocida. Alfredo de Musset y Jorge Sand fueron juntos á viajar por Italia. En Venecia cayó enfermo Musset; Jorge Sand le engañó con un médico italiano y joven que le asistía. El poeta regresó á Francia solo, enfermo aún y con el corazón destrozado. Esta historia, acerca de la cual es muy difícil saber la verdad, resulta en resumidas cuentas, de las más vulgares.

Si adquirió ciertas proporciones trágicas y conmovedoras, fué por el gran nombre literario de ambos amantes. Háse visto su genio á través de sus disputas de enamorados y la gran publicidad que en torno de ellos se producía ha centuplicado la importancia de la aventura. La traición de Jorge Sand parece cierta y revistió caracteres de verdadera crueldad por las circunstancias en que parecía haberse realizado. Pero es bien advertir que si alguna vez han sido creados dos séres para no entenderse, esos dos séres son indudablemente Alfredo de Musset y Jorge Sand. Cuanto el amante era muchacho antojadizo, exigente y caprichoso, amigo de someterlo todo á sus gustos, y de tomar la vida á riesgo y ventura, tanto la amante era persona grave, fría, aficionada al método y á tomar la profesión de escribir con una regularidad propia del comerciante más concienzudo. Se comprende, pues, que se hayan amado; pero se compren-

de mejor aún que se hayan separado violentamente después de algunos meses de vida común. Debían de ser insoportables el uno para el otro. Estoy seguro, además de esto, de que Alfredo de Musset fué toda su vida el amante más intolerable que puede presumirse. Esto, cuando menos, explica la traición de Jorge Sand.

Ahora, creo que hay mucho de novela en las tormentos de Musset después de aquella ruptura. Sintióse indudablemente herido en lo más vivo de su ternura y de su amor propio; tornó á París en estado deplorable. He aquí lo que dice su hermano: «El 10 de Abril, aquel pobre hijo pródigo llegó al fin con el rostro enflaquecido y todos los rasgos de su fisonomía alterados. Ya bajo el amparo maternal su curación era solamente asunto de tiempo; pero se juzgó de la gravedad de su dolencia por lo lento de su curación y por los fenómenos psicológicos de que fué acompañada. La primera vez que mi hermano quiso referirnos su enfermedad y las verdaderas causas de su vuelta á París, le ví de pronto cambiar de color y caer presa de un accidente. Tuvo un espantoso ataque de nervios y transcurrió un mes antes de que Alfredo pudiese volver á tratar de lo mismo y concluir su relación.» Esto demuestra principalmente la gran sensibilidad nerviosa de Musset, sensibilidad de la que su hermano presenta otros ejemplos muy curiosos. Alfredo permaneció entonces mucho tiempo encerrado, como le sucedía en toda ruptura amorosa; después recobró completamente la salud y tuvo otros amores. He aquí, para complemento de lo dicho, la terminación de la aventura. Preguntéle si esa herida no volvería á reproducirse alguna vez: «Tal vez, me respondió; pero si se abre de nuevo, siempre será poéticamente.»

Veinte años después una tarde en el salón de casa re-

cayó la conversación sobre el divorcio; Alfredo dijo delante de muchas personas, que no lo han olvidado: «las leyes sobre el matrimonio no son tan malas. Hubo en mi juventud un momento en que habría yo dado de muy buena voluntad diez años de mi vida porque el divorcio hubiese existido en nuestros códigos; para poder casarme con una mujer que estaba casada. Pues bien, si mis deseos se hubiesen realizado, seis meses después, me habría yo levantado la tapa de los sesos».

Parece, pues, muy dificultoso explicar el triste fin de Musset por las amarguras de una traición amorosa. Si se sumergió al fin en la ociosidad y en la embriaguez, solamente hay que ver en esto las consecuencias de su temperamento. Musset estaba predestinado á esa decadencia. Su sed de goces, su necesidad de vivir de prisa y de ponerlo todo en la sensación inmediata, debía conducirle necesariamente á este pronto abandono de si mismo. A los diez y ocho años se lanzó resueltamente al placer. Véase como lo expresa su hermano: «Los paseos á caballo estaban en moda y alquiló caballos; era de buen tono jugar fuerte y jugó; se pasaban muchos la noche en claro y se privó del sueño.» Así consumió toda su vida; en sentirse vivir, en multiplicar sus sensaciones. Pablo de Musset que, sin embargo, le defiende, aduce datos más característicos. «Frecuentemente Alfredo se quejaba de que la vida duraba mucho y que este demonio de tiempo no andaba». Y en otro lugar después de haber hablado de los bruscos accesos de salvajismo y de sus retraimientos en su cuarto: «Cuando le entraba deseo de divertirse y de romper con sus costumbres, pasaba de un extremo á otro. Iba diez veces seguidas al teatro Italiano, á la Opera ó á la Opera Cómica; y de repente una noche regresaba á su casa saturado de música para mucho tiempo.

Cuando tomaba parte en alguna gira de recreo lo hacía con igual entusiasmo. Todo esto era excesivo y muchas veces perjudicial á su salud; pero ni en sus últimas horas quiso nunca atenerse á un régimen moderado, ni á una precaución cualquiera. Hé aquí lo que revela un temperamento desequilibrado, rodando en la existencia, apresurándose á concluir lo mismo en lo bueno que en lo malo, sintiendo contínuos apetitos de muchacho y hastíos tan prontos como los deseos. Después de las mujeres, el vino debía entrar en turno. Las mujeres le habían hecho llorar, acaso el vino le consolase. Me lo imagino por entonces como aquella elevada figura de D. Juan, creada por él; aquel D. Juan cansado de buscar la belleza y aturdiéndose á la mesa de un café para no conocer el desaliento de su inteligencia.

Su pereza se explica del mismo modo; Musset había amado con exceso la poesía y la poesía no le agradaba ya. Su hermano repite las palabras siguientes que son muy expresivas. Decía Alfredo de Musset: «¿Soy por ventura algún comisionista para que se me pidan cuentas del empleo de mi tiempo? He escrito bastante; he hecho tantos versos como el Dante, y como Tasso. ¡Qué demonio! ¿Ha pensado nadie en llamar perezosos á Dante y al Tasso? Cuando plugo á Gœthe cruzarse de brazos ¿quién ha pensado en reprocharle el entretenerse demasiado tiempo con las fruslerías de la ciencia? Yo haré lo que Gœte hizo, y lo haré hasta la hora de mi muerte si me acomoda. Mi musa es mía, me pertenece; yo probaré al público que esa musa me obedece, que soy su señor y que para obtener algo de ella es necesario solicitarlo de mí». Esto no pasa de ser un sofisma y de los más especiosos. Efectivamente, si un escritor es siempre libre para cesar de producir, no deja por eso de demostrar, cuando no produce, que la

necesidad de la producción ya no le atormenta. Ahora bien, un escritor que no siente esa necesidad, es un escritor agotado, sea cual fuere el pretexto que él discurra. Conviene fijar la atención en las palabras de Musset en las que declara que su musa le pertenece y que puede disponer de ella como de una esclava. En estas palabras está Alfredo de Musset todo entero. Es muy posible que haya tenido celos del público y que no escribiese más para no ser leído, por un capricho de gozar solo. Después de haberse confesado en voz alta, sellaba sus labios, acometido por el amor del silencio. También pudo ocurrir que echase de ver que su genio envejecía y que tuviese Alfredo la coquetería de su juventud eterna.

Además basta con referir los hechos. Musset ha sobrevivido á su genio y ha resbalado deslizándose sobre sus estravíos. Cuando falleció, á 2 de Mayo de 1857, se habló de una dolencia del corazón; pero, en realidad, Musset se había suicidado lentamente por la vida que llevaba. ¿Para qué defenderle ahora? La posteridad no tiene que pedirle cuenta de sus virtudes privadas. No ciñe su frente con laureles inmortales por haberse retirado todos los días á casa temprano y haber ganado la estimación de su portero. Seguramente si hubiese economizado un poco más su existencia no sería tan grande. Lo que le coloca á tanta altura, lo que le hace tan querido á todos los corazones, es precisamente el haber vivido deprisa, el haber sido la juventud y la locura del siglo. En esta época nuesta de neurosis, Musset ha sido la máquina nerviosa más tensa y más vibrante. Todos nosotros nos reconocemos en él; amamos y andamos como él; es preciso aceptarle con su genio y con sus caídas. Discutiéndole su muerte le empequeñeceríamos.

III

Trataré ahora de Musset, escritor. Su hermano nos lo presenta desde un punto de vista muy inesperado. Pablo de Musset pretende que había en Alfredo un gran crítico. Si se le da crédito, Musset comenzaba por gozar de todo cuanto le gustaba: «Se enardecía, se entregaba sin reservas al placer de la admiración y acababa por estudiar y profundizar. En este ejercicio doble de facultades que parecen incompatibles, el entusiasmo y la penetración, adquirió no ya solamente en literatura, sino también en todas las artes una solidez de juicio tal que, si no hubiese tenido cosa mejor que hacer, habría podido ser uno de los críticos más notables de su tiempo.»

Esta me parece una deducción algo discutible; pero es cierto que Musset no era un sectario en literatura; no procedía nunca sujetándose á principios y teorías, obedecía siempre, en último resultado, á su gusto y á su razón. En esto se halla todo su desenvolvimiento literario. Hé aquí las circunstancias, bastante curiosas, en que se despertó la vocación de Musset. Sus padres que habían ido á vivir en Auteuil trabaron relaciones con la familia de M. Melesville, autor de piececillas teatrales. Representaron una comedia y—¡pormenor extraño!—el futuro poeta de *Las Noches* fué entonces aplaudido por Scribe. Musset que seguía sus estudios en París atravesaba dos veces al día, por mañana y tarde, el bosque de Bolognia. «Los días en que llevó un tomo de Andrés Chenier, llegó más tarde que de costumbre al campo. Hechizado por aque-

lla poesía elegíaca, había tomado el camino más largo. Desde el contentamiento de leer, releer y recitar versos que nos agradan, hasta el deseo de hacerlos, no hay más que un paso. Alfredo no pudo resistir á la tentación. Compuso una elegia que no ha considerado digna de ser conservada». Esa elegia es, por consiguiente, el primer trabajo en verso que Musset hizo. Hé aquí ahora la historia del primer periódico en que publicó sus versos. «Un periodiquito de las más exiguas dimensiones veía la luz por entonces en Dijou, tres veces á la semana; se titulaba *El Provincial*. Auxiliado por la recomendación de Pablo Foucher, el poeta joven y desconocido envió una *balada* escrita adrede para *El Provincial*. Aquel trabajo titulado *Ensueño* apareció en el número correspondiente al domingo 31 de Agosto de 1828, sin más firma que las iniciales A. D. M.; en el bosque de Auteuil había soñado el muchacho rubio aquel juguete». Musset tenía entonces diez y ocho años. Por último, algunos meses después, publicaba el poeta su primer libro. Afortunado se consideró Alfredo cuando tuvo que traducir del inglés una novelilla para el establecimiento editorial de M. Masue. Musset había puesto el sencillo título: *El Comedor de Opio;* el editor se obstinó en poner: *El inglés Comedor de Opio*, á este librito, del cual seguramente costaría mucho trabajo hallar hoy un ejemplar».

El sentido crítico que su hermano señala en Musset, unido á la independencia de su talento, explica su actitud entre los partidarios y apóstoles del romanticismo. Desde su aparición fué Musset uno de los discípulos más entusiastas de Victor Hugo. Ya antes de haber terminado sus estudios, Alfredo de Musset había sido introducido por su condiscípulo y amigo Pablo Foucher en la casa de Victor Hugo. Allí vió y conoció á Alfredo de Vigny, á

Próspero Merimée, á Sainte-Beuve, á Emilio y Antonio Deschamps, á Luis Boulanger, etc. Convertido muy pronto en uno de los catecúmenos de la iglesia nueva fué admitido en los paseos vespertinos en los cuales iban á ver la puesta del sol y á contemplar el París viejo desde lo alto de la torre de *Nuestra Señora*. Por aquel entonces fué cuando Musset escribió un poema corto, completamente imitado de Victor Hugo; era una escena romántica que ocurría en España y que después no ha considerado digna de ser impresa. Durante mucho tiempo guardó, sin embargo, el secreto de que él también versificaba. Por último un día se decidió á leer una elegia y algunas baladas. «Se aplaudió mucho la elegia; pero el poema *Agnés*, imitación de Victor Hugo, produjo verdadero entusiasmo. La enorme diferencia de alcance y de estilo que distinguían estas dos obras, no podía escaparse á la atención de un auditorio tan inteligente. Habríase podido augurar que le sería imposible servir mucho tiempo bajo una bandera única y que saldría muy pronto de las filas para seguir solamente su inspiración; pero nadie pensó en eso». Aquellos primeros trabajos en verso han desaparecido. Musset, estimulado por el aplauso escribió, inmediatamente otros para leerselos á los amigos; estos trabajos ya son conocidos, se titulan: *La salida del sol, La Andaluza*, *Don Paëz*, *Las Castañas de fuego*, *Porcia*, *Balada á la luna*. Alfredo de Musset tenía entonces diez y nueve años y estaba en completa posesión de si mismo. El cónclave aplaudía siempre las poesías de aquel rubio sin sospechar, á lo que parece, la revolución literaria que traían consigo. Fué menester para que abrieran los ojos nuestros románticos la publicación del primer tomo del poeta *Los Cuentos de España*. Esta publicación es toda una historia que pertenece ya á nuestros anales literarios.

El padre de Musset, inquieto por su porvenir, acababa de colocarle en las oficinas de un tal M. Febvrel que era contratista de la provisión de leña para el ejército. Como es muy natural, el poeta agonizaba en aquel empleo y tuvo el proyecto de buscar fortuna por las letras para conmover á su familia y obtener su libertad. Llevó, pues, una copia de sus versos al editor Urbano Canel que aceptó la publicación, pero que manifestó al principiante que eran menester unos quinientos versos más, para formar un tomo presentable. Hé aquí á Alfredo de Musset presa de un ánsia loca de trabajo. Obtuvo una licencia, se trasladó al *Mans*, donde residía á la sazón un tío suyo, y regresó, tres semanas después, con su poema *Mardoche*. Los cajistas, á lo que parece, sólo trabajaban á ratos perdidos para componer la obra de un poeta, cuyo nombre nadie conocía entonces. Musset dió una lectura del libro á varios amigos de la familia y todos le predigeron un gran éxito. Efectivamente; el éxito fué colosal. *Cuentos de España*, apareció á fines de Diciembre de 1829. La obra se había publicado por ediciones de 500 ejemplares cada una, porque en aquellos tiempos nadie compraba libros en Francia; los alquilaba en los gabinetes de lectura. Los periódicos se enojaron, el público se apasionó y el cónclave romántico echó de ver entonces que en su seno había creado un gran poeta disidente.

La ruptura entre Musset y los románticos se aproximaba. Estos últimos fingieron acoger *Cuentos de España* como la obra de un correligionario. Pero las poesías que á esta siguieron y que vieron la luz en la *Revista de París: Votos estériles*, *Octavio* y principalmente *Los Pensamientos de Rafael*, les hirieron en lo vivo. Dejo hablar al biógrafo: «Es sabido que el poeta pedía perdón á la lengua materna por haberla ultrajado alguna que otra

vez,» Racine, Shakespeare, decía Alfredo, se encontraban encima de su mesa con Boileau que les había perdonado; y si bien él se jactaba de hacer que su musa anduviese descalza como la verdad, los clásicos habrían podido creerla calzada con coturno de oro. Bien habrían podido estos darse por satisfechos y regocijarse con una confesión honrada y expresada con tan adorable sinceridad; pero ellos fingieron no conocerle siquiera y tornaron á sus niñerías acerca de la *Balada á la luna*, como el famoso marqués de Molier á su muletilla de *tarta de crema*. Durante este tiempo los románticos mortificados por la profesión de fe de Rafael, se quejaron de la deserción y no dejaron de decir que el poeta de *Cuentos de España* había decaido y no cumplía lo que en sus primeros pasos prometiera. Alfredo de Musset se encontró pues, aislado y teniendo de pronto todos los partidos en contra suya; pero era joven y tenía orgullo...» Poco á poco la ruptura se hizo completa. Los románticos se irritaron mucho y trataron á Musset como á un pícaro rebelde. Y lo más curioso de esto es que después de medio siglo, entre los cortesanos de Victor Hugo envejecido se hablaba del poeta de *Las Noches* con un desdén asombroso. Acusábanle de mal rimador y decían de él que no supo nunca hacer versos. Yo mismo oí decir á un romántico importante estas palabras verdaderamente estúpidas: *Musset es un poeta aficionado*. Nunca le han perdonado los retóricos de 1830, que haya sido antes que escritor, hombre. Además se le trata de discípulo faccioso, se le acusa de haber sido primeramente discípulo de Victor Hugo y de haberse elevado después más que él, por lo menos, á su altura misma. Esto es un crimen que, entre poetas, no se perdona nunca.

Amén de todo esto, Musset ha tenido que sufrir todos

los ultrajes que la necedad reserva para los hombres de genio. Lo que debió de molestarle más fué la conspiración del silencio que los periódicos organizaron contra él durante mucho tiempo. Este hecho se ha repetido en Francia para todos los hombres de mucho talento que se engrandecían aislados, sin pertenecer á ninguna agrupación literaria. Cuando un recién llegado estorba ó molesta, se reduce todo á no pronunciar nunca su nombre sea cual fuere la obra maestra que produzca. De este modo se espera que el público no llegará á saber del escritor y que el escritor desesperado dejará de escribir. Hé aquí algunas líneas muy instructivas que respecto á este punto escribe Pablo de Musset: «Alfredo comenzaba á percatarse de que sus poesías más notables, no bien publicadas, parecían sumergirse en el vacío. Cuando su genio había tomado vuelos más altos; cuando sus versos llegaban á manos de todo el mundo y estaban al alcance de todos porque bastaba tener corazón para sentir sus bellezas, los periódicos afectaban no tener conocimiento de ellas y cuando por casualidad mentaban el nombre del autor, era para citar con una ligereza humillante, al poeta de *Cuentos de España* ó de *La Andaluza*. Como si desde 1830, no hubiese adelantado un paso. Afortunadamente esa conspiración del silencio, resulta siempre tan torpe como necia. Llega un momento en que la circunstancia más insignificante desata la lengua de los adversarios más taimados. El poeta, á quien se pretendía suprimir, aparece entonces mucho más grande; es algo así como si se rompiese un dique, las palabras detenidas brotan, á pesar de todo, de los labios y llenan el mundo. Lo que para Alfredo de Musset rompió la conspiración del silencio fué el brillante éxito que en la Comedia Francesa obtuvo *El capricho*, de que hablaré muy pronto.

Algo he dicho ya de la pereza de Musset. Pertenecía á esa generación de escritores que alardeaban de menospreciar el trabajo. Los trabajadores asiduos en 1830 se ocultaban para producir; la moda era dejar que se creyese que abrían la ventana y que por ella penetraba la inspiración como un ave divina. Esto nos admira hoy á nosotros que ponemos toda nuestra fuerza en el trabajo y que nos creemos muy honrados por tener talento á fuerza de perseverancia. El tipo más perfecto del poeta de 1830 es el *Chatterton* de Alfredo de Vigni, ese muchacho tan majadero que llora porque tiene que trabajar por dinero y porque comercia con su genio. Pues bien, Alfredo de Musset padecía esta curiosa enfermedad. Deseaba trabajar con arreglo á su capricho, no tener nada de común con el fabricante que debe entregar en un día fijo un pedido apremiante. Su hermano nos da acerca de esto pormenores interesantes. Musset ha publicado en la *Revista de Ambos Mundos* casi todo lo que ha escrito. Solo que muy frecuentemente se ha visto precisado á soportar determinados compromisos con esa Revista. Cierto día en que el poeta, oyendo los consejos de su hermano, había resuelto escribir novelas en prosa para hacer frente á varios apuros de dinero, Felix Bonnaire, representante de la mencionada Revista fué justamente á visitarle. Iba á la ventura, para solicitar de Musset algún trabajo, verso ó prosa y esperaba la respuesta consabida: «no he incubado nada, ni quiero; ¡amigo Bonnaire, nada de incubar por encargo!» Fué para él, por consiguiente, una sorpresa grata conocer los proyectos de trabajo de referencia. Alfredo se juzgaba tan seguro de sus buenas disposiciones que se comprometió á escribir tres novelas en tres meses; pero aquel compromiso fué origen de todo un drama. Desde el día siguiente Alfredo apostrofaba á su hermano dicién-

dole á gritos: «Has hecho de mí un jornalero de la inteligencia, un siervo adscrito al terruño, un galeote condenado á trabajos forzados». Insisto, sabré esta manera de entender al trabajo porque se halla en ella la característica de todo un periodo literario. En muchas ocasiones intentó Musset poner mano á la obra, para cumplir su compromiso. Comenzó una obra extraña á la cual quiso poner por título *El poeta decadente* y en la que contaba todas sus amarguras, sus desencantos poéticos y amorosos; pero aquella obra no llegó á terminarse y Alfredo hizo prometer á su hermano que no publicaría nunca lo que de ella había escrito. Pablo de Musset se limita á dar de ella, en su *Biografía*, algunos fragmentos que son interesantísimos. Por último, el poeta logró eximirse, merced á un acomodamiento, de cumplir su promesa á la Revista y solo entonces pudo respirar. Todo trabajo obligado le era odioso. Es verdad que nosotros entendemos las cosas muy de otra manera, pues los más eximios escritores de nuestra época se jactan de trabajar diez horas al día y no tienen miedo á firmar de antemano contratos con empresas periodísticas y con editores.

Alfredo de Musset, en su aborrecimiento al trabajo regularizado, había presentido, según parece, el formidable éxito de la novela de folletín. Véase lo que acerca de ésta dice su hermano: «Con una seguridad de que aun hoy me asombro, adivinó con tres años de antelación que esta literatura nueva traería muy pronto consigo una revolución y corrompería hondamente el gusto del público.»

La novela de folletín fué siempre su pesadilla. Musset la acusaba de alejar á los lectores de las obras bellas, y cuando se defendía de ser perezoso, solía decir: «Celebraría yo saber si Petrarca tenía siempre á su zaga una docena de pedagogos ó de alguaciles, para obligarle, po-

niéndole al pecho la espada, á cantar los ojos azules de Laura, cuando él deseaba descansar... Entre los que me tildan de perezoso me gustaría saber cuántos hay que repiten lo que han oído decir, cuántos otros que no han hecho un verso en toda su vida y que se verían muy contrariados si se les obligase á leer algo que no fuese *Los Misterios de París*. La novela de folletín, he ahí la verdadera literatura de nuestro tiempo.»

Hubo, no obstante, en este escritor tan orgulloso, tan celoso de su libertad, una hora de flaqueza. Me refiero á que consintió en solicitar los votos de la Academia y en adorar lo que había combatido. Todos los que asistieron á su recepción aseguran que sintierón oprimírseles el corazón, al contemplar la actitud humilde del poeta, al oir las excusas que parecía presentar para que le fuese perdonada la libertad de su genio. Pablo de Musset pasa como sobre ascuas sobre este episodio de la vida de su hermano. Véase lo que acerca de este punto ha escrito y en lo cual hay algunas noticias curiosas: «Alfredo de Musset se consideraba muy poco estimado por los clásicos de la Academia francesa, para que pudiese solicitar de ellos que le admitiesen en su compañía. Decidióse, no obstante, animado por M. Merimée... El autor de *Las Noches* se mostró más sensible de lo que yo me hubiese figurado nunca, á esa prueba de distinción que miró como una consagración necesaria de su talento. El día en que él pronunció el elogio de Mr. Dupaty, cuyo asiento ocupaba, oí entre el público elegante, sobre todo del bello sexo, un murmullo de satisfacción y de sorpresa producido por el aire de juventud y la cabellera rubia del novel académico. Se le habrían calculado treinta años... Su elección no dejó de ofrecer dificultades. De todos los graves personajes que le rodeaban aquel día, una docena,

cuando más, conocían algunas páginas de sus tomos de poesías. El mismo Lamartine ha confesado públicamente que no las había leído. Otros las execraban por referencia y no querían conocerlas. La víspera del escrutinio M. Ancelet, que quería muy de veras al candidato y estaba decidido á darle su voto, decía en el jardín de Palais-Royal al editor Charpentier: «Este pobre Alfredo es un chico simpático y un hombre de mundo encantador; pero acá, para entre nosotros, no ha sabido, ni sabrá nunca hacer un verso.»

Se puede, por consiguiente, deducir que A. de Musset fué elegido académico á título de hombre de mundo. La Academia desconocía sus obras, y no le eligió sino á consecuencia de una intriga de salón. De Musset pertenecía á buena familia; esto pareció suficiente. Pues bien; un homenaje otorgado en tales condiciones, es indigno de un escritor.

IV

Una de las partes más interesantes de la *Biografía* publicada por Pablo de Musset es la que destina á historiar los principales trabajos en verso de su hermano.

El poeta trabajaba á sus horas y tenía necesidad de toda una excitación preparatoria. No ponía mano á la obra sino impresionado por una emoción fuerte. Cuando se sentía dominado por la necesidad de producir, esperaba la noche, se encerraba en su habitación con una cena de pocos platos, encendía una docena de bujías y después trabajaba hasta la mañana siguiente. Aquello era un postre que él se daba á sí mismo ó que daba á su musa, como

por aquel entonces se decía. La Musa era, pues, tratada como una verdadera querida. Musset le daba cita, preparaba su habitación para recibirla y pasaba la noche á solas con ella. ¡Ilusión encantadora para embellecer el duro trabajo del escritor! Recaemos aquí en la creencia de la inspiración bajo la forma de un angel que espera las horas de la noche para penetrar volando por los balcones abiertos de los poetas.

He aquí, por ejemplo, la historia de la *Noche de Mayo*: «Una noche de primavera, al regresar de un paseo á pie, me recitó Alfredo las dos primeras estrofas del diálogo entre la Musa y el Poeta, que acababa de componer bajo los castaños de las Tullerías. Trabajó sin descansar hasta la madrugada. Cuando se presentó para el almuerzo, no eché de ver en su semblante señal alguna de fatiga. La musa le poseía. Durante el día simultaneó la conversación y el trabajo. En algunos instantes nos abandonaba para irse á escribir unos cuantos versos, y después volvía á seguir la conversación. Pero por la noche tornó al trabajo como á una cita amorosa. Hízose servir una cena frugal en su cuarto. De muy buena gana habría pedido dos cubiertos para que la Musa tuviera sitio señalado en la mesa. Todas las lámparas fueron puestas á contribución; Alfredo encendió doce bujías. Las gentes de la casa, al ver tal iluminación, debieron de creer que el poeta daba un baile. A la mañana del segundo día el trozo estaba concluído; la Musa se fué volando; pero había sido tan bien recibida, que prometió volver. El poeta apagó las bujías, se acostó y durmió hasta la noche. Al despertarse volvió á leer su trabajo y no halló en él cosa alguna que retocar. Entonces, desde el mundo ideal en que había vivido durante dos días, cayó el hombre bruscamente á la tierra, suspirando como si se le hubie-

se arracando con violencia de un sueño mágico y delicioso.»

He reproducido textualmente todo ese párrafo, porque en él aparece con claridad el procedimiento para el trabajo de Alfredo de Musset. Trabajaba lo mismo que vivía, por capricho y con la ilusión permanente de un placer que quería gozar de una vez sola. Sucedía así que después de estos entusiasmos, el hastío se apoderaba de su alma. Compréndese que se cansase pronto de la poesía, como se cansaba de la existencia. Cuando la vida le pareció vacía, cayó en el desarreglo; cuando el trabajo le pareció engaño, cayó en la pereza.

La historia de la *Noche de Diciembre* es también muy interesante. Hasta la publicación de la *Biografía* se había creido que las imprecaciones contra una amante que en esa poesía se contienen, iban dirigidas á Jorge Sand. Sin embargo, según parece, no hay nada de eso; Pablo de Musset cuenta que su hermano escribió ese trozo después de otra más reciente desesperación amorosa. «Cierta noche, retirándome á cosa de las doce, con un tiempo horrible, noté en el cuarto de mi hermano tanta luz, que presumí hallarle con numerosa compañía. Estaba escribiendo la *Noche de Diciembre*... Sé que muchos lectores han creído ver en la *Noche de Diciembre* un retroceso hacia las memorias de Italia; una especie de complemento á la *Noche de Mayo*; este es un error que interesaba rectificar. Conociendo la verdad, no podía yo permitir una confusión entre dos personas muy diferentes.» Ya se echa de ver, por esta frase, cómo se forman los cuentos. Alfredo de Musset se había ya consolado perfectamente del abandono de Jorge Sand y como no podía vivir sin amar, había llorado, después de aquella ruptura, muchos otros amores muertos.

Los admiradores de Musset no sospechan que les ha faltado muy poco para tener una *Noche* más: la *Noche de Junio*. He aquí la anécdota y además cuatro versos inéditos del poeta.

«Cierto día, veíale yo paseando en todas direcciones por su habitación, canturreando unas veces, murmurando otras, palabras que se agrupaban en hemistiquios. Detúvose por último ante su mesa de trabajo, tomó una cuartilla grande de papel y escribió en ella lo siguiente:

LA NUIT DE JUIN (1)

LE POETE

Muse, quand le blé pousse, il faut être joyeux.
Regarde ces coteaux et leur blonde parure.
Quelle douce clarté dans l'immense nature!
Tout ce que vit ce soir doit se sentir heureux.

La hora de comer se acercaba. Como yo sabía que la musa era aficionada á bajar de noche, estaba muy seguro de que al día siguiente la composición estaría, por lo menos, medio hecha. Desgraciadamente Tattet (un amigo íntimo de Musset) llegó; venía en busca de Alfredo para llevarle á comer á la fonda. Le supliqué encarecidamente que no interrumpiese un trabajo de tal importancia; Tattet me prometió que se separarían temprano. Alfredo partió...» En resumen: que la composición no se concluyó nunca.

(1) LA NOCHE DE JUNIO

EL POETA

Musa, cuando brota el trigo, hay que estar alegre.
Contempla esos altozanos y sus rubios ornamentos.
¡Qué dulce claridad en la inmensidad de la Naturaleza!
Todo lo que esta tarde vive debe sentirse venturoso.

En fin, para terminar la historia de *Las Noches*, es preciso decir algo de la *Noche de Agosto* y de la *Noche de Octubre*. «La noche de Agosto fué, en realidad, para el autor, una noche de delicias. Había adornado su habitación y tenía abiertos sus balcones. El resplandor de las bujías jugueteaba entre las flores colocadas en cuatro jarrones artísticos simétricamente dispuestos. La musa llegó como una doncella recien casada. No existía ni diversión, ni fiesta que pudiera compararse con aquellas horas dichosas de un trabajo facil y lleno de hechizos; y como aquella vez los pensamientos del poeta eran serenos, su corazón estaba curado, firme su espíritu y llena de savia su fantasía, gozó una felicidad suprema que el vulgo no comprende.» Por lo que respecta á la *Noche de Octubre*, fué escrita entre dos novelitas. «Mientras relataba los amoríos de Valentín y de la señora Delaunay, se puso á pensar el autor en recuerdos antiguos y en pasados dolores. Como estos recuerdos se presentasen cada vez más vivos, concibió la idea de un suplemento y de una conclusión para su *Noche de Mayo*. Musset sentía en su corazón como una especie de marea alta. La musa le dió de repente algunos golpes en el hombro. La musa no quería esperar; Alfredo se levantó para recibirla é hizo muy bien, porque le llevaba la *Noche de Octubre*, que es, efectivamente, la continuación necesaria de la *Noche de Mayo*, la última palabra de su dolor grande y la más legítima y más admirable de las venganzas: el perdón.»

Me he detenido demasiado en *Las Noches*; pero hay otra composición que también forma época en la obra de Alfredo de Musset. Me refiero á la *Esperanza en Dios*, ese grito de fé escapado en un sollozo de labios del más escéptico de los poetas. La historia de esta composición poética tiene un fondo oculto muy original: Musset

escribía entonces una novelita: *Federico* y *Bernarda,* había tomado el asunto en sus recuerdos; una aventurilla pasajera que había él tenido con una modista vecina suya; sólo que, á fuer de poeta idealista, se había abstenido de copiar la verdad desnuda. En lugar de la verdadera Bernarda, una linda muchacha que había pasado sin gran pesadumbre á otros amoríos, inventó otra Bernarda simpática y conmovedora, que moría á los veinte años. Pues bien; en tanto que Musset arreglaba á su manera aquella aventura, tuvo una crisis de curiosidad filosófica, lo cual le sucedía algunas veces; sintióse atormentado por el problema del destino del hombre y del fin último de la existencia. Dice su hermano que le sorprendió con mucha frecuencia con la cabeza entre las manos, tratando de penetrar el misterio y pidiendo pruebas. Alfredo de Musset había leído todos los filósofos imaginables, sin lograr nunca satisfacerse. Llegados á este punto, dejo la palabra á Pablo de Musset: «Alfredo cerraba el libro y reanudaba en el sitio en que la había dejado, la historia de la pobre Bernarda. Pero en el día mismo en que depositó á su heroina en la tumba, al propio tiempo que escribía la última página, se llenaron sus ojos de lágrimas; su desfallecimiento cesó; entonces me dijo las palabras siguientes, que nunca he olvidado: «Bastante he leído, bastante he buscado, bastante he mirado. Las lágrimas y las oraciones son de esencia divina; un Dios es quien me ha dado la facilidad de llorar, y pues de él vienen las lágrimas, la oración vuelve á él.» Desde la noche siguiente comenzaba á escribir *La Esperanza en Dios.*

Referiré ahora, según la *Biografía*, cómo fué escrita la composición titulada *El Rhin alemán.* Encuentro un indecible y profundo encanto al penetrar de esta manera en la intimidad del genio y recoger en su origen mismo

estas inspiraciones que han conmovido tantas almas. Almorzando estaba con su madre y con su hermano, cuando una mañana, hojeando el número de la *Revista de Ambos Mundos*, leyó la canción de Becker contra Francia y una respuesta de Lamartine: *La Marsellesa de la paz*. A los sangrientos insultos del poeta alemán Lamartine había respondido, con un pensamiento humanitario, una composición desarrollada sobre la fraternidad de los pueblos. Era una manera demasiado alta y excesivamente desapasionada de mirar el asunto. Musset concibió inmediatamente el proyecto de contestar también á Becker. Animábase y se excitaba gritando y dando puñetazos en la mesa. De repente corrió á encerrarse en su habitación, de donde salió al cabo de dos horas con su trabajo titulado *El Rhin alemán*. Conocido es el éxito prodigioso que alcanzó esa canción, tan altanera y tan desdeñosa en su afectada familiaridad. Más de cincuenta compositores la pusieron en música. Se cantaba en todos las cuerpos de guardia. Por último, y este pormenor es curioso, más de cien oficiales del ejército alemán enviaron á Musset carteles de desafío. El poeta decía riéndose. ¿Por qué no me desafía Becker? A él es á quien daría yo con mucho gusto una estocada. Pero esos muchachos prusianos que vayan á batirse con los oficiales franceses que hayan retado á Becker... si es que hay alguno.»

V

En Alfredo de Musset hay un autor dramático; pero el autor dramático más original y más delicado que pue-

de verse. Nada hay por eso más característico que la historia de sus obras teatrales y de sus relaciones con los teatros. Voy á resumir esa historia.

Muy joven todavía, Alfredo de Musset pensó en el teatro, y muchas veces soñó con buscar recursos en ese género de trabajo. Aún no había cumplido veinte años cuando, por primera vez, quiso probar fortuna en las tablas. Precisamente por entonces había obtenido de su padre el permiso para abandonar su empleo, y deseaba por lo mismo demostrarle que sabría ganarse la vida perfectamente. Escribió, pues, una obra en tres actos, titulada *El Saldo de Media Noche*; cada cuadro constaba de una sola escena, en verso. La obra fué presentada al teatro de Novedades (que algunos años después tomó el nombre de teatro del *Vaudeville*.) Debieron de principiar los ensayos; pero aquella tentativa fincursó en tal estado, y Pablo de Musset piensa que la revolución de Julio fué la causa única de que no llegara á representarse. «La obra, dice, está en su cajón todavía.» La conclusión de esta anécdota es, por lo tanto, que existe una comedia inédita de Alfredo de Musset. Como es natural, esa obra debe de ser muy mediana, y de seguro no se publicará nunca.

Pero el teatro reservaba al poeta un disgusto más grave. Aquel mismo año, hacia la estación de otoño, el director de el Odeon se acercó al poeta de los *Cuentos de España*, entonces en el apogeo de su triunfo como principiante audaz, para pedirle una obra nueva y atrevida. El empresario quería un éxito ruidoso. Musset le dió una obra titulada *Noche veneciana*, que fué ensayada de prisa y corriendo y estrenada en la noche del 1.° de Diciembre de 1830. No se ha visto nunca fracaso más escandaloso. Desde la segunda escena los silbidos ahogaban la voz de los cómicos. El público voceaba, pateaba, se reía

en las más sentidas situaciones; parecía como si estuviese decidido á no escuchar nada. Aun hoy mismo no se explica fácilmente semejante encarnizamiento. Lo más sorprendente de todo es que el alboroto se renovó con igual violencia en la segunda representación. Esta representación segunda se señaló por uno de esos contratiempos de escasa monta y que en el teatro suelen tener consecuencias incalculables. En un momento determinado la protagonista de la obra debía apoyarse en un enrejado verde; pero el tal enrejado no estaba seco, sin duda por falta de tiempo, y cuando la actriz, que vestía un magnífico traje de raso blanco, se volvió hacia el público, vió éste los dibujos del enrejado señalados en verde sobre el fondo blanco del raso. Este accidente puso el colmo al desastre; la concurrencia rompió á reir con locura, y no oyó ni quiso oir más. Alfredo de Musset se vió obligado á retirar su obra.

Ya se comprende que Alfredo de Musset guardase por mucho tiempo rencor al teatro. Había sido herido con demasiada crueldad para sentirse estimulado á renovar la tentativa. Afirmaba siempre que el oficio de autor dramático era el último de los oficios. Había jurado además que, si alguna vez caía en la tentación de escribir una obra teatral, la escribiría según su capricho, sin pensar para nada en la óptica de la escena. Y cumplió su palabra cuando escribió *La copa y los labios*. Era poco después de la muerte de su padre; acababa de caer en la cuenta de que no tenía fortuna, y hasta había pensado en sentar plaza. Sin embargo, antes de realizar ese proyecto, quiso probar su suerte publicando un tomo de versos. Después de *La copa y los labios*, escribió: *Lo que sueñan las solteras*. El editor Benduel aceptó el negocio de publicar el libro, aunque no de muy buena gana. Mien-

tras lo imprimía halló el tomo excesivamente corto, y exigió alguna otra composición. Musset tuvo que escribir *Namouna*, que no estaba dialogado. La obra, sin embargo, conservó el título de *Un espectáculo desde la butaca*, en que se revela el rencor de Musset contra el teatro y su firme resolución de no escribir comedias sino para publicarlas directamente en libros. Aquella colección, por lo demás, logró mucho menos resonancia que *Cuentos de España* y de *Italia*.

Alfredo de Musset había, pues, renunciado al teatro; conservaba, sin cicatrizar nunca, la herida producida en su amor propio por la caída brutal de la *Noche veneciana*. De vez en cuando, si trataba de escribir una novela en prosa, en lugar de emplear la forma narrativa, adoptaba el diálogo, que Musset manejaba primorosamente; pero, lo repito, al componer esas encantadoras obritas escénicas, no pensaba jamás en la escena ni en la adaptación dramática, y habríale sorprendido y hasta asustado quien le hubiera dicho que aquellos trabajos suyos verían alguna noche la luz de una batería de escenario.

Así las cosas, Musset, que ya empezaba á sentirse algo enfermo y que acababa de pasar algún tiempo en los baños de mar de Crousic, al regresar á París supo una noticia que lo dejó estupefacto: en la Comedia Francesa iban á representar *El Capricho*. Corría entonces el año de 1847. Y véase la historia realmente peregrina de ese lindo trabajo: «La señora Allan-Despreaux, olvidada de los parisienses, gozaba gran boga en la corte de Rusia. Admitida en la sociedad más elevada, había adquirido allí el tono y las maneras de las mujeres aristocráticas. En San Petersburgo la aconsejaron cierto día que fuese á ver una comedia que representaban en un cierto teatrillo... La señora Allan-Despreaux lo hizo así, y halló la

obra tan de su gusto, que encargó una traducción francesa para representarla ante la corte. Pues bien; la tal obra era, ni más ni menos, *El Capricho*, y muy poco faltó para que la tradujesen del ruso á la lengua en que había sido escrita por su autor. El emperador Nicolás habría mandado seguramente hacer ese trabajo, si una persona conocedora de la literatura francesa,—de las muchas que hay en Rusia, en el mismo caso,—más aún que en Francia misma,—no hubiera hecho saber á la señora Allan-Despreaux que aquella comedia rusa, cuya belleza tanto le había impresionado, no era más que una traducción.» Cuando la señora Allan tornó á Francia, llevó con ella *El Capricho*. Extraordinario fué el estupor que se produjo en la *Comedia Francesa* cuando la actriz habló de representar aquella obra. Todos temían una caída deplorable. Los hombres del teatro, encastillados en su pretendida experiencia, declaraban doctamente que en *El Capricho* no había obra. También Alfredo de Musset, inquieto, recordaba las dos representaciones de la *Noche veneciana*, tenía en el fondo muchos deseos de prohibir la representación. Sin embargo, *El Capricho* se representó en la noche del 27 de Noviembre de 1847. El éxito fué colosal.

Pero lo que en esto hay de prodigioso es que *El Capricho* favoreció más á Musset que todas las obras importantes publicadas por él hasta aquella fecha. Pablo de Musset dice, con razón: «El éxito de *El Capricho* fué un acontecimiento dramático y la boga extraordinaria que logró ese acto, muy corto por cierto, hizo más por la reputación del autor que todas las demás obras suyas.»

En muy pocos días el nombre del poeta penetró hasta esas capas medias del público, á las que ni las poesías, ni los libros llegan nunca. La especie de entredicho que so-

bre él pesaba, se vió como por encantamiento levantado y apenas hubo día en que los periódicos dejasen de citar versos suyos.» Si, la famosa conspiración del silencio cesó el día en que Musset obtuvo un éxito dramático. Él que había producido tantas obras maestras, él á quien la gloria importunaba, solo fué grande hombre merced á esa linda nonada, titulada *El Capricho*. Todo el poder expansivo del teatro se manifiesta en ese solo hecho tan significativo.

Hé aquí pues un escritor que no piensa hacer obras representables; que hasta pone cierta afectación en dejar completamente libre su fantasía en las novelas dialogadas que escribe y que se encuentra con el milagro de que esas novelas dialogadas son maravillosas en la escena y anulan casi las comedias y los dramas labrados sobre las tablas mismas por obreros hábiles. Después de este ejemplo elocuentísimo, ¿quién será osado á tratar en serio de la óptica teatral, de la necesidad de código dramático? ¿No es evidente que todo puede ser representado siempre que sea el producto del talento?

Después de *El Capricho* Musset escribió algunas obras que fueron representadas con éxitos más ó menos vivos. Pero su sueño constante fué escribir una comedia para la Raquel á la sazón en el apogeo de su gloria. Lo malo fué que el gran poeta y la trágica famosa no llegaron á entenderse nunca. Pablo de Musset refiere, sin embargo, una anécdota muy interesante acerca de esto. En una comida dada por la Raquel en 1846, observaron los convidados en el dedo de la artista un anillo magnífico. La actriz, echando de ver la admiración de sus comensales hubo de gritar; «Señores míos, veo que esta sortija es del agrado de ustedes, la saco á subasta. ¿Cuánto me dan ustedes por ella?» El anillo subió en pocos minutos á

ser tasado en tres mil francos. Como Musset permaneciese silencioso, Raquel se volvió hacia su lado para preguntarle: «¿Y mi poeta?, sepamos ¿qué me da usted?»—Yo doy á usted mi corazón, respondió Musset. ¡De usted es el anillo! dijo Raquel.» Y con impetuosidad infantil echó la alhaja en el plato del poeta. A pesar de los esfuerzos de Alfredo, la Raquel no consintió nunca en recobrar su anillo y solamente transigió con establecer el contrato siguiente: ella le daba aquel anillo en pago del papel que Musset había de escribirle, y Musset lo guardaba en garantía de su promesa.» Andando el tiempo, cuando, después de muchas riñas, rompieron definitivamente, Musset devolvió la sortija á la Raquel que la aceptó sin que el poeta necesitase insistir. La verdad es que dos naturalezas tan independientes y tan avasalladoras no podían entenderse. Después de quince días de gran amistad heríanse mutuamente con una palabra. Musset no tenía el valor tranquilo de soportar los caprichos de una comedianta y de proseguir, á pesar de todo, su marcha de autor dramático convencido. El habría debido hablar como amo; la Raquel hubiese concluido por doblegarse; pero Musset obedecía á sus debilidades nerviosas, soñaba con una actriz que fuese, á un tiempo mismo, esclava, amante y sumisa.

El teatro de Musset ha llegado á ser clásico. La mayor parte de sus obras pertenecen al repertorio de la comedia francesa. Nada tan adorable como *No se juega con el amor*, *El Candelero*, *No jurar*. Lástima grande que no se haya puesto en escena la obra más completa y más profunda de Musset: *Lorenzaccio*. Hay en esa obra un drama digno de Shakspeare. Se ha retrocedido ante la audacia de algunas situaciones y ante dificultades materiales para montarla. Pero es indudable que, más tarde ó mas temprano, se intentara la empresa.

Antes de concluir este estudio biográfico acerca de Musset no puedo resistir al deseo de referir otra anécdota. Esta vendrá á ser como la terminación de la vida gloriosa del poeta. He dicho ya que Musset había sido, en el colegio de Enrique IV, condiscípulo del Duque de Orleans, hijo del rey Luis Felipe. Tiempo adelante los dos jóvenes se encontraron y el duque manifestó al poeta una amistad firme. Llevó estas muestras de cariño hasta el extremo de obstinarse en que Luis Felipe, el monarca, admirase un soneto de Alfredo de Musset. Pero el rey, que no tenía muy desarrollado el gusto literario, mostróse verdaderamente brutal. Pero voy á la anécdota.

«Una circunstancia singular probó que cuando el soneto fué leído al rey, el duque de Orleans echando de ver que la impresión no era favorable había tenido el buen gusto de callar el nombre del autor. El día en que fué presentado en la corte, vió Alfredo de Musset que no bien se pronunció su nombre, Luis Felipe se aproximó á él sonriéndose y le dijo, como si se sintiese agradablemente sorprendido: «¡Ah! ¿llega usted de Joinville?; me alegro muchísimo de ver á usted.» Musset tenía demasiado trato de mundo para manifestar la menor extrañeza. Saludó respetuosamente y mientras el rey iba hacia otras personas daba vueltas á su cerebro para explicarse lo que podrían significar aquellas palabras, que acababa de oir y la sonrisa que las acompañaba. Recordó entonces que teníamos en Joinville un primo, hombre de inteligencia muy cultivada y de trato muy agradable; sujeto digno ciertamente de ser bien acogido y que era inspector de bosques del Patrimonio. El rey había olvidado los tiempos en que enviaba á su hijo al colegio y los nombres de los chicos á quienes había recibido en Neuilly; pero conocía

á fondo el estado y el personal de sus posesiones particulares.

El nombre de Musset representaba para Luis Felipe un inspector, guardian celoso y vigilante de sus bosques y al cual tenía en mucho aprecio, y muy merecidamente. Durante los once últimos años de su reinado, una ó dos veces cada invierno volvió á ver el rey, siempre con igual contentamiento, el rostro del supuesto inspector de sus bosques; el rey prosiguió concediéndole sonrisas bastantes para dar envidia á más de un cortesano y que pasarían quizás por estímulos á la poesía y á las bellas letras; pero lo cierto es que Luis Felipe no llegó á enterarse jamás de que durante su reinado había existido en Francia un gran poeta del mismo apellido que el inspector de sus bosques.» Es inútil agregar comentarios que atenuarían la historia. Esto es sencillamente una atrocidad monárquica.

VI

Alfredo de Musset es el poeta querido, cuyas mismas faltas enamoran á sus admiradores. Es frecuente que el escritor resulte algo empequeñecido cuando se conoce al hombre. Musset, puede impunemente dejar que se diga á gritos que hombre fué, entonces es cuando se le comprende mejor. Hánse lanzado contra él las más groseras acusaciones y es tal y es tanta la fuerza de su seducción que nadie siente la necesidad de ver que un abogado tome su defensa. Que nos lo dejen con su corazon y con sus debilidades; su genio tan dolorosamente humedecido por

sus lágrimas, bastará siempre para que todos le absolvamos.

Por esto en la *Biografía* publicada por Pablo de Musset he visto solamente una colección de documentos de vivo interés; documentos que los lectores de Musset podrán consultar con fruto. En esa colección hallarán ciertos esclarecimientos, la historia de las principales obras en verso, la explicación de algunas alusiones que en ellas existen, todas esas indiscreciones que con tanto afán son buscadas en la vida de los grandes escritores. En cuanto á la defensa de Musset que hay en el libro, era innecesaria, lo repito. Nadie ataca hoy ya á Musset como hombre, porque el poeta ha entrado en la inmortalidad.

Musset ha continuado la hermosa serie de los escritores franceses. Está á la altura de Rabelais, de Montaigne y de La Fontaine. Si en sus comienzos nos parece vestido con guiñapos del romanticismo, podría creerse hoy que adoptó ese traje de carnaval para burlarse de la literatura descabellada de su tiempo. El genio francés con su mesura, su lógica, su claridad harmónica y delicada era el fondo mismo de este poeta de comienzos tan ruidosos. Ha hablado después un lenguaje de pureza y dulzura inefables. Vivirá eternamente porque ha amado y ha llorado mucho.

EMILIO ZOLA.

(Traducción de Antonio Sánchez Pérez).

EL MUGIK MAREY

RECUERDO DE SIBERIA

Era el segundo dia de Pascua, estaba caldeada la atmósfera, despejado el cielo, el sol alto y radiante; pero en mi alma reinaban nubes sombrías. Andaba yo vagando por detrás del presidio. Miraba, contándolas, las barreras que cerraban el patio. Desde hacía dos dias la prisión se hallaba de fiesta; los presidiarios no trabajaban; los más estaban borrachos, y en todos los departamentos se oía un ruido infernal de injurias, de disputas y de canciones obscenas. Unos jugaban á las cartas sobre los tablados de las camas; otros á quienes sus propios compañeros habían molido á golpes por mover demasiado ruido, yacían tendidos en las suyas, los habían tapado con sus capotes hasta que recobrasen el conocimiento. Ya varias veces habían salido á relucir las navajas.

¡Y aquello duraba hacía dos días! A mí me ponía malo. Jamás he podido ver sin repugnancia una multitud ebria, sobre todo en semejante sitio.

Durante esas 48 horas, la autoridad no había parecido por la prisión; se habían interrumpido las requisas; nadie miraba si había botellas de vino escondidas debajo de las camas. Nuestros jefes comprendían que hay que dejar «distraerse», una vez al año siquiera, hasta á los presidiarios, único medio de evitar mayores excesos.

Pero á mí, me dominaba la cólera...

Me encontré con el polaco M... sky, un preso político. Me dirigió una mirada desesperada; le relucían los ojos; le temblaban los labios.

«¡Odio á esos bandidos!» me dijo á media voz, apretando los dientes; y pasó adelante.

No sé por qué me entré inmediatamente en el presidio, cuando no hacía un cuarto de hora que había huído de él como un loco, en el momento en que seis hombres, seis fornidos mugiks, se habían echado todos á la vez sobre un tártaro llamado Gazine para sujetarlo y maltratarlo. Lo habían molido á golpes, capaces de matar á un camello. Pero el tártaro era un Hércules, y lo aporreaban sin miedo ninguno. Al entrar, lo ví en un rincón tendido en su cama, casi muerto. Le habian cubierto con un *tulupe* (1) y los presidiarios, al pasar junto á él, se imponían silencio y evitaban tocarlo. A pesar de todo, estaban seguros de que al día siguiente por la mañana volvería en sí, «pero ¿quién sabe? de resultas de tales golpes puede morir un hombre!..»

Me escurrí á mi sitio frente á mi reja; me tendí de espaldas; puse las manos debajo de la cabeza, y cerré los ojos. Solía adoptar esa postura, porque al que parece dormir se le respeta generalmente, y así podía abstraerme y meditar. Pero no estaba tranquilo. El corazón me latía

(1) Capote de piel de carnero.—*N. del T.*

aceleradamente, y todavía sonaba en mis oídos la frase de M... sky:

«Odio á esos bandidos!»

Pero ¿á qué describir mis impresiones? Aun ahora reviven á veces, y son mis más terribles pesadillas. Quizá se habrá notado que hasta hoy no he hablado casi nunca de mi vida en el presidio. Muchos años hace escribí la *Casa de los muertos* (1), bajo el nombre de un personaje ficticio: un condenado que había matado á su esposa; y muchas personas piensan y afirman á causa de mi novela que fuí desterrado por asesinar á mi mujer...

En fin, poco á poco fuí calmándome, y me abismé insensiblemente en mis recuerdos. Durante mis cuatro años de presidio, no he cesado de meditar en todo mi pasado, y me parece que he vuelto á vivir por el recuerdo toda mi vida extinguida. Los recuerdos surgían de suyo ante mí; rara vez los evocaba yo por un esfuerzo de la voluntad. Empezaban por una pequeñez, por un *tracito* apenas perceptible; pero poco á poco iban adquiriendo las proporciones de un vasto cuadro, y la impresión se acentuaba y completaba. Yo á mi vez, interesándome en el desarrollo de aquellas escenas íntimas, añadía nuevos toques á sucesos tiempo atrás acaecidos, corrigiéndolos y arreglándolos sin cesar. Era mi único placer.

En aquella ocasión lo que volvía á mi memoria era un incidente insignificante de mi primera infancia, del lejano tiempo en que yo tenía nueve años. Creía haberlo olvidado por completo. Pero en esa época los recuerdos que más me complacía en renovar eran los de mi juventud.

Era en mi aldea y en el mes de Agosto. Un día claro,

(1) En breve publicaremos esta novela, una de las más preciadas joyas de la literatura rusa contemporánea.

seco y algo frío; soplaba el viento. El estío tocaba á su fin, y no debíamos tardar en marchar á Moscou: pronto iba á ser preciso aburrirse estudiando el francés durante todo el invierno...

¡Cuánto sentía yó dejar el campo!

Me fuí por detrás de la granja, bajé al foso, y subí al *losk*. (Así llamabamos á un monte hueco situado al otro lado del foso al linde de un bosquecillo).

Penetro, pues, en lo más espeso de los arbustos, cuando oigo en el campo, á cierta distancia de allí, cosa de treinta pasos quizá, á un mugik que estaba arando la tierra. Sé que trabaja en la pendiente de una colina y que el caballo debe pasar muchas fatigas. De vez en cuando oigo el grito. ¡Ia! ¡ía! Conozco á casi todos nuestros mugiks, pero no se cuál es el que ara en este momento, ni me importa después de todo. Estoy completamente engolfado en mi ocupación: ¡yo también trabajo! Corto una vara de nogal para poner en movimiento á las ranas. ¡Son tan bonitas y flexibles las varas de nogal! ¡qué distintas las de pino! También me interesan los escarabajos y los abejorros: hago colecciones, y tengo algunas muy bien arregladas. Me gustan igualmente las lagartijas, tan vivarachas, con ese color amarillo rojizo tan hermoso, salpicado de manchitas. Pero las culebrillas me dan miedo. Afortunadamente son más raras que las lagartijas. Hay pocas setas en *losk*; ¡donde se ven que es una plaga es debajo de los pinos! Así, que allí me marcho... Nada hay en el mundo que me guste tanto como el bosque, con sus setas, sus frutos silvestres, sus escarabajos, sus pajaritos, sus erizos, sus ardillas y ese olor húmedo tan suave que exhalan las hojas podridas! Aun á la hora en que escribo me parece sentir aquel olor del pino de nuestros campos. Son éstas impresiones que duran toda la vida.

De pronto, en medio del más profundo silencio, oigo distinta y claramente estas voces:

«¡Al lobo! ¡al lobo!»

Lanzo un grito de terror; fuera de mí, espantado y sin dejar de gritar, corro como una flecha hacia el mugik que está arando.

Era nuestro mugik Marey. ¿Existe este nombre? Por lo menos, todo el mundo lo llamaba así; un mugik de unos cincuenta años, alto y robusto, con muchas canas en su poblada barba de color rubio oscuro. Lo conocía bien; pero hasta entonces apenas me había ocurrido tener que hablarle.

Paró su jaca al oirme gritar. En un abrir y cerrar de ojos me encontré junto á él, agarrándome con una mano á su manga, y con la otra al arado. El hombre advirtió mi terror.

—¡El lobo! grité ahogándome.

Levantó al punto la cabeza, y miró instintivamente en torno suyo, creyéndome realmente perseguido.

—Pero ¿dónde?

—Han gritado... Acaban de gritar: ¡Al lobo! balbuceé yo.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes? ¿qué lobo? ¡Te has engañado!.. ¿Qué lobo puede haber aquí?—dijo suavizando la voz para tranquilizarme.

Pero yo seguía temblando, y me agarraba con más fuerza á su caftán. Debía de estar muy pálido. El me miraba solícito, y parecía intranquilo por verme en aquél estado.

—¡Ah! y qué miedo tiene! *¡Ah iaie!* dijo moviendo la cabeza. ¡Vamos, hijo mío! ¡Vamos, chiquitín!

Me acarició la mejilla.

—¡Ea, serénate! Cristo no te abandona. Santíguate.

Pero yo no podía persignarme. Me temblaban los labios, y eso era lo que parecía preocuparle más.

Alargó suavemente su tosco dedo, lleno de tierra, con la uña negrísima, y toco ligeramente mis labios.

—¡Ves tú!.. *¡Ah iaie!*

Y sonrió casi maternalmente.

—¡Pero Dios mío! ¿qué te pasa? ¡Vaya, hombre!..

Me convencí al fin de que no había tal lobo, y de que el grito que había oído era pura ilusión del cielo. (Ya más de una vez había oído gritos análogos. Más tarde estas alucinaciones pasaron con la infancia.)

—Bueno, pues me voy—dije mirándolo con aire interrogativo y tímido.

—Sí, anda; yo te miraré ir, y no dejaré que te coja el lobo—añadió con su extraña sonrisa maternal. ¡Que Dios te acompañe! Anda.

Hizo la señal de la cruz sobre mí, y se santiguó él también.

Eché á andar volviendo cada diez pasos la cabeza, y mientras me alejaba, Marey permaneció inmovil junto á su caballo, mirándome como me había prometido y haciéndome señas con la cabeza, cuando me volvía.

Me daba un poco de vergüenza mi miedo, lo confieso; pero la verdad es que no se me había pasado del todo, ni se me pasó enteramente hasta que alcancé la otra vertiente del foso, cerca del primer edificio, y vino corriendo hacia mi Volchok, (1) el perro de guarda que tenaímos. Con Volchok ya estaba yo completamente tranquilo. Entonces me volví por última vez hacia Marey. No podía distinguir su cara, pero adiviné que seguía sonriendo cariñosamente y moviendo la cabeza. Le hice una seña

(1) Lobito.—*N. del T.*

con la mano; me respondió del mismo modo, y arreó el caballo.

Todavía oí á lo lejos: ¡Ia! ¡ia!, y el caballito volvió á tirar del arado...

¿Cómo se había despertado este recuerdo? ¿Quién lo sabe? Los pormenores tenían una asombrosa precisión. Me incorporé en mi cama de tablas, y me acuerdo de haber conservado largo rato en mi semblante la sonrisa de las dulces memorias. Todavía quise perseguir durante un momento, la huella que había dejado en mí esa hora de mi infancia.

Luego que abandoné á Marey, me guardé muy bien de contar á nadie la «aventura». ¡Y qué aventura! Por supuesto, no tardé en olvidar al mugik. Después lo encontré á menudo, pero sin tratar de hablarle del lobo, ni de ninguna cosa...

Y ahora, en Siberia, veinte años después, recordaba de pronto ese encuentro con asombrosa claridad, hasta en sus menores incidentes.

Sin duda, él mismo se había grabado en mi alma, y si lo recordé á esa hora es porque á esa hora convenía... Volvía á ver aquella sonrisa tierna y maternal de un pobre mugik siervo, aquellos signos de la cruz, aquel movimiento de cabeza, aquel: «¡Qué miedo ha tenido el chiquitín!». !Y sobre todo, aquel dedo tosco y lleno de tierra, que había tocado mis labios con tal suavidad y con tan tímida ternura! Comprendo que todo el mundo se halla dispuesto á tranquilizar á un niño; pero en aquel encuentro solitario había ocurrido una cosa muy diferente. Así hubiera yo sido su propio hijo, no hubiese podido mirarme con mejores ojos ni de una manera más afectuosa ¿Quién le obligaba? El era nuestro siervo, y yo,—¡ahí es nada!—su señorito. !Nadie podía saber cuán bueno había

sido para mi! ¡No tenía que esperar ninguna recompensa! Quizá le gustaban los niños: es posible. De todos modos el encuentro era aislado, un campo desierto, y Dios solo ha podido ver desde lo alto, el profundo sentimiento de ternura humana, de ternura delicada y casi femenina, en que rebosaba el corazón de un mugik ruso, siervo tosco y rudo, y que no sabía entonces que muy pronto sería emancipado.

Al levantarme de la cama, dirigí una mirada al rededor, y sentí de repente que ya podía mirar á aquellos infelices muy de otra manera que algunos minutos antes: por una especie de milagro, el odio y la cólera habian desaparecido completamente de mi corazón. Dí algunos pasos examinando los rostros que encontraba. «¡Este de aquí—pensé, este mugik tan rapado, paria ébrio que canta aullando con voz ronca, podría ser Marey. !Y si yo pudiese leer en su corazón...»

Por la noche, volví á encontrar á M...sky, y lo compadecí.

No había en sus recuerdos ningun Marey, y era muy natural su pensamiento: «odio á esos bandidos».

Y luego aquellos Polacos habían sufrído mucho más que nosotros.

Th. Dostoievsky.

REVISTA ECONÓMICA

Los presupuestos para 1891-92.—El déficit del ejercicio de 1890-91.—La crisis financiera de Portugal y los valores españoles.—La subida de los cambios sobre el extranjero.—Ultimas cotizaciones.

QUEDARON sin discutir los presupuestos del ejercicio corriente y ha sido preciso prorrogar los del pasado. El de ingresos, por consecuencia, no ha sufrido alteración alguna y el de gastos se ha fijado en las partidas siguientes:

RESÚMEN GENERAL DE LOS GASTOS

	Pesetas.
Obligaciones generales del Estado.	
Sección 1.ª—Casa Real.	9.500.000
Idem 2.ª—Cuerpos Colegisladores.	1.749.205
Idem 3.ª—Deuda pública.	279.762.111
Idem 4.ª—Cargas de justicia.	1.777.481,50
Idem 5.ª—Clases pasivas.	52.449.335

Obligaciones de los departamentos ministeriales.

Sección 1.ª—Presidencia del Consejo de Ministros.	1.384.217
Idem 2.ª—Ministerio de Estado.	5.138.192
Idem 3.ª—Idem de Gracia y Justicia. . . .	57.352.121,04
Idem 4.ª—Idem de la Guerra.	142.141.437,25
Idem 5.ª—Idem de Marina..	32.005.205
Idem 6.ª—Idem de la Gobernación.	28.704.503,77
Idem 7.ª—Idem de Fomento..	77.486.483,25
Idem 8.ª—Idem de Hacienda.	18.750.774
Idem 9.ª—Gastos de las contribuciones y rentas públicas.	84.164.843,87
Idem 10.ª—Colonia de Fernando Póo. . . .	750.000
TOTAL.	793.115.909,68

A esto es preciso añadir el presupuesto de gastos extraordinarios que ha de cubrirse con los 150 millones que el Banco presta sin interés en compensación de la prorroga de su privilegio. La tercera parte se consumirá en este año y lo restante en los dos ejercicios siguientes, en la construcción de la escuadra y en obras públicas.

Aun cuando no está terminado el ejercicio pasado (falta el período de ampliación) puede ya calcularse con bastante proximidad su deficit, el cual pasará algo de 60 millones de pesetas.

Resultado tan desastroso parecía imponer el deber á nuestros legisladores de ocuparse con más cuidado de lo futuro; pero ya hemos visto que ni han discutido siquiera los presupuestos.

*
* *

La crisis financiera por que atraviesa el vecino reino no es producto de causas inmediatas. Es en parte el resultado de una prolongada serie de torpezas financieras y del miedo de imponer contribuciones extraordinarias á un pueblo cuyo fuego revolucionario se mantiene siempre vivo, lo cual hace á los ministerios acudir al préstamo como medio más facil de saldar los *déficits* de los presupuestos. Es también debida, en parte, á la perturbación política, que ha hecho la emisión del último empréstito extremadamente difícil.

Las negociaciones llevadas á cabo en Londres durante el último año para colocar una nueva emisión de deuda, fracasaron, si bien en el Continente fueron colocadas 62.825.000 pesetas en cuatro por 100, cuyos intereses son también cobrables en Londres. Pero el Gobierno portugués necesitaba una suma mucho mayor para desembarazar su situación, y en Diciembre último tomó á los banqueros franceses 75.000.000 de pesetas, dándoles en garantía deuda del 3 por 100 á 46, é hipoteca sobre la renta de tabacos. Tal medida no pasaba de ser un expediente temporal, necesitando además la aprobación de las Cortes.

Se abrió la legislatura el 4 de Marzo y el Gobierno pidió á las Cámaras la autorización para crear el monopolio del tabaco, sobre el cual intentaba contratar un empréstito de 250.000.000 de pesetas, que le pondría en estado de reembolsar los 75.000.000 de pesetas tomadas en Diciembre, y más tarde reducir ó consolidar la deuda flotante. Pero el grave aspecto de la cuestión con el Gobier-

no británico respecto á los límites de las posesiones del Africa del Sur, que amenazaba con una ruptura, impidió al Gobierno portugués colocar en Londres la emisión, y la tentativa para colocarla en el Continente resultó un fracaso. El Banco de Portugal hizo cuanto pudo por defenderse en tan críticas circunstancias, pero la retirada del efectivo de las cajas de este Banco, así como de las del Lusitano y de otros establecimientos de crédito, motivó el decreto publicado en el *Diario* de 11 de Mayo autorizando una suspensión general de pagos por sesenta días. La suspensión era indudablemente necesaria para alejar un pánico financiero más temible; pero el efecto sobre el precio de los fondos portugueses fué grande.

En la sesión del día 7 de Julio próximo pasado, la Cámara de los Diputados aprobó la contratación de un nuevo empréstito de 7.200 contos de reis, destinados á la compra de metal para la acuñación de moneda.

Son muchos los que opinan que, más pronto ó más tarde, Portugal se verá obligado á aceptar el curso forzoso del papel moneda.

Realmente todo lo hecho hasta ahora no ha sido otra cosa que salvar la dificultad del momento; pero mucho más se necesita para arreglar la Hacienda portuguesa sobre bases más firmes y duraderas.

Lo que Portugal necesita conseguir á toda costa es la nivelación de sus presupuestos, pues en tanto no lo consiga, no será fácil empresa la colocación de nuevas emisiones, y si muy verosimil que el Gobierno se vea obligado á hacer una emisión de papel inconvertible.

Si la alteración política cesara, algo mejoraría la situación económica. Pero mientras las doctrinas revolucionarias encuentren el apoyo que ahora en el pueblo, mientras estallen los petardos en el Ministerio del Inte-

rior y mientras al Ministerio le sea tan difícil sostenerse, la Hacienda portuguesa no puede inspirar mucha confianza.

*
* *

Esta crisis de Portugal ha influído poderosamente en la depreciación de los valores españoles sobre todo en las Bolsas de París y Londres, haciéndose circular por dichos mercados noticias muy pesimistas en orden al porvenir que á España aguarda si los sucesos de Portugal terminasen por implantar allí un Gobierno republicano.

A nuestro entender, estos rumores no tienen otro fundamento ni otro origen que el de conseguir por ellos sorpresas y ganancias de la especulación bursátil. Sea cualquiera el resultado de la crisis portuguesa, y por mucho que trascienda en el orden político interior, no podemos creer que lo que allí suceda tenga poca ni ninguna influencia en España. Viven estas naciones en el más completo aislamiento la una de la otra. Sus relaciones comerciales son escasas, y sus relaciones de ideas no son ningunas. En España no hay odios ni recelos hácia Portugal, pero en Portugal si existen, y grandes, hácia España. Por la federación ibérica se sienten aquí pocos entusiasmos, y en Portugal ni pocos ni ninguno. Las antiguas tradiciones están rotas. Portugal y España —no sin pena se pueden escribir éstas cosas—están más separadas moralmente que cualesquiera otros dos Estados del viejo continente.

Enlazar nuestro crédito público, como hacen los mercados de París y Lóndres, con el crédito público de Por-

tugal, y depreciar nuestros valores cuando los del vecino reino se deprecian, nos parece una insigne torpeza, si es que no es obra de especuladores sin conciencia.

***

Juntamente con estos rumores que tantos daños han causado en nuestro crédito, ha venido á influir en el mismo sentido la subida de nuestros cambios sobre el extranjero.

Todos los años, por esta época, ocurre algo semejante; pero en pocos ha tomado el mal tan extensas proporciones como en éste.

El pago de las obligaciones de ferrocarriles, el de los cupones de la Deuda exterior y los gastos que los viajes de puro recreo al extranjero ocasionan, son las principales causas que determinan en estos meses del año el alza de los cambios. La influencia de los arbitrajes con la Deuda exterior, no es excesiva, dada la paralización que en el estío tienen los negocios bursátiles.

A las compañías de ferrocarriles, este quebranto de los cambios, les está creando una situación bastante difícil. En el año pasado costó al *Mediodía* millón y medio de pesetas, y poco menos al *Norte*. En el que corre, por las muestras, se elevará á bastante más, reduciéndose el interés de los accionistas á tipos excesivamente bajos. Poco importa que las recaudaciones mejoren; el quebranto de los giros absorbe con exceso las ventajas del aumento del tráfico.

Difícil es resolver este problema, que tiene su raíz en las entrañas mismas de nuestro organismo económico.

Bajo el punto de vista puramente comercial, España

es una nación acreedora; exporta, por lo regular, más que importa. Tiene balance activo.

Pero esta balanza comercial importa poca cosa al lado de la balanza general económica, formada por todas nuestras deudas en un platillo y por todos nuestros créditos en otro.

Los ferrocarriles se han construido con capitales extranjeros, ó por lo menos, extranjeros son los dueños de sus acciones y obligaciones. Lo propio ocurre con las grandes compañías mineras.

Todos los ejercicios consume la deuda exterior del estado de 40 á 50 millones (sin contar la de Cuba).

Puede calcularse que en cada año y por estos conceptos precisamos exportar al extranjero más de 200 millones de pesetas oro, y en cambio, como aquí son en reducido número y en reducida cantidad los poseedores de valores extranjeros, esta suma no tiene contrapartida, no solamente capaz de balancear, pero ni de hacerla oscilar siquiera.

El quebranto de los cambios favorece la exportación y dificulta la importación, y ésta es quizá la causa de que mandemos productos por mayor cantidad que los que recibimos; pero el saldo acreedor del comercio no puede calcularse arriba de 50 millones como promedio anual, quedando, por consecuencia, un déficit ó un saldo pasivo para nuestra balanza de 150 millones de pesetas, como mínimo.

No negaremos que el ahorro interior es superior á esta cifra, y que España, aunque lentamente; prospera, y progresa como lo demuestra el desarrollo de su comercio, las cuentas corrientes y depósitos de los Bancos y la importación de nuestra deuda exterior, que en estos últimos años sobre todo, se ha hecho en grandes cantidades.

Pero hay que convenir en que una de las causas de esta lentitud en nuestro progreso económico es precisamente el quebranto de los cambios.

Se achaca, por lo común, el desnivel de los giros, á la falta de oro y á las malas condiciones de nuestro sistema monetario, lo cual es un error manifiesto. Aquí no hay oro porque no puede haberlo. El desnivel de los cambios es causa y no efecto. Si la balanza nos fuera favorable, tendríamos oro en abundancia como lo tiene Francia, por ejemplo, y como lo hemos tenido también en España cuando los giros tenían dirección contraria.

Con la traida de oro en gruesas sumas el problema queda en pie. Su compra é importación nos costaría poco más ó menos, lo que los cambios nos cuestan, porque de alguna manera habría que reembolsarlo, y no se conseguiría otra cosa que ayudar á hacer su agosto á los especuladores y cambistas.

Dos únicos caminos de resultados seguros hay para poner fin á este conflicto; pero dudamos mucho que puedan realizarse de un modo inmediato. Consiste el primero en reducir el presupuesto de gastos, en extinguir los déficits para no precisar emitir nuevas deudas; de este modo el ahorro nacional absorbería bien pronto la deuda exterior y se dirigiría después á la adquisición de valores de ferrocarriles y minas, haciendo posible la *domiciliación* de los pagos aquí.

El segundo consiste en despertar por todos los medios posibles las iniciativas industriales entre nosotros, favo reciendo el ahorro y ayudando las energías de la producción nacional.

Fuera de estos medios, no hay ninguno capaz de cortar de raiz los males que lamentamos.

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

Páginas.

Malasaña y su hija, por Carlos Cambronero. 5
Buen tiempo fijo, conclusión, por Ricardo Becerro de Bengoa. 15
El Fausto en la música, (Mefistófele), por Arturo Campión. 32
El coche, novela corta, por Antonio de Valbuena. 48
En el álbum de una chilena, por G. Núñez de Arce. 62
El cabecilla Destuches, conclusión, por J. Barbey D'Aurevilly. 63
El secreto, cuento, por Alfonso Daudet. 127
Recuerdos de mi juventud, por Ernesto Renán. 135
Madrid, poesía, por Alfredo de Musset. 146
Alfredo de Musset, por Emilio Zola. 149
El Mugik Marey, por Dostoievsky. 192
Revista económica, por Un ex-Ministro. 200

España moderna

AÑO III NÚM. XXXIII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

SETIEMBRE—1891

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

á cargo de D. Agustin Avrial,

SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS ANTIGUOS MONUMENTOS

AMERICANOS

Y LAS ARTES DEL EXTREMO ORIENTE [1]

SEGUNDO Y ÚLTIMO

Los monumentos que representan la gran cultura precolombina no es fácil apreciarlos en conjunto. Podrá decirse que su característica es un *hieratismo* de que han sido intérpretes unas gentes que vivían bajo el régimen despótico de una raza conquistadora que les imponían el trabajo por fuerza. Podrá decirse que son monumentos de carácter ciclópeo en los que la ornamentación sirve de vestidura viniendo á suplir á las formas arquitectónicas que caracterizan á otros estilos, como la columna que sólo aparece como excepción y la bóveda por aproximación que tampoco presenta muchos ejemplos. Podrá decirse, en fin, que su fórmula arquitectónica es la pirámide escalonada en los templos y el desarrollo de muros, con puertas colocadas simétricamente, coronados por grandes entablamentos donde campean ricos motivos ornamentales, en los palacios. Pero si se han de apreciar con alguna exactitud los monumentos americanos, es forzoso estudiar separadamente los de cada comarca. Todos responden al mismo sistema, en todos se adivina el proceso de una misma tradición artística; y sin embargo, ¡cuántas no son las diferencias que permiten adivinar distintas fechas, distintas razas, distintos grados de adelanto y hasta distintos gustos y necesidades locales!

Traspasaríamos los límites de este trabajo y los que necesariamente nos imponen nuestras pobres fuerzas si tratáramos de estudiar esas diferencias con la detención que se merecen, para trazar por fin el cuadro de los varios estilos que se produjeron en el arte americano. Estudio es este que necesita madurarse y que presenta serias dificul-

(1) Véase el tomo XXXI, pág. 22.

tades á causa de lo incompletos que aún aparecen los elementos necesarios. Pero es indudable que algún día se establecerán divisiones tales que permitan reconocer en Palenque, Yucatán, Méjico, Perú, etc., las variedades y modificaciones del arte en las obras de las diferentes razas y nacionalidades; como en la antigüedad reconocemos y diferenciamos el arte caldeo y el asirio, el persa, el fenicio y el cartaginés, que tanto de común tienen. M. Viollet-le-Duc, con aquella perspicacia genial que tanta originalidad é interés da á sus escritos, señaló las diferencias en cuestión comenzando por declarar que dichos monumentos no pueden pertenecer ni á una sola época ni á una sola raza; asignó mayor antigüedad á los monumentos de Palenque, como debidos á los indígenas amarillos mezclados con los blancos, y reconoció diferencias de estilo entre dichos monumentos, los del Yucatán, elevados después de las invasiones de los quiches, etcétera (1).

Los monumentos de Méjico, de la América central y de Palenque, ó sea del Yucatán, son sin disputa los mejores, es decir, los que dan más cabal idea del arte precolombino. En ellos saltan á la vista las analogías de ese arte con el de otros pueblos orientales ú occidentales. Estas analogías han dado motivo á sospechas más ó menos fundadas, á opiniones é hipótesis distintas y contradictorias; bien que siempre ha impuesto no pocas reservas la cuestión étnica aún no definida. Quién ha creido ver un parecido algo más que casual entre los bajo-relieves americanos de poco resalto con figuras llenas de un *hieratismo* severo y con jeroglíficos dispuestos en series paralelas y regulares, y los bajo-relieves egipcios en que los jeroglíficos acompañan también á las figuras. Quién, dejando llevar su fantasía á través de la Atlántida, aquel continente lleno de maravillas de que nos habla Platón y que un día quedó sepultado bajo las aguas del Océano, trata de justificar la presencia en América de construcciones de carácter ciclópeo como las que levantaron en Asia menor, en el continente griego, en Italia y hasta en España remotos pobladores, y de razonarse los hallazgos de piezas cerámicas en forma de pescado y de otros animales, ó con rostros humanos, de barro negro, muy parecidas á los vasos etruscos de búcaro negro, y de otros vasos de arcilla blanca con ornatos pintados de color rojo y pardo, que

(1) *Cités et Ruines Americaines*, págs. 45 y 103.

recuerdan los vasos chipriotas y los vasos griegos de estilo oriental. A nuestro modo de ver estas últimas analogías son más singulares y ofrecen caractéres de ser menos casuales que las primeras. No vemos entre lo egipcio y lo americano aquella relación mitológica que supuso el abate Brasseur de Bourbourg (1); ni el *hieratismo* de los bajo-relieves, ni los jeroglíficos, nos parecen otra cosa que el resultado de condiciones análogas en la cultura de ambos países. En una de las láminas de Waldeck (2) aparece el coronamiento de la puerta de uno de los templos de Ococingo, cuyo carácter decorativo y hasta simbólico, es menester confesar que guarda estrecha relación con el conocido emblema egipcio del disco solar alado que decora los cornisamentos y los dinteles de las puertas. Mucho habría que hablar de la interpretación decorativa de las alas estendidas en Egipto, en Asiria, en Persia, en el Japón y en América. Pero en suma, el hecho aislado que acabamos de señalar carece de elocuencia suficiente para persuadir de la pretendida relación entre la América y el Egipto. Respecto de las analogías con lo etrusco, con lo chipriota y con lo griego no hay que olvidar, dejando á un lado la presunción no inverosímil de que las naves fenicias llegaran á tocar en las costas orientales de América, que los americanistas distinguen dos grandes corrientes de población en el *Nuevo* mundo, una de raza amarilla que debió pasar del Asia por el estrecho de Bering y otra de raza blanca cuyo paso parece que debió ser la Groenlandia.

Partiendo de esta base M. Viollet-le-Duc, y del principio de que ciertas razas no han empleado nunca el mortero en sus construcciones, haciendo derivar su arquitectura del arte del ensamblaje, mientras que otras razas han empleado el mortero desde remota antigüedad, construyendo con tierra apisonada ó ladrillo, ha dicho que los monumentos de Méjico y del Yucatán construídos en piedra pero con mortero, están hechos por unos hombres que llevaban sangre turaní ó finesa en sus venas mezclada con sangre aria, pues según él, sólo á los arias semitizados y á los semitas les ha sido dable el construir con piedra solamente, ensamblándolas sin mortero, y á los arias puros deben atribuirse las construcciones de madera ensamblada; de suerte que allí donde se halle la tradición, el recuerdo de la construcción de madera, debe

(1) *Sil existe de sources de l'histoire primitiva du Mexique dans les monuments egyptiens;* París, 1864.

(2) Plancha 54.

reconocerse la influencia de la raza aria (1). Muy lejos nos parece que va M. Viollet-le-Duc, queriendo ver en cada género de construcción una característica de raza. Que cada raza tiene aptitudes distintas para cierta clase de trabajos, es indudable; pero tampoco puede negarse que la Naturaleza ha impuesto ciertas necesidades y procedimientos á las diferentes razas. En Egipto se construyó con piedra, en Caldea con ladrillo, en la India tallando y cavando las rocas, en la China y en el Japón con madera, porque así lo ha exigido la Naturaleza en cada país. Pero aunque nosotros no veamos el caso como una consecuencia étnica sino natural, admitimos desde luego la teoría de M. Viollet-le-Duc de que en los monumentos de Méjico y del Yucatán, se ve el recuerdo de las construcciones en madera. El mismo añade que ese recuerdo se descubre en los más antiguos monumentos de la India tallados en roca ó construídos en piedra, como también en los monumentos asirios, egipcios y aún en los de la Jonia. Con efecto, los monumentos egipcios del antiguo imperio, los mastalas ó tumbas de la necrópolis menfita y los mismos sarcófagos y estelas de aquel tiempo, unos y otros de piedra, están labrados imitando las construcciones ensambladas. En los hipogeos lidios de Myra, de que más arriba hemos hablado, es patente el recuerdo del ensamblaje.

Este recuerdo se manifiesta en los monumentos mejicanos y yucatecos, en la exornación del entablamento; es decir, que la decoración en piedra parece imitar la construcción de madera. Tómese como ejemplo el llamado *Palacio de las monjas* de las ruinas de Uxmal, en el Yucatán, que Viollet-le-Duc analiza escrupulosamente. Sobre cada uno de los muros que en aquella arquitectura hacen de pilares, apoya como una serie de vigas paralelas y superpuestas separadas cada dos por las cabezas de otro par de vigas. El todo forma un trapecio cuyo lado menor está abajo sirviendo de base; y hace notar dicho autor que esta estructura primitiva no fué comprendida por los artistas que levantaron aquellas fachadas, pues estos saledizos por apilamiento, aparecen indistintamente sobre macizos y sobre huecos, lo cual, como observa muy bien, es un contrasentido (1).

Pero aunque M. Viollet-le-Duc comprendía que dicho recuerdo ó tradición se encuentra en varios

(1) *Cités*, 27 y 28.

(1) *Cités*, págs. 65 y 66.

pueblos antiguos, entendió desde luego que á América debía llevarle la raza aria y que la India septentrional debió ser el lugar de procedencia (1). Sujetándose á aquella hipótesis, los en forma de pirámide ó *teocalis* se le ofrecían como una excepción, que trataba de justificar por la existencia de montículos ó construcciones análogas en la Siberia meridional, en la India, en el Asia menor, en Egipto, en Europa, que particularmente atribuye á las invasiones venidas del Oriente, si bien hace constar que en esos países eran tumbas mientras que en América eran templos (2). Esta diferencia nos parece ya bastante significativa. Admitido que una raza pobló la América en tiempos muy antiguos; admitido que los ários dominaron á aquella formando los grandes imperios que luego conquistaron los españoles, entendemos que los *teocalis*, el recuerdo del ensamblaje, los principios ornamentales indicados, tienen su explicación cuando se comparan los monumentos americanos no sólo con los de la India sino más principalmente con los de la China y el Japón. Cuando Viollet-le-Duc, hace treinta años, se ocupó de aquéllos, todavía se conocían muy poco los de estas comarcas del extremo Oriente. Pero hoy los estudios de M. Fergusson acerca de los antiguos templos indios cavados en las rocas; los que ha hecho M. Gonce del arte japonés (1) y los de M. Paléologue sobre el arte chino permiten formar claro juicio de los mismos. En honor á la verdad debe decirse que la semejanza de los monumentos americanos y japoneses fué ya reconocida por M. Viollet-le-Duc (2).

La China y el Japón son dos países en que la construcción de madera ó ensamblada se practica desde la más remota antigüedad, aunque en ambos países abunda la piedra. Ambas arquitecturas se desarrollan bajo iguales principios: predominio de los vanos sobre los macizos; predominio de las líneas horizontales sobre las verticales é importancia decorativa en las techumbres. Los monumentos americanos responden á los dos últimos principios, pues en los palacios las composiciones ornamentales ocupan el entablamento. Hay otros monumentos en China que son los *tai,* ó torres observatorias que responden á otra fórmula arquitectónica que las demás construcciones del país. M. Paléologue ha puesto en claro de un modo ad-

(1) *Cités,* pág. 83.
(2) *Cités,* pág. 84.

(1) Véase nuestro artículo ***El Arte Japonés*** en el tomo XIX de esta Revista.
(2) *Cités,* pág. 71.

mirable la cuestión del origen de los *tai*. Estos, según su fundada opinión, proceden de aquellos templos observatorios, en forma de torres escalonadas de los caldeos y de los asirios. Esta afirmación, que á primera vista parece algo atrevida, no tiene por único fundamento la analogía que pueda existir y existe entre los *tai* tal como nos los representan algunas estampas chinas y los templos caldeo-asirios, tal como nos los ofrecen restaurados Perrot y Chipiez en su *Histoire de l'Art dans l'antiquité*, sino que está justificada por las relaciones que existieron entre los pueblos del Asia central, los *Si-jung* ó «bárbaros occidentales», como los llaman en los anales chinos, desde el año tercero del reinado de Tai-Ou ó sea en el año 1634 antes de J. C. (1). Y el indicado origen de los *tai* es tanto más creible y verosímil, cuanto que según declara M. Paléologue en una nota, apoyándose en la obra del doctor Chalmers, *Chinese classics*, la astronomía primitiva de los chinos es indudablemente de procedencia caldea. ¿Procederán los *teocali* americanos de los observatorios chinos, aunque éstos estén construídos con madera y ladrillo y aquéllos en piedra? La idea de ambos es la misma y probablemente el uso sería también el mismo. Quizá los estudios que pueden hacerse de la cosmogonía americana esclarezcan este punto. Véase el *teocali* escalonada de Guatusco, y compárese con los monumentos caldeos y chinos á que nos referimos, y se descubrirá alguna analogía.

Es menester tener en cuenta además que la India ejerció grande influencia en la China y en el Japón por medio de los sectarios de Buda. El budismo, como toda idea religiosa importada, trajo á las artes de la China y del Japón nuevos elementos. La India además debió dar á los americanos la fórmula decorativa que éstos emplearon para cubrir los entablamentos de sus palacios con ricas y profusas composiciones; debió darles la bóveda que vemos empleada en Méjico y la columna, cuyos únicos ejemplares de que tenemos noticia, pueden verse en las ruinas del gran palacio de Mitla y en las del llamado *castillo* de Chichen-Itra, en el Yucatán. Y ya que á las columnas indias nos referimos, bueno será hacer constar que en algunos de sus capiteles, especialmente en los que están formados por dos cuerpos delanteros de toros (1), dan claro

(1) *L'Art chinois;* París, 87, págs. 100 á 104.

(1) Véanse las láminas de la obra de Fergusson *The Cave Temples of India;* Londres, 1880.

testimonio de las influencias asirio-babilonias que, según Lubke (1), pudieran haber llegado á la India en los tiempos de Alejandro el Grande (325 a. a de J. C.); y estas influencias se dejan también sentir en otros motivos ornamentales.

*
* *

La semejanza que venimos señalando entre los monumentos americanos y los del extremo Oriente más que en los principios y las formas arquitectónicas está en la decoración. Ni la India, ni la China, ni el Japón, ni Méjico, ni el Yucatán, han sido pueblos constructores, aunque sus monumentos dan testimonio de potente esfuerzo. Su característica común es la decoración. A ella parecen supeditadas las formas, ella campea como señora absoluta combinando los elementos decorativos con los elementos de la construcción y cubriendo con rica, exuberante y profusa serie de motivos ornamentales, los paramentos de los edificios.

La decoración de los monumentos americanos consiste en relieves figurativos y en ornatos resaltados ó rehundidos. Los relieves, que son las obras más importantes de aquella escultura, ofrecen, en general, análogos convencionalismos á los que se observan en los estilos orientales de la antigüedad: las figuras humanas están representadas de perfil con el ojo de frente, y como dijo muy bien Humboldt, en Méjico desaparecen bajo el peso de los vestidos, cascos, cabezas de animales y las serpientes que las aprisionan.

Los detalles están decorativamente acentuados con grande habilidad. En suma, la característica de los relieves en cuestión es un *hieratismo* que no se inspiraba en aquella severidad austera é inflexible, de formas reposadas y de actitudes solemnes en que se inspiraba la escultura egipcia, sino que buscando los efectos por análogos medios que los indios, procuraban inspirarse en un naturalismo arcaico de formas blandas y sensuales que á veces en la actitud y la expresión toca en lo monstruoso y en un aparato suntuario, profuso y exuberante. Compárense los relieves monumentales de Palenque y del Yucatán con las esculturas de la India y se verán resaltar esas semejanzas. El museo Guimet, recientemente establecido en París, ofrece al público una curiosa colección de esculturas indias, que representan á las divinidades de los panteones brahamánico y búdico, en las cuales la semejanza de estilo se revela en la amalgama pe-

(1) *Histoire de l'Art*, págs. 76 y 77.

sada —*barroca*, nos permitiremos decir—de figuras, símbolos y accesorios y en la cargazón de adornos indumentarios, tocados, collares, cinturones, etc. En uno de los bajorelieves de Palenque hay una figura, al parecer de un dios, sentado de un modo especial, con una pierna sobre el asiento, como vemos á algunos dioses del panteón brahamánico, Siva, Vishnú, Gánega, en sus imágenes del museo Guimet.

No son menores ni menos acentuadas las semejanzas con lo chino y lo japonés en los relieves monumentales, en los frisos y sobrepuertas de Palenque, de Méjico y del Yucatán, donde se ve muy repetido un motivo ornamental de estilo completamente chino: nos referimos á los mascarones ó rostros monstruosos interpretados de un modo decorativo. Sirvan de elocuentes ejemplos el mascarón sobre el cual se alza la conocida *cruz* de Palenque, los que decoran la casa de las monjas en Chichen-Itra y el altar y el ídolo de Guatemala; y como términos de comparación los conocidos leones de Fó, los dragones y demás animales fantaseados ó quiméricos, chinos y japoneses. Los ídolos de Guatemala presentan un carácter chino, ó mejor dicho, indo-chino más marcado. El rostro de estos ídolos, especialmente el de Copán, tienen no poco de la expresión tranquila y del modelado redondo y fofo de los rostros de las esculturas chinas. La serie confusa y recargada de adornos y los rostros, mascarones, plumajerías y roleos que, cual si estuvieran amontonados cubren y agobian al ídolo, recuerdan aquellos seres monstruosos de múltiples cabezas y múltiples extremidades tan frecuentes en la India, y algunos motivos ornamentales de la China.

Pero á nuestro modo de ver, el simple ornato es otro nuevo testimonio de la influencia que deseamos comprobar. La ornamentación americana, como la china y la japonesa, es geométrica. El *meandro* ó greca y la celosía ó enrejado en diagonal, son los elementos principales. Tanto en los entablamentos y aun zócalos exteriores, como en los paramentos interiores de los edificios, campean los *meandros*, desarrollándose en fajas ó series horizontales, por lo común superpuestas, con ligeras variantes de unas series á otras. Cual si fueran una amalgama de los dos ornatos griegos, el *meandro* y la *onda*, los *meandros* americanos forman la solución de continuidad por medio de una línea escalonada. Esta forma de *meandro* no se encuentra exacta en la China ni en el Japón, pero sí muy parecida. Los bronces chinos llamados bronces rituales, de remo-

ta antigüedad llevan el *meandro* entre sus adornos especiales y característicos. Según M. Paléologue este *meandro* no fué importado á China de la Grecia y de la Etruria, como alguien ha sospechado, sino que se deriva de una antigua figuración simbólica y es un motivo formado por dos líneas, una continua, que representa el principio masculino *(rang)*, y otra cortada que representa el principio femenino *(yin)*, símbolo que dió nacimiento á cuatro diagramas que figuraban las fuerzas y los poderes de la naturaleza y que, dividido en ocho trigramas ó *Pa-Kua*, representaba el cielo, el curso de las aguas, el fuego, el trueno, el viento, el agua, las montañas y la tierra. La tradición afirma que estas figuras de procedencia sobrenatural, fueron vistas por el Emperador Fou-hi, fundador del imperio chino (2800 años antes de J. C.) sobre el lomo de un caballo dragón (1).—¿Pudo tener el *meandro* en la América central algún simbolismo análogo al que tuvo en China? La frecuencia con que se ve repetido y su especial forma ya descrita, dan algún motivo á pensarlo. En el gran palacio de Mitla, el *meandro* se presenta como elemento dominante y casi único, en frisos superpuestos al exterior y al interior del monumento dando á los lienzos de muro el aspecto de grandes tapicerías extendidas. Razón tiene el citado historiador del arte, Lubke, cuando al hablar de la ornamentación de los monumentos americanos, dice que los adornos derivados de los tejidos son siempre los más ricos, los mejor encontrados y mejor interpretados, como los *meandros*, los zis zas, las postas y aun las nebulosas ó líneas onduladas; y añade que tan diversos motivos de ornamentación, especialmente los *meandros*, son comunes á toda la humanidad, se aliaron desde muy temprano á las obras de arquitectura y no tardaron en plegarse á las necesidades de la gran construcción; pero que en un principio no fué así, pues la decoración no acompaña á la construcción, sino que la cubre como en los monumentos de la civilización mejicana, cuyos muros están tratados como cuadros de tapicería (1).—En lo que no estamos conformes es en la idea de que el *meandro* haya sido común á la humanidad. No es esta ocasión propicia para combatirla. De todos modos tampoco esa opinión podría oponerse á la de que el *meandro* haya sido importado á América, tal vez en telas chinas y japonesas,

(1) *L'Art chinois*, pág. 22.

(1) *Histoire de l'Art*, pág. 10.

en las que todavía se emplea ese ornato.

Resumiendo: nosotros encontramos lo que los franceses llaman aire de familia, entre los monumentos americanos y los del extremo Oriente, lo cual nos induce á pensar que deben tener razón los que piensan que en América se dejó sentir una influencia búdica, la cual dado que á China no llegó hasta el siglo I de nuestra era, debió ir á América después. Nuestro objeto ha sido indicar las analogías que parecen dar testimonio de cercano parentesco. Pero este punto importantísimo entendemos que no puede resolverse hasta que los americanistas aclaren el gran problema étnico y conozcan de un modo satisfactorio las tradiciones míticas de los constructores de aquellos monumentos.

El día que se alcance ese resultado y si se alcanza en el sentido que nosotros creemos y esperamos, sabremos el origen de las civilizaciones americanas y podremos establecer el proceso del arte de un modo racional y lógico. Tendremos de un lado la corriente del gusto artístico que nació en Egipto, pasó á Caldea, de Caldea á Asiria, que por mediación de los fenicios vino á Grecia y de Grecia á Italia; y tendremos de otra parte una corriente que desde el mundo caldeo-asirio fué á la China y á la India y de estas comarcas pasó á América.

José Ramón Mélida.

ESCENAS DE NIÑOS

(POEMA)

A la memoria de Roberto Schumann

Países Misteriosos.

Allá, muy lejos, muy lejos,
Donde se acaba la tierra.
Hay un país muy hermoso
Que nadie ha visto de cerca.
Las flores de sus jardines
Brillan más que las estrellas;
Vencen á los ruiseñores
Sus pájaros si gorjean;
En alcázares de plata
Con minaretes de perlas
Viven apuestos galanes
Y encantadoras doncellas
Que visten á toda hora
Trajes de vistosas telas;
Un fiero dragón con alas,
Cual perpétuo centinela,
Guarda de día y de noche
De sus murallas la puerta,
Y solo los niños buenos
Entran en él, cuando sueñan.

Historia Curiosa.

Pues señor... El viejo rey
Del noble pueblo de Lija
Para casar á su hija
Promulgó una sabia ley.
En ella tomó por guía
No se que santo versículo,
Y en su principal artículo
Solamente se decía:
Que de la infanta hechicera,
Orgullo del soberano,
Alcanzaría la mano
Quien más méritos tuviera.
De los solteros el gremio
A certámen tan glorioso
Concurrió en masa, afanoso
De lograr el alto premio.
Quién fiando en su riqueza,
Quién en su gallardo porte,
Uno en su puesto en la corte,
Otro en su rancia nobleza,
Sus virtudes y primores
Cada cual fué enumerando,
Y cada cual encomiando
Los suyos como mejores.
Tras de muchos pretendientes
Que, discurriendo en su abono,
Ensalzaban ante el trono
Sus prendas sobresalientes,
Llegó un pobre mal vestido,
Sin comitiva ninguna,
Pintándose su fortuna
En su rostro decaído.
Vióle el rey con mal humor
Y dijo de mal talante:

—¿Eres sabio?—Un ignorante.
—¿Eres rico?—No señor.
—¿Y noble?—De pesar lleno
Que soy plebeyo declaro.
—Pues, dí, ¿que mérito raro
Tienes que alegar?—Soy bueno.
De semblante el rey cambió;
Llamó á la princesa hermosa,
Y al dársela por esposa,
De esta manera exclamó:
—Ninguno se me desmande
Si el fallo no es de su gusto,
Que la bondad, para el justo,
Es el mérito más grande.

La gallina ciega.

A jugar van las niñas
A la gallina ciega:
Se cogen de las manos
Formando alegre rueda
Que de rayos circundan
Sus rubias cabelleras;
Una de ojos azules
En el centro se queda,
Y otra, que es directora
Del juego, por traviesa,
En los ojos la pone
Una tupida venda.
El círculo de niñas
Gira en rápidas vueltas
Cual vaporosa ronda
De ninfas hechiceras;
Se cruzan inocentes
Preguntas y respuestas;
La pobre cieguecita
Un nombre balbucea...

¡Que burlas si se engaña!...
¡Que risas cuando acierta!...
Otra ocupa su puesto,
Gira otra vez la rueda...
No hay juego más alegre
Que la gallina ciega.

El niño reza.

Angel que guardas mi sueño
Bajo tus alas de oro,
Y me consuelas risueño
Cuando lloro;
Diligente centinela
Puesto por Dios á mi lado,
Que siempre por mi bien vela
Con cuidado;
Amoroso mensajero
Del Dios que en el cielo mora,
Al que, con culto sincero,
Mi alma adora;
Guíame por el camino
Del bien y de la justicia,
Y aparta de mi destino
La malicia;
Dame propósito fuerte
Para ir de Cristo en pos,
Y haz que después de mi muerte
Vea á Dios.

¿Dicha Completa?

Padrino del alma mía:
Obediente á los consejos
De mi abuela,
Voy, saltando de alegría,

Cargado de libros viejos,
A la escuela.
Son aquellos veteranos
En que atento y estudioso
Tú leías,
Y los profundos arcanos
De este mundo misterioso
Descubrías.
Sobre sus hojas parleras
Que revelan mil secretos
Escondidos,
Se posan horas enteras
Mis ojuelos indiscretos
Y atrevidos.
Hallar quiero en su lenguaje
De mis anhelos sin nombre
La medida.
¿Qué fin á este mundo traje?
¿Dó está la dicha del hombre?
¿Qué es la vida?
¿Porqué, si hay dentro del alma
De perdurable existencia
Ansia fuerte,
Turba su apacible calma
La aterradora evidencia
¿De la muerte?
¿Porqué en nuestras venas late
Viva corriente de fuego
Que nos quema?
¿Porqué en eterno combate
Es la frase «sin sosiego»
Nuestro lema?
¿Porqué nos predica el cura
Que los bienes de este mundo
Son mentira,
Y la humana criatura

Con anhelo sin segundo
Los admira?
¿Porqué sin querer nacemos
Y esclavos de la desdicha
Caminamos,
Y cuando ilusos creemos
Tocar la anhelada dicha
Espiramos?
¿Porqué influjo misterioso
El amor al hombre lleva
Por la vida
Tras su carro victorioso,
Sin que á dolerse se atreva
De su herida?
¿Porqué si el alma, cual ave,
Busca en la lejana estrella
Su consuelo,
No puede el hombre, ó no sabe,
Remontarse como aquella
Por el cielo?
¿Porqué el dolor y el placer
En combate singular,
Con ardor
Se disputan nuestro ser,
Y siempre logra triunfar
El dolor?
¿Porqué va el hombre sin tino
Con mentidas esperanzas
Tras la gloria
Y señalan su camino
Tan horrorosas matanzas
En la historia?
¿Qué es mejor, en régia cuna
Nacer, cual rey poderoso
Y admirado,
O de modesta fortuna

Gozar sólo, ni envidioso
Ni envidiado?
¿Qué razón indiscutible
Al sufrimiento nos ata
De tal suerte
Que su nudo indestructible
Solamente se desata
Con la muerte?
Busco á todas mis preguntas
En tus libros de chiquillo
La respuesta:
Más todas sus letras juntas
No hacen el renglón sencillo
Que contesta.
¿Quién me dirá lo que anhelo
Y hará la dicha que ansío
Verdadera?
¿El impenetrable velo
Rasgaré, padrino mío,
Cuando muera?

Gran noticia.

César es un niño rubio,
Travieso y angelical,
Que por honor á su nombre
Sólo piensa en pelear.
Llega el Carnaval alegre
Y le han prometido ya
Llevarle á un baile de trajes
Vestido de general,
Convirtiendo así sus sueños
En hermosa realidad.
¡De general! ¡Gran noticia!
¿Quién con aire más marcial
Llevará la roja faja,
La alta bota de montar,

La manga llena de oro,
El poderoso alazán
Cortando el viento, las cruces
Cubriendo el pecho leal,
El sable limpio y luciente
Y alta y severa la faz?
¡General! César ¿Quién sabe
Si algún día llegará
En que le hiera la muerte
Vestido de general?

Ensueño.

Vedle dormido en su movible cuna
Sonriendo á mil mágicas visiones;
Pálido rayo de naciente luna
Viste de luz sus cándidas facciones.
¿Qué sueña? Con alados serafines
Habla quizá del cielo que ha dejado;
Tal vez recorre edénicos jardines
Y respira su ambiente perfumado;
O sueña que su madre le acaricia
Y le cubre de besos delirante;
O que liban sus labios con delicia
El lácteo jugo de su seno amante;
O que rompen sus dedos sonrosados
Juguetes mil, de los que ignora el nombre...
¿Nacido ayer é instintos tan malvados?
Del ángel al través ya se ve al hombre.

Junto al hogar.

Se acerca la hora del sueño:
Saltando de leño en leño
Brilla en el hogar la llama,
Como pájaro pequeño
Que salta de rama en rama.

De su corte rodeada
De nietezuelos hermosos,
La anciana abuela, sentada,
Les narra con voz cascada
Mil cuentos maravillosos.
La historia de aquel enano,
Cuyo palacio cabía
En la palma de la mano,
O del titán que solía
Bañarse en el Oceano.
O la narración cruenta
Del ogro que devoraba
De niños ración sangrienta,
O la existencia de esclava
De la pobre Cenicienta.
O el del mísero pastor
Que fué luego Emperador,
O el cuento del viejo mago
Que está por encantador
Preso en el fondo del lago.
Y así, en torno de la abuela,
Hay, admirando la tela
Que bordaron cien Merlines,
En perpetua centinela
Un corro de querubines.
Llega al fin la hora del sueño,
Y con el último leño
Muere en el hogar la llama,
Como pájaro pequeño
Que al fin se duerme en su rama.

Sobre el caballo de madera.

Arre, caballito,
Galopa ligero,
Subiendo montañas,
Vadeando arroyuelos,
Pisando los prados,
Saltando los setos,
Sin parar un punto,
Sin tomar aliento,
Sin que la fatiga
Detenga tus remos,
Veloz como el rayo,
Sutil como el viento,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito,
Que andando ligero
Por el de la vida
Camino risueño,
Seré pronto un joven
Garrido y discreto,
Con ojos azules,
Con rubios cabellos,
Bigote sedoso
Y genio resuelto,
De frase tan dulce
Y hablar tan ameno,
Que mil corazones
Sensibles y tiernos,
Sintiéndose heridos
De amor y de celos,
Lanzarán al aire
Suspiros sin cuento.
De dicha tan grande
Gozar quiero presto.
Corre, mi caballo,
Corre sin sosiego,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito;
De unos ojos negros
Voluntario esclavo
Llegaré á ser luego.
En sus dulces redes
Para siempre preso,
Rendiremos juntos
Al dios Himeneo
El culto que tiene
Tan gratos misterios.
Partiré con ella
Mis gozos y duelos,
Y en el de la vida
Alegre sendero,
Haré de mi esposa,
Por orden del cielo,
Alma de mi alma,
Cuerpo de mi cuerpo.
Tras de tal ventura
Padre seré tierno
De dos ó tres niños
Hermosos y buenos,
Que con sus alegres
Continuos gorjeos,
Darán en mi choza
Divinos conciertos.
Ya tarda tal dicha...
No vayas tan lento...
Corre como el rayo,
Caballo careto,

Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito;
Después seré un viejo
De faz venerable,
De blancos cabellos.
Sobre mis rodillas
Enjambre de nietos
Subirán amantes
Dejando sus juegos;
Cubrirán mis canas
De sonoros besos,
Pidiéndome todos
Un cuarto ó un cuento;
Y yo, no acordándome
De ser un abuelo,
Del sillón vetusto
Alzándome trémulo,
Querré por el campo
Correr como ellos.
¿Habrá en este mundo
Placer más inmenso?
No, corre caballo,
Deja atrás al viento,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito...
Más no, ¿qué habrá luego
Cuando entre unas tablas
Forradas de negro
Inmóvil y rígido
Descanse mi cuerpo,
Y mis hijos lloren
Diciendo que he muerto,
Y luego me lleven
A algún cementerio
Y cubran de tierra
Mis pálidos restos?
No sé, mas no importa,
La muerte está lejos.
Si empiezo el viaje,
¿Quién piensa en el término?
Corre, mi caballo,
Corre sin aliento,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.

Quizá muy serio.

Cuando inunde mi cuerpo mortal frío,
Antes de que mis ojos queden ciegos,
Cantad, reid, jugad en torno mío
A vuestros locos juegos.
No quiero que entristezcan mi partida
Tristes sollozos ni angustiosos llantos;
Quiero oir, como eterna despedida,
Vuestros alegres cantos.
Así, al huir la pobre prisionera
De la cárcel estrecha en que ha vivido,

Y remontarse por la azul esfera
Al cielo prometido,
De uno á otro coro angélico llevada,
Al cruzar de la gloria los confines,
Eco será de vuestra voz amada
La de los querubines.
Y cuando guarde la pesada losa
Mi cuerpo yerto en límites escasos,
Moved sobre la tierra en que reposa
Vuestros inquietos pasos.
Filtrándose el calor del brote tierno
A través de la piedra seca y fría,
Olvidaré que duermo el sueño eterno
Y soñaré que vivo todavía.

Miedos infantiles.

—No te alejes de mi lado
Madre, porque tengo miedo.
Ven, y te diré muy quedo
La causa de mi temor.
Mil fantasmas me asaltaron
Anoche, cuando dormía;
Tu presencia, madre mía,
Las hará huir con terror.
Unas eran esqueletos
Y, con las órbitas hueras
De sus secas calaveras,
Me miraban sin cesar.
Quise huir, pero no pude...
—No tiembles más, hijo mío,
Que, estando yo aquí, te fío
Que no te han de atormentar.
—Otras, en blancos sudarios
Iban por completo envueltas
Y sus cabelleras sueltas
Flotaban en derredor.

En torno mío giraban...
—No te asustes, vida mía,
Que á esa falange sombría
La sabrá ahuyentar mi amor.
—Otras, entre negras telas
Su deformidad velando,
Silenciosas, avanzando
Iban lentas hacía mí.
Cada vez más se acercaban...
—Desecha miedos pueriles
Que huirán los fantasmas viles
Estando yo junto á tí.
—Dormir en tus brazos quiero...
—Ven, que lleno de cariño
Está para el tierno niño
El seno que le engendró.
Ven y confiado cierra
Tus negros ojos al sueño,
Que por tí, mi dulce dueño,
Velaremos Dios y yo.

El niño se duerme.

Duerme, bien de mi vida, luz de mis ojos,
Encanto de tu madre, flor de las flores,
Querubín hechicero de labios rojos,
Preciosísimo fruto de mis amores,
Esperanza en que fundo la dicha mía,
De mi modesta casa sola alegría,
Duerme, lucero,
Duerme, nadie te quiere
Cual yo te quiero.

—

Hermosa está la noche; por la ventana
Entra un pálido rayo de blanca luna,

Que manda cariñosa su luz lejana
A acariciar al niño que está en la cuna.
Cual palaciega corte de damas bellas
La rodean y sirven miles de estrellas...
Duerme, lucero,
Que nadie ha de quererte
Cual yo te quiero.

—

Te manda el heliotropo su dulce aroma,
Su perfumado incienso las azucenas,
El tomillo que crece sobre la loma
Vuelve hacia tí sus ramas de olores llenas;
De entre todas las flores brota un perfume
Que el viento en honor tuyo trae y consume...
Duerme, lucero,
Nadie te querrá nunca
Cual yo te quiero.

—

Un ruiseñor amante canta en el huerto
Llenando la callada noche sus trinos.
¿Te recuerdan las notas de su concierto
Los que oiste en el cielo cantos divinos?
Olvida, por cantarte, su tierna ingrata,
Y á tí dedica el triste su serenata...
Duerme, lucero,
Ninguno ha de quererte
Cual yo te quiero.

—

Duerme. Junto á tu cuna doy al olvido
Mis duelos, mis angustias y mis temores.
Cuadro como el que ofreces, así dormido,
No lo trazan más bello grandes pintores.

Siento que de tí en torno, dulce alma mía,
Irradia una aureola de poesía...
Duerme, lucero,
Duerme, nadie te quiere
Cual yo te quiero.

Habla el poeta.

¡Oh venturas, oh encantos, oh alegrías
De la edad infantil! Lejos os veo,
Como á través de niebla vaporosa
Risueña imágen que el sentido halaga.
Lejos, muy lejos ya. Pasan los años
—Alígeros corceles de hipodromo—
Con rapidez fatal, y cada uno
Sobre el hombro cansado, indiferente
Nos arroja al morir pesada carga.
El candor que embellece la existencia;
El divino impudor, casto legado
De los helenos dioses; la sonrisa,
Huésped perpetuo de la fresca boca;
La aguda voz, al trino semejante
De ave canora que en el bosque habita;
Todo despareció.
Doquier me asalta
De la perdida edad recuerdo grato.
¿En dónde estáis, alegres compañeros
De aquel tiempo feliz é inolvidable?
¿Sois, como yo, la miserable presa
Del humano dolor? ¿Clavó en vosotros
Su destructora garra el desengaño?
¡Ah, sí! Empapada en corrosivo líquido
La desdicha pasó su amarga esponja
Sobre mi corazón, y, una por una,
Las dulces ilusiones de mi vida
Implacable borró. Me resta sólo
Risueña, compasiva, cariñosa,

La idea de morir. ¡Ventura cierta
Que anhela el alma de vivir cansada!
¿Lejos ó cerca está de mi viaje
El término fatal? Problema obscuro
Que nadie descifró: mas de mi vida
La jornada que queda, larga ó corta,
Héla de hacer con el semblante vuelto
Al tiempo que pasó, á aquellos años
En que fué todo goce y alegría,
A mi primera edad...
¡Si á tí volviera,
De mi vida infeliz rosada aurora!

Luis Cánovas.

9 de Julio de 1891

EL FAUSTO EN LA MÚSICA

III

LA CONDENACIÓN DE FAUSTO

Hasta ahora he examinado obras musicales escritas para el Teatro, por tanto, subordinadas al fin de la representación, con todas las cortapisas y convencionalismos que ese fin impone. Existe otro linaje de obras que son de concierto, aunque no en absoluto irrepresentables, sobre todo para tramoyistas y escenógrafos como los de Bayreuth. El compositor, libre de trabas, puede seguir los vuelos de la fantasía poética; detenerse en unas escenas, prescindir de otras, callar los enlaces lógicos, descartar la evolución de los caractéres y el encadenamiento cronológico de los sucesos. Su trabajo es el del dibujante, y las piezas, extrictamente, podrán recibir el nombre de ilustraciones musicales. Como es absolutamente libre de elegir las escenas, debe siempre en su elección encerrarse dentro de los límites propios del arte músico, y ajustarse, asimismo, á la índole de su talento personal, no pulsando otras cuerdas que las que maneje con destreza. La crítica tiene derecho á aplicar inexorablemente el principio de que la responsabilidad aumenta con los grados de libertad, y exigir que los músicos, puestos en esas circunstancias de soltura y desembarazo, observen rigurosamente el precepto de la antigua sabiduría: *nosce te ipsum*.

Berlioz y Schumann han escrito obras que se inspiran en el *Fausto* para ser cantadas y no representadas. Pero entre la de Berlioz y la de Schumann, aparte de las intrínsecas, existe, en cuanto obras de arte, una diferencia notable. Berlioz trata el asunto como si hubiera de representarse; desarrolla una acción dramática, mientras que

Schumann comenta musicalmente ciertos pasajes, sin poner trabazón ninguna entre ellos. El auditor ha de conocer préviamente el poema, y tener dispuesto y aderezado su espíritu para decir: veamos cómo entiende Schumann tal y cual escena, y sumar con la impresión poética la musical, más penetrante en casos dados. Resulta que el género de Berlioz es de transición entre la ópera y la mera ilustración lírico-instrumental. Es, propiamente, una ópera que se representa en el teatro libre de la imaginación.

Berlioz forma parte de esa categoría de genios inquietos, audaces, aventureros, impacientes, enamorados de lo grande y de lo sublime, solícitos de gloria y desdeñosos de popularidad. Erguido en la áspera y escarpada roca de su orgullo, contempló con sarcástica amargura y sañuda cólera la inmensa planicie de las medianías, cubiertas por las flores del aplauso. Vengador, á la par, de la dignidad del arte y de su propio genio desconocido y despreciado, revelóse en la crítica musical como escritor de raza, vehemente y cáustico, intensísimamente impresionable é irritable, abriendo con su pluma de oro y hierro anchas y envenenadas heridas, que hostigaban más y más á la jauría de los espíritus rutinarios, mediocres y envidiosos, amotinados contra su nombre. El efecto que le causa la audición de la mala música lo describe en los siguientes términos: «Entonces me sonrojo como de vergüenza, la indignación se apodera de mí, y quien me mirase pensaría que acababa de recibir un ultraje imperdonable. Verifícase, para expeler la impresión recibida, una náusea general, un esfuerzo de secreción en todo el organismo, análogo á las arcadas del vómito, cuando el estómago quiere lanzar un líquido nauseabundo. Son el asco y el odio completamente apurados; esa música me exaspera y la vomito por todos los poros» (1).

Hasta los aplausos y encomios de Berlioz sonaban á escándalo y reto. Su devoción á Beethoven pasaba, aun entre los más benévolos, plaza de fingida manía y artificio polémico para cohonestar extravagancias artísticas é impotencia creadora personales. Eran aquellos los felices tiempos del predominio de la escuela italiana, de la melodía *á outrance*, discretamente acompañada de acordes de guitarra. Aclamábase á Rossini como al más grande de los músicos, y con dificultad lograba Meyerbeer, gracias á su habilidoso eclecticismo de judío, insinuar en la afición del público su

(1) *A travers chants*, pág. 6.—No es menos significativa la descripción que la precede, relativa á la impresión de la buena música.

vigorosa personalidad dramática. Berlioz revolvíase contra el gusto dominante con la salvaje furia del jabalí. «Mil veces me he preguntado á mí mismo cómo podría yo arreglármelas para minar el teatro Italiano, de suerte que una noche de representación estallase con toda su población rosiniana. Y cuando tropezaba con alguno de esos *dilettanti* á quienes abomino: ¡Infame, mascullaba yo, clavándole una mirada de Shylock; quisiera poder empalarte en un hierro candente!» Tan estrecho y cerrado era el criterio dominante, que pocas personas, relativamente, admitían existiese otro ideal de la música, capaz también de producir obras maestras. Los epítetos de obscuro y complejo derrocaban una reputación; la sentencia «carece de melodía,» traía aparejada pena de muerte en garrote vil. En vano replicaban otros: es que vosotros no la oís; es que tenéis el sentido del oído entumecido y embotado por la melodía cuadrada, sencilla y cantable, por la constancia de las modulaciones, cadencias y ritmos, por la servil simplicidad del acompañamiento; es que padecéis una oclusión auditiva, causada por el estilo italiano; esta defensa era calificada de insolente grosería. ¿Qué arte es ese—decían los melodistas—que há menester de iniciación? Nosotros no vamos al concierto ó la opera como el que acude á los misterios de Eleusis. ¿No véis cómo entendemos y aplaudimos, de buenas á primeras, el concertante de *Lucía?* Cállense, pues, en buen hora, y váyanse mucho con Dios vuestras sinfonías *heróicas* y con coros, vuestras sonatas y cuartetos en aburrimiento *mayor* y *menor;* la lengua de la música no es el sanskrito, ni el público descifrador de jeroglíficos con bemoles y becuadros. Y Berlioz agotaba sus fuerzas cercenando las renacientes cabezas de la inepcia, luchando á favor de la declaración de derechos de una escuela importantísima, tan merecedora del agua y el fuego como la italiana, por lo menos, y abriendo el camino al triunfo de los altos ideales del arte, que eran los suyos.

En aquel tiempo no hubo músico en Francia que llegase á la amplitud y profundidad de los intentos artísticos de Berlioz, ni quien después le haya sobrepujado tampoco. Aunque la inspiración quedó á menudo por debajo de la idea directriz y del fin apetecido, siempre fueron idea y fin nobles y grandiosos, el esfuerzo de la voluntad heróico y la conciencia artística, irreprochable. Como el sacerdote, únicamente celebró ante su Dios. Bien denotaba su perfil romano el

temple austero y fiero de su carácter. Negóse á bajar hasta su tiempo; esperó á que su tiempo subiese hasta él. Consolábanle en su soledad los hijos de su genio, el coro maravilloso de sus obras; la *cantata de Sardanápalo*, la *Marcha fúnebre para las víctimas de* 1830, el monodrama *Lelio*, la *Sinfonía fantástica*, el oratorio *La niñez de Cristo*, la ópera *Los Troyanos*, la leyenda *La condenación de Fausto*, las sinfonías dramáticas de *Romeo y Julieta*, *Haroldo*, *Waverley*, *El corsario*, *Rob-Roy*, *El Rey Lear*, *Los Francos-Jueces*, *El Carnaval romano*... marcadas todas por la uña del león. Pero la gloria llegó tarde; hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que Francia comprendiese que poseía un músico más grande que el por ella ponderado Auber. Héctor Berlioz había muerto; pero la estátua alzada sobre su tumba jamás la arrancarán de su pedestal.

La condenación de Fausto fué denominada por su autor *leyenda dramática*. El asunto lo constituye el episodio de Margarita, que reproduce varias escenas del *Fausto* de Goëthe, modifica otras y aumenta algunas, á gusto del músico poeta. Los personajes, sin incluir en la cuenta los coros, están reducidos á cuatro: Margarita, Fausto, Mefistófeles y Brander; éste es un personaje de poca importancia, sacado de la escena de la taberna de Auerbach; representa el elemento cómico. El carácter de Fausto está entendido más á la manera de Byron que no á la de Goëthe (1). Fausto busca el placer á costa de la salvación de su alma, mediante la ayuda de las potencias infernales; recorre la nueva carrera con la vehemencia del que logra satisfacer reprimidas aspiraciones. Déjase de análisis sabiós y ensueños poéticos; vida y naturaleza son manantial de suspirados goces, cuyos raudales procuran agotar labios insaciables. Teófilo Gautier opina que *La condenación de Fausto* contiene precisamente lo que le falta al *Fausto*, por otra parte tan notable, de Gounod; la profundidad siniestra y misteriosa, la sombra en que pálidamente fulgura la estrella del microcosmo, el abatimiento del saber humano frente á lo desconocido, la ironía diabólica de la negación y el cansancio del espíritu dirigiéndose á la materia (2). Este *Fausto* recibió el sello de la época romántica en que fué concebido; es un personaje, en cierta manera, fatal y demoniaco, un sublevado contra las

(1) Sabido es el cercano parentesco que une á *Manfredo* y *Fausto*. Goëthe solía decir: «Lord Byron me ha quitado mi *Fausto* y lo ha hecho suyo.»

(2) *Historia del Romanticismo*.

leyes divinas del cielo, que con auxilio de la magia pretende captar para sí una parte del Supremo Poder. Por poco repite las horrendas blasfemias del *Fausto* de Marlowe: «No hay otro jefe sino Belcebú, á quien yo, Fausto, me consagro. La palabra *condenación* no me causa ningún espanto, porque equiparo al Infierno con el Elíseo; que mi sombra habite con los antiguos filósofos... ¿Cómo el gran Mephistóphilis se angustia tanto por estar privado de los goces celestiales? Aprende de Fausto la firmeza varonil, y desprecia esos goces que no has de poseer... Aunque tuviese tantas almas como hay estrellas, diéralas todas por Mephistóphilis. Por él seré el gran Emperador del Mundo...» (1). Y cuando Lucifer le dice: «No debes de pensar en Dios, piensa en el demonio...» Fausto le contesta: «Jamás volveré á hacerlo; perdóname por esta vez,» y Fausto se compromete á no «elevar sus ojos al cielo, á no mentar el nombre de Dios, á nunca rezarle, á quemar sus Escrituras, á matar á sus Ministros y á derruir, por medio de sus espíritus, sus Iglesias» (2). El *Fausto* de Berlioz, como el *Manfredo* de Byron, es un carácter de esta veta y cantera: lógicamente se condena, como se condenaron el de Marlowe y el de la leyenda alemana medioeval.

Berlioz concedió mucha importancia al elemento fantástico que le ha inspirado páginas de extraordinario mérito. Obedecía de esta suerte al imperativo de su temperamento artístico, á la vez que se conformaba con el espíritu del asunto.

La condenación de Fausto se divide en cuatro partes. La primera es á modo de introducción. Sirve para que trabemos conocimiento con el héroe, pero nada tiene que hacer con la acción dramática de la leyenda. Fausto se pasea por los campos de Hungría al levantarse el sol. Una melodía plácida y risueña, propuesta primeramente sin acompañamiento y desarrollada luego sinfónicamente con mucho claro-obscuro de sonoridad, variedad de timbres, modulaciones y acordes, adornada con mil caprichosos arabescos y filigranas delicadamente trazados, vale para pintarnos un deleitoso paisaje. Los sonidos opacos ceden lentamente el puesto á sonidos vibrantes, con muchas alternativas en la sucesión de unos á otros. La idea inspiradora de este número es el paso del amanecer al claro día; la luz solar, rosado reflejo, conviértese poco á poco en torrente de oro deslumbrador que

(1) Marlowe, *Fausto*, escena III.
(2) Idem, íd., escena V.

solicita y despierta todos los ruidos de la vida campestre: gorjean los pajarillos, tintinean los rebaños, y limpio el aire de vapores recoje y prolonga los jubilosos acentos con la voz imitadora del eco. Los aldeanos cantan y bailan, mezclando el contento de los hombres á la alegría de la naturaleza. Fausto se aleja, envidioso de la dicha de aquellos gañanes y pastoras; reaparece en punto distante de la llanura; resuenan clarines; un ejército avanza. También envidia esa manifestación de la actividad de la vida iluminada por la gloria, vivo contraste á la suya de sabio desconocido, entre polvorientos mamotretos y secos esqueletos. Los batallones húngaros desfilan al son de la marcha patriótica de Rakoczy; cierto hálito de desenfadado heroísmo inunda el espacio. Esta marcha está prestantísimamente instrumentada, y Berlioz aprovechó diestramente el animado canto original, realzándolo con las variantes que le sugirió su propia inspiración: es una de las piezas más populares de la partitura.

La segunda parte nos introduce en el gabinete gótico del Doctor. Hastiado de la vida resuelve suicidarse. El canto de la fiesta de Pascua, rocío que baja del cielo, «reanima en su corazón los sentimientos de la juventud y le aparta de la muerte. Brota una lágrima y la tierra lo reconquista» (1). Es la influencia de la fe que aun obra sobre el alma escéptica. Este coro, himno de la resurrección, desarrollo grandioso de una melodía religiosa de mucho vuelo, es una página soberbia desde sus primeros hasta sus últimos compases. Al monólogo precedente y á la escena del pacto les faltan entonación, aunque contienen detalles buenos. Como en el poema de Goëthe, Fausto, remozado ya, entra en la vida por la puerta de la taberna de Auerbach (2). El coro de borrachos, los *couplets* de Brander, la canción de Mefistófeles conservan el grosero y bullicioso buen humor de aquella escena. La sal gala interpreta, á maravilla, este cuadrito de la escuela holandesa; los alegres compadres se ríen de veras y descargan tremendos puñetazos sobre la mesa; Mefistófeles bromea como un buen diablo á la pata la llana; es, sobre todo, muy chistosa, la fuga compuesta sobre el tema de la canción de Brander.

Pero Fausto se cansa pronto de estas burdas chanzas y Mefistófeles determina calmar su inquieto anhe-

(1) Goëthe, *Faust*, primera parte.

(2) «Mefistófeles.—Quiero, ante todo, que trates á gentes divertidas, para que veas con cuánta agilidad se soporta el peso de la existencia...» (Id., íd., íd.)

lo con más exquisitos entretenimientos: no en vano forma parte del mundo sobrenatural de los espíritus. Mientras Fausto duerme á orillas del Elba, acostado sobre las flores del prado y á la sombra de los bosques, los Silfos y Gnomos cantan y bailan; las melodías tenues y ligeras, cuya urdimbre parece formada con *hilos de la Vírgen*, se mecen, ahora suspendidas en alegre rayo de sol, ahora en melancólico fulgor de luna, al suave vaivén de las aterciopeladas notas de las trompas y de la madera, ó al rápido impulso de la agilísima cuerda. Después de este delicioso *intermezzo* que causa la impresión de los *scherzos* que ponen en sus sinfonías los grandes maestros alemanes y no rehuye la comparación con los mejores de ellos, vienen un coro de soldados, de ritmo y melodía marciales y decididos y un coro de estudiantes, juguetón y alegre, que luego unos y otros cantan al mismo tiempo, produciendo ingeniosas combinaciones. Esta pieza coral, hábilmente trabajada, produce gran efecto, pero es preciso cantarla con soltura y aplomo.

El primer número de la tercera parte es un toque de retreta, encomendado á las trompetas y tambores que van recorriendo las calles y se alejan. Al apagarse sus ecos, penetra Fausto en el cuarto de Margarita: *Merci doux crépuscule*, exclama; la nítida melodía de esta aria revela los sentimientos de Fausto: arrobamiento, terneza, veneración. Los medios artísticos usados, son sencillos, pero el efecto obtenido es profundo; hay compases henchidos de acariciadora languidez que preanuncian la *manera* de Gounod. Fausto recorre el cuarto de Margarita examinándolo con exaltada curiosidad; la cuerda, al unísono, dibuja una vagarosa melodía, apoyada en alguna nota tenida, al mismo tiempo que un fragmento melódico de la romanza la surca, por dos veces, como un comprimido movimiento de pasión. Mefistófeles y Fausto en breve pero expresivo diálogo, conciertan la seducción. La orquesta propone el motivo de la serenata y Fausto se oculta. Margarita, con una lámpara en la mano, entra en el cuarto; la orquesta saluda su presencia con melodías de graciosa suavidad; el *raconto* alterna con los comentarios y réplicas de la orquesta, en diálogo ingenioso y delicado.

Margarita comienza á desnudarse y canta la balada del Rey de Thulé. El autor la bautizó de «canción gótica». Bueno es advertir que este gótico no es el florido; apenas me atrevería yo á decir que apunta la ojiva. Imposible imaginar nada que sea más escueto y desnudo de

adornos; la frase, tierna y melancólica, no puede desarrollarse; tiende las alas, pero le ataja los vuelos rápida y rígida cadencia. Esta, siempre rota, como si le sirvieran de aprendizaje las anteriores tentativas, al final de la estrofa se hace perfecta y posa sobre la nota inicial ampliamente tenida. La balada es una obra maestra de intencional arcaismo; parece una miniatura medioeval; el alma se transparenta á través del cuerpo contrahecho.

Mefistófeles determina perturbar los sentidos y la imaginación de la dormida vírgen, sugestionarla, como se dice ahora: parado delante de su morada, en medio de la solitaria calle, evoca los espíritus. El espacio se puebla de fosforescentes fuegos fátuos que bailan al son de un minué delicioso, desarrollado sinfónicamente con la pericia propia de su autor; el motivo de la serenata, con ritmo binario y movimiento velocísimo, pasa, como una ráfaga fulgurante por la orquesta, excitando el jugueteo de los fuegos fátuos; óyese, dos veces, fragmentariamente, el motivo principal del *minuetto* y después de un recitado, Mefistófeles entona su serenata. La melodía, escrita para voz de bajo, tiene sabor y corte español pronunciados, y como la acompañan, principalmente, las partes altas de la orquesta, se exhibe mucho; los fuegos fátuos la corean delicadamente. Con su rápido movimiento de wals, su endiablada animación, sus sensuales inflexiones y las carcajadas que en ella retozan, es, propiamente, una invitación al pecado, cuya inminencia alegra siniestramente al enemigo. La seducción tan largamente preparada, se verifica; Margarita cae en brazos de Fausto y cantan el tiernísimo y apasionado duo que comienza en la frase:

Ange adoré dont le céleste image

Mefistófeles, sarcásticamente, celebra la embriaguez amorosa de los amantes. El terceto final es de gran expresión dramática.

La romanza de Margarita junto al torno, abre la cuarta parte; las tristezas del olvido, el recuerdo de los goces que huyeron, la perspectiva lúgubre de la deshonra revoloteando sobre ella como el gavilán sobre la paloma y el amor que persiste y dura y se consume en su propio fuego, píntanse en la sencilla melodía, paulatinamente engrandecida y caldeada por la interna congoja: lo que fué suspiro, es luego sollozo, y por último, evocación del ingrato. Queda pensativa y silenciosa un momento, y hieren sus oídos los lejanos toques de la retreta, la canción marcial de los soldados que se recogen á los cuarteles,

el coro alegre de los estudiantes que salen de las tabernas. Estos últimos ecos de la vida de la ciudad al sonar la queda, ¡cuán complacida los escuchaba antes! Ahora le hielan de espanto y pesadumbre. Reina el silencio; la ciudad duerme; pero la infeliz Margarita ya no puede dormir.

Fausto, acompañado de Mefistófeles, corre tras de nuevos placeres; rodeado de bosques y cavernas invoca á la Naturaleza; panteístico ardor quema su sangre y perturba su cerebro. Experimenta la necesidad de vencer, por medio de violentos ejercicios físicos la excitación perenne de su espíritu, y se da á cazar, recorriendo ásperas sierras. La escena de la invocación retrata fidelísimamente los anhelos de Fausto; la melodía rueda, se encrespa y cae en revueltos movimientos de exaltación y depresión, como de ola que toca el cielo y baja á los abismos. El recitado de la cacería, frío de suyo, parécelo mucho más por el contraste, á pesar de los graciosos juegos de las trompas que los ecos montañeses repiten. Pero de esta suerte parece como que quedamos mejor dispuestos para recibir la violenta sacudida nerviosa de la escena siguiente. Tocamos ya al desenlace; el estado de alma de Fausto, algunos puntos de semejanza presenta con el viajero de Baudelaire:

«O Mort, vieux capitaine, il est temps levons l'ancre!
Ce pays nous ennuie, o Mort! Appareillons!
Si le ciel et la mer sont noirs comme de l'encre,
Nos cœurs que tu connais sont remplis de rayons!
Verse-nous ton poison pour que il nous reconforte!
Nous voulons, tant ce feu nos brule le cerveau,
Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?
Au fond de l'Inconnu pour trouver du *nouveau*» (1).

Pero lo que en Baudelaire es cultivado *dilettantismo* de la novedad, ó á lo sumo *spleénico* tedio de una vida vaciada de todo su tuétano y meollo por la succión de los goces materiales, herida purulenta abierta por la mano vengadora del Fastidio en la fibra nerviosa de las sensaciones agotadas, es en Fausto insaciabilidad sobrehumana que, desviada de los caminos que conducen á la fuente del Todo Bien donde únicamente se templa la sed de lo infinito, ha de buscar y hallar en los infiernos grandiosa y horrenda satisfacción. Semejante á Manfredo, podría decirle á Mefistófeles: «El alma inmortal se da á sí misma la

(1) *Le voyage* (Les Fleurs du Mal).

recompensa ó el castigo de sus buenos y malos pensamientos. Es, para sí misma, el principio y el fin de su propio mal... Tú no me has tentado, no eres tú capaz de tentarme. Ni me engañaste, ni soy tu presa. Yo soy mi propio destructor...» (1). La mágia, la naturaleza, el amor, las riquezas, el poder fueron tesoros echados á un abismo sin fondo; el orgullo, el endiosamiento frenético del yo humano le impiden doblar las rodillas delante de la divinidad, y Fausto se precipita en los infiernos, llevando ya de antemano sus llamas prendidas en el alma. Ginetes sobre caballos negros, Fausto y Mefistófeles galopan camino del abismo del «eterno dolor». La orquesta marca el ritmo del galope que se pierde y aleja, y crece y se acerca como un torbellino; coros de brujas y aparecidos aclaman la vertiginosa carrera: misteriosos ruidos, extrañas sonoridades, fúnebres lamentos, pueblan el aire; silva el viento, retuércense las ramas, y todo este estrépito lo dominan las voces de los ginetes que se llaman y contestan con sarcástica alegría el uno, con sombría y altiva resolución el otro (1). Las escenas que siguen á esta obra maestra lírica y sinfónica, prodigio de altísima idealidad dramática y fantástica, como son el pandæmonium, el epílogo en la tierra, valen menos, y el interés decae hasta que el coro celeste publica y celebra la apoteosis de Margarita, despertando en parte, el dormido entusiasmo.

ARTURO CAMPIÓN.

(1) Lord Byron, *Manfredo*.

(1) Esta escena la inspiró la siguiente de Goëthe, sóbriamente escrita pero de vigoroso efecto:

«En campo raso. Fausto y Mefistófeles galopando ruidosamente sobre yeguas negras:

Fausto.—¿Por qué se mueven aquellos en torno de esa horca?

Mefistófeles.—Ignoro lo que manipulan y guisan.

Fausto.—Van, vienen, se inclinan y encorvan.

Mefistófeles.—¡Aquelarre de brujas!

Fausto.—Rocían y consagran.

Mefistófeles.—¡Adelante, adelante!»

CARMENCITA

ELEGÍA

Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino,
¿Qué negro abismo te absorbe,
Adónde, adónde te has ido?
¿Porqué, cruel, me halagabas
Con tus fulgentes cariños,
Para dejarme de pronto
En las tinieblas hundido?
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
¡Yo amé, y de mi amor brotaron
Graciosos y dulces niños,
Y mi hogar creció en rumores
Y lumbres de paraíso!
¡Oh, cómo el alma se enciende
Y se dilata en los hijos,
Cobrando fuerzas y empuje
Para triunfar del destino!
Flores son que se desprenden
De los verjeles divinos,
Y luz de cielo reflejan
En sus chispas de rocío.
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
Entre las flores suaves
De mi jardín escondido,
Una hermosa, descollaba
Por su sexo y sus hechizos.

Carmencita era su nombre,
Y creciendo entre cariños,
La dulce edad alcanzaba
De un lustro, aún no cumplido.
En lluvia de oro el cabello
Por la espalda desceñido
La caía; eran sus ojos
Grandes, dulces, persuasivos.
Tímida, fresca y risueña,
Llena de gracia y de mimos,
A su lado se aspiraba
Puro aroma campesino.
Eran sus padres su encanto,
Y ellos, como dón divino,
Sin cesar la contemplaban
Gozosos y embebecidos.
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
¡Mas ¡ay! que llegó un momento,
Tan negro como imprevisto,
En que, recordando acaso
Que era un ángel peregrino,
Tendió las cándidas alas
Hacia su celeste nido,
Dejando en mis yertas manos
Sus juguetes y sus rizos.
Tal es la sencilla historia
De mi dolor infinito.
Desde ese día, ¡por siempre
Se dobló mi cuello erguido!
¡Adios yo os digo por siempre,
Contentos y ensueños míos,
Palpitantes entusiasmos,
Reposo dulce y tranquilo!
Ya se extinguen nuestros ecos,
Ya se apagan nuestros nimbos;

De hoy más, el dolor tan sólo
Será mi constante amigo.
¡Misterio profundo, horrible,
Abominable al cariño,
Hundir al hijo en la muerte,
Y dejar al padre vivo!
¡Se llega á pensar entonces,
Del alma al tremendo grito,
Que tras de ese cielo inmenso
Se esconde algún Dios maligno!
A veces, tras largo insomnio,
Imagino en mi delirio
Que mi pena inenarrable
Mueve estupendo prodigio;
Y llega á mi triste casa,
Y abre mi puerta sin ruido,
Trayéndola de la mano,
Algún ángel compasivo.
¡Y á ella corro, en mis brazos
La levanto enloquecido,
Y el eco de mi contento
Retumba en cielos y abismos!
Mas ¡cuán pronto en mi amargura
¡Ay! se deshace el hechizo!
¡Los que perdísteis un ángel,
Venid á llorar conmigo!
¡Pobre madre, en cuyo seno
Brotó con infausto sino,
El verde y gentil retoño
Que hoy yace mustio y marchito!
Con su corona de madre
Ya deshojada y sin brillo,
Vagar llorando la veo
Como absorta y sin sentido.
¿Quién puede contar su pena?
¿Quién su perenne martirio?

¡Ella miró al ángel suyo
Plegar sus alas de armiño,
Y quedarse en su regazo
Eternamente dormido!
Y ni aún á hablarla me atrevo
Cuando tan triste la miro,
Pues al querer consolarla,
Se desborda el llanto mío.
¡Carmencita! ¡Hija amada!
¡Flor de mi huerto escondido,
Que en la mañana, violento
Me arrebató un torbellino!
¡Con qué profunda amargura
Suena en mis labios marchitos,
Como perpetuo lamento,
Tu dulce nombre querido!
¡Tras de tí se me va el alma,
En tí mi recuerdo abismo,
Y aun agrandarse parece
Mi amor por tí, inmenso y vivo!
Si de la región que habitas
Contemplas el dolor mío,
¡Ruega á Dios que pronto sea
El instante bendecido
En que reposen por siempre,
Amorosamente unidos,
Nuestros cuerpos en la tumba,
Las almas en el empíreo!

Calixto Oyuela.

Buenos Aires.

ANGEL GUERRA

NOVELA CONTEMPORANEA POR B. PÉREZ GALDÓS

Angel Guerra es la historia íntima de un racionalista empacatado que pára en creyente y místico por obra y gracia de un amor «de la más fina idealidad». El mismo nombre del protagonista parece emblemático signo de su doble naturaleza; pues mientras Angel es de la soberana extirpe de aquellos hombres que sienten hondo y piensan alto, enemigos de toda bajeza y vulgaridad, Guerra, extremoso, colérico, de imaginación volcánica, se pasa la vida riñendo batalla con su iracundia y con la realidad de las cosas. En el primer capítulo, le hallamos refugiándose en un cuchitril, donde vive de incógnito con su querida, malherido en la fracasada intentona del 19 de Setiembre, abrumada su conciencia con un homicidio, y en pugna con su madre y la sociedad entera: ¡á tal estremo le conduce, á él, rico y noble, su espíritu arrojado á quien sedujo la utopia de remediar el mal ajeno por medio de la revolución! Y en el último capítulo, hemos de verle, vuelto al catolicismo y en vísperas de abrazar la carrera eclesiástica, perecer asesinado persiguiendo el mismo propósito, por camino diametralmente opuesto: la práctica de la más encendida caridad; el malogrado ensayo de una nueva, y también utópica, congregación religiosa.

Entre aquel paréntesis y este claudato se extiende la novela. Esta consiste en la pintura de las desgarradoras crisis que llevan á Guerra de una á otra alucinación. Primero, le abate y tunde la muerte de su madre doña Sales, tan inflexible, terca y apasionada como su hijo, que expira, ya enferma del corazón, tras inevitable y mal reprimida disputa con él. Luego, le rinde otra desdicha inexperada, otra muerte: la de su hijita Ción (Angel es viudo) delicia de su padre, loco de ternura por ella. Aquí aparece Leré (Lorenza) el aya de la niña, que ha de ser

la mística Dulcinea del quebrantado racionalista. Leré es una pobre toledana, de recto juicio, de alma limpia y serena, ingénua y sencilla, pero exaltada como su amo por ardiente amor al prójimo, y con irresistible vocación religiosa. Angel se enamora de ella. Leré no piensa un instante en corresponderle, y cumple su propósito de profesar en la congregación del Socorro. El amor de Guerra se trueca en adoración que inflama su fantasía propensa á lo extraordinario; la virtud de Leré, en alto influjo espiritual, ejercido suavemente día tras día. Leré se guarda muy bien, sin embargo, de compartir el afecto de Guerra, ni aun en la etérea forma de la unión mística. Pero aún así, el racionalista se transforma, abandona á su querida, depura y acrisola su pasión por Leré, la sigue á Toledo, y con ayuda de las vivas emociones estéticas que le causa el culto católico, el abandono de toda relación vulgar, y la soledad de su alma tormentosa y visionaria, siente renacer al fin las creencias de la niñez: acaba por concebir el proyecto de un nuevo asilo de caridad, donde muere á manos de criminales, albergados y socorridos á la buena de Dios, con errado optimismo evangélico.

No es únicamente la novela, como ya se comprende, la historia de esa transformación puramente psicológica. Al rededor de ambos personajes se mueve todo el mundo que los cerca: la oculta corriente de aquel misticismo, se deslíe y revuelve en el turbio caudal de la vida contemporánea y sus prosaicas ó pintorescas realidades.

De aquí, una prolija variedad de episodios, y una copiosa galería de tipos.

Nos hallamos, primero, en Madrid, entre Dulcenombre, la amiga de Angel, y la quevedesca familia de ésta, los Babeles, aventureros y sablistas, con el ingenio agudo de los eternos hambrones de la novela picaresca y con el alma desquiciada y podrida de los últimos vástagos de incierta prosapia. Conocemos luego á doña Sales, la respetable señora, el tipo de «la nobleza secundaria y modesta que ha sido el nervio de la sociedad desde la desamortización», modelo de la vieja educación castiza; á sus contertulios, sandios ó vulgares, «de la clase de antipáticos», enemigos del hijo pródigo de la casa... etc., etc. Ya en Toledo, los tipos, panoramas y perspectivas se multiplican. Toledo, la artística, Toledo, museo arqueológico de tantas generaciones, Toledo, con su catedral y sus posadas de novela ejemplar, con sus patios de azulejos y sus moriscas, tortuosas calles, el Toledo de los

contornos, sus cigarrales y dehesas, dan al novelista su contingente de clérigos y monjas de todas condiciones, sus devotas de distinta estameña, el cargante *elemento ilustrado* de la población, los mendigos-cicerones, las familias humildes de franca y tosca hidalguía, «que recuerdan aún los villanos de Lope y Tirso» y hasta sus arrieros y pastores rústicos que conservan el habla fenecida de los *autos* y romances primitivos. Todo un pedazo de tierra española, con extrañas supervivencias de poética realidad, trajo el autor á esta segunda parte; todo el hechizo del arte misterioso é ideal, perpetuado por el catolicismo con su magnificencia asiática, y sus símbolos fascinadores, puso Galdós ante el alucinado Guerra para trocarle en nuevo y singular apóstol. —Esto y mucho más contiene la novela.

*
* *

Excuso decir ahora cómo todo ese mundo vive, siente, habla y se rebulle con evocación admirable en todas las páginas del libro. Tras la genial tentativa de una nueva forma, en *Realidad*,—á mi ver, el libro más original y fuerte de nuestra literatura contemporánea—Pérez Galdós ha vuelto en Angel Guerra al procedimiento común á todas sus novelas, salvo algún pormenor que parece reminiscencia de aquella obra. En la última, está el Galdós de siempre todo entero, con su observación escrutadora que alcanza á revelarnos la verdadera vida nacional desde un punto de vista de pensador moderno, sustraído á toda influencia de raza, y con su narración llena, robusta, abonada con toda suerte de conocimientos, que ahonda calladamente línea tras línea en el ánimo de los personajes.

No he de citar, porque sería interminable la lista, los tipos parlantes y vivos que pululan en la obra. No señalaré las situaciones que, preparadas y dispuestas con arte, se ofrecen de tal modo al lector en toda su complejidad, que se diría colocado y sumergido en medio de ellas. Incluso las sistemáticas predilecciones de Galdós hallamos de nuevo: su decidida afición á los casos frenopáticos, su propensión singular á mostrar los *tics*, mañas, pesadillas y visiones de los personajes, que con sus actitudes grotescas é incoherencias de neuróticos, dan á la novela un tinte fantástico, é interrumpen la narración, firme y sana, con episodios secundarios, cháchara de alcoholizados, soliloquios de maniacos, divagaciones de la fiebre...

Pero repito que excuso el exámen da tan exuberante variedad de creaciones parciales, para llegar rectamente al protagonista: Angel Guerra, y al caso principal: su conversión y su humanitarismo. Angel me parece por de pronto, antes que un carácter, antes que un pensamiento, un *estado de imaginación*, Guerra es un racionalista—el racionalista de siempre en la novela de Galdós,—convertido. Pero basta observarle desde las primeras páginas para advertir que ni el pensamiento, ni el carácter, predominan en su conducta, en el fin á que se dirige, en los medios de que se vale, y que su conversión y su misticismo son obra de su imaginación acalorada, antes que de su inteligencia: son el resultado de una crisis de la fantasía soñadora, y del atribulado corazón, pero no una crisis intelectual. Se vé forzado á domar una pasión compartida, de suyo espiritual y noble pero al fin humana, y logra engañarse á sí mismo depurándola é idealizándola. Tras la pasión, el *diletantismo* estético del culto; tras éste, la aversión á una sociedad burguesa; tras ésta, su vehemente bondad nativa... pero siempre y por encima de todo su adoración por Leré. Rara vez se le ocurre entrar en cuentas con sus pasadas convicciones: cuanto se refiere á la lucha de éstas con el dogma y la filosofía que se dispone á aceptar, permanece entre sombras y vaguedades: nunca se muestra explícito sobre este punto. Y si por acaso habla de él, harto se vé en el hombre nuevo la levadura del hombre viejo. Hay un momento sobre todo en que parece abrazar la religión católica con carácter perentorio, y para afianzar en ella su caridad y sus propósitos humanitarios, como los basaría en otra creencia positiva.

Y cuando adelantó ya más en el camino de su conversión, mezcla con sus sueños, aspiraciones y esperanzas nada concordes con la unidad y perpetuidad de su Iglesia: el mismo plan de su fundación benéfica traspasa por lo quimérico los límites impuestos á las congregaciones religiosas. En fin, para que no quede lugar á la duda, él mismo, próximo á morir, creyente si pero ni místico ni mucho menos, confiesa haber sido víctima de sus propias alucinaciones que revistieron su pasión por Leré con las apariencias de una vocación espiritual.

Se vé, pues, que es su imaginación la que obra, encendida y caldeada por el sentimiento. Y se vé más: que el autor pone singular empeño en que no creamos otra cosa, atento á describirnos á su héroe, como un gran visionario, como un admirable iluso, que no acierta

todavía á ser ortodoxo, por más que quiera.

Pero esa preponderancia de su fantasía, que lo atrae y seduce hacia lo divino y lo eterno, se extiende de igual modo á todos los demás conceptos de la vida y los alumbra y tiñe con los colores propios del momento presente. En este sentido, encarna y personifica á miles. Guerras los hay muchos hoy, en uno ú otro sentido, como Rochs y Monsaludes eran otros tantos quince años hace. No tiene el héroe una palabra, una sola, no muestra una predilección, la más insignificante, que no parezca destinada á despertar en el ánimo de muchos otra idéntica, concorde y viva. Se alienta y nutre su imaginación—siempre su imaginación antes que su pensamiento, no precisado y determinado con todo relieve y seguridad—con aquellas aspiraciones nacientes á un realismo ideal en arte y en filosofía; con el anhelo de hallar la solución á los conflictos sociales en la caridad evangélica, aunque ignora en qué forma; con la sentida necesidad de Guerra se ofrece como un tipo doblemente interesante y nuevo. Es el racionalista de siempre, pero influído y transformado por las últimas ideas de la generación actual, alentado por todas las aspiraciones coetáneas, empezando por la espiritualista que vuelve los ojos suplicantes á un dogma, á una creencia positiva. Es Monsalud, es León Roch... pero de la década del 90; aquel estado de su imaginación parece, en suma, el de la imaginación contemporánea. Mucho de lo que se halla en *Realidad*, como flotante y disperso, y repartido entre distintos personajes; algo de lo que circula entre ellos, como ambiente que los vivifica ó sofoca, se condensa aquí en un sólo individuo, y éste llegar á una síntesis, á una armonía que refunda y aune las verdades fragmentarias de las opuestas escuelas que con su fragorosa batalla han llenado el siglo.

En el fondo de todos sus pensamientos late y se divisa alguna de aquellas aspiraciones, como su origen é impulso inicial. En lo estético: Guerra es un artista á quien se revela con nueva intensidad la belleza y los explendores de un arte simbólico y espiritualista, real é ideal á un tiempo. Sus fruiciones artísticas—descritas por cierto en el libro de un modo magistral—son cabalmente, en aquella forma, con aquel matíz, con aquella vibración interna, indefinible, las propias del artista contemporáneo. Sería curioso—ya que precisamente se trata de Toledo, tantas veces admirado—comparar las distintas versiones de esta admiración hasta llegar á la de Galdós: el Toledo romántico de los

Recuerdos y bellezas, el Toledo de Becquer (la segunda manera de una escuela análoga), con el Toledo visto y sentido hoy por Guerra, de este tercer modo: una síntesis singular en que la realidad actual, ni velada ni embellecida, antes realzada de propósito con la descripción lejos de excluir, desentraña y refuerza el ideal sentimiento de lo pasado.

Desde un punto de vista semejante, por no decir idéntico, Guerra siente el encanto de las viejas costumbres, próximas á fenecer, y de aquéllas humildes gentes en que sobrevive una raza, como sin ellas percibiera—ya con mayor imparcialidad, que no es tampoco una reacción estrecha y rutinaria de los *laudatores temporis acti*—como si percibiera, digo, lo que tenía de mejor, de más sólido y magnífico, de más conforme á la vida, y sobre todo á la vida nacional, toda aquella cultura fenecida é insepulta en una ciudad de tercer orden. Para Guerra resucita allí más holgada y más rica, que la híbrida civilización material desequilibrada é incompleta que sugiere á D. José Suárez *(elemento ilustrado)* el risible proyecto de abrir en Toledo *grandes arterias* de comunicación y embellecer los casinos.

Un sentimiento de la misma índole, lleva á Guerra á mirar con desdén á toda esa burguesía que con tan mezquinas mudanzas sustituyó lo antiguo, y con odio á todo ese positivismo más ó menos grosero que invadió el alma de una sociedad de transición, y que hace exclamar á Guerra en los mismos comienzos del libro: «Las personas que hacen »gala de proscribir todo lo espiri»tual—le dice á Leré—me son odio»sas. Los que no ven en la vida más »que el triste pedazo de pan... me »parecen muertos que comen». A esos *muertos que comen* prefiere Angel los humildes, los cuitados, los miserables que soportan las cargas de la vida, modestos, risueños, inconscientes.

Y por este camino, tras esta palabra inicial, vedle ya desdeñar con la burguesía, la solución política caduca é impotente (¡un desengañado de una intentona revolucionaria!) y alzarse á mirar frente á frente el problema social, sintiendo latir en su alma esa compasión viva por toda humana desventura que tantas obras nuevas van infiltrando en el corazón de una gran masa de lectores. Angel Guerra es un apóstol de la caridad, del Evangelio puro. Pero observad también el último rasgo de su fisonomía. Por un lado, desconfía á estas fechas, del laicismo, de la filantropía puramente filosófica: lo hemos repetido, quiere poner su amor al prójimo al abrigo de un dogma; por otro, no halla

para él molde que no le parezca estrecho. Su compasión ardorosa y viva, se extiende al mismo vicio: tiene sus raices en una comprensión más clara y honda de las humanas imperfecciones: su indulgencia es laxa y nihilista: la institución benéfica soñada, sin orden interior, sin disciplina, es en el fondo anárquica. En su optimismo iluso, espera sofocar el mal con la abundancia del bien, derramado al acaso, sin cautela, sin limitaciones, con aquel ardor, aquella abnegación, el sacrificio, la humildad y la paciencia de los primitivos cristianos. Tal es Guerra. ¿No ocupa su imaginación lo que á muchos ocupa? ¿No hay en tan inflamadas visiones, centelleos de su estado contemporáneo?

*
* *

Pero el libro termina bien tristemente y se cierra con un contraste. El visionario yace mortalmente herido á manos de aquella perversidad que en vano juzgó aplacable; se creería que le lleva á este fin, no la caridad, sino la indisciplina en la caridad. Contra su anarquismo benéfico se ha levantado el anarquismo del mal, siempre ingrato, siempre redivivo. Pero junto á la cabecera de su cama está Leré, hermana del Socorro; Leré, que le alentó en su empresa y compartía sus arrebatadas aspiraciones. Una sola diferencia los distingue: una disciplina secular. En el punto en que Guerra expira, tras haber lanzado Leré sublime exclamación de dolor, recobra la calma y sale de allí, en virtud de su obediencia, para asistir á otro moribundo. Guerra perece en la demanda; pero Leré triunfa y permanece. ¿Quiso el autor este contraste? Lo ignoro. Lo que sé es que bien puede llamarse una gran obra la que tales y tantas ideas suscita y remueve sin apartarse un ápice de su letra viva.

J. Yxart (1).

(1) Este artículo ha visto la luz en *La Vanguardia* de Barcelona.

RIMA

Por cada beso tuyo, me decía,
se enciende un astro en la región vacía!
Y entonces no creí sus frases bellas,
Porque pensé que hubieran en un día
Faltado cielos y sobrado estrellas.
Más tarde—¡Cada lágrima vertida
Mata un astro!—me dijo conmovida.
Y no creí sus frases de quebranto,
Porque pensé que hubieran en mi vida
Faltado estrellas y sobrado llanto.
Muerto ya el corazón, comprendo ahora
De aquella alma sensible y soñadora
Las palabras de amor ó de reproche,
Pues de mi triste vida en el derroche,
Yo tuve noches de color de aurora
Y tengo auroras de color de noche.

F. Rivas Frade.

LA NOVELA ARISTOCRÁTICA

Escribiendo contra D. Juan Pérez de Montalván, pone Quevedo en boca de aquella pelinegra con ojos de rua vestidos de negro, cara con reposo de aguileña y gracia de fea las siguientes razones: «Libro que es para todos, guárdele para sí su autor, porque sea quien fuere en el mismo título dice que es obra vulgar y bazofia, porque universalmente para encarecer el valor de una cosa buena se dice que no es para todos. ¿Es acaso bodegón y olla de mondongo? Guárdese su libro, repito, que el que yo he de celebrar y aplaudir, quiero que sea para pocos y por esta misma razón siendo para todos es preciso que sea obra de baratillo, papel de ciego y librote de tendajo». Pues nada de esto es, y en mano de todos anduvo, no sólo leído, sino manoseado por todos con comentarios impertinentes, la novela *Pequeñeces*, y sin embargo ahí queda ese texto que escogí de propósito, no para desmentirlo, sino para confirmarlo con ocasión de esta novela, sobre la cual también yo—*tu quoque*—quiero hacer algunas observaciones repitiendo por escrito lo que ya de palabra manifesté, cuando era este tema único de discusión en los círculos madrileños, de donde trascendió muy pronto á los provincianos. Para el artículo ó folleto de sensación, y cuenta que no han escaseado folletos y artículos de esa clase, sería sin duda tarde, pero no lo es para el trabajo de revista tan distinto del de la polémica cotidiana; más bien señala momento oportuno y propicio, este mismo apaciguarse de las controversias, discusiones y aún disputas, que tanto apasionaron algunos ánimos y tan ágrias y descompuestas fueron á raíz de la publicación de la novela. ¡Cualquiera salía haciendo consideraciones imparciales y desinteresadas, como cuadra tratándose de letras cuando éstas eran lo de menos y lo de más, los cuentos, chismografías y pequeñeces que fueron como rastro y secuela de la novela de este nombre. Por lo bien concebida y narrada, por lo singular de sus méritos literarios, antes mere-

cía es verdad la fama entre los pocos, que la celebridad de los muchos. Supo dar soláz literario á los primeros y espolear la curiosidad de los segundos, presentando á sus ojos un cuadro de escándalos y vergüenzas; y de la corte nada menos, ó sea de lo que más se comenta, de lo que más se censura y de lo que más se imita. Para la mayor parte, al interés literario se sobrepuso ese interés social, dando á *Pequeñeces* un éxito sumamente parecido al que obtuvieron en París *El Nabab y los Reyes en el destierro*. El público en general sin preocuparse de hondas enseñanzas, tomó ésta como punto de sus murmuraciones sin pasar más allá de la superficie, ó lo que tanto vale parándose á notar parecidos, viendo en Sabadell y el Buey Apis tales ó cuales políticos y colgando á estas ó aquellas señoras los milagros de la Mazacán y de la Albornoz. Y no es que el P. haya cometido las discutibles indiscreciones de Daudet, pero las ha cometido el público. Porque algún rasgo — ¿y como evitarlo?—coincidiese con el de un personaje real, ya el público murmurador lo delataba; y esto aumentó el éxito, avivó el escándalo é hizo á lo que pienso muy otra la novela, en la consideración de las gentes de lo que había sido en la intención de su autor. Ya en el curso de la obra lo nota éste: la sociedad de Madrid es cáustica, es sangrienta: y mostrando estas cualidades y confirmando estos juicios, ha entrado á saco en la novela, recogiendo censuras que dirigirse los unos á los otros, y los rasgos satíricos que abundan en *Pequeñeces* al pasar por los labios de los murmuradores, personalizándose tomaron mayor calor y violencia, la violencia y el calor que algunos suponen en la novela.

Claro que son los de ésta, tipos sociales y que en ellos se dan entremezclados varios rasgos que traen á la memoria tipos reales, pero mientras no haya más que esto y por mi parte no veo más, el autor no cae en libelista como han supuesto aquí algunos que venían á serlo por el hecho de hacer ligeras y no exactas aplicaciones. Me parece que no holgaba alguna manifestación del P. sobre el particular, por donde vieran los que aún lo ignoran, que no iba buscando para su libro ese éxito ruidoso y exagerado, sino aquél aunque más modesto más valioso, en que no se mezcla con lo literario, cosa que es y debe ser extraña al arte por completo.

Desde que he vuelto de Madrid, muchos creyéndome en el secreto me han preguntado.—¿Conque á quién ha pintado el P. Coloma en la Villasis?—¿Y quién es Villamelón? Cualquiera puede contestar á

esta pregunta. ¡Como si no hubiera más que un Villamelón en Madrid! Y también hay más de una Villasis.

Lejos de resentirse las que tienen alguna semejanza moral con la Mazacán y la Albornoz, su acostumbrada frivolidad las hizo divertirse á su propia costa, y aún se han seguramente lisonjeado con los instintos aristocráticos que revela el P. y con la elegancia que las reconoce y la distinción de que las rodea. ¿Qué se las da á ellas de que otros, aprovechando la ocasión ofrecida por el P., las hayan mordido á su gusto? ¡Si la ocasión la suelen ofrecer ellas mismas! Y después de todo es condición humana; las que más lucen, brillan y se distinguen más enemigos tienen: ocupan la más encumbrada posición social; la enemiga comienza en el escalón inmediato. ¿Qué importa? Su afán es estar siempre en candelero; la misma murmuración es parte y complemento de su éxito. ¿Ponen el cánon de la moda? ¿Su distinción no es discutida? Pues basta. Como ellas dicen, y no dicen mal, las mismas que las censuran lo hacen muertas de envidia; y menos que en las frivolidades y escándalos que exajeran y abultan para más morder, piensan las murmuradoras en aquel lucimiento que las atormenta, porque no lo pueden alcanzar. Estas así han comentado y repetido con fruición lo que escribió para fin más alto el P. Coloma. Pero si al fin á que apuntaba este no han llegado todos, han pasado más allá algunos. Los más, se han quedado enredados en el comentario del detalle, principalmente en la cuestión de parecidos, buscando la clave de la novela, creyendo sorprender en cada personaje ficticio otro real, pero algunos en cambio han descubierto el pensamiento trascendental, la intención recóndita y oculta que no fué otra al decir de estos muy avisados, que hacer el proceso de la sociedad de la restauración asestando duro golpe á la restauración misma. Tal era la frase, y tal la contestura de un párrafo que oí en el Congreso en aquellos días en que se antojaban P. Colomas, cuantos clérigos asomaban su teja, por los pasillos del salón de conferencias. Se fijó el P. Coloma en la aristocrática sociedad española en uno de sus más interesantes momentos: artista la describió dándola realce —no realce moral sino literario—y cristiano fervoroso, no ocultó sus sentimientos ante las liviandades del gran mundo. Es el P. Coloma un artista *doublé* de un misionero: él lo dice por elocuente modo «así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública, y predicaba desde

allí rudas verdades á los distraidos que no iban al templo, hablándoles para que bien entendieran, su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habían de escucharme». Lo que hay de malo es que así tampoco le escuchan, pues leen los más con espíritu profano y ligero buscando el entretenimiento del relato, la satisfacción de la curiosidad. Ni hay que extrañarlo; ciertas demostraciones y pruebas son ajenas al arte que tiene su propio fin en la belleza, y se termina en su recreo y contemplación. Van fuera de camino los que se preocupan al novelar de esos fines de aleccionamiento; una de dos ó se sacrifica á ellos el arte cayendo en un convencionalismo, ó el arte se sobrepone, guiado el autor por la atracción de la belleza. En el primer caso el mismo artista se rebaja, puede decirse que no lo es; su intención está puesta en que la lección aproveche y el arte es accidente no más: en el segundo caso el accidente es la lección en que ni siquiera se repara por los que van tras el deleite que produce lo bello. Después de todo ¿que valor tiene la demostración que deriva del hecho aislado, del caso concreto? Generalizarlo, sería torpeza y equivaldría á caer en error, y no generalizándolo nada se concluye y demuestra.

Eso no quita para que todo hecho—y de ahí que importe los guarde la historia—tenga su filosofía, sus causas, conexiones y consecuencias; merced á la solidaridad de cuanto es y á su vida de relación, y por consiguiente que de manera natural é indirecta produzca enseñanzas.

Para un lector reflexivo, es lo principal el análisis de los elementos de la obra, hasta dar con la idea que el novelista se forma y con la concepción que tiene del mundo real; lado el más interesante y profundo en el exámen de la producción y que supone no la simple vocación de lector sino la de verdadero crítico. En *Pequeñeces* trasunto fiel de la vida, los Frasquitos y Diógenes, las Pastor y Bara, tipos secundarios, son tan verdaderos y exactos como los principales. Habrá quien opine, que esos personajes son peores que los del mundo real, quien trate de exagerado al autor, quien le defienda de esa tacha. Pero todos esos comentaristas, quiénes con sus censuras, quiénes con sus alabanzas reconocen lo notable del novelista y lo hermoso y verdadero de la novela. ¿A qué tanto preocuparse sino estuviera llena de realidad? Por lo que tiene de sátira, el autor, sin al-

terarlos, exajera, abulta vicios y defectos; ¿y qué sátira hay en que no suceda eso mismo? Si se pone á escribir el P. Coloma un razonado dictámen, sobre lo que usos y costumbres de la sociedad aristocrática tienen de ejemplar ó de vitando seguramente saldrá cosa muy distinta. Pero el novelista no tiene que preocuparse de eso: no formula un juicio sobre la sociedad; la describe según se ofrece á través de su imaginación, caldeada por la fiebre de la producción misma. Ve el mundo por un lado, de manera parcial, por tanto no examina reflexivamente todos sus aspectos como el que juzga, ni se le puede pedir frialdad y reposo en los juicios; ó mejor dicho no se le pueden pedir juicios á quien novela.

¿A qué pues tanto decir si el Padre Coloma juzga muy desfavorablemente la sociedad que describe? Pero no sólo se ha dicho eso: se ha dicho que era ese el *juicio* que formaba de la sociedad aristocrática la compañía de Jesús. Esto conociendo las relaciones de la aristocracia con la Compañía, y sabiendo lo que tiene la Compañía de aristocrática, no necesita comentarse: quiénes lo dicen, desconocen que la novela y aún más la sátira por la exacerbación de ánimo que supone, es algo personal, íntimo, enteramente propio del autor y aun eso en el momento pasajero de la inspiración, que tampoco siempre. Despojado del rigorismo de juicio que torpemente se le da, y que de ningún modo le cuadra, tomado como lo que es, como impresión de novelista, soy de los que creen que la impresión que produce *Pequeñeces* es profundamente verdadera. Y cuenta que en nada es tan difícil lograr esta impresión, como en la pintura de una sociedad aristocrática, que por serlo vive una existencia muy complicada, convencional y ficticia. Toqué prácticamente las dificultades que ahora teorizo, cuando escribí *La Vizcondesa de Armas*, y eso que el temor á dejarme correr por la fácil pendiente de la murmuración, tan cultivada en los círculos de la Corte, puso tiento en mis manos, con lo que recortados los ya escasos vuelos de mi imaginación, hube de quedar á medio camino. Dejé apenas esbozadas algunas figuras, medio ocultas sus inclinaciones en cierta penumbra moral, por igual modo distante de claridades meridianas y de oscuridades nocturnas, tono de luz que á despecho de la brillantez de la obra, creo ser el que mejor cuadra al mundo que pinté que por su ya notado convencionalismo sabe evitar todo extremo. Creo enteramente conforme á realidad la concepción que formé de ese mundo. ¡Ojalá tu-

viera otros méritos mi novela! Séame dado encarecer las dificultades del género, puesto que no las vencí. Lo cual nada prueba ciertamente en pro de esas dificultades que acreditan los autores de más monta, con sus ensayos de este género. Así Pereda en la *Montálvez* dando nueva gallarda muestra de sus talentos literarios, hizo una recargada pintura que podría ser exacta en sus detalles, pero no lo era en su conjunto. Acumuló en una sola figura errores, aberraciones y extravíos, que aislados pueden darse, que reunidos rayan en lo inverosímil y sobre todo se salen de lo verdadero.

El Sr. Palacio Valdés se equivocó al escribir novela aristocrática. La misma señora Pardo Bazán, como novelista, vacila de entrar en ese mundo é hizo sólo ligerísimos tanteos; también trató de él sólo por incidencia y como de lado el ilustre Galdós. Es muy conocedor del gran mundo y muy asíduo además en su trato, el ínclito don Juan Valera, pero este *dilettanti* de la literatura, este excelso escritor que tanta boga tiene, se ha dejado de escribir novelas, son ya las que escribió novelas de otra etapa; no es pues esta ocasión de juzgarlas.

Entre todas nuestras novelas aristocráticas, *Pequeñeces* es la más exacta y fiel en la pintura de personas y cosas, la más distinguida y propia en su tono y carácter general, que cuadra á maravilla con el de la clase aristocrática.

En Pereda, á través de *La Montálvez*, se descubre al provinciano montañés; en Palacio al tertulio de la cervecería, en Valera al mundano académico. El P. Coloma es por instinto verdadero aristócrata. Por esto añade á sus superiores facultades de artista, un tino y una discreción exquisitas: así que, retirado en Deusto, sin rodar por salones y teatros, acierta más que ninguno al describirlos. No necesita de esfuerzos para evitar el peligroso escollo de la cursilería. Lleva en sí mismo la distinción, siente esa vida, y la explica y comenta con la misma naturalidad, con que pisa los salones la dama principal en quien son innatas la elegancia y el señorío. Se ha supuesto que el P. Coloma tiene animadversión á la clase alta; apreciación de todo en todo equivocada. No hace falta ser muy ducho para ver entre renglones cómo siente su atractivo, tal vez enlazado con recuerdos de su mocedad. Esto aparte, la compañía de Jesús es, como antes indiqué, aristocrática en su carácter, hábitos y relaciones. ¿Quién ignora la influencia de los Jesuítas en la clase alta? La sociedad de *Pequeñeces* está llena de discípulos de los Je-

suítas. Las señoras de esa sociedad son sus hijas de confesión, las que vuelven anualmente al *Sacre Cœur*, abriendo un paréntesis en su más ó menos mundanal y regocijada existencia, para practicar devotos ejercicios espirituales. Los Jesuítas instruyen, educan, sermonean y confiesan el gran mundo. Teniendo con él tantas conexiones, ejerciendo sobre él por tan variados modos semejante influjo, ¿cómo ha de sentir ni el P. Coloma ni la Compañía esa supuesta animadversión?

En Chamartín, llenas sus aulas como las de Deusto por muchachos aristócratas, estaba Paquito, el hijo de Curra Albornóz, y Curra misma era esperada á la solemnidad de fin de curso con que da principio la novela. Por esto no me explico la contestación del padre Pedro Fernández á Curra cuando su visita á Loyola. ¿Se querrá cohonestar la repulsa con el acompañamiento de su cortejo? Pero ni era Sabadell el único de la partida, toda ella desairada, ni en tan apartado retiro tendrían noticia cierta —en caso debía justificarse—de las ilícitas relaciones de Curra. Lo más de presumir era, que al convento hubiese llegado el rumor con el acostumbrado *se dice* que suele encubrir tantos inventos de la maledicencia, suelta de lengua y áun larga de pluma en ciertos centros de la corte. Para imponer correctivo tan duro como el del P. Fernández, para excluir de la sociedad determinada persona por aquello de que los malos no deben andar con los buenos, según razonaba la marquesa de Villasis, es preciso no guiarse por el simple *se dice*, hijo de la mera sospecha de un desconfiado ó de la murmuración de un malévolo.

No me refiero ya en estas observaciones al caso concreto de Curra Albornóz: hablo en general. Cuantos conocen la vida de las grandes capitales, saben lo difícil que es aquilatar lo que hay de verdadero en esos rumores: son los menos los iniciados en estos secretos, en los cuales, por lo que tienen de recónditos, siempre queda margen para la duda aun de los iniciados mismos. Las *flirtaciones* de una mujer tonta, ligerilla, suele ser nonada pero no para su honra, que en la opinión y en el lenguaje de las gentes queda maltrecha, y sólo á tanta costa satisface una vanidad, que en muchos casos, es, sobre torpe y mala, pueril. En cambio á muchas maldades que se ocultan, no es posible imponerlas el correctivo social. Y salvo en algún caso, como el de Currita, las picardías mayores y los pícaros de más cuenta saben cubrir las apariencias á maravilla.

De estas dificultades que noto estaría perfectamente convencida la marquesa de Villasis. ¿Cuántos de quiénes se murmura no convidó á sus viernes? Basta saber que quedaron desiertos los salones de la Albornoz. Como decía la duquesa de Bara, triunfa la Villasis. Curioso, interesante y bien estudiado episodio es éste. Hasta Leopoldina Pastor y el tío Frasquito faltan á casa de Currita, «pájaros que se retiran á tiempo del arbol que pierde su sombra, y tienden su vuelo hacia el que comienza á verdear.» El *grand complet* era aquella noche en casa de la marquesa de Villasis, la del salón de refugio á que sólo debían asistir caballeros decentes y mujeres honradas.

El P. Coloma trascribe la siguiente subdivisión de las damas de la corte en aquel tiempo:

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras se parecen á las segundas.

Y de aquí dimana la confusión que dije, y que seguramente daba en que cavilar á la marquesa de Villasis al hacer los convites. Lo que ella diría: es muy difícil acertar en materia tan espinosa y delicada, el punto en que terminan las habladurías y empiezan las realidades. Y obsérvese que la marquesa de Villasis era una mujer excepcional de las que en todo tiempo y en toda clase escasean; ¿qué sería sino tuviese extraordinaria virtud unida á grandísima discreción, y fuese, aunque buena, vulgar como tantas y tantas? Porque otra cosa se le ocurriría á la Marquesa poniéndola en mayor embarazo, y es que en la sociedad habría muchos que no fuesen sensuales, pero sí avaros, egoístas, soberbios, y por varias maneras inmorales y escandalosos, con detrimento de la ley de Dios, que no se puede reducir á un sólo mandamiento. Y le ocurrirían á la Marquesa aún más delicadas cuestiones, que aquí ni esbozo, que en novela no se pueden presentar ni mucho menos resolver, y que tienen su lugar propio en la serie de consideraciones y reglas de un tratado de moral casuística.

Son los menos los casos en que la maldad se presenta al descubierto, aparejada con el escándalo: uno recuerdo, en que la sociedad marcó desvío y hostilidad hacia cierta dama, por cierto de filiación política muy distinta de la que asigna el P. Coloma á la Albornoz. De señoras así no tiene ninguna causa la exclusiva; puede haberlas en todas. Las que presenta el Padre del bando de la baronesa del Bivot, son — mera casualidad — grandes señoras, mujeres modelos. ¡Quién sabe si alguna se quedaría en casa

ó andaría con caballero su igual, entretenida en tejer historias que compitiesen con las de *Pequeñeces!* El lector, por muy poco despierto que sea, y el Padre que lo es tanto, saben de sobra hasta dónde deben llevar esta alusión. Después de todo, los usos y costumbres de las cortesanas y las sociedades de este carácter tuvieron su origen y su apogeo en el absolutismo, cuando el Estado era el Rey y si á mano viene la voluntad del Rey esclava de una Pompadour. Cuentan que por no haber querido el P. Sacy confesar á la que había trocado por el de marquesa de Pompadour el nombre de Mad. d'Etioles, y el trabajar la Compañía contra aquél su ascendiente en la corte, para el cual pedía ella la absolución del P. Sacy, fué la causa de que tan famosa consejera áulica prometiese desterrar de la corte y expulsar del reino á los Jesuítas. ¿Cree el padre Coloma que hubiera podido escribir una novela como *Pequeñeces* si privaran aquel absolutismo y aquellas cortesanías? No lo haría al menos, sin riesgo grave de que alguna del corte externo de la Mazacán, pero vengativa como la Pompadour, y aunque no señora del Monarca influyente con alguno de aquellos consejeros de calzón, casaca y peluca, ensoberbecida por su poderío—y nada halaga y emborracha tanto como el abuso de éste—hiciera iguales juramentos y desenvolviera las mismas intrigas de aquella célebre Marquesa, prototipo de cortesanas, á pesar de lo bajo de su extracción, no igualada en arte para disponer una conjura por todas las que andaban al retortero de Butron. Y aprovecho el citar este ridículo personaje para decir por vía de paréntesis lo muy descaminados que anduvieron cuantos creyeron ver en este diplomático burdo y político pequeño, la representación de un político ilustre y diplomático gala de la restauración, que ya hace algunos años goza de mejor vida. No tuvo presente el novelista al tomar alguno de los caractéres externos de fisonomía del personaje verdadero y verdaderamente ilustre, lo superficial y ligero del público de Madrid que conoce á un político por el gesto nervioso y displicente, al otro por el tupé, á éste por lo peludo y al de más allá por lo barbilampiño. Y terminada esta digresión, vuelvo á notar lo que hubiera ocurrido si el Padre lanzara su novela contra una sociedad cortesana, en que los caprichos de las favoritas se convirtiesen en disposiciones reales. ¿No es verdad que al llegar á este punto ya puedo declarar con el asentimiento del mismo P. Coloma, que no en algo sino en mucho aventaja

al espíritu de ese tiempo viejo el espíritu del tiempo actual? Sus libertades, en algún momento sustituídas por licencias, devolvieron á la patria esos hijos que la enaltecen y la honran, como decía reciente carta atribuída á Valera; pero además volvieron—y esto es lo principal—no por gracia del poder, sino por propio derecho, alta la frente, libre la lengua, no atada la pluma, que ha podido trazar en las páginas de *Pequeñeces* con desenfado singular, una de las sátiras mejores que han tomado forma de novela. Es muy de celebrar que fuese escrita por un jesuíta: lo uno porque su carácter presta autoridad moral á sus censuras; lo otro porque sus libertades de expresión, que alguno llamó atrevimientos, han recibido para cierta parte del público, con exceso tímida y pudorosa, patente de legitimidad: no en vano rechaza el Padre «con cierto fastidio y hasta con cierta *ira literaria* el extremo propio de algunas conciencias timoratas que se empeñan en ver un peligro donde quiera que aparece algo que deleita.» Conciencias timoratas, sí, pero lenguas timoratas no, pues condenando por propio juicio como cosa vitanda la novela, ponen de oro y azul al novelista.

Ya no cogieron en las manos, á pesar del atractivo de decir mal, muy mal del gran mundo madrileño, *La Montálvez* de Pereda, y alguno que la cogió sé que hubo de soltarla enseguida, pero fué por no haberse enterado á tiempo de que el P. Coloma la encomiaba. ¡Ah, si *Pequeñeces* no fuese la obra de un jesuíta! Una señora muy perspicaz y discreta me lo decía: la mayor parte la hubiesen puesto en entredicho, y así, añado yo, ha venido á levantar entredichos el P. Coloma, reconciliando con el género á quienes le tenían santo horror. Dios se lo pague. Lo malo es si el criterio que ensancharon para *Pequeñeces* vuelve á estrecharse para las obras de los demás novelistas. Contraste curioso; mientras las devotas se entusiasman con la novela del jesuíta, algunas mundanas—pocas en honor de la verdad — dicen que no se puede leer. Viven novelas realistas, y gustan de leerlas idealistas, sin duda porque encuentran en su lectura más fuerza sugestiva de ensueños é ilusiones. Y á eso están, á pasar la vida lo más alegre y frívolamente posible, viéndolo todo de color de rosa. ¡Puf, el pesimismo de las novelas modernas, qué cosa tan desagradable! No quieren la desnuda realidad, sino la realidad medio oculta por velos y gasas que la encubran, pero la trasparenten, sirviendo de acicate á la curiosidad

y de espuela á la imaginación, que goza con adivinar lo que apenas ve y rehacer lo que á medias descubre y lo que por esa misma vaguedad atrae, con la atracción fascinadora y peligrosa de los falsos idealismos.

El P. Coloma presenta viva, fresca, manando sangre, la llaga social y eso es grosero, eso es muy fuerte para las naturalezas delicadas de ambos sexos. ¿Y la inocencia? ¿y el riesgo de abrirla los ojos? A esto contesta desdeñosamente, que es como cuadra el mismo P. Coloma en el prólogo de *Pequeñeces*. Esa confusión de la inocencia con la ignorancia, me recuerda el caso de cierta señora tonta que delante de sus hijas, sus niñas como las llamaba ella, y la menor ya pasaba de moza pues no cumplia los 30, se guardaba muy mucho de decir que alguna señora hubiese dado á luz ó la perrita hubiese parido, pues era todo su empeño mantener en sus inocentes niñas la ilusión de que los niños y los perritos vienen de París.

¿Y no es cosa fuera de razón que aten al novelista convenciones semejantes á la muy ridícula de la señora del cuento? Bien hizo el P. Coloma en desligarse de semejantes ataduras.

Contribuyó á que recargase las tintas del mal el mismo deseo de hacer bien, dando al cuadro fuerte colorido y abultado relieve por donde la sociedad lo rechazase.

Algun escritor, y no de fuste, ha dicho, no sé si con intención de azuzar, que *Pequeñeces* era una provocación á la clase aristocrática. Nada tan perjudicial como el abuso del espíritu de clase que conduciría al mayor menoscabo de los fueros y libertades del escritor, cosa por ningun concepto admisible.

Bastan los respetos á la opinión y la consideración á sí mismo del escritor, para señalarle aquel prudente límite que nunca debe rebasar; ni lo rebasa el P. Coloma al escribir de la vida aristocrática. Escogiera para su estudio la clase plebeya describiendo los lugares que frecuenta la gente de la hampa; analizára la vida burguesa, y bajo la medianía correcta y vulgar de esta ó bajo las originalidades y desenfados de aquélla, encontraría su inspiración cristiana, hostil á todo lo mundanal, no menos motivos de censura, ni menos elocuentes rasgos de pesimismo. Pesimismo relativo no esterilizador, como el materialista que todo lo destruye incluso la esperanza del alma, pesimismo de tejas abajo, pesimismo cristiano, espiritual, labrado por el desengaño de lo terreno, por la desilusión de lo humano. Vario el pesimismo en sus caractéres, da

por donde quiera su fruto negro y amargo. Siente la sociedad moderna en medio de sus progresos y adelantos un supremo anhelo moral, un deseo inconsciente de algo indeterminado, un vacío en el alma: no acierta á colmarlo y lo acibara y lo aumenta, recreándose en sus mismas mortificaciones y en sus propias dudas. Después de tanto correr tras la Dulcinea libertad, la ve negada de muchos que no comprendían que la libertad es forma, continente, y que para calmar sus ánsias deben buscar otra cosa. Por eso en el seno de la libertad é impulsado por ella — sépanlo los que desde ambos extremos pugnan por destruirla — se indica un espontáneo movimiento que en espíritus privilegiados claramente se manifiesta, de retorno á las afirmaciones espiritualistas. Así las cosas y en medio de tan grandes mudanzas aquél lleva ventaja que mas se afirma, ó mejor, que se afirma siempre en los claros y eficaces preceptos de la moral cristiana de que está llena la mente y en que está imbuído el corazón del P. Coloma. Al estado del ánimo á que me refería responde la afición á la novela psicológica, al estudio pasional, al drama interior, el género de Paul Bourget. El público concilia la sed de lo espiritual con su superficialidad y ligereza, buscando en vez de otros espiritualismos más altos, más profundos, más sólidos, los tal vez falaces de la novela. Por tan indirectos caminos vuelve á la metafísica. El cultivo de ésta y el carácter, sacerdotal predispone al padre Coloma para todo lo que sea consideración y exámen de esa vida interior que conoce en sus móviles más secretos como ministro en el tribunal de la penitencia.

Pequeñeces, se limita á un fin puramente negativo, á poco que escudriñe entre las intrigas y vanidades del mundo, ha de descubrir su autor grandezas morales que no sentirá con menos fuerza ni trazará con menos brío. Bastará que abandonen su pasividad, que salgan de la lejanía en que quedaron los Algar y Benhacel, representación caballeresca de la lealtad monárquica, que personificó Daudet en el preceptor del príncipe, hijo de la admirable reina de Iliria.

Hablando del P. Coloma no ceso de recordar á Daudet: y es que hay singulares semejanzas entre nuestro jesuíta y el bohemio que describió las pequeñeces del segundo imperio. Daudet despues de los dos grandes cuadros, las dos novelas citadas, escribió por el modo novísimo limitando el asunto, desbrozándo de accidentes, proyectando toda su observación sobre una pasión ilícita, fecunda en estragos, la pa-

sión de Gaussin por Safo. Antes, había escrito Daudet una série de cuentos en que hay camafeos preciosos, mas de una vez recordados al leer los cuentos del autor de la *Gorriona*. Una coincidencia más que da razón de las anteriores; el P. Coloma y Alfonso Daudet son meridionales; atraen á sí por amables en el carácter, ligeros y elegantes en el estilo, rápidos en la concepción, brillantes en el ingenio, que encendido por el sol de Andalucía y de Provenza, produce todas sus fascinaciones y todos sus espejismos.

El Marqués de Figueroa.

UN INCENDIO EN EL MAR

Era en el mes de Mayo de 1838. Yo me encontraba con otros muchos pasajeros á bordo del *Nicolás I*, que hacía la travesía de San Petersburgo y Lübeck.

Como en aquel tiempo no estaban todavía en auge los ferrocarriles, todos los viajeros tomaban la vía marítima; y, por la misma razón, muchos llevaban su silla de posta para continuar el viaje por Alemania, por Francia, etc. Veintiocho coches iban en nuestro vapor—me acuerdo bien.—Eramos doscientos ochenta pasajeros, entre los cuales había unos veinte niños.

Yo era entonces muy joven, y como no me mareaba, me distraía mucho con todas las impresiones nuevas. Teníamos á bordo varias señoras, algunas hermosísimas, y otras agraciadas. ¡Ay! ¡La mayoría han muerto!

Era la primera vez que mi madre me dejaba salir sólo; así que tuve que jurarle portarme juiciosamente, y sobre todo no tocar las cartas; pero esta última promesa fué cabalmente la primera que infringí.

Una noche había gran reunión en el salón común, hallándose entre los concurrentes varios banqueros muy conocidos en San Petersburgo. Todas las noches jugaban á la banca (especie de sacanete), y las monedas de oro, que entonces se veían más á menudo que ahora, resonaban con un tin tin ensordecedor.

Uno de aquellos caballeros, viendo que yo me quedaba aparte y sin saber la causa, me propuso de repente que tomase parte en su juego. Al explicarle con el candor de mis diez y ocho años el motivo de mi abstención, soltó la carcajada; y dirigiéndose á sus compañeros, exclamó que había encontrado un tesoro: un joven que jamás había tocado una carta, y predestinado por lo mismo, á tener una suerte loca, inaudita, lo que se llama una verdadera suerte de inocente... Ignoro como fué, pero el caso es que á los diez minutos estaba yo en la mesa de juego, con las cartas en la

mano, y juega que te jugarás como un loco.

Preciso es confesar que no mintió el añejo proverbio. Me venía el dinero como llovido, y á ambos lados de mis manos trémulas y sudorosas se alzaban dos montones de oro. El banquero que me había engatusado no cesaba de animarme y excitarme... ¡Positivamente, yo creía hecha mi fortuna!... De pronto se abre de par en par la puerta del salón; se precipita en él una señora; grita fuera de sí con voz angustiosa: «¡Fuego en el buque!», y cae desmayada en el sofá. Fué como una conmoción violenta; todo el mundo saltó de su sitio; rodaron el oro, la plata y los billetes, desparramándose por todas partes, y nos precipitamos fuera. ¿Cómo no habíamos notado antes el humo que nos envolvía? ¡No me lo explico! Ya había invadido la escalera. Brillaban acá y allá reflejos de un rojo oscuro, de un rojo de carbón de tierra. En un abrir y cerrar de ojos todos estuvimos en el puente. Por los dos lados de la chimenea y á lo largo de los mástiles subían densos remolinos de humo; levantóse un vocerío espantoso, que no cesó ya en lo sucesivo. Fué un desorden indescriptible; de todos aquellos seres humanos, y de mí el primero, se había apoderado violentamente el instinto de la propia conservación. Me acuerdo de que cogí á un marinero por el brazo, prometiéndole mil rublos en nombre de mi madre, si conseguía salvarme la vida. Claro que el marinero no podía tomar en serio mis palabras; lo que hizo fué desprenderse de mí, y yo no insistí, por mi parte, comprendiendo que no tenía sentido común lo que decía. Por supuesto, tampoco lo tenía cosa mayor lo que pasaba alrededor de mí. Con razón se dice que nada igualà á lo trágico, si no es lo cómico de un naufragio. Por ejemplo: un rico propietario, sobrecogido de terror, se arrastraba por el suelo besando las tablas frenéticamente; pero luego, como la abundancia de agua arrojada por las aberturas de los depósitos de carbón dominase momentáneamente la violencia de las llamas, se alzó muy erguido, exclamando con voz de trueno: «¡Hombres sin fé! ¿Habéis podido creer que nuestro Dios, que el Dios de los rusos nos abandonaría?» Lo malo fué que en aquel mismo punto se avivaron las llamas, y el infeliz creyente volvió á caer de bruces á besar el suelo. Un general, con la mirada extraviada no cesaba de gritar: «¡Hay que despachar un correo al Emperador! ¡Cuando la sublevación de las colonias militares, en donde estaba yo, yo en persona, se le envió un correo, y así pudimos salvarnos algu-

nos de nosotros!» Un caballero, paraguas en mano, acometió con furia á un retratucho al óleo (que se encontraba allí, en su caballete, entre los equipajes), abriendo cinco agujeros con la contera en el sitio de los ojos, de la nariz, de la boca y de las orejas. En medio de su obra de destrucción exclamaba: «¿De qué va á servir esto ahora?» ¡Y el caso es que el lienzo no era suyo! Un gordinflón, bañado en lágrimas, y con toda la facha de un cervecero alemán no cesaba de clamar con voz lacrimosa: «¡Capitan! ¡capitán!» Y cuando el capitán, impacientado, le cogió al fin de la solapa gritándole: «¡Vamos! ¿qué? Yo soy el capitán. ¿Qué se le ocurre?», el gordinflón lo miró alelado, y empezó á gemir: «¡Capitán!»

Ese capitán, sin embargo, fué el que nos salvó á todos la vida: en primer término, cambiando á lo último, cuando todavía se podía entrar en la máquina, la dirección del navío, que, á seguir derecho hacia Lübek, en vez de virar bruscamente hacia la costa, habría ardido indefectiblemente antes de llegar al puerto; y en segundo término, mandando á los marineros que sacasen los cuchillos y quitasen de en medio sin contemplaciones al primero que intentase tocar una de las dos lanchas que aún quedaban, porque las otras habían zozobrado por inexperiencia de los pasajeros que quisieron botarlas al agua.

Los marineros, dinamarqueses en su mayoría, con sus semblantes enérgicos é impasibles, y sus cuchillos teñidos por el reflejo casi sanguinolento de las llamas, inspiraban un respeto involuntario. Soplaba un viento bastante fuerte, y arreció más con el incendio que aullaba en una tercera parte del buque. Debo confesar—dicho sea sin ánimo de agraviar á mi sexo—que las mujeres demostraron más valor que la mayoría de los hombres en aquellas circunstancias. Pálidas y blancas, sin más vestido apenas que las ropas de cama, porque el siniestro las había sorprendido en sus lechos, pareciéronme, á pesar de mi incredulidad de entonces, ángeles bajados del cielo para avergonzarnos y alentar nuestro espíritu abatido.

Bien es verdad que tampoco faltaron hombres que dieron pruebas de intrepidez. Me acuerdo sobre todo de un señor D..., ex embajador de Rusia en Copenhague, se había quitado los zapatos, la corbata y la cazadora—atándose al pecho las mangas de la última—y, sentado en un recio cable tendido, con los pies colgando, miraba á unos y otros con una cara de compasión muy taimada. Yo, por mi parte, me había refugiado en una de las escalas exteriores, y estaba sentado en

uno de los últimos travesaños. Miraba con estupor la espuma rojiza que hervía debajo de mí, salpicándome á veces la cara, y me decía: —¡De manera que habrá que perecer ahí, á los diez y ocho años!— Porque estaba firmemente decidido á ahogarme antes que dejarme tostar. Las llamas se encabritaban por cima de mi cabeza, y yo distinguía perfectamente su aullido del mugido de las olas.

En la misma escala estaba sentada, no lejos de mí, una viejecita, evidentemente cocinera de alguna de las familias embarcadas para Europa. Con la cabeza sepultada entre las manos, parecía murmurar oraciones. De pronto me lanzó una rápida mirada, y bien porque creyese leer en mi semblante una funesta resolución, ó por otra causa cualquiera, me cogió de un brazo, y en tono casi suplicante, me dijo: «No, Barine (1), ni V. ni nadie tiene derecho á disponer de su vida. Hay que sufrir la suerte que le reserve la Providencia; lo contrario sería un suicidio, y sería V. ¡castigado en el otro mundo.»

Maldita la gana que tenía yo de suicidarme; pero, por una especie de baladronada, harto explicable en mi situación, hice ademán dos ó tres veces de poner por obra el designio que me atribuía, y la pobre vieja se precipitaba siempre sobre mí para impedirme consumar lo que era á sus ojos un gran crimen. Me contuvo al fin una especie de vergüenza, porque ¿á qué representar, en efecto, aquella comedia delante de una muerte, que, á la sazón, creía yo inminente é inevitable? Por lo demás, no tuve tiempo de darme cuenta de esos sentimientos singulares, ni de admirar la falta de egoísmo (lo que hoy se llamaría el *altruísmo)* de la pobre mujer, porque en aquel momento redoblaron por encima de nuestras cabezas los rugidos de las llamas; pero también en aquel mismo momento tronó encima de nosotros una voz de bronce (era la de nuestro ángel salvador):—¿Qué hacen ahí, desgraciados? ¡Van á perecer, síganme!—E inmediatamente, sin saber quién nos llamaba, ni adónde había que ir, la buena mujer y yo nos levantamos, como movidos por un resorte, y nos lanzamos al través del humo en pos de un marinero de blusa azul, que delante de nosotros trepaba por una escala de cuerda. Sin saber por qué, subí, por aquella escala siguiendo á mi hombre; creo que, si en aquel instante se hubiese tirado al mar ó hecho cualquier otra cosa extraordinaria, yo le hubiera imitado ciegamente. Después de salvar dos ó tres escalones, el marinero se plantó de un

(1) No, señor.—*N. del T.*

salto encima de uno de los coches cuya parte inferior empezaba ya á arder. Salté tras él, y tras mí saltó la vieja; luego, desde lo alto de ese primer coche, el marinero saltó á otro, y después á un tercero; yo tras él siempre, hasta que nos encontramos en la proa del buque.

Allí estaban reunidos casi todos los pasajeros. Varios marineros, vigilados por el capitán, bajaban al mar una de las dos lanchas, felizmente la mayor. Por encima del extremo opuesto del navío, divisé el abrupto acantilado que desciende hacia Lübeck, vivamente iluminado por el incendio. Había, á buen seguro, cerca de dos kilómetros hasta aquel acantilado. Yo no sabía nadar. El sitio en que nos encontrábamos encallados—porque lo estábamos sin haberlo advertido—debía ser poco profundo, pero en cambio las olas eran muy altas. No obstante, en cuanto eché la vista á las peñas, se apoderó de mí el convencimiento de que estaba salvado, y con estupefacción de las personas que me rodeaban, me puse á dar brincos y á gritar: «¡Viva, viva! ¡Albricias!» Yo no quise acercarme al lugar en que se agolpaba la multitud para alcanzar la escalera que llevaba á la lancha. Había demasiadas mujeres, demasiados viejos y niños; sobre que yo, desde que ví mi acantilado, no tenía prisa ninguna, estaba seguro de mi salvación. Noté con asombro que casi ninguno de los niños tenía miedo, y hasta hubo algunos que se durmieron sobre el hombro de su madre. Ninguno pereció.

En medio del grupo de los pasajeros distinguí un general de elevada estatura, con la ropa chorreando agua, el cual permanecía inmóvil reclinado en un banco colocado horizontalmente, que acababa de desprender del buque. Supe que en un primer momento de terror había rechazado brutalmente á una mujer que quería pasar delante de él para saltar á una de las embarcaciones que zozobraron. Cogido por un despensero, que lo echó hacia el buque, el viejo soldado se avergonzó de su momentánea cobardía, y juró no abandonar el navío sino el último, después del capitán. Estaba pálido, tenía una desolladura ensangrentada en la frente, y paseaba en torno suyo miradas contritas y resignadas, como si pidiese perdón.

En el ínterin, me había yo acercado á la banda izquierda del buque, y contemplé nuestra lancha pequeña bailando como un juguete sobre las olas. Dos marineros que en ella había hacían señas á los pasajeros para que se arriesgasen á saltar. No era cosa fácil, porque el *Nicolás I* era un buque de alto bordo, y

había que caer bien á plomo para no hacer zozobrar la lancha. En fin, me decidí: empecé por poner los pies en una cadena de áncora tendida por fuera á lo largo del navío, y ya iba á lanzarme, cuando cayó sobre mí una masa pesada y blanda. Era una mujer que se había aferrado á mi cuello, y quedó colgando de él inerte. Confieso que mi primer movimiento fué asir violentamente su mano y desembarazarme de aquella carga tirándola por encima de mi cabeza; pero afortunadamente no seguí ese primer movimiento. El choque estuvo á punto de precipitarnos á los dos en el mar; pero quiso la suerte que acertase á oscilar por delante de mis narices, colgando, no sé de dónde, una cuerda, á que me agarré desesperadamente con una mano, despellejándome hasta hacerme sangre; mirando luego hacia abajo, ví que mi carga y yo nos encontrábamos precisamente encima de la lancha, y... ¡gracias á Dios! me dejé resbalar... Crugió el barco... «¡Hurra!» gritaron los marineros.

Deposité á mi compañera desvanecida en el fondo de la lancha, y en seguida me volví á mirar al navío, donde ví una infinidad de cabezas, sobre todo de mujeres, que se apiñaban febrilmente en el borde. «¡Salten ustedes!» exclamé, tendiendo los brazos. El éxito de mi proeza y la certidumbre de hallarme aislado de las llamas, me daban en aquel instante una fuerza y un valor indecibles, y recibí á las tres únicas mujeres que se decidieron á saltar á mi lancha, con la misma facilidad con que atrapa uno las manzanas en el aire al tiempo de la recolección. Es de advertir que tôdas aquellas señoras lanzaron un grito penetrante en el momento de tirarse desde lo alto del buque, y que al llegar abajo estaban desmayadas. Un caballero, que seguramente había perdido la chabeta, por poco si no mata á una de esas infelices, arrojando una cajita pesada, que se rompió al caer en nuestro bote, descubriendo un *necessaire* de bastante valor. Sin preguntarme si tenía el derecho de disponer de él, se lo regalé inmediatamente á los dos marineros, que lo tomaron sin hacerse de rogar. Acto contínuo bogamos con alma hacia la ribera, seguidos de los gritos: «¡Vuelvan en seguida! ¡Tráigannos la lancha!» Así que fué preciso apearse en cuanto no hubo más que un metro de agua. Hacía una hora que había empezado á caer una lluvia menuda y fría, que para el fuego fué tanto como nada, pero que á nosotros nos caló hasta los huesos.

Llegamos por fin á aquella bienaventurada orilla, que no era sino

un inmenso pantano de lodo líquido y pegajoso, en que se hundía uno hasta las rodillas. Nuestra barca se alejó rápidamente, y entre ella y el lanchón empezaron el trasiego de viajeros desde el buque á la ribera. Pocos habían perecido: ocho en total; uno había caido en el pañol del carbón, otro se había ahogado, por empeñarse en llevar consigo todo su dinero. Este último, cuyo nombre apenas conocía yo, había estado jugando conmigo al ajedréz durante una gran parte del día, y con tal fe y ahinco, que el Príncipe W., que nos miraba, acabó por exclamar: «¡Cualquiera diría que le va á V. la vida ó la muerte en el juego!» En cuanto á los equipajes, casi todos se perdieron, lo mismo que los coches.

Entre las damas que se salvaron del naufragio había una señora T..., muy guapa y muy amable, pero que llevando la impedimenta de cuatro niñas con sus correspondientes niñeras, permanecía abandonada en medio de la playa, con los pies descalzos y los hombros apenas cubiertos. Yo me creí en el caso de echármelas de galante, y la broma me costó la cazadora que había conservado hasta entonces, la corbata y hasta las botas; para fin de fiesta, un campesino á quien fuí á buscar á lo alto del acantilado, y á quien mandé ir delante de mí con una carreta tirada por dos caballos en busca de las náufragas, no juzgó conveniente esperarme y se marchó á Lübeck con todas mis viajeras; de suerte que yo me quedé sólo, medio desnudo y empapado hasta los huesos delante del mar, donde acababa de consumirse lentamente nuestro buque. Bien digo acabado, porque jamás creí que semejante mole pudiese destruirse *tan rápidamente*. No era ya más que una dilatada mancha llameante, inmovil en el mar, surcada por los negros contornos de las chimeneas y de los mástiles, y sobre la cual volaban las gaviotas pesada é indolentemente; á poco se redujo á una inmensa montera de cenizas sembrada de chispitas que se esparramaban, trazando extensas curvas sobre las olas, ya menos agitadas. ¿No es más que eso? pensé; y toda nuestra vida ¿no es más que un puñado de ceniza que se dispersa á los cuatro vientos?

Por fortuna para el filósofo que empezaba á dar diente con diente, fué á recogerme otro carretero. El bueno del hombre se hizo pagar dos ducados, pero en compensación me envolvió en su recia hopalanda y me cantó dos ó tres canciones mecklemburguesas, que me parecieron muy bonitas. Así llegué á Lübeck á la salida del sol; allí encontré á mis compañeros de infortunio, y partimos para Hamburgo.

En esta ciudad nos encontramos con veinte mil rublos que el Emperador Nicolás, de paso por Berlín, nos enviaba con un ayudante de campo. Reunidos todos los hombres, se acordó ofrecer esa suma á las viajeras. Nos era bien fácil obrar así, porque en aquella época todo ruso que iba á Alemania gozaba en ese país de un crédito ilimitado. ¡No sucede ahora lo mismo!

El marinero á quien prometí en nombre de mi madre exorbitantes sumas si me salvaba la vida, se presentó á reclamarme el cumplimiento de mi promesa. Pero como yo no estaba muy seguro de su identidad, y como después de todo no había hecho nada por mí, le ofrecí un thaler, que aceptó con reconocimiento.

En cuanto á la pobre vieja, que había demostrado tanto interés por la salvación de mi alma, no la he vuelto á ver, pero no me cabe duda de que, achicharrada ó ahogada, tiene su puesto señalado en el Paraíso.

IVAN TURGUENEFF.

DE CÓMO ESPAÑA

NO TENDRÁ NUNCA UN BUEN GOBIERNO

El español se quitó el cigarrillo de la boca, lanzó una columna de humo que desde hacía diez minutos almacenaba en su pecho, y luego respondió con gravedad:

—España no tendrá nunca un buen *Gobierno*.

Como esta respuesta no daba ni quitaba razón, no satisfizo á nadie.

—Permítame decirle, señor español—repliqué riendo,—que usted me parece un poco pesimista. ¿España no tendrá jamás un buen Gobierno, dice V.?

—Jamás.

—¿A quién deberá culpar de esa falta de perfección; á su pueblo, á sus reyes, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á unos ni á otros.

—¿Pero de quién es la culpa entonces?

—La culpa es de Santiago.

—Pero cómo—repliqué yo con la misma gravedad, aunque la conversación parecía degenerar en burla—¿Santiago que es el patrón de España y que goza de cierto crédito en el cielo, puede oponerse á la primera dicha de un pueblo, cual es su progreso político?

—Hé aquí cómo pasó la cosa—respondió el español.—Sucedió que un día, cansado Dios de oir á los pueblos quejarse eternamente, á estos de una cosa, á aquéllos de otra, y no sabiendo en medio de las lamentaciones generales á cuál atender, envió á un ángel á anunciar á son de trompeta que cada nación tuviese á bien pedir lo que deseara, enviándole dentro de un año, en el mismo día cada una, un diputado encargado de su petición, comprometiéndose de antemano á recibirle. La noticia hizo gran ruído, y cada nación nombró su diputado.

Francia á San Dionisio, Inglaterra á San Jorge, Italia á San Jenaro, España á Santiago, Rusia á San Nieski, Escocia á San Dunstan, Suisa á San Nicolás de Flue, y qué sé yo. No se quedó ni la República de San Marino sin ser representada y

tener parte en la munificencia celeste; hubo una elección general en toda la tierra; al fin el día llegó, y cada Santo se puso en camino, provisto de sus instrucciones.

El primero que llegó fué San Dionisio, saludó al Padre Eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino la cabeza de encima de los hombros; esa era una manera honesta de recordar á Dios el martirio que había sufrido por su nombre; este saludo lo dispuso muy bien á su favor.

—Y bien—le dijo—¿tú vienes de Francia?

—Sí, monseñor—respondió san Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Deseo que tengan el más bello ejército del mundo.

—Consiento en ello—dijo Dios.

San Dionisio, encantado, volvió á ponerse la cabeza sobre los hombros y se fué.

Apenas había marchado, cuando el ángel que estaba de servicio anunció á San Jorge.

—Hazlo entrar—dijo Dios.

San Jorge entró y levantó la visera de su casco.

—Y bien, mi bravo capitán, ¿vienes en nombre de Inglaterra, no es verdad? ¿qué pide?

—Monseñor—respondió San Jorge—pide tener la mejor marina del mundo.

—Muy bien—dijo Dios—la tendrá. San Jorge había obtenido todo lo que quería; baja la visera de su casco y se va. En la puerta encuentra á San Jenaro.

—Buenos días, mi santo Obispo—dijo Dios encantado de verlo;—por otra parte no dudaba que fuera usted el que los italianos me enviaran: ¿qué le han encargado que pida?

—Tener los primeros artistas del mundo, monseñor.

—Sea—dijo Dios—se lo prometo. San Jenaro no pidió más; volvió á ponerse su mitra y salió.

—Haced entrar—dijo Dios.

—Señor—respondió el ángel—no hay nadie.

—¡Cómo! ¿No hay nadie? ¿Y qué hace ese gran vago de Santiago, que galopa siempre y nunca llega?

—Señor—replicó el ángel—lo diviso allá muy lejos.

—Perezoso como un español—murmuró Dios...—En fin, hélo allí.

Santiago llega sofocado. Saltó de su caballo y se presentó ante el Señor.

—Y bien, señor hidalgo—dice Dios—veamos que quiere.

—Quiero—respondió Santiago—que España tengo el más bello clima del mundo.

—Acordado—dijo Dios.

—Quiero...

—¡Eh! ¿pero todavía hay más? —interrumpió Dios.

—Yo quiero—continuó Santiago—que España tenga las más bellas mujeres del mundo.

—Y bien, sea...—replicó Dios, consiento todavía en eso. Acordado.

—Quiero...

—¡Cómo! ¡Cómo!—exclamó el Señor.—¿Todavía quiere otra cosa!

—Quiero...—continúa Santiago, que España tenga los más bellos frutos del mundo.

—Vamos—dijo Dios—es necesario hacer algo por los amigos. Acordado.

—Quiero—continuó Santiago—que España tenga el mejor Gobierno del mundo.

—¡Oh!—exclamó Dios cortándole la palabra—basta con cuanto he dado... Es preciso que quede algo para los otros. ¡Rehusado!...

Santiago quiso insistir; pero el Señor le hizo señal de volver á Compostela. Santiago volvió á montar en su caballo y partió al galope.

Hé aquí por qué España no tendrá jamás un buen Gobierno.

ALEJANDRO DUMAS.

LA MUERTE DEL DELFÍN

El Delfinito está enfermo, el Delfinito se muere. En todas las iglesias del reino el Santo Sacramento permanece expuesto noche y día y grandes cirios arden para la curación del real enfermo. Las calles de la antigua residencia yacen tristes y silenciosas, las campanas no suenan ya, los coches caminan lentamente, y en los alrededores del Palacio los vecinos curiosos atisban por entre las rejas hacia el interior de los patios donde los suizos conversan con aire imponente.

Todo el castillo está conmovido. chambelanes y mayordomos suben y bajan á carrera los escalones de mármol. Las galerías rebosan de pajes y cortesanos vestidos de seda, que van de corrillo en corrillo indagando en baja voz las últimas noticias. En los vastos corredores, las damas de honor, desconsoladas, se hacen graves reverencias, enjugándose los ojos con lindos pañuelos bordados.

En el Naranjal se efectúan numerosas consultas de médicos togados. A través de los vidrios se les distingue cómo agigantan sus anchas mangas negras, cómo inclinan doctoralmente sus descomunales pelucas. El ayo y el caballerizo del Delfinito se pasean por delante de la puerta aguardando las decisiones de la Facultad. Los marmitones pasan á su lado sin saludarlos. El caballerizo reniega como un pagano, el ayo recita versos de Horacio. Y á la vez, por el lado de las caballerizas, se oye un largo y quejumbroso relincho: el alazán del Delfinito, el alazán olvidado de los palafraneros que llama tristemente al pie de su comedero vacío. ¿Y el Rey? ¿Qué es de Su Majestad el Rey? el Rey, completamente sólo, se ha encerrado en un cuarto, al extremo del castillo. ¡Las majestades no gustan de que las vean llorar! Respecto á la Reina, la cosa es distinta: sentada á la cabezera del Delfinito, con el hermoso rostro bañado de lágrimas, solloza á gritos en presencia de todos, como lo haría una tapera.

En su camita de encajes, más blanco que los almohadones en que se halla extendido, el Delfinito reposa con los ojos cerrados. Parece que durmiera; pero no, el Delfinito no duerme. Se vuelve hacia su madre, y al verla llorar, le dice: «Señora Reina, ¿por qué llora usted? ¿También usted cree como los demás que voy á morirme?» La Reina quiere responder, los sollozos ahogan sus palabras.

«No llore usted, pues, señora Reina: usted olvida que yo soy el Delfín y que los Delfines no pueden morir de este modo»... La Reina solloza con más fuerza, y el Delfinito empieza á tener miedo «¡Hola —dice—no quiero que la muerte venga á llevarme, y yo sabré impedir que llegue hasta aquí... que ahora mismo vengan cuarenta de los más fornidos lansquenetes para montar la guardia alrededor de nuestra cama... Que cien cañones de grueso calibre velen noche y día, con la mecha encendida, al pie de nuestras ventanas. Y desgraciada de la muerte si tiene el atrevimiento de acercarse á nosotros!»...

Por complacer al real enfermo la Reina hace una seña. Al instante se oye ruído de gruesos cañones arrastrados en el patio, y cuarenta de los más fornidos lansquenetes, con la partesana en el puño, vienen á colocarse alrededor del cuarto. Son veteranos de bigotes grises. El Delfinito al verlos empieza á palmotear. Conoce á uno y le llama: «Lorrain! Lorrain!» El veterano avanza un paso hacia la camita. «Te quiero mucho mi viejo Lorrain... Enseña un pedazo de tu enorme sable... Si la muerte quiere llevarme, habrá que matarla... ¿no es así?»—Lorrain responde: —«Sí, Monseñor»...—y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

En este momento el Capellán se acerca al Delfinito y le habla mucho en baja voz, enseñándole un crucifijo. El Delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—«No comprendo bien lo que usted me dice, señor Abad; pero, en fin, ¿mi amiguito Beppo no podría morirse en mi lugar pagándole bastante dinero?» El Capellán sigue hablándole en baja voz, y el Delfinito tiene un aire más y más asombrado.

Cuando el Capellán ha concluído, el Delfinito prosigue dando un hondo suspiro:

—«Todo lo que usted acaba de decirme es muy triste, señor Abad; pero una cosa me consuela: arriba en el paraíso de las estrellas, voy á ser todavia el Delfín. Sé que Dios es mi primo, y me tratará según

mi gerarquía.» —Después agrega volviéndose á su madre: —«Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como Rey para los ángeles y entrar en el paraíso con vestido de Delfín.»

Por tercera vez el Capellán se inclina hacia el Delfinito y le habla mucho en baja voz... A lo mejor del discurso el niño real le interrumpe con rabia: —«¡Pero entonces, grita, es nada ser Delfín!» —Y sin querer oir más el Delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.

ALFONSO DAUDET.

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

SAN SULPICIO Y LOS SULPICIANOS

La Revolución no trajo consecuencias para san Sulpicio. Uno de esos espíritus fríos y enérgicos que nunca han faltado en la sociedad, reedificó la casa exactamente sobre las mismas bases. M. Émery, sacerdote instruído y galicano moderado, merced á la confianza absoluta que supo inspirar á Napoleón, obtuvo las autorizaciones necesarias. Se hubiera asombrado extraordinariamente, si alguien le hubiese dicho que la solicitud de tales autorizaciones era una baja concesión al poder civil y una especie de impiedad. Todo, pues, quedó restablecido como antes de la Revolución; las puertas giraron sobre sus antiguos goznes, y, como desde Olier á la Revolución nada había cambiado, hubo un punto de París donde subsistió el siglo XVII sin modificación ninguna.

San Sulpicio fué, en medio de una sociedad tan diversa, lo que había sido siempre: moderado, respetuoso con el poder civil, ageno á las luchas políticas. En paz con la ley, gracias á las acertadas medidas de M. Émery, no supo nada de lo que pasaba en el mundo. Después de 1830 hubo un instante de emoción bastante viva. El eco de las apasionadas discusiones del tiempo franqueaba á veces los muros de la casa; los discursos de M. Mauguin sobre todo—no sé por qué—tenían el privilegio de alarmar á los jóvenes. Cierto día, uno de ellos leyó al superior, M. Duclaux, un fragmento de sesión que le pareció de una violencia espantosa. El anciano sacerdote, medio sumido en el nirvana, apenas escuchó. Al fin, despertándose y estrechando la mano del joven: «Bien se ve, querido, —le dijo— que esos hombres no rezan.»

Aquellos venerables y sensatos varones no se conmovían por nada. Para ellos, el mundo era un organillo que repite las mismas tocatas eternamente. Un día se oyó algún ruído en la plaza de san Sulpicio:

«Vamos á la capilla á morir todos juntos»—exclamó el excelente M.***, pronto en inflamarse.—«No veo la necesidad»—respondió M.***, más sosegado y prevenido contra los excesos de celo; y los grupos continuaron paseándose bajo los pórticos del patio.

En medio de las dificultades religiosas de los tiempos, aquellos señores de San Sulpicio, guardaron la misma actitud comedida y neutral, demostrando un poco de calor solamente cuando la autoridad episcopal se veía amenazada. Descubrieron en seguida el veneno de Lamennais, y lo rechazaron. Tampoco sintieron grandes simpatías por el romanticismo teológico de Lacordaire y de Montalembert; miraban con prevención la ignorancia dogmática y la suma debilidad de esa escuela en punto á razonamiento. Vieron siempre el peligro del periodismo católico. El ultramontanismo no pareció al pronto á esos maestros austeros más que una manera cómoda de apelar á una autoridad lejana mal informada frecuentemente, de una autoridad cercana y más difícil de engañar. Los viejos que habían hecho sus estudios en la Sorbona antes de la Revolución, se atenían con ahinco á las cuatro proposiciones de 1682.

Bossuet era su oráculo en todo. Uno de los directores más respetados, M. Boyer, cuando su viaje á Roma, sostuvo una discusión con Gregorio XVI sobre las proposiciones galicanas. Pretendía que el Papa no pudo responder á sus argumentos; bien es verdad que disminuía su victoria, confesando que en Roma no lo tomó en serio nadie, y que en el Vaticano se reían mucho de *l'uomo antediluviano:* así lo llamaba á él el círculo de los que rodeaban al Papa. Mejor hubieran hecho en oirlo. Todo eso cambió hacia 1840. Los viejos anteriores á la Revolución habían muerto; los jóvenes transigieron casi todos con la infabilidad papal; pero todavía subsistió una profunda diferencia entre esos ultramontanos de última hora y los atrevidos menospreciadores de la escolástica y de la Iglesia galicana formados en la escuela de Lamennais. San Sulpicio no ha creído nunca prudente hacer tabla rasa hasta ese punto de las reglas establecidas.

Difícil sería sostener que no influyese en esas reservas cierta antipatía contra el talento, y algo de la rutina de escolásticos que veían perturbadas sus añejas tesis, por importunos innovadores. Pero había también en la norma seguida por aquellos directores prudentes, un tacto práctico segurísimo. Veían el riesgo de ser más papistas que el

Papa, y sabían que fácilmente se cae de un extremo en otro. Hombres menos exentos que ellos de todo amor propio se hubiesen crecido el día en que Lamennais, el maestro de aquellas brillantes paradojas, que casi los había tildado de herejes y de tibios para con la Santa Sede, se hizo herético á su vez y dió en tratar á la Iglesia de Roma de tumba de las almas y madre de errores. Lo que es viejo, viejo debe quedar; á ese título es respetable; nada más extraño que ver al hombre de otra edad disimular su modo de ser y copiar las modas de los jóvenes.

Por esa franca confesión de las cosas representa San Sulpicio en religión una gran honradez. Allí no se admitía atenuación ninguna de los dogmas de esa escritura; los Padres, los concilios y los doctores parecían las fuentes del cristianismo. No se probaba la divinidad de Jesucristo por Mahoma ó por la batalla de Marengo. Esas bufonadas teológicas, que se hacían aplaudir en Nuestra Señora á fuerza de aplomo y de elocuencia, no tenían éxito ninguno entre aquellos serios cristianos. No opinaban que era menester mitigar y disfrazar el dogma, vistiéndolo á la usanza de la Francia del día. Pecaban contra la crítica, figurándose que el catolicismo de los teólogos ha sido la religión misma de Jesús y de los apóstoles, pero no inventaban para uso de las gentes de mundo un cristianismo revisado y adaptado á sus ideas. He ahí por qué el estudio serio—¿diré la reforma seria?—del cristianismo vendrá de San Sulpicio más bien que de direcciones como la de M. Lacordaire ó de M. Gratry, ó con mayor razón, de M. Dupanloup, que todo lo suavizan, falsean y liman, ofreciendo, no el cristianismo según resulta del concilio de Trento y del concilio del Vaticano, sino un cristianismo deshuesado en cierto modo, sin armazón sólido, sin nada de lo que constituye su esencia. Las conversiones que operan predicaciones de ese linaje no son buenas para la religión ni para el espíritu humano. Se cree haber hecho cristianos, cuando lo que se hace son espíritus falsos, políticos fallidos. ¡Malhaya lo vago! Más vale lo falso. «La verdad, como dijo muy bien Bacon, antes sale del error que de la confusión.»

Así, en medio de las pretenciosas declamaciones que han invadido en nuestros días la apologética cristiana, consérvase una escuela de sólida doctrina, que aborrece el relumbrón y abomina del éxito. Siempre fué la modestia atributo particular de la compañía de San Sulpicio. He ahí por qué no hace aprecio de

la literatura, y casi la excluye y rechaza de su seno. La regla de los sulpicianos es no publicar nada sino bajo el velo del anónimo, y escribir siempre en estilo liso y llano. Ven á maravilla la vanidad y los inconvenientes del talento, y huyen de poseerlo. Los caracteriza una palabra: la medianía; pero una medianía deliberada y sistemática. Se proponen expresamente ser mediocres. «Maridaje de la muerte y del vacío,» decía Michelet á propósito de la alianza de los jesuítas y de los sulpicianos. Indudablemente; pero no ha reparado bien Michelet que aquí se ama el vacío por sí mismo, lo cual no deja de tener su faz interesante: se evita el pensamiento, por temor de pensar mal. A esos piadosos maestros paréceles el error literario el más peligroso de los errores, y por eso cabalmente descuellan en la verdadera manera de escribir. Sólo en San Sulpicio se escribe como Port-Royal, es decir, con aquel olvido completo de la forma, que es prenda de la sinceridad del alma. Ni por un instante soñaban esos excelentes maestros que debiese haber entre sus discípulos un escritor ó un orador. El principio que más predicaban era no dar nunca que hablar de sí, y cuando era preciso decir algo, decirlo sencillamente y como ocultándose.

Hablábais de esas cosas muy fácilmente, queridos maestros, y con esa completa ignorancia del mundo que tanto os honra. Pero si supiéseis que poco estimula el mundo la modestia, veríais cuán difícil es amoldar la literatura á vuestros principios. ¿Qué hubiera pasado, si M. de Chateaubriand hubiese sido modesto? Razón os sobraba para ser severos con la charlatanería de una teología *in extremis*, que buscaba el aplauso por los procedimientos más mundanales; pero ¡ay! en cuanto á vuestra teología, ¿quién habla de ella? No tiene más que un defecto, y es que está muerta. Vuestras máximas literarias se parecían á la retórica de Crisipo, de la cual decía Cicerón que era excelente para aprender á callarse. En cuanto se habla ó se escribe, se busca el éxito fatalmente. Lo esencial es no sacrificarle nada, y eso es lo que enseñaban á la perfección vuestra seriedad, vuestra rectitud, vuestra honradez.

Así San Sulpicio, donde se menosprecia la literatura, es sin quererlo una excelente escuela de estilo; porque la regla fundamental del estilo es preocuparse exclusivamente del pensamiento que se quiere inculcar, y por consecuencia, tener un pensamiento. Eso valía mucho más que la retórica de M. Dupanloup y el gongorismo de la es-

cuela neo-católica. San Sulpicio no se cura más que del fondo de las cosas. Allí la teología es el todo, y si la dirección de los estudios carece de vigor, es porque el conjunto del catolicismo, sobre todo del catolicismo francés, inclina poco á los grandes trabajos. Después de todo, San Sulpicio ha tenido en nuestro tiempo como teólogo á M. Carriére, cuya inmensa obra es notablemente profunda en algunos puntos; como eruditos, á M. Gosselin y á M. Fraillon, á quien se deben tan concienzudas investigaciones; como filólogos, á M. Garnier y sobre todo á M. Lettir, los únicos maestros eminentes que ha producido la escuela católica de Francia en el campo de la crítica sagrada.

Pero no es en tal terreno en el que quieren ser alabados esos piadosos educadores. San Sulpicio es ante todo una escuela de virtud, y en lo tocante á la virtud principalmente constituye cosa arcaica, un fósil de doscientos años. Muchos de mis juicios asombran á las personas de mundo, porque no han visto lo que he visto yo. Yo he visto en San Sulpicio aunque asociados, lo confieso, á ideas estrechas, los milagros que pueden producir nuestras razas en punto á bondad, á modestia, á abnegación personal. La virtud que se encierra en San Sulpicio bastará para gobernar un mundo, y eso me ha hecho descontentadizo respecto de lo que he encontrado en otras partes. No he tropezado en el siglo más que un sólo hombre que mereciese compararse con aquéllos: es M. Damiron. Los que hayan conocido á M. Damiron han conocido un sulpiciano; los restantes no sabrán nunca los tesoros que encierran esas viejas escuelas de silencio, de seriedad y de respeto, para la conservación del bien de la humanidad.

Tal era la casa donde pasé cuatro años en el momento más decisivo de mi vida. Me encontré allí como en mi elemento. Mientras la mayoría de mis condiscípulos debilitados por el humanismo un poco insulso de M. Dupanloup, no podían hincar el diente á la escolástica, yo tomé extraordinario gusto á esa amarga corteza, y me apasionaba por ella como un titi por su nuez. En aquellos sacerdotes graves y bondadosos, llenos de convicción y del pensamiento del bien, volvía á ver mis primeros maestros de Bretaña: Saint Nicolás du Chardonnet y su retórica superficial no eran ya para mí más que un paréntesis de dudoso valor. Yo abandonaba las palabras por las cosas.

ERNESTO RENÁN.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

I

Llevábamos el luto de mi madre á quien perdimos en el otoño, y nos habíamos quedado enteramente solas en nuestra casa de campo para pasar allí el invierno.

Estaban conmigo Katia y Sonia.

Katia era nuestra institutriz, que nos había educado como una *niañía* cariñosa. Mis más lejanos recuerdos me la representan como una antigua amiga de la casa, á quien yo quería con todo mi corazón.

Sonia era mi hermana menor.

¡Qué invierno tan triste y tan sombrío pasamos en nuestra casa de campo de Pokrovskoe! ¡Qué frío hacía! El viento acumulaba la nieve en montículos más altos que nuestras ventanas. Nuestros vidrios estaban casi siempre empañados por el hielo, y en todo el invierno salimos ni una sola vez para hacer una visita.

Las personas que iban á vernos de tarde en tarde, no llevaban á nuestra casa la animación y la alegría. Todas tenían semblantes compungidos y hablaban en voz baja, como si temiesen despertar á alguien; jamás reían; al contrario, todas exhalaban suspiros mirándome, y frecuentemente se deshacían en lágrimas al ver á mi hermanita Sonia vestida de luto.

La muerte se cernía aún sobre nuestra morada, llenándola de tristeza y espanto.

La habitación de mi madre permanecía cerrada; cuando yo pasaba por delante de su puerta para ir á mi cuarto, me sentía poseída de un sentimiento de temor, á la vez que de un deseo irresistible de abrirla para ver lo que pasaba en aquella pieza fría y desierta.

Tenía yo entonces, diez y siete años. Mi madre, en el momento de arrebatármela la muerte, acababa

de decidir que aquél invierno iríamos á San Petersburgo, y me presentaría en sociedad.

La idea de haber perdido á mi madre me causaba suma pena; pero, en medio de mi aflicción, no olvidaba que era joven y linda, según decía todo el mundo, y que estaba condenada á vivir otro invierno en el campo, en medio de la soledad.

Antes de terminarse la estación, se me hizo insoportable esa impresión de aislamiento, me devoraba el hastío, y no podía ya decidirme á salir de mi cuarto, ni á abrir el piano ó cojer un libro.

Cuando Katia me instaba á ocuparme en algo para distraerme, le respondía invariablemente: «No puedo hacer nada», y en el fondo del alma me decía: «¿Para qué?»

«¿Para qué leer, tocar, bordar, cuando los mejores años de mi vida se consumen en el aislamiento? ¿Para qué?»

A esta pregunta desanimadora, no encontraba otra respuesta que las lágrimas.

Me decían que adelgazaba y me demudaba visiblemente, pero me era lo mismo. ¿Para qué ser bonita? ¿Para agradar á quién? Se me figuraba que debía pasar toda mi vida sola, que estaba condenada á aquel tedio mortal que no tenía fuerzas para sacudir.

Hacia el fin del invierno Katia se alarmó por mi salud, y dijo que había que llevarme á todo trance al extranjero. Mas, para emprender ese viaje necesitábamos dinero, y no sabíamos á ciencia cierta que fortuna nos había dejado mi madre. Esperábamos de un día á otro la llegada de nuestro tutor que debía arreglar todos nuestros asuntos.

Llegó en el mes de Marzo.

Un día que andaba yo vagando como una sombra de aposento en aposento, sin pensar, ni desear, ni hacer nada, exclamó Katia:

—¡Albricias! Ha llegado Serguei Mikhailovich, y ha mandado á saber de nosotras y á decir que vendrá á comer... Ea, querida Mariquita — continuó — despavílate. ¿Qué va á pensar de tí? Ya sabes cuánto nos quiere.

Serguei Mikhailovich era un pariente cercano y amigo de nuestro difunto padre, aunque mucho más joven que él. El anuncio de su llegada me llenó de alegría, no sólo porque su presencia podía favorecer nuestros proyectos y permitirnos abandonar el campo más pronto, sino porque había llegado á quererlo y respetarlo desde mi infancia.

Katia, al exhortarme á sacudir mi apatía, adivinaba que Serguei Mikhailovich era de todos nuestros conocidos aquel á quién

más me hubiese contrariado parecer mal.

Yo lo quería por hábito, como todo el mundo en la casa, empezando por Katia y Sonia, ahijada suya, y acabando por el último mozo de cuadra; pero, para mí, tenía, á más de eso, un atractivo especial, á consecuencia de una expresión que había oído á mi madre.

—Mariquita—exclamó un día—yo quisiera para tí un marido como Serguei Mikhailovich.

Esas palabras me parecieron al pronto extrañas y casi desagradables. Mi ideal era muy distinto. Mi ideal debía ser un hombre esbelto, pálido y melancólico. Serguei Mikhailovich, al contrario, había pasado ya de la primera juventud; era alto, robusto, y siempre estaba de buen humor, á lo que me parecía. A pesar de todo, acudió á mi imaginación el deseo de mi madre, y recuerdo que seis años antes, cuando apenas tenía yo doce, y Serguei Mikhailovich jugaba conmigo, llamándome «Violetita», me había preguntado ya con espanto lo que sería de mí, si de repente le diese la idea de elegirme por su mujer.

Serguei Mikhailovich llegó poco antes de la comida; Katia, había mandado añadir á lo ordinario una salsa de espinacas y un pastel de crema.

Yo aceché desde mi ventana la llegada de su trineo; pero, en cuanto volvió la esquina de la casa, bajé á la sala, resuelta á no dejar traslucir que lo había esperado.

Sin embargo, cuando distinguí el ruído de sus pisadas en la antecámara, su voz sonora y las exclamaciones de Katia, que había salido á recibirlo, no pude contenerme, y corrí á su encuentro.

Tenía cogida la mano de Katia, y hablaba en alta voz sonriendo. Al verme, se puso serio, y me miró algunos instantes sin saludarme. Yo me quedé cortada, y comprendí que me sonrojaba.

—¡Cómo! ¿Es posible que sea usted?—dijo sencillamente en su tono habitual. Separó los brazos con ademán de asombro, y se acercó á mí.

—¿Es posible transformarse de esa manera? ¡Cómo ha crecido usted! Ya no es V. una violetita, sino una rosa abierta.

Cogió con su manaza la mía, y la estrechó noble y vigorosamente hasta el punto de hacerme casi gritar. Figurándome que me besaría la mano, me incliné hacia él; pero se contentó con estrechármela nuevamente, clavando en mis ojos su alegre y firme mirada.

No había vuelto á verlo desde hacía diez años. Había cambiado mucho. Me pareció envejecido y

más moreno; se dejaba las patillas, lo cual no le hacía bien á la cara; pero conservaba aún su sencillez de maneras, su abierto y franco semblante de enérgicas facciones, sus ojos brillantes é inteligentes, y su sonrisa cariñosa, casi infantil.

Al cabo de cinco minutos, no era ya un amigo de visita, sino una persona que formaba parte de la familia, incluso para los criados, cuya diligencia en servirlo atestiguaba el placer que sentían en volverlo á ver.

Se conducía en todo á la inversa de nuestros demás vecinos, que, al ir á visitarnos después de la muerte de nuestra madre, creían preciso guardar un silencio lúgubre ó llorar durante todo el tiempo de la visita. El, al contrario, hablaba lleno de animación y de alegría, y no hizo una sola alusión á la muerte de nuestra madre.

Al pronto me pareció extraña esa reserva, y hasta inconveniente de parte de una persona tan allegada á nosotros. Pero luego comprendí que no callaba sobre el particular por indiferencia, sino por respeto á la memoria de mi madre, y se lo agradecí en el alma por ella.

Llegada la noche, Katia se sentó á la mesa entre mi hermana y yo, en el mismo sitio que ocupaba en vida de nuestra madre, y sirvió el té; nuestro antiguo criado Gregorio sacó una pipa vieja de mi padre y se la presentó á nuestro amigo. Serguei Mikhailovich empezó á pasear por la estancia, con la pipa en la boca, como en otros tiempos.

—¡Cuando pienso en los terribles cambios que han sobrevenido en esta casa!...—exclamó de repente, parándose.

—Sí—respondió Katia suspirando; y tapando el *samovar*, miró á nuestro amigo, pronta á dar rienda suelta á las lágrimas.

—¿Se acuerda V. de su padre? —me preguntó Serguei Mikhailovich.

—Apenas.

—¡Qué feliz hubiese V. sido con él!—dijo en voz baja con aire pensativo, y mirando mi cabeza sin fijarse en mis ojos.

—Yo quería mucho á su padre de V.—continuó aún más bajo.

Me pareció que sus ojos se ponían más brillantes.

—¡Y durante este tiempo, Dios les ha arrebatado también su madre!—repuso Katia, y volvió á tapar precipitadamente la tetera con la servilleta, sacó el pañuelo, y empezó á llorar.

—Sí, esta casa ha visto cambios terribles—repitió Serguei Mikhailovich, volviéndose.

Pero algunos segundos después dijo á mi hermana:

—Sonia, enséñame tus juguetes.

Y acto contínuo la acompañó á la sala.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miré á Katia.

—¡Oh! ¡Es un amigo raro!—murmuró.

Y en efecto: la simpatía de aquel hombre tan bueno, á pesar de ser un extraño para mí, era como una brisa cálida que difundía en mi corazón una sensación de bienestar inefable.

Ya oíamos en la sala los gritos alegres de mi hermanita y la risa de Serguei Mikhailovich.

Hice que le llevasen una taza de té, y poco después adiviné que se sentaba al piano, y se entretenía en pasear por las teclas las manitas de Sonia.

—¡María Alexandrovna—exclamó de pronto—venga V. á tocar algo!

Esa manera de llamarme, tan amistosa y familiar, me causó gran placer. Me levanté enseguida para ir á su encuentro.

—Toque V. esto—dijo, abriendo un cuaderno de Beethoven por el adagio de la sonata *quasi una fantasía*. Vamos á ver cómo toca usted eso—añadió, retrocediendo á una esquina de la sala, con su taza de té en la mano.

No sé por qué comprendí que era imposible hacerse de rogar con un hombre como él, so pretexto de que no dominaba la música. Me senté docilmente al piano, y empecé á tocar lo mejor que pude. Temía, no obstante su juicio, porque sabía que era un aficionado inteligente.

El tono del adagio cuadraba perfectamente con el de las reminiscencias y sentimientos, bajo cuya impresión me encontraba; me parece que no lo toqué muy mal. Cuando quise pasar al *scherzo*, me interrumpió.

—No—dijo, no tocaría V. bien el *scherzo*; déjelo. Pero el adagio está bien. Me parece que entiende usted la música.

Ese elogio moderado me produjo tal placer, que me puse muy colorada.

¡Era tan nuevo y tan agradable para mí verlo á él, al amigo y al igual de mi padre, hablarme con tanta seriedad, en vez de tratarme como una niña, según pasaba en otras épocas!

Katia había salido de la sala con Sonia, que iba á acostarse y me me quedé sola con Serguei.

Me habló de mi padre, me dijo cómo se conocieron, y lo alegre que era la vida de la casa en los días en que yo no me ocupaba más que de mis cuadernos y de mis juguetes. Al oirlo, creía ver á mi padre bajo un aspecto enteramente

nuevo, y Serguei Mikhailovich se me aparecía por primera vez como un hombre bondadoso y sencillo, bajo una faz familiar desconocida de mí hasta entonces.

Me preguntó también acerca de mis gustos, de mis lecturas y de lo que pensaba hacer, y me dió consejos. No era ya para mí un compañero retozón y bromista que me hacía rabiar y me daba juguetes, sino un hombre serio y cariñoso, por quien sentía nacer un respeto y una simpatía involuntaria.

Hablando con él, experimentaba viva satisfacción, al par que cierta tensión de espíritu. Temía el efecto de cada palabra que pronunciaba, y deseaba merecer por mí propia el afecto que poseía ya como hija de su amigo.

Cuando Katia dejó en la cama á mi hermanita, volvió con nosotros, y se quejó á Serguei de mi apatía, de la cual me había yo guardado mucho de decirle un palabra.

—¡Hola!—exclamó él sonriendo, y moviendo la cabeza con ademán de reconvención. Veo que se me ha ocultado lo principal.

—¿Por qué le había de hablar á usted de eso, una cosa que no vale la pena? Además, que ya pasará...

En aquel instante me parecía que estaba libre de mi enojo, y hasta que no había existido nunca.

—No está bien eso de no saber soportar la soledad—dijo.—¿Es posible que sea V. toda una señorita?

—Una señorita, no cabe duda —respondí sonriendo.

—No, sino una tontuela, que no vive más que cuando hay alguien que la admire, y que, en estando sola, se queda anonadada, sin gusto para ninguna cosa; una señorita que no vive sino para agradar á los demás y no á sí misma; una señorita cuya vida está toda por fuera, y que no tiene nada dentro de sí.

—¡Bonita opinión tiene V. de mí!—respondí por decir algo.

—¡No!—añadió después de una corta pausa. No en vano se parece usted á su padre. ¡Hay algo en usted!...

Y su bondadosa y penetrante mirada volvió á llenarme de una turbación alegre y lisonjera.

Al través de la expresión de su semblante, tan jovial á primera vista, noté por primera vez aquella mirada particular, que parecía tan clara al pronto, y luego se hacía cada vez más penetrante, y se teñía de un matiz de tristeza.

—Usted no tiene el derecho de aburrirse, y no debe aburrirse—dijo. Tiene V. para distraerse la música, que comprende bien, y libros que debe estudiar. Tiene usted además delante de sí toda una

vida á que necesita prepararse inmediatamente, si no quiere acumular arrepentimientos para el porvenir. Dentro de un año será demasiado tarde.

Me hablaba como un padre ó un tío, pero yo veía que hacía esfuerzos para tratarme de igual á igual; y, aunque me mortificaba el que me considerase como inferior á él; me lisonjeaba que se esforzase en parecer distinto de lo que era tan sólo por mí.

El resto de la noche habló de negocios con Katia.

—Con que adios por ahora, queridas amigas—dijo levantándose.

Se acercó á mi, y me tomó la mano.

—¿Cuándo volveremos á vernos?—preguntó Katia.

—Esta primavera— respondió sin soltar mi mano. Desde aquí voy á Danilovka.—Era una de nuestras propiedades. Arreglaré las cosas lo mejor que pueda; luego iré á Moscou para asuntos míos, y este verano nos veremos frecuentemente.

—¿Por qué se marcha V. para tanto tiempo?—pregunté con tristeza.

Yo esperaba, en efecto, verlo ya todos los días, y de repente me acometió un miedo terrible de que volviera á apoderarse de mí el aburrimiento. Creo que mi voz y mi mirada delataban ese temor.

—Sí, trabaje V. mucho, no se deje dominar por el *spleen*—dijo con voz que me pareció fría é indiferente. En la primavera le haré á usted sufrir un examen—añadió, sin mirarme, y soltando mi mano.

Lo seguimos á la antecámara. Se puso precipitadamente el abrigo, y persistió en apartar sus ojos de mí.

«¿Por qué tanto empeño en aparentar que no me mira?—me pregunté. ¿Si se figurará que á mí me importa nada?.. Es un hombre perfecto... una excelente persona... pero eso es todo...»

Aquella noche, Katia y yo, pasamos charlando mucho tiempo antes de dormirnos. No hablamos de él, sino de la manera cómo pasaríamos el verano y dónde estaríamos al invierno siguiente.

No me asediaba ya la terrible pregunta: «¿Para qué?» Me parecía evidente que hay que vivir para ser felices, y no veía en el porvenir más que felicidad, mucha felicidad.

Nuestra antigua y sombría casa de Pokrovskoe me pareció de repente llena de vida y de luz.

II

Volvió al fin la primavera. Mi antiguo sentimiento de hastío cedió el puesto á una vaga abstracción henchida de esperanzas y de deseos confusos.

No vegetaba ya como al principio del invierno, sino que me ocupaba de la instrucción de Sonia, trabajaba en música y leía. Sin embargo, me gustaba ir sola al jardín, errar horas seguidas por los paseos y sentarme en un banco, sumida en no sé que pensamientos, que me llenaban de zozobra y esperanza.

Muchas veces, sobre todo durante la luna llena, solía pasar las noches de codos en el alféizar de la ventana hasta ver lucir la aurora. En ocasiones salía con la ropa de dormir, á escondidas de Katia, bajaba al jardín y corría por el rocío hasta la orilla del estanque. Una vez me alejé hasta el campo completamente sola, en medio de la oscuridad, y dí la vuelta á todo el dominio.

Ahora me cuesta trabajo recordar y comprender los ensueños que obsediaban entonces mi imaginación. Cuando logro evocarlos, me parecen tan extraños, tan distantes de la vida, que me pregunto cómo pude recrearme en ellos.

Serguei Mikhailovich, fiel á su promesa, volvió del viaje hacia fines de Mayo.

Hizo su primera visita á la caída de la tarde, en el momento en que menos lo esperábamos. Estábamos tomando el té en la azotea.

El jardín se hallaba cubierto de verde, y en los bosquecillos de arbustos habían construído sus nidos los ruiseñores. Las lilas, que empezaban á cuajar, anunciaban el despertar de las flores con sus racimos matizados de blanco y de azul rosa. El follaje de los abedules se hacía transparente con el fulgor de la puesta. El rocío humedecía el césped.

En el patio, á espaldas del jardín, se apagaban los últimos rumores de la actividad del día, con el ruído del ganado que entraba en el establo.

Nikon el bobo llevaba el carro de la cuba por las calles del jardín que había delante de la terraza; la fría lluvia que brotaba de la regadera describía círculos negros alrededor de la tierra amontonada al pié de las dalias y de los soportes.

En medio de la azotea relucía y

zumbaba sobre el blanco mantel el limpísimo samovar; al lado había nata, hojuelas y tortas.

Katia, como buen ama de gobierno, lavaba las tazas con sus manitas rollizas. A mí me había abierto el apetito el baño, y devoraba una rebanada de pan y un platazo de nata, sin aguardar á que se sirviese el té. Llevaba una bata de lienzo con mangas abiertas, y recogido el pelo húmedo en un pañuelo.

Katia fué la primera que divisó á Serguei Mikhailovich detrás de la ventana de la sala.

—¡Ah!—le gritó.—¡Precisamente hablábamos de V.!

Me levanté enseguida con el intento de ir á echarme una falda; pero él me sorprendió en el instante en que franqueaba el umbral de la puerta.

—¿A qué andar con etiquetas en el campo?—dijo mirando mi cabeza envuelta en el pañuelo, y sonriendo.—A V. no le importa que la vea Gregorio. Pues hágase V. cuenta de que yo soy Gregorio.

—Estaré aquí al momento—respondí, y me esquivé.

—Pero ¿por qué?—gritó él de nuevo.—Si parece V. una hermosa aldeana recién casada.

«¡Qué original era su mirada!» pensaba al ponerme la falda apresuradamente... Es igual; me alegro de que esté de vuelta... Ahora estará esto más animado.

Después de darme un vistazo al espejo, bajé alegremente; sin disimular mi prisa, llegué á la azotea acalorada por lo que había corrido.

El estaba en la mesa exponiendo á Katia el estado de nuestros asuntos. Al verme, sonrió sin interrumpir la conversación.

Al punto comprendí que todo iba bien; nuestra situación era brillante. No teníamos que pasar en el campo más que el estío; en invierno no éramos libres de ir donde no pareciese, á San Petersburgo ó al extranjero, para completar la educación de Sonia.

—¿Y si V. viniese con nosotros al extranjero?—propuso de repente Katia.—Sin V. nos perderíamos allí como en un bosque.

—¿Qué más podría yo desear que dar la vuelta al mundo con ustedes?—dijo medio en broma, medio en serio.

—¿Y por qué no?—pregunté á mi vez.—Eso precisamente: ¡demos la vuelta al mundo!

Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Y mi madre? ¿Y los negocios?—dijo.—Vamos, dejemos eso, y cuénteme V. lo que ha hecho en mi ausencia. ¿Ha tenido V. mucho *spleen?*

Cuando le respondí que había

trabajado mucho y que no me había aburrido nada, después de confirmar Katia mis palabras, me dijo algunas frases alhagüeñas y me acarició con la mirada como á un niño, y como si tuviese el derecho de obrar así.

Sentí la necesidad de contarle en pormenor y sinceramente todo lo bueno que había hecho, y de confiarle, como si fuese un confesor, todo lo que me parecía que podía desagradarle.

Hacía una tarde hermosa, y permanecimos en la azotea después de levantado el servicio del té. Yo estaba tan embebida en la conversación que no noté la calma que empezaba á reinar en torno de nosotros. Por todas partes subía el perfume de las flores, cada vez más penetrante. Cubría la hierba un copioso rocío; empezó á gorjear el ruiseñor en el soto de lilas, pero espantado por el sonido de nuestras voces, calló. El cielo estrellado parecía descender sobre nosotros para envolvernos.

No eché de ver la creciente oscuridad hasta que entró sin hacer ruído un murciélago bajo el toldo de la terraza y empezó á revolotear alrededor de mi chal blanco. Me arrimé á la pared, é iba á gritar cuando el avechucho nocturno salió silenciosamente, desvaneciéndose en la sombra del jardín.

—¡Cómo me gusta el campo de ustedes! —exclamó Serguei Mikhailovich, interrumpiendo la conversación.—De buena gana pasaría toda mi vida sentado así en esta azotea.

—¿Y quién le impide á V. estarse sentado aquí siempre?

—Sí, sentado siempre—repitió —pero lo que es la vida no está sentada.

—¿Por qué no se casa V.?—interpuso Katia.—Haría V. un excelente marido.

—¡Porque me gusta estar siempre sentado!—respondió rompiendo á reir.—No, Catalina Carlovna, no; el matrimonio no reza ya con V. y conmigo... Todo el mundo ha dejado de considerarme como un hombre casadero, y yo he hecho lo propio mucho antes que los demás, y desde entonces todo va á maravilla...

Me pareció que pronunciaba estas palabras con una jovialidad forzada.

—¿Qué está V. diciendo ahí?—exclamó Katia.—¿A los treinta y seis años desengañado ya de todo?

—De todo... ¡y de qué manera!... No deseo ya más que una cosa—continuó—¡el reposo! Y el matrimonio es todo lo contrario... Diríjase V. á esta joven—añadió, designándome con un movimiento de cabeza.—Ahí tiene V. una persona

á quien casar. A nosotros sólo nos toca felicitarnos de su ventura.

Creí descubrir en el acento de su voz alguna violencia y un pesar oculto. Calló un instante, y Katia y yo respetamos su silencio.

—Figúrese V.—dijo al fin, revolviéndose en la silla—que por artes diabólicas del destino me casase con una muchacha de diecisiete años... por ejemplo, con María Alexandrovna... Sí, es un ejemplo inmejorable, y me alegro de haberlo elegido... ¡Ya lo creo! ¡No podía encontrarlo mejor!...

Me eché á reir, no comprendiendo por qué se alegraba tanto y porqué le parecía ese ejemplo más concluyente que ningún otro.

—Vamos, dígame V. con toda sinceridad—añadió en tono de broma—¿no sería para V. una desgracia unir su vida á la de un viejo que, como yo, estuviese pasado y no aspirase más que al reposo, cuando Dios sabe lo que bullirá en su interior de V. y las cosas con que soñará?...

Me ví en un apuro y guardé silencio no sabiendo qué responder.

—No le hago á V. una proposición de matrimonio—continuó riendo—pero respóndame con toda franqueza: ¿Es en un marido como yo en el que sueña V., al pasearse sola por el jardín? ¿No sería para usted una desgracia casarse conmigo?

—No, una desgracia no; pero...

—Pero tampoco una felicidad—dijo para concluir mi pensamiento.

—No, pero puedo engañarme... Me interrumpió de nuevo.

—Ya lo ve V.—prosiguió dirigiéndose entonces á Katia.—Tiene razón; de todos modos, yo le agradezco su franqueza, y me alegro mucho de que hayamos tenido esta conversación... Es más: ese matrimonio sería para mí la mayor de las desdichas.

—¡Qué singular es V.!—dijo Katia.—¡Bien se conoce que no ha cambiado V. nada!

Y hablando así, se levantó para mandar que sirviesen la cena.

Después de salir Katia, uno y otro nos quedamos en silencio; á nuestro alrededor todo estaba en calma. Sólo se oía al ruiseñor, que cantaba ahora, no tímidamente como al principio de la noche, y parándose á cada momento, sino con voz reposada y sin darse prisa; llenaba todo el jardín con sus cascadas de notas, cuando desde el fondo de la cañada empezó á responderle otro ruiseñor. El del jardín calló un instante como para escuchar á su vecino; luego reanudó su canto con mayor energía y viveza, prorrumpiendo en escalas y trinos sonoros. Los dos pájaros se

contestaban, y sus voces se difundían por aquel mundo nocturno, poblado de misterios para nosotros, pero en el cual reinan ellos como en su propio dominio.

Pasó el jardinero para ir á la estufa en donde se acostaba, y resonó en la avenida el ruído de sus pasos. Partieron de la colina dos agudos silbidos; después todo volvió á quedar en silencio. El follaje se extremeció levemente, un soplo agitó el toldo, y alrededor de nosotros se difundió por la terraza un perfume sutil.

Me contrariaba aquel silencio después de las palabras precedentes, pero no encontraba nada que decir. Miré á Serguei; sus ojos brillaban en la semioscuridad; los dirigió hacia mí y dijo en voz baja:

—¡Oh! ¡qué hermoso es vivir!

Exhalé un suspiro involuntario.

—¿Decía V?...—preguntó.

—¡Sí, es hermoso vivir!—repetí.

Se restableció el silencio, y volví á sentirme cohibida. No podía menos de pensar que debía haberle entristecido asintiendo á su opinión cuando manifestó que era demasiado viejo para ser mi marido. Hubiese querido poder consolarlo pero no sabía cómo.

—¡En fin, no tengo más remedio que volverme—dijo levantándose.—Mi madre me espera para cenar... Apenas si la he visto hoy.

—¡Y yo que quería que oyese usted mi nueva sonata!—exclamé.

—La tocará V. la próxima visita.

Me pareció que pronunciaba esas palabras muy friamente.

—Hasta la vista—añadió.

Comprendí más claramente que lo había herido, y me dió lástima. Katia lo acompañó conmigo hasta la escalinata, y las dos nos quedamos en el patio para verlo alejarse por el camino.

Cuando se apagó el ruído de las pisadas de su caballo, volví á la azotea, dando la vuelta á la casa. Me puse á contemplar de nuevo el jardín, de donde subía la niebla de la noche y cuyos ámbitos llenaban todas las voces nocturnas, y empecé á fantasear, según costumbre.

Serguei Mikhailovich volvió por segunda y tercera vez. La impresión penosa que había dejado en mi espíritu la conversación precedente se borró por completo para no reproducirse.

Durante todo el verano vino regularmente dos ó tres veces en semana, y yo me hice tanto á sus visitas, que cuando las espaciabá más de lo usual, encontraba mi soledad muy amarga y le daba mis quejas, acusándolo de abandonarme. El me trataba como á un compañero joven, me interrogaba, me invitaba á abrirle mi corazón, me daba con-

sejos, me alentaba, y á veces me reñía también y trataba de contener mis arranques. Pero á pesar de todos sus esfuerzos por tratarme como á un igual, adiviné que había en su interior mucho más de lo que yo veía, todo un mundo cerrado para mí, donde él no juzgaba necesario dejarme penetrar; y eso era precisamente lo que más me atraía hacia su persona y lo que alimentaba el respeto que le tenía.

Supe indirectamente por Katia y por nuestros vecinos del campo que, aparte de los cuidados que Serguei Mikhailovich consagraba á su madre, aparte de la administración de sus bienes y de la gerencia de nuestros negocios, tomaba parte en las asambleas de la nobleza, que le suscitaban muchos sinsabores. Sin embargo, jamás logré que me expusiese sus ideas y sus planes, ni qué me hablase de sus esperanzas.

Cuando yo dirigía la conversación hacia ese tema, hacía un gesto muy particular que parecía decir:

—¿Qué interés puede tener eso para V.!—y hablaba de otra cosa.

Al pronto me confundió esa reserva, pero luego me acostumbré tanto á no hablarle sino de las cosas relativas á mí, que acabó por parecerme lo más natural del mundo.

Otra circunstancia que me disgustó en un principio, pero que me agradó después, fué la indiferencia absoluta y hasta el desdén, puede decirse, con que miraba mis prendas físicas. Jamás me dió á entender, ni con palabras ni con la mirada, que le pareciese bonita; al contrario, cuando otras personas me dirigían cumplidos en su presencia, se echaba á reir, haciendo su gesto habitual.

Hasta se complacía en descubrirme defectos y en ridiculizármelos.

Los vestidos de moda con que á Katia le gustaba adornarme los días de fiesta y cuando esperábamos visitas, tenían el don de excitar sus sarcasmos, lo cual desconsolaba á la pobre Katia y me desconcertaba á mí completamente.

Ella se empeñaba en que Serguei Mikhailovich me encontraba de su gusto, y no podía comprender que no le agradara ver á la mujer preferida presentarse en sociedad de la manera más ventajosa. En cuanto á mí, penetré inmediatamente el pensamiento de mi amigo: anhelaba creerme exenta de coquetería.

En cuanto adiviné su deseo, no volví á dejar traslucir una sombra de coquetería en mi tocado ni en mis galas de los días de fiesta; pero en cambio caí en la afectación de la sencillez á una edad en que todavía no sabe una ser sencilla.

También á mí me constaba que

me quería, aunque sin preguntarme si como á una niña ó como á una mujer; pero deseaba su cariño, y sobre todo tenía empeño en que me considerase como la joven más perfecta del mundo, y conservase esa opinión de mí, aun cuando fuese errónea quizá.

Me parecía que él había sabido apreciar á la primera ojeada mis cabellos, mis manos, mi cara, mis maneras, mis cualidades exteriores, en suma, tales y como eran; creía que las conocía á fondo y que yo no podía alterar en nada su juicio sin tratar de inducirlo á error.

Pero no conocía mi alma, porque la amaba, y porque mi alma, además, estaba formándose y desenvolviéndose entonces. En este punto podía hacerse ilusiones, y se las hizo.

Desde el instante en que comprendí todo esto, me sentí maravillosamente libre y desahogada en su presencia.

Se acabaron los encogimientos y la turbación sin motivo. Sabía que podía contemplarme de perfil ó de frente, sentada ó de pie, con el pelo recogido ó suelto; me conocía ya, y creía que estaba siempre satisfecho de mí.

Me parece que, sí contra su costumbre, me hubiese dicho, como los demás, que era guapa, no hubiese experimentado ningún placer.

En cambio, cuando acertaba á expresar una reflexión que le agradaba, ¡qué alegría iluminaba todo mi espíritu! ¡qué feliz era! Entonces fijaba en mí los ojos, y con voz emocionada, aunque afectando un tono de broma me decía:

—Sí, sí: *hay algo en V.* Debo confesarlo, es V. una chica excelente.

¿Qué es lo que me valía esa recompensa que llenaba mi corazón de satisfacción y de orgullo?

Bien poca cosa: haber expresado mi simpatía por el cariño que nuestro viejo Gregorio profesaba á su nieta, ó exclamar que tal poesía ó tal novela me conmovían hasta hacerme casi llorar, ó simplemente porque prefería Mozart á Schulhoff.

A mí misma me asombraba la intención maravillosa con que adivinaba todo lo que debía querer para agradarle, cuando en realidad yo no sabía discernir lo bueno de lo malo.

La mayoría de mis hábitos y de mis gustos antiguos no estaban conformes con los suyos; pero bastaba un fruncimiento de cejas, una mirada de desaprobación ó su gesto desdeñoso, para que al punto perdiese su encanto para mí todo lo que antes me gustaba.

Cuando me interrogaba, me miraba á los ojos, y su mirada me

inspiraba la idea que quería oirme expresar.

Sus pensamientos y sentimientos habían sustituído á los míos, transformando de golpe mi vida é iluminándola por entero.

Insensiblemente había llegado á mirar todas las cosas y personas con otros ojos: á Katia, á Sonia, á los criados, á mí misma y mis ocupaciones.

Antes leía por matar el tiempo; ahora los libros eran mis delicias, porque me los traía él, los leía conmigo y me hablaba de ellos.

Antes las horas que consagraba á la instrucción de mi hermanita me parecían muy largas; esa tarea era un deber que cumplía penosamente. Bastó que Serguei Mikhailovich asistiese una vez á mi lección para que á partir de ese día disfrutase en seguir los progresos de mi alumna.

Antes me parecía imposible tocar de memoria toda una pieza de música; ahora la idea de que me escucharía él y quizá me dirigiría alabanzas me daba ánimos para repetir un mismo pasaje hasta cuarenta veces; la pobre Katia se tapaba los oídos con algodón, pero yo era infatigable. Fraseaba mis sonatas de otro modo y resultaban mucho más expresivas.

No había nadie, incluso Katia á quien conocía y quería como á mí misma, que no se me apareciese bajo un nuevo aspecto. Sólo entonces comprendí que nada la obligaba á ser lo que era para nosotras una amiga, una madre y una esclava á la vez. Adiviné la extensión del sacrificio que hacía por mí y por Sonia aquel ser amante, el cariño que nos profesaba, todo lo que le debía, y lo quise doblemente.

Bajo el influjo de Serguei Mikhailovich aprendí á considerar de otra manera á nuestros campesinos y á los criados.

Parece broma, pero debo confesar que había cumplido diez y siete años, pasando toda mi vida en medio de esas gentes, y sin embargo, me eran tan desconocidas como personas á quienes no hubiese visto nunca. Jamás se me había ocurrido que pudiesen amar, esperar y sufrir como yo.

Nuestro jardín, nuestras arboledas y nuestros campos adquirieron de repente un atractivo enteramente nuevo á mis ojos. No en vano me había dicho Serguei Mikhailovich que en la vida sólo hay una manera segura de ser dichoso: vivir para los demás.

Estas palabras me parecían extrañas, no las comprendía; pero penetraban en mi corazón, aunque mi pensamiento no desvelase su sentido.

Sin alterar mi modo de ser, Serguei Mikhailovich me había reve-

lado toda una vida de felicidad; bastóle para ello entrar á formar parte de mi existencia. Todas las cosas á que estaba acostumbrada desde niña me eran indiferentes; pero vino él, y todas adquirieron un lenguaje para hablar á mi alma y llenarla de júbilo.

Durante ese estío me ocurrió muchas veces subir á mi cuarto, tenderme en la cama, y sentirme penetrada suavemente de la emoción de la felicidad, en vez del tedio henchido de deseos y de esperanzas vagas que me abrumaba en tiempos anteriores.

No pudiendo dormirme, me levantaba é iba á sentarme en la cama de Katia para decirle lo contenta que me sentía.

No necesitaba Katia de esas confidencias para adivinar mi dicha. Se limitaba á asegurarme que también ella era feliz, y me daba un abrazo. Yo me dejaba convencer fácilmente, porque tenía necesidad de creer dichosos á cuantos me rodeaban.

Pero Katia no olvidaba que era hora de descansar; hacía como que me regañaba, me echaba de su cama y se dormía. Yo continuaba pensando en todo lo que constituía mi ventura. A veces me salía de la cama y me ponía á orar con mil efusiones para dar gracias á Dios por la felicidad que me había concedido.

Una noche reinaba en mi cuarto un profundo silencio; no se oía más que la respiración de Katia y el sonido de su reloj que tenía cerca de sí. Yo daba vueltas en la cama, y balbucía oraciones, besando la cruz que llevaba al cuello. Todas las maderas estaban cerradas; se oía zumbar un moscardón ó un mosquito que andaba dando vueltas; y yo sentía deseos de no salir jamás de aquel cuarto, yo hubiese querido impedir que luciese el alba, permanecer de aquella manera eternamente y que jamás viniese nada á disipar mi éxtasis.

Me parecía que mis divagaciones, mis ideas y mis rezos revestían una forma animada, vivían conmigo en la oscuridad, revoloteaban alrededor de mi cama y se inclinaban hacia mí.

Y cada uno de mis pensamientos era su pensamiento, y cada uno de mis sentimientos el sentimiento suyo.

Pero yo ignoraba que todo eso es el amor; pensaba que un sentimiento que nacía tan fácilmente debía durar siempre, sin fin.

III

Un día, durante la siega, fuí á sentarme con Katia y Sonia después de la comida, en nuestro banco favorito del jardín, á la sombra de los tilos que dominan la cañada más allá de la cual se extiende la vista por los campos y el bosque.

Hacía tres días que no habíamos visto á Serguei Mikhailovich, y esperábamos su visita, porque el subintendente nos había dicho que iría á examinar los trabajos.

En efecto: hacia las dos lo ví de lejos entrar á caballo en un sembrado de cebada. Katia mandó servir melocotones y cerezas — manjar regalado para él;—después me miró sonriendo, se acomodó en el banco, y se quedó traspuesta.

Yo arranqué una rama encorvada de tilo, cuyas hojas y cuya corteza rebosaban de sávia que me corría por la mano, y empecé á agitarla como un abanico sobre mi *nanía* dormida. En la otra mano tenía un libro, y leía levantando los ojos á cada momento, para mirar hacia el camino por donde debía pasar Serguei Mikhailovich para reunirse con nosotros. Sonia sentada al pié de un añoso tilo, construía un pabellón para su muñeca.

El día era caluroso, no se levantaba un soplo de aire, y la atmósfera estaba caldeada en exceso. Se habían formado nubes que iban acumulándose en una masa negra; desde por la mañana se preparaba una tempestad.

Me sentía sobreexcitada, como me sucede siempre antes de la tormenta.

Sin embargo, entrada la tarde, disipáronse las nubes en todos sentidos, é irradió el sol en un cielo puro.

A lo lejos, no obstante, zumbaba el trueno, y de vez en cuando dibujábanse los pálidos zigzags de un relámpago al través de una densa nube que se confundía en el horizonte con el polvo de las eras.

Evidentemente aquel día no tendríamos tempestad.

Por el camino que se descubría á trechos más allá del jardín rodaban sin interrupción rechinando altos carros repletos de mies; cruzaban sin cesar otros carros de adrales, que volvían de vacío con gran estrépito conduciendo á los segadores cuyas piernas saltaban y cuyas blusas flotaban al viento.

Yo vislumbraba al través del follaje el espeso polvo, que no corría

arremolinado para volver á caer al camino, sino que permanecía inmóvil en el aire, detrás de la valla del jardín.

En el cercado se oían las mismas voces y el mismo rechinar de ruedas; se veían pasar de contínuo las mismas mieses doradas, desfilando lentamente para volar después al aire, y á mis ojos iban creciendo las hacinas cónicas como casas de agudo tejado, sobre las cuales corrían á manera de hormigas las siluetas de los campesinos.

Más allá, en el campo polvoriento, movíanse asimismo los carros, veíanse también espigas de oro, y mezclábase en un murmullo confuso el mismo ruído de ruedas, de voces y de canciones.

Hacia una parte se descubría más campo segado cada vez y aparecía el linde cubierto de ajenjos. Un poco más á la derecha, en medio de gavillas esparcidas confusamente, se distinguían las sayas de variados colores de las mujeres que ataban los haces. Se encorvaban sus cuerpos, se agitaban y cruzaban sus brazos, se alineaban á poco hermosas mieses, y al punto se restablecía el orden en la era. Aquel espectáculo que anunciaba el fin de la cosecha me entristeció, pareciéndome de repente que el estío había cedido su puesto al otoño.

Por todas partes reinaban el polvo y el calor, excepto en nuestro rincón resguardado del jardín. Por todas partes iban y venían muchedumbres de segadores, hablando y moviendo gran bullicio, en medio de aquella atmósfera pesada y caldeada por un sol de justicia.

Durante ese tiempo, Katia echada á la sombra en nuestro banco, roncaba suavemente, cubierta por su pañuelo de blanca batista; las sabrosas y suculentas cerezas brillaban en la canastilla; jamás habían parecido más frescas y primorosas nuestras faldas, jamás el agua de la jarra había reflejado más vistosos arcos iris en las facetas de cristal, jamás había sentido yo un bienestar tan profundo.

«Después de todo (pensé), ¿tengo yo la culpa de ser tan felíz?... Pero ¿con quién compartir mi felicidad? ¿Cómo y á quién puedo consagrarme y hacer partícipe de toda mi ventura?

El sol había desaparecido tras las copas de los abedules; volvía á bajar el polvo sobre el campo; el horizonte se dibujaba con mayor claridad y limpieza á la luz oblícua del poniente; las nubes se habían desvanecido; al través de los árboles distinguíanse en el cercado tres nuevas hacinas que acababan de abandonar los campesinos; los ca-

rros partían al galope, y los segadores lanzaban gritos de alegría: aquel viaje debía ser manifiestamente el último de la jornada.

Las mujeres, con las mielgas al hombro y ceñida de mieses la cintura, volvían á la casa cantando á grito herido; pero Serguei Mikhailovich no llegaba. Sin embargo, ya hacía mucho tiempo que lo había visto bajar de la colina.

Lo divisé de repente en la calle de árboles hacia el lado por donde menos lo esperaba; había dado la vuelta al barranco.

Avanzaba presuroso hacia mí, con el sombrero en la mano y la cara alegre y radiente; pero, advirtiendo que Katia dormía, se mordió los labios, cerró los ojos y empezó á andar de puntillas.

Conocí al momento que se encontraba en ese estado de alegría sin razón de ser, en que tanto me gustaba verlo, y que llamábamos «su alegría salvaje.» En esos instantes era como un chiquillo escapado de la escuela: toda su persona, desde los pies hasta la coronilla, respiraba satisfacción y júbilo, y retozaba en sus ojos la picardía juvenil.

—Buenas tardes, buenas tardes, violetita, ¿qué tal, bien?—me dijo en voz baja, estrechándome la mano.

Le pregunté por su salud, y me respondió:

—Perfectamente bien; tengo trece años, ni un día más, y unas ganas locas de jugar al caballo y de trepar á los árboles.

—Se encuentra V. en su «alegría salvaje»—le dije mirando sus ojos risueños, y sintiéndome invadir también por aquella *alegría salvaje*.

—Sí—respondió guiñando los ojos, y reprimiendo la risa—pero ¿por qué pega V. á Katia en las narices?

Con el placer de verlo, no había notado que, abanicando á Katia, le había quitado el pañuelo que le tapaba la cara, y la cosquilleaba con las hojas de la rama.

Me eché á reir.

—Verá V.; va á sostenernos que no ha dormido—le dije quedo, como si temiese despertar á Katia, pero en realidad porque me causaba un placer inexpresable hablar tan bajo á Serguei Mikhailovich.

Por toda respuesta, movió los labios remedándome, como si no pudiese oirme por bajar demasiado la voz.

Después, atisbando la canastilla de cerezas, la cogió haciendo como que la robaba, corrió hacia el tilo en que se hallaba Sonia, y se sentó encima de sus muñecas. Mi hermanita empezó por enfadarse, pero Serguei hizo en seguida las paces con ella, preguntándole quién de

los dos comería más cerezas en el mismo tiempo.

—¿Quiere V. que mande traer más? O, si no, ¿vamos á cogerlas nosotros mismos?—repuse.

Tomó la canastilla, metió dentro las muñecas, y echó á correr hacia el huerto de frutales; Sonia lo perseguía gritando y tirándole de los faldones para que le devolviese sus muñecas.

Se las entregó con mucha gravedad, y, volviéndose hacia mí, me dijo á media voz, aun cuando ya no tenía que respetar el sueño de Katia:

—Vamos ¿no tengo razón para llamarle á V. violeta? Después de todo el polvo y de todo el calor de este día de trabajo, me basta acercarme á V. para respirar el perfume de esa dulce flor... Y ¿sabe usted? No es el de la violeta embalsamada, sino el de esa violeta de un azul sombrío que trasciende á la nieve derretida y á la hierba primaveral.

—¿Van bien las faenas de los campos?—pregunté por disimular la emoción que habían excitado en mí esas palabras.

—¡Muy bien! La gente del pueblo se presenta excelente por todas partes. Cuanto más se la conoce, más se la quiere.

—Es verdad—respondí.—Hoy, antes de venir V., estaba sentada en el jardín, y, mirándolos trabajar, me ha dado vergüenza verlos afanarse de ese modo, mientras yo permanecía al fresco de brazos cruzados y...

—Amiga mía—dijo, interrumpiéndome gravemente, pero hundiendo en mis ojos una mirada cariñosa—no gaste V. esa clase de coqueterías: el trabajo del pueblo es cosa sagrada... Dios la libre de hacer ostentación de semejantes sentimientos.

—Pero si estas cosas no se las digo á nadie más que á V...

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero ¿y nuestras cerezas?...

La cerca de los árboles frutales estaba cerrada, y todos los jardineros ausentes, porque Serguei Mikhailovich los había llevado á la siega. Sonia corrió á buscar la llave, pero nuestro amigo, sin esperar su vuelta, trepó á lo alto del muro, levantó el enrejado que protegía los árboles, y saltó al huerto.

—¿Quiere V. cerezas?—me gritó desde abajo...—Alárgueme la cesta...

—No, quiero cogerlas yo misma; voy por esa llave... Sonia no vuelve...

En ese momento me entró una comezón irresistible de ver lo que hacía y cómo se encontraba, figurándose que nadie podía verlo. Por

nada del mundo hubiese querido perderlo de vista un sólo instante en aquella hora.

Me deslicé de puntillas por entre las ortigas, y de ese modo dí vuelta á las tapias hasta que encontré un sitio donde bajaba la cerca; subiéndome en un tonel vacío que allí había, el muro no me llegaba ya más que á la cintura; é inclinándome, pude mirar al interior. Empecé por admirar el espectáculo que ofrecían aquellos árboles viejos, de anchas y recortadas hojas, cuyas ramas se doblaban con el peso de los negros racimos de sabrosas cerezas, y luego, metiendo la cabeza por debajo del enrejado, vislumbré al que buscaba detrás del retorcido tronco de un viejo cerezo.

Creía sin duda que yo me había ido, y que se hallaba al abrigo de toda mirada. Estaba sentado sobre las raíces del árbol, con la cabeza descubierta y cerrados los ojos, entreteniéndose en pasar de una mano á otra una cereza. De repente se encogió de hombros, abrió los ojos, balbuceó alguna cosa y sonrió.

Aquella sonrisa y aquel murmullo se parecían tan poco á cuanto yo sabía de él, que me dió vergüenza haberle espiado.

Me pareció que había dicho: ¡Mariquita!.. ¡No, no es posible!—pensé.

—¡Querida Mariquita!—repitió más suavemente y con acento más cariñoso aún.

Esta vez le había oído con perfecta claridad.

Empezó á palpitarme el corazón con tanta fuerza é invadió todo mi ser tan violentamente una alegría llena de turbación, como si se tratase de un placer prohibido, que tuve que apoyarme en el muro con las dos manos para no caer y delatarme.

Ese movimiento le reveló mi presencia; miró alrededor de sí soliviantado; bajó los ojos, se sonrojó y se puso tan encarnado como un niño. Quería decirme algo, pero no acertaba y su rostro se encendía más cada vez.

Con todo, sonrió mirándome; yo le respondí con otra sonrisa, y entonces su semblante irradió de gozo. No era el tío venerable que me acariciaba y guiaba paternalmente; era un igual, que me amaba y temía como yo á él.

Nos mirábamos sin cruzar una palabra, cuando de pronto se oscureció su frente, se borró de sus labios la sonrisa, se apagó el brillo de sus ojos, y, recobrando en seguida su tono protector, dijo friamente como para ponerme sobre aviso y advertirme que pasaba algo malo entre nosotros:

—Pero bájese V., puede hacerse daño.

Parecía entrar súbitamente en posesión de sí mismo y querer invitarme á volver en mí. Añadió:

—Arréglese V. el pelo; ¡no sé que parece V.!

—¿Por qué esta comedia?—pensé en mi interior.—¿Por qué ese empeño de contrariarme? Y al punto me acometió un deseo irresistible de ponerlo á prueba nuevamente, y ensayar mi imperio sobre él.

—No—respondí—quiero coger las cerezas yo misma.

Y agarrándome con las dos manos al árbol más próximo, me lancé al borde del muro; Serguei Mikhailovich apenas tuvo tiempo de acercarse á tenderme la mano para sostenerme, cuando ya había saltado al jardín.

—¡Qué tonterías hace V.!—exclamó sonrojándose de nuevo, y esforzándose en disimular su turbación aparentando enfadarse.—Hubiera V. podido herirse—continuó y ¿cómo va V. á hacer para salir de aquí?

Estaba aún más confuso que antes, pero ahora me asustó su emoción, en vez de causarme placer.

Me sentí alterada á mi vez, me sonrojé, y para evitarlo, y no sabiendo qué decir, me puse á coger cerezas, sin saber dónde echarlas. Me reconvenía á mí misma, me arrepentía, tenía miedo, me parecía que esa travesura me había perdido irremediablemente á los ojos de Serguei Mikhailovich.

Los dos callábamos, y nos encontrábamos tan atados el uno como el otro.

Por fin, llegó Sonia con la llave, y nos sacó de aquella situación embarazosa.

Pero durante largo rato no hablamos más que á mi hermanita sin atrevernos á cruzar una mirada.

Poco después volvimos al lado de Katia, la cual nos afirmó que no había dormido y que lo había oído todo. Yo me calmé un poco, y Serguei Mikhailovich se esforzó en recobrar su tono paternal y protector, pero sin conseguirlo, porque ya no me imponía.

Entonces volvió á mi memoria con una viveza extraordinaria una conversación que habíamos tenido algunos días antes.

Sostenía Katia que á un hombre le es más fácil que á una mujer amar y declarar su amor.

—Un hombre—decía—puede declarar siempre su amor, mientras que una mujer no se atreve.

—A mí me parece—replicó Serguei Mikhailovich—que tampoco debe ni puede declararlo un hombre.

—¿Por qué no?—pregunté.

—Porque su declaración será siempre una mentira... Ama... ¡Qué

descubrimiento! Oyéndolo, se diría que en el instante de hacer esa revelación estalla dentro de él alguna cosa. ¡Bah!... ¡A...ma!... Parece que, cuando un hombre dice á una mujer «te amo», debe pasar alguna cosa extraordinaria, como una aparición... como si se tirase un cañonazo. Creo—añadió—que los hombres que toman en serio esas palabras sacramentales: «Yo amo á V.», se engañan á sí mismos ó engañan á los demás, que es más grave.

—Pero ¿cómo va á saber una mujer que la aman, si no se lo dicen?—preguntó Katia.

—¡No sé!—respondió.—Cada hombre expresa el amor á su manera. Ese sentimiento se manifiesta constantemente. Siempre que leo novelas, no puedo menos de representarme el desconcierto del protagonista, al exclamar: «¡Yo te amo, Leonor!», esperando que van á suceder grandes cosas, cuando el hecho es que no pasa nada nuevo ni en él ni en su heroína, sino que los dos siguen con su misma cara, su misma naríz y sus mismos ojos.

Comprendí inmediatamente que esas bromas contenían alusiones serias dirigidas á mí; pero Katia no entendía de bromas, en tratándose de héroes de novela.

—¡Siempre paradojas!—exclamó.—Ahora dígame francamente si jamás ha declarado V. á una mujer que la amaba.

—En mi vida he dicho cosa semejante ni me he puesto de hinojos delante de una mujer—respondió riendo—ni lo haré jamás.

Acordándome de esas palabras, pensé:

«No necesita decirme que me ama. Lo sé sin que me lo diga. Y no me engañarán todos sus esfuerzos por parecer indiferente.»

—Toque V. algo—dijo, entrando detrás de mí en el comedor.—Hace mucho tiempo que no la he oído á V.

—Eso me decía yo—respondí.

Y en seguida, clavando bruscamente mis ojos en los suyos, le pregunté:

—Serguei Mikhailovich, ¿no está V. enfadado conmigo?

—¿Por qué?—interrogó.

—Por no haberle escuchado después de la comida—respondí sonrojándome.

Comprendió, meneó la cabeza y sonrió. Su mirada decía que habíamos merecido que nos riñesen, pero que él no se sentía con fuerzas.

—¿No hay ya nada entre nosotros? ¿Volvemos á ser buenos amigos?—insistí, sentándome al piano.

—¡Ya lo creo!—respondió.

Durante toda la noche habló poco conmigo; pero en todos sus movi-

mientos, en todas sus miradas, hasta en las palabras que dirigía á Katia y á mi hermanita, se trasparentaba el amor. De ese amor no me cabían ya dudas; pero compadecía á Serguei, y no le perdonaba que juzgase necesario disimular sus sentimientos y afectar frialdad respecto á mí, cuando yo veía tan claro lo que había, y nos hubiese sido tan fácil ser perfectamente felices.

Entre tanto, no cesaba de atormentarme como un crimen el recuerdo de mi travesura. Me parecía que él había dejado de respetarme desde que franqueé las tapias del jardín, y que estaba enfadado conmigo.

Después de tomar el té me aproximé al piano. El me siguió.

La espaciosa sala de alto techo no estaba alumbrada más que por dos bujías puestas en el piano. Una luna de noche de estío nos sonreía al través de las ventanas abiertas. Todo estaba en calma; no se oían más que las pisadas de Katia que hollaban de vez en cuando la arena, y el caballo de nuestra visita; el animal estaba atado debajo de la ventana, y resoplaba golpeando el suelo con el casco.

Serguei estaba sentado detrás de mí; yo no podía verlo, pero en la penumbra de la sala, en los sonidos del piano, en mí misma, en todas partes, sentía su presencia.

No distinguía su mirada ni sus movimientos, y, sin embargo, repercutían en mi corazón. Me puse á tocar la sonata-fantasía de Mozart que él me había llevado, y que había aprendido con él y para él. No pensaba en mi música, y, sin embargo, me parece que no salí muy mal de mi empeño, y que Serguei Mikhailovich me escuchaba con placer.

Adivinaba que me miraba y que estaba contento. De pronto, sin querer, y sin dejar de tocar, volví la cabeza y dirigí una ojeada hacia su sitio. Su cabeza se destacaba sobre el claro fondo de aquella noche luminosa. Tenía la mejilla apoyada en la mano, y posaba en mí dulcemente sus brillantes ojos.

Sonreí al encontrar esa mirada, y paré; él también sonrió, y, reconviniéndome con un ademán, señaló el papel de música para que continuase.

Cuando acabé la sonata, ya estaba alta la luna, y su claridad más intensa, reforzando el ténue resplandor de las bujías, inundaba el suelo de una ola de argentada luz.

Katia dijo que había tocado mal, porque me había parado en el pasaje más hermoso, pero Serguei Mikhailovich declaró al contrario, que

no había tocado nunca mejor que aquella noche.

Se puso á pasear, yendo de la sala al comedor, y cada vez que volvía hacia mí me miraba y sonreía. Yo le devolvía su sonrisa, y hasta me daban unas ganas locas de reir, sin venir á cuento, sino sólo porque estaba muy contenta de todo lo que había pasado aquel día. Cuando él salía del comedor, yo abrazaba en seguida á Katia que se había acercado al piano, y le plantaba un beso debajo de la barba, en el sitio favorito para mí de su rollizo cuello; en cuanto él volvía á entrar, me ponía muy seria, aun cuando pasaba los mayores apuros por contener la risa.

—¿Qué tiene hoy? — preguntó Katia.

Serguei Mikhailovich no respondió; se limitó á mirarme y á sonreir. Sabía lo que tenía yo aquel día.

—¡Vean ustedes que noche tan hermosa! — exclamó desde la sala deteniéndose delante de la puerta que daba á la azotea.

Katia y yo nos unimos á él. En efecto: jamás había visto una noche semejante.

La luna llena se encontraba encima de nuestra casa, y no podíamos verla. La mitad de la sombra del techo, de las columnas y del toldo se proyectaba oblícuamente sobre el paseo de arena y el redondel de césped. Todo el resto de la azotea resultaba en relieve á la luz de la luna y brillaba con el rocío.

Sobre la ancha avenida guarnecida de flores, que se perdía á lo lejos en la bruma, se dibujaban las siluetas de las dalias al lado de la faja luminosa y fría en que centelleaban los guijarros desiguales. Al través del ramaje se veía relucir el techo liso de la estufa, mientras que del fondo del barranco subía una niebla y avanzaba espesándose. En las ramas de las lilas, desfloridas ya en parte, se distinguían claramente los racimos de flores húmedas de rocío. La sombra y la luz se combinaban en los paseos con efectos tan fantásticos, que no eran ya árboles y sendas lo que se veían, sino especies de casas trasparentes que se balanceaban con suaves ondulaciones.

A la derecha, dentro de la sombra de la casa, todo aparecía negro, siniestro, espantoso. En ese fondo oscuro destacábase por contraste brillantemente la atrevida copa del álamo. Se preguntaba uno por qué esa copa había detenido su vuelo á la altura de la casa para bañarse en esa cruda luz, en vez de lanzarse más arriba, allá á lo lejos, á las profundidades del cielo azulado.

—¡Vamos á pasear! — exclamé.

Katia consintió á condición de que me pusiese zuecos.

—No, no es menester—respondí. Serguei Mikhailovich me dará el brazo.

No es fácil ver cómo podía preservar mis pies de la humedad el brazo de Serguei Mikhailovich, pero á todos tres nos pareció muy natural la observación.

El no me había ofrecido nunca el brazo; aquella noche lo tomé yo por mí misma, y no le pareció una cosa extraña. Bajamos los tres á la azotea.

Se me figuraba que el cielo, el jardín, el aire que respiraba y el mundo entero eran nuevos para mí.

Cuando miraba hacia adelante por el paseo que seguíamos, me figuraba que no había nada más allá, que el mundo de la realidad concluía al extremo, que aquella noche debía cristalizarse para siempre con toda su belleza. Pero á medida que avanzábamos el muro mágico de la belleza, alejaba sus límites para dejarnos pasar, y por doquiera encontrábamos más jardín, más árboles, más caminos y hojas secas.

Y así era la verdad, porque pasábamos de una calle á otra, hollando círculos de sombra y de luz, y crujían bajo nuestros pies verdaderas hojas secas, y acariciaba nuestra cara fresco follaje.

El era, sin duda, el que iba junto á mí, sosteniendo blandamente mi brazo, y andando de una manera acompasada y sosegada; y Katia era también positivamente la que iba junto á nosotros haciendo crujir la arena con sus pisadas.

La luna debía ser la que derramaba su luz desde lo alto del cielo entre las ramas inmóviles.

Pero á cada paso que daba hacia adelante y hacia atrás, cerrábase el muro mágico, y dejé de creer en la posibilidad de avanzar, dejé de creer realidad todo lo que veía.

—¡Ah! ¡una rana!—gritó de repente Katia.

«Sí (pensé maquinalmente), una rana; pero, ¿á qué ese grito?» Entonces recordé que Katia tenía miedo á esos batracios, y miré al suelo.

Saltó una rana pequeña, se detuvo delante de mis pies, y también ella proyectó su sombra menuda en la arena brillante del paseo.

—¿Y V. no tiene miedo á las ranas?—me preguntó Serguei Mikhailovich.

Dirijí los ojos hacia él. Faltaba un tilo en el sitio del paseo donde nos encontrábamos, y pude distinguir claramente las facciones de mi amigo. ¡Qué hermoso me pareció su semblante, y cuánta felicidad expresaba!

Serguei Mikhailovich me había

dicho: «¿No tiene V. miedo á las ranas?», y yo creía oir su pensamiento:

—«¡Te amo, querida niña!»

«Te amo, te amo», me decían sus manos y su mirada; «¡te amo!» me repetían la luz, la sombra y el aire.

Habíamos dado la vuelta al jardín. Katia nos acompañaba constantemente, jadeante de fatiga.

Por fin anunció que era hora de entrar, y tuve lástima de ella.

«¿Por qué no siente lo que sentimos nosotros? (pensé). ¿Por qué esta noche no es tan feliz todo el mundo como él y yo?»

Entramos en la casa, pero Serguei Mikhailovich permaneció todavía mucho tiempo, á pesar de haber cantado ya una vez los gallos, á pesar de estar sumida en el sueño toda nuestra casa, y á pesar de los resoplidos del caballo que golpeaba con el casco debajo de la ventana más fuerte cada vez.

Katia no nos hizo observar que era una hora avanzada, y continuamos hablando, sin cansarnos, de cosas indiferentes. Al tecer canto del gallo, cuando empezaba á rayar la aurora, se levantó Serguei Mikhailovich; eran las tres de la mañana.

Se despidió sin decir nada, como de costumbre, pero yo estaba segura de que á partir de ese día me pertenecía, y nada podría arrebatármelo.

Ahora que me había confesado que amaba á Serguei Mikhailovich, me apresuré á confiárselo á Katia. Se enterneció y regocijó con mis confesiones; pero la alegría no le impidió dormir tranquilamente. Yo seguí paseándome aún por la azotea mucho tiempo, y volví á andar las calles del jardín que habíamos recorrido juntos, repasando en mi memoria todas las palabras que había pronunciado y hasta sus movimientos más insignificantes.

Aquella noche no dormí, y por primera vez de mi vida, ví la salida del sol y el comienzo de la mañana.

Jamás he vuelto á ver una noche igual ni mañana tan radiante.

Me preguntaba á mí misma: «¿Por qué no me dice sencillamente que me ama? ¿Por qué crea obstáculos imaginarios? ¿Por qué se hace más viejo de lo que es, cuando todo es tan sencillo y tan bello? ¿Por qué pierde tiempo, ese tiempo que es oro... que quizá no volverá nunca? ¿Por qué no me dice: «yo te amo»? ¿Por qué no toma mi mano para descansar en ella su cabeza, y decirme: «¡yo te amo!»? ¿Por qué no se sonroja y baja los ojos delante de mí, y yo también se lo diría todo?... ¡Oh, no! yo no podría decírselo, pero lo abrazaría, me apoyaría en su seno y lloraría...

Pero ¿y si me engañase? Esa duda atravesó de pronto por mi mente.

Tuve miedo de mi propio sentimiento. Dios sabe hasta donde hubiera podido conducirme. Me acordé de su turbación y de mi confusión cuando salté al huerto, y sentí un peso en el corazón. Corrieron las lágrimas de mis ojos. Me puse á rezar.

Cruzaron por mi espíritu una esperanza y una idea extraña: resolví empezar á prepararme para la comunión aquel mismo día, y decidí tomarla el de mi cumpleaños, dando por supuesto que en esa misma fecha me desposaría con Serguei Mikhailovich.

¿Por qué esa combinación? ¿Cómo había de cumplir ese designio?... Lo ignoraba, pero en aquel instante tenía el presentimiento de que sería así, y lo creí.

Cuando entré en mi habitación, era ya día claro y se levantaba la servidumbre.

IV

Estábamos en la cuaresma, y nadie se asombró de que me preparase para comulgar.

Serguei Mikhailovich no vino á casa en toda la semana, y, lejos de sorprenderme ni disgustarme, aprobé su reserva, y conté que aplazaría su visita para el día de mi cumpleaños.

Durante esa semana madrugué mucho todas las mañanas, y, mientras enganchaban el coche, me paseaba sola por el jardín para hacer examen de conciencia, repasando en mi memoria las faltas que había podido cometer la víspera, formando resoluciones para aquel nuevo día, y, prometiéndome que al siguiente no tendría que reconvenirme el más pequeño pecado. Me parecía que nada era más fácil que ser una persona cabal, y que, para conseguirlo, me bastaría un pequeño esfuerzo.

Interrumpía mis reflexiones la llegada de larga *ligneika* en que ya se encontraba Katia; yo me sentaba á su lado, y nos dirigíamos á la iglesia situada á tres kilómetros de nuestra casa. Al acercarme, me acordaba siempre de que se nos ordena rezar por todos nuestros hermanos «en el temor del Señor», y al subir las dos gradas cubiertas de hierba, procuraba penetrarme bien de ese sentimiento.

No había en la iglesia más que una decena de campesinas y algunos criados de nuestra casa que se preparaban también para la comunión. Esforzábame en responder á sus saludos con una humildad estu-

diada; después me dirigía á la caja de los cirios, que guardaba el viejo sacristán, un soldado retirado; cogía uno é iba á colocarlo yo misma delante de los icones, pareciéndome siempre que acababa de realizar un acto heroico.

Las puertas del Tsar estaban abiertas, y se veía en el santuario el velo del altar bordado por mi madre; sobre el iconostasio estaban los dos ángeles rodeados de estrellas, que me parecían tan grandes, cuando era niña, y la paloma con su nimbo de oro, objeto de mi admiración.

Detrás del coro distinguía las fuentes bautismales, donde tantas veces había tenido yo á los hijos de nuestra servidumbre y donde me habían bautizado á mí misma.

Salió del santuario el anciano sacerdote con la casulla hecha del paño mortuorio qué había cubierto el sarcófago de mi padre; dijo el oficio con la misma voz que he oído siempre desde que vine al mundo, con aquella voz que celebró el bautismo de mi hermanita, y pronunció el *De profundis* delante de los cadáveres de mis padres.

Reconocía asimismo la voz temblona del sacristán que dominaba siempre el coro, y la anciana campesina que había visto invariablemente en el mismo sitio, encorvada, arrimada al muro, levantando los ojos llenos de lágrimas hacia el icón colocado sobre el coro, estrechando con las manos cruzadas sobre el pecho un pobre chal ajado, y murmurando oraciones con los labios descoloridos y hundidos.

Todas esas cosas familiares crecían á mis ojos; revestían un carácter sagrado; no me eran ya queridas sólo por el recuerdo, sino que me parecían llenas de alta significación.

Escuchaba atentamente todas las palabras de la oración, y procuraba experimentar sentimientos en armonía con esas palabras; cuando no las comprendía, rogaba á Dios que me iluminase, ó rezaba mentalmente una oración mía en sustitución de la que no había podido seguir.

Al llegar el *Confiteor*, evocaba todo mi pasado, y ese pasado infantil é inocente me parecía tan sombrío en comparación del luminoso estado de mi alma, que lloraba por mis pecados temerosa y trémula, pero creyendo á la vez que me serían perdonadas mis faltas, y que cuanto más culpable fuese tanto más dulce sería el arrepentimiento.

Cuando el sacerdote decía después del oficio: «La bendición de Dios es sobre vosotros», se apoderaba de mí inmediatamente una

sensación de bienestar, sentía penetrar en mi corazón un cálido rayo, que me inundaba de luz.

Terminado el oficio, el pope se acercaba á mí, y me ofrecía ir á decir las primeras vísperas á la casa; yo le daba las gracias vivamente por esa atención y anunciaba que iría yo misma á la iglesia.

El insistía:

—¿Para qué ha de tomarse usted ese trabajo?

Y no sabía ya qué responder, temiendo pecar por orgullo.

Cuando no me acompañaba Katia, despedía el coche al llegar, y volvía á pie, completamente sola; saludaba humildemente y muy bajo á todos los que encontraba, buscando la ocasión de hacerme útil á alguien, de sacrificarme por cualquiera, dando un consejo á éste, ayudando á aquél á levantar su carro, meciendo á un niño, ó cediendo la orilla del camino á un aldeano y yendo yo á meterme en medio del lodo.

Una noche oí á nuestro administrador, cuando iba á dar á Katia su parte diario, que el *mugik* Simeón había pedido unas tablas para hacer el ataud de su hija y un rublo de plata para mandar decir una misa, y que se lo había dado todo.

—¿Tan pobres son?—exclamé.

—Muy pobres, señorita; no tienen siquiera para comprar sal.

El corazón se me oprimía, pero al mismo tiempo experimenté cierta satisfacción. Dije á Katia que iba á pasearme. Lo que hice fué correr á mi cuarto, coger todo mi dinero, cuanto yo poseía—que, á decir verdad, no era mucho—santiguarme, y dirigirme sola por el terrado y el jardín hacia la aldea en busca de la cabaña de Simeón.

Habitaba en la primera *isba*. Pude acercarme á la ventana sin ser notada, dejé el dinero en el reborde y golpeé en los vidrios.

Al momento se abrió la madera, y salieron de la *isba* preguntando quién llamaba: pero yo huí, sin responder, temblando y helada de terror como una criminal.

Katia me preguntó dónde había estado y qué me había sucedido. Yo pasé delante de ella sin desplegar los labios, ni poder comprender la significación de sus palabras.

Cuanto me rodeaba me pareció de repente pequeño, mezquino. Permanecí largo rato en mi habitación sin poder ocuparme de nada, ni fijar mi pensamiento, ni darme cuenta de lo que sentía.

Pensaba en la alegría de aquella pobre familia, en su gratitud hacia el desconocido que había puesto el dinero en la ventana, y casi me pesó no habérselo entregado yo misma. Luego pensé en lo que hubiese dicho de ese acto Serguei

Mikhailovich, y me holgaba creyendo que todo el mundo lo ignoraría siempre.

¡Qué feliz era en aquel momento! Por una parte, me parecía que todos éramos muy malos, pero, por otra, no podía menos de juzgarme á mí misma y á los demás con tanta indulgencia, que la idea de la muerte se ofreció á mis ojos como un venturoso sueño. Lloraba orando, sonreía en medio de mis lágrimas, y sentía desbordarse de mí un amor que abrazaba al mundo entero y me hacía enternecerme por mí misma.

Entre los oficios leía el Evangelio, y ese libro se me presentaba más claro cada vez; á cada instante me parecía más sencillo y conmovedor el relato de aquella vida divina, y más impenetrable y sublime la profundidad de sentimiento y de pensamiento que encontraba en la palabra santa.

Pero, en cambio, cuando después de la lectura miraba en torno mío, y dirigía mi pensamiento hacia la vida cuotidiana, ¡qué fácil y sencillo me parecía todo! Creía que nada era tan difícil como vivir en el pecado, ni tan sencillo como amar al prójimo y conseguir su amor. ¡Todo el mundo se había hecho tan bueno y cariñoso para mí! Hasta Sonia, á quien seguía dando lecciones, estaba transformada, y se esforzaba en comprenderme, en serme agradable y en no darme que sentir.

Es que los demás obraban conmigo como yo con ellos.

Después pensaba en mis enemigos, á quienes debía pedir perdón antes de confesarme. Me acordé de una joven, una vecina, sobre quien me había permitido una broma en sociedad un año antes. Ella dejó de ir á vernos. Le escribí una carta, en que confesaba mi falta, pidiéndole perdón, y la joven me dirigió otra, pidiéndome perdón también al par que me concedía el suyo.

Lloré de alegría al leer aquellas sencillas líneas en que encontraba un sentimiento profundo y conmovedor.

Cuando fuí á pedir perdón á mi *niania,* se deshizo en lágrimas.

—¿Por qué son tan buenos para mí? ¿Qué he hecho yo para merecer su cariño?—me preguntaba.

E involuntariamente me acordé de Serguei Mikhailovich, y pensé en él largo rato. No podía menos de hacerlo, y no creía pecar en eso.

Pero pensaba en él muy de otro modo que la noche en que me confesé á mí propia que lo amaba; pensaba en él como en mí misma, y lo asociaba de continuo á todos mis ensueños de porvenir.

Habíase desvanecido aquel sentimiento abrumador de su superioridad que me oprimía en su presencia. Me reputaba igual á él, y, juzgándolo desde las alturas á que me elevaba el estado presente de mi espíritu, penetraba en su alma entera. En aquel momento comprendí por primera vez por qué decía siempre que la felicidad consiste en vivir para otro; yo era ahora de su misma opinión.

Me parecía que los dos juntos disfrutaríamos de una felicidad tranquila y sin fin. No soñaba á su lado ni viajes al extranjero, ni sociedad, ni lujo, sino sólo una dulce vida de familia en el campo, con un eterno y mutuo sacrificio de la propia persona, con un eterno amor y con la conciencia permanente de que velaba á todas horas sobre nosotros una bondadosa Providencia.

Según me había prometido, confesé el día de mi cumpleaños.

A mi regreso de la iglesia experimenté tal plenitud de contento, que sentí como miedo de vivir, temiendo la menor impresión que pudiese venir á turbar mi serenidad.

Pero apenas nos dejó el coche en el patio, rodó en el mismo patio con estruendo una victoria bien conocida, y se unió á nosotros Serguei Mikhailovich.

Me felicitó, y entramos juntos en la sala.

Desde que nos conocíamos jamás me había encontrado tan tranquila y tan independiente en su presencia como aquella mañana. Sentía en mi interior todo un mundo nuevo, impenetrable para él y superior á él; por eso, no experimentaba ninguna cortedad.

El debía tener la intuición de lo que en mí pasaba; lo comprendí por el cariño lleno de deferencia que me atestiguó con un furor casi religioso.

Me acerqué al piano, pero él lo cerró, y se guardó la llave en el bolsillo.

—No turbe V. la paz de su alma; acaba V. de oir una armonía superior á toda música terrestre.

Le agradecí esa atención, pero al propio tiempo llevé un poco á mal que penetrase tan fácilmente el secreto de mi espíritu. Al comer manifestó que había ido para felicitarme y á la vez para despedirse, porque debía marchar á Moscou al día siguiente.

Al pronunciar estas palabras miró á Katia; después dirigió una ojeada furtiva hacia mí, como si temiese notar en mi semblante algunas señales de emoción.

Pero no me asombré, ni me preocupé, ni le pregunté siquiera si se ausentaba para mucho tiempo.

Sabía de antemano que anunciaría su marcha y que no partiría.

¿Cómo lo adiviné? Me es imposible explicármelo ahora. Sólo sé que en aquel día memorable tenía presente en la memoria todo lo que había sucedido y presentía todo lo que debía suceder.

Me hallaba como sumida en un hermoso ensueño donde ni el porvenir ni el pasado tenían ya secretos para mí.

Serguei quiso retirarse inmediatamente después de la comida, pero, como Katia, fatigada por una mañana entera de iglesia, se fué á descansar, tuvo que esperar á que despertara para despedirse.

Como hacía demasiado sol en la sala, bajamos á la azotea. Apenas nos sentamos, empecé á hablar con la mayor calma de lo que debía decidir de la suerte de mi amor.

Entablé la conversación en el momento preciso de sentarnos, ni un minuto antes, ni un minuto después. No habíamos cambiado aún ni una sola palabra, y podía dar á nuestra conversación el carácter y el tono que me conviniesen.

Yo misma no me explico de dónde saqué la calma, la decisión y la claridad de mis expresiones. Parecía que no era yo la que hablaba, sino algo independiente de mi voluntad.

El estaba sentado enfrente, apoyado en la balaustrada; había atraído hacia sí una rama de lila y se entretenía en deshojarla.

Cuando me puse á hablar, soltó la rama, y apoyó la cabeza en la mano. Su actitud era la de un hombre perfectamente tranquilo ó presa, al contrario, de una intensa emoción.

—¿Por qué se va V.?—pregunté, acentuando las palabras, y mirándole al rostro.

No respondió en seguida.

—¡Los negocios!—balbuceó bajando los ojos.

Ví el trabajo que le costaba eludir una pregunta formulada con tanta sinceridad.

—Escuche V.—le dije.—Usted sabe lo solemne que es este día para mí. Está llamado á representar un gran papel en mi vida bajo más de un aspecto. Si le hago esta pregunta, no es para probarle que me intereso por V.—Usted sabe que estoy habituada á verlo desde que tengo uso de razón, y conoce mi cariño;—se lo pregunto porque debo saber á qué obedece su marcha...

—Me es muy difícil—respondió—decirle á V. el verdadero motivo de mi partida... Esta semana he pensado mucho en V. y en mí, y he decidido que debía marcharme. Usted comprende por qué, y, si me quiere, no insista...

Se pasó la mano por la frente, y después se la llevó á los ojos.

—Yo soy el que sufro—añadió—

y usted... usted comprende por qué parto...

Mi corazón latió violentamente.

—No puedo comprender—respondí—*no puedo*, y yo le ruego, yo le pido como un favor, que usted me concederá por ser el día de mi cumpleaños, que me lo diga todo; puedo oir con calma todo lo que tenga V. que decirme.

Cambió de postura, volvió á coger la rama de lila, y, procurando afectar una voz firme, contestó:

—Aunque sea ridículo é imposible expresar eso en palabras, y aunque me haga sufrir, voy á esforzarme en explicárselo.

Contrajo la cara como si experimentase un dolor físico.

—Veamos—le dije.

—Figúrese V. que había una vez un hombre, sí, un hombre de cierta edad que había dejado ya tras de sí la juventud, y una señorita N..., una joven perfectamente felíz, y que no conocía aún la vida ni los hombres. Se vieron acercados por relaciones de familia, y él quiso á esa joven con un afecto paternal sin tener la menor idea de que pudiese un día amarla de otro modo...

Guardó silencio. Yo no hice ninguna observación. Al cabo de un instante continuó apresuradamente, con tono decidido, y sin mirarme:

—Había olvidado que la señorita N... estaba en la edad en que la vida parece aún un juego, que era demasiado fácil amarla de otro modo que como un padre, y que ella se encontrase satisfecha. Se forjó ilusiones hasta el día en que se deslizó en su alma un sentimiento distinto, pesado como el remordimiento, y temió ver destruídas sus relaciones amistosas. Entonces resolvió partir para conservarlas intactas.

Al decir esto, Serguei volvió á pasar maquinalmente la mano por los ojos, y acabó por tapárselos.

—Pero ¿por qué temía amarla?—pregunté muy bajo, y conteniendo mi emoción.

Mi voz permaneció tranquila, y debió parecerle burlona.

Respondió con un tono casi ofendido:

—Usted es joven, y yo no. Usted no desea más que jugar, y yo deseo otra cosa. Juegue V., pero no conmigo, porque yo podría tomar en serio ese juego, y entonces sería desgraciado, y V. misma se avergonzaría. Así hablaba el Sr. A...—añadió—pero dejemos todas esas niñerías... Usted comprende ahora por qué parto. No hablemos más, se lo ruego.

—¡No, no, hablemos!—exclamé, y las lágrimas hicieron temblar mi voz.—¿La amaba él, sí ó no?

Serguei Mikhailovich no respondió.

—Y, si no la amaba—continué—¿por qué ha jugado con ella como con un niño?...

—Sí, sí—dijo precipitadamente, interrumpiéndome—pero, habiendo acabado todo entre ellos, se han separado... como buenos amigos.

—¡Pero todo eso que V. dice es terrible!... Todo eso ¿no podía terminar de otro modo?

Yo misma tuve miedo de lo que acababa de decir.

—Sí, hubiera podido terminar de otro modo—dijo, descubriendo la cara alterada por la emoción, y mirándome al fondo de los ojos.

—Hay dos desenlaces posibles—continuó.—Pero, por favor, no me interrumpa V., y procure escucharme con calma. Los unos dicen—añadió levantándose y con una leve sonrisa amarga y nerviosa—los unos dicen que el Sr. A... se ha vuelto loco, que ha amado á la señorita N... hasta la demencia, que se lo ha dicho... y que ella se ha contentado con reírsele en las barbas. Para ella, eso no era más que una broma; para él era cuestión de vida.

Me extremecí, quise interrumpirle é impedirle hablar por mí, pero me contuvo poniendo su mano sobre la mía.

—Aguarde V.—murmuró con voz trémula.—Otros dicen que la señorita N... tuvo lástima del señor A...; que esa pobrecilla, que jamás había visto el mundo, se figuró que podía amarlo, y consintió ser su mujer. Pues bien: el pobre loco creyó que iba á empezar de nuevo su vida... pero no tardó en descubrir que ella se hacía ilusiones, que él se había engañado... No hablemos más de eso—dijo para concluir.

Le faltaba la voz. Empezó á pasearse silenciosamente delante de mí.

Acababa de decir: «No hablemos más de eso,» y yo veía, sin embargo, que esperaba mi respuesta.

Lo miré: estaba pálido, y le temblaba el labio inferior.

Me dió lástima.

Hice un supremo esfuerzo y rompí de repente aquel silencio que me oprimía, empezando á hablar con una voz sosegada, contenida pero que esperaba ver alterarse de un momento á otro.

—Hay un tercer desenlace...

No tuve fuerzas para continuar...

Serguei Mikhailovich siguió guardando silencio.

—Ese tercer desenlace (continuó con esfuerzo) es éste: El no la ha amado nunca, y le ha hecho un mal al partir, creyendo hacerle un bien y hasta alabándole de esa acción... V. es el que se alegra de marchar

se; en cuanto á mí, lo he amado desde el primer día.

A esta palabra «amado» mi voz tranquila y contenida se trocó en un grito salvaje que á mí misma me dió miedo.

El permanecía en pie delante de mí, muy pálido; se acentuó el temblor convulsivo de sus labios, y corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—¡Es una mala acción!—grité fuera de mí, ahogándome y llenándoseme la garganta de lágrimas de rabia.—¿Porqué?—repetí, y quise levantarme para alejarme de él.

Pero no tuve tiempo; su cabeza estaba ya sobre mis rodillas; sus labios besaban mis manos, temblorosas aún y mojadas por sus lágrimas.

—¡Dios mio! ¡Si yo pudiese creerlo!—balbuceó.

—¿Por qué, por qué dudar?—murmuré.

¡Pero ya en mi alma irradiaba la felicidad, esa felicidad hoy desvanecida y que no volverá nunca!

Cinco minutos despues Sonia corría en busca de Katia, y gritaba bastante alto para que en toda la casa la oyesen:

—¡Sabe usted que Mariquita se casa con Serguei Mikhailovich!

V

No había ninguna razon para diferir nuestro matrimonio, y ni él ni yo teníamos deseos de esperar. Katia hubiera querido seguramente ir á Moscou para encargar mi canastilla de boda, y la madre de mi futuro insistía en que comprase un coche nuevo y renovase el mobiliario y los tapices de su casa. Pero nosotros estábamos de acuerdo en pedir que se nos casase por el pronto, y que se aplazasen para después todas esas cosas, si se creían precisas. Teníamos empeño en que el matrimonio se celebrase de allí á dos semanas, sin ruído, sin canastilla, sin cena de boda, sin campo, ni ninguno de los demás accesorios convencionales que acompañan siempre á un desposorio.

El me confió que para su madre era un desencanto que nuestra unión se celebrase sin música, sin que se transformase la casa desde el sótano al desván, y sin ver acumularse montañas de ropa en las filas de baules nuevos, como sucedió cuando su matrimonio, que había costado más de treinta mil rublos. Así que, sin saberlo su hijo,

la buena señora pasaba revista á sus armarios y celebraba consejo con su ama de llaves Mariuchka á propósito de los tapices, de las colgaduras y de las bandejas que, no sé por qué, le parecían indispensables para nuestra felicidad.

Katia hacía otro tanto con Kuzminichna. A Katia no le hacía gracia que yo me permitiese bromas sobre el particular. Estaba firmemente convencida de que Serguei Mikhailovich y yo, al hablar de nuestro porvenir, decíamos una porción de niñerías propias de novios, pero que nuestra felicidad futura dependía en rigor de la manera como estuviesen hechas las camisas y dobladilladas las servilletas.

Entre Pokrovskoe, nuestra propiedad, y Nikolskoe, la de mi futuro, se estableció un cambio diario de comunicaciones con motivo de lo que en una y otra casa se preparaba. Y áun cuando las relaciones entre Katia y la madre de Serguei Mikhailovich tuviesen el carácter más afectuoso, se insinuaba ya en sus tratos cierta fina diplomacia que dejaba traslucir su puntita de rivalidad.

Tatiana Semionovna, la madre de Serguei Mikhailovich, con quien intimé entonces, era un ama de casa muy severa, muy altiva, toda una gran señora del siglo pasado.

Serguei Mikhailovich quería á su madre, no sólo como un buen hijo, sino como un hombre que veía en ella la mujer más inteligente, más amante y mejor del mundo.

Ella se mostraba siempre buena para nosotros, y sobre todo para mí; estaba evidentemente contenta de ver á su hijo casarse. Sin embargo, cuando fuí á su casa como prometida de Serguei Mikhailovich, me pareció interesada en hacerme comprender que su hijo hubiese podido encontrar un partido mejor, y que yo haría bien en no olvidarlo nunca.

Yo la comprendía perfectamente, y era en todo de su opinión.

Durante las dos semanas que precedieron al matrimonio, ví á mi futuro diariamente. Llegaba á la hora de la comida, y se estaba hasta media noche. Pero, por más que declarase que no podía vivir sin mí —y bien veía yo que decía la verdad—no pasó el dia entero á mi lado una sola vez, y todo el tiempo de nuestras relaciones se esforzó en consagrarse á sus asuntos.

Nuestras relaciones siguieron siendo exteriormente lo que antes; nos llamábamos de V.; no me besaba siquiera la mano; y no sólo no buscaba la ocasión de quedarse á solas conmigo, sino que la rehuía, como si temiera abandonarse al cariño demasiado intenso que me

profesaba, y tratase de evitar la explosión.

Ignoro quién de nosotros había cambiado, pero yo me sentía completamente su igual. No encontraba ya en él aquella afectacion de sencillez que me desagradaba, y descubría á menudo, que tenía delante de mí un verdadero niño, loco de alegría y lleno de humildad, en vez de aquel hombre que me inspiraba temor y me imponía respeto.

Me parecía ahora que conocía su alma entera, y encontraba muy de mi gusto cuanto sabía de él. Hasta los planes que formaba para nuestra vida futura eran los míos, con la sola diferencia de que él los exponía mucho más claramente y mejor que yo.

Hacía mal tiempo, y pasábamos la mayor parte del día en la casa. Nuestras conversaciones más dulces é íntimas las tuvimos en el ángulo de la sala comprendido entre el piano y la ventana.

La luz de las bujías se reflejaba en los vidrios oscurecidos sobre los cuales rebotaban sonoramente gotas de lluvia que caían del tejado; el agua salía con violencia de las canales, y esa humedad de fuera realzaba la alegría, el calor y la luz del rinconcito de la sala en que nos refugiábamos.

—¿Sabe V. que hace tiempo tengo algo que decirle?—esclamó una noche que se había prolongado nuestra conversación hasta más tarde que de costumbre al lado del piano.—He estado pensando en ello todo el tiempo que tocaba V.

—¡No me lo diga! ¡Lo he adivinado todo!—repliqué.

—Sí, tiene V. razón, no hablemos más.

—No, no, dígamelo V... ¿De qué se trata?—repuse mudando de parecer.

—Verá V. lo que es. ¿Se acuerda V. de la historia del Sr. A... y de la señorita N...?

—Me acordaré siempre de esa necia historia... es una suerte que haya terminado tan bien.

—Sí, un poco más, y yo mismo hubiese destruído mi ventura. Usted me ha salvado. Pero lo importante es que yo mentí entonces, y me avergüenzo; por eso quiero esplicarme ahora...

—Le suplico á V. que no añada una palabra...

—¿Qué teme V?—dijo sonriendo.—No trato más que de justificarme. Cuando le hablé á V., quise razonar.

—¿A qué razonar?—respondí.—No hay que razonar nunca los sentimientos.

—Sí, yo he razonado mal. Después de todos los desengaños y de todas las faltas de mi vida, cuando volví á mi casa aquella vez, formé

la resolución de no volver á amar, pensando que ya no me quedaba otra cosa sino acabar mi vida honradamente. Mi resolución era tan firme, que durante mucho tiempo no me dí cuenta del sentimiento que me atraía hacia V., y no previ hasta dónde me llevaría... Esperaba sin atreverme á esperar—añadió después de una pausa.—Tan pronto me parecía que V. coqueteaba, como creía en su amor, y no sabía qué hacer. Pero después de aquella noche... ¿Se acuerda V...? Aquella noche en que nos paseamos por el jardín, tuve miedo... mi ventura me pareció demasiado grande para ser verdadera... Y, en efecto. ¿Qué hubiera sido de mí, si llegando á esperar, hubiesen resultado vanas mis esperanzas? El mal es que no pensé más que en mí, porque soy un egoista indigno.

Calló y me miró.

—Con todo, yo no andaba completamente desacertado—prosiguió.—Tenía perfecto derecho á temer un fracaso. ¿Qué puedo darle á V. á cambio de lo que le debo? ¡Tan poca cosa! ¡V. es todavía una niña, un capullo que aguarda el momento de abrir! V. ama por primera vez, y yo...

—¡Oh! diga V. toda la verdad...

Pero en seguida temí la respuesta que hubiera podido darme, y exclamé:

—No, no; no me diga V. nada.

—¿V. quiere saber si he amado ya?—dijo penetrando mi pensamiento.—Puedo responder á V... No, no he amado nunca: no he sentido jamás un afecto como el que esperimento por V.

Pero de improviso pareció asaltarle un recuerdo penoso, y añadió tristemente:

—No, y por eso me hace falta el corazón de V. para darme el derecho de amarla. Ya ve que tenía el deber de reflexionar mucho, antes de decirle que la amo. ¿Qué le ofrezco yo á V. en cambio de su vida? ¡El amor! Eso es todo.

—¿Y es poco?—pregunté levantando los ojos para encontrar su mirada.

—Poco, amiga mia; para V. es poco—continuó.—¡V. posee belleza y juventud!... Mi felicidad es tan que frecuentemente no duermo noches enteras pensando en nuestra vida futura. He vivido mucho, y creía haber encontrado al fin lo que necesitaba para ser dichoso una vida tranquila y retirada en nuestro rincón del campo, con la posibilidad de hacer bien á los campesinos—cosa bien fácil á que no están acostumbrados, y que será para mí un trabajo útil;—además por distracciones, la naturaleza, los libros, la música, el amor del prójimo... tal era mi sueño de ventu-

ra, y no concebía nada más allá... Y he aquí que sobre eso encuentro una amiga como V., y acaso la familia y todo lo que pueda desear un hombre.

—¿Por qué no?

—Eso es muy bueno para mí que he pasado de la juventud, pero no para V.... Usted no conoce aún la vida, V. sentirá quizá deseos de buscar la felicidad en otra parte, y quizá acabará por encontrarla... En este momento le parece á V. que posee la felicidad entera, porque me ama...

—No, no, yo he soñado siempre una vida tranquila, una vida de familia—exclamé. Eso es lo que me gusta...—Ya ve V. que soñamos lo mismo.

—Le parece á V. que es así, amiga mía, pero es poco para V. Usted posee la belleza y la juventud—repitió pensativo.

Me hirió el que no me creyese y el que pareciera echarme en cara mi juventud y mi belleza.

—¿Por qué me ama V.?—le pregunté con acento de enojo. ¿Por mi juventud ó por mí misma?

—No sé por qué amo á V.; lo que sé es que la amo—respondió fijando en mí su mirada profunda, que llamaba irresistiblemente la mía.

Guardé silencio; mis ojos permanecían clavados, á mi pesar, en sus pupilas.

Experimenté de repente una extraña sensación: empezó por borrarse de mi vista todo lo que me rodeaba; después se desvaneció la cara de Serguei Mikhailovich, y no ví ya más que sus ojos que brillaban delante de los míos; en fin, me pareció que sus ojos penetraban dentro de mí misma; entonces ya no ví ninguna cosa, y tuve que bajar los párpados para arrancarme al sentimiento de éxtasis y de temor que excitaba en mí la fascinación de aquella mirada.

La víspera del día señalado para el matrimonio se despejó el cielo por la noche. A las lluvias, que no habían dejado de caer desde el fin del verano, sucedió la primera noche de otoño: clara y fría. Todo estaba impregnado de una frescura húmeda, y por primera vez se veía en los paseos ya aclarados del jardín las alfombras matizadas del otoño, que temblaban aún alrededor de los árboles en parte desnudos. El cielo aparecía límpido, con un azul pálido de fríos reflejos.

Me dormí muy contenta, pensando que amanecería despejado el día de mi boda.

Me desperté con el sol, y la idea de que era ya *ese día* me llenó de temor y de asombro; me apresuré á bajar al jardín. El sol, bajo aún, formaba portillos luminosos entre las ramas amarillas y despojadas

de los tilos. Las calles estaban cubiertas de hojas rumorosas. Los frutos de los serbales ostentaban su color rojo, un poco sombrío, en medio de los restos de follaje abarquillado y mustio por la helada; las dalias, marchitas, se habían vuelto enteramente negras.

El invierno había sembrado por primera vez su polvo de plata sobre el césped amarillento y sobre los cuadros que se extendían delante de la casa. El cielo estaba demado frío para no ser claro y puro.

«¿Es posible sea hoy?—pregunté; y me costaba trabajo creer en mi felicidad.—¿Es posible que esta noche no me despierte ya en mi cuartito, sino en Nikolskoe, en aquel caserón de columnas, en aquella casa extraña? ¿No lo esperaré más aquí para retenerlo, hablándole toda la noche de Katia y de Sonia? ¿No estaré más con él en nuestro rincón favorito de la sala, cerca del piano? ¿No volveré ya á acompañarlo ni me quedaré intranquila por él al volverse solo á su casa en medio de la oscuridad de la noche?»

Me acordé entonces de que me había dicho la víspera que iba por última vez, y de que Katia, al probarme el vestido de boda, me dijo: «es para mañana,» y por un instante me cercioré de que estaba tan cerca el acontecimiento, pero en-seguida empecé á dudar nuevamente.

«¡Cómo! ¿Desde hoy viviré allá con mi suegra, sin Katia y sin las demás gentes familiares para mí? ¿No besaré ya todas las noches antes de acostarme á mi buena *nanía*, ni le oiré decir, como de costumbre, después de hacer la señal de la cruz: «Buenas noches, señorita?» ¿No daré ya lecciones á Sonia, no jugaré más con ella, no me entretendré más en dar golpecitos sobre el muro que separa nuestros cuartos, ni volveré á oir su risa sonora? ¿De modo que hoy me convierto en una extraña para mí misma? ¿Va á abrirse ante mí una nueva vida, que debe realizar todos mis sueños y todas mis esperanzas? ¿Y esa vida nueva es realmente para siempre?»

Esperaba con impaciencia la llegada de Serguei Mikhailovich; encontraba demasiado pesados mis pensamientos para llevarlos yo sola.

Vino temprano, y sólo en su presencia me cercioré totalmente de que aquel día sería su mujer, y dejó de asustarme esa idea.

Antes de comer nos fuimos todos á nuestra capilla para oir una misa por el reposo del alma de mi padre.

«¡Ah! ¡Si viviese aún!»—pensé cuando volvíamos á la casa, y me apoyé sin decir una palabra en el brazo de mi prometido, que había sido el mejor amigo de mi padre.

Durante el servicio, cuando estando arrodillada toqué con la frente las losas frías de la capilla, me representé tan al vivo á mi padre, que me pareció que su alma estaba presente entre nosotros y que me bendecía.

Todos esos recuerdos, esas esperanzas, esa alegría y esa tristeza, se fundieron en un sentimiento solenme y lleno de encanto, que estaba en armonía con aquel aire tan fresco y tan en calma, con aquellos campos desnudos y aquel pálido cielo, de donde caían rayos brillantes, pero impotentes, que en vano procuraban quemar mis mejillas.

Me parecía que aquel á quién daba el brazo me comprendía y participaba de mi sentimiento. El marchaba en silencio lentamente, y en su semblante, que miraba yo á hurtadillas de vez en cuando, encontraba esa mezcla de tristeza y alegría que había en la naturaleza y en mi corazón.

De pronto se volvió y ví que quería hablar.

«Con tal que no haga alusiones á lo que llena mi corazón en este momento»—pensé con espanto.

Me habló de mi padre sin nombrarlo siquiera. Me acuerdo en particular de estas palabras:

—Un día me dijo: «¡Cásate con mi Mariquita!»

—¡Qué felíz sería hoy!—dije estrechando enérgicamente el brazo en que mi mano se apoyaba.

—Sí, V. era todavía una niña—continuó mirando á mis ojos.—En aquel tiempo besaba yo esos ojos y los quería únicamente por su parecido... ¡Estaba muy lejos de pensar que un día los querría por sí mismos!... Entonces le llamaba á usted Mariquita.

—¿Por qué no me llama V. de tú?—murmuré.

—Iba á tutearte hace un momento: ahora es cuando siento que eres enteramente mía.

Y posó sobre mí su mirada atractiva, serena y venturosa.

Ibamos constantemente por en medio de la paja pisada ó amontonada que había quedado en el campo después de la siega. No oíamos más que el ruído de nuestras vòces y de nuestros pasos amortiguados.

A la otra parte de la cañada se extendía un campo parduzco hasta un desnudo bosquecillo; un labrador trazaba enfrente de nosotros un surco negro que iba siempre ensanchándose. Al pie de la colina pacían varios caballos diseminados; parecía que no había más que alargar la mano para tocarlos.

Por el lado opuesto de la cañada desarrollábase ante nosotros hasta el jardín que dominaba nuestra casa otro campo negro y deshelado, por donde apuntaban aquí y allí los

brotes verdes de las siembras de otoño.

El sol desmayado abrillantaba en el aire la enredada madeja de los hilos de la Virgen, que se cruzaban en todos sentidos, giraban sobre nuestras cabezas, se agarraban á nuestros ojos, al pelo ó á la ropa, y volvían á caer al suelo.

Cuando hablábamos, vibraban nuestras voces con extraña sonoridad, y parecían quedar suspensas en el aire inmóvil; experimentábamos la sensación de estar completamente aislados en la tierra, solos bajo el cielo, recogiendo las pálidas sonrisas de un sol moribundo.

También yo hubiese querido llamar de tú á Serguei Mikhailovich, pero me detenía una especie de vergüenza.

Por fin, dije animosamente y á media voz, con la mayor rapidez posible:

—¿Por qué vas tan deprisa?

Y no pude menos de sonrojarme.

Acortó el paso, y me contempló con más cariño, con más satisfacción y alegría aún.

Al entrar en la casa, encontramos á la madre de Serguei Mikhailovich y á los convidados, sin los cuales parece que no puede celebrarse decorosamente una boda; y á partir de entonces hasta nuestro regreso de la iglesia después de la bendición, no pudimos vernos solos ni un instante.

Cuando entré en la iglesia se hallaba casi vacía; con el rabillo del ojo divisé desde mi sitio á la madre de Serguei Mikhailovich, que estaba cerca del coro, en pie sobre una alfombra, y junto á ella á Katia, con cintas color de lila en el tocado y lágrimas en las mejillas; por último, dos ó tres criados nuestros, que me miraban con curiosidad.

En cuanto á él, no necesitaba verlo para sentir su presencia cerca de mí.

Seguí atentamente las oraciones, y las repetí; pero no encontraron eco en mi alma. No podía rezar; miraba distraidamente las santas imágenes, los cirios, la cruz bordada de la casulla del pope, el iconostasio y las vidrieras, pero no comprendía nada de lo que pasaba. Sentía sólo que se realizaba en mí algo extraordinario.

Cuando el pope se volvió hacia nosotros con la cruz en la mano, y nos felicitó, diciendo que él, que me había bautizado, se congratulaba de que Dios le hubiese concedido la gracia de darme la bendición nupcial, y cuando nos abrazaron Katia y la madre de mi marido, y oí á Gregorio llamar á nuestro cochero, me sorprendí y asusté al ver que ya había concluído la ceremonia sin que hubiese notado en mi

alma nada que correspondiese al sacramento religioso de que acababa de participar.

Mi marido me besó, pero ese beso que le devolví me pareció extraño. ¡Estaba tan poco en consonancia con la intensidad de nuestro pensamiento!

«¿No es más que esto?» pensé.

Bajamos al pórtico; resonaron las ruedas bajo la bóveda de la iglesia; azotó mi cara una bocanada de aire fresco; Serguei Mikhailovich se puso el sombrero y me ayudó á subir al coche; después se sentó á mi lado, y cerró la portezuela.

Sentí una punzada en el corazón: me había herido aquella seguridad con que tiró hacia sí de la portezuela.

Oí la voz de Katia recomendándome que me tapase bien la cabeza; retumbaron las ruedas sobre las piedras, y á poco se apagó su ruído sobre el terreno blando. Estábamos en el camino.

Acurrucada en el rincón del coche, miré al través del vidrio los vastos campos iluminados por la luna, y la carretera que se perdía á lo lejos en aquella viva claridad; y sin mirar á mi marido, lo sentía muy cerca de mí.

«¡Cómo!—me dije.—¡Esta hora solemne de que tanto esperaba no es más que esto!» Y de pronto me pareció humillante y depresivo encontrarme así enteramente sola tan cerca de él.

Me volví con intención de decirle algo. Pero me faltaron las palabras, como si el sentimiento de cariño hubiese dado puesto á un sentimiento de susceptibilidad y de temor.

—¡Hasta este momento no creía en mi felicidad!—dijo dulcemente para responder mi marido.

—Sí, amigo mío, pero... no sé por qué... ¡tengo miedo!...

—¿Tienes miedo de mí?—dijo cogiéndome la mano para llevarla á sus labios.

Mi mano permaneció inerte en la suya, y mi corazón se contrajo dolorosamente como bajo una impresión de frío.

—Sí—murmuré apenas.

Pero en el mismo instante empezó á latirme el corazón con mayor fuerza y á temblar la mano que tenía asida mi marido; se difundió por mí una impresión de bienestar; mis ojos buscaron su mirada en medio de las tinieblas, y sentí de repente que ya no tenía miedo de él, que aquel mismo temor era amor todavía, un amor nuevo, más tierno y más poderoso que antes; sentí, en suma, que le pertenecía por completo, y que me satisfacía el poder que había adquirido sobre mí.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

(Fin de la primera parte).

TEÓFILO GAUTIER

I

Monsieur Emilio Bergerat, casado con la hija menor de Teófilo Gautier y que permaneció al lado del poeta durante los últimos años de la vida de éste, ha publicado un libro cuyo título es: *Teófilo Gautier, conversaciones, recuerdos y correspondencia*. Emilio Bergerat estuvo admirablemente colocado para hablarnos del hombre y decirnos cuáles fueron sus pensamientos últimos y sus últimos proyectos. El libro está, por consiguiente, formado por sus recuerdos, por las conversaciones que el autor sostuvo con el poeta ya moribundo, y por algunas cartas que pudo reunir, en escaso número por cierto. De todas maneras, hay en todo esto documentos muy interesantes.

Holgaríame yo de exponer claramente lo que pensamos hoy de Teófilo Gautier. Para el Sr. Bergerat, no ya solamente el poeta, el crítico ocupa sitio muy preeminente. El autor del libro á que me refiero, dice: «Vendrá un día en que la crítica habrá menester de un estudio completo acerca de la vida y de las obras de Teófilo Gautier. ¿Quién escribirá ese estudio indispensable para la historia literaria del siglo diez y nueve? Algún Sainte-Beuve del porvenir. Pero, por hoy, no es posible realizar esto, porque Teófilo Gautier todavía no está bastante muerto para que se mida el gran espacio que ocupaba en nuestro cielo literario.» Y el Sr. Bergerat prosigue explicando que áun hoy se publican libros, ó mejor dicho, colecciones en que son clasificados y coordinados esos artículos innumerables que Gautier escribió al día y al correr de la pluma. Si se pretendiera publicarlos todos se llegaría á una cifra colosal de volúmenes. Y aquí copio: «Se ha formado un catálogo de las obras completas de Gautier, que por sí solo da ma-

terial más que suficiente para un volúmen abultado. La parte crítica de esta obra, reunida en libros, excedería seguramente en gran número de tomos á la colección de los *Lunes* de Sainte-Beuve; y hablo solamente de la crítica literaria, dramática ó bibliográfica. En lo que respecta á la crítica artística, propiamente dicha, salones, museos, exposiciones en Francia y en Europa, tengo para mí que llegaría al doble. El conjunto de novelas, poesías, cuentos, narraciones, viajes, comedias y obras de imaginación, equivale, poco más ó menos, á las obras de Balzac. Si nos obstinásemos en dar á la estampa cuanto Gautier ha escrito, no podríamos realizarlo en menos de trescientos volúmenes —Gautier mismo ha calculado esa cifra realmente asombrosa—pero habríase formado *La Enciclopedia del siglo décimo noveno.*»

El Sr. Bergerat habla con el religioso respeto de discípulo cariñoso. ¿No será extremar un poco las cosas, eso de sostener que las obras completas de Teófilo Gautier serían la *Enciclopedia del siglo décimo noveno?* Ya examinaremos este punto. Entre tanto bien será establecer que se puede perfectamente juzgar al poeta, al novelista, al crítico, desde hoy mismo, sin esperar á que se acabe de reunir sus numerosos artículos diseminados. Todos esos artículos son conocidos y—¿para qué ocultarlo?— el que ha leído uno, los ha leído todos; porque el mérito de sus trabajos sólo está en el lenguaje, no en el método crítico, ni en los juicios personales. Para hacerme entender mejor, voy á indicar, á grandes rasgos, lo que pienso de la personalidad de Teófilo Gautier.

Puede juzgársele en una sola frase, diciendo que fué un admirable gramático y un pintor admirable. Gautier llevaba consigo siempre, como un don innato, su lenguaje pintoresco y correctísimo. Ningún esfuerzo le costaba escribir una página perfecta. Otros sudan sangre y tinta para equilibrar sus frases, para pulir sus vocablos y llegar á la armonía, al color, al movimiento; Gautier dejaba correr la pluma y de ella caían hilos de perlas. Refiérense y circulan muchas y muy singulares anécdotas relacionadas con ese don verdaderamente prodigioso. El Sr. Bergerat cuenta cómo *El Capitán Fracassa,* fué escrito en un ángulo de la mesa en la librería de Charpentier. Los manuscritos de Gautier no llevan nunca ni un solo tachón. Erale posible interrumpir un período y reanudarlo muchos días después sin volver á leerlo. Por último, Teófilo Gautier solía decir que quien en el instante mismo de necesitarla, no

tuviese la palabra propia para expresar una idea ó pintar una sensación, no era escritor verdadero. Tómese en cuenta ese don del lenguaje correcto y pintoresco; tómese también, y más principalmente, esa manera peculiar de reducir una literatura á la pura exposición plástica, y tendremos cabal idea de todo lo que representa Teófilo Gautier.

El Sr. Bergerat habla de una época en que Teófilo Gautier manifestaba opiniones políticas; y explica la completa indiferencia que mostró después, diciendo que desgraciadamente había entrado á formar parte de la redacción de *El Monitor*, periódico oficial á la sazón, y en el que no tenía libertad para emitir sus juicios propios. ¿Fué esta la verdadera causa? Lo dudo. Gautier cuando se lo proponía, lograba perfectamente imponer su voluntad; así, por ejemplo, elogió más de una y más de dos veces á Víctor Hugo á pesar del imperio. A mi juicio, la verdadera causa de la completa indiferencia crítica en que había caído, era que en el fondo la verdad no le interesaba. Vivía para el mundo exterior, describía los cuadros de los que debía hablar, en vez de juzgarlos; daba noticia de un drama ó de una comedia como hubiese pintado una corrida de toros ó unos fuegos artificiales; en una palabra, Gautier solamente veía en un libro, asunto ó pretexto para digresiones poéticas ó sinfonías de frases. Es decir, que el mecanismo interior del temperamento de un artista ó de un escritor; que la construcción de una obra; que la cantidad de verdad ó de mentira que pudiera contenerse en un libro ó en un cuadro, según el método empleado, le dejaban casi indiferente. Gautier se limitaba á la vestidura, encontrábala hermosa ó fea y lo decía. A fuer de gramático, á fuer de retórico, á fuer de pintor, solamente por cuestiones de gramática, ó de retórica, ó de pintura, se conmovía.

No pretendo, ciertamente, al afirmar esto, convertir á Gautier en una máquina de fabricar buenas frases, si bien él mismo llevaba las cosas hasta el extremo de declarar que, si se prescindía de las frases hermosas, no había salvación posible. Teófilo Gautier poseía una inteligencia muy viva, sólo que su fantasía «la loca de la casa», le arrebataba con caprichos extraordinarios. Cuantos le habían oído charlar, afirmaban que en esto era una verdadera maravilla, un prodigio. Véase lo que dice Edmundo de Goncourt, que escribió un prólogo para el libro de Bergerat: «Ese lenguaje original, aquella conversación llena de energía, aquella ver-

bosidad pintoresca, daban á quién la oía, cuando Gautier estaba de vena, un goce que no he hallado nunca en la conversación de ningún otro hombre. No era aquello la sonrisa interior producida por chispazos del ingenio, era un engrandecimiento de todo nuestro ser artístico, un placer que casi penetraba hasta los sentidos, un contentamiento intelectual que algo tenía de material; algo comparable al bienestar físico en la contemplación de un buen cuadro al pastel.» Y Edmundo de Goncourt termina diciendo que Gautier hablaba mejor que escribía. El Sr. Bergerat, por su parte, insiste en lo de la universalidad de los conocimientos del poeta; torna muchas veces á lo enciclopédico de sus talentos, declara que ningún asunto le era desconocido y que un vocablo, cogido al vuelo, bastaba para lanzar á Teófilo Gautier en inagotables disertaciones. Pero, en el fondo, las pruebas en este punto son incontestables; todos esos discursos no pasaron nunca de ser brillantes variaciones. Gautier, á mi juicio, era puramente un aficionado inteligente; semejaba un instrumento delicado y hábilmente construído que sonaba al más leve contacto externo. Hoy, en todas sus obras, cualesquiera que sean, críticas, novelas, composiciones poéticas; en las conversaciones que Bergerat conserva y reproduce con minuciosidad respetuosa, en los más admirables trozos que de él se mencionan, sorprende bastante no encontrar otra cosa que aires musicales. Ni una sola idea nueva aportada, ni una sola verdad humana algo profunda, ni la presciencia de la evolución de los siglos; nada sino sinfonías sobre tópicos ya vulgares en nuestros talleres y en nuestros estudios de artistas desde 1830. Todas las obras, ya habladas, ya escritas de este poeta, se reducen á ejercicios gimnásticos prodigiosos en el terreno de la paradoja.

Sí, está dicho; esa es la palabra; la paradoja es el terreno propio en que Gautier se desenvuelve y brilla. No, no basta para ser un talento enciclopédico desflorar en son de broma todos los asuntos, sustituyendo las verdades con las imaginaciones de una fantasía siempre en movimiento. Sí, Gautier hablaba y hablaba bien de todos los asuntos; pero no para profundizarlos por la observación ó el análisis, sino para proceder de lo conocido á lo desconocido apoyándose en una serie de hechos; partía de ellos para soltar inmediatamente la brida á sus caprichos de poeta, para juzgar con la fantasía desdeñosa el terreno sólido de la ciencia. Era enciclopédico, sí, de la manera que lo son los charlatanes brillan-

tes, á quienes jamás faltan palabras; que hablan admirablemente de todo y por todo; sólo que, terminada la charla, extinguido el sonido, nada queda, sino aire en los oidos del auditorio. Se les ha encantado quizá, pero no se les ha instruído. De esto procede el vacío absoluto de sus obras desde el punto de vista de las verdades adquiridas. Podemos leer cuanto ha escrito, deslízanse las frases, se agotan, desaparecen; el lector sólo lleva consigo como la impresión de un canto sonoro oído en una carretera. Hablar de todas las cosas y no dejar nada concluyente, nada definitivo, tal ha sido la labor de Teófilo Gautier.

Aunque no puedo engolfarme en reproducir y citar párrafos, sí me es fácil apoyar mi opinión con ejemplos. Entiendo que el libro de Bergerat ha producido efecto contrario al deseo de este discípulo fiel y respetuoso: muestra de un modo evidentísimo la paradoja triunfante siempre en Teófilo Gautier. Las famosas conversaciones publicadas como documentos exactos, lejos de engrandecer la figura del poeta moribundo, son como la prueba decisiva de lo caprichoso de su método, de los saltos fantásticos de su imaginación, de esa actividad única de melodista, que ejecuta un aire romántico obedeciendo á la impresión producida por cualquier asunto.

Hé aquí, por ejemplo, una de sus ideas favoritas, la de crear una escuela de escritores, como existe la de calígrafos. «Cuando Saint-Víctor se me acercó—decía Gautier—le dí mis moldes; ahora es Pablo de Saint-Víctor. ¿Cree V., por ventura, que habría en Francia una escuela de escritores comparable con la que tendría yo aquí, rodeado por mis Ingres, mis Delacroix y mis Rousseau? En menos de un año quedaría por mi causa desierta la Sorbona y nacería la hierba en el colegio de Francia. Los pintores suelen colocar debajo de su firma: discípulo de Gerome ó de Cabanell; ¿por qué los poetas no habrían de llamarse de igual modo discípulos de Víctor Hugo ó de Teófilo Gautier? Solamente pido para esto una mesa, un tapete verde, algunos tinteros y alumnos, para dotar á mi país de una generación de buenos escritores, novelistas, críticos, dramaturgos y polemistas de primer orden.» Esto es muy característico. Si este sueño hubiera sido realizable, ¡qué triste generación habrían formado esos discípulos, usando todos el mismo procedimiento de estilo, profesando la religión de los mismos epítetos! En esto se ve la preocupación única de la forma, que dominaba siempre á

Gautier más que la idea. Era, como ya he dicho, un gramático, un retórico, nada más que eso. Su esfuerzo constante ha sido reducir el pensamiento escrito á la materialización de la forma pintada; así se explica su deseo de formar escuela de escritores como existen escuelas de pintores.

Voy á tomar un segundo ejemplo. Teófilo Gautier pretende fijar el idioma en una inmovilidad hierática. Nada de vocablos nuevos, dice, porque no hay cosas nuevas. De aquí parte; oigámosle ahora: «Arquímedes había descubierto seguramente, mucho antes que Fulton y Salomón de Caus, el empleo del vapor para la locomoción. Si los griegos no se han dignado utilizar ese invento, sus razones tenían para proceder de ese modo. Los griegos pensaban que ya se iba bastante de prisa en barcos de vela, y que el hombre apenas tiene tiempo para ver nada en el globo terráqueo, lo cual, por desgracia, es mucha verdad. No, yo no siento imperiosamente la necesidad de las voces nuevas, aunque se me tilde de retrógrado. ¡Bonitos son esos neologismos vuestros! ¡Mescolanzas de griego y de *caló!* ¡Aleaciones de inglés y de latín! ¡La confusión de Babel! Solamente los herborizadores y los boticarios son los que inventan neologismos.» Oyendo ó leyendo estas cosas puede uno sonreir y aun admirar la gracia con que están dichas. ¡Qué juego tan pueril! ¡Cuánto sonido hueco! ¡Qué absoluta inutilidad! Los idiomas marchan con movimiento contínuo, incesante; perdiendo alguna palabra en el camino y enriqueciéndose constantemente con vocablos nuevos; no puede ser, no será ciertamente una paradoja de más ó de menos lo que detenga ese movimiento. Los boticarios y los herborizadores nada tienen que ver con esto; el pueblo, todo el pueblo entero construye la lengua cuyos elementos toma á cada instante en el uso. Esta es la verdad muy sencilla. El intento de inmovilizar una lengua, la pretensión de que basta resucitar las palabras viejas, es un capricho de poeta. En cuanto á la diatriba contra las innovaciones, ó mejor dicho, contra el movimiento científico del siglo, es un síntoma todavía más grave. Es positivamente gracioso afirmar que los griegos habrían podido hacer ferrocarriles, y que no los hicieron porque no les convenía hacerlos. Sólo que detrás de esta broma, que no deja de tener gracia, existe un odio muy evidente contra la época moderna. He tenido ocasión de comprobar este mismo odio en todos los románticos; se enojan, verbi gracia, con los ferrocarriles, porque un ferrocarril, se-

gún ellos dicen, estropea los paisajes, y porque el carromato ó la galera hablaban más á la fantasía. En el fondo son enemigos de su tiempo, de todo cuanto la ciencia determina actualmente en nuestros hábitos y costumbres. En nombre de lo pintoresco condenan y anatematizan la edad nueva que empieza á dibujarse. Pero ¡cómo se vengará también de ellos esa edad! ¡Qué pronto envejecerán las obras de esos enemigos! ¡Cómo despreciará las mezquinas imaginaciones de los que la hostilizan! Imaginaciones mezquinas realmente si se comparan con el sólido y anchuroso monumento que el espíritu científico está labrando lentamente hace más de cien años.

Podría creerse que las pocas líneas que acabo de reproducir son una humorada pasajera en la obra general de Teófilo Gautier. Nada de eso; en Gautier era eso lo normal; su manera ordinaria y constante de discurrir. Nunca se sentía ni razonaba con mayor aplomo que cuando se colocaba en la cuerda tirante de la paradoja y realizaba milagros de equilibrios para andar por ella como en tierra firme. Tomaba como punto de partida una afición personal, una creencia propia, por absurda que fuese, y derramaba tesoros de estilo para darla apariencia de realidad, hasta tal punto, que acababa convenciéndose á sí mismo.

¿Es necesario que yo mencione aún esa respuesta á los críticos que le reprochaban—con mucha razón—el que en los libros de viajes veía solamente los árboles y las piedras de los países que atravesaba, sin llegar nunca hasta el hombre? Véase su peregrino razonamiento: «Un tigre real de Bengala es más bello que un hombre; pero si de la piel del tigre se corta el hombre una magnífica vestidura, el hombre resulta más hermoso que el tigre, y entonces comienzo á concederle admiración. De igual manera una nación no me interesa sino por sus monumentos. ¿Por qué? Porque esos monumentos son el resultado colectivo del genio de la población.»

Siempre los mismos escarceos; la confusión más tosca de verdades terminada con penachos de lirismo. Esto no puede discutirse. Otro tanto sucede con su opinión acerca de nuestro teatro. Léase lo que sobre ese punto escribe M. Bergerat: «Gautier no admitía que nadie imaginase, ni escribiese una comedia sino dentro de la preocupación de trajes y de decoraciones que correspondían á las obras escénicas. El interés y la originalidad de una obra de imaginación residían, á su modo de ver, en la realización de

los medios ambientes, en la reconstitución exacta de las épocas, en la precisión artística del lenguaje y del aparato y ornamentación. Lo que respecta á la verdad de los sentimientos puestos en juego, el hallazgo de los incidentes en que las pasiones chocan y producen la chispa, la terminación de esos incidentes, todo esto era para él mérito de orden inferior, arte algo vulgar en que puede sobresalir cualquier inteligencia mediana, en una palabra, trabajo de artesano, pero no obra de artista.» En resumen: «La más insignificante fábula de un amor contrariado le parecía pretexto suficiente para escribir una obra maestra.» Detengámonos y estudiemos esto. ¿Hay algo en el mundo más característico, ni que dibuje mejor la figura de Teófilo Gautier? Vésele ahí como siempre con la preocupación única del mundo tangible; pintor siempre, nunca observador, nunca analizador. Lo más curioso es que Gautier coincide, en un punto, con los escritores naturalistas, que también profesan gran respeto al medio ambiente; sólo que éstos, los naturalistas, estudian el medio con atención porque los medios completan y determinan al hombre, y Teófilo Gautier cuida de los medios y los quiere por ellos mismos, y sin pensar para nada en el hombre. Este es un retroceso á la naturaleza muerta de la dialéctica del arte por el arte de Delille. Nada más falso, como el sistema en el teatro, que solamente puede vivir de la humanidad. Por eso el teatro romántico, transcurrido un breve período de medio siglo, fué herido de muerte. Pero ¡qué brusca revelación! ¡Pensar que Teófilo Gautier ha juzgado nuestro teatro moderno al día, durante tantos años y con teorías semejantes! Sentía sin duda odio, rencor sordo á todo lo que se representaba, y si no combatía contra el naturalismo, más desbordado cada vez, era porque de su carácter se había apoderado una absoluta indiferencia; esa indiferencia de los meros aficionados, que pueden, quizá, embriagarse un poco con sus paradojas mismas en los postres, pero que no sintiendo bajo sus plantas el terreno firme de la verdad, se cansan pronto y no tienen el valor de las luchas muy empeñadas.

Resumiendo: Teófilo Gautier tenía ojo de pintor, y esta era su cualidad dominante. Toda su vida literaria, toda su obra procedía de eso: escribía lo mismo que se pinta, con el cuidado único de la línea y de los colores; juzgaba un cuadro y un drama con la misma medida común. Considerado así como gramático, como retórico, como

pintor, Teófilo Gautier es en nuestra literatura, no un talento enciclopédico —¡por Dios, no tanto!— sino por el contrario, una inteligencia que todo lo ve por el mismo prisma plástico, en una palabra, algo así como el escritor clásico del romanticismo.

II

Héme engolfado en este estudio un poco á la ventura, sin gran método. Esto, antes que juicio, es una conversación. Sería menester que levantara yo una andamiada firme y lógica para señalar con el dedo la verdadera personalidad de Teófilo Gautier y explicar su papel eral en el movimiento romántico.

Pero no importa, continúo. Hé aquí una nota muy curiosa proporcionada por Bergerat: «Le oí hablar en muchas ocasiones, pero muy misteriosamente, de una colección de pensamientos que se habrían de publicar después de su muerte. En estos revelaría lo que realmente pensaba de los hombres, de las cosas, de la vida y del mundo. Su vasta inteligencia soñaba con legar un testamento de verdad á la humanidad entera. «¡Eso será horrible — decía Gautier — y se os erizarán los cabellos, porque y diré lo que es!» ¿Qué idea pued formarse de este hombre que piens tener la verdad en su mano y qu cierra el puño por espacio de cua renta años? Obsérvese que aú puede considerarse lícito el silenci al que vive retraído, sin elemen tos de publicidad á su alcance; per él era periodista, empuñaba sema nalmente la trompa; tenía obliga ción, por su oficio, de decir en vo alta su parecer; de suerte que, en s deseo de decir la verdad después d su fallecimiento, hay una confe sión formal de haber mentido tod su vida. Y no se diga que Gautie callaba porque escribía en un pe riódico oficial, en que no tenía li bertad para escribirlo todo, y en e cual debía mostrarse excesivamen te dulce para que sus juicios n adquiriesen una importancia mo lesta. Todas estas son razones pue riles. Si el acicate de la verda hubiese atormentado al periodista habría abandonado el *Monitor* (ad mitiendo que en él no tuviese liber tad); todos los periódicos de Parí estaban abiertos para él; todos s hubieran disputado su colaboración No; la verdad es que Teófilo Gau tier vivía muy feliz en el templad nido que él mismo se había fabri cado en el *Monitor*. Allí dormía s sueño de artista, mecido por l música de sus frases, encantad

por no tener precisión de apasionarse, lleno de desdén hacia todo lo que no eran sus sueños. Permitía hasta que corrigiesen sus folletines. Una vez, una sola, impuso su voluntad, y lo hizo en obsequio de su maestro venerado Víctor Hugo. Entonces se había tocado á sus creencias y habló de presentar su dimisión. Veinte veces habría dimitido si el deseo de decir la verdad le hubiese estimulado en otras ocasiones. Por eso no dejó de producir alguna extrañeza su testamento, de que habla Bergerat, que había de poner al lector los pelos de punta. Es verdad que Teófilo Gautier necesitaba tomar un gran desquite; habríale sido menester un gigantesco esfuerzo para borrar con unas cuantas páginas de severidad, sus largos años de benevolencia desdeñosa. Este deseo de decir al fin lo que piensa, aparece como un remordimiento en el poeta ya anciano. Vésele inquieto bajo el enorme montón de elogios que ha distribuído á todo el mundo; parece sentir lo insustancial de su benevolencia sistemática y soñando en no dejar la tierra sin haber demostrado que pensaba y veía como hombre superior. Pero era ya demasiado tarde; Gautier no podía escribir semejante testamento sin que se le acusase de haber mentido durante mucho tiempo: en eso estaba su castigo. Teófilo Gautier ha tenido que permanecer abrumado bajo la pesadumbre inmensa de esa montaña de folletines que proclamaran eternamente su menosprecio á la verdad. Con este motivo recuerdo ahora una anécdota. Se cuenta que el pintor Flandrin, después de largo y desesperado silencio delante de sus cuadros, levantaba alguna vez sus manos temblorosas murmurando: «¡Ah! ¡Si yo me atreviera! ¡Si yo me atreviera!» ¡Qué soberbio grito de impotencia! ¡Qué conciencia tan cruel la de un artista apto para comprender, inepto para realizar! Pues bien, Teófilo Gautier parece haber lanzado también ese gesto el día en que, conociendo la ruindad de lo falso, se propuso lo que para él era imposible: decir la verdad.

Por otra parte, ¡cuántas pruebas de timidez literaria en este escritor tan seguro de su oficio; en este admirable hablador cuya facundia valiosísima se desbordaba de tal modo, que es imposible reproducir los atrevimientos de su improvisación! Así, por ejemplo, M. Bergerat nos asegura que si Gautier no ha escrito dramas ni comedias ha sido únicamente por miedo al público. «Las angustias de la primera representación son muy á menudo la causa única del horror que los grandes escritores sienten hacia

el teatro. Todo les hiere en el juicio de las muchedumbres, lo mismo lo espontáneo de los aplausos que lo brutal de los silbidos... Gautier temía lo que no es dable estas noches de abatimiento, y á ese terror suyo debe atribuirse la escasez de obras teatrales de este artista, universalmente dotado como Goëthe y apto para toda clase de trabajos literarios, cualesquiera que fuesen.» M. Bergerat agrega á lo dicho que él mismo, Bergerat, había escrito un drama, y que Teófilo Gautier había tenido el propósito de escribir en ese drama dos ó tres escenas, guardando sobre esto absoluto secreto. «De esta manera el poeta oiría sin temor cómo se le juzgaba, y semejante á un Haroun-al-Raschild disfrazado, recorrería así el país de la crítica, cuyo rey había sido durante treinta años.» ¿No es esta asimismo una confesión originalísima que proyecta sobre el hombre una luz inesperada? Teófilo Gautier para quien eran familiares todas las audacias del idioma, huía de la controversia literaria, de la afirmación de sus ideas y de su personalidad. Ese temible partidario del romanticismo, cuyo chaleco rojo en la primera representación del *Hernani* pertenece ya á la leyenda, parece haber llegado á una prudencia excesiva. Realmente Teófilo Gautier sólo había guardado la religión de Víctor Hugo todo lo demás lo sacrificaba á su placeres de artista, considerándos libre y considerando victoriosa l verdad, siempre que oía sonar armo niosamente los cascabeles de su frases.

Pero lo que hay de más curios en esto es que Gautier, á lo qu parece, se proclamaba infalible Esto no se compagina con su dese de decir al fin la verdad, lo cua envuelve, lo repito, la confesió tácita de que hasta entonces no l había dicho. No tomo á mi carg la tarea de armonizar estas contra dicciones. Me limito á copiar l que Bergerat dice: «Esta infalibili dad verdaderamente extraordina ria era, por otra parte, su sola co quetería, su única vanidad litera ria. Agradábale mucho jactarse d ella. Uno de sus goces era demos trarnos, con textos y comedias en la mano, que ninguno de los juicio escritos por él y por él formado habían dejado de ser ratificados po el público inteligente.» Y Berge rat se concreta á decir que Teófil Gautier había aplaudido cuando principiaban, á Eugenio Delacroix y M. Gerome. Estas dos prueba son en realidad insuficientes. Deje mos á un lado á Eugenio Delacroix cuyo talento se presentaba desde luego con vigor bastante para que todo hombre inteligente, sobre todo

para que todo escritor romántico pudiese augurarle un porvenir glorioso. En cuanto á M. Gerome, no puede negarse que ha llegado; pero treinta años de retraso no bastan para colocarle en su verdadero lugar; y estoy seguro, personalmente, de que los artículos encomiásticos de Gautier acerca de ese pintor han de sorprender andando los tiempos. Además, la dificultad no está aquí, está en los elogios que Gautier ha distribuído con mano pródiga á todos los artistas mediocres de quienes ha hablado. Cuando se hojean sus folletines queda uno estupefacto á la vista de las alabanzas que Gautier sirve igualmente á unos y á otros, á los de aquí y á los de allí, á cuantos tendían hacia él la mano para recibirlos. Si era infalible, ¿por qué no utilizaba su infalibilidad para colocar á cada uno en su sitio; para no prostituir así su admiración, repartiéndola entre pintores sin talento, la mayor parte de los cuales ni siquiera son conocidos del público? Peregrina infalibilidad que vocea: «He anunciado á Delacroix», que osa añadir: «He colocado á M. Gerome á la misma altura del otro»; y que podía gritar también: «He encontrado talento en todo el mundo menos en los partidarios del realismo.»

Lo más admirable es que monsieur Bergerat habla de la infalibilidad extraordinaria de Gautier con motivo del entusiasmo que el poeta mostró por el pintor Fortuny. Copio: «El célebre cuadro de monsieur Fortuny, expuesto en 1870 en casa de Goupil con el título de *Una boda en la Vicaría de Madrid*, es quizá, de todas las obras del arte contemporáneo, la que impresionó más profundamente á Teófilo Gautier... Esa obra señalaba, según él, una evolución equivalente á aquella cuyo romántico estandarte había plantado Delacroix años antes; Gautier nos auguraba que todos los pintores jóvenes iban á lanzarse por la senda señalada por el maestro español.» Después de esta declaración vése un tanto comprometida la infalibilidad de Gautier. Aún no han pasado diez años sobre la obra de Fortuny, y ya es fácil juzgar que ninguna influencia ha ejercido en nuestra escuela francesa. La preocupación favorable que los artículos del crítico habían determinado se halla hoy casi desvanecida. La equivocación de Gautier fué en esto completa, absoluta; porque la escuela naturalista es la que se encuentra hoy en el apogeo de su victoria. Era realmente un capricho singular establecer comparaciones entre Fortuny y Delacroix como influencias; caprichos de poeta que no se basan en la obser-

vación, que no se detienen en la lógica de las evoluciones literarias y artísticas, que procede, en fin, por predicciones de vidente. Un hombre así no puede ser infalible sino á la manera de Nostradamus, porque no hay más infalibilidad que la de los sabios apoyados en la experiencia.

Llego ahora á las cartas de Teófilo Gautier que M. Bergerat ha colocado al fin del tomo. Las cartas son de muy escaso interés. Es cierto que debían de ser mucho más numerosas, pero M. Bergerat explica cómo la señora Grisi (Carlota), después de haberle entregado cuarenta y seis cartas del poeta, ha vuelto á avistarse con él á última hora para prohibirle la publicación de aquellas cartas. A lo que parece eran justamente las más interesantes. El tomo no contiene más que treinta y nueve; y, lo repito, monsieur de Bergerat habría podido dejarlas en el cajón de su mesa sin perjudicar en lo más mínimo la gloria del escritor. Entiendo casi que esas cartas nos muestran un Teófilo Gautier inferior al que conocemos. Siempre es una prueba algo peligrosa la de poner á los ojos del público la correspondencia íntima de un gran escritor. Casi siempre el hombre sale de esa prueba empequeñecido. Es necesario ser Balzac para resultar grande, mostrándose en medio de lo afanoso de la existe cia y entre el esfuerzo de un trabaj sobrehumano. Las treinta y nuev cartas de Gautier no contienen má que algunas ocurrencias que va dirigidas á sus amigos, y varios po menores de su vida privada que era ya conocidos; en ellas no se nc revela el hombre bajo ningún as pecto humano y profundo; es, ca siempre, el autor del prólogo d *Mademoiselle Maupin* el que llev la pluma con su verbosidad de talle

Escribe, por ejemplo, á su amig M. Luis de Cormenin este lacónic billete: «Recibe con benevolenci á M. Bourdet, colaborador de caballo de *Le Presse* y amigo mío que pretende charlar cinco minuto contigo. Oyele entre los postres el cigarro.» También escribe á Ma ximo Ducamp: «¿Qué puedo escri bir á V., sino que me siento baja mente celoso de su felicidad, y qu el criado de V. me causa envidia Estoy para dar un estallido de pur aburrimiento, y me doy á mí mism puntapiés en el trasero por mi coba día. Debería yo robar al Banco d Francia, asesinar á cualquier bur gués, estafar á un capitalista y tras ladarme á donde V. está par acompañarle, pues se pagan ta poco las sílabas, que esos serían lo únicos medios de realizarlo. Luis s parece á la sombra que él mism proyecta en las paredes. ¡Tanto s

aburre! Y sin los cuatro meses de Italia rabiaríamos ambos como perros, ó de *spleen* como ingleses. Aquí se vive entre el doble lodo del cielo y de la tierra, tan sucios el uno como la otra, con burgueses de aspecto asqueroso y más feos todavía por dentro que por fuera. Será menester decididamente que yo me haga ayuda de cámara ó correo de gabinete de algún Nabab ó de un Boyardo, porque la permanencia en un mismo sitio, sea el que fuere, me es imposible y no puedo vivir sino en los caminos reales. Conozco que me muero de nostalgia del Asia Menor y si no hiciera algunos versos me abandonaría del todo; aunque, á decir verdad, me parece la muerte aún más repugnante que la vida. ¡Cuando pienso que hubiéramos podido encontrarnos en Nápoles! ¡Qué hermosa cuaterna habríamos podido formar! Mil recuerdos á Flaubert.» He reproducido íntegra esa carta porque es un ejemplar de todas las que Teófilo Gautier dirigía á sus amigos. Las cartas á sus hijos, Estrella y Judit, menos libres en el lenguaje, están escritas, sin embargo, en el mismo tono chancero; en dos ó tres se enternece un poco, pero no por eso dejan de tener la socarronería de su talento que se divertía jugando con las palabras. Por último, la escasez de las cartas de Gautier es característica. Si exceptuamos á Balzac, que por otra parte, se queja muy amargamente de lo mucho que necesitaba escribir, los hombres que han producido muchos tomos han dejado pocas cartas: billetes sencillos y muy cortos. Y esto se explica. Se llega á sentir el horror á la tinta, á poner negro en lo blanco, según la expresión de Gautier mismo, y cuando se ha enviado á la imprenta el número de cuartillas necesario, se resiste uno á tomar otra vez la pluma. Se escriben las cartas estrictamente indispensables. Ahora puedo ya terminar con Teófilo Gautier, aunque este estudio no sea tan completo como yo deseaba. En mi opinión, como ya tengo dicho, Gautier lanzó del primer golpe el romanticismo á la perfección clásica; hablo, por supuesto, solamente del lenguaje. Esto es capital. Compáresele con Víctor Hugo, cuyas obras, enmarañadas y confusas, tienen asperezas y escabrosidades de forma. Pudo creerse que aquel intrumento del trabajo romántico aportado por el gran poeta, aquel diccionario ampliado, aquellas voces exhumadas y aquella oleada de adjetivos necesitarían cuando menos un siglo para adquirir pulimento y amoldarse dentro de frases perfectas. Pues bien, nada de eso ocurrió; hé aquí á Teófilo Gautier, que casi paralelamente á Victor Hugo, surge

y realiza inmediatamente la labor de pulimento y de ajuste. El romanticismo no tiene juventud, llega desde luego á la madurez, y se fija en el arte por el arte, que es su forma clásica. No es ocioso insistir en esto, y nunca será excesiva la insistencia, porque justamente en esto hay una causa de la temprana agonía de la fórmula. Cuando una literatura no vive más que de la palabra, muere. Con Teófilo Gautier el romanticismo, nacido la víspera, llega á la perfección de la frase hueca y sonora que anuncia el derrumbamiento. Debajo no hay idea, ni base humana, ni lógica, ni verdad. Dentro de muy poco, la escuela no tendrá más que dejarse manir por los idólatras del Parnaso y morir de muerte hermoseada. Tal es el carácter peculiar de Teófilo Gautier en la literatura del siglo.

Conste y entiéndase bien esto: que Teófilo Gautier, versificador y prosista, es un artista eminente. Estoy tratando sólo de precisar su influencia y su papel. Todos nosotros hemos tomado algo, quién más, quién ménos, de su retórica que no es, en resumidas cuentas, sino la retórica de Víctor Hugo refinada y exornada. Pero si ha ejercido sobre nuestra generacion influencia evidente como estilista, no ha conseguido inspirar su espíritu á ninguno de nosotros. Fuera de los poetas parnasianos, de los cuales muchos proceden directamente de Gautier, no ha dejado como prosista mas que un sólo discípulo M. Paul de Saint-Víctor. Este, siguiendo el ejemplo del maestro, es de profesión crítico dramático y trata además de crítica de arte. Es el mismo estilo grandioso, de brillantes colores, de un relieve extraordinario en la expresión. Gautier se vanagloriaba de haberle prestado sus *moldes*, y la frase es adecuada, por que es en efecto un estilo moldeado, adornado con oro. Pero ha sobrevenido á M. Paul de Saint-Víctor la desgracia más cruel del mundo. Al morir su maestro, esperaba Saint-Victor ocupar su puesto en el cariño del público y ascender por turno, á príncipe de la crítica. Pues nada de eso, M. Sarcey, un pachón de la literatura, un amasador de copias con sólo decir lisa y llanamente lo que él piensa, es quien logra el puesto de príncipe de la crítica.

El público, hastiado de frases, acometido de sed y hambre de verdad ha preferido los juicios del buen sentido común á los más bellos aires de música. Veamos á lo que ha llegado y dónde se halla el único discípulo de Teófilo Gautier. Prosiguen en el aislamiento sus variaciones de aficionado inteligente. Quizá se trate de embalsamarle en

la Academia, donde su maestro no penetró; y esto acabará de enterrar la escuela, de almidonarle en esa perfección clásica del romanticismo más insoportable y más hueco que las perfecciones de los Campistron y los Delille.

Medítese sobre todo esto. La lectura del libro de Bergerat ha sido para mí el rayo de luz que esclarece definitivamente un asunto. Nunca había yo comprendido tan bien esa escuela romántica, muerta apenas nacida, que ha sido un motín de retóricos, los cuales peleaban por la forma sin buscar para sus conquistas un asiento sólido en la evolución científica del siglo. Los románticos, esto se deduce naturalmente de la obra que acabo de leer, aborrecían la época actual más que la detestaron nunca los mismos clásicos. Sí, nacen como una reacción contra el espíritu clásico agonizante, no creen haber triunfado para adelantar con su época; antes al contrario, reniegan de la época, pretenden retroceder, y más allá del siglo décimo séptimo, al décimo sexto y al décimo quinto. Su victoria es una victoria de salto atrás. De ese modo su verbosidad se ejercita contra todo lo que la rodea; no acepta el terreno firme de la observación y del análisis y por consiguiente nada puede edificar sino sobre cimientos de sueños y de paradojas. Ved sinó á Teófilo Gautier, con su maravillosa facilidad de escritor: pasa la vida saltando por encima de la sencillez y de la evidencia para perderse en las más extravagantes lucubraciones. De todo esto quedará solamente el esqueleto del lenguaje; el ensueño que había debajo se disipa en humo, la paradoja cae hecha polvo; no hay mas que palabras. Ahora mismo la depreciación es grande. Cuando leemos á Gautier estamos reducidos á admirar al gramático y al retórico, porque hallamos en él menos humanidad aún que en Víctor Hugo, lo cual no es poco decir. Creo que su obra envejecerá si se admite que los libros vivan únicamente por lo que tienen de humanos. De todas maneras la posteridad reservará, á lo sumo, algunas páginas de los trescientos volúmenes de que habla M. Bergerat; y las conservará solamente á título de muestra y modelo de lenguaje. Cuando el lenguaje solo está en juego, una página basta. La multiplicidad de las ideas, la evolución de una inteligencia que, á cada nueva obra, ensancha sus investigaciones, son las circunstancias que obligan á la posteridad á conservar todas las obras de un escritor. Pero cuando se ha leído *Mademoiselle de Maupin*, es inútil leer el resto; esta obra, la primera, es tan per-

fecta, tan definitiva como la última. No hablo del inmenso bagaje de críticas que, á mi juicio, sólo alcanzan un valor mediano.

En fin, Teófilo Gautier tiene contra él el apresuramiento de su producción. Poco importa que estuviese admirablemente dotado para esa labor diaria; no se escribe impunemente folletines durante muy cerca de cuarenta años. Esa tarea ordinaria, constante, ha debido de acrecentar más todavía la facilidad de su estilo que en algunas ocasiones parece mecánico. A esa manera de trabajar se debe sin duda que Gautier acabase por desdeñarlo todo. Metíase en su máquina y daba vueltas al manubrio. La frase salía siempre construída con propiedad y con el color adecuado según el procedimiento, pero traía el olor de la fábrica, se comprendía allí que el articulista cobraba sus líneas á tanto la docena. Los dias en que tenía prisa nada ponía debajo de un capricho ó de una paradoja: hallábase al leerlo el vacío absoluto. Era el romanticismo victorioso y aclamado que se atollaba en sus mismos botes de colores para la iluminacion de cada género de frases.

Mi última palabra será esta. Creo que se hace un flaco servicio á Teófilo Gautier queriendo reunir en tomos la enorme masa de prosa que ha producido trabajando al día. Se ahoga el talento del escritor, se muestra el vacío absoluto del pensador y del crítico. Su familia y sus amigos debían trabajar en una edición de sus obras escogidas. Legarían de este modo á la posteridad un poeta maravilloso que se halla inmediatamente despues de Víctor Hugo; un prosista admirable por su corrección y su colorido; un gran inteligente que ha inventado el lenguaje romántico para la primera mitad de este siglo, la música más hermosa que puede oirse.

III

Una deducción última. Resulta evidentemente del libro de M. Bergerat, que Teófilo Gautier ni era amante del siglo en que había nacido, ni del país en que se había desarrollado. En cada línea tropezamos con una protesta contra los tiempos modernos; contra nuestro medio natural y contra nuestro medio social. Es aquella una rebelión contínua contra nuestras costumbres, nuestras artes, nuestras ciencias; una aspiración perpetua hacia los siglos ya pasados y hacia lejanos países. Podría yo probar estas as-

piraciones con citas numerosas. Me limitaré, no obstante, á recordar la carta de la que, hace poco, reproduje algún párrafo. «Qué puedo escribir á V. sino que me encuentro bajamente celoso de su felicidad y que el criado de V. me causa envidia.» Hay que prescindir naturalmente en esta carta de la exageración impuesta por el tono con que está escrita; pero de todas maneras, espresa un sentimiento que ha sido, en el fondo, el de una generación de escritores. Y no me refiero aquí á Teófilo Gautier, á quien he tomado como ejemplo, hablo de todo el grupo romántico. Los escritores de 1830, partían del principio de que éramos feos, de que nuestros tiempos y nuestro país eran horribles para vistos y para analizados. Esto era, ni más ni menos, el desdén de lo moderno tanto tiempo practicado por la escuela clásica. Solamente que en lugar de hacernos vivir en Atenas ó en Roma, la escuela romántica nos paseaba por Oriente y nos encerraba en las ciudades de la Edad Media.

Insistiré en esto, porque es extraordinariamente típico y esplica hoy muchas cosas. Recuérdense los documentos literarios de hace cincuenta años. Lo que en ellos prepondera es la inquina contra la edad actual. ¿Se ha vociferado bastante contra el burgués? ¿Se le ha ridiculizado, se le ha aplastado, suficientemente? Era feo, estúpido carecía de líneas y de formas estéticas. Se le ahorcaba, se le suprimía sin admitir, ni áun en hipótesis, que pudiera parecer á nadie interesante ni digno de ser pintado ó estudiado. Y sin embargo, ese burgués, era un hombre; y seguramente nunca las clases medias han ofrecido un estudio tan interesante como en nuestros dias. Desde la Revolución esas clases son las que rigen los negocios y las que determinan la historia. Los románticos no lo han echado de ver, á lo que parece, y han abrumado al burgués bajo la nostalgia lírica de antiguas edades.

Es menester, por otra parte, que observemos como el odio á la sociedad contemporánea—odio tan visible en el movimiento romántico—se dirigía principalmente al hombre exterior; al ciudadano vestido con gaban y que llevaba sombrero de seda. Cuando el burgués se nos presentaba vestido á la moda de Luis XIII, ya no era un burgués, era un personaje muy presentable al cual un artista podía jactarse de amar, sin que por eso desmereciese. La levita, el frac negro, el casquete de terciopelo, la ausencia de galones y de plumas; he ahí lo que, á los ojos de los románticos, condena irremisiblemente á nuestras socie-

dades modernas. También el ajetreo de la vida ordinaria les horripilaba. Los asuntos de dinero, el negocio, la olla, la existencia menuda y diaria era para ellos el colmo del fastidio; creían al parecer, que los siglos pasados no habían conocido esas pequeñeces. En una palabra, necesitaban edades despojadas de las realidades de la existencia; épocas suficientemente muertas para que pudiésemos resucitarlas en un carnaval de costumbres, de lenguas y de trajes.

Como todo está relacionado, sucedía lo mismo con respecto á los medios. Si el público que transita apresurado por nuestras aceras enojaba á los románticos, nuestras calles, nuestras ciudades mismas, les disgustaban, más acaso. Las construcciones modernas parecíanles el colmo de la fealdad y del absurdo. Agotaron el vocabulario de las palabras desdeñosas contra las alineaciones más correctas de las calles principales. Cuando se utilizó la piqueta para demoler el antiguo París, que emponzoñaba el aire y que se caía de podrido lanzaron gritos de desesperación; ¡aquéllo era insoportable! ¡era una profanación inaudita! Y gritaban tanto más fuerte cuanto más cierto era que, si bien vagamente, vislumbraban que cada golpe de aquellas piquetas arrancaba un trozo de su literatura. Francia no servía para nada, carecía de color local. Existían en ellos impulsos extraordinarios hacia las regiones muy apartadas: Africa, Asia, Rusia. Fué necesario el sitio, con su aspecto pintorescamente terrible para que Teófilo Gautier se dignase hablar de París; él que había consagrado obras enteras á Rusia, á Turquía, á España. Cuanto más apartada estaba una región, tanto más merecedora le parecía de ser pintada. En cuanto á nuestros horizontes, hacíanles morir de fastidio. Esta era la opinión corriente.

Pero no se detenía esto en las personas y en el paisaje, los románticos abominaban hasta del espíritu del siglo. El amplio movimiento científico é industrial era su sombra negra. Para ellos el ferrocarril, el telégrafo eléctrico estropeaban el más hermoso paisaje. No tenían nunca burlas bastantes contra los descubrimientos modernos; echaban de menos el carro como más ocasionado á las aventuras, declarando que las máquinas harían al hombre mucho menos interesante. Precisamente en eso estribaba lo más grave de sus quejas. Los románticos sentían que el espíritu científico hacía retroceder, cada día un poco, al espíritu idealista. La fórmula lírica se hallaba más comprometida. Por eso más ó me-

nos abiertamente lamentábanse de los progresos de la ciencia. Según ellos la poesía estaba amenazada, la poesía iba á morir. En lugar de andar con el siglo, se enojaban, echaban de menos el pasado, negaban el porvenir, se lamentaban de verse arrastrados por la corriente y profetizaban los tiempos más sombríos.

Tales era las razones por las que he dicho á menudo que el romanticismo había sido una parada, y hasta un retroceso en la marcha fatal de nuestra literatura. Todos los escritores de la escuela están caracterizados por ese aborrecimiento á la edad presente; todos protestan y no pudiendo cambiar en nada las cosas, huyen para refugiarse en la historia de los siglos muertos ó en los viajes por países extranjeros. Han menester el ruído de la leyenda, los cohetes del colorido local, el oriente inmóvil en su mugre, que cual chiquillos entusiastas por la iluminación de aleluyas, ponen enfrente de los jigantescos esfuerzos de las conquistas prodigiosas de nuestro siglo de ciencia. ¿Se quiere saber el sentimiento constante que exhalan esas protestas de los románticos? El hastío. Sí, no comprenden y se aburren. Veamos á Gautier. El jigantesco París le descorazona porque llueve. «Estallo de aburrimiento — dice — siento nostalgia de Asia Menor.» Y lo peor era que se aburría efectivamente. Gautier no veía el espectáculo colosal y enorme de París y necesitaba de un camello y cuatro beduinos sucios para estimular su cerebro. Por lo que respecta á nuestras máquinas, á nuestra inmensa labor, á la evolución de la humanidad — evolución tal que ningún otro siglo la habrá presenciado parecida — esas cosas no le conmovían. Se burlaba de ellas ligeramente y las acribillaba con paradojas.

Pues bien, yo lo digo, los románticos han vivido muy poco y desaparecerán pronto porque ni han comprendido, ni han amado su tiempo. Esta ha sido su debilidad irredimible. No hay que buscar otras causas que expliquen lo efímero de la existencia de esa escuela en que han militado tan admirables retóricos, hombres tan prodigiosamente dotados en lo relativo á la forma. Hoy nos sorprendemos mucho de encontrarlos hueros. De pronto se han convertido en extraños para nosotros; no nos sentimos hermanos suyos y nos sorprende que esos maestros que nos han traído la emancipación literaria, no sean en el fondo más que aficionados, cuya primera necesidad ha sido aislarse de su época para ejecutar melodías de flautas. Para nosotros, los recien llegados, hay verdadera y profun-

da tristeza en haber soñado el engrandecimiento del mundo moderno leyendo algunos de nuestros hermanos mayores, y no hallar, cuando evocamos sus recuerdos, más que adversarios de nuestra edad; instrumentistas de primer orden que nada, absolutamente nada, han descifrado en el libro del siglo abierto ante ellos.

El caso es grave. Estúdiese de cerca este caso en muchos de nuestros escritores. Se experimenta cierto malestar leyéndoles; siéntese como una nada bajo la rica vestidura de su lenguaje. Muy luego llegan á no conmovernos; sus hermosas páginas son siempre joyas que se admiran; pero el lector permanece frío, ningún calor se eleva de la obra para apoderarse de su corazón. Consiste eso pura y simplemente en que el autor no fué amante de su tiempo; no nos apasionan porque no han sentido las pasiones que nos animan. La gran fuerza del genio consiste en estar á la cabeza de su siglo, en caminar en el mismo sentido que él y hasta en adelantarse á su paso. Hoy, por ejemplo, cualquiera que no esté con la ciencia, debilita sus fuerzas propias. No se tiene idea del poder invencible que da á un hombre el útil de la época cuando lo empuña con sinceridad y de él se vale para cooperar á la evolución natural de los hechos. Entonces el individuo es elevado. Si anda tan de prisa y va tan lejos es porque tiene las pasiones de su tiempo, es porque su tarea resulta multiplicada por el trabajo de la humanidad en su desarrollo.

Sí, para ser verdaderamente fuerte en este momento histórico, es preciso no ridiculizar á los burgueses, que son asunto de estudio profundamente interesante; es preciso conocer Francia antes de ir á China para fumar opio; es preciso que se ame al París nuevo, una ciudad soberbia donde solamente los imbéciles puedan aburrirse y cuya transformación ha producido en menos de medio siglo cambios muy considerables en las costumbres; es necesario, en fin, no combatir la ciencia en nombre de no sé que mezquinas imaginaciones ó qué necesidad de oropeles y adefesios. Quien vaya contra la ciencia será destrozado. Nuestros hijos verán esto. En la ciencia, ó por mejor decir, en el espíritu científico del siglo es donde se halla la materia general de donde los creadores de mañana sacarán sus obras maestras.

Debemos aceptar la arquitectura de nuestros mercados y de nuestros palacios de exposiciones, las calles correctas y claras de nuestras ciudades, la potencia gigantesca de

nuestras máquinas, de nuestros telégrafos y de nuestras locomotoras. Tal es el cuadro donde el hombre moderno funciona, y no sería posible que existiera en él una literatura, una expresión social fuera de la sociedad de que forma parte y del medio en que se agita.

EMILIO ZOLA.

RECUERDOS DE MI VIDA

(1813-1842)

Me llamo Guillermo Ricardo Wagner, y nací en Leipzig el 22 de Mayo de 1813. Mi padre, del registro de la policía, murió seis meses después de mi nacimiento. Mi padrastro, Luis Geyer, que era actor y pintor, escribió también algunas comedias, entre las cuales alcanzó éxito *La degollación de los Inocentes*. Nos retiramos á Dresde con él. Quería hacerme pintor, pero yo era torpe para el dibujo. Mi padre político murió también pronto, dejándome en edad de siete años. Poco antes de su muerte había aprendido á tocar al piano *Sé siempre fiel y leal* y *La corona virginal*, en toda su frescura á la sazón; el día antes de morir tuve que tocar las dos piezas en la habitación contigua; entonces le oí decir á mi madre con voz débil: «¿Tendrá quizá disposiciones para la música?» Al día siguiente, de madrugada, cuando ya había muerto, entró nuestra madre en el cuarto de los niños, dijo algunas palabras á cada uno, y á mí me dirigió estas: «El quería hacer algo de tí.» Tengo una reminiscencia de haber fantaseado durante mucho tiempo que yo haría alguna cosa.

A los nueve años entré en la *Kreuzschule* de Dresde para seguir mis estudios; no se pensaba en nada de música; dos de mis hermanas aprendían á tocar bien el piano, y yo las escuchaba, sin recibir por mi parte instrucción instrumental. Nada me gustaba tanto como el *Freischütz;* muchas veces veía pasar á Weber por delante de nuestra casa, cuando volvía de los ensayos; siempre lo contemplaba con un respeto religioso. Un pasante que iba á mi domicilio á explicarme Corne-

lio Nepote, tuvo que acabar por darme también lecciones de piano: apenas pasé de los primeros ejercicios de los dedos, aprendí por mi cuenta, secretamente y sin papel, la overtura del *Freischütz;* un día me oyó mi profesor y dijo que no se podría sacar partido de mí. Tenía razón: en la vida he aprendido á tocar el piano.

En aquella época no tocaba todavía más que para mí; mi fuerte eran las *overturas*, y las ejecutaba con las digitaciones más espantosas. Me era imposible hacer bien una escala, así que las tomé una gran aversión. De Mozart no me gustaba más que la *overtura* de la *Flauta mágica; Don Juan* no era de mi agrado por estar escrito sobre un texto italiano, que además me parecía muy insulso.

Pero esas ocupaciones musicales eran muy accesorias; lo esencial eran el griego, el latín, la mitología y la historia antigua. También hacía versos. Habiendo muerto un condiscípulo, los maestros nos impusieron la tarea de escribir una poesía sobre su muerte; la mejor debía imprimirse... Fué la mía, pero antes necesité despojarla de su excesiva ampulosidad. Tenía once años en aquel tiempo. Entonces quise ser poeta: emborroné dramas según el tipo griego, impulsado por el conocimiento que tenía de las trajedias de Apel, *Plydos*, *Los Etolios*, etc.; en el colegio pasaba por una cabeza fuerte *en literatura:* en la clase de *tercera* ya había traducido los doce primeros libros de la *Odisea*. Un día me puse también á aprender el inglés, aunque, á decir verdad, sólo por conocer á Shakespeare á fondo: traduje, imitando el metro, el monólogo de *Romeo*. No tardé en abandonar el inglés, pero Shakespeare siguió siendo mi modelo. Proyecté un gran drama, que venía á ser una mezcla de *Hamlet* y el *Rey Lear;* el plan era sumamente grandioso: en el curso de la acción morían cuarenta y dos personajes; pero al poner manos á la obra tuve que hacer reaparecer á la mayoría bajo forma de fantasmas, porque de otro modo no quedaba ya nadie en los últimos actos. Ese drama me ocupó dos años. En esto salí de Dresde y de la *Kreuzschule,* y fuí á Leipzig. Aquí me pusieron en *tercera* en el colegio Nicolai, cuando en Dresde me había sentado ya en los bancos de la clase de *segunda;* tanto me exasperó esa circunstancia que se apagaron todos mis ardores por los estudios filológicos. Me volví perezoso y abandonado; sólo tomaba á pechos mi gran drama. Mientras lo concluía conocí por primera vez la música de Beethoven en los conciertos del *Gewandhaus* de Leipzig:

su impresión sobre mí fué omnipotente. Me familiarizé también con Mozart, sobre todo con su *Requiem*. La música escrita por Beethoven para *Egmont*, me entusiasmó en tales términos, que por nada del mundo me hubiera resignado á dar á luz mi drama, ya concluído, sino provisto de una música de ese género. Sin más reflexión, me creí capaz de escribir yo mismo esa música tan indispensable; sin embargo, me pareció oportuno ponerme al corriente ante todo de algunas reglas esenciales de armonía y composición. A fin de hacer las cosas al vuelo, pedí prestado por ocho días el método de Logier, y lo estudié febrilmente. Pero ese estudio no dió frutos tan rápidos como yo pensaba; las dificultades que ofrecía me estimularon é interesaron: resolví hacerme músico.

En el ínterin, mi familia había descubierto el gran drama con profundo disgusto, porque fué patente que por él había descuidado mis estudios clásicos; en consecuencia, se me obligó con más rigor á proseguirlos de una manera asidua. En tales circunstancias, guardé para mí la íntima convicción que había adquirido de mi vocación musical, pero no sin componer en el mayor secreto una sonata, un cuarteto y un aria. Cuando comprendí que iba bastante adelantado en mis estudios personales de música, me atreví á revelarlos. Como es natural, encontré una oposición enérgica, porque los míos no podían mirar mi afición á la música sino como un simple capricho, máxime no estando justificada por ningún estudio previo ni por ningún mediano dominio de algún instrumento.

Tenía entonces dieciseis años, y me inclinaba al misticismo más extravagante, á consecuencia, sobre todo, de la lectura de Hoffmann: durante el día tenía visiones en una especie de semisueño, en las cuales se me aparecían en persona la *tónica*, la *tercera* y la *quinta*, desvelándome su importante significación: las notas que escribía entonces eran un tejido de absurdos. La familia me puso al fin un buen maestro: el pobre hombre lo pasó bien mal conmigo; tuvo que explicarme que lo que yo tomaba por seres sobrenaturales y potencias extrañas eran *intervalos* y *acordes*. ¿Qué podía haber más desconsolador para los míos sino saber que seguía ese mismo estudio con negligencia é irregularidad? Mi profesor meneaba la cabeza, y las cosas marchaban al parecer como si tampoco fuese posible sacar nada bueno de mí en aquella materia. Cada vez era menor mi afición al estudio; prefería componer *overtu-*

ras á toda orquesta, una de las cuales se ejecutó un día en el teatro de Leipzig. Esa *overtura* fué el punto culminante de mis absurdos; para facilitar la inteligencia de la partitura tuve la ocurrencia de escribirla con tres tintas diferentes; la cuerda en rojo, la madera en verde y el metal en negro. La novena sinfonía de Beethoven parecería una sonata de Pleyel al lado de aquella *overtura* de pasmosas combinaciones. Lo que más me perjudicó en la ejecución fué un redoble *fortíssimo* de timbales, que se reproducía invariablemente cada cuatro compases durante toda la pieza: la sorpresa que empezó por experimentar el público ante la obstinación del timbalero, se trocó en un mal humor no disimulado, y después en una hilaridad que me afligió mucho. Esa primera ejecución de una obra mía me dejó bajo el peso de una impresión profunda.

Entonces vino la revolución de Julio, y héme aquí convertido de pronto en revolucionario, y convencido de que todo hombre, por poco ambicioso que fuera, no debía ocuparse de nada más que de *política*. No disfrutaba sino en compañía de escritores *políticos*, y me puse á escribir también una *overtura* sobre un tema *político*. En esas circunstancias abandoné el colegio, y entré en la Universidad, no para consagrarme á Facultad ninguna (porque seguían destinándome á la música), sino para seguir los cursos de estética y filosofía. Saqué lo menos que cabía de esa ocasión de instruirme; en cambio me entregué á todos los extravíos de la vida de estudiante, y lo hice, á decir verdad, con tanto aturdimiento y tan poco recato, que no tardé en encontrarme pesaroso. En esa época dí mucho que sentir á mi familia; había dejado á un lado casi enteramente la música. Pero pronto volví á la razón; experimenté la necesidad de emprender de nuevo ese estudio con sujeción á un método rigoroso, y la providencia me deparó el hombre que necesitaba para inspirarme un nuevo entusiasmo é ilustrarme con la más profunda enseñanza.

Ese hombre era Teodoro Weinlig, *cantor* de la *Thomasschule* de Leipzig. Ya me había ejercitado en la fuga; pero sólo con él empecé el estudio profundo del contrapunto, estudio que él sabía hacer atractivo como un juego. Hasta esa época no aprendí á conocer y gustar profundamente á Mozart. Compuse una sonata, desprendiéndome de toda hinchazón y abandonándome á un impulso natural y espontáneo. Ese trabajo, sumamente sencillo y modesto, se grabó y publicó en casa de Breitkopf y Hærtel. En menos

de seis meses terminé mis estudios con Weinlig; él mismo me dispensó de continuar, después de haberme puesto en estado de resolver fácilmente los problemas más difíciles del contrapunto. «Lo que ha ganado V.—me dijo—con este árido estudio, es la *independencia.*» Durante esos mismos seis meses compuse también una *overtura* por el estilo de las de Beethoven, que entonces comprendía un poco mejor; esa pieza, tocada en uno de los conciertos del *Gewandhaus* de Leipzig, obtuvo una acogida simpática. Después de otros varios trabajos, me puse á escribir una sinfonía: á mi modelo principal, Beethoven, vino á unirse Mozart, sobre todo con su gran sinfonía en *do* mayor. Mi objetivo, al lado de algunas extrañas aberraciones, eran la claridad y el vigor. Terminada la sinfonía, me puse en camino para Viena durante el estío de 1832, sin más objeto que conocer rápidamente esa ciudad musical, tan alabada en otros días. Lo que allí ví y oí me edificó poco; por todas partes me perseguían *Zampa* y *pots-pourris* de Strauss sobre *Zampa*, dos cosas abominables para mí, sobre todo entonces. En desquite, me detuve algún tiempo en Praga, donde conocí á Dionisio Weber y á Tomaschek; el primero hizo tocar en el Conservatorio varias de mis composiciones, y entre ellas la sinfonía. También escribí en esa ciudad un poema de ópera en el género trágico: *La boda*. Ya no recuerdo de dónde saqué ese asunto de la Edad Media: un hombre, ciego de amor, escala la ventana de la cámara nupcial, donde la desposada de un amigo suyo espera á su esposo; la novia lucha con el insensato y lo lanza á la calle, donde entrega el alma; en el oficio mortuorio la desposada cae exánime sobre el cadáver, lanzando un grito. De vuelta en Leipzig, compuse en seguida el primer número de esa ópera; había un gran sexteto, que era las delicias de Weinlig. A mi hermano no le gustó el libreto, y lo destruí sin dejar rastro. En 1833 se ejecutó mi sinfonía en los conciertos del *Gewandhaus*, mereciendo una acogida muy lisonjera. Entonces conocí á Laube.

Con objeto de ver á uno de mis hermanos, me trasladé á Würzburgo, donde permanecí todo el año 1833; mi hermano, en su calidad de cantante experto, tenía para mí alguna importancia. Aquel año compuse una ópera romántica en tres actos, *Las Hadas*, cuyo libro saqué yo mismo de la *Mujer serpiente* de Gozzi. Beethoven y Weber eran mis modelos: en las piezas de conjunto había salido bien más de una cosa; el final del segundo acto, sobre todo, parecía destinado á produci

gran efecto. Lo que dí á conocer de esa ópera en los conciertos de Würzburgo agradó. Animado de las mejores esperanzas á propósito de mi obra, volví á Leipzig á principios de 1834, y la presenté al director del teatro de esa ciudad. A pesar de sus buenos deseos de favorecerme, declarados desde un principio, no tardé en convencerme de una cosa que hoy día tiene ocasión de saber todo compositor alemán: á consecuencia del éxito de los autores franceses é italianos hemos perdido todo crédito en nuestra escena, y necesitamos mendigar como un favor la ejecución de nuestras óperas. La de mis *Hadas* se eternizó. Durante ese tiempo oí cantar á la Dovrient el *Romeo y Julieta* de Bellini, y me asombré de ver una interpretación tan extraordinaria de una música tan completamente insignificante. Llegué á dudar sobre la elección de los medios que pueden conducir á los grandes éxitos: estaba muy lejos de conceder á Bellini un gran valor; pero, á pesar de todo, los elementos de su música me parecían más apropiados para difundir calor y vida que la penosa y laboriosa conciencia con que apenas conseguimos nosotros, los alemanes, producir un trasunto de verdad atormentada. El arte desmazalado y sin carácter de la Italia actual, de igual suerte que el espíritu frívolo y ligero de la Francia contemporánea, obligaban, en mi sentir, á los graves y concienzudos alemanes á hacerse dueños de los procedimientos más felices y perfeccionados de sus rivales, á fin de llegar á sobrepujarlos en la producción de verdaderas obras artísticas.

Tenía yo entonces veintiun años; estaba dispuesto á gozar de la vida y á recrearme en el espectáculo de las cosas; *Ardinghello* y *La joven Europa* me trastornaban la cabeza: Alemania no me parecía más que una ínfima porción del mundo. Había salido del misticismo abstracto, y empezaba á gustar la realidad. La belleza de la materia, el talento y el genio eran para mí cosas magníficas; en lo concerniente á mi arte todo eso lo encontraba en los italianos y los franceses. Renuncié á mi modelo, á Beethoven; su última sinfonía, conclusión de una gran época artística, me parecía la clave de una bóveda sobre la cual nadie podía elevarse, y á cuyo abrigo era imposible obtener la independencia. Es lo que, á mi juicio, había comprendido Mendelssohn, cuando dejando á un lado la gran forma de la sinfonía beethoviana, se hizo notar por composiciones orquestales más restringidas; yo estimaba que, al empezar por una forma más restringida y enteramente indepen-

diente, quería crearse á sí mismo una más grande.

Todo lo que me rodeaba me parecía en fermentación, y dejarme ganar por esa fermentación era á mis ojos la cosa más natural del mundo. En un hermoso viaje de verano á las aguas de Bohemia bosquejé el plan de una nueva ópera, *Prohibición de amar*, cuyo asunto tomé del drama de Shakespeare *Medida por medida*, con la sola diferencia de que yo suprimí su tono serio predominante, y lo ajusté tan bien al tipo de la *Joven Europa*, que la libre y franca sensualidad dominaba por su sola virtud al hipócrita puritanismo.

En ese mismo estío de 1834, acepté la plaza de *Musik-director* en el teatro de Magdeburgo. La aplicación práctica de mis conocimientos musicales en las funciones de director de orquesta me causó un vivo placer; las relaciones con los cantantes entre bastidores y en las tablas respondían por completo á mi afán de variedad de distracciones. Había empezado la composición de mi *Prohibición de amar*. Ejecuté en un concierto la overtura de mis *Hadas*, y agradó mucho. Yo, sin embargo, me disgusté de esa ópera, y no pudiendo, sobre todo, atender personalmente á mis intereses en Leipzig, resolví no preocuparme más de la obra, lo que equivalía á renunciar á ella. Con ocasión de un festival para celebrar el Año nuevo de 1835, compuse á la ligera una música que interesó generalmente. Tales éxitos, fácilmente obtenidos, me confirmaban en la opinión de que, para agradar, no había que andar con muchos escrúpulos en la elección de los medios. Con este sentido continué la composición de mi *Prohibición de amar;* no me tomé el menor trabajo por evitar las reminiscencias francesas é italianas. Interrumpida mi tarea durante algún tiempo, la reanudé en el invierno de 1835 á 1836, y la acabé poco antes de dispersarse la compañía del teatro de Magdeburgo. No me quedaban ya más que doce días hasta la marcha de las primeras partes, y era preciso que en ese intervalo aprendiesen y representasen mi ópera. Con más aturdimiento que reflexión dejé pasar á la escena después de un estudio de diez días una ópera que contenía papeles muy fuertes; fiaba en el apuntador y en mi batuta. A pesar de eso, no pude impedir que los cantantes apenas supiesen á medias sus papeles. La representación fué como un sueño para todo el mundo; nadie pudo formarse idea; lo que salió medianamente no dejó de aplaudirse, sin embargo. La segunda representación no pudo llevarse á efecto por diversos motivos.

Durante ese tiempo llamaron á mi puerta los rigores de la vida: la rápida toma de posesión de mi independencia exterior me había impulsado á toda clase de locuras, y me veía en la situación económica más apurada y acribillado de deudas. Pensé recurrir á cualquier medio excepcional para no caer en los baches de la miseria. Sin la menor esperanza me fuí á Berlín, y presenté mi *Prohibición de amar* al director del Teatro real municipal. Acogido al pronto con las mejores promesas, acabé por convencerme, después de largas dilaciones, de que esas promesas no habían sido leales. Salí de Berlín en la situación más desastrosa, y me dirigí á Kœnigsberg para solicitar la plaza de director de orquesta del teatro de esa ciudad, plaza que logré obtener más tarde. También me casé allí durante el otoño de 1836, y, para decirlo todo, en una situación de las más azarosas. El año que pasé en Kœnisberg en medio de las preocupaciones más mezquinas fué enteramente perdido para mi arte. No escribí más que una *overtura: Rule Britannia.*

Durante el verano de 1837 pasé una corta temporada en Dresde. Allí la lectura de la novela de Bulwer, *Rienzi,* vino á reanimar la idea que ya venía acariciando, de hacer del último tribuno romano el héroe de una gran ópera trágica. Me lo impidieron circunstancias exteriores adversas, y dejé de idear proyectos. Durante el otoño de ese mismo año fuí á Riga como primer director de orquesta del teatro recien inaugurado bajo la dirección de Holtei. Allí encontré reunidos excelentes elementos para la ejecución de la ópera, y empecé á emplearlos con gran ardor. Entonces fué cuando compuse para cada cantante varias piezas destinadas á intercalarse en óperas. Hice también el libro de una ópera cómica en dos actos, *La afortunada familia de los osos,* cuyo asunto tomé de un cuento de las *Mil y una noches.* Había ya compuesto dos números, cuando noté con disgusto que estaba escribiendo música á lo Adam; herida mi conciencia más íntima por ese descubrimiento, abandoné el trabajo horrorizado. El estudio y la dirección diaria de la música de Adam y de Bellini habían, pues, concluído por producir su efecto, y no tardaron en destruir el placer superficial que esa música me producía. La completa incapacidad del público de nuestras ciudades provinciales en lo tocante al primer juicio de una obra nueva (habituado como está á no ver más que obras ya apreciadas y acreditadas en el extranjero) me inspiró la re-

solución de no estrenar á ningún precio en teatros inferiores una obra de alguna importancia; así es que, sintiendo de nuevo la necesidad de emprender una obra de esa índole, renuncié completamente á su pronta y próxima ejecución; supuse que no faltaría en alguna parte un teatro de importancia que la representase un día, y me preocupé poco de saber cuándo y dónde. En esas disposiciones de ánimo concebí el proyecto de una gran ópera trágica en cinco actos: *Rienzi, el último de los tribunos;* el plan *a priori* era de tal magnitud que se hacía imposible presentar esa ópera, al menos por primera vez, en un teatro pequeño. Trabajé el asunto durante el verano de 1838, en cuya época hacía estudiar á nuestra compañía con mucho entusiasmo el *José* de Méhul.

Empecé en otoño la composición musical de mi *Rienzi*, decidido á ajustarme en absoluto al asunto y á no plegarme á ninguna otra cosa; no me propuse modelo, sino que me abandoné exclusivamente al sentimiento íntimo que entonces tenía de encontrarme ya bastante adelantado, para exigir del desarrollo de mis facultades artísticas algo original y huir de lo insignificante. Me era insoportable el pensamiento de ser trivial á sabiendas, así fuese en un solo compás. Seguí componiendo durante el invierno con tal entusiasmo, que en la primavera de 1839 había concluído los dos primeros actos. En aquel punto finalizaba mi compromiso con el director del teatro, y por circunstancias especiales no quería permanecer en Riga más tiempo. Hacía ya dos años que acariciaba el proyecto de ir á París, y con ese propósito había enviado á Scribe desde Kœnigsberg el plan de un asunto de ópera para que lo desenvolviese, si le agradaba, y me procurase el encargo de escribir la ópera para París. Scribe no hizo ningún caso, naturalmente. Con todo, no renuncié á mis designios; lejos de eso, los reanudé activamente en el verano de 1839, y, por último, decidí á mi mujer á embarcarse conmigo á bordo de un velero que debía llevarnos hasta Londres. Esa travesía será eternamente inolvidable para mí; duró tres semanas y media, y fué fecunda en accidentes. Tres veces tuvimos que sufrir las más violentas tempestades, y durante una, el capitán se vió obligado á refugiarse en un puerto noruego. El paso al través de las rompientes de las costas noruegas produjo en mi imaginación una impresión maravillosa. La leyenda del *Holandés errante,* tal y como volvía á oirla de boca de los marineros, revistió á mis ojos un color pronunciado, es-

pecial, que sólo pudieron prestarle mis propias aventuras.

Para reponernos de viaje tan fatigoso, nos detuvimos ocho días en Londres; nada me interesó tanto como la ciudad misma y las dos Cámaras; en los teatros no puse los pies. En Boulogne-Sur-Mer, donde estuve cuatro semanas, entré por primera vez en relaciones con Meyerbeer, y le dí á conocer los dos actos concluídos de mi *Rienzi;* me prometió su apoyo en París de la manera más amistosa del mundo. Entré, pues, en París con muchas esperanzas y muy poco dinero. Tenía por toda recomendación las señas de Meyerbeer; éste pareció ocuparse, con las mayores muestras de atención, de todo lo que podía servir á mis fines, y yo me creía seguro de alcanzar á muy poco el objeto anhelado; pero quiso la mala suerte que, durante mi estancia en París, Meyerbeer se hallase fuera casi constantemente. Verdad es que, áun ausente, se propuso servirme; pero, según sus propias predicciones, simples cartas no podían dar resultado, tratándose de un asunto en que sólo podía tener eficacia una insistencia personal incesante. Entré en relaciones primeramente con el teatro del Renacimiento, que daba entonces á la vez dramas y óperas. La partitura de mi *Prohibición de amar* me pareció muy á propósito para ese teatro, y áun me decía que el asunto, un si es no es ligero, sería fácil de arreglar á la escena francesa. Estaba tan recomendado por Meyerbeer al director, que este último no podía menos de darme las seguridades más completas. Ofrecióseme, pues, para el arreglo del libro uno de los dramaturgos parisienses más fecundos, Dumersan. Tradujo tres trozos destinados á una audición, y con tal acierto, que mi música parecía adaptarse mejor á la nueva letra francesa que á los primitivos versos alemanes; la música misma era de la que comprenden con menos trabajo los franceses, y todo me prometía el éxito más satisfactorio, cuando, así las cosas, hizo quiebra el teatro del Renacimiento. Todos mis esfuerzos y todas mis esperanzas estaban en tierra. Durante ese mismo invierno de 1839 á 1840 compuse, además de una *overtura* para la primera parte del *Fausto* de Goëthe, varias *melodías* francesas, entre las cuales figuraba una traducción hecha por mí de *Los dos granaderos* de Enrique Heine. En cuanto á la posibilidad de una ejecución de mi *Rienzi* en París, nunca pensé en ella; preveía con certidumbre que necesitaría esperar, por lo menos, cinco ó seis años, áun en el caso más favorable, antes de poder dar cima á la empresa; la misma

traducción de la ópera habría creado obstáculos insuperables.

Regresé, pues, en el estío de 1840, sin la menor esperanza por el momento; mis relaciones con Habeneck, Halévy, Berlioz, etc., no podían contribuir á abrirme ni remotamente ningún horizonte: en París no hay artista que tenga tiempo de trabar amistad con otro; cada cual se mueve y agita por su cuenta. Halévy, como todos los compositores parisienses de nuestra época, no se ha sentido inflamado de entusiasmo por su arte sino el tiempo estricto que necesitó para obtener un gran éxito. Una vez conseguido el éxito, y colocado el autor en la categoría privilegiada de los *lions* de la música, no pensó más que en una cosa: en hacer óperas y ganar dinero. El renombre lo es el todo en París: constituye la fortuna y la perdición de los artistas. Berlioz, á pesar de su carácter desagradable, me atrajo mucho más: lo separa de sus colegas parisienses la enorme diferencia de que no escribe música para ganar dinero. Pero tampoco puede escribir por el puro arte, porque le falta el sentido de lo bello. Permanece completamente aislado en su tendencia: no tiene á su lado más que una turba de adoradores que sin el menor discernimiento saludan en él al creador de un sistema de música flamante, y le han trastornado completamente la cabeza; fuera de ellos, todo el mundo huye de Berlioz como de un loco.

Mis opiniones prematuras é irreflexivas sobre los procedimientos musicales recibieron el golpe de gracia... de los italianos. Esos héroes tan alabados del canto, con Rubini á la cabeza, me han hecho perder el gusto á su música. El público que los oye ha contribuído por su parte á ese efecto. La Gran Opera me dejó absolutamente descontento por la falta de todo espíritu superior á mis interpretaciones: todo lo encontré común y adocenado. La manera de presentar las obras y las decoraciones—lo digo francamente—son lo que prefiero de toda la *Académie royale de musique*. Mucho más hubiera podido satisfacerme la Opera Cómica: posee los primeros talentos, y sus representaciones ofrecen algo de completo y original que desconocemos en Alemania. Pero lo que ahora se produce para ese teatro es de lo más detestable que apareció jamás en las épocas de degeneración artística. ¿Dónde ha tenido la gracia de Méhul, de Isouard, de Boïldieu y del *joven* Auber, ante los innobles ritmos de cuadrilla que llenan ese teatro con su estruendo á la hora presente?

Lo único que encierra París,

digno de nota para el músico, es la orquesta del Conservatorio. Las ejecuciones de las obras sinfónicas alemanas en esos conciertos han producido en mí una impresión profunda, y me han iniciado nuevamente en los maravillosos misterios del verdadero arte. El que quiera conocer á fondo la novena sinfonía de Beethoven debe oírsela á la orquesta del Conservatorio de París... Pero esos conciertos quedan completamente aislados; no hay nada que se asocie á ellos.

Yo no me rozaba casi nada con músicos: formaban mi sociedad literatos y pintores, é hice en París más de una buena amistad.

Encontrándome allí de esta manera, sin la menor perspectiva por delante, reanudé la composición de mi *Rienzi;* lo destinaba á Dresde entonces, porque sabía que en ese teatro se disponía de los mejores intérpretes, la Devrient, Tichatshek, etc., y porque allí podía esperar inmediato acceso, con ayuda de las relaciones de mi juventud. Renuncié, por tanto, casi enteramente á mi *Prohibición de amar:* su autor no tenía ya derecho á mi estima. Con eso me quedé en situación más desembarazada para ajustarme á mi verdadera fe artística durante la conclusión del *Rienzi.* Preocupaciones de diverso linaje y una negra miseria me atormentaron en esa época de mi vida. De pronto reapareció Meyerbeer en París durante algún tiempo; se informó con el mejor interés del estado de mis asuntos, y quiso ayudarme. Entonces me puso en relaciones con el director de la Gran Opera, León Pillet, y se trató de confiarme la composición de una en dos ó tres actos. En previsión de esa eventualidad tenía ya trazado un boceto de argumento. *El holandés errante*, que había conocido íntimamente en el mar, persistía cautivando mi imaginación; supe además el empleo característico que había hecho Enrique Heine de esa leyenda en una parte de su *Salón.* Sobre todo, el modo de redención de aquél Ahasvero del Océano, sacado por Heine de una obra holandesa del mismo título, acabó de poner en mi mano todos los medios á propósito para hacer de esa leyenda un libreto de ópera. Me entendí con el mismo Heine, tracé el plan y lo trasmití á M. León Pillet, proponiéndole que encargase un libreto francés con arreglo á aquella pauta. Llegadas á este punto las cosas, volvió á salir de París Meyerbeer, teniendo que abandonar al destino el cumplimiento de mis aspiraciones. No tardé en saber con asombro que el bosquejo presentado á M. Pillet le gustaba, tanto que deseaba se lo cediese. Decía que

una antigua promesa le obligaba á confiar un libreto á otro compositor lo más pronto posible; el bosquejo mío le parecía perfectamente apropiado para el objeto; pensaba que yo no vacilaría en avenirme á la cesión, si reflexionaba que antes de un plazo de cuatro años no podía prometerme obtener el encargo inmediato de una ópera, en atención á que él tenía que cumplir ante todo las promesas hechas á varios candidatos; naturalmente, se me haría muy largo andar de acá para allá con mi asunto en espera de esa fecha; podría inventar uno nuevo, y me consolaría seguramente de haber hecho ese sacrificio. Combatí con tenacidad tales pretensiones sin conseguir otra cosa que el aplazamiento provisional de la cuestión. Confiaba en una pronta vuelta de Meyerbeer, y guardé silencio.

Durante ese tiempo Schlesinger me invitó á escribir en su *Gaceta musical*, donde publiqué varios artículos *Sobre la música alemana*. Gustó mucho, sobre todo, una novelita titulada: *Una visita á Beethoven*. Esos trabajos contribuyeron no poco á atraerme la atención y estima de París. En el mes de Noviembre de aquel año terminé por completo la partitura del *Rienzi*, y la envié á Dresde sin dilación. Fué el punto culminante de mi situación deplorabilísima: escribí para la *Gaceta musical* una novelita, *El fin de un músico alemán en París*, en que hacía morir al infortunado héroe con esta profesión de fe: «Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven.» Era una suerte que estuviese concluída mi ópera, porque me ví obligado á renunciar durante mucho tiempo al ejercicio de todo lo que fuese arte, dedicándome, por cuenta de Schlesinger, á hacer arreglos para todos los instrumentos habidos y por haber, incluso para el cornetín de pistón; á ese precio pude encontrar algún alivio. Pasé, pues, el invierno en 1841 de la manera menos gloriosa. En la primavera me retiré al campo, á Meudón; la cálida proximidad del estío me hizo suspirar de nuevo por un trabajo intelectual; la ocasión debía presentarse más pronto de lo que yo pensaba. Supe positivamente que mi proyecto de libreto para *El holandés errante* había sido comunicado ya á un poeta, Pablo Fouché, y ví que, si no acababa por cederlo pronto, me quedaría burlado completamente bajo cualquier pretexto: consentí, pues, en la cesión mediante cierta suma. Entonces no tuve más idea que desenvolver el asunto yo mismo en versos alemanes. Para ponerme á la obra me hacía falta un piano, porque habiendo interrumpido durante nue-

ve meses el trabajo de producción, necesitaba ante todo volver á colocarme en una atmósfera musical: alquilé un piano. Llegado el instrumento, dí vueltas en torno de él poseído de verdadera angustia: temblaba ante el temor de descubrir que había dejado de ser músico. Empecé por el coro de los marineros y la canción de las hilanderas; en un abrir y cerrar de ojos todo marchó á pedir de boca, y lancé gritos atronadores de alegría al cerciorarme con íntimo convencimiento de que era músico aún. En siete semanas quedó compuesta toda la ópera. Pero al fin de ese tiempo me agobiaron las preocupaciones materiales más vulgares: tuvieron que pasar dos meses largos antes de que pudiese escribir la *overtura* de la ópera terminada, por más que la llevase casi completa en mi cabeza. Naturalmente, no tuve más deseo que tratar de que esa ópera se representase en seguida en Alemania: de Munich y de Leipzig me respondieron con esta fórmula de negativa: que la obra no convenía á Alemania. ¡Cándido de mí! Yo había creído que no convenía más que á Alemania, porque tocaba cuerdas que no pueden vibrar más que en un alemán.

Acabé por mandar mi nuevo trabajo á Meyerbeer, que estaba en Berlín, rogándole procurase su admisión en el teatro Real de esa ciudad. La cosa se hizo bastante de prisa. Estando ya admitido mi *Rienzi* en el teatro Real de Dresde, al ver en perspectiva la representación de dos de mis obras en las principales escenas alemanas, me asaltó involuntariamente el pensamiento de que por suerte singular París me había servido extraordinariamente para Alemania. En cuanto á París mismo, nada tenía que hacer en él ahora durante el curso de algunos años; lo abandoné, pues, en la primavera de 1842. Por primera vez ví el Rhin... con los ojos humedecidos de lágrimas, juré, ¡pobre músico! una fidelidad eterna á mi patria alemana.

II

«LA PROHIBICIÓN DE AMAR»

De la segunda ópera que terminé completamente, *Prohibición de amar*, no doy á luz más que un resumen del argumento y una reseña de la tentativa de su representación con las circunstancias que á ella se asociaron. Si me abstengo de una comunicación semejante por lo que se refiere á mi primera ópera, *Las Hadas*, atendiendo á que no llegó á la publicidad, no

creo posible pasar en silencio esta segunda obra de mi juventud, puesto que pudo obtener una publicidad verdadera, como va á verse, y abrogó entonces la atención sobre sí.

Bosquejé el poema de esta ópera en el estío de 1834 durante una temporada de vacaciones en Tœplitz, de la cual conservé recuerdos precisos consignados en las siguientes páginas.

Durante algunas hermosas mañanas huí de la gente para ir á almorzar solo á la *Schlatenburg* y trazar en mi cuaderno de apuntes el plan de un nuevo libro de ópera. Me apoderé al efecto del asunto de Shakespeare, *Medida por medida*, y, conforme á mis disposiciones de entonces, lo transformé libérrimamente en un libreto para mi uso, á que puse por título *Prohibición de amar*. Las ideas de la *Joven Europa*, que obsediaban entonces los cerebros, y la lectura de *Ardinghello*, exasperadas una y otra por las disposiciones personales de que yo estaba animado contra la música alemana, me sugirieron la nota fundamental de mi concepción, dirigida especialmente contra el puritanismo hipócrita, y destinada en consecuencia á la glorificación atrevida de la «libre sensualidad.» No me tomé el menor trabajo para entender de otra manera el austero pensamiento de Shakespeare; no ví más que el gobernador sombrío y rigorista inflamado de una pasión formidable por la bella novicia, y la bella novicia que, al implorar la gracia de su hermano condenado por un delito de amor; encendía en el puritano rígido la llama más funesta, merced á la irradiación de sus calorosos sentimientos. Que Shakespeare no desenvolviese con tal riqueza esos poderosos motivos dramáticos sino para que pesasen al fin con mayor fuerza en la balanza de la justicia, cosa era de que yo me preocupaba muy poco; á mí no me importaba sino desvelar lo que había de culpable en la hipocresía y de antinatural en el papel cruel de censor. Separándome, pues, completamente de *Medida por medida*, sólo me cuidé del castigo del hipócrita por el amor vengador. Transporté el asunto de la Viena fabulosa á la capital de la ardiente Sicilia: aquí un gobernador alemán, indignado de la libertad de costumbres del país, incomprensible para él, intenta un ensayo de reforma puritana, y sucumbe en la demanda de la manera más lamentable. Es verosímil que entrase por algo en esa composición la *Muda de Pórtici*, y aun que cooperasen también algunas reminiscencias de las *Vísperas sicilianas:* cuando considero que hasta el dul-

ce siciliano de Bellini tiene algo que ver con la tal obra, no puedo menos de sonreirme del extraño *quid pro quo* á que conspiraron entonces los descarríos más singulares.

No terminé la partitura de esa ópera hasta el invierno de 1835 á 1836. La cosa se hizo en medio del gran desorden de impresiones originado por mi entrada en el teatrito municipal de Magdeburgo, donde había dirigido la ópera durante dos temporadas de invierno. De mi contacto inmediato con el personal de la ópera alemana resultó una extraña depravación, visible entonces en todo el plan y en el desarrollo de esa obra, y visible hasta el punto de que nadie hubiese podido reconocer en el autor de semejante partitura al joven entusiasta de Beethoven y Weber.

He aquí ahora cuál fué su destino.

A pesar de un apoyo regio, y á pesar de una ingerencia de la Junta del teatro en la administración, nuestro digno director andaba enredado en una quiebra continua, y no había que esperar de ningún modo en la continuación de su empresa. Así era menester que la representación de mi ópera por el excelente personal de canto, que se hallaba completamente á mis órdenes, sirviese de punto de partida á un cambio radical en mi crítica situación. Desde el último estío tenía derecho á un beneficio como indemnización de ciertos gastos de viaje; y, naturalmente, pensé consagrar ese beneficio al estreno de mi obra, procurando hacer lo menos costoso posible para la dirección ese favor que me debía. A este fin, y como quiera que corriesen á su cargo algunos desembolsos que exigía la nueva ópera, convine en dejarle los ingresos del estreno, percibiendo yo en cambio los de la segunda representación. No me pareció enteramente desfavorable que se aplazase el estudio de la obra hasta fines de la temporada, porque daba por supuesto que el público prestaría singular atención á las últimas representaciones de un personal acogido frecuentemente por un favor poco común. Por desdicha no llegamos á ese excelente fin de la temporada, señalado para los últimos días de Abril; porque ya el mes antes, á consecuencia de inexactitud en el pago, se despidieron las partes favoritas de la compañía, resueltas á buscar mejor colocación en otra parte, sin que la empresa, dada su insolvencia, tuviese medios de impedirlo. Entonces concebí verdaderos temores, pareciéndome más que dudoso que pudiese verificarse el estreno de mi *Prohibición de amar*. Gracias á la gran populari-

dad de que gozaba cerca de toda la compañía, logré decidir á los cantantes, no sólo á prolongar su estancia hasta fines de Marzo, sino á emprender el estudio de mi ópera, estudio fatigosísimo, dada la premura del tiempo. Tan medido era ese tiempo, que, en el supuesto de celebrar dos representaciones, teníamos diez días solamente para todos los ensayos. Como no se trataba de una opereta fácil, sino, á pesar del carácter ligero de la música, de una gran ópera, con muchos trozos importantes de conjunto, el empeño bien podía considerarse como una locura temeraria. Yo fiaba, sin embargo, en el extraordinario esfuerzo que hacían los cantantes por darme gusto, estudiando sin reposo noche y día; y, aunque fuese imposible que los infelices llegasen á sentirse algo seguros de sí, todavía esperaba un milagro final de la pericia que había yo adquirido como director de orquesta. El poder que poseía de mantener á los cantantes, á despecho de la falta más absoluta de seguridad, dentro de cierta corriente á propósito para sostener la ilusión, manifestóse realmente en aquellos pocos ensayos generales: apuntándoles de continuo las palabras, cantando con ellos, y dirigiéndoles enérgicas llamadas de atención á propósito de la acción, encaucé el conjunto tan á maravilla, que al parecer debía producir un efecto muy tolerable. Desgraciadamente no habíamos reflexionado que, al llegar la ejecución, en presencia del público, todos esos enérgicos recursos para poner en movimiento la máquina dramático-musical deberían limitarse á las indicaciones de la batuta y al juego de la fisonomía. En realidad los cantantes, sobre todo los del personal masculino, andaban tan sumamente inseguros, que la acción se veía entorpecida y paralizada desde el principio hasta el fin. El primer tenor, que era el de menos memoria, trataba de suplir con el mejor deseo del mundo el carácter vivo y provocativo de su papel (el tarambana Lucio) con la rutina que había adquirido en *Fra Diavolo* y *Zampa*, y sobre todo con un penacho multicolor, desmesuradamente grande y ondulante. A pesar de eso no había que extrañar que el público no viese claros los pormenores de una acción simplemente cantada, sobre todo cuando la dirección no había conseguido llegar á imprimir el libreto por separado. A excepción de algunos pasajes de las cantantes, acogidos con éxito, el conjunto, que yo soñaba, de una acción atrevida y un diálogo movido y enérgico se redujo á un juego musical de sombras chinescas, á que prestó

generoso concurso la orquesta con sus confusas expansiones y con un estruendo frecuentemente exagerado. Como detalle característico de mi modo de tratar el color instrumental, citaré este hecho: el músico mayor de una banda militar prusiana, á quien le gustó mucho la obra, creyó preciso darme benévolas instrucciones para mis composiciones futuras en punto al empleo del bombo.

Antes de dar á conocer la suerte ulterior de esta obra singular de mi juventud, haré una breve reseña de su carácter, sobre todo en lo que afecta al poema.

La obra de Shakespeare, muy austera en el fondo, se modificó en mis manos al tenor siguiente:

Un rey anónimo de Sicilia abandona su reino para hacer un viaje á Nápoles, y transmite al gobernador que deja de regente (llamado Friedrich á secas á fin de darle carácter alemán) plenos poderes para que reforme las costumbres de la capital siciliana, de las cuales está escandalizado el rígido consejero.

Al comienzo de la obra se vé en funciones á los agentes de la fuerza pública, cerrando unos los establecimientos prohibidos de un barrio de Palermo, arrasándolos otros y llevándose presos á sus concurrentes y dueños. El pueblo se opone á esa medida: gran escaramuza. En lo más recio del tumulto el jefe de los esbirros, Brighella (bajo caricato), después de un redoble de tambor que restablece la calma, lee el bando del gobernador, según el cual se ha procedido en bien de la mejora de las costumbres. Una carcajada general y un coro irónico interrumpen la lectura; Lucio (tenor), mancebo hidalgo y libertino jovial parece querer erigirse en jefe del pueblo, y encuentra á poco la ocasión de interesarse más á fondo en la causa de los oprimidos: tropezándose en el camino con su amigo Claudio (otro tenor) á quien llevan preso, oye de su boca que, en virtud de una añeja ley exhumada por Friedrich, debe sufrir la pena de muerte por un delito de amor. Ha hecho madre á su amada, cuya mano le habían negado hasta entonces padres hostiles Al odio de la familia se osocia el celo rigorista de Friedrich; Claudio teme que el asunto acabe del peor modo, y no espera ya su salvación más que de la clemencia, si la intercesión de su hermana Isabel logra ablandar el corazón inflexible del regente. Lucio promete á su amigo ir en busca de su hermana al convento de las Hijas de Santa Isabel, en donde acaba de entrar como novicia.

Allí, en el tranquilo retiro del claustro, conocemos mejor á esa joven por un diálogo íntimo con su

amiga Mariana, que ha entrado también como novicia. Esta última descubre á la amiga de quien ha estado separada mucho tiempo la triste suerte que la ha conducido á aquel sitio. Fiando en la promesa de una eterna fidelidad, se decidió á unirse secretamente con un hombre de alta jerarquía; pero se ha visto abandonada y hasta perseguida por él, porque el traidor se ha revelado finalmente como el hombre más poderoso del Estado: es, ni más ni menos, que el consejero actual del rey. Isabel desahoga su indignación en acentos inflamados, y no se calma sino después de resolverse á abandonar un mundo donde ha podido cometerse impunemente tan monstruosa hazaña.

Pero cuando Lucio le participa la suerte de su propio hermano, la aversión que siente por la falta de este último se trueca al momento en una cólera violenta contra la infamia del hipócrita regente. ¿Es él el que pretende castigar con crueldad tamaña aquella falta infinitamente menor que la suya, aquella falta de un hombre que al menos no se ha manchado con una traición? Su viva efervescencia le comunica irresistibles seducciones á los ojos de Lucio, que, inflamado de repente por un violento amor, la insta á abandonar para siempre el convento y aceptar su mano. Isabel, llena de dignidad, sabe tenerlo á distancia, pero acepta sin vacilaciones que la acompañe á presencia del regente.

Aquí se prepara la escena del juicio á que puse por introducción un interrogatorio burlesco de diversos delincuentes contra las costumbres, por el jefe de los esbirros Brighella. La seriedad de la situación resalta así más, cuando aparece el sombrío Friedrich reclamando silencio, en medio del tumulto del populacho, y cuando el mismo regente comienza el interrogatorio de Claudio en términos severos. Ya va á pronunciar la sentencia el juez inexorable, cuando llega Isabel solicitando hablarle antes á solas. Durante esa conferencia, la joven se domina con noble reserva ante aquel hombre á quien teme y desprecia, sin embargo, no dirigiéndose más que á su indulgencia y misericordia. Las objeciones que él opone aumentan el calor de sus sentimientos; presenta con colores conmovedores la falta de su hermano, é implora el perdón de un desliz tan humano y disculpable á la postre. Notando el efecto producido por sus expresiones calorosas, continúa con ardimiento creciente, apela á aquel corazón de juez que ahora se cierra con tanta dureza, á aquel corazón que no puede haber

permanecido cerrado siempre á los mismos sentimientos que arrastraron á su hermano, á aquel corazón cuya propia experiencia invoca, llena de angustia, para ayudarla en su empresa. Se ha roto el hielo: Friedrich, impresionado profundamente por la belleza de Isabel, no es ya dueño de sí mismo, y promete concederle lo que pide al precio de su amor. Apenas se da ella cuenta de haber producido ese efecto inesperado, corre á la ventana y á la puerta en un acceso de indignación contra infamia tan inconcebible, llamando al pueblo para desenmascarar al hipócrita á los ojos de todo el mundo. Ya la muchedumbre amotinada se precipita en la sala del Tribunal, cuando Friedrich, gracias á los esfuerzos de una energía desesperada, consigue demostrar á Isabel, mediante algunas indicaciones significativas, la imposibilidad de conseguir su objeto: él negaría atrevidamente su acusación, explicaría la proposición que hizo por su parte como un medio de prueba, y se prestaría crédito á sus palabras. Isabel, turbada y confusa, reconoce lo aventurado de su intento, y se abandona á la rabia muda de la desesperación. Pero cuando Friedrich anuncia al pueblo el supremo rigor y al acusado su sentencia, Isabel, movida por la dolorosa suerte de Mariana, concibe con la rapidez del relámpago el proyecto salvador de obtener por la astucia lo que parece imposible conseguir por la violencia abierta. Pasa entonces, por una transición brusca, de la más profunda aflicción á la más franca jovialidad: se dirige á su consternado hermano, á su afligido amigo, á la multitud perpleja, anunciándoles que les prepara á todos una sorpresa de las más agradables, porque los regocijos del carnaval, que el gobernador acaba de prohibir severamente, deben celebrarse aquel año con la mayor extravagancia: en efecto, aquel hombre temido no se muestra tan cruel sino en apariencia, á fin de sorprender más gratamente al pueblo con su alegre participación en todo lo que prohibe. Todos creen que se ha vuelto loca; Friedrich, con especialidad, le reconviene en los términos más duros su inconcebible demencia; pero algunas palabras de Isabel bastan para trastornar al mismo gobernador, porque murmura á su oido, en una confidencia furtiva, la promesa de colmar todos sus deseos y dirigirle á la noche siguiente una invitación anunciándole su ventura.

Así termina el primer acto en medio de la más viva agitación. ¿Cuál es el plan tan rápidamente concebido por la heroina? Lo sabe-

mos al empezar el acto segundo. Isabel va á la prisión de su hermano para saber ante todo si es digno aún de la absolución. Le descubre las proposiciones ultrajantes de Friedrich, y le pregunta si desea salvar su vida delincuente al precio del deshonor de su hermana. A las primeras explosiones de cólera de Claudio, á su abnegación para el sacrificio, sucede una disposición muelle que hace pasar al infelíz de la tristeza á la debilidad, cuando se despide por siempre de su hermana, encargándole un adiós conmovedor para la amada á quien abandona. Isabel, pronta á comunicarle su salvación, se detiene con desaliento, al verle caer del más noble entusiasmo hasta la débil confesión de su amor á la vida, hasta esta tímida pregunta: ¿le parece, pues, exorbitante el precio de su salvación? Isabel se levanta horrorizada, rechaza lejos de sí á aquel hermano indigno, y le anuncia que ya no le resta sino unir á una muerte ignominiosa todo su menosprecio. Después de restituirlo al carcelero, su actitud vuelve á revestir, por un cambio instantáneo, la expresión serena y altiva de un alma resuelta: es verdad, se decide á castigar las vacilaciones de su hermano, prolongando la incertidumbre en que se halla sobre su suerte; pero persiste también en su designio de librar al mundo del más afrentoso hipócrita que ha pretendido nunca dictarle la ley. Conviene con Mariana en que ésta última acuda en su lugar á la cita concertada con Friedrich para la noche próxima, y envía á Friedrich la invitación á ese encuentro, que, para envolver mejor al enemigo en su perdición, debe verificarse bajo disfráz en una de las casas prohibidas por el mismo regente. Habiendo formado el designio de castigar también al calavera de Lucio por la audaz declaración de amor hecha á la novicia, le da parte de los deseos de Friedrich y de la supuesta necesidad en que se halla de ceder; explica el caso con un desenfado tan inconcebible, que el joven aturdido de antes experimenta la mayor estupefacción y desesperación, y jura que, si conviene á la noble doncella sufrir ese inaudito ultraje, él intentará impedirlo con todo su poder: antes ahogaría en fuego y sangre á toda Palermo.

En fin, toma sus medidas para que todos sus amigos y conocidos se reunan aquella tarde á la salida del Corso so pretexto de inaugurar la gran mascarada prohibida. Allí, á la caída de la noche, en el momento en que empieza á manifestarse ya la alegría y la turbulencia, se presenta Lucio entonando una canción extravagante de cir-

cunstancias, que tiene por estribillo:

> Al que no coree esta canción
> Atravesarle el corazón.

Logra provocar á la multitud á la rebelión abierta. En el momento en que se acerca una partida de esbirros para dispersar á la muchedumbre, debe empezar á realizarse el plan sedicioso; pero Lucio reclama antes una última concesión: la de dispersarse en las cercanías, porque allí está el sitio de la pretendida cita con el gobernador, el sitio cuyo secreto le ha entregado Isabel. Lucio espía á Friedrich; lo reconoce bajo el disfraz, y lo detiene; el otro, desprendiéndose con energía, lo persigue, gritando, con la espada desenvainada; pero es detenido á su vez y extraviado merced á instrucciones de Isabel oculta en un bosque próximo. La joven sale entonces de su escondite, regocijándose á la idea de que en aquel mismo punto es restituído el esposo infiel á aquella Mariana á quien había hecho traición; en seguida, creyendo tener en su mano el indulto prometido, está á punto de renunciar á toda ulterior venganza, cuando, abriendo el escrito para leerlo á la luz de una antorcha, descubre con espanto la orden de ejecución agravada, orden que, gracias á la corrupción del carcelero, llegó á su poder en el instante mismo en que desistía de transmitir á su hermano la noticia de su perdón. Friedrich, después de rudos combates contra la pasión que lo devoraba, reconociendo su impotencia contra aquel enemigo de su reposo, había resuelto perecer, ya que criminal, como hombre de honor al menos. Una hora en los brazos de Isabel, y después su propia muerte... Sufriendo el rigor de la misma ley que condenaba á Claudio de una manera irrevocable. Isabel, no viendo en esa manera de obrar más que una nueva acumulación de ignominias, se abandona al furor de la desesperación. Al oir sus excitaciones á la rebelión inmediata contra el más infame de los tiranos, el pueblo entero se precipita en masa confusa; Lucio, que sobreviene también, aconseja á la multitud con expresiones amargas á no prestar oidos á los arrebatos de aquella mujer que la engañaría como lo ha engañado á él mismo. Nueva confusión y desesperación de Isabel; de pronto se oyen por dentro gritos burlescos de Brighella, pidiendo auxilio: envuelto en aquella intriga de los celos, acaba de apoderarse por equivocación, del gobernador disfrazado, y contribuye así á descubrirlo. Friedrich se ve desenmascarado. Se reconoce

á Mariana trémula junto á él; se propagan sucesivamente la sorpresa, la cólera y la alegría; se cambian con rapidez las explicaciones necesarias; Friedrich demanda con semblante sombrío el juicio del rey que vuelve, por haber incurrido en la pena capital. Claudio, sacado de la prisión por la multitud delirante, le dice que en aquel tiempo la ley no castiga con la muerte las faltas de amor.

Nuevos mensajeros anuncian la entrada inesperada del rey en el puerto; se decide formar una gran mascarada, y dirigirse así, á guisa de alegre homenaje, al encuentro del príncipe bien amado, que, en medio de su alegría, comprenderá seguramente el mal efecto que debe producir el sombrío puritanismo alemán en aquella ardiente tierra de Sicilia. A él se atribuye esta frase: «Yo me complazco más en la animación de las fiestas que en vuestras sombrías leyes.» Friedrich, con su esposa Mariana, unida nuevamente á él, debe abrir la marcha ahora; detrás forman una segunda pareja Lucio y y la novicia, perdida por siempre para el claustro...

Esa acción viva, esas escenas cuya concepción puede calificarse de atrevida en ciertos respectos, estaban redactadas en un estilo que no carecía de propiedad y en versos esmerados. La policía puso inconvenientes al título de la obra; de no sustituirlo, hubiese sido causa de la ruína completa de mis planes. Estábamos en Semana Santa, época en que se prohibían en el teatro las obras ligeras ó simplemente frívolas.

Felizmente, el magistrado con quien tuve que entenderme no se cuidó de entrar en pormenores sobre el libreto; y como yo asegurase que estaba compuesto con arreglo á una obra muy seria de Shakespeare, se contentó con la modificación del título, reemplazándose el que veía con malos ojos por el de *La novicia de Palermo*, en que no encontraba ya ninguna cosa escabrosa, y sobre cuya impropiedad no se formuló ningún escrúpulo.

No tuve la misma suerte en Leipzig donde poco tiempo después traté de hacer pasar mi nueva obra en sustitución de mis *Hadas* sacrificadas.

Esperaba lisonjear y ganar á mi proyecto al director del teatro, adjudicando el papel de Mariana á su propia hija, que se estrenaba en la ópera; pero encontró en la tendencia del asunto un pretexto muy plausible para rechazar la obra, diciendo que, si el magistrado de Leipzig permitía su representación, lo cual dudaba mucho en autoridad tan competente, él, como

padre de conciencia, no autorizaría á su hija á tomar parte.

Esa tendencia de mi libreto—cosa curiosa—no me perjudicó nada en la representación de Magdeburgo, porque, como ya he dicho, el público se quedó pura y simplemente sin enterarse del asunto á consecuencia del absoluto embrollo de la ejecución. La circunstancia, pues, de que no se había manifestado ninguna hostilidad contra la *tendencia* hacía posible una segunda representación; nadie suscitó reclamación ninguna, porque nadie se preocupaba de tal cosa. Yo veía bien que mi ópera no había producido efecto, y que el público no sabía á qué atenerse sobre lo que podría querer decir todo aquello: me prometía, sin embargo, una recaudación considerable, en el supuesto de que era la última función de la compañía, lo cual no fué óbice para que reclamase lo que se llamaba la tarifa alta de los precios. ¿Había algunas personas en el teatro antes de empezar la overtura? Cuestión sobre la cual me es difícil pronunciarme seguramente; como un cuarto de hora antes del momento en cuestión sólo ví á mi casera y á su marido, y, cosa sorprendente, á un judío polaco, de toda gala, en los sillones de orquesta. Aún esperaba yo, á pesar de todo, mayor afluencia, cuando de repente sobrevinieron entre bastidores sucesos inauditos.

El marido de mi primera cantante—que hacía el papel de Isabel—pegaba al segundo tenor—que representaba el de Claudio;—este último era un jovencillo agraciado, que hacía tiempo excitaba los celos del susodicho esposo. Parece que el tal marido, después de notar, como yo, la ausencia del público, juzgó llegada al fin la anhelada hora de dejar caer su venganza sobre el amante de su mujer, sin causar perjuicios á la empresa. El infelíz Claudio, maltratado violentamente, tuvo que escurrirse al vestuario con la cara ensangrentada. Isabel, enterada del suceso, se precipitó desesperada al encuentro del marido furioso, y recibió tan tremendos cachetes que cayó presa de convulsiones. La confusión que se armó en un instante no tuvo límites; cada cual tomaba partido en pro ó en contra, y en poco estuvo que no se llegase á una contienda general: porque aquella malhadada noche les pareció á todos, por lo visto, la más oportuna para el ajuste final de cuentas de sus supuestas ofensas recíprocas. Era evidente que la pareja estropeada por la *prohibición de amar* del marido de Isabel no podía presentarse en escena aquel día; en consecuencia, anunciόse á la escogidísima concu-

rrencia de la sala que «por causas imprevistas» no podía verificarse la representación de la ópera...

Jamás hice ninguna otra tentativa por rehabilitar la obra de mi juventud.

III

TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS DE WEBER Á DRESDE

Un hermoso y solemne suceso vino á influir sobre la disposición de espíritu en que terminaba la composición de *Tannhauser*, neutralizando la contínua distracción que me ocasionaban diversas relaciones exteriores. Fué la traslación desde Londres á Dresde de los restos mortales de Carlos María Weber, felizmente realizada en Diciembre de 1844. Dos años antes se había formado una comisión que venía haciendo propaganda al efecto. Sabíase por un viajero que el modesto sarcófago que guardaba las cenizas de Weber se había depositado en apartado rincón de la iglesia de san Pablo de Londres con tal falta de consideraciones, que se podía temer no volver á descubrirlo en algún tiempo. Mi enérgico amigo, el profesor Lœwe, utilizó esa noticia para excitar á la *Liedertafel*, de que era celosísimo presidente, á tomar á su cargo esa empresa de la traslación. El concierto que dieron los coros de hombres para subvenir á los gastos produjo un fruto relativamente importante: entonces hubo el proyecto de asociar á la misma causa á la intendencia del teatro; pero allí, en los lugares mismos donde dirigió el maestro, se tropezó con una resistencia tenaz. La dirección general participó á la comisión que el Rey experimentaba escrúpulos religiosos á propósito de aquella medida destinada á turbar el reposo de un muerto. Aunque fuese lícito no prestar gran crédito al motivo alegado, no por eso era menos evidente que no había que contar con nada; entonces fué cuando aprovechando mi nueva posición de *capellmeister*, lleno de esperanzas, me hicieron tomar parte en el plan. Me presté á ello con mucho entusiasmo; me dejé nombrar presidente, y se me asoció una autoridad en materia de arte, el consejero áulico Sr. Schulz, director del gabinete de antigüedades, y además banquero. Dióse nuevo impulso á la propaganda, se publicaron invitaciones por todas partes; se trazaron planes precisos, y se celebraron innumerables sesiones. Volvía, pues, á encontrarme en antagonismo con mi jefe Sr. de Lüttichau; á ser posible, no hubiera él dejado de

oponerme una prohibición absoluta en nombre de la autoridad real, ya pretextada; pero sabía por experiencia los inconvenientes de chocar conmigo en semejantes asuntos. Por otra parte, ni esa voluntad del Rey se había pronunciado tan abiertamente contra la empresa, ni hubiera podido oponerse al proyecto desde el punto de vista de la iniciativa privada; al contrario no hubiese hecho más que suscitar algún rencor contra la corte, si el teatro Real, á que había pertenecido Weber llegaba á encerrarse en una abstención hostil. Así el Sr. de Lüttichau apeló más bien á razones de sentimiento para ver de apartarme del asunto suponiendo que sin mi concurso no prosperaría. Me manifestó especialmente lo difícil que le era admitir que se tributasen honores tan exagerados á la memoria de Weber, cuando nadie pensaba en ir á buscar á Italia las cenizas de Morlacchi, cuyos servicios en la capilla real habían durado mucho más tiempo. «Supóngase V.—me decía—que llega á morir Reissiger en una estación balnearia, su mujer podría pedir con el mismo derecho que la viuda de Weber, que se trajese el cuerpo de su marido con cruz y pendón.» Yo procuré tranquilizarlo sobre ese punto; si no conseguí hacerle comprender claramente la diferencia de los casos que confundía, por lo menos logré convencerlo de que ahora el asunto iba por buen camino tanto más, cuanto que el teatro Real de Berlín acababa de anunciar una función á beneficio de nuestra obra. Efectivamente: á instigación de Meyerbeer, á quien se dirigió la comisión, llevóse á efecto ese beneficio con *Euriante*, y dió un ingreso líquido de 2.000 thalers. Siguieron el ejemplo algunos teatros de orden inferior, de modo que el teatro Real de Dresde no podía ya permanecer más tiempo á la zaga, y desde entonces pudimos presentar á nuestro banquero un capital suficiente para subvenir á los gastos de la traslación y encargar una tumba conveniente con monumento apropiado; pudimos también reservar un fondo para erigir en adelante una estatua á Weber. Uno de los dos hijos que habían sobrevivido al maestro marchó á Londres para traer las cenizas de su padre. El regreso se verificó por el Elba, y los despojos mortales llegaron al fin al desembarcadero de Dresde, donde por primera vez debían ser transportados en tierra alemana. La conducción debía efectuarse de noche, á la luz de las antorchas, con el desfile de un cortejo solemne; yo me encargué de la música fúnebre. La compuse con dos motivos de *Euriante:* utilicé el pasaje de la

overtura que caracteriza la aparición del fantasma como introducción á la *cavatina Aquí junto al manantial*, que transporté al *si bemol* mayor, sin cambio ninguno, y enlacé después, para concluir, con la repetición del primer motivo transfigurado, como en el final de la ópera. Esa pieza sinfónica se adaptaba, pues, perfectamente á las circunstancias. La orquesté para ochenta instrumentos de viento escogidos, y tuve ocasión de estudiar á fondo, entre otras cosas, el empleo de sus registros más suaves; sustituí el trémolo de las violas, que acompaña la parte tomada de la overtura, con veinte tambores enfundados que tocaban *pianíssimo;* obtuve así, áun en los ensayos del teatro, una impresión de conjunto tan arrebatadora y sobre todo en tan íntima armonía con nuestros recuerdos de Weber, que la señora Schrader-Devrient, que había sido amiga del maestro y estaba presente en el ensayo, se sintió transportada á los últimos límites de la emoción, y yo pude felicitarme de no haber hecho jamás nada que respondiese tan perfectamente á su objeto. No fué menos felíz el efecto que produjo esa música ejecutada al aire libre durante el cortejo solemne. Como debían resultar dificultades especiales de la excesiva lentitud de la medida, que ninguna indicación rítmica caracterizaba claramente, hice que se evacuase la escena durante el ensayo general: así gané el espacio preciso para que los músicos marchasen alrededor de mí tocando la pieza, después de haberla estudiado convenientemente.—Espectadores que vieron llegar y pasar el cortejo desde las ventanas me aseguraron que la impresión de solemnidad había sido de una grandeza inexpresable.

Depositamos el féretro provisionalmente en la capillita funeraria del cementerio católico de Friedrichstadt, donde lo esperaba la señora Devrient con una corona, discreto y modesto homenaje de bienvenida; á la siguiente mañana tuvo efecto la solemne sepultura en el panteón preparado por nosotros. Al par que el otro presidente, recibí el honroso encargo de pronunciar una oración fúnebre. Me dió el asunto para componerla una circunstancia muy reciente y conmovedora: la muerte de Alejandro de Weber, el hijo menor del maestro difunto, acaecida poco tiempo antes de esa traslación. El fallecimiento inesperado de ese joven en la flor de la edad causó á su madre tan espantosa sacudida, que, á no estar ya tan adelantada nuestra empresa, hubiésemos tenido que abandonarla, al ver que la viuda parecía descubrir en esa nueva y terrible pérdida un castigo del cielo

por la vanidad de querer trasladar los despojos del sér que había perdido. Notando que el público, con su sentimentalismo especial, se entregaba también á preocupaciones de esa índole, me creí en el deber de presentar nuestra empresa bajo su verdadero punto de vista, y salí tan bien de mi empeño, que según el testimonio de todo el mundo, no hubo la objeción más mínima contra mi justificación. Entonces pude hacer sobre mí mismo una experiencia particular, porque era la primera vez de mi vida que me encargaba de pronunciar en público un discurso solemne. Después, cuando he tenido que hacer discursos, no he hablado nunca más que *ex tempore;* pero en aquel estreno, y á fin de dar á mi oración fúnebre la concisión necesaria, la escribí y aprendí de memoria. Completamente poseído de mi asunto y de las reflexiones que me había inspirado, me creía tan seguro, que no tomé ninguna medida para recibir auxilio; con eso causé á mi hermano Alberto, que estaba no lejos de mí durante la ceremonia, un instante de viva inquietud, hasta el punto de que llegó á maldecirme, según me confesó, por no haberle entregado el manuscrito para que me apuntase. Es el caso que, habiendo empezado mi discurso con voz clara y llena, me afectó tan profundamente durante un momento la impresión casi espantosa que produjeron sobre mí mi propia palabra, su acento y su sonoridad, que á la vez que me oía, creía *verme* enfrente de aquella multitud que contenía la respiración para escucharme; y, mientras me *objetivaba* de esa suerte fuera de mí mismo, caí en un estado de concentración absoluta, durante el cual esperaba el desarrollo de la acción subyugadora que iba á realizarse delante de mí, exactamente como si yo no hubiese sido la misma persona que ocupaba aquel puesto y tenía que llevar la palabra. Por mi parte no experimenté la menor ansiedad, ni siquiera la menor turbación; todo se redujo á que, después de una pausa natural, hubo una interrupción tan desmedidamente larga, que los que me vieron inmovil, absorto, con la mirada concentrada, no sabían qué pensar de mí. Por último, mi propio silencio y la muda inmovilidad de la multitud que me rodeaba me recordaron que estaba allí para hablar, no para escuchar; volví sobre mí en el acto, y pronuncié mi discurso hasta la conclusión con tal desenvoltura, que el célebre Emilio Devrient me aseguró luego que se había sentido impresionado asombrosamente, no sólo como espectador interesado en los funerales, sino ante todo en su calidad de actor dramático. La ceremonia ter-

minó con la ejecución de una poesía escrita y puesta en música por mí para voces de hombres—obra muy difícil, que fué perfectamente interpretada bajo la dirección de los mejores cantantes de nuestro teatro.—El mismo Sr. de Lüttichau, presente en la ceremonia, me declaró que salía convencido de la legitimidad de la empresa y ganado á nuestra causa.

Fué un resultado hermoso que me complació, satisfaciendo mis sentimientos más íntimos y profundos; si hubiese faltado aún alguna cosa, la viuda de Weber, á quien visité á la salida del cementerio, hubiera contribuído á disipar toda nube á mis ojos con la extrema cordialidad de sus efusiones. Para mí encerraba aquel hecho un sentido profundo: atraído á la música con una pasión tan exaltada en los primeros años de mi adolescencia por la aparición exuberante de la vida de Weber, y afectado tan dolorosamente después por la noticia de su pérdida, ahora, en la edad madura, acababa de entrar, por decirlo así, en contacto personal é inmediato con él, merced á esa segunda y última inhumación. Después de mis antiguas relaciones con los maestros supervivientes, y después de la experiencia que les debía, puede colegirse en qué fuente tendrían que fortificarse mis aspiraciones hacia un comercio íntimo con los genios del arte musical. No era consolador dirigir la mirada desde la tumba de Weber á sus sucesores vivos; pero la poca esperanza que dejaba esa perspectiva no debía manifestarse claramente en mí sino con el tiempo.

RICARDO WAGNER.

(Se continuará).

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

(1870-71)

PRÓLOGO GENERAL DE LAS MEMORIAS DE MOLTKE

Agradecida al interés y veneración universalmente demostrados al difunto capitán general en la última fiesta de su vida, la celebración de su cumpleaños, y con motivo de su muerte, se ve obligada la familia del difunto á no conservar su recuerdo en un círculo estrecho, sino presentarlo al pueblo alemán como él mismo se pintó de palabra y por escrito. Aún está su personalidad viva y fresca en la memoria y en el corazón de sus contemporáneos. Por esta razón queremos que se haga ahora el debido aprecio de su carácter, procurando que no se le juzgue solamente por sus hechos, sino que se conozca su alma grande para que se le tenga siempre en la memoria.

Es, por consiguiente, la publicación de estos escritos, una prueba de amor y de veneración al difunto, y la mejor ofrenda de su familia para el pueblo alemán.

La obra tiene por objeto dar un retrato fiel del Capitán general, y en ella se encontrarán sus escritos, sus cartas, datos de su vida y recuerdos de sus amigos. Se ha desistido por completo de la apreciación de sus hechos militares, cuyos méritos estimará y publicará el Estado Mayor. Por esta razón han sido excluídos todos los documentos oficiales y los escritos puramente científicos.

La elección y ordenación de las varias materias exigía una inteligencia que reuniese, no sólo el conocimiento del asunto, sino una gran afición al mismo. Especial mención y agradecimiento merece por esto y por su colaboración fiel y desinteresada, el Teniente Coronel del Estado Mayor von Leszczynski.

CONDE GUILLERMO MOLTKE.

Creisau, Julio 1891

PRÓLOGO DE ESTE LIBRO

El Capitán general empezó á escribir la historia de la guerra de 1870-71 en la primavera del año 1887. Durante su estancia en Creisau trabajaba en ella diariamente cerca de tres horas. A su vuelta á Berlín, en otoño del mismo año, no estaba el trabajo todavía concluído; lo terminó allí en el mes de Enero de 1888, me lo entregó y no volvió á decir más palabra sobre su obra.

El motivo para escribirla fué el siguiente: Varias veces le había rogado yo que redactase en las horas de ocio en Creisau, algo del rico tesoro de sus recuerdos. Siempre se me negaba diciéndome: «Todo lo que he escrito sobre el arte de la guerra y lo que vale la pena de ser guardado, está en el archivo del Estado Mayor. Mis recuerdos personales vivirán mejor enterrados conmigo.» Tenía gran repugnancia á las Memorias, opinando que sólo sirven para satisfacer la vanidad personal del autor y muchas veces para desfigurar los grandes hechos históricos á causa de la concepción subjetiva del escritor y por la introducción de pequeñeces y mezquinos puntos de vista. Facilmente podría ocurrir que por la publicación de las Memorias pers nales se destruyese el nimbo ideal y recuerdo de un personaje cuyo nomb honrará la historia como puro y leva tado. Muy significativas para el mo de pensar del difunto son las palabr que pronunció una vez, en ocasión una de estas conversaciones; dijo: «L que se publica en una historia de guerra es siempre arreglado según éxito obtenido; pero es un deber de piedad y del amor patrio no destru ciertos prestigios que anudan las vi torias del ejército á determinadas pe sonalidades.»

Poco después de llegar á Creisa en el otoño del año 1887, volví á in portunarle de nuevo con mi súplic para que publicase sus recuerdos de campaña de 1870-71, á lo cual n contestó: «Tenéis la historia de guerra editada por el Estado Mayor la que todo se ha relatado. Pero cie tamente, añadió, está escrita con e cesivos detalles para la gran masa los lectores, pues para éstos se tendr que escribir un extracto.» Le pr gunté si me permitía ponerle aquel obra sobre su mesa de escritorio, y la mañana siguiente había empeza

este trabajo confrontándolo con el del Estado Mayor, y lo terminó sin descansar.

Su intención fué ofrecer una descripción sucinta de la guerra. Persiguiendo este fin ordenó el trabajo desde su punto de vista, es decir, describiendo los acontecimientos en conjunto como sólo pudo verlos quien ocupara su lugar de Jefe. Se hallan en esta obra todos sus pensamientos y su criterio de la guerra.

La disertación «Sobre el supuesto consejo de guerra en las campañas del Rey Guillermo I,» fué empezada en el año 1881. En la obra «Hombres y hechos, baladas patrióticas,» de Teodor von Köppen, que el poeta había enviado al Capitán general, se encuentra el poema «Un consejo de guerra alemán en Versalles» (junto con una explicación histórica), que relata un acontecimiento que nunca pasó; y la descripción del papel del jefe del Estado Mayor del ejército ante S. M. en las guerras de 1866 y 1870-71, no podía pasar sin rectificación. Para quitar en lo futuro valor á tales errores y fijar la verdad referente al mencionado consejo de guerra, escribió el Capitán general una disertación ampliada por el relato de sus recuerdos personales de la batalla de Königrätz. Esto es lo que publicó el profesor v. Treitschke poco tiempo después de la muerte del autor en la *Münchener Allgemeine Zeitung* en forma algo variada y abreviada de como la había recibido el afamado historiador del Capitán general.

Berlín 25 de Junio de 1891.

v. Moltke,

Coronel y Ayudante de S. M. el Rey y Emperador.

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

I

Han pasado los tiempos en que para fines dinásticos entraban en campaña pequeños ejércitos de soldados de oficio, para conquistar una ciudad ó una comarca. Una vez cumplida su misión, se retiraban á cuarteles de invierno ó pactaban la paz.

Las guerras de nuestros tiempos llaman á las armas á pueblos enteros; apenas hay una familia que no tome parte activa en ellas. El Estado tiene que emplear toda su fuerza financiera y nunca llega el día de poner fin á las empresas militares.

Mientras que las naciones lleven una existencia aislada, habrá conflictos que sólo por las armas podrán ser terminados, pero en interés de la humanidad hay que esperar que las guerras sean cada vez más raras como son más crueles.

Por lo demás, no es ya la ambición de los Príncipes, sino las luchas intestinas de los pueblos, el disgusto sobre la marcha interior de los negocios públicos, los manejos de los partidos, principalmente los de sus jefes, lo que pone la paz en peligro. Más facilmente acuerda la guerra una asamblea en que nadie toma sobre sí toda la responsabilidad, que una persona sola, por más elevada que sea su gerarquía, y más facilmente se encontrará un jefe de Estado amante de la paz, que una representación popular de sabios. Las grandes luchas del tiempo moderno han estallado contra el deseo y contra la voluntad de los gobernantes. La Bolsa tiene hoy tal influjo, que para sus jugadas puede llevar á campaña la fuerza armada. En Méjico y en Egipto han entrado los ejércitos europeos para liquidar las demandas de la alta Hacienda. Menos importa hoy si un Estado posee los medios de hacer la guerra, que si su Gobierno es bastante

fuerte para evitarla. La Alemania unida ha empleado hasta el día únicamente su poder para conservar la paz en Europa, pero un Gobierno débil es el mayor peligro para la paz.

Tales causas ha tenido la guerra de 1870-71. Un Napoleón sobre el trono de Francia tenía que probar sus derechos á él con éxitos políticos ó militares. Sólo por poco tiempo satisfacían las victorias de las armas francesas en lejanas tierras; los éxitos del ejército prusiano excitaban la envidia, parecían una arrogancia, un desafío, y se pedía venganza para Sadowa. La corriente liberal del tiempo se oponía contra el Gobierno del Emperador, tenía éste que hacer concesiones, su poder en el interior estaba debilitado, y la nación supo un día por boca de sus representantes que quería la guerra contra Alemania.

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

La lucha que mantuvo Francia al otro lado del Océano, principalmente por cuestiones de interés financiero, había costado sumas inmensas y minado la disciplina de las fuerzas militares. Se estaba no menos que *archipret* para una gran guerra, y la sucesión en el trono de España tenía que servir de pretexto á ello. Para el 15 de Julio se habían llamado las reservas francesas, y como si no se quisiera dejar escapar la ocasión se entregó cuatro días después en Berlín la declaración de la guerra.

Se había destinado una división del ejército francés para la observación de la frontera española; se dejó en Argel sólo la fuerza necesaria y una débil división en Civitavecchia; París y Lyón fueron provistos de suficiente guarnición. Todas las tropas restantes: 332 batallones, 220 escuadrones, 924 cañones, formando una fuerza total de 300.000 hombres, constituían el ejército del Rhin, que dividido en ocho cuerpos debía ser dirigido, á lo menos por de pronto, por una sola dirección central. De este difícil problema podía encargarse únicamente el Emperador en persona y hasta su llegada se encargó el Mariscal Bazaine del mando de las fuerzas combatientes.

Probablemente se contó con la desunión de nuestros estados. No pudiendo considerar á los alemanes del Sur como aliados, se esperaba mantenerlos inactivos después de la primera victoria, ó ganarlos para la causa francesa. Aislada se hallaba Prusia con un formidable ejército mayor que el francés, pero esta desventaja podía ser igualada por una acción rápida.

En realidad se apoyaba el plan de campaña francés en un rápido procedimiento de ataque. Las importantes fuerzas de marina se querían emplear para un desembarco que podría entretener una parte de las fuerzas prusianas en el Norte; mientras que un ejército principal, como era de presumir, esperaría el primer ataque detrás de la fuerte línea del Rhin. Este río, rodeando las grandes fortalezas, debía ser pasado sin pérdida de tiempo cerca

y más abajo de Strassburg: de este modo se quería dividir, ya al principio, el ejército sud-alemán que tenía que defender la Selva Negra.

Para la ejecución de este plan hubiera sido preciso tener disponibles en la Alsacia las fuerzas principales. Pero la red de ferrocarriles sólo permitía llevar 100.000 hombres á Strassburg, mientras que debían esperar en Metz 150.000 hombres para ir más tarde. En el campamento de Châlons quedaban 50.000 como retén; también podían entrar en campaña 115 batallones tan pronto como la guardia nacional los hubiese sustituído en el interior del país.

A los cuerpos aislados se indicaron los siguientes puntos de reunión:

Guardia imperial, General Bourbaki, Nancy.

Primer cuerpo. Mariscal Mac-Mahón, Strasburg.

Segundo íd. General Frossard, Saint-Avold.

Tercer íd. Mariscal Bazaine, Metz.

Cuarto íd. General Ladmirault, Diedenhofen.

Quinto íd. General Failly, Bitsch.

Sexto íd. Mariscal Canrobert, Châlons.

Séptimo íd. General Félix Douay, Belfort.

Por consiguiente, sólo dos cuerpos en la Alsacia, cinco á orillas del Mosela, de los cuales avanzó ya el mismo día de la declaración de la guerra el segundo, como vanguardia, hasta Saint-Avold y Forbach, muy cerca de la frontera prusiana. Este cuerpo recibió la orden de no emprender ninguna acción seria.

Las tropas habían salido de sus cantones sin esperar la llegada de las fuerzas de repuesto y el armamento. Mientras tanto se aglomeraban en los depósitos las reservas llamadas: todas las estaciones estaban llenas y los caminos de hierro obstruídos por la aglomeración de trenes. El transporte de las tropas no podía efectuarse muchas veces porque se ignoraba en los depósitos donde se hallaban los regimientos á los cuales tenían que incorporarse los soldados. Si llegaban á su destino les faltaba el necesario armamento. Los cuerpos y las divisiones no tenían ni trenes, ni lazaretos y apenas el personal más necesario para la administración. No se habían establecido de antemano almacenes, estando las tropas destinadas á las fortalezas. Estas se hallaban en un estado deplorable, pues se habían cuidado muy poco de ellas, puesto que se esperaba operar muy pronto en país enemigo. Se habían repartído planos de Alemania pero no los de las propias comarcas. Innumerables quejas y exigencias llegaron al Ministerio de la Guerra en París que no pudo hacer otra cosa que dejar á las tropas que se arreglasen como pudieran. *On se débrouillera*, esperaba la autoridad central.

Cuando ocho días después de la declaración de la guerra llegó el Emperador á Metz, no estaban aún completos los regimientos y no se conocía allí el lugar donde se encontraban cuerpos enteros del ejército. El Empe-

rador mandó avanzar, pero los mariscales declaraban que esto no era posible á causa de la desorganización. Poco á poco se impuso el pensamiento de que tendría que defenderse el propio país en lugar de invadir el extraño. Se suponía que estaba reunido un fuerte ejército enemigo entre Mainz y Coblenz: en lugar de enviar desde Metz refuerzos á Strassburg, se mandaron del Rhin al Saar. Se había abandonado ya la idea de invadir la Alemania del Sur. La armada salió, pero sin un cuerpo de ejército que pudiera saltar á tierra.

En Alemania causó una gran sorpresa la declaración de la guerra, pero se estaba preparado. Se había previsto la posibilidad de la misma.

Después de la salida de Austria de la unión alemana, se había encargado Prusia de la dirección y encaminado todas sus fuerzas á conseguir una estrecha unión con los Estados del Sur de Alemania. Verificada la unidad, de todo el pueblo se apoderó un sentimiento patriótico. Todos los años se trabajaba en la movilización del ejército y se concertaban los preparativos entre el ministerio de la Guerra y el Estado Mayor. A cada autoridad se comunicaba lo que tenía que saber referente á este punto. Pero tambien se había llegado á un acuerdo con los jefes del Estado Mayor de los Estados de la Alemania del Sur. Se reconoció que una defensa aislada, por ejemplo, la de la Selva Negra, no podía contar con la ayuda de Prusia; que la Alemania del Sur estaría más segura haciendo un avance ofensivo por la Alsacia, operando desde el Rhin, pudiendo ser eficazmente ayudada por las fuerzas principales reunidas allí. Demuestra la completa confianza en la dirección prusiana, el que los Gobiernos de Baviera, Württemberg, Baden y Hesse, poniendo en apariencia á descubierto sus propios países, agregaron voluntariamente sus contingentes al ejército principal, y lo pusieron bajo el mando del Rey Guillermo.

Tan pronto como se hubo alcanzado este común acuerdo, se arreglaron los demás preparativos. Para todas las tropas hiciéronse los itinerarios de marcha, se determinaron los puntos de embarque, día y hora de la salida, duración del viaje, estaciones de descanso y puntos de destino. En la comarca de concentración se habían señalado los alojamientos según los cuerpos y divisiones; se había tenido en cuenta el establecimiento de los almacenes, y al presentarse la guerra no se necesitaba mada más que la firma del Rey para poner en movimiento esa máquina monstruosa. No había que cambiar nada en las medidas tomadas, sino ejecutar lo anteriormente pensado y resuelto.

Sobre la base de una Memoria presentada por el jefe del Estado Mayor prusiano, se dividieron todas las fuerzas móviles en tres ejércitos separados.

El primer ejército, bajo el mando del general v. Steinmetz, constaba al principio sólo del séptimo y octavo cuerpo, y una división de caballería se tenía que reunir como ala derecha al

rededor de Wittich; su fuerza era de 60.000 hombres.

El segundo ejército, bajo el mando del Principe Federico Carlos, compuesto del tercero, cuarto y décimo cuerpos, de la guardia y de dos divisiones de caballería, debía formar el centro al rededor de Homburg y Neunkirchen; su fuerza era de 134.000 hombres.

El tercer ejército, mandado por el Príncipe heredero de Prusia, comprendía el quinto y décimo primer cuerpos prusianos, el primero y segundo cuerpos bávaros, la división de campaña de Würtemberg y de Baden y una división de caballería, sumando una fuerza de cerca de 130.000 hombres, que tenían que reunirse como ala izquierda al rededor de Landau y Rastatts.

El noveno cuerpo se compuso de la décima octava división y de la de Hessen, y formaba, junto con el décimo segundo cuerpo sajón, cerca de Mainz, una reserva de 60.000 hombres para elevar las fuerzas del segundo ejército á 194.000.

Los tres ejércitos juntos contaban 384.000 hombres.

Quedaban aún disponibles el primero, tercero y cuarto cuerpos de 100.000 hombres, pero no era posible contar por de pronto con ellos, puesto que no se podían aprovechar para su transporte los ferrocarriles hasta veintiún días después.

La décima séptima división y la Landwehr estaban destinadas á la defensa de las costas.

Por consiguiente, era el ejército alemán mucho mayor en número que el ejército francés. Contando todas las tropas, activas y pasivas, había cerca de un millón de hombres y 200.000 caballos.

La noche del 16 de Julio se dió la Real orden para la movilización, y cuando catorce días más tarde se marchó S. M. á Mainz, había á orillas del Rhin ya reunidos 300.000 hombres.

El plan de campaña entregado por el jefe del Estado Mayor y aprobado por el Rey, tenía por objeto la toma de la capital enemiga, lo que es en Francia de mayor trascendencia que en otros países. En la marcha hacia la capital se quería cortar la unión de las tropas enemigas con el Sur, tan rico en medios de ayuda, y llevarlas al Norte. Pero ante todo se había decidido atacar al enemigo donde se le encontrara y tener reunidas las tropas de tal modo que se pudiese dar siempre la batalla con fuerzas mayores.

La elección de los medios con los cuales se podía alcanzar este fin tenía que resolverse en el campo mismo, pero la marcha de las tropas hasta la frontera estaba ya preparada de antemano aún en sus menores detalles.

Es una equivocación creer que se puede determinar previamente un plan de campaña y llevarlo á cabo como se pensaba. Al primer encuentro con las fuerzas principales cambia el estado de las cosas según el éxito.

Muchas veces puede ejecutarse lo que antes sólo se pudo presumir intentar, y muchas veces es posible hacer lo que antes no se pudo imaginar siquiera. Comprender bien el cambio

de las cosas, ordenar para un término fijo lo más adecuado y llevarlo á cabo con decisión, esto es todo lo que el Jefe del ejército puede hacer.

La salida de las tropas francesas, no movilizadas con antelación, medida por sí muy arriesgada, parecía tener el objeto de sorprender con las fuerzas disponibles, que por el momento eran mayores, al ejército alemán, que aún no había formado su línea de combate.

No se desistió de la idea de establecer esta línea más allá del Rhin. El trasporte por ferrocarril de los cuerpos del segundo y tercer ejército debía terminar en el Rhin, y continuar las tropas á pie hasta los alojamientos, que se habían establecido á la orilla izquierda del río.

Los que llegaran primero avanzarían, sólo para hacer sitio á los que vinieran detrás, hasta la línea Bingen-Durkheim-Landau. Cuando se hubieran reunido divisiones y cuerpos completos provistos de los trenes necesarios, debía efectuarse la marcha contra la frontera enemiga; así se estaba siempre preparado.

Menos amenazada parecía la reunión del primer ejército, cuyo avance estaba protegido por la línea neutral y por las guarniciones que se habían dejado como á vanguardia en Trier, *Saarlonis* Saarbrucken.

En los primeros días del mes de Agosto estaba el primer ejército de 50.000 hombres concentrado en Wadern. El segundo ejército, cuya fuerza había llegado poco á poco á 194.000 hombres, tenía sus alojamientos más adelante, hasta una posición Alsenz-Gunnstadt, reconocida por el Estado Mayor, en la cual podía aceptar con confianza cualquier ataque. La quinta y sexta divisiones de caballería hacían reconocimientos frente al enemigo. El tercer ejército continuaba reuniéndose á ambos lados del Rhin.

Aún no habían emprendido los franceses nada serio cerca de Saarbrucken. El teniente coronel Pestel se oponía con éxito con un batallón y tres escuadrones á pequeñas tentativas del enemigo. En esto se había notado que las masas contrarias avanzaban hacia la derecha á Forbach y Bitsch. Era por consiguiente probable que los dos cuerpos franceses que estaban en Belfort y Strassburg se decidieran á intentar un paso sobre el Rhin y un avance por la Selva Negra. Por dos razones parecía por consiguiente necesario poner lo más pronto posible en movimiento el tercer cuerpo de ejército, en primer lugar, para proteger la orilla derecha del Rhin superior contra un avance en la orilla izquierda, y luego también para asegurar hacia esa dirección el avance del segundo ejército.

La orden de la ejecución de este plan había salido por telégrafo en la noche del 30 de Julio, pero el jefe del tercer ejército deseaba esperar la llegada del sexto cuerpo y de los trenes. No teniendo en consideración esta tardanza, se puso en marcha el segundo ejército hacia el Saar donde empezaban á moverse los franceses.

Habían pasado los días en que éstos pudieron haber obtenido alguna ventaja

de su precipitada reunión, pero la mala organización de las tropas inutilizaba todo ataque. Hacía largo tiempo que Francia esperaba noticias de triunfos de sus ejércitos y teniendo en cuenta la impaciencia del público, y sólo por hacer algo, se decidieron (como suele efectuarse en tales casos) á un reconocimiento forzoso, que tuvo el mal éxito que acompaña generalmente á empresas tales.

El 2 de Agosto se pusieron en movimiento tres cuerpos de ejército contra tres batallones, cuatro escuadrones y una batería en Saarbrucken. El Emperador mismo y el Príncipe real asistieron á la empresa. El tercer cuerpo avanzó contra Volklingen, el cuarto sobre Saargemund, el segundo contra Saarbrucken.

Después de una tenaz defensa y repetidos ataques ofensivos fué evacuado Saarbrucken, pero los franceses no avanzaron sobre el Saar por haberse convencido de que habían dado un golpe en vano, sin lograr siquiera enterarse de las posiciones del contrario.

La jefatura del ejército francés vacilaba largo tiempo entre decisiones opuestas. Simples noticias les hicieron arriesgarse á empresas que muy pronto fueron abandonadas porque no prometían el éxito apetecido. Se decía que habían pasado 40.000 prusianos por Trier y por esto se reforzó el ala izquierda; á la guardia se le dieron órdenes contradictorias y la simple presencia de una débil división en Lörrach, en la Selva Negra, dió por resultado la orden de que el séptimo cuerpo tenía que permanecer en la Alsacia.

Las fuerzas francesas estaban puestas en una extensa curva desde el Nied hasta el Rhin superior, mientras que el ejército alemán se aproximaba á Saar en compactas masas.

La gran extensión de la línea francesa tuvo finalmente por resultado dividir el ejército francés en dos. Al Mariscal Mac-Mahón se le dió interinamente el mando sobre el primero, séptimo y quinto cuerpo; este último debía avanzar desde Bitsch. Los restantes estaban al mando del Mariscal Bazaine, con excepción del cuerpo de guardia sobre el cual se había reservado el mando el Emperador.

Para el avance del segundo ejército alemán, se había hecho necesario asegurar el ala izquierda contra las fuerzas francesas de la Alsacia, y se ordenó que el 4 de Agosto tenía que pasar la frontera el tercer ejército, sin esperar los convoyes. El primer ejército estaba en el ala derecha cerca de Wadern y Losheim, ya tres ó cuatro marchas más cerca del Saar que el segundo ejército del centro. Se le dió, por consiguiente, la orden de concentrarse alrededor de Tholey y de hacer alto allí. No se podía exponer este ejército, el más débil, á un encuentro con las fuerzas principales de los franceses, y además tenía que servir como flanco ofensivo en el caso de que el segundo ejército, á la salida de la zona forestal del Palatinado, se encontrase con el adversario.

Para la ejecución de esta orden ha-

bía extendido el primer ejército sus campamentos al Sur hasta la línea de marcha del segundo ejército, y se mandó la evacuación de los cuarteles alrededor de Ottweiler. Era esto efectivamente difícil, puesto que todos los pueblos al Norte estaban ocupados y que además se tenía que proporcionar alojamiento al primer cuerpo que avanzaba desde Birkenfeld. El general von Steinmetr se decidió por consiguiente á emprender la marcha con todo el ejército en la dirección de Saarlonis y Saarbrischen. El segundo ejército estaba el 4 de Agosto preparado para las operaciones y recibió la orden de tomar posiciones al otro lado de la zona forestal de Kaiserslantirn.

ENCUENTRO DE WEISSENBURG

(4 de Agosto)

En el mismo día pasaron los cuerpos del tercer ejército reunidos en vivacs, detrás de Klingsbach, la frontera francesa, con ciento veintiocho batallones, ciento dos escuadrones y ochenta baterías, para llegar en ancho frente al Lauter desde Weissenburg hasta Lauterburg.

Este riachuelo forma muy fuerte posición de defensa, pero el 4 de Agosto estaban allí únicamente una debil división y una brigada de caballería del primer cuerpo francés cuyo grueso iba en marcha hacia el Palatinado.

Ya muy temprano encontraron los bávaros en el ala derecha viva resistencia ante los muros de Weissenburg. Pero muy pronto pasaron los cuerpos prusianos el Lauter más abajo. El general v. Bosc condujo el undécimo cuerpo al Geisberg para rodear el ala derecha del enemigo, mientras que el general v. Kirchbach avanzaba con el primer cuerpo contra el frente de la posición enemiga. Entre tanto se habían dirigido treinta cañones contra la estación de Weissenburg. Después de una sangrienta lucha fué tomada ésta, y luego también la ciudad.

El general Donay había mandado ya á las diez de la mañana la retirada que estaba muy comprometida á causa del avance contra el Geisberg. Para efectuarla prestó á los franceses grandes servicios el muy bien defendido castillo del mismo nombre. En vano lo asaltaron con grandes sacrificios los granaderos del regimiento del Rey, número 7; después que se había logrado colocar la artillería sobre las alturas se rindió la guarnición.

La división francesa había atraido tres cuerpos alemanes y después de una tenaz defensa emprendió la retirada á desbandada y con grandes pérdidas. Su valiente jefe había perecido en la lucha. Los alemanes sufrieron proporcionalmente grandes pérdidas. El combate costó la vida á noventa y un oficiales y á mil cuatrocientos sesenta soldados. El general v. Kirchbach había sido herido en las primeras filas. La cuarta división de caballería sufrió muchas detenciones en su marcha de cuatro millas por el tropiezo con las

columnas de infantería y no llegó al campo de batalla; por fin perdió de vista al enemigo que se retiraba hacia el Oeste.

No teniendo la seguridad de saber por qué lado se presentarían nuevas fuerzas francesas, avanzó el cinco de Agosto el tercer ejército hacia Hagenau y Reichshofen por caminos divergentes, pero de modo que podía estar reunido otra vez con una pequeña marcha. El príncipe heredero intentó conceder á las tropas un día de descanso para conducirlas á nuevas luchas tan pronto como la situación se hubiese aclarado.

Pero ya por la noche tropezaron el ala derecha de los bávaros y el frente del quinto cuerpo, con el enemigo que se presentaba detrás del Saner con imponente fuerza. Se sospechaba que el Mariscal Mac-Mahón había retirado el séptimo cuerpo de Strassburg, pero se dudaba si intentaría unirse con el Mariscal Bazaine cerca de Bitsch, ó si aceptaba la batalla en los alrededores de Wörth. Posible era también que él mismo se hubiese preparado para el ataque, y para tener en todo caso suficientes fuerzas, quiso el Príncipe heredero reunir el ejército el 6 de Agosto cerca de Sultz. El segundo cuerpo bávaro recibió orden de observar con una división en dirección á Bitsch, y de atacar el flanco del enemigo por la orilla del Oeste del Saner con la otra división en el caso de que se oyese el estampido de los cañones de Wörth.

El Mariscal Mac-Mahón había ansiado tener lo más pronto posible juntos á sus tres cuerpos, y en realidad tuvo la intención de atacar sin pérdida de tiempo al enemigo que avanzaba. Del séptimo cuerpo había sido trasladada una división á Muhlhausen para protejer la Alsacia, pero apenas llegó á su destino fué otra vez conducida á Haganau y ocupó en la mañana del 6 de Agosto el ala derecha de la fuerte posición en la cual había entrado el primer cuerpo detrás del Saner y delante de Fröschwiller-Elsasshausen-Eberbach. En el ala izquierda se esperaba desde Bitsch la división Lespart del quinto cuerpo cuyo resto avanzaba desde Saargennine sobre Rohrbach. Por lo pronto formaba aquí la división Ducrot un flanco retirado.

Tanto en el lado alemán como en el francés deseaban los jefes el ataque á la mañana siguiente, pero como los combatientes se habían aproximado tanto se desarrolló facilmente la lucha aún contra la voluntad superior.

BATALLA DE WÖRTH

(6 de Agosto.)

Habiendo tenido en la noche del 6 sus escaramuzas las avanzadas, creyó el jefe de la vigésima brigada alemana que sería necesario apoderarse del paso sobre el Saner que ofrecía un serio obstáculo. El puente que conducía á Wörth estaba destruído, pero los tiradores pasaron el río y penetraron á las siete de la mañana en la ciudad ocupada por los contrarios.

Pronto se vió que se tenía delante á un fuerte enemigo.

Las anchas praderas del Saner están por todas partes bajo el dominio de las colinas que le rodean, y el fusil Chassepot, de gran alcance, debía demostrar aquí su fama. Al otro lado del río había viñas y cultivos de lúpulo que ofrecían grandes ventajas á la defensa.

El combate que se originó cerca de Wörth fué interrumpido ya después de una media hora, pero como había tomado ya parte en él la artillería estaba dada la señal para la división bávara Hartmonn que ahora, avanzando desde Langenssulzbach, entró en un vivo combate con el ala izquierda de los franceses, que habían atacado por la derecha á Gunstett, donde tropezaron con el undécimo cuerpo.

En el quinto cuerpo, enfrente de Wörth, empezó la lucha tanto en el Norte como en el Sur y parecía necesario ocupar al enemigo su centro para evitar que se arrojara con todas sus fuerzas sobre una de las dos alas.

La artillería avanzó y á las diez de la mañana estaban en acción ciento ocho cañones en la pendiente de la colina, al Este del Saner.

Divisiones de la infantería pasaron el río, con el agua al pecho, pero este avance emprendido con pocas fuerzas fracasó y sólo con los mayores esfuerzos podían sostenerse en la otra orilla.

Llegó la orden del Príncipe heredero de no emprender en aquel día nada que pudiese conducir á una batalla. Pero el quinto cuerpo se encontraba ya en un combate tan serio que no se podía desistir de él sin sufrir grandes desventajas. El General v. Kirchbach se decidió por esto á insistir en la continuación del combate tomando sobre sí toda la responsabilidad.

El ataque de frente estaba rodeado de las mayores dificultades y no pudo tener un éxito favorable sin un eficaz apoyo de los flancos. En este momento desistieron del combate los bávaros en el ala derecha á causa de la orden que habían recibido y se retiraron á Langensulzbach. A la izquierda estaba el undécimo cuerpo para tomar parte decisiva en el combate. Se apoderó del Albrechtshäuserhof y penetró en el Niederwald.

Delante de Wörth consistía el combate en una serie de avances por ambas partes, teniendo siempre el que atacaba una desventaja á causa del terreno.

Al fin se consiguió llevar todos los batallones y la artillería del quinto cuerpo á la orilla izquierda del Saner, mientras que el undécimo cuerpo había encontrado ya allí fuertes puntos de apoyo para un avance ulterior.

Con gran decisión se arrojaron dos regimientos de coraceros y lanceros de la brigada Michel, á pesar de las dificultades del terreno, sobre la infantería que se dirigía á la derecha cerca de Morsbronn. Pero sin buscar la defensa en el terreno recibió el regimiento número 32, las huestes impetuosas de más de mil caballos; los coraceros sufrieron grandes pérdidas por el fuego

graneado de la infantería. Algunos jinetes rompieron la línea de los tiradores y pudieron escapar, muchos fueron hechos prisioneros en el pueblo y los que pudieron siguieron huyendo hasta Waldburg. Allí se encontraron con el regimiento prusiano de húsares número 13, sufrieron nuevas pérdidas y desaparecieron del campo de batalla.

El ala derecha de la infantería francesa logró rechazar el ataque de las divisiones avanzadas del contrario cerca de Albrechtshamerhof, pero un movimiento ulterior fracasó á causa del fuego de la artillería.

Habiendo avanzado finalmente los últimos batallones sobre el Saner, se retiró el undécimo cuerpo, paso á paso, á través del Niederwah. A las dos y media se llegó al borde Norte, donde se agregó el ala izquierda del quinto cuerpo. El incendiado Elsshausen fué tomado por asalto y ocupado el pequeño bosque al Sur de Froschwiller.

Apiñados en un reducido espacio, era muy crítica la situación de los franceses. Su ala izquierda se sostenía aún contra el renovado ataque de los bávaros, pero el frente y el ala derecha se vieron amenazados de cerca, y la retirada se hizo muy difícil. El mariscal Mac-Mahón intentó abrirse camino al Sur, con un fuerte ataque, al que cedieron las divisiones que estaban en desorden al Este de Elsshausen, á causa de las violentas luchas, fueron rechazadas en parte hasta el Nisderwald, pero pronto se reunieron otra vez y avanzaron de nuevo. La caballería francesa intentó aquí cambiar la suerte del día. A pesar del desfavorable terreno, se arrojó la división Bonnemais sobre el contrario sin defensa; pero sufrió grandes pérdidas y se dispersó sin haber conseguido un verdadero ataque.

Del Sur avanzaron también los Wurtember y del Norte los bávaros. El general v. Bose, si bien dos veces herido, llevó lo que pudo reunir de sus divisiones al asalto de Froschwiller el último punto de apoyo del contrario.

La artillería avanzó á la distancia de un tiro y abría el camino á la infantería. Después de una pertinaz y valiente defensa, se retiraron los franceses á las cinco sobre Reichshofen y Niederbronn. El Falküsstein-Bach y la división Lepart ofrecieron alguna resistencia, pero también esta división fué arrastrada en la retirada general.

La victoria del tercer ejército costó cara, pues la pérdida fué de cuatrocientos ochenta y nueve oficiales y diez mil hombres. Las bajas de los franceses no se saben con exactitud pero sólo en prisioneros tuvieron dos cientos oficiales y nueve mil hombres Treinta y tres cañones y dos mil caballos cayeron en manos de los alemanes.

La disolución interna del ejército francés debió ser tan grande, que y no se le podía dirigir, pues sólo una brigada de la división Lespart tomó el camino de Bitsch para llegar al ejército principal cerca de Saint-Avold, el resto se retiró desordenadamente siguien

do el empuje dado en la dirección al Sudeste sobre Zabern.

Como el mando superior del tercer ejército no había intentado un ataque el 6 de Agosto, no se había llamado la cuarta división de caballería, y por consiguiente no se pudo efectuar la persecución del enemigo. A las nueve de la noche llegó á Gunstett. Pero para estar prontos para entrar en batalla al siguiente día, prosiguió el Príncipe Albrecht la marcha, aun durante la noche, hasta Eberbach. Después de un descanso de tres horas, alcanzó, tras una marcha de nueve millas, las posiciones de la retaguardia enemiga á la entrada de la montaña, cerca de Steinbur. La división no pudo avanzar aquí sin infantería, pero su aparición había atemorizado de nuevo al enemigo. El primer cuerpo salió aún durante la noche y llegó á Saarburg, donde se reunió con el quinto cuerpo. Los franceses habían ganado de este modo un adelanto de cinco millas, y se retiraron sin temer la persecución hasta Luneville.

BATALLA DE SPICHEREN

(6 de Agosto.)

Dirijamos ahora nuestra atención á los acontecimientos del mismo seis de Agosto en otro teatro de la guerra.

Asegurada al Sur por el tercer ejército, había avanzado el segundo en dirección al Este, mientras que los cuerpos que aún faltaban fueron llevados por el ferrocarril. Los primeros cuerpos habían llegado el día cinco á la línea Neuntirchen-Emeibrücten, pasando sin impedimento alguno los largos desfiladeros de la zona forestal de Kaiserslantern. La caballería hizo reconocimientos sobre el terreno francés y anunció movimientos de retirada del enemigo. Todo indicaba que los franceses querían esperar el ataque de los alemanes en una fuerte posición, que se les ofreció detrás del Mosela donde Metz y Diedenhofen aseguraban las dos alas. Si se encontraba al enemigo en esta posición debía el primer ejército atacar de frente, el segundo rodear á Metz al Sur y obligar así al contrario á la retirada ó la batalla. En el caso de un fracaso encontraría el segundo ejército un refugio en el tercero, que avanzaba sobre los Vosgos.

Por haberse extendido demasiado el primer ejército en dirección Sudeste hacia el Saar contra la voluntad del jefe superior, tocó su ala izquierda la línea de marcha del segundo ejército, y así fué que divisiones de ambos se cruzaron el dia seis en Saarbrücken. Fuerzas para la lucha no podían faltar, pero como no se tenía la intención de dar una batalla en ese día, no se había preparado la llegada á tiempo, y con marchas tan distintas sólo podían venir las divisiones tarde y á diferentes horas.

La décimacuarta división del tercer cuerpo fué la primera que llegó, al mediodía del 6 de Agosto á Saarbrücken.

El general Frossard se había creído en este punto demasiado expuesto, y ya la noche antes emprendió sin per-

miso la retirada. Tomó con el segundo cuerpo posición en Spicheren, donde se atrincheró. Detrás se colocaron en distancias de dos á cuatro millas, el tercer, cuarto y quinto cuerpo, y cinco millas más lejos el cuerpo de guardia. El Emperador podía por consiguiente en los alrededores de Cochern reunir cinco cuerpos y conducirlos á la batalla, ó, si el general Frossard se sostenía con firmeza en su fuerte posición, ayudarle con lo menos cuatro divisiones.

Las alturas que se levantan inmediatamente delante de Saarbrücken podían dificultar el paso sobre el Saar. Ya se había sabido que los franceses las habían abandonado, pero el general v. Kamche creía ser lo más conveniente apoderarse de ellas sin tardanza, para asegurar el paso á las columnas que siguieran. Cuando ya por la mañana se presentaron dos escuadrones de la quinta divisiọn de caballería, fueron recibidos por un vivo fuego desde las alturas de Spicheren, pero según el comportamiento de los franceses se debía suponer que tenía que habérselas con la retaguardia de un enemigo que se retiraba. El general v. Kamche se decidió al inmediato ataque y esto con tanta más razón cuanto que se le había prometido ayuda. También el general v. Zastrow hizo avanzar la décima tercera división tan pronto como reconoció que la décima cuarta, estaba empeñada en un serio combate. Igualmente mandó el general v. Alvensleben llevar á Saarbrücken todas las tropas del tercer ejército que pudieran avanzar, y el general v. Goeben efectuó el avance de toda la décima sexta división. Con los dos últimos cuerpos habían emprendido espontáneamente los generales v. Dóring de Dudweiler y v. Barnekow de Fischbach la marcha en dirección al campo de batalla.

La posición de los franceses era muy ventajosa. En el centro había una pendiente y casi inaccesible roca, *Roth Berg*, y á ambos lados estaban las dos pendientes del monte, cubierto de espesos bosques. A la izquierda formaban las grandes edificaciones de Stiering-Wusdel, un buen punto de apoyo.

Si se hubiera sabido la fuerza del contrario, la décima cuarta división hubiese esperado el completo desarrollo de su línea de batalla, antes de haber empezado el ataque. Disparaba á las doce de la mañana los primeros tiros la brigada François, que teniendo en cuenta la clase de enemigo que se le ponía enfrente, intentaba facilitar el ataque dirigiéndose por de pronto contra los dos flancos del contrario.

En realidad, lograron hacer progresos al principio. Por la izquierda rechazaron los soldados del regimiento número 39 á los tiradores franceses de Gifert-Wald, pero tropezaron luego en el violento fuego de los batallones franceses colocados al otro lado del bosque, en una gran hondonada. En el ala derecha se apoderó el tercer batallón, en unión del regimiento número 74, del bosque de Stiering. Pero pronto llegó á sentirse la superioridad

del enemigo, y cuando se presentó en el campo de batalla la brigada Woyna, tenía que prestar su ayuda en ambas direcciones. Así se originó ya temprano una mezcla de batallones y compañías de diferentes divisiones, que fué aumentada por cada nuevo refuerzo y dificultó extraordinariamente la unidad en la dirección del combate. Más tarde se presentó aún la circunstancia de que había en el campo de batalla tres generales con mando, así que la dirección superior pasó de uno á otro.

Al mismo tiempo que las alas, había avanzado de frente en campo abierto, contra el *Rothe Berg*, el tercer batallón del regimiento núm. 74, y se había refugiado al pie de la roca buscando alguna protección. Cuando á las tres la artillería prusiana obligó al enemigo á retirar sus cañones *de las alturas*, empezaron los tiradores á subir á la roca con el general v. François á la cabeza. Los visiblemente sorprendidos cazadores franceses fueron rechazados de las trincheras á culatazos y bayoneta. Luego llegó la novena compañía del regimiento núm. 39, y avanzando con ésta cayó el bravo general traspasado por cinco balas. El reducido número de soldados se mantuvo valientemente en la estrecha saliente de la roca.

Sin embargo de esto, se había llegado á una crisis. La décima cuarta división estaba colocada en una extensión de tres cuartos de milla, el ala izquierda había sido rechazada en el Gifert-Walde por fuerzas muy superiores, y el ala derecha se vió muy apurada en Stiering. En este momento, á las cuatro, llegaron casi al mismo tiempo las cabezas de la quinta y décima división, habiendo ya entrado en acción sus baterías, que se habían adelantado en la marcha.

El ala izquierda, considerablemente reforzada, avanzó de nuevo. El general von Barnekow llevó sin cesar refuerzos al *Rothe Berg*, donde la infantería había gastado casi todas las municiones, y rechazó á los franceses de sus trincheras. Después de violentos ataques, se logró al fin apoderarse de la parte Oeste del Gifert-Walde. También el ala derecha avanzó hasta Alt-Stiering y se aproximó al camino de retirada del enemigo, á la carretera de Forbach.

El general Frossard había reconocido el peligro que le amenazaba y reforzado su ala izquierda con división y media Estas se preparaban á las cinco para el ataque.

En el lado alemán faltaba una división compacta para oponer resistencia y así se perdieron de nuevo todas las ventajas alcanzadas.

La décima tercia división podría haber decidido el ataque y haber puesto fin al combate.

Después de una marcha de cuatro millas había llegado á la una á Futtlingen, apenas una milla distante de Stiering. Cuando se tuvo noticia del combate en Saarbrucken avanzó la vanguardia á las cuatro á Rossel y llegaron tarde porque según dijeron allí mismo, en el bosque no oyeron el estampido de

los cañones, creyendo, por tanto, que el combate había terminado. La división entró en vivacs cerca de Volkingen, que era el punto señalado anteriormente por el jefe del cuerpo, como punto final de la marcha; pero esta orden se dió cuando no se podía prever la actual situación.

Mientras tanto se habían opuesto al al ataque siete baterías sobre la altura de Folster y bajo el mando personal del general v. Zastrow, logró la infantería avanzar de nuevo.

Completamente inútiles á causa de la calidad del terreno, fueron los veintinueve escuadrones que se habían reunido poco á poco, viniendo de distintas direcciones, detrás de la línea de combate. En vano intentaron los húsares desplegarse sobre el *Rothe Berg;* al contrario, logró el Coronel v. Lynker, á pesar de innumerables dificultades, subir al monte ocho cañones para apoyar á la infantería que recibió con gran júbilo este refuerzo, por hallarse ya muy apurada.

Poco á poco, como iban llegando aceptaban el combate con tres baterías enemigas, pereciendo la mitad de los artilleros por el fuego de los tiradores franceses, que estaban sólo á la distancia de ochocientos pasos. Se ganó algún terreno hacia adelante, pero el poco espacio no permitía el desarrollo contra el ancho frente del contrario.

Se aproximaba una ayuda eficaz desde la derecha. El general v. Goeben había avanzado en dirección á Stiering, con todos los batallones de la décima sexta división que no habían entrado aún en combate. Haciend frente una parte de éstos contra dich pueblo subió la otra desde la carreter á los desfiladeros del bosque Spicheren rechazando con un ataque á la bayo neta á los franceses del paso que con ducía al *Rothe Berg* y los empujó má y más hacia el monte de Forbach.

Todavía á las siete se preparó par el ataque la división Laveaucoupet e el ala derecha de los franceses, apoya da por una parte de la división Bataill y entró otra vez en el Gifert-Wald; per el peligro que amenazaba ahora al al izquierda desde el bosque Spichere dificultó el avance. Al anochecer re trocedieron los franceses en toda l línea.

Al oir los toques de retirada, el ge neral v. Szhwerin, para dormir sobr seguro hizo ocupar á la bayoneta e varios puntos el pueblo de Stiering. A propio tiempo había avanzado la van guardia de la décima tercera divisió hacia Forbach, pero no entró porque s dejó engañar por dragones desmon tados.

El general Frossard había desistid de hacer la retirada por la carreter Forbach-Saint-Avold y se dirigió co sus tres divisiones á Octingen. La no che y la imposibilidad de emplear e este terreno grandes masas de caba llería le protegieron de la persecución

Todavía por la noche ordenó el ge neral Steinmetz la reorganización d las disueltas secciones de las tropas Algunas habían hecho una jornada d seis millas; dos baterías que llegaron por ferrocarril desde Voeingberg

Prusia continuaron la marcha hasta el campo de batalla. Sin embargo de todo esto, no alcanzó el combate emprendido con insuficientes tropas la fuerza numérica del defensor. Sólo trece baterías podían entrar en acción en tan limitado terreno y la caballería quedaba completamente nula. Fueron, por lo tanto, las pérdidas del que atacaba, mayores que las del defensor. Los prusianos perdieron cuatro mil ochocientos sesenta y un hombres; los franceses cuatro mil setenta y ocho; pero muy significativo es el elevado número de prisioneros no heridos que se hicieron al enemigo.

En completa contraposición de la ayuda que se prestaban los jefes prusianos y del deseo de las tropas de entrar en combate, estaban las incomprensibles marchas de las divisiones que tenía á su espalda el general Frossard y de las cuales se pusieron en movimiento tres para su socorro, pero de éstas llegaron sólo dos después de terminado el combate.

Posteriormente se ha sostenido que no se había dado la batalla Spicheren en el terreno debido y que se habían hecho fracasar planes más altos. Verdad es que no se la había previsto; pero, en general, habrá pocos casos en los que la victoria táctica no se amolde al plan estratégico.

Siempre se acepta y se aprovecha el éxito de las armas. Por la batalla de Spicheren se impidió que el segundo cuerpo francés se marchara sin haber sufrido pérdidas; además se había conseguido acercarse al grueso del ejército enemigo y la jefatura superior tenía una base sobre la cual poder operar.

EVOLUCION Á LA DERECHA, DEL EJÉRCITO ALEMÁN

El mariscal Mac-Mahon había tomado en su retirada una dirección que le imposibilitó el unirse con el mariscal Bazaine.

Como no se le perseguía podía haber aprovechado el ferrocarril Linneville-Metz para efectuar la unión con el ejército principal; este camino lo tenía aún libre el 9 de Agosto. Pero el rumor de que los prusianos se habían presentado ya en Pont á Mousson y el mal estado de las tropas, no le permitió llevarlos de nuevo cerca del enemigo.

El primer cuerpo se marchó al Sur hacia Neufchateau desde donde se le llevó por ferrocarril á Châlons. El quinto cuerpo fué llevado de una á otra parte por las órdenes más contradictorias del cuartel general imperial. Primeramente debía marcharse á Nancy, luego tomar la dirección opuesta á Langres. Llegado á Charmes, recibió la orden de marcharse á Toul y finalmente tenía que dirigirse desde Chaumont á Châlons. En este punto había reunido el general Frochu un nuevo cuerpo; el décimo segundo del séptimo cuerpo llegó de la Alsacia por ferrocarril sobre Bar-sur-Aube y París á Reims.

Así se formó hasta el veintidos de

Agosto un ejército de reserva de cuatro cuerpos y dos divisiones de caballería, bajo el mando del mariscal Mac-Mahon que á causa de la distancia de veinticinco millas no podía por de pronto socorrer al mariscal Bazaine muy amenazado por el enemigo.

Bajo la primera impresión de la doble derrota del 6 de Agosto se creyó conveniente en el cuartel general imperial, retroceder también con el ejército de Bazaine hasta Châlons, y el sexto cuerpo que se encontraba ya parte de él en marcha á Metz, recibió la orden de volver; tuvo bien pronto que desistir de esta resolución. El Emperador no tenía que temer solamente al enemigo, sinó también la opinión pública del país. La nación se hubiera altamente disgustado, si se pretendiese al comienzo de la campaña, de la cual se habían esperado los más brillantes resultados, sacar todas las tropas de provincias enteras: 200.000 hombres se podían aún reunir delante del Mosela para hacer la guerra sobre un excelente terreno, y si bién el contrario era superior en número había que tener en cuenta que también sus cuerpos estaban separados por una distancia de doce millas. Tenían que pasar aún el Mosela y por la separación que ofrecía este obstáculo podían ser débiles donde hubiera que dar la batalla decisiva.

El tercer ejército alemán no vió el estado de disolución del enemigo derrotado, como tampoco supo la dirección que había tomado en su retirada. Se esperaba encontrarle al otro lado de los Vosgos preparado para la resistencia, y como sólo se podía atravesar la montaña en columnas separadas, se avanzó con la mayor precaución y en cortas marchas de día. Bién la distancia de Reichshofen hasta el Saar es sólo de seis millas, se llegó á este río después de haber transcurrido cinco días. No se encontró ningún enemigo excepto en las pequeñas plazas que defendían las carreterras principales de la montaña. Penosamente se rodeó á Bitsch; Lichtenberg se tomó por un golpe de mano; á Listzcletein lo abandonó la guarnición; á Ffalzburg cercó el sexto cuerpo y Marsal capituló después de una corta defensa.

El ala izquierda no tenía ningún enemigo delante, y quedaba en libertad de aproximarse más al centro. Para llevar los tres ejércitos á la misma altura se hizo necesaria una evolución á la derecha, pero como el tercer ejército no llegó antes del 12 al Saar tenía que acortarse el avance del primero y segundo ejército. Se arregló el movimiento de las tropas de modo que el tercer ejército seguía su dirección Saarunión-Dicuze y al Sur, el segundo ejército la de Saint-Avold-Nomény al Sur, y el primer ejército en la de Saarlonis-Les Etangs; este último marchó por consiguiente hacia Metz.

Las divisiones de caballería que reconocieron el terreno anunciaron una retirada general del enemigo. Llegaron hasta muy cerca de Metz y á ambos lados pasaron el Mosela, obligando á volver á algunas divisiones del cuerpo de Canrobert, que había recibido de nuevo orden para marchar

Metz. Pero todas las comunicaciones confirmaban que había grandes masas en campamentos delante de Metz.

Podía deducirse de esto, tanto la retirada del enemigo, como también la intención de atacar con las fuerzas reunidas el ala derecha del ejército alemán, puesto que por el paso del Mosela no se podía evitar una separación del ala izquierda.

Si bien se limitaba la jefatura superior á dar por regla general órdenes cuya ejecución era cosa de los jefes de los ejércitos, se creyó necesario, en consideración á las circunstancias actuales, mandar á los cuerpos aislados por órdenes directas. Se trasladó para este fin el cuartel general de S. M. el 11 de Agosto á Saint-Avold á la primera línea y en medio del primero y segundo ejército, para poder mandar las órdenes inmediatamente á ambos lados. El 12 de Agosto marcharon los tres cuerpos del primer ejército hacia el Nicd alemán que encontraron abandonado por los franceses. Por la izquierda llegó el segundo ejército también con tres cuerpos cerca de Faulquemont y Morhange á la misma altura, yendo detrás otros dos cuerpos.

No encontrando ningún enemigo, llegó al siguiente día el segundo ejército al Seille y ocupó á Pont á Mousson con infantería.

El comportamiento inactivo de los franceses y las comunicaciones de la caballería que reconoció el terreno al otro lado del Mosela hasta Toul y la carretera de Verdún, hicieron sospechar que el enemigo no aceptaría la batalla delante de Metz, pero siempre quedaba la probabilidad de que se arrojara con doscientos batallones sobre el primer ejército que tenía inmediatamente delante.

Se mandó que los dos cuerpos del ala derecha del segundo ejército hiciesen alto al Sur, cerca de Metz, para en caso necesario atacar al contrario por el flanco. Si se dirigía el enemigo contra estos cuerpos, tenía el primer ejército que cumplir la misma misión.

Los restantes cuerpos del segundo ejército continuaron su marcha más al Sur; en caso de un ataque, después de haber pasado el Mosela, podían retroceder hasta llegar al tercer ejército.

No se tomaron tantas precauciones en todas partes. Se calculaba que los franceses habían emprendido la retirada en toda la línea, y no se debía dejarlos escapar sin causarles perjuicios; importaba mucho seguirles lo más pronto posible y muy de cerca. En realidad, habían resuelto los franceses retirarse más allá, y cuando por la tarde se observó por el séptimo cuerpo el retroceso del enemigo, se desarrolló aún en este lado del Mosela un combate, que tomó por la noche, y con el socorro de las próximas divisiones, las proporciones de una batalla.

BATALLA DE COLOMBEY-NONILLY

(14 de Agosto.)

El comandante de Metz había hecho la terminante declaración de que si se le dejaba solo, no podía sos-

tenerse ni catorce días más. La posición atrincherada y elegida para la protección de Metz cerca del Nicd resultó desventajosa á causa del terreno; la jefatura francesa esperaba encontrar cerca de Verdún una posición mejor.

La necesidad militar se sobreponía á las consideraciones políticas de la opinión pública, y si bien el Emperador había entregado el mando superior al mariscal Bazaine, se quedó, no obstante, en el ejército, pues no podía volver á París en tales circunstancias.

Por la mañana temprano del 14 de Agosto, pasaron los numerosos convoyes del ejército por la ciudad, y al medio día se pusieron en movimiento el segundo, cuarto y sexto cuerpo, mientras que el tercero quedaba en posiciones detrás del profundo valle del arroyo Colombey para proteger la retirada.

Cuando se notó la marcha, á las cuatro de la tarde, atacó el general von Der Goltz al enemigo con la vanguardia del séptimo cuerpo, y se apoderó del flanco derecho de Colombey y del castillo Aubigny.

Pero tan pronto como se escucharon los primeros cañonazos se volvieron las columnas francesas completamente preparadas para la lucha y deseosas de cambiar sus fracasos en victoria con un combate serio y decisivo. Con gran superioridad se arrojó la división Castagny sobre la débil división aislada en Colombey, y sólo con los mayores esfuerzos podía ésta sostenerse.

Sobre las dos carreteras de Saarbruken y Saarlonis se aproximó la vanguardia del primer ejército cuyas primeras baterías entraron en seguida en acción. Avanzando desde Lauvallier subió la infantería las alturas al Este de Bellecroix, también á la derecha, desalojando al enemigo del bosque, al Este de Mey, pero se abrió aquí el combate contra las masas del tercer cuerpo francés.

Teniendo el enemigo este refugio, no le podía arrebatar la victoria de Colombey-Nonilly ningún trofeo, pero con el éxito alcanzado debía contentarse la jefatura superior, puesto que el contrario se declaró en retirada y además se ganaba un día para el paso sobre el Mosela del segundo y tercer ejército.

15 *de Agosto.*—Por la mañana temprano avanzó la caballería hasta las fortificaciones de Metz, pero no encontraba por este lado ningún enemigo. Algunas granadas atemorizaron al cuartel general imperial en Longeville al otro lado del Mosela.

El Rey Guillermo se trasladó al primer ejército; se vieron grandes nubes de polvo al otro lado de la fortaleza. No cabía ya duda alguna de que los franceses habían emprendido la retirada, y al segundo ejército se le permitió pasar el Mosela con todos los cuerpos.

Del primer ejército debía quedar el primer cuerpo al Sur de Metz, cerca de Courcelles, para la seguridad del ferrocarril; los dos restantes cuerpos avanzaron á la izquierda hasta el Seille. También éstos debían pasar el río más

arriba dejar buen trecho entre las fuerzas y la fortaleza.

Los franceses habían emprendido el día anterior de nuevo la retirada, pero no llegaron más allá de una milla de Metz; sólo la caballería avanzó algo sobre las dos carreteras de Verdún.

Del segundo ejército alemán pasó el Mosela el tercer cuerpo sobre el puente de Novéant, que no había sido destruído, pero la artillería tenía que hacer el rodeo sobre Pont á Mousson.

Muy tarde, por la noche, podían las tropas ocupar los vivacs á la orilla izquierda del río. El décimo cuerpo dejó una división en Pont á Mousson y marchó con la otra hasta Fhiancourt. La caballería hizo reconocimientos sobre la carretera de Metz á Verdún y encontró cerca de Mars le Tour á la caballería francesa. Había escaramuzas, pero cuando al medio día se reunieron veinticuatro escuadrones prusianos, se retiraron los franceses hasta Vionville. El cuerpo de guardia y el cuarto cuerpo habían pasado la orilla izquierda cerca de Dieulonard y Marbache.

El tercer ejército ocupó la línea Nancy-Bayón.

La tentativa de apoderarse en este día de la fortaleza Diedenhofen por un golpe de mano, había fracasado.

Mientras tanto seguían la décima tercera, primera y segunda divisiones, á la vanguardia; las dos últimas las tenía el general v. Manteuffel, completamente preparadas después que hubo observado los movimientos del enemigo desde las avanzadas. También se presentó en el campo de batalla el general v. Zastrow, y se encargó del mando del ala izquierda. Pronto estuvieron sesenta cañones puntando al enemigo. El general von Osten-Sacken avanza con la vigésima quinta brigada por el valle de Coincy, y sube al borde del terraplén. Toma por asalto el bosquecillo de pinos cerca de la carretera de Bellecroix, pero rodeado por tres lados lo pierde sufriendo muchas bajas, y lo toma de nuevo. Poco después se logra hacer avanzar dos baterías hasta Planchette; á este ataque retroceden los franceses hasta Borny, pero á ambos lados sigue el combate con mucha violencia.

Ahora amenaza á la derecha un peligroso rodeo. Cuando se hubo notificado al general Ladmiranet que su división Grenier había sido rechazada de Mey, volvió enseguida con sus dos divisiones, tomó á Mey de nuevo, y avanzó sobre la carretera de Bouzonville. Mientras tanto había tomado el general Manteuffel las medidas necesarias para sostener la parte del arroyo Vallières que protegía á los flancos. Se colocó como reserva general la primera brigada detrás de Noisseville; la cuarta se opuso con una parte de la artillería del primer cuerpo en la carretera de Bouzonville, cerca de Poix, al general Ladmirault, mientras que las restantes baterías flanqueaban su avance del borde del valle al Este de Nonilly.

A la izquierda se había sostenido durante todo este tiempo la división Ghinser, cerca de Colombey, cuando á las siete de la noche llegó para su

socorro la brigada Woyna, y tomó el bosquecillo al Este de Colombey.

Aquí era también muy necesaria la ayuda del segundo ejército, que había sido retenido á orillas del Seille.

La décima octava división de infantería entró en vivacs después de una gran marcha, pero cuando se notificó al general v. Wrangel que se oía el combate del primer ejército, puso enseguida en movimiento en esta dirección á sus tropas, que arrojaban de Peltre al enemigo, y ocupó, en unión de la brigada Woyna, á Grigy, ya algo á espaldas de la posición enemiga, delante de Borny.

También sobre el ala derecha de la línea de combate había avanzado la segunda división á Nonilly y las viñas fronterizas de Mey, habiendo arrebatado al enemigo al anochecer este lugar y el cercano bosquecillo. Los franceses no habían salido más allá de l'Orme y emprendieron ahora en toda la línea la retirada hasta Grigy. Solamente los fuertes, principalmente St. Julien, arrojaron sus balas contra los prusianos que avanzaban.

La lucha de la noche del catorce de Agosto costó la pérdida de cinco mil hombres, entre ellos doscientos oficiales, mientras que los franceses y principalmente su tercer cuerpo, perdieron sólo tres mil seiscientos hombres. El aprovechamiento de la victoria por una inmediata persecución estaba impedido por las obras de la cercana fortaleza. Ya por esta razón no se había deseado la batalla del primer ejército en este día, pero se tuvo en cuenta la posibilidad de ésta.

Si bien al principio del combate sólo una división del segundo ejército pudo socorrer al primero, no era su presencia injustificada sobre el flanco izquierdo del contrario.

La manera como se había originado la batalla, excluía su dirección con unidad.

Eran principalmente sólo las vanguardias de cuatro divisiones las que llevaban el combate, y aunque débiles y no pudiendo ser socorridas en el acto, atacaron con gran valentía á un enemigo de gran superioridad numérica. A consecuencia de esto se originaron muchas veces crisis que podían llegar á ser peligrosas, si el contrario con sus masas compactas hubiese avanzado con mayor decisión. El tercer cuerpo de los franceses no fué ayudado por el cuerpo de refuerzo que se encontraba muy cerca. Lo contrario se ve en esta batalla como en las anteriores en el lado prusiano; la ayuda recíproca de todos los jefes que se hallaban en el círculo del campo de batalla.

Gran parte del éxito se debió á la artillería. Adelantándose apoyó de la manera más eficaz á las vanguardias, que áun antes de que el grueso de las divisiones tuviese tiempo de llegar, rechazó á los franceses de su posición delante de Metz, hasta las fortificaciones de esta plaza.

BATALLA DE VIONVILLE—MARS LA TOUR

(16 de Agosto.)

El segundo ejército creyó también que no se presentaría ya un serio combate á orillas del Mosela, y por esto se determinó que marchasen el 16 de Agosto dos cuerpos, el tercero y el décimo, sobre Gorze y Thiaucourt, al Norte, contra la carretera de Verdún; á los restantes se les ordenó avanzar á marchas forzadas al Oeste hacia el Mosela.

Los franceses no terminaron en este día su retirada de Metz. Todos los caminos estaban obstruídos por los convoyes. A la mañana siguiente quedaban aún tres divisiones en el valle del Mosela. Sólo el Emperador había salido á tiempo, bajo la protección de dos brigadas de caballería, sobre la carretera de Etain. El ala derecha no pudo sèguir, y se suspendió la marcha para la tarde. Las tropas ocuparon de nuevo sus vivacs, pero las granadas alemanas empezaron á molestarlas desde las nueve de la mañana.

Protegido por la caballería, avanzó el coronel Körber con cuatro baterías hasta muy cerca de Vionville é hizo fuego sobre la caballería francesa que, sorprendida, huyó á través del campamento de la infantería, que se puso inmediata y ordenadamente sobre las armas, empezando la artillería un vivo fuego. Por lo pronto, ayudados por la infantería, se retiraron los cañones prusianos: inmediatamente se entabló el combate.

Después de un breve descanso, púsose en marcha el general v. Albensleben con el tercer cuerpo, temiendo no poder alcanzar al enemigo. A la izquierda marchaba la sexta división sobre Onville, á la derecha la quinta á través del largo valle sobre Gorze. Este punto de defensa había quedado desocupado por el contrario, que, en general, adoptaba muy pocas precauciones para su seguridad. En un terraplén al Sur de Flavigny, empezaba ya la vanguardia el combate contra la división francesa Vergé: el general von Stulpnagel reconoció muy pronto que tenía delante de sí á un enemigo que lucharía con todas sus fuerzas. Por esta razón hizo tomar posiciones á las diez á la décima brigada y abrir el fuego con veinticuatro cañones.

De ambos lados se procedió á la ofensiva. A la derecha avanzaron los prusianos sosteniendo un combate en el bosque, de dudoso éxito, llegando á las once al Bois de Saint-Avold en dirección á Flavigny. Su ala izquierda al contrario, fué rechazada, y también la artillería se vió muy comprometida, pero el regimiento núm. 52 equilibró el combate, aunque con muchas bajas. El primer batallón perdió todos los oficiales, la bandera pasó de mano en mano y el jefe de la brigada general von Döring cayó mortalmente herido. El general De Stulpnagel entró en la línea de tiradores animando á los soldados con su palabra, mientras el general v. Schwerin reunía alrededor de

sí los restos de las tropas que se habían quedado sin jefes, y ayudado por un destacamento del décimo cuerpo de Novéant se sostuvo en las alturas delante de Flavigny que abandonaron los franceses.

Todavía en la suposición de que los franceses habían emprendido la retirada, se mandó á la sexta división avanzar sobre Mars la Tour contra Etain, para impedir que el enemigo se marchase por la carretera al Norte de Verdún. Llegadas á las alturas de Fronville desde donde se podían observar los movimientos, evolucionaron las brigadas hacia Vionville y Flavigny. La artillería que iba delante formaba un poderoso frente de cañones preparados para el caso de un ataque ulterior. A pesar de sus grandes pérdidas, tomó la undécima brigada posesión, á las once y media, de Vionville. Desde allí y en dirección al Sur, fué dirigido el ataque, en unión con la décima brigada, contra el incendiado pueblo de Flavigny. Aquí se mezclaron las distintas divisiones, pero á los jefes les fué posible avanzar siempre aprovechando cada hondonada del terreno, á pesar del violento fuego de la infantería y artillería del enemigo. Flavigny fué tomado por asalto; un cañón y algunos prisioneros cayeron en manos de los valientes brandemburgueses.

Ahora formaban Vionville, Flavigny y la punta Norte del bosque de Saint-Arrould los puntos de apoyo del frente prusiano dirigido hacia el Oeste, que ocupaba una milla de extensión, y toda la línea de infantería y artillería estaba en el más violento fuego. Un segundo retén formaban la quinta y sexta división de caballería y la mitad de la trigésima séptima brigada cerca de Fronville.

Los franceses tenían una posición muy favorable que estaba protegida en el flanco izquierdo por Metz, en el derecho por las fuertes baterías de la Rönserstrasse y numerosa caballería; podían esperar sin temor el ataque de frente del atrevido contrario.

Para continuar la marcha hasta Verdún, era indispensable atacar al enemigo que estaba enfrente: sin embargo no se dió el ataque, sin que haya razones militares que expliquen el por qué. Debía presumirse que una parte del ejército alemán se encontrara ya entonces en la orilla izquierda del Mosela, y cuando durante el día entraron en acción las divisiones que habían quedado en Metz, tenían los franceses una gran superioridad. Parece que el principal cuidado del Mariscal era ayudar á Metz, y por eso dirigía sus miradas únicamente á el ala izquierda. Enviando siempre nuevos recursos á este punto, aglomeró todo el cuerpo de guardia y una parte del sexto cuerpo enfrente del Bois des Ognons, donde no hubo ataque alguno. Puede presumirse que sólo razones políticas decidieron al mariscal Bazaine á permanecer en Metz.

Lenta, pero incesantemente, avanzaron mientras tanto los prusianos desde Vionville y Flavigny, obligando á el ala derecha del segundo cuerpo francés, bajo un fuego muy certero de

la artillería, á emprender hacia Rezonville la retirada, que se tornó en huída después que los generales Bataille y Valazé hubieron perecido.

Para reanudar el combate se arroja el regimiento de coraceros de la guardia francesa con gran resolución sobre los perseguidores, pero todo fué inútil por el fuego que á doscientos cincuenta pasos les hicieron dos compañías del regimiento núm. 52, desplegadas en línea, y por el posterior á derecha é izquierda de la infantería que estaba colocada detrás: doscientos cuarenta y tres caballos cubren el campo, y sólo el resto vuelve en precipitada fuga perseguido por dos regimientos de húsares que venían de Flavigny. Una batería francesa situada delante de Rezonville apenas tiene tiempo para tirar algunos tiros antes de verse cercada. La falta de caballos impide llevar los cañones conquistados, y el jefe del ejército francés que había conducido en persona á las tropas, está durante varios minutos en peligro de caer prisionero.

También á la sexta división de caballería prusiana se había dado la orden de avanzar. Después que hubo pasado la línea de la artillería y se desplegó lo mejor que el espacio permitía, emprendió el ataque, pero encontró delante de sí tropas frescas y bien ordenadas. El mariscal Bazaine había tomado ya sus medidas para reponer las partes rechazadas del segundo cuerpo, por la division de los granaderos de la guardia, traídos de su ala izquierda, sustituyéndolas con una división del tercer cuerpo. La división de la caballería prusiana fué recibida por consiguiente con un fuego tan graneado de la infantería y de la artillería, que tuvo que hacer alto para retroceder tranquilamente protegida por dos escuadrones de hulanos á los que tuvieron que defenderla varias veces. No había comenzado, pues, al ataque, pero la artillería ganó tiempo para avanzar desde la punta del bosque hasta Flavigny. Eran ya las dos de la tarde; el general v. Alvensleben tuvo engañado al contrario respecto al número de las fuerzas porque atacaba siempre. Pero llegó el momento de pasar: los batallones estaban visiblemente mermados, sus fuerzas agotadas por un combate de cuatro horas, y casi se habían gastado todas las municiones. Detrás de toda la línea de combate no quedaba ni una batería de reserva. Se tenían, pues, que conservar de un modo defensivo, los laureles tan sangrientamente ganados.

En gran peligro estaba el ala izquierda, en frente de la cual se había desplegado una poderosa artillería en la Rönserstrasse. La gran superioridad permitió á los franceses extenderse más y más á la derecha, por lo cual amenazaron rodear las tropas.

El mariscal Canrobert comprendió que había llegado el momento de avanzar con todas sus fuerzas contra Vionville. En el lado alemán se podía disponer en este instante crítico de una pequeña parte sólo de la quinta división de caballería. Dos brigadas de ésta habían tenido que encargarse de la pro-

tección del flanco izquierdo, y de la duodécima brigada que había quedado detrás de Vionville: se habían enviado también dos escuadrones á los matorrales de Froinville. Los dos regimientos (coraceros de Magdeburg y hulanes de la Altmark) constaban cada uno sólo de tres escuadrones, en junto ochocientos caballos, cuando recibían la orden de salir al encuentro del enemigo que se aproximaba.

El general v. Bredow cruzó primeramente en columna la hondonada delante de Vionville, tomó luego el camino á la derecha, y pasó también con ambos regimientos en un frente, la cuesta al Este. Recibido con el más violento fuego de la infantería y artillería francesas, se arrojó sobre las filas enemigas. El primer encuentro salió bien; se rompieron las filas de los cañones, matando artilleros y caballos. La segunda línea no pudo tampoco oponer resistencia suficiente al empuje y áun las baterías francesas más alejadas se disponían á emprender la retirada. El valor y la alegría del feliz éxito del ataque llevan á los jinetes demasiado lejos; á una distancia de tres mil pasos del punto de salida se ven rodeados por la caballería francesa que llega de todas partes. Los valientes jinetes están obligados á batirse en retirada. Sólo la mitad vuelve á Flavigny donde se reunen dos escuadrones. El sacrificio de los dos regimientos tuvo por resultado que los franceses desistieran completamente del ataque de Vionville.

Cuatro de sus divisiones avanzan á las tres contra los matorrales de Trouville. La brigada de caballería Barby, colocada á la punta Oeste, tiene que retirarse ante el fuego del enemigo. También la infantería, colocada en el bosque, retrocede ante la gran superioridad numérica.

Las baterías que luchaban entre Vionville y los matorrales fueron atacadas por la espalda, y se vieron obligadas á emprender la fuga. Después de una hora logran los franceses al fin vencer la pertinaz resistencia de cuatro batallones brandemburgueses.

Cuando éstos se reunen cerca de Fronville, se ve que el regimiento número 24 ha perdido mil hombres y cincuenta y dos oficiales, y el segundo batallón del regimiento núm. 20 todos sus oficiales. La media brigada número 37, que había ayudado muy eficazmente desde el mediodía á estos regimientos, ocupa el pueblo y lo dispone para la defensa.

A las tres de la tarde se aproximó la tan deseada ayuda para el tercer cuerpo que había luchado sólo durante siete horas.

Avanzando el décimo cuerpo sobre Thiaucourt, había oído los ecos de los cañones en dirección á Vionville. El jefe, general v. Viogts-Rhetz, se dirigió en persona al campo de batalla y dió desde allí las órdenes necesarias á las columnas que se aproximaban.

General Conde de Moltke.

(Se continuará).

ÍNDICE

Páginas.

Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente, segundo y último, por José Ramón Mélida..... 5
Escenas de niños, poema, por Luis Cáuovas..... 15
El Fausto en la música, III, La Condenación de Fausto, por Arturo Campión. 31
Carmencita, Elegía, por Calixto Oyuela..... 42
Angel Guerra, novela contemporánea, por J. Yxart..... 45
Rima, por F. Rivas Frade..... 53
La novela aristocrática, por El Marqués de Figueroa..... 54
Un incendio en el mar, narración, por Ivan Turguenef..... 66
De cómo España no tendrá nunca un buen Gobierno, cuento, por A. Dumas... 74
La muerte del Delfín, cuento, por A. Daudet..... 77
Recuerdos de mi juventud, San Sulpicio y los sulpicianos, por Ernesto Renán. 80
Marido y mujer, novela, primera parte, por El Conde León Tolstoy..... 84
Teófilo Gautier, estudio biográfico-crítico, por Emilio Zola..... 129
Recuerdos de mi vida, por Ricardo Wagner..... 151
La guerra franco-prusiana, por El general Conde de Moltke..... 180

AP
60
E8
año 3
no.31-33

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY